MINISTERIO DE CULTURA

DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA

Z. 842

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

11

1981

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA GENERAL

MINISTERIO DE CULTURA

DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

11

1981

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA GENERAL

Depósito legal: M-12873-1962
ISBN: 0211-1748
Imprenta del Ministerio de Cultura

INDICE

	Pág.
FUENTE ALAMO (Campaña 1979). O. Arteaga y H. Schubart	7
ALHONOZ (Excavaciones de 1973 a 1978). L. A. López Palomo	33
SIGÜENZA. ENTERRAMIENTOS TUMULARES DE LA MESETA ORIENTAL. M.ª Luisa Cerdeño	189
FUENTE DE LA MOTA (Barchín del Hoyo. Cuenca). M. Sierra Delage	209
LOS ALFARES ROMANOS DE LOS VILLARES DE ANDUJAR, JAEN (Campañas 1978-1979). M. Sotomayor, M. Roca, N. Sotomayor y R. Atienza	307

FUENTE ALAMO

Campaña de 1979

Oswaldo Arteaga y
Hermanfrid Schubart

Las investigaciones en el poblado de Fuente Alamo, cerca de Cuevas de Almanzora, en la provincia de Almería, en el Sudeste de España, comenzadas en 1977, se han continuado con gran intensidad durante el otoño de 1979 (1). Los medios económicos puestos a disposición por la Dirección Central y la Sección de Madrid del Instituto Arqueológico Alemán han permitido una mayor duración de los trabajos de excavación, como también la ampliación del número de colaboradores. Los trabajos comenzaron el 3 de octubre y duraron hasta el 22 de noviembre de 1979, realizándose bajo la dirección de los dos autores (2).

Tomaron parte como colaboradores de la excavación, habiéndose hecho cargo de funciones en parte independientes: Doctora Beatrice Clayre (Blance), de Winchester; Hermann Ulreich y Michael Kunst, de la Universidad de Freiburg/Breisgau; Anna María Roos, de la Universidad de Colonia; Hans-Helmut Geisler, Christian Heckler, Leopold Schweisguth, Tobias Springer y Susanne Stegmann, de la Universidad de Munich; los profesores Pedro Lillo y Manuela Ayala y, asimismo, Milagros Ros, de la Universidad de Murcia; los profesores Rafael Lázaro y Agustín Díaz Toledo, del Colegio Universitario de Almería; Concepción Martín, de la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura; María Antonia Negrete Martínez, Emilia Nogueras Monteagudo, Susana Puch, María Luisa Ramos Sainz y Jesús de la Villa, de la Universidad Autónoma de Madrid; Rosa Sanz, de la Complutense de Madrid; Fernando Artur Gonçalves, de Lisboa, y del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, Peter Witte como fotógrafo, Miguel Requena y José Fernández como dibujantes. El estudio de los huesos de animales fue realizado durante el tiempo que duró la campaña por parte del Diplomado agr. Mostefa Kokabi, del Instituto de Paleo-anatomía, Investigación de la Domesticación e Historia de la Veterinaria de la Universidad de Munich, quien, además, contribuyó de forma decisiva a la interpretación de los diversos hallazgos y fue ayudado competentemente en sus trabajos por Jutta Kokabi. La misión del suministro la efectuó Domingo Ortiz de Vera. Antonio

---

(*) La versión castellana del manuscrito alemán se agradece a Susana Puch.

(1) Schubart y Arteaga, Fuente Alamo, 1977, MM. 19, 1978, págs. 23 y ss. y Noticiario Ar. Hisp. 9, 1980, 245 y ss. V. también E. y L. Siret, «Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España». Barcelona, 1890 (edición francesa, Bruselas, 1887), págs. 253 y ss., álbum, Vol. de lám. 1 y láms. 64-68.

(2) Los autores expresamos nuestro agradecimiento a todos los que han colaborado en la excavación y en la publicación. El dibujo del material (Fig. 3, 4) ha sido realizado por Miguel Requena y los planos (Fig. 1, 2) por José Fernández. La documentación fotográfica para las láminas fue efectuada por Peter Witte (Lám. 1, a; 2-5; 6, c, d; 7; 8, a, c, e, f; 10) y Hermanfrid Schubart (Lám. 6, a, b; 8, b, d; 9).

Valcárcel, por muchos años capataz en las excavaciones de Torre del Mar, así como Antonio Mora Pascual, de aquella localidad malagueña, fueron como en 1977 fundamentales, por el ímpetu que pusieron en el trabajo y por su gran experiencia técnica. Durante una fase crítica de la excavación colaboraron seis alumnos del Departamento de Arqueología de Murcia (Julio y José Miguel García Cano, Julio Navarro Palazón, Gloria Guillén Pérez, Sebastián Ramallo Asencio, Angel Iniesta Sanmartín) lo cual se agradece especialmente desde aquí.

Incluyendo la mano de obra de Cuevas de Almazora y de Vera trabajaron durante la fase álgida de la campaña hasta 80 personas.

Las excavaciones en Fuente Alamo, campaña de 1979, fueron posibles gracias a la amistosa ayuda prestada por las autoridades españolas, el propietario del terreno y otras amables personas y colegas. En primer lugar, los autores se sienten gratamente obligados al doctor Luis Caballero Zoreda, que como Subdirector General de Arqueología, autorizó las excavaciones y al sucesor en esa Subdirección, profesor doctor Manuel Fernández-Miranda Fernández, que continuó apoyando la realización de las mismas. Como Delegado de la Subdirección General de Arqueología actuaron, respectivamente, la profesora doctora Ana María Muñoz Amilibia, de la Universidad de Murcia, y sus representantes activos en la excavación, contribuyendo con su valiosa ayuda a las tareas de la organización de varios aspectos que así lo requirieron.

Un agradecimiento especial deben extender los excavadores al administrador de la finca, don Pedro Martínez Navarro, de Cuevas de Almanzora, que facilitó el permiso de excavación, se prestó desinteresadamente a realizar gestiones en la organización y puso a nuestra disposición el Cortijo de Fuente Alamo como lugar de trabajo y almacén.

Vayan las más sinceras gracias al doctor Angel Pérez Casas, Director del Museo Arqueológico de Almería y Delegado Provincial de Bellas Artes, que visitó la excavación y aceptó el almacenamiento de los materiales.

Las excavaciones fueron visitadas por colegas españoles y extranjeros, grupos de estudiantes de Cuevas de Almanzora y de Almería, así como por distintas personas interesadas en la marcha de las mismas.

* * *

Aunque sabemos de la extensión mucho mayor que presenta el poblado, gracias a las observaciones superficiales y a la realización de sondeos preliminares en 1977 (3), las excavaciones del año 1979 se volvieron a concretar, de acuerdo con el propósito de los planes previstos (4), exclusivamente a la cima del cerro (Lám. I a, b), donde la configuración del terreno resulta propicia y ofrece grandes posibilidades para la investigación estratigráfica (5).

Durante la segunda campaña en Fuente Alamo se trataba, sobre todo, de llevar a término los trabajos comenzados en 1977, a lo largo de una superficie de 49 m de largo y 4 de ancho, que es la zona ocupada por el corte principal de la excavación, formado por los cortes 1, 2, 11, 12 y 13. Es decir, conseguir llegar en toda esta extensión delimitada al suelo natural, cuestión que felizmente pudo realizarse.

Simultáneamente, orientados por los trabajos anteriores, se han excavado numerosos testigos y grandes bloques de sedimentos, por estratos arqueológicos, en el interior del citado corte principal, así como también en los cortes vecinos numerados

(3) Schubart y Arteaga: *Op. cit.*, 34, 51, fig. 4.
(4) *Op. cit.*, 51, nota 61.
(5) V. aquí y en la siguiente *Op. cit.*, págs. 30 y ss.

F A

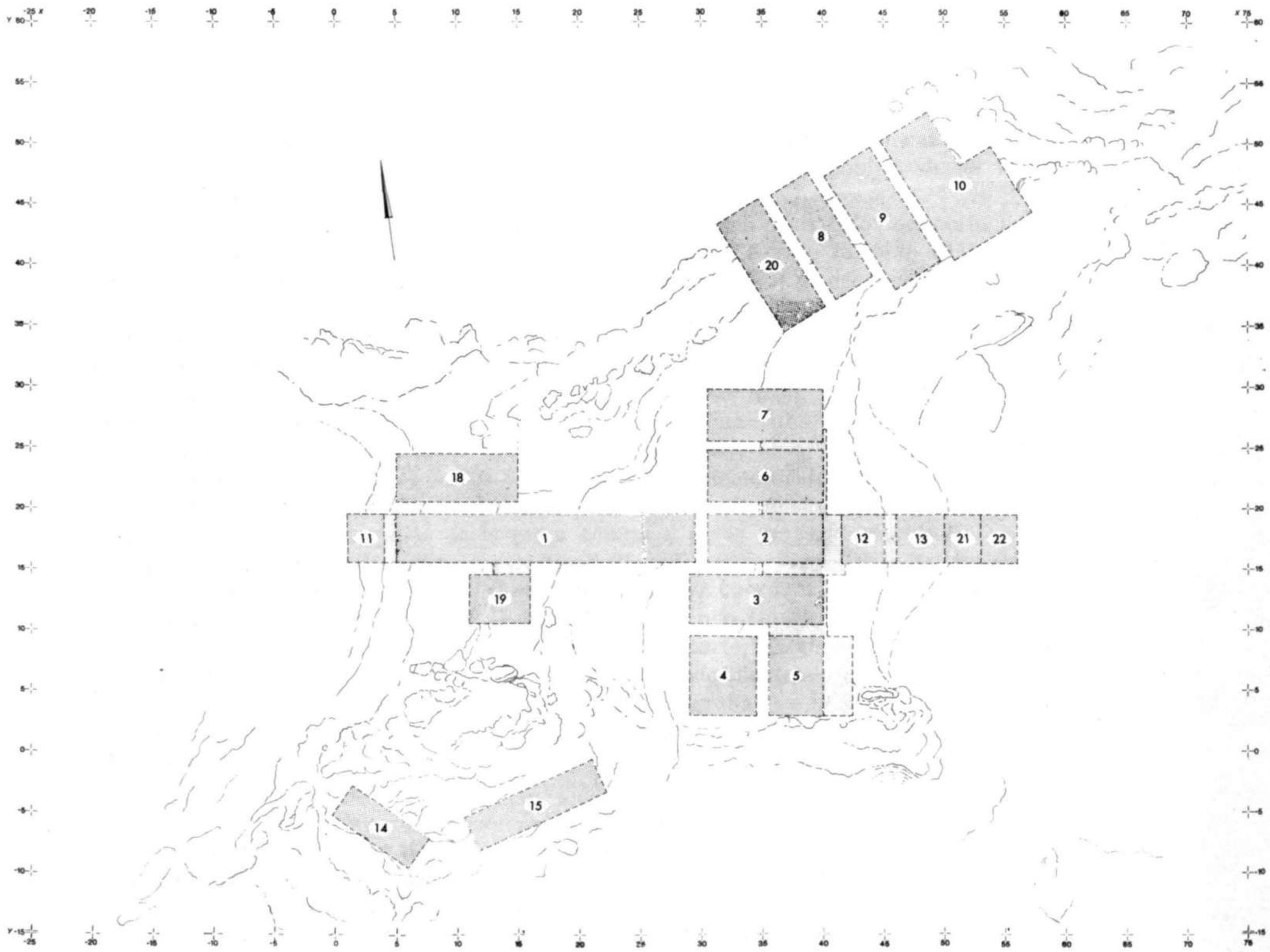


Fig. 1.—Fuente Alamo, 1979. Cima del cabezo y plano de los cortes. 1:500.

del 3 al 7 inclusive. En los cortes del 3 al 6 se ha conseguido igualmente llegar hasta la roca natural. Aquí en éstos, sin embargo, como en el corte 7, han quedado tareas de investigación para la próxima campaña, como también ha ocurrido con la cuestión referida al sistema de fortificación, que se deberá intentar aclarar a continuación.

Asimismo se sabe que la excavación en la vertiente Sur del cerro, donde con seguridad existió ocupación (corte 16 de 1977), deberá ser un propósito no para una próxima campaña, sino para otras posteriores.

La superficie de la excavación de 1979 se ha extendido relativamente poco, en relación con la zona abarcada en 1977. El corte principal ha sido agrandado hacia la ladera, cubriendo ahora una extensión de 55 m, en sentido Este-Oeste, en base a la proyección de los cortes 21 y 22 con 3 m de largo y 4 m de ancho cada uno. Mediante estos dos cortes se pretende seguir la secuencia del poblado hacia la vertiente oriental del cerro, para incluir el cierre si existiera.

Los cortes 18 y 19 se encuentran en la parte occidental, a los lados del corte 1, separados del mismo por un testigo de 1 m de anchura. El corte 18 mide 10 m de largo y el corte 19 la mitad, es decir, 5 m, teniendo ambos 4 m de anchura.

El corte 19 tenía por objeto reexcavar una de las sepulturas más grandes conocidas en la Cultura de El Argar: una cista, la tumba 1 de la publicación de Siret.

El corte 18 fue planteado para clarificar cuestiones relativas a los cortes 11 y 1. Su excavación requirió mucho más tiempo del que se había previsto, dado el numeroso grupo de sepulturas allí aparecido, por lo que hubo que suspender la excavación del corte 17, que había sido planteado paralelo a él, al Norte. Igualmente se prescindió de prolongar los cortes 1 y 11 hacia la vertiente oeste, debido a que no se hubiera podido llegar al suelo natural, en vista de la necesidad de culminar primeramente las estratigrafías de la parte central y de la vertiente oriental.

En 1977 se habían dispuesto los cortes 8, 9 y 10 en el afloramiento rocoso, al Norte de la excavación, desviados del sistema general de coordenadas, para cortar de manera debida las estructuras que se alineaban siguiendo la dirección de la citada cresta. En la campaña de 1979 se ha realizado el corte 20, paralelo al corte 8, teniendo 10 m de largo y 4 de ancho. Este corte ha sido planteado con el propósito de comprender la estructura de algunos muros que afloraban en la superficie, como también para ver la continuación de los muros observados en los cortes 8, 9 y 10 antes mencionados.

* * *

La fijación del sistema de medición realizada en 1977 por medio de 8 estacas de hierro ha dado buen resultado en la totalidad del área señalizada. Los puntos de medición que se habían mantenido, que eran la mayoría, permitieron la reconstrucción perfecta del sistema y la corrección de algunos puntos desplazados.

El ingeniero-topógrafo, estudiante de Filosofía, Leopold Schweisguth desarrolló su experiencia durante varias semanas, no sólo en levantar un plano de curvas de nivel de Fuente Alamo y sus alrededores inmediatos, sino que también efectuó cálculos en toda la zona geográfica, con grandes esfuerzos, con el fin de fijar exactamente las cotas de altura del emplazamiento y concretamente la del *punto cero* de nuestros sistemas de profundidad: sabiéndose ahora con precisión que éste se eleva a 261 m sobre el nivel del mar. Por tanto, en la publicación definitiva se podrán indicar, además de las alturas relativas de la excavación, también los valores con respecto al nivel del mar.

* * *

MINISTERIO DE CULTURA

Completando en parte lo iniciado en 1977 se han podido documentar en la campaña de 1979 numerosas estructuras. De muchas de ellas, como en otras de reciente aparición, conocemos la planta completa, o parcial.

En el corte 20 se ha comprobado la existencia de una casa rectangular (B) (Lám. 1, b), que ya se podía reconocer parcialmente en la superficie. Ha sido datada por medio de cerámicas hechas a torno, desde la época romana republicana, siendo las mismas documentadas en la casa rectangular (A) del sector sudeste del poblado (Lám. 2a), excavada en 1977.

Ambas construcciones, junto con la mayoría de las rectangulares pequeñas, que aparecen en el plano de Siret (6), fueron levantadas en la fase ibérica tardía, en la que gracias a la situación defensiva del cerro, Fuente Alamo fue nuevamente ocupado. Por lo mismo, estos edificios recientes se superponen a los más antiguos, sin solución de continuidad, aprovechando sobre todo piedras acarreadas por los primitivos pobladores, e incluso algunas de sus obras (una cisterna).

Mientras que para el Bronce Tardío se han documentado nuevamente pavimentos de arcilla y diferentes muros de casas, posibilitando así la reconstrucción de un edificio que se extiende casi sobre unos 5 m en planta; los hallazgos de la época de El Argar han sido tan numerosos que aquí sólo podemos dar una idea preliminar de ellos.

El descubrimiento más importante radica en el hecho de que en una fase muy temprana del yacimiento (Argar A), aunque no la más antigua, aparecen juntas edificaciones rectangulares y circulares, es decir, las unas al lado de las otras. Se halla destacada entre los cortes 3 y 5, por debajo de la casa (A) íbero-romana, una gran casa rectangular, que no ha sido excavada totalmente en 1979. Se trata de un gran edificio rectangular de por lo menos 7 m de largo y 3 m de ancho, reforzado una y otra vez en fases sucesivas, hasta convertirse en una construcción mucho más sólida (Láms. 2, a, y 4, a).

Otro ejemplo de construcción rectangular lo tenemos entre los cortes 2 y 6, con un sistema constructivo algo más simple, a base de postes, hallándose extendidos a lo largo de 7 m, separados entre sí por una distancia de 60 a 70 cm, hincados en la tierra y asegurados por cuñas de piedra: sostendrían las paredes, situados en el interior de zócalos poco elevados, cuyo alzado se encontraría completado a base de materia arcillosa (tapial).

Correspondiéndose cronológicamente con el gran edificio rectangular que hemos mencionado anteriormente, de los cortes 3 y 5, y también como él levantadas en parte sobre la roca, aparecieron en los cortes 2, 3 y 6 las citadas construcciones circulares. Son cinco edificaciones hasta el presente detectadas, teniendo en dos de los casos 2,50 m de diámetro.

En la construcción circular del corte 3 se puede apreciar una base de sustentación resaltada (Lám. 4). La técnica constructiva se ha podido observar en la construcción circular del corte 6 (Lám. 3, a la derecha) gracias a una destrucción que la había seccionado, al hacerse una gran fosa durante la Edad del Bronce. A la vista de esta sección y a tenor de la gran masa de piedras dispuestas en el interior de la construcción circular del corte 2 (Lám. 5), que ha podido estudiarse hasta la roca, se piensa en edificaciones compactas, cuyo significado todavía no está claro. No existe tampoco ninguna indicación de hasta dónde podían alcanzar en su altura, ni se ha podido apreciar ningún derrumbe asociado. Por el contrario, las capas de sedimentos

---

(6) *Op. cit.*, pág. 28, fig. 4.

aparecen bastante frecuentes entre unas construcciones y otras, siendo en algunos casos de materia arcillosa. Por todo se podría concluir que la parte superior había sido alzada a base de estructuras de barro.

El hecho de que estas construcciones circulares aparezcan al lado de edificios rectangulares mucho más grandes, obliga casi a pensar que tenían un uso práctico concreto, que no pudo ser el habitacional, a causa del relleno de piedras citado, ni el relacionado con cuestiones funerarias, para el cual existen los correspondientes monumentos sepulcrales. Así se podría pensar en una utilización como almacenes o algo parecido, que hasta el presente faltan en Fuente Alamo.

Aparte de estas pequeñas construcciones circulares pertenecientes a una fase muy antigua, que debieron tener un fin especial, existen unas construcciones curvas vacías en su interior que, aunque tampoco se han excavado completamente, se han encontrado en estratos datados, por medio de los materiales, en la época de El Argar B (por ejemplo, Lám. 5, izquierda).

* * *

La finalidad principal de la excavación de 1979 tenía por objeto la cuestión estratigráfica.

En este sentido se utilizaron todas las posiblidades conocidas y organizadas en 1977, siendo intensamente comprobados los resultados de aquella campaña anterior. En los cortes 12 y 13, que se habían excavado a propósito sólo de manera parcial, como en los nuevos cortes 21 y 22, se han podido investigar los estratos más antiguos con mayor detenimiento, tiempo y seguridad.

Un grueso muro, muchas veces reconstruido, atraviesa el corte 13 (Láms. 1, b, y 2, b) y evidentemente servía como zócalo de una edificación en forma de podio, influyendo en la sedimentación de los estratos que se encuentran en su interior, que por lo mismo aparecen completamente horizontales. Hay que tener en cuenta la posibilidad de que este muro, por lo menos en su fase más antigua, tuviera el carácter de fortificación.

Al este del muro los estratos continúan, siempre muy potentes y caen a plomo, para después seguir la inclinación natural de la pendiente del monte.

No se excluye todavía la posibilidad de que más abajo, en la misma vertiente, hubieran otras edificaciones y que de esta manera surgieran otras posibilidades que añadir a la interpretación estratigráfica del poblado.

* * *

Por medio de la comparación estratigráfica y del encaje sucesivo de los estratos aparecidos en los cortes 22, 21, 13, 12, 2 y 1 se conocen varias fases, en una secuencia comprobada de unos 10 m, cuya ordenación hace más claro el desarrollo de los diferentes horizontes de habitación y de los materiales correspondientes.

Los resultados del propio trabajo, que ha consistido también en la realización del catálogo y dibujo de los hallazgos, no necesitan ser dados a conocer aquí, ya que el conocimiento provisional que se tiene puede seguir apoyándose en el material presentado en 1977.

Sólo nos permitiremos reseñar tres indicaciones. En primer lugar, señalar que la cantidad de hallazgos de 1979 supone algo más del doble que la conseguida en la campaña de 1977. Después, una llamada de atención sobre los vasos de la forma 5

de Siret, con la carena más o menos a media altura, que aparecen desde los estratos más antiguos. Por último, que las copas con pie esbelto aparecen, en efecto, en los estratos argáricos más avanzados (7), mientras que desde las capas más antiguas hay que contar con un desarrollo de los *vasos con pie*, al principio sólo de forma anular. Los fragmentos de pie que a veces aparecen sueltos, sin el recipiente al cual pertenecían, no siempre tienen que interpretarse como propios de la forma 7 ó 7 bis de Siret, sino que pueden pertenecer a otros tipos de vasijas, como más adelante veremos.

* * *

En el corte 4, como también en el 3 de manera parcial, fue documentada una cavidad de tamaño considerable, que profundizaba incluso la roca. En planta se adivina su tendencia oval, con unos 9 m de eje longitudinal y una profundidad máxima de 3,80 m desde su borde superior (Lám. 2, c).

Al comienzo de la campaña de 1977 los excavadores encontraron, en la zona que luego ocuparía el corte 4, una cavidad moderna, hecha con el propósito de recoger las aguas de lluvia. Es decir, un abrevadero justamente en el sitio de la cima por el que descienden las aguas de las crestas más altas. Incluso, puede comprobarse este detalle recordando que las excavaciones en el corte 4 tuvieron que ser interrumpidas en 1977 porque después de las fuertes tormentas ocurridas, esta zona había quedado anegada de agua.

La enorme cavidad en la roca, excavada hasta el fondo durante la campaña de 1979, estaba revestida de una construcción de piedras, dispuestas sobre el suelo casi horizontal y ascendían en ligero talud hasta el borde (Lám. 2, c). En el relleno del interior se encontraron, hileras de piedras y capas finas de barro, alternando. Con gran probabilidad se trata de una cisterna, utilizada en varios momentos.

Hasta una profundidad de −10,80 m, que corresponde a unos 2,26 m bajo el borde superior de la roca, se hallaron fragmentos de cerámica a torno y restos de ánforas romanas de comienzos del Imperio, que demuestran que la cisterna se encontraba abierta, por lo menos en gran parte de su profundidad, durante la fase ibérica tardía y romana antigua del poblado de Fuente Alamo. Se tiene que dejar abierta la pregunta de si en esta época fue profundizada de nuevo, o si la encontraron de aquella manera, limitándose a utilizarla después de un acondicionamiento superficial.

Los 1,54 m inferiores que completaban el relleno arqueológico, en condiciones parecidas, ofrecían capas en las cuales se apreciaron componentes intensos de color, verdosos y amarillentos, que tal vez hubieran formado parte del mortero de arcilla correspondiente a la época del Bronce.

En estos sedimentos y sobre todo en el último estrato sobre la roca aparecieron fragmentos de cerámica argárica, junto con otros del Bronce Tardío. Los últimos citados pertenecían a diferentes vasos decorados mediante la técnica de Boquique. Por otro lado, en el perfil del corte 3 queda claramente reflejado que la cavidad había roto antiguos estratos argáricos cuando fue excavada. En consecuencia, se

---

(7) H. Schubart, Zur Gliederung der El Argar-Kultur, en «Studien zur Vor-und frühgeschichtlichen Archäologie (Homenaje a Joachim Werner). Munich, 1974, págs. 35 y ss., fig. 1, sobre todo págs. 46 y s., fig. 8, 9 (Trad. española en *Trab. Preh.*, 32, 1975, págs. 79 y ss.). V. también Schubart y Arteaga, MM 19, 1978, págs. 38 y ss., y *Noticiario Ar. Hisp.*, 9, 1980, págs. 247 y ss., y 263 y ss., figs. 9-11, sobre todo fig. 11, i. Las capas de la forma 7 bis con pie ancho parecen ser, según la estratigrafía de Fuentes Alamo, algo más antiguas que las de la forma 7 de pie esbelto.

puede admitir que la cisterna había sido construida en los últimos momentos de El Argar, si no probablemente en el Bronce Tardío.

El descubrimiento de este hecho, como su datación, resultan de gran importancia para la comprensión de la vida en los poblados de la Edad del Bronce en el Sudeste. Hasta ahora sólo se conocía una en El Oficio, interpretada por Siret como cisterna, por lo visto reforzada con muros adosados y que se había considerado argárica.

A la vista de la datación de la cisterna de Fuente Alamo, considerablemente más pequeña, sería eventual para la de El Oficio, donde también aparecen fragmentos del Bronce Tardío, pensar en una cronología igualmente antigua. Un estudio sobre la cronología de la cisterna de El Oficio representa, por lo tanto, un importante cometido para la futura investigación.

Otra construcción en forma de cisterna ha sido descubierta recientemente en el poblado de Alboloduy (Almería) por C. Martínez Padilla y M. Botella, cortada de manera escalonada en la roca. Y es de esperar que este tipo de construcciones aparezcan con más frecuencia en la misma medida en que se hagan excavaciones extensas en poblados de altura, donde la búsqueda de las posiciones defensivas tenía como contrapartida el problema del agua. Saber si las cisternas cumplían con una función de abastecimiento de la población, o como abrevadero del ganado, es una cuestión que no podemos desarrollar en este informe, aunque en principio se pueda suponer que ello dependería de las posibilidades naturales de cada sitio.

* * *

Como es habitual en los poblados de la cultura de El Argar y ya conocidas en Fuente Alamo (8), aparecieron numerosas sepulturas en conexión con el área habitada.

Todas las tumbas excavadas en 1979, hasta una cantidad de 17, pertenecen a los estratos argáricos; ninguna hasta ahora a los del Bronce Tardío. Ocho eran sepulturas en pithos (sepulturas 55, 57, 59, 60, 61, 64, 66, 67) y otras cinco eran cistas (sepulturas 56, 63, 65, 68, 69), mientras que cuatro resultaron excavadas en la roca, siendo, por lo tanto, covachas artificiales (sepulturas 54, 58, 62 y70).

Los ocho phitoi se encontraron en el área occidental, en el corte 18 y en su mayoría estaban por debajo de pavimentos, como es característico, aunque siempre en los estratos de las fases superiores de El Argar de Fuente Alamo (Lám. 9). Solamente la tumba 59 era un pithos de tamaño considerable, probablemente para un individuo, pero desgraciadamente ya estaba expoliada. El resto de los pithoi, tanto por su tamaño, como por los restos óseos conservados, eran sepulturas infantiles (Lám. 9, a, b). Gran número de sepulturas en pithos aparecieron sin ajuar. Vasos como ajuar solamente se encontraron en la tumba 60 (Lám. 9, c): a saber, la parte superior de una copa de pie esbelto (tipo 7 de Siret) y un pie completo de vasija (tipo 7 bis) que fue depositada en la tumba con el carácter de *forma 8-a*, lo cual se supone también por el desgaste de los bordes de la rotura, hecho al parecer intencionalmente. La copa de forma esbelta, como el tipo de vaso similar a una copa, forman un inventario característico de la fase «B» de El Argar.

De las 5 sepulturas en cista solamente una pequeña, que ya estaba abierta, fue documentada en el corte 18 (Lám. 8, c). A pesar de no contener ningún ajuar, podría tratarse, por su tamaño y situación, de una de las sepulturas en cista que llegan

---

(8) *Op. cit.*, págs. 34 y ss., fig. 8, lám. 6.

todavía a la fase de El Argar B, como también se demuestra en Fuente Alamo en otros casos. Así, por ejemplo, en el corte 7, donde aparece una cista (tumba 68. Lám. 8, e) ricamente provista con materiales del Argar B. Esta tumba 68 contenía dos ollas de la *forma 4*, un pequeño vaso de la *forma 5*, tardío por su configuración y una copa de pie esbelto de la *forma 7* (Lám. 10). En metal, dos anillos de plata, un puñal y un hacha plana. También estaba relativamente conservado un esqueleto perteneciente a un individuo masculino. Por su ajuar tan abundante la tumba en cuestión se parece a la *sepultura 9*, con espada, de las excavaciones de Siret (9).

Las cistas 63 (corte 1 (Fig. 2) y 65 (corte 2) (Lám. 8, b, d, p) recuerdan por su propia construcción, bastante recia, como también por sus ajuares, a la sepultura 52 (Lám. 6, c), cista excavada en 1977 (10). Las tres cistas contienen vasos carenados de doble cono de la *forma 6* de Siret, de tamaño grande, acompañados por un vaso muy pequeño de la *forma 5*, siendo aquella combinación conocida desde antiguo en las tumbas 1, 7 y 10 de las excavaciones de Siret (11). El pequeño vaso funerario de la tumba 65 se corresponde completamente en su forma con el de la tumba 52, y con ello a una forma, que se presenta frecuentemente en la fase de El Argar B. El pequeño vaso carenado de la tumba 63, con carena a media altura, podría hablar en favor de una datación de esta sepultura todavía en la fase de El Argar A. Desgraciadamente el inventario de esta sepultura no contenía ninguna ofrenda de metal, junto a las cerámicas que se hallaron depositadas en el exterior de la cista y gracias a ello conservadas. El interior había sido expoliado, como se pudo apreciar, desde el lado sur.

En la sepultura 65 se encontraron las ofrendas dentro de la misma cista. Además de los vasos ya citados, había también tres anillos, un punzón y una hoja de puñal con dos remaches. El gran vaso carenado estaba con la boca hacia abajo (Lám. 8, d).

La fosa de la tumba 69 había sido excavada en los estratos de la fase A de El Argar. También por la manera especial de su cista se muestra como una de las sepulturas más antiguas de Fuente Alamo. Mientras que todas las cistas mencionadas hasta ahora se hallaban en fosas anchas más amplias que la cista, abiertas a propósito para este fin (Fig. 2), aseguradas mediante piedras y por último terraplenadas por fuera hasta el borde superior de las lajas verticales, en la tumba 69 sólo había sido excavado el espacio exacto, previamente calculado, para la ubicación de la cista, desde un corredor en forma de rampa, que va descendiendo en declive desde el norte, a la manera de un *dromos* (Lám. 5 ó 7, a).

La cámara de piedras propiamente dicha se encontraba en el extremo de esta estrecha fosa, cerrada a su vez por dos lajas. De tal manera puede decirse que la tumba constaba de dos partes, la rampa en forma de dromos y la cista propia del enterramiento. En el caso de esta tumba 69 se trataba de un enterramiento doble. Aparte de uno de los grandes recipientes con la carena a media altura formaban el ajuar un punzón y puñal. Si después de un primer enterramiento fue cerrado el corredor provisionalmente, o si ambos enterramientos se realizaron al mismo tiempo, y en tal caso el cierre se hizo por el lado norte, son hipótesis que no se pueden reconstruir en base a lo que se ha encontrado.

La tumba 69, por su construcción, resulta extraordinariamente parecida a la

---

(9) E. y L. Siret: «Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España». Barcelona, 1890, láms. 67 y ss.
(10) Schubart y Artega: MM 19, 1978, págs. 34 y ss., fig. 8.9; para la cronología v. *Op. cit.*, 40.
(11) E. y L. Siret: *Op. cit.*, lám. 65, 7.10; H. Schubart: Homenaje a J. Werner (v. a., nota 7), pág. 39.

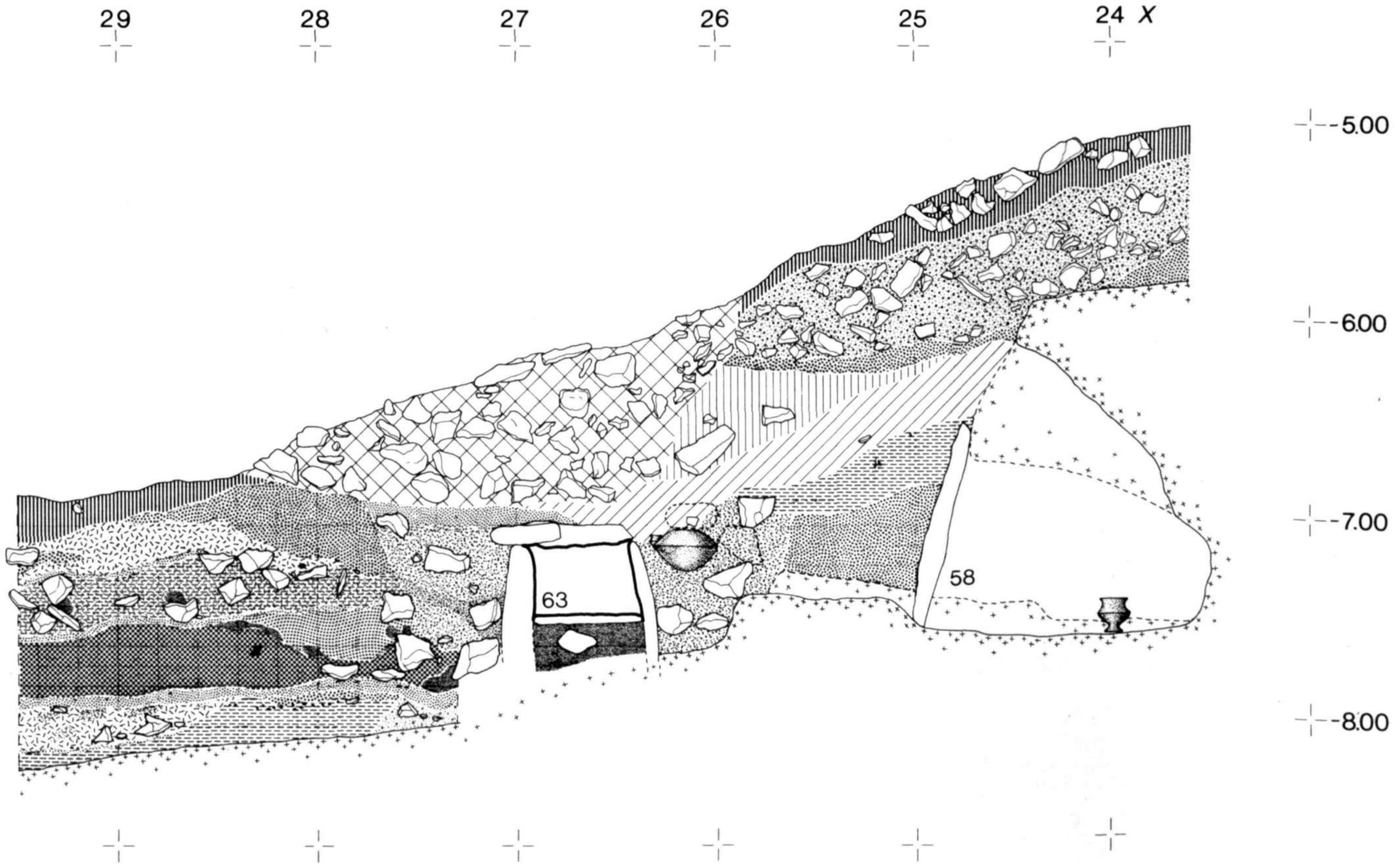


Fig. 2.—Fuente Alamo, 1979. Corte 1, parte oriental, perfil sur en y 15,50 con la sepultura en covacha 58 y la sepultura en cista de época más reciente 63. La zona reticulada representa una destrucción moderna. (V. el cuadro de símbolos en H. Schubart y O. Arteaga, Fuente Alamo, 1977, *Noticiario Ar. Hisp.*, 9, 1980, pág. 259, fig. 7). 1:40.

tumba 1 excavada por Siret (12), que ha sido nuevamente abierta en 1979 (Lám. 8, a). También en la tumba 1 se excavó solamente una fosa limitada al tamaño de la cista, pero en este caso sin la rampa observada en la tumba 69, aunque la solución tan particular del cierre del lado corto, ubicado hacia el norte, hace pensar en un acceso por este lado. También la tumba 1 estaba tapada por dos grandes losas y contenía un ajuar antiguo de El Argar (13), que debía corresponder con los hallazgos de la tumba 69.

Junto a los enterramientos en pithos y a las sepulturas en cista, como habíamos dicho, aparecieron varias tumbas excavadas en la roca (Lám. 6).

Constituyen una forma diferente de construcciones sepulcrales, que hasta ahora no era conocida en Fuente Alamo (14).

Las cuatro tumbas de este tipo se encuentran todas excavadas en la pendiente, de manera frontal. Convenientemente se cortaba en la pizarra un corredor en declive desde afuera hacia adentro, rematado por la cavidad de la cámara sepulcral (Fig. 2).

En las tumbas 62 y 70, en la falda occidental, el corredor formaba como un *dromos* delante de la cámara (Lám. 6, b), siendo un sistema que recuerda la disposición de la fosa construida para la tumba 69. También resulta parecido el sistema de cierre frontal, mediante grandes lajas de piedra dispuestas de forma inclinada frente a la cámara, en estas covachas artificiales, y, frente a la cara norte de la cista en el caso de la tumba 69.

En la tumba 70 hacía de cierre una gran laja (Lám. 6, b). En las tumbas 54, 58 y 62 varias lajas, de forma estrecha en las dos primeras (Lám. 6, a), como observábamos en el lado norte de la citada tumba 69.

Las lajas de cierre en las covachas artificiales estaban colocadas ligeramente inclinadas, apoyando su borde superior en la parte sobresaliente de la roca (Fig. 2). Como la roca tan blanda estaba en este lugar la más de las veces desmoronada, no se pudo observar este detalle en todas las sepulturas. En las covachas la posición del enterramiento era fetal (Lám. 6, b, d), en la tumba 58 el lugar concreto del enterramiento se presenta delimitado por unas piedras.

Las cuatro tumbas excavadas en la roca de Fuente Alamo siempre presentaron como ajuar un puñal de forma antigua. Es decir, de El Argar A. Además, las sepulturas 54 y 58 tenían cada una, una alabarda y un vaso carenado con la línea de la misma situada a media altura. El vaso de la tumba 58 se diferenciaba por presentar un pie elevado (Fig. 4) (15).

En el enterramiento de la sepultura 54, igualmente en posición fetal, además de alabarda, puñal y un vaso carenado, aparece también un brazalete de arquero (Fig. 3) asociado al antebrazo izquierdo, como puede apreciarse en la lámina 6, d, hablando igualmente de una cronología antigua para esta sepultura (16), incluso remontándose a El Argar A, como lo demuestran la hoja del puñal, la alabarda y el vaso carenado.

Los estudios estratigráficos comprueban también dicha cronología para los enterramientos excavados en la roca.

---

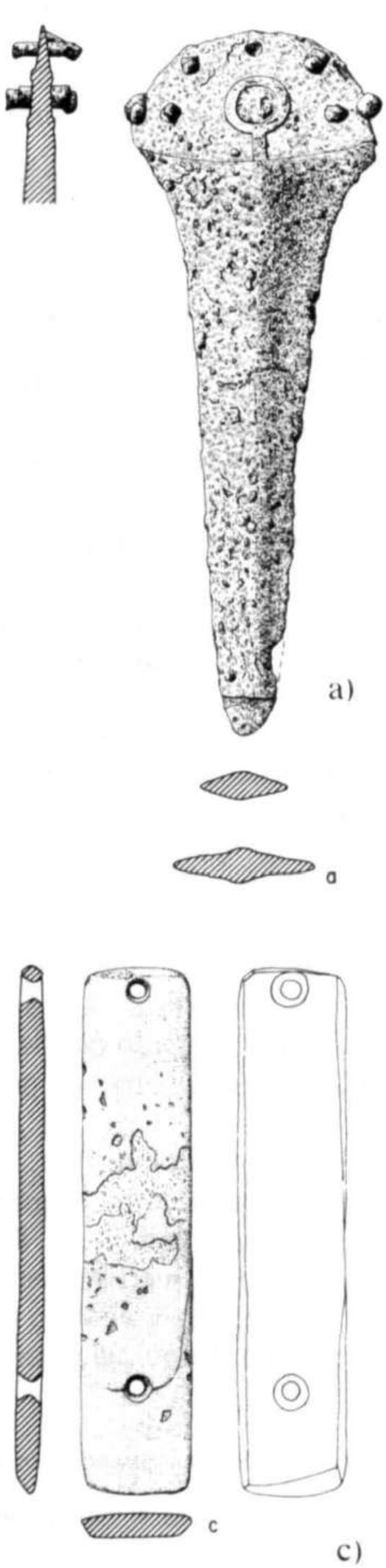
(12) E. y L. Siret: *Op. cit.*, lám. 66, 1. Un nuevo dibujo de la tumba 1 fue necesario hacerlo, porque el de Siret es muy esquemático.

(13) Blance: «Die Änfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel», SAM 4. Berlín, 1971, pág. 130; Schubart, Homenaje a Werner (v. arriba, nota 7), pág. 43.

(14) La expresión tumba excavada en la roca se admitirá aquí por analogía en el sentido con las cuevas artificiales (Calcolítico), porque se trata en ambos casos de covachas construidas artificialmente y no de un aprovechamiento de cuevas o abrigos que se dan naturalmente.

(15) Pie tienen casi todos los tipos de cerámica de El Argar, pero en los vasos carenados es sumamente raro. V. E. y L. Siret: *Op. cit.*, lám. 14, a: un paralelo lejano en Fuente Bermeja.

(16) Sangmeister: Die schmalen «Armschutzplatten», *Studien aus Alteuropa 1*. Colonia/Graz, 1964, págs. 93 y ss.; B. Blance: *Op. cit.*, pág. 123; Schubart, «Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel». MF 9. Berlín, 1975, págs. 97 y s.



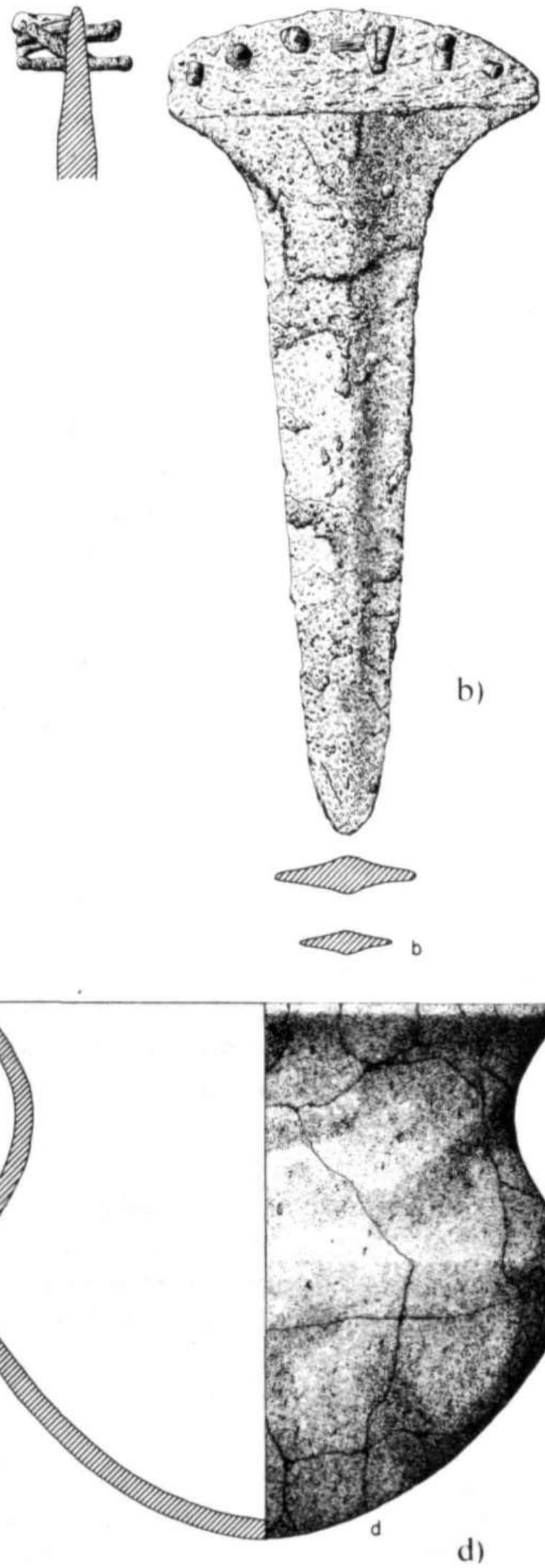


Fig. 3.—Fuente Alamo, 1979. Sepultura en covacha 54 (v. lám. 8, c, d), a) alarbarda (FA 1494/6); b) hoja de puñal (FA 1494/5); c) brazalete de arquero (FA 1494/7); d) vaso carenado (FA 1494/4). Cerámica 1:3; metal y piedra 1:2.

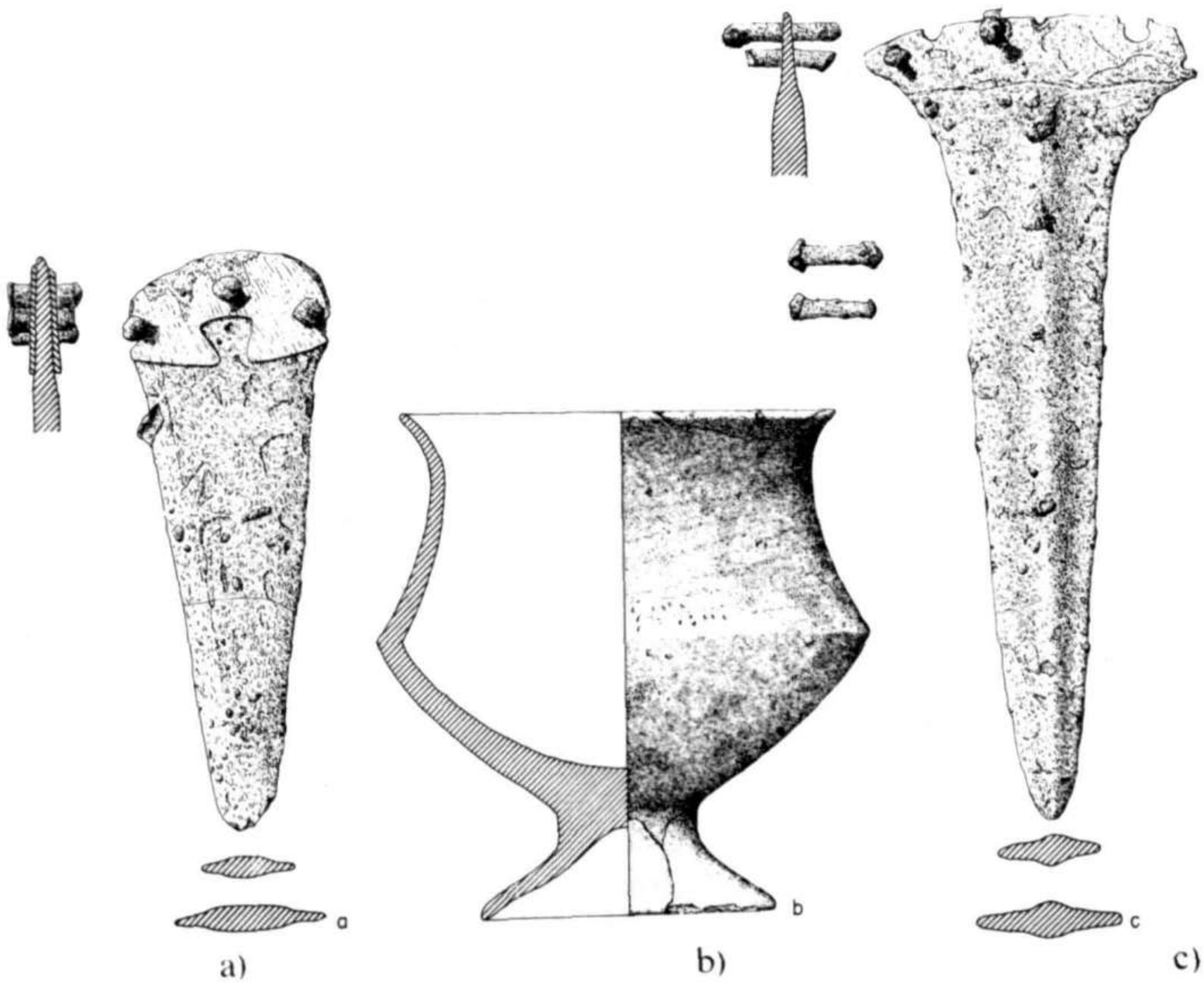


Fig. 4.—Fuente Alamo, 1979. Sepultura en covacha 58 (v. fig. 2; lám. 8, a), a) hoja de puñal (FA 1477/1); b) vaso carenado con pie (FA 1477/4); c) alabarda (FA 1477/2). Cerámica 1:3; metal 1:2.

En el corte 1 puede asegurarse que la sepultura en la covacha 58 fue construida en época más antigua que la cista 63 (Fig. 2), que probablemente pertenece a una fase tardía de El Argar A, pero a su vez es más antigua que el enterramiento en pithos 51. En el corte 2 puede observarse que la construcción de la covacha 54 resulta anterior a la fosa de la cista 52 (Lám. 6, c), que se fecha en el paso entre El Argar A y B, si no es de una fase B-1, siendo continuada la secuencia estratigráfica en una época más tardía por el enterramiento en pithos 53. La gran tumba excavada en la roca número 62, en el corte 18, es más antigua que la pequeña cista número 56 (Lám. 8, c) y que los varios enterramientos en pithos de aquella zona. Una de estas sepulturas (pithos 57) es, con seguridad, más moderna que la cista 56.

Aparte de las cistas más viejas (tumbas 1 y 69) puede decirse que las covachas artificiales pertenecen, por consiguiente, a una forma de enterramiento que se hallaba en uso durante la fase más antigua de El Argar.

Estas tumbas en forma de covacha artificial, a veces con corredor, tuvieron que haber sido excavadas en un momento en que la cima del cerro no se hallaba totalmente ocupada. Por cierto, no quedan comprendidas como enterramientos debajo de las casas, aunque en parte son enterramientos de poblado.

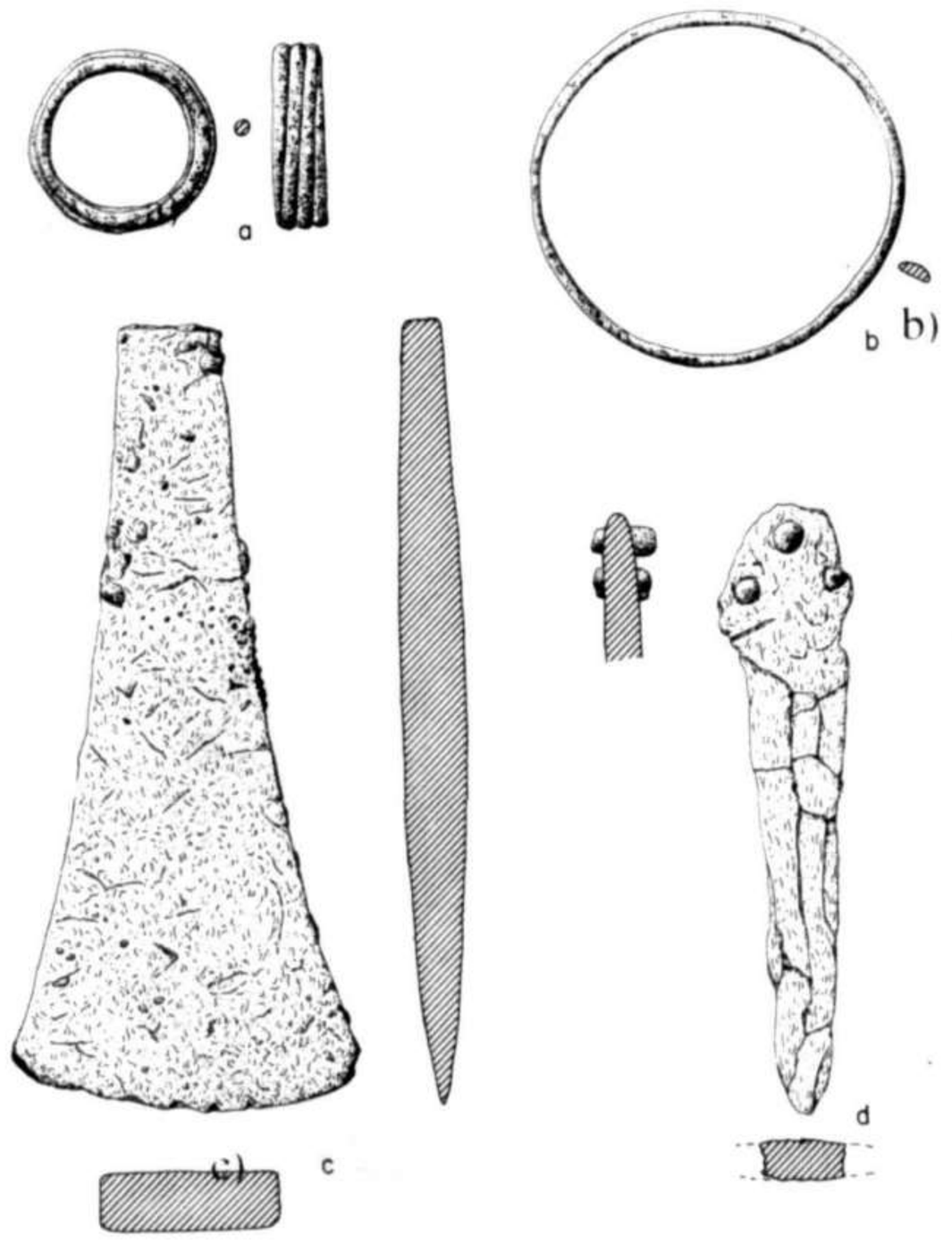


Fig. 5.—**Fuente** Alamo. 1979. Sepultura en cista 68: ajuar metálico: a) anillo de plata en forma de espiral (FA 1432/8); b) brazalete pequeño de plata (FA 1432/7); c) hacha (FA 1432/5); d) punal con remaches de plata (FA 1432/6). Cf. lám. 8, e, y 10 a-d, con los cuatro vasos correspondientes del ajuar. 1:2.

Aunque estas tumbas pueden ser investigadas y definidas en Fuente Alamo como una nueva forma de sepultura argárica, por otro lado, ya tienen sus paralelos en la misma cultura: aun cuando su carácter de sepulturas excavadas en la roca no ha quedado hasta el presente suficientemente aclarado, tanto en lo que respecta a su descripción apropiada (17) como en lo tocante a su posterior interpretación (18). Pero tumbas excavadas en la roca fueron encontradas muchas veces en las excavaciones de Siret. De forma significativa en Lugarico Viejo, donde las tumbas numeradas entre la 1 y la 8 quedan situadas de manera poco más o menos horizontal en la vertiente, fuera de la muralla (19). De la tumba 3 existe una vista publicada (20), que ofrece claramente las características de esta tumba como sepultura de covacha artificial. La tumba había sido cerrada por lajas inclinadas y, probablemente, sus bordes superiores apoyados en la parte de la roca que cubría dicho hueco, que como en Fuente Alamo estaba desmoronada, o fue destrozada en la excavación. Siret escribe que las ocho tumbas colocadas de igual forma estaban mal conservadas (21).

---

(17) En E. y L. Siret: *Op. cit.*, lám. 33, por ejemplo, se dice de las tumbas 533 y 534: «un simple hoyo en el terreno, tapado con pedazos de marga». Sin embargo, ver para ello la descripción exacta en *Op. cit.*, lám. 49, página 530.

(18) En Blance: *Op. cit.*, pág. 122, se citan las sepulturas como «Erd-Flachgräber» y junto a las cistas como «Flachgräber». A continuación v. Schubart: Homenaje a Werner (v. más arriba, nota 7), págs. 39 y ss.

(19) E. y L. Siret: *Op. cit.*, lám. 15, plano.

(20) *Op. cit.*, lám. 15, vista.

(21) *Op. cit.*, pág. 101, lám. 16, texto de la 3.

El inventario de aquellas tumbas, por otra parte, habla en favor de una cronología muy antigua para las covachas de Lugarico Viejo, así como también los hallazgos de superficie y del poblado, siendo entre ellos propio el brazalete de arquero y el botón de marfil con perforación en V (22).

Una cantidad de covachas se encontraron en el mismo Argar, en las excavaciones de Siret. Las tumbas desde la 528 hasta la 537, en la vertiente este del poblado, estaban excavadas en la roca terciaria y cerradas todas con una laja inclinada (23). Las sepulturas 529, 530 y 531 contenían unas un vaso carenado y otras una hoja de puñal, entre las que se encuentra la tumba 530, que tenía además un brazalete de arquero estrecho, que en base a la forma del mango de los puñales complementa un complejo de materiales bastante antiguos. A estas diez tumbas de El Argar se pueden añadir otras iguales (24).

Fuente Alamo, Lugarico Viejo y El Argar mismo son claros ejemplos de que las sepulturas en covacha, que de ahora en adelante no se deberán llamar nunca más «tumbas de fosa» o «Flachgräber», se trata de una forma típica más de sepultura, junto a las cistas y enterramientos en pithos, y, evidentemente representan, sobre todo, una cronología antigua. Fuera del grupo de El Argar, en el curso bajo del Almanzora también se han encontrado sepulturas excavadas en la roca, por ejemplo, las tumbas de pozo, aunque diferentes, de Purullena y aun cuando son de cronología más moderna (25).

* * *

En suma, debemos concluir este informe de la campaña de 1979 haciendo mención de los abundantes huesos de animales, aparecidos en las diversas fases del poblamiento, habiéndose finalizado ya su interpretación y cuya publicación junto con los resultados más importantes, acerca del sistema económico de Fuente Alamo y su entorno natural, se encuentra actualmente en preparación. Completan este estudio las 505 pruebas de carbón extraídas en 1977 que han sido analizadas por el Instituto para la Investigación Forestal de Birmensdorf (Suiza) y que aportan interesantes datos para la reconstrucción del paisaje prehistórico de la zona. Estos estudios continúan el objetivo propuesto y se complementan con dataciones de Carbono-14. También se realizan ahora las pruebas de tierras y metales, así como los estudios antropológicos sobre los restos humanos.

---

(22) *Op. cit.*, láms. 16 entre otras 16, 17, 24 y 25.

(23) *Op. cit.*, láms. 49, 529, 530 y 531.

(24) *Op. cit.*, láms. 29, 387; 41, 281; 48, 370; 49, 612. Las formas indudablemente tempranas de las hojas de puñal con un abultamiento en la superficie de unión no proceden, sin embargo, de una tumba de fosa (así Blance, *Op. cit.*, pág. 123, lám. 23, 3) sino de una cista (así, E y L. Siret, *Op. cit.*, láms. 32, 449).

(25) Molina González y Pareja López: «Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971». *Exc. Arq. Esp.*, 86. Madrid, 1975, pág. 18, fig. 6; 21, fig. 7; más claro en 22, figs. 8; 29 y ss., figs. 12-15.

Se hace necesario añadir que identificando tan exactamente las sepulturas en covacha como un tipo de tumba característico de la cultura de El Argar no se quiere excluir la existencia de otras formas de tumbas o de tumbas de configuración especial o local. Como, por ejemplo, las aquí ya mencionadas «tumbas de pozo», así como las que Siret describe como «sepulcros de forma redondeada, formados de piedras trabadas con tierra» al hablar de la sepultura 275 (El Argar, tumbas 202, 275, 427; v. E. y L. Siret, *Op. cit.*, láms. 41, 202; 37, 275; 30, 427) también, y, en el «hinterland», las «tumbas principescas» con un muro de piedras o «de bóveda de cañón realizada con adobes» de la fase Orce III (v. A. y W. Schüle, Antike Welt 7, 1976, págs. 45 y ss.). Debido a las someras descripciones de Siret, tampoco se puede excluir para la cultura de El Argar de la zona del Bajo Almanzora la forma de tumba, llamada de fosa, y que se define como excavada desde arriba en la tierra o en la roca natural y cerrada con una tapa horizontal; tipo de tumba que es frecuente encontrarlo en el Bronce del Sudoeste (v. H. Schubart, «Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», MF 9, 1975, pág. 20, láms. 20, a; 75, d; 79, a-d; 83, a-d; además, 7, 8, 12). Sin embargo, en los informes de Siret no está definida con seguridad este tipo de tumba de fosa y tendría que ser comprobada su existencia en este área por medio de excavaciones futuras.

A tenor de lo que acabamos de exponer, las investigaciones de Fuente Alamo se han intensificado de tal forma en 1979, que ahora resulta recomendable ofrecer una visión de conjunto, en base a los conocimientos adquiridos hasta el presente.

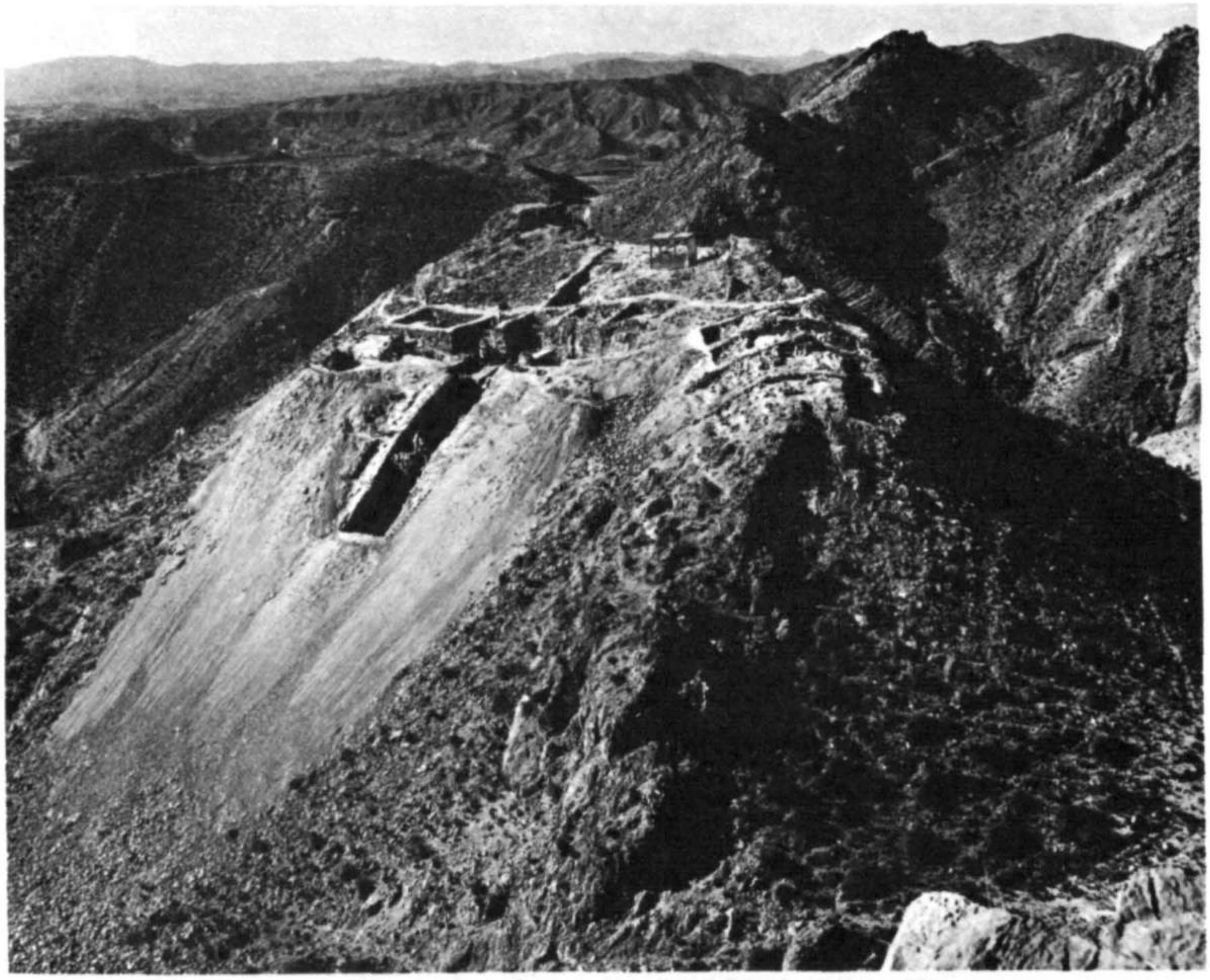
Al término de este segundo informe preliminar, que sólo permite una idea aproximada de los resultados, se ha adelantado, ya de manera significativa, el trabajo definitivo sobre los hallazgos y secuencias excavadas, siendo factible ahora presentar un estudio referido a una primera etapa de las labores estratigráficas.

En consecuencia, los próximos objetivos a cumplir, en lo que a los trabajos de campo se refiere, tendrían que ser acometidos en las futuras campañas que los autores esperan realizar (26), quedando destinados sus resultados a las páginas de respectivas publicaciones posteriores.

---

(26) V. más arriba s. y también Schubart y Arteaga: MM 19, 1978, pág. 51, nota 61 y *Noticiario Ar. Hisp.*, 9, 1980, pág. 279, nota 60.

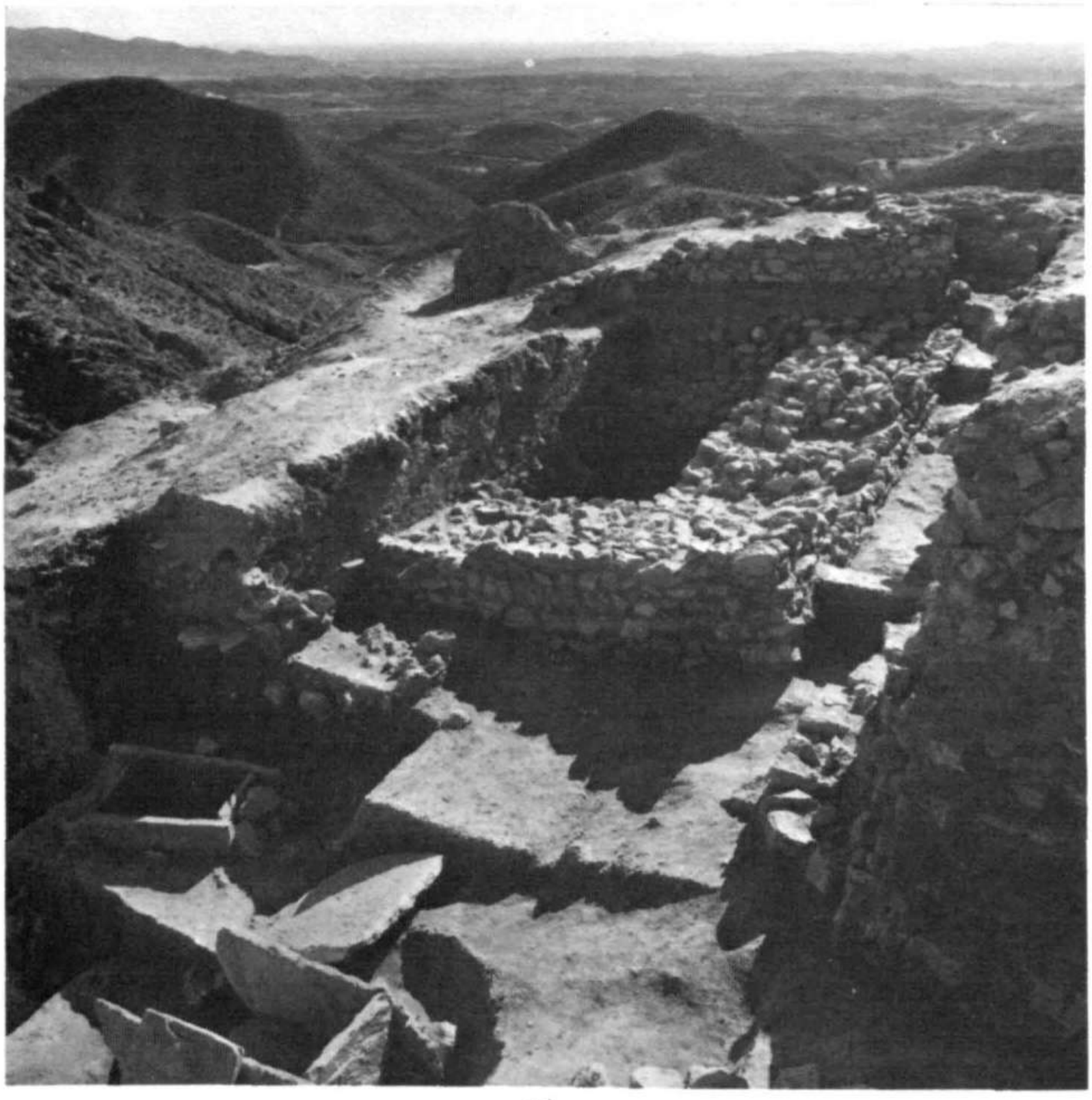
Objetivos primordiales para una próxima campaña de excavaciones en Fuente Alamo los constituirían el completar los estudios de la gran construcción rectangular y del sector sur, de gran importancia estratigráfica, en la zona entre los cortes 3/5 y 12/13/21/22, la excavación en la parte occidental de los cortes 3, 6 y 7, así como la investigación de la superficie restante en la ladera occidental, al norte y al sur del afloramiento de la roca, es decir, sur de los cortes 1/11, oeste de los 11/18 y norte del 18. La excavación de la superficie del poblado y la zona al norte de los cortes 1, 7, 12, 13, 21 y 22 de gran potencia estratigráfica, las cuestiones sobre el sistema de fortificación y la investigación de la zona sur en su total extensión y, sobre todo la zona, muy extensa, alrededor del corte 16 y la situada al sur de éste, quedan como trabajos para posteriores campañas de excavaciones en Fuente Alamo.



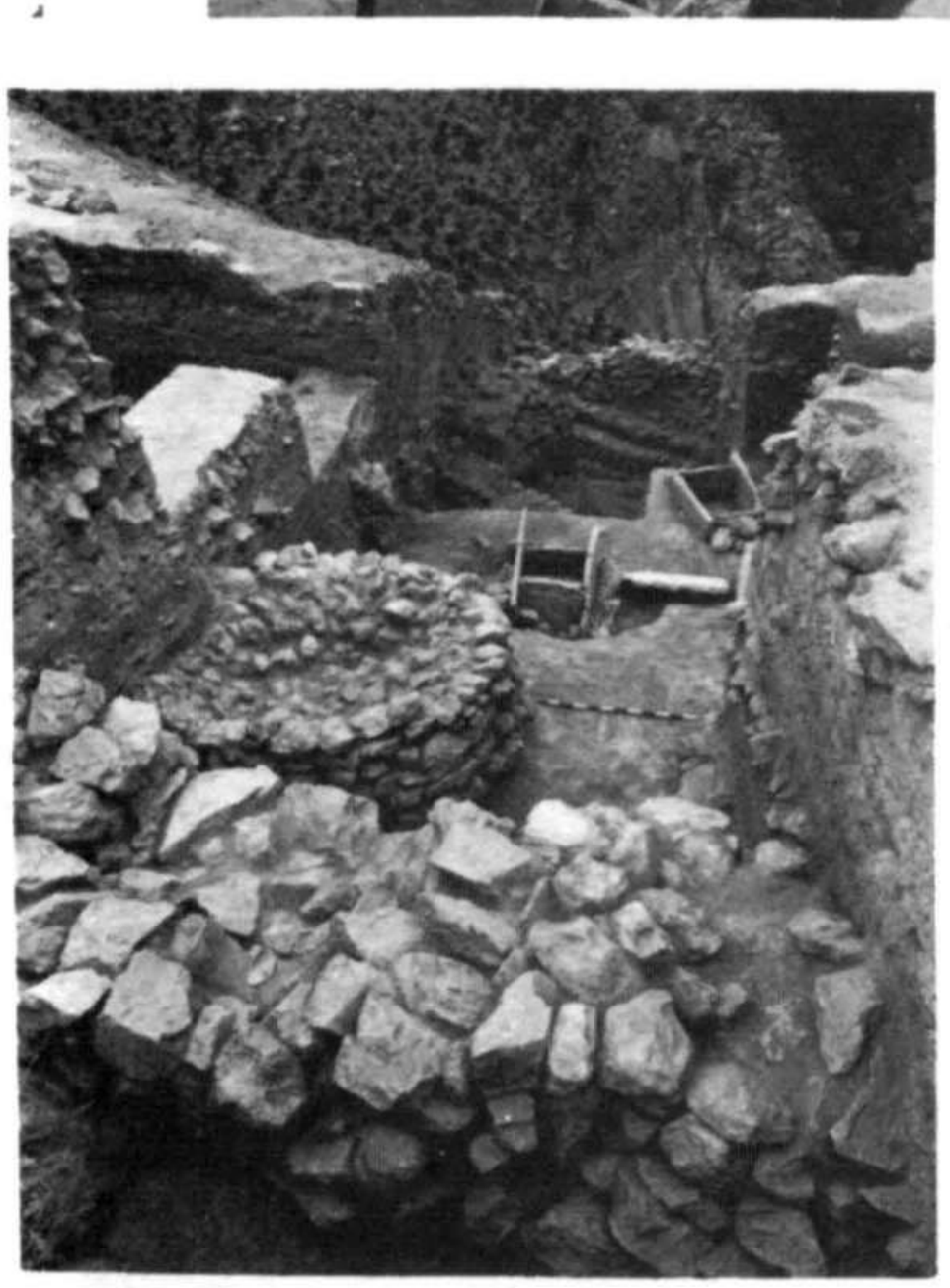
a)

b)

Lám. I.—Fuente Alamo, 1979. a) el poblado durante las excavaciones visto desde el Nordeste; b) fotografía aérea, vista desde el Nordeste de la cima del cabezo al finalizar las excavaciones. a) Inst. Neg. R 100-79-10; b) fotografía de Paisajes Españoles, Madrid, 326336-C.



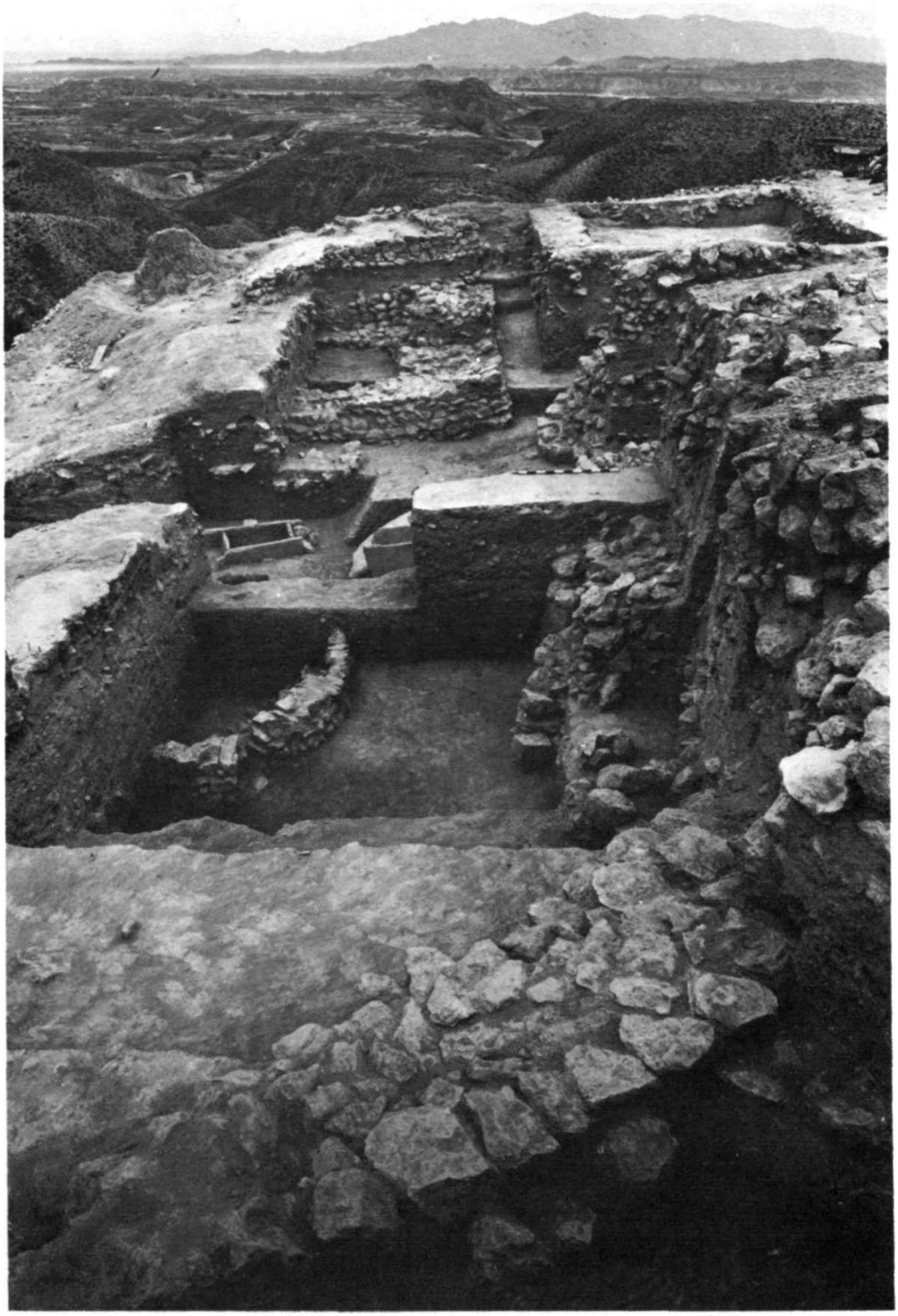
a)



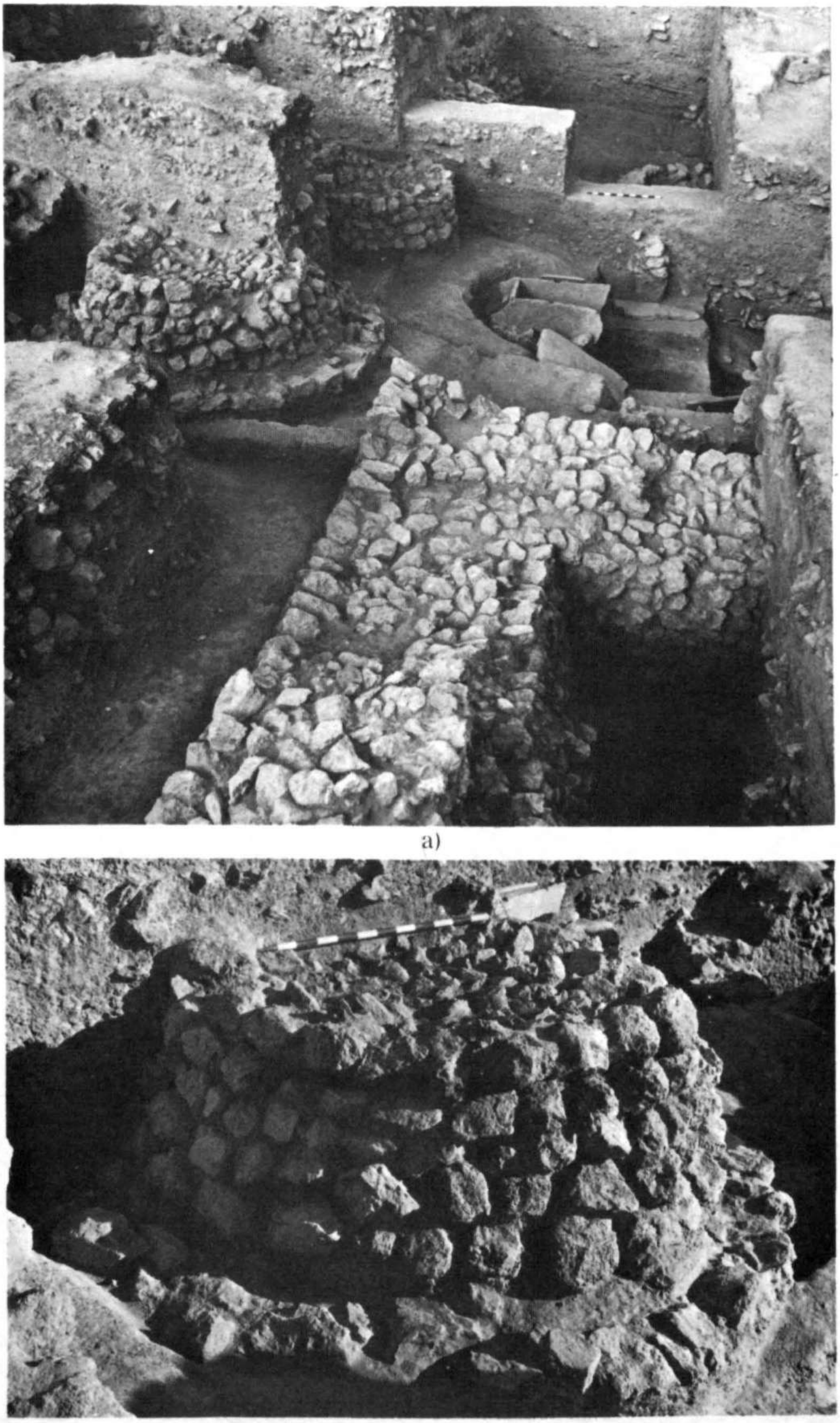
b)

c)

Lám. 2.—Fuente Alamo, 1979. a) parte oriental de los cortes 2, 3 y 5, vista desde el noroeste de las sepulturas en cista 52 y 65 en primer plano, en el centro una gran construcción rectangular de la época de El Argar Antiguo bajo una casa pequeña de la época romana republicana, y al fondo el valle del Almanzora y el mar Mediterráneo; b) cortes 2, 12 y 13, vista desde el oeste; c) corte 4, vista desde el nordeste de la cisterna, cortada de norte a sur; del muro adosado al sur con el revestimiento de piedras de la época del Bronce. Inst. Neg. a) R 95-79-8; b) R 110-79-8/9; c) R 90-79-1.



Lám. 3.—Fuente Alamo, 1979. Cortes 7, 6, 2, 3 y 5, vistos desde el norte; en el centro las dos construcciones circulares del corte 6 que no se han conservado completamente; al fondo la cuenca del Almanzora y la Sierra Cabrera. Inst. Neg. R 110-79-10.



a)

b)

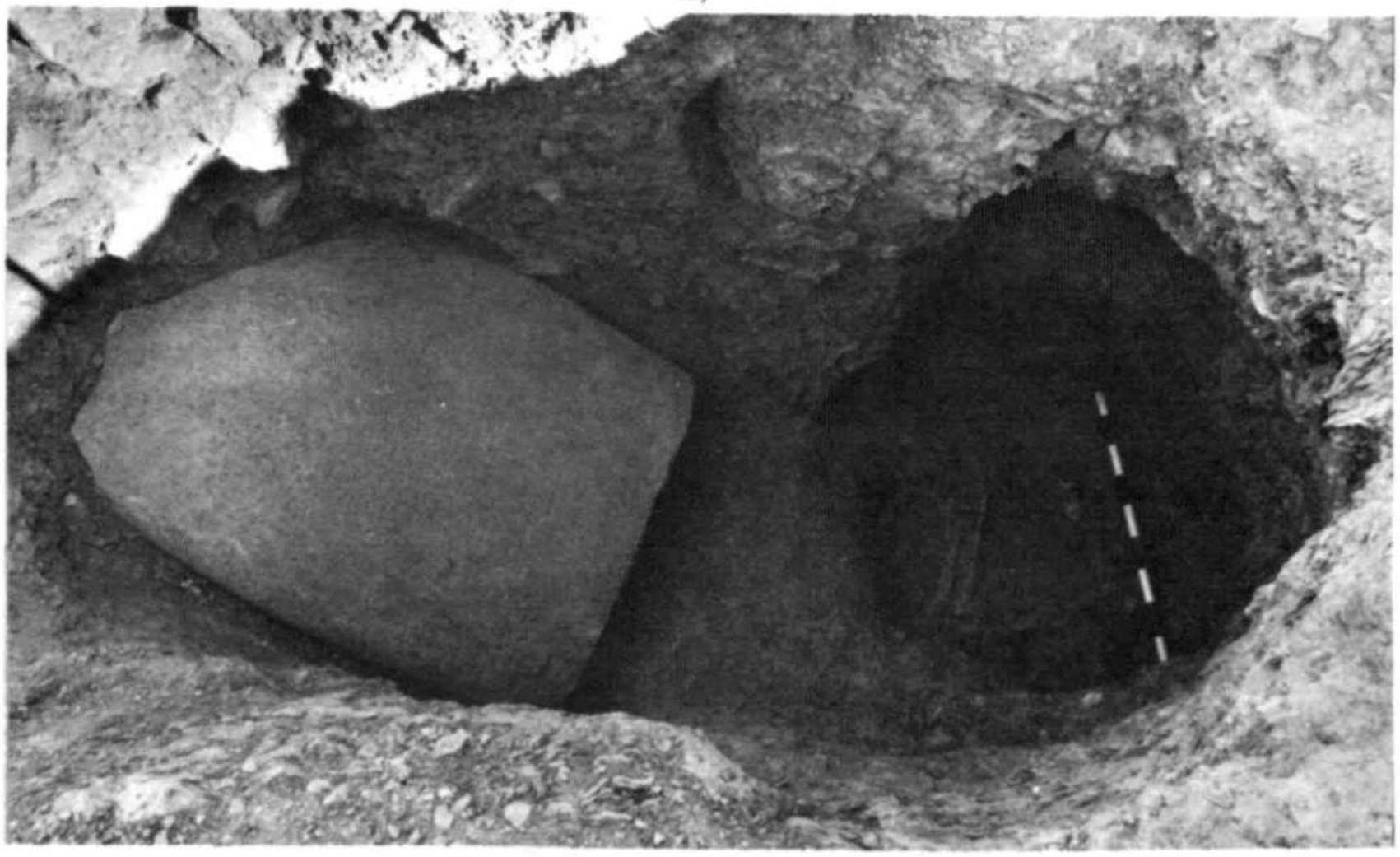
Lám. 4.—Fuente Alamo. 1979. a) cortes 3, 2 y 6, vista desde el sur de la gran construcción rectangular y de las construcciones circulares de la época de El Argar Antiguo de los cortes 3 y 2 con el zócalo conservado en su totalidad, también la cista 52; b) corte 3, vista desde el suroeste de una construcción circular con la base del cimiento. Inst. Neg. a) R 95-79-15; b) R 98-79-2.

a)

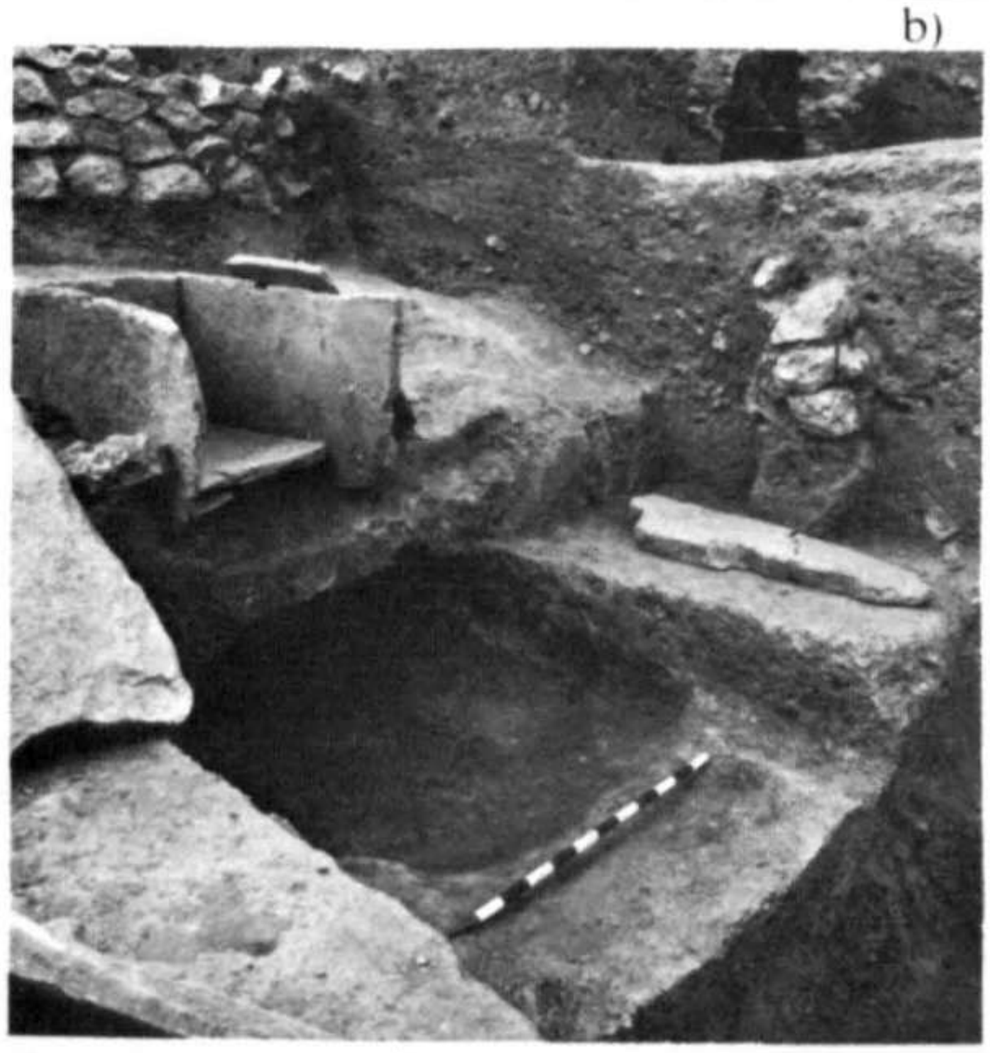
b)

Lám. 5.—Fuente Alamo, 1979. a) cortes 12 y 2, vista desde el este de la sepultura en cista 69, con la rampa del corredor excavada en la roca, más atrás la sepultura en nicho 54, las cistas 52 y 65 y la construcción circular del corte 2; b) corte 2, vista desde el sur de una construcción circular, a la derecha la cista 52. Inst. Neg. a) R 96-79-6; b) R 92-79-13.

a)



b)



c)

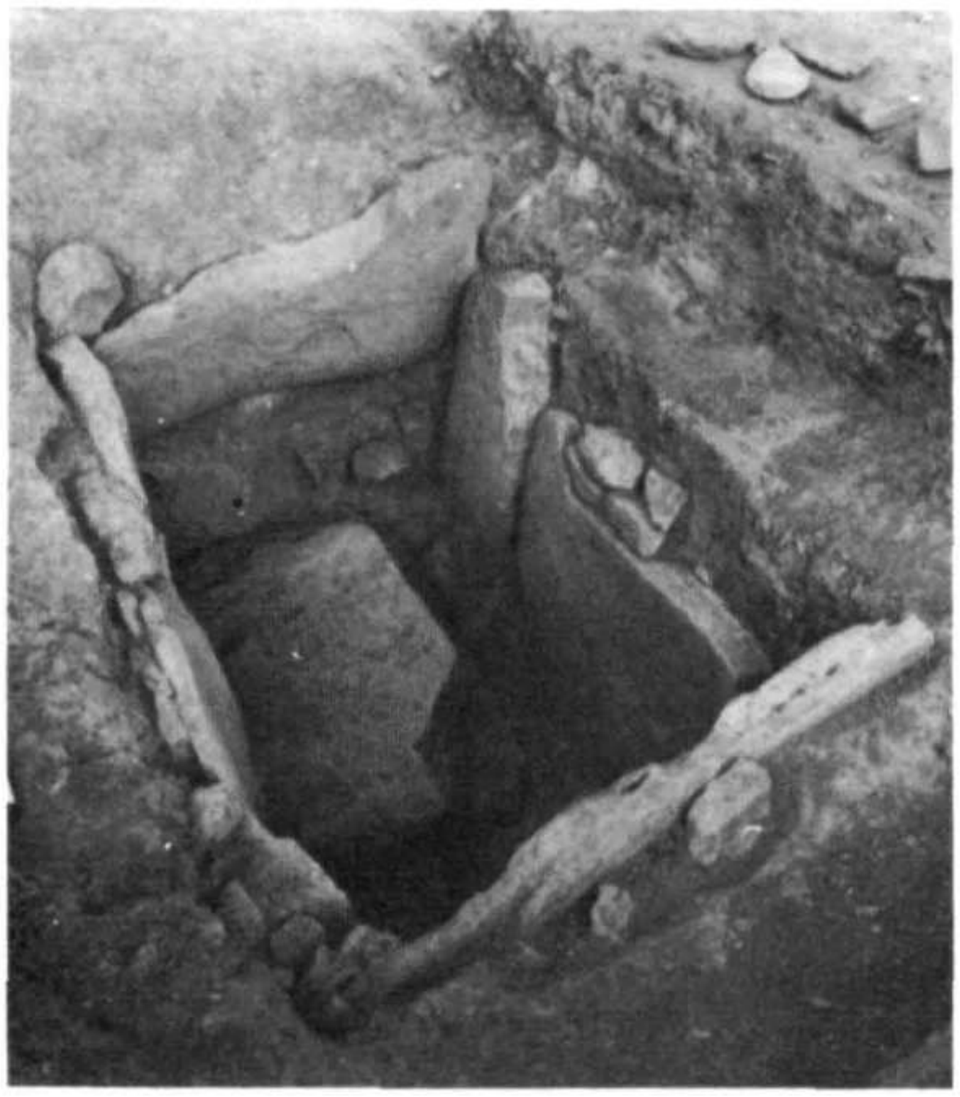
d)

Lám. 6.—Fuente Alamo, 1979. Sepulturas en covacha: a) tumba 58, vista desde el nordeste de las lajas de cierre en situación inclinada delante de la abertura de la tumba; b) tumba 70, vista desde el sur de la laja de cierre movida ya por los ladrones de tumbas y de los restos del esqueleto en el interior de la sepultura; c) tumba 54, vista desde el sudeste de la sepultura en covacha, detrás a la derecha una de las lajas de cierre, encima de aquella la sepultura en cista 52; d) tumba 54, vista desde el norte del enterramiento en posición fetal con vaso carenado, alabarda, puñal y brazalete de arquero «in situ» (v. fig. 3). Inst. Neg. a) 13-79-5; b) 14-79-33; c) R 96-79-1; d) R 106-79-21.

b)

a)

Lám. 7.—Fuente Alamo, 1979. Sepultura en cista 69: a) vista desde el noroeste de las dos piedras de la tapa donde se ve cómo la de la parte norte se ha caído en el interior de la tumba, de la piedra de cierre del lado norte con la estela (?) y de la rampa del corredor (v. lám. 7); b) vista desde el este-nordeste del interior de la tumba con el doble enterramiento y el vaso carenado después de haber retirado la tapa del lado norte y sus partes destruidas y antes de comenzar la excavación. Inst. Neg. a) R 100-79-1; b) R 100-79-16.



a)

b)

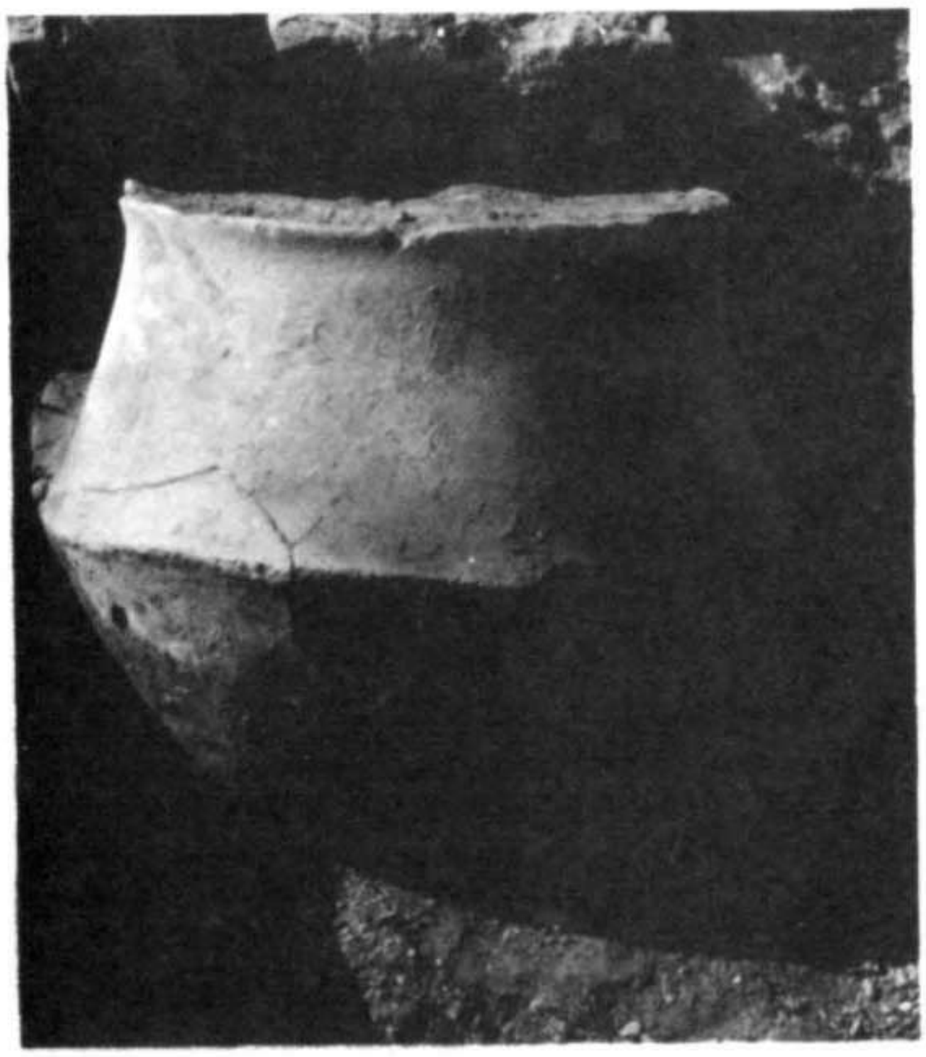
c)

d)

e)

f)

Lám. 8.—Fuente Alamo, 1979. Sepulturas en cista: a) tumba 1, vista del sudoeste de la gran cista ya descubierta por Siret; b.d.f. tumba 65, b) vista desde el nordeste con la tapa, d.f, vista desde el oesnoroeste, d) inmediatamente después de haber retirado la tapa, con un gran vaso carenado de la forma 6; f) después de la excavación del interior de la sepultura; c) tumba 56, vista desde el sur; e) tumba 68, vista desde el nordeste, después de haber retirado la tapa. Inst. Neg. a) R 95-79-11; b) 11A-79-19; c) R 101-79-8; d) 11A-79-28; e) R 102-79-16; f) R 102-79-7.

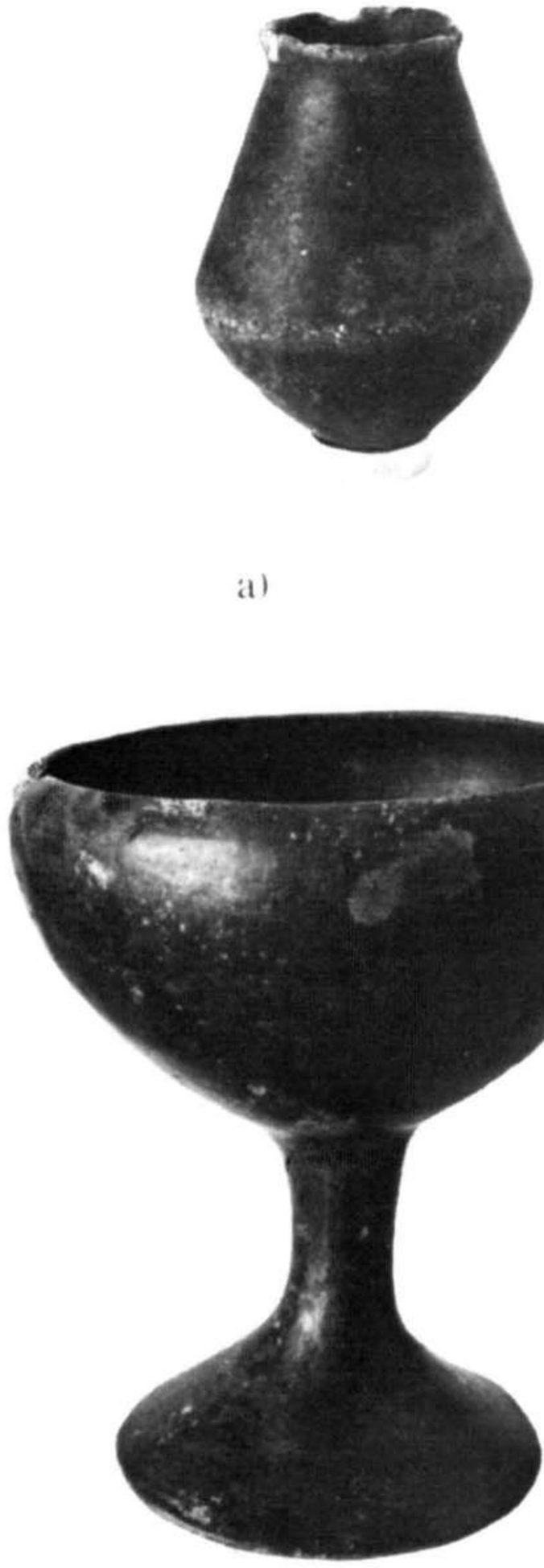


a)

b)

c)

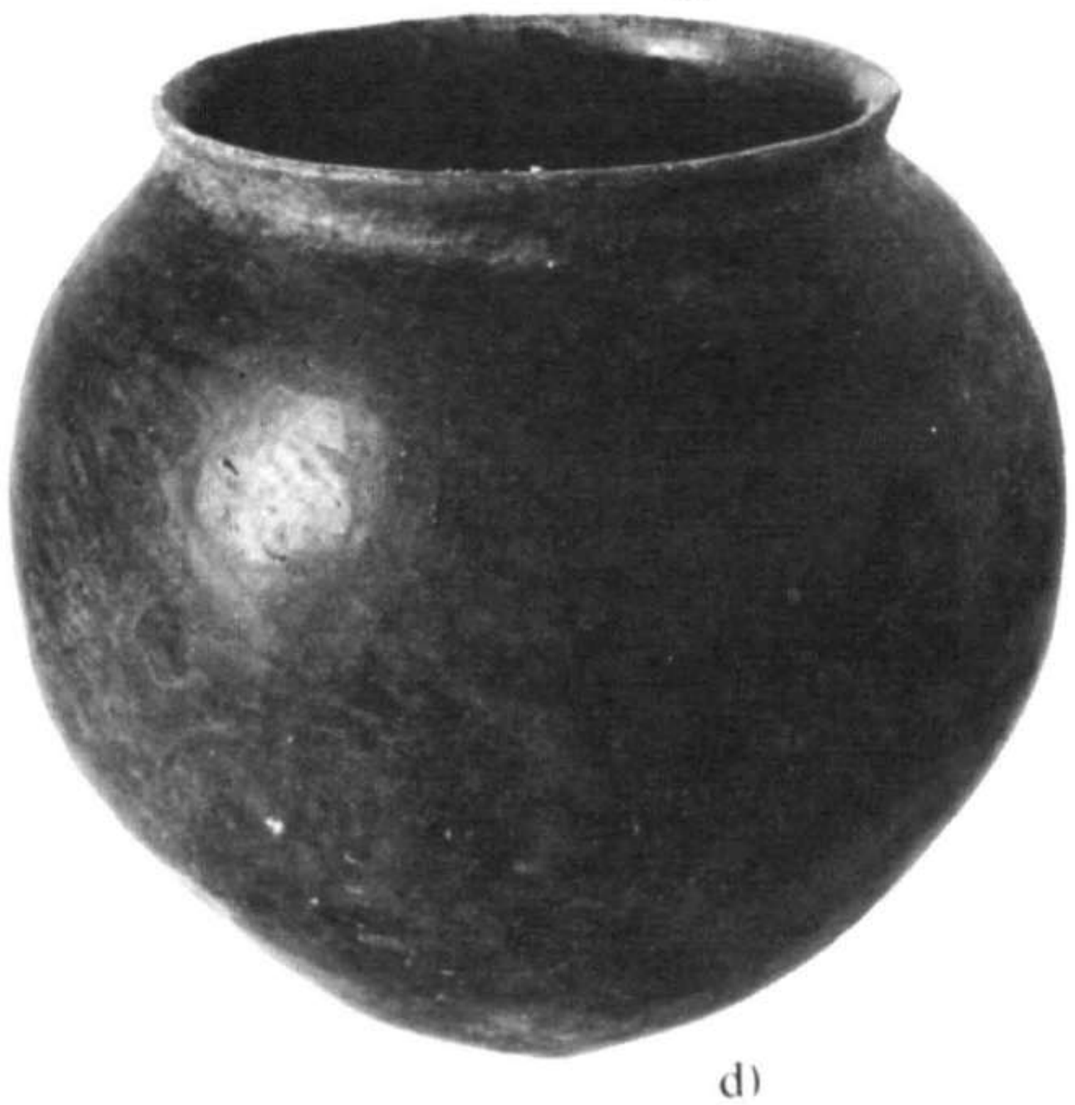
Lám. 9.—Fuente Alamo, 1979. Enterramientos en pithos: a) tumba 64, vista desde el este; b) tumba 55, vista desde el sur; c) tumba 60 (izquierda) y 61 (derecha), vista desde el norte. Inst. Neg. a) 11-79-24; b) 9-79-16; c) 10-79-24.



a)

b)

c)



d)

Lám. 10.—Fuente Alamo, 1979. Vasos de cerámica de sepulturas en cista: a) pequeño vaso carenado (alt. 7,6 cm) (FA 1432/4); b) olla (alt. 21,4 cm) (FA 1432/2); c) copa con pie (alt. 20,4 cm) (FA 1432/3); d) olla (alt. 21 cm) (FA 1432/1). Como hallazgos de metal pertenecen a la sepultura 68 (v. lám. 8, e): un hacha plana, una hoja de puñal con tres remaches de plata, un brazalete cerrado de plata y un pequeño anillo en espiral de plata. Inst. Neg. a) R 113-79-17; b) R 112-79-14; c) R 112-79-5; d) R 112-79-10.

ALHONOZ: (EXCAVACIONES DE 1973 A 1978.)

LUIS ALBERTO LOPEZ PALOMO

A la memoria de la doctora doña Concepción Fernández-Chicarro y de Dios, directora del Museo Arqueológico Hispalense, cuya reciente desaparición ha supuesto un vacío irrellenable para la Arqueología andaluza y una profunda consternación para el autor de estas páginas.

1. INTRODUCCION

La Memoria de excavaciones que ahora someto a la consideración de la Ciencia Arqueológica refleja la síntesis de un largo proceso de trabajos de campo en el poblado de Alhonoz y se inscribe dentro de la bibliografía —que se relacionará más adelante— cuya temática tiene como punto de convergencia el estudio de los hábitats de la zona de contacto de la campiña sevillano-cordobesa por donde el río Genil discurre en su curso medio (Fig. 1). Hábitats cuyo arranque poblacional parece quedar fijado con bastante probabilidad en unos horizontes del Bronce Final, próximos a la raya del primer milenio a. de C., y que experimentan la consabida evolución hasta las fases puramente ibéricas, languideciendo o perdiéndose definitivamente el poblamiento con los inicios de la Romanización, experimentando a veces (tal es el caso de Alhonoz) un discreto remozamiento ocupacional en una época encuadrable, «grosso modo», en el Califato de Córdoba, motivado por cincunstancias estratégicas que en muchas ocasiones han determinado precisamente la principal causa de degradación del yacimiento antiguo, al emplearse como elementos fundamentales de construcción de estructuras arquitectónicas medievales los materiales arrancados de los paramentos preexistentes, cuando no por la sistemática destrucción motivada por los buscadores de tesoros de épocas pretéritas que tristemente se están viendo paralelizados en la actualidad por otros depredadores de mejor fortuna que emplean frecuentemente modernos sistemas de detección de metales, con lo que la destrucción y dispersión del Patrimonio Arqueológico es un hecho consuetudinario en los riquísimos yacimientos de la campiña del Genil.

Dentro del dilatado margen —que abarca desde los últimos destellos de la Edad del Bronce o primera Edad del Hierro hasta una imprecisa línea que se pierde hacia el final de la Reconquista o, cuando menos, en el momento en que la superestructura política de Roma hace tabla rasa con las autonomías, más o menos tribales, de estos poblados— existe una línea de evolución, prácticamente discontinua, al menos en lo que el estudio superficial de los materiales arqueológicos nos revela y, fundamentalmente, observable a través de las diversas estratigrafías que en Alhonoz se han efectuado, como única muestra de la investigación metódica en toda la extensa área geográfica del Genil medio.

Por tanto, al estar cumplidamente documentados en este yacimiento los vestigios arqueológicos que van desde las últimas fases de la Prehistoria hasta el mundo romano, se justifica el que se le pueda llamar tartéssico, colonial, ibérico o iberorromano indistintamente. Todo depende del horizonte que hayamos excavado o del ambiente antiguo que mayor impronta haya marcado en los trabajos de campo.

25
MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL

Con las excavaciones en el yacimiento de Alhonoz se van aclarando muchas interrogantes sobre el poblamiento protohistórico del Valle del Guadalquivir y no cabe duda de que la evolución cultural observada en estas estratigrafías habrá de ser tenida en cuenta a la hora de construir la historia del primer milenio a. de C. en el sur de España. Pero me interesa muy especialmente subrayar el carácter de contribución exclusivamente que tienen estos trabajos, para el esclarecimiento de incógnitas. No tengo la presunción de querer explicar con estos sondeos —por muy elocuentes que hayan sido— la evolución completa de la Protohistoria andaluza. Antes al contrario, interesa precisar aún más, que los resultados que incluye la presente Memoria de excavación no deben ser tomados como definitivos y aplicables a extensas áreas geográficas, ni tan siquiera a sectores más reducidos, como el Valle medio del Genil. Es más, hay que reconocer que ni siquiera los numerosos cortes estratigráficos abiertos en Alhonoz son suficientes para el conocimiento total del yacimiento. Y ello por los resultados tan dispares que ofrecen, no ya solamente entre dos sectores distantes entre sí algunos metros, sino incluso entre diferentes catas de una misma cuadrícula. Todo depende en definitiva de la zona que se elija para ubicar la excavación, de la diferente ocupación humana antigua que originó el yacimiento, del distinto proceso de soterrado de éste y de la desmantelación diferencial de los estratos superficiales ocasionada por las labores agrícolas o por otras causas de depredación.

En definitiva hay que concluir que, sólo cuando se hayan efectuado muchas estratigrafías en esta zona y sus resultados hayan sido contrastados e interrelacionados, podremos tener los esquemas fundamentales de la evolución cultural y humana a partir de los últimos destellos de la Edad del Bronce y sabremos cuál fue el papel desempeñado por los habitantes ancestrales del Genil medio en la formación, consolidación y desaparición del mundo tartéssico.

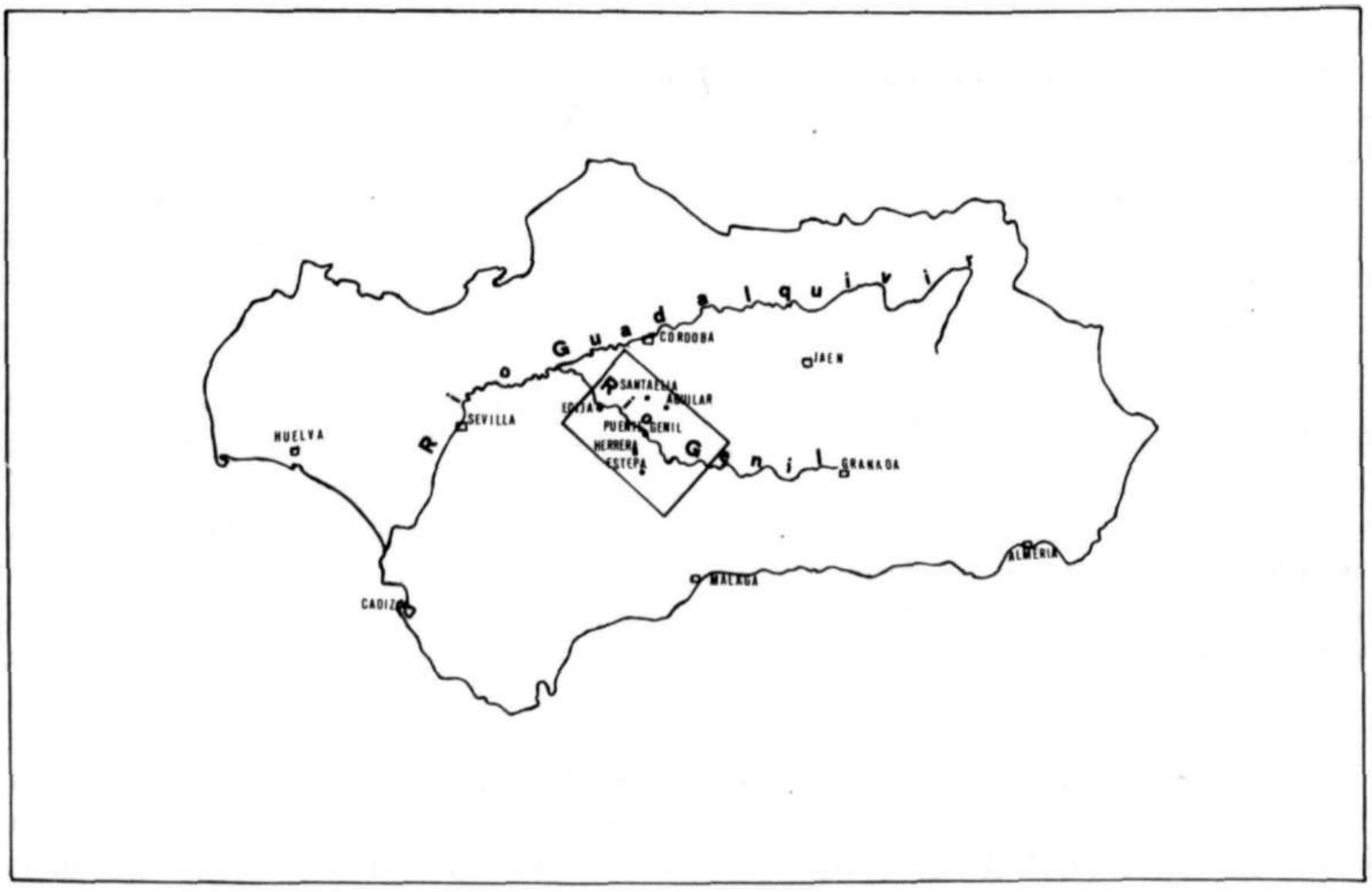


Fig. 1.—Situación del Valle Medio del Genil en el conjunto regional de Andalucía.

2. SITUACION GEOGRAFICA DE ALHONOZ. EL MARCO FISICO

El topónimo ALHONOZ, ALHONOR o ALJONOR es el resultado fonético actual del término árabe الخنوس/ , denominación del castillo medieval musulmán cuyas ruinas se asientan en la cota máxima del yacimiento antiguo desde donde se divisa una extensa comarca de llanuras miocénicas, parcialmente invadidas por las terrazas cuaternarias del río Genil.

El asiento medieval de Alhonoz y su interés arqueológico de época romana no ha pasado desapercibido a la erudición que, desde el P. Martín Roa en el siglo XVII a Juan Agustín Cean Bermúdez en el siglo XIX (1) y, más recientemente, el «Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla» se han ocupado, con mayor o menor detenimiento de la Arqueología de este lugar (2). Temática en la que no entro aquí en concesión a la brevedad.

El acceso a los pagos de Alhonoz se hace a través de la carretera que pone en comunicación las localidades sevillanas de Ecija y Herrera, a 8 km de esta última (Fig. 2) y su ubicación exacta, en lo referente al yacimiento arqueológico en sí,

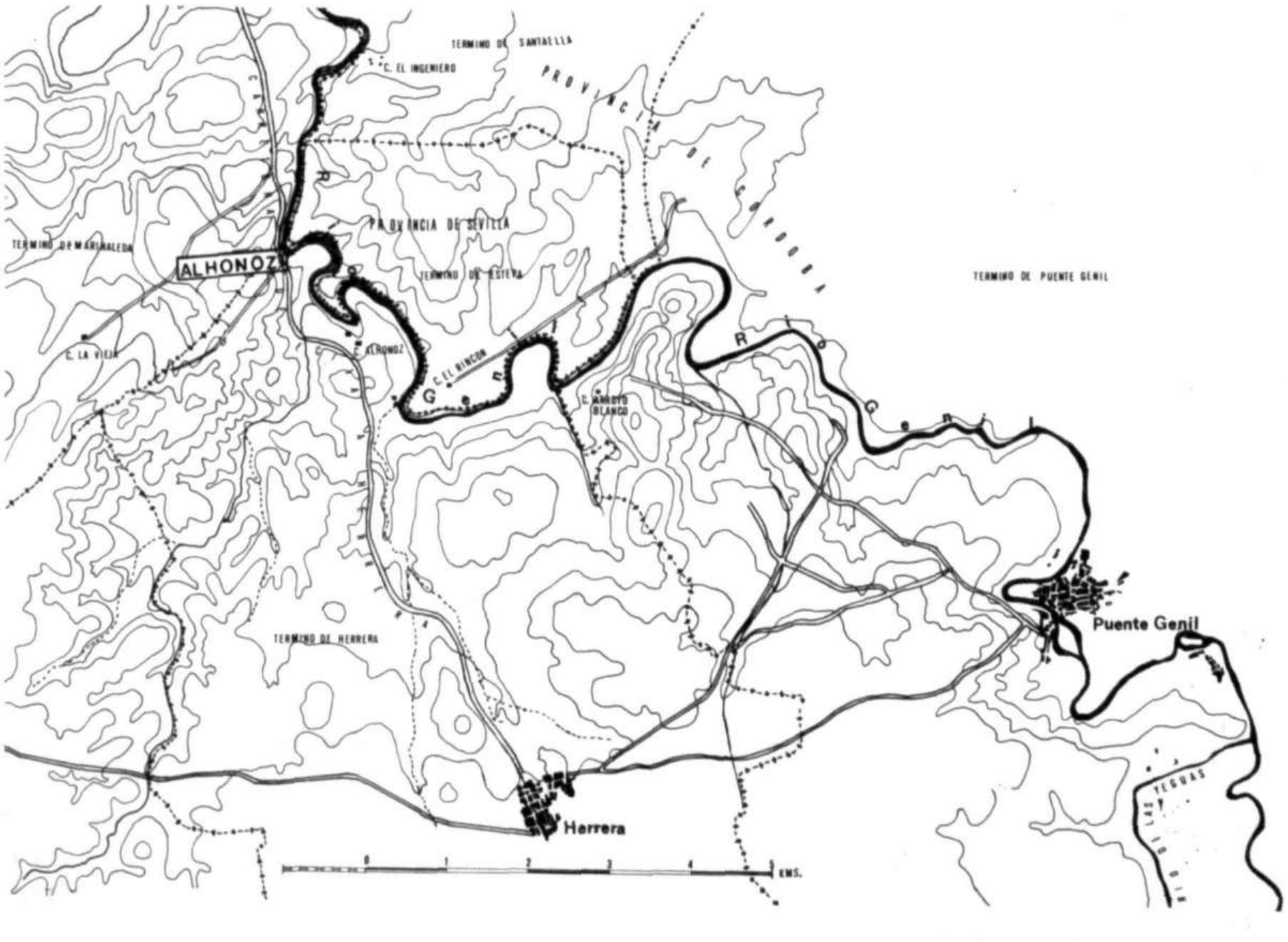


Fig. 2.—Sector del Valle Medio del Genil en su zona de contacto de la campiña sevillano-cordobesa.

---

(1) Cean Bermúdez, J. A.: «Sumario de las antigüedades romanas que hay en España». Madrid, 1832, página 298.

(2) Véase con más detenimiento la relación de títulos que se cita en razón de la bibliografía de Alhonoz.

se comprende dentro de las coordenadas de 1º 12′ longitud occidental y 37º 25′ latitud septentrional, de acuerdo con la hoja 987 del Mapa Topográfico Nacional, Ed. Militar, que corresponde a El Rubio.

Con el nombre de Alhonoz se designa, no solamente el castillo medieval y el yacimiento antiguo, sino toda la extensa zona de campiña circundante, situada en la margen izquierda del Genil, que recibe indiscriminadamente el nombre de «Cortijos de Aljonor», lógica evolución de la aspiración de la H.

El río discurre remansante por esta planicie, de tópica riqueza agrícola irrigada artificialmente en buena parte, y, justo a su paso por las laderas orientales del yacimiento, tiene interrumpido su curso por la pequeña central hidroeléctrica de San Calixto (el antiguo salto de Barrientos). A partir de aquí, y en un largo trecho, la carretera y el Genil circulan paralelos, sin divergir nunca demasiado de su trazado hasta llegar a la ciudad de Ecija.

En la morfología general de la campiña se perfilan algunas suaves lomas que apenas interrumpen la monótona uniformidad del paisaje, con excepción de algunos puntos de mayor resalte orográfico, de los cuales uno de los más destacados es precisamente la colina sobre la que se ubica el yacimiento arqueológico de Alhonoz Los cerros de Alhonoz presentan una estructura aproximadamente triangular en su planta (Fig. 3), con una marcada horizontalidad en la cima, en la que se emplazan las ruinas del castillo, sobre una cota de 240 m. Circundando el núcleo central del yacimiento se observan una serie de laderas, más acentuadas por el lado oriental, que da a la carretera y al río, por donde el escarpe es bastante pronunciado en algunos tramos, y resolviéndose la zona de contacto con el agro colindante por el sector occidental a través de un pronunciado talud, construido a expensas de una antigua línea de fortificación arrasada, cuyo trazado es fácilmente apreciable con una simple prospección superficial.

El único punto en parte accesible mediante circulación rodada se sitúa hacia la parte meridional del yacimiento y consiste en una pequeña vereda que parte de la carretera y que únicamente es transitable en determinados momentos, cuando las lluvias o las labores agrícolas no la interceptan.

3. LAS EXCAVACIONES DE ALHONOZ. VISION GENERAL

Las excavaciones de Alhonoz —que se vienen inscribiendo dentro de los planes anuales del Museo Arqueológico Provincial de Sevilla— abarcan un conjunto de trabajos sistemáticos que se iniciaron en 1973 y han contado hasta el momento con una serie de campañas de las que se han obtenido resultados harto elocuentes para el conocimiento de los aconteceres históricos en el Genil medio a partir de las fases epigonales de la Edad del Bronce.

El distinto tratamiento de la erosión natural y las labores que los arados han proporcionado a los cerros de Alhonoz han determinado que los mismos niveles arqueológicos (es decir, correspondientes a horizontes culturales idénticos) hayan aparecido a muy diferente profundidad en cada uno de los cortes que se han abierto.

Desde las estratigrafías de 1973-75 en que salieron casi superficiales en algunos puntos los estratos del Bronce Final hasta el corte de 1977 en que estos mismos horizontes fueron localizados entre 4,5 y 6,5 m de potencia, dentro de una secuencia

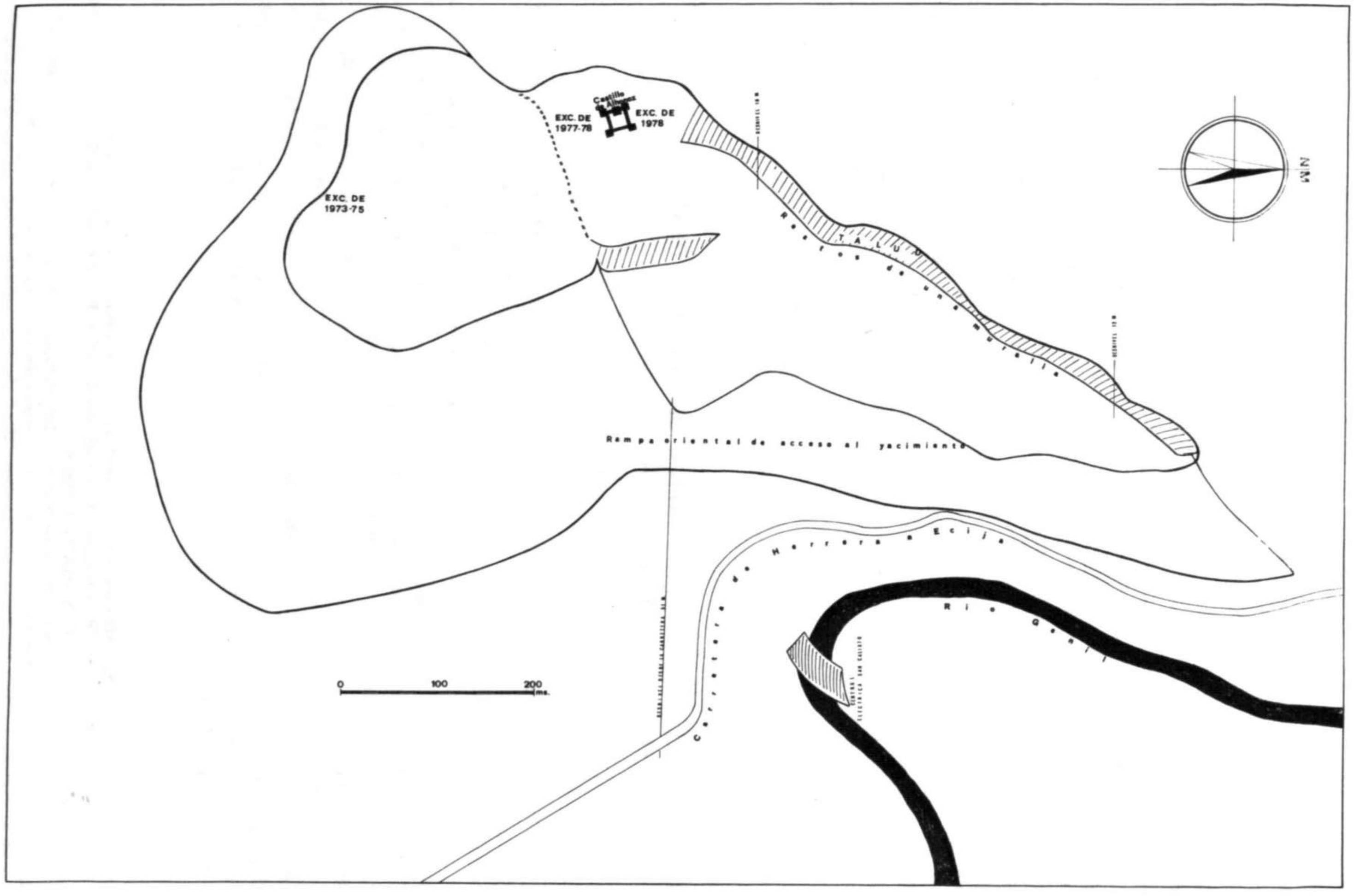


Fig. 3.—El yacimiento arqueológico de Alhonoz. Herrera-Ecija (Sevilla).

de diez niveles, la evolución histórica de este poblado, a partir de los horizontes tartéssicos y hasta la Cultura Ibérica, se reconstruye contrastando los resultados de estas estratigrafías.

La campaña de 1978 —realizada con mayor abundancia de medios— tuvo como metodología básica de trabajo la excavación horizontal de una extensa área que deparó el hallazgo de una interesante urbanística, correspondiente a un poblado ibérico.

En el momento de elaborar este resumen (octubre de 1979) se puede asimismo dar la noticia de otra extensa campaña, llevada a cabo durante el pasado verano, cuyos resultados se encuentran en la actualidad en fase de estudio.

Con las memorias de excavación presentadas para su publicación, correspondientes a los sondeos de 1977 y 1978, siguiendo las indicaciones del actual subdirector general de Arqueología, profesor Fernández Miranda, he elaborado, con afán de recapitulación, el presente volumen en el que se recogen los resultados parciales de las dos referidas campañas —presentados por separado— y aprovecho la oportunidad para hacer una síntesis muy rápida sobre lo más saliente que aportó la campaña de 1973-75, independientemente de los trabajos ya elaborados, que inciden básicamente sobre los resultados de dicha fase y de una extensa memoria, ya prácticamente conclusa, que verá la luz en fecha posterior.

4. LA APORTACION BIBLIOGRAFICA DE ALHONOZ DENTRO DE LA TEMATICA ARQUEOLOGICA

Además de la erudición decimonómica, que ha quedado señalada con anterioridad, algunas otras referencias, bastante tangenciales, se contienen en obras de primeros de siglo, considerando a Alhonoz como un despoblado del término de Ecija (3).

Un poco de más atención ha merecido el yacimiento de Alhonoz a los autores del «Catálogo» de la provincia de Sevilla, obra que debe considerarse como el punto de partida de la investigación en este lugar, tanto por lo que se refiere a los vestigios romanos y medievales, que ya habían sido constatados con anterioridad, cuanto por lo que hace a los horizontes ibéricos, dejando aparte terminologías al uso (4).

Algunas otras publicaciones breves han salido a la luz, incluyendo materiales recogidos en prospecciones superficiales. Lo que, a pesar de la parquedad y de la poca fiabilidad cronológica de unas piezas que aparecen en aparatosa profusión por toda la superficie de los cerros de Alhonoz, han contribuido a poner en evidencia la entidad arqueológica de este yacimiento (5).

---

(3) Serrano Ortega, M.: «Monumentos de los pueblos de la provincia de Sevilla». Sevilla, 1911, pág. 12.

(4) Hernández Díaz, J.; Sancho Corbacho, A., y Collantes de Terán, F.: «Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla», tomo III. Sevilla, 1951, pág. 62.

(5) Muñoz Gambero, M.: «La fortaleza de Al-honor, Herrera (Sevilla)». *Corpus ibero-púnico, II*. Publicaciones de Arqueología e Historia «Malaka». Málaga, 1970. Con paginación independiente en cada artículo.

Idem: «El tell púnico de Aljorno, Herrera (Sevilla)». XIII CAN, págs. 809-818. Se trata del mismo yacimiento a pesar de la toponimia empleada, totalmente fonética.

Por lo que se refiere a los resultados obtenidos en las diferentes campañas de excavación —independientemente del presente volumen, que, obviamente, es el trabajo más pormenorizado— han sido estudiados y dados a conocer en diversos lugares, cuya situación de publicidad hasta el momento presente es muy diversa.

Las campañas de 1973-75 se publicaron resumidamente en el VIII Symposium de Prehistoria Peninsular, celebrado en Córdoba en 1976 (6). Por otra parte, en el I Congreso de Historia de Andalucía ofrecí una comunicación que comprendió, en lo relativo al Bronce Final, una síntesis de los conocimientos elaborados hasta entonces con el referido corte (7). Un estudio detenido de las dos primeras fases de ocupación del poblado, con el análisis completo de los materiales y la urbanística observable en las excavaciones de 1973-75, ha servido de base a mi Memoria de Licenciatura, leída en la Universidad de Granada (8). Por último, como antes se indica, está prácticamente concluida una extensa memoria de excavaciones, con exhaustiva presentación de materiales, referentes al primer corte de 1973-75, la cual se ofrecerá a la consideración pública con posterioridad.

Por lo que respecta a los materiales procedentes de las excavaciones de 1977, además del estudio que se incluye en la presente memoria, han sido discriminados en algún ensayo aparte, en lo que se refiere a los objetos de bronce y plata (9), y en mayor pormenorización, las tipologías ibéricas que se han podido completar (10).

Con estos y otros estudios que en el futuro irán viendo la luz no pretendo sino poner de manifiesto la entidad indudable de la zona geográfica del valle medio del Genil, en lo relativo a horizontes prerromanos, a pesar de la cual ha constituido una extensa laguna en el conocimiento, que poco a poco se irá completando, a partir de las excavaciones de Alhonoz, pioneras indudables de la investigación metódica en este rincón de Andalucía.

5. RESUMEN DE LAS PRIMERAS EXCAVACIONES DE ALHONOZ: CAMPAÑAS DE 1973-75

El primer corte abierto en el yacimiento de Alhonoz tuvo como punto de partida un planteamiento de excavación en cuadrícula realizado en septiembre de 1973. Fue dividida la zona a excavar en nueve cuadros de 3 m de lado y unos pasillos de servicio de 1 m de anchura. Se excavaron en aquella ocasión únicamente cuatro de las nueve catas que se habían proyectado (1, 3, 5 y 9), sin llegar a detectar la tierra virgen en ninguna de ellas. En 1975, en una breve campaña realizada en marzo y en otra de mayor du-

---

(6) López Palomo, L. A., y Perdiguero López, M.: «El poblado tartéssico de Alhonoz», VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. De próxima aparición.

(7) López Palomo, L. A.: «El poblamiento prerromano en el valle medio del Genil». I Congreso de Historia de Andalucía. Habiéndose publicado las actas de este congreso se ha partido de la temática de Andalucía romana y han quedado inexplicablemente inéditas hasta el momento las Comunicaciones de Prehistoria.

(8) Idem: «El valle medio del Genil al final de la Edad del Bronce». Memoria de licenciatura leída en la Universidad de Granada en 1978. Permanece inédita por el momento, pero se prepara la publicación de un resumen.

(9) Idem: «Bronces y plata tartéssicos de Alhonoz y su hinterland». *Zephyrvs*.

(10) Idem: «La cultura ibérica del valle medio del Genil». Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1979.

ración que tuvo lugar durante los meses de julio y agosto, hubo necesidad de replantear la cuadrícula primitiva, profundamente erosionada desde los últimos trabajos de 1973, ampliando el anterior planteamiento hasta cubrir una superficie cuadrada de 14 × 14 m de lado, dividida en catas de 4 × 4 m. Se reconsideraron los sondeos de la anterior campaña, se retiraron algunos de los pasillos de servicio, quedando dividida la superficie de excavación en unas zonas rectangulares, en las que, no obstante, no alcanzó la línea de sondeo la misma potencia en toda su dimensión. La responsabilidad de la dirección de estas primeras excavaciones en el yacimiento de Alhonoz, así como de la publicación de sus resultados, ha sido compartida por el autor de estas páginas con don Manuel Perdiguero (11).

Cuando han transcurrido cuatro años de la finalización de la campaña de 1973-75, después de haber abierto sondeos de mucha mayor envergadura en los cerros de Alhonoz, durante las campañas de 1977, 1978 (Fig. 3) y de la recientemente concluida en 1979, en las que se ha seguido como norma general en los sondeos la proyección hacia el norte en la superficie del yacimiento, se puede afirmar la presencia superficial más abundante de materiales arqueológicos más antiguos en la zona sur, es decir, donde se ubicaron las primeras excavaciones. En este lugar generalmente aparecen desmantelados los estratos arqueológicos encuadrables en horizontes ibéricos e iberorromanos, a pesar de que en algunos puntos de las secuencias estratigráficas estudiadas se han podido detectar vestigios correspondientes a dichas fases. Pero se puede afirmar, a modo de síntesis, que en las estratigrafías del corte de 1973-75 existe desde los estratos superficiales un mayor predominio de las cerámicas encuadrables en ambientes de colonización y en un horizonte del Bronce Final. El mundo propiamente ibérico y, sobre todo, los elementos materiales enmarcables en lo puramente iberorromano están más ampliamente documentados en los otros puntos de excavación, abiertos con posterioridad hacia las zonas central y septentrional del yacimiento.

En la cuadrícula de 1973-75 se pudieron distinguir paramentos correspondientes a cuatro fases de construcción del poblado, marcando una impronta más destacada las edificaciones pertenecientes a los estratos del Bronce Final. Se pudieron estudiar estratigrafías completas en algunos cuadros y se observó la presencia de niveles arqueológicos con materiales perfectamente conservados «in situ» en numerosos puntos de la excavación. Se pudieron detectar cerámicas, de manera masiva, correspondientes a manufacturas policromas —de producción foránea frecuentemente— y grises. Se detectaron estratigráficamente algunas muestras de cerámicas de «retícula bruñida», a torno, a la rueda y a mano. Pero indudablemente el elemento de mayor personalidad en las excavaciones de 1973-75 estuvo representado por los estratos correspondientes a un momento del Bronce Final. Fueron los niveles pertenecientes al arranque de población en estos cerros (fase I) y fundamentalmente la etapa siguiente (fase II), correspondiente a un incremento poblacional protohistórico, los que revistieron de una fisonomía peculiar a estas primeras excavaciones.

A partir de una primera fase de hábitat, con pocos vestigios de construcción del poblado, asentados directamente sobre la roca madre de estas colinas y acompañados de cerámicas bellamente bruñidas, en tonos metalizados o marrones y elaboración a mano y a la rueda, se asiste en el poblado de Alhonoz a una cierta masifica-

---

(11) Llegados a este punto quiero testimoniar mi gratitud al señor Perdiguero por su eficaz contribución en las primeras campañas de Alhonoz. Agradezco, asimismo, y de manera especialísima, las demostraciones de confianza del profesor Almagro Basch, a la sazón comisario general de Excavaciones Arqueológicas, y a la doctora Fernández-Chicarro, directora del Museo Arqueológico Hispalense, con cuyo estímulo moral he contado en todo momento.

ción en la población que da lugar a la construcción de un poblado con casas cuadradas o rectangulares, construidas con gruesas piedras amorfas, unidas en seco o con ligero aparejo de barro, con techumbre soportada mediante rollizos de madera clavados en el suelo —que en ocasiones han dejado una clara huella— y con pavimentos de cantos rodados o, más frecuentemente, de un albero amarillento apisonado. En el interior de estos habitáculos se detectaron hogares, consistentes en unos espacios circulares, de unos 50 cm de diámetro, de la misma tierra amarillenta del suelo, profundamente requemada y sin otra complicación que algunas piedras a modo de morillos. La singularidad de este estrato y su presencia, prácticamente en toda la superficie de excavación, hizo aconsejable individualizarlo con relación a la estratigrafía anterior y posterior y, como terminología de trabajo, se le llamó NIVEL DE REFERENCIA. Este nivel de referencia apareció frecuentemente precedido de unos embolsamientos de cenizas, como testimonio indudable de la destrucción violenta del poblado, que originó la deposición de tan interesante estrato arqueológico. Y ha sido precisamente el incendio y el derrumbe de las coberturas de los habitáculos lo que ha determinado la presencia masiva de los materiales arqueológicos que, casi siempre fragmentados pero reconstruibles, descansaban por doquier sobre el suelo de las viviendas. En ocasiones un auténtico hacinamiento de cerámicas modeladas presidió la complicada excavación de este NIVEL DE REFERENCIA, como testimonio de los ajuares de los moradores de este poblado en su fase protohistórica. La línea de aparición del estrato correspondiente a la fase II del poblamiento protohistórico de Alhonoz presentó una acusada diferencia de profundidad, como consecuencia de un fuerte basculamiento. Como característica general se puede sintetizar en un buzamiento en sentido oriental, es decir, hacia las cotas más próximas al río. Lo que determinaba que en algunos puntos, situados hacia el lado occidental de la cuadrícula, apareciera el característico pavimento de tierra arenosa amarillenta apisonada, con las cerámicas modeladas «in situ», en una línea casi superficial y, por tanto, ausente de cualquier otra estratigrafía que lo precediera, en tanto que en otros sectores, más hacia el centro o el este de la escavación, este NIVEL DE REFERENCIA fue posible estudiarlo en función de una clara secuencia estratigráfica anterior.

Después de una paciente labor de excavación en la que el principal problema consistía en la ausencia de puntos de apoyo desde donde trabajar, por la ocupación casi completa del área con los fragmentos de los ajuares depositados en toda la extensión del sondeo, con una seria dificultad en ocasiones para la numeración de los mismos y tras una agobiante tarea de restauración, llevada a cabo por los directores de aquella campaña, con el objetivo de completar algunas tipologías, se han podido elaborar unas tablas de formas, tomando como punto de partida la recogida de materiales de las excavaciones de 1973-75 (12). Estas clasificaciones tipológicas de los materiales depositados sobre lo que en aquella ocasión denominamos NIVEL DE REFERENCIA, es decir, sobre el estrato arqueológico de mayor entidad de toda la excavación, correspondiente a un horizonte de Bronce final, se han visto posteriormente completadas con las sucesivas excavaciones de Alhonoz. Se han añadido nuevas formas a las ya conocidas en la primera etapa de los trabajos de campo, aunque nunca con la marcada diferenciación formal de los materiales recogidos en la campaña inicial.

---

(12) Se estudia la tipología completa y sus paralelismos en López Palomo, L. A., *op. cit.*, en la nota 8.

Consisten básicamente en cerámicas de elaboración a mano, de superficie alisada o bruñida, con abundancia de formas pequeñas, platos y cuencos que comparten su presencia con una gran cantidad de tiestos, también modelados, de pequeñas y medianas urnas globulares, de fondo plano y labio vuelto, con la superficie, burda, arañada y con impresiones digitales junto al borde. Pero la forma de mayor resalte en todo el conjunto de estos ajuares está constituida por los ejemplares de unos grandes vasos de cuerpo ovoide y boca acampanada, decorados con triángulos incisos y alternativamente bruñidos o sobrepintados a la almagra, tratamientos superficiales que en ocasiones se simultanean en la misma pieza, y que a veces llegan a tener un metro de altura. Es ésta una forma que ha dotado de una extraordinaria personalidad a las primeras excavaciones de Alhonoz, que cuenta con numerosos paralelismos en otros yacimientos andaluces, cuya pormenorización omito en este lugar, aunque no son muy frecuentes los ejemplares completos y que en ocasiones ha inducido a curiosas confusiones, considerándoles como materiales argáricos, en otros focos culturales protohistóricos del mismo valle medio del Genil, cuando, atendiendo exclusivamente a sus características tipológicas, se han considerado cerámicas idénticas a éstas, recogidas en prospecciones superficiales (13).

Algunas otras formas: cazos, soportes del tipo carrete, fuentes con borde provisto de prominencias picudas, etc., completan lo más saliente de las cerámicas modeladas de esta segunda fase de ocupación protohistórica del poblado de Alhonoz. Y junto con esta abundancia de ajuares a mano, indudablemente autóctonos, coexisten, en proporción abrumadoramente menor, algunos escasos pero interesantísimos ejemplares de cerámicas torneadas que marcan el momento inicial de las arremetidas comerciales del mundo fenicio de las factorías costeras andaluzas sobre la infraestructura humana y económica de los moradores de las campiñas del Genil medio en el ocaso de la Edad del Bronce.

La gran representación en la campaña de excavaciones que estoy sintetizando de estos elementos de la cultura material de unas gentes que se pueden inscribir con toda propiedad en el hinterland tartéssico, en el que vendrían a suponer un foco productor de alimentos en la porción oriental de esta entidad histórica de la protohistoria andaluza, constituye un fenómeno singular en el yacimiento de Alhonoz que cuenta con resonancias abundantes en los otros hábitats cercanos del propio valle del Genil. Efectivamente los paralelismos más claros de las cerámicas modeladas integrantes de los ajuares recogidos masivamente en los estratos de la fase II de la ocupación humana de Alhonoz están precisamente en los numerosos yacimientos que se desperdigan por esta zona de la campiña sevillano-cordobesa (Castellares, Cerro de la Mitra, La Muela, Aguilar de la Frontera...). Pero en todos estos focos únicamente son conocidas hasta ahora a través de prospecciones superficiales, en tanto que en Alhonoz cuentan con abundante constatación estratigráfica. Por otra parte, las conexiones formales de estos materiales con los procedentes de otras excavaciones andaluzas, en cuya pormenorización no entro en este lugar, delatan a Alhonoz como uno de los principales focos creadores, en el ámbito geográfico del Valle del Guadalquivir, al menos en la representación cuantitativa. Por ello, parece razonable etiquetar a las tipologías integrantes de lo que he venido llamando NIVEL

---

(13) Véase la descripción que se hace en el «Catálogo» de la provincia de Sevilla (citado en nota 4), pág. 59, de las cerámicas recogidas en superficie en el yacimiento de Cabeza del Obispo (próximo a Alhonoz), en el término de Santaella. Se trata sin duda de los mismos materiales.

DE REFERENCIA en las excavaciones de 1973-75, y de las que aquí no ofrezco ninguna muestra, dentro del epígrafe de HORIZONTE INDIGENA DE ALHONOZ.

6. PLANTEAMIENTO Y METODOLOGIA DE LA CAMPAÑA DE 1977

Después de conocer las secuencias estratigráficas que se obtuvieron en los cortes abiertos durante las campañas de 1973-75 interesaba plantear otro sondeo en un punto distinto con objeto de contrastar los resultados y determinar estratigrafías más elocuentes sobre los diferentes momentos de ocupación antigua de este lugar, ya que los niveles superficiales habían salido frecuentemente desmantelados en las excavaciones anteriores.

Para ello elegí un punto situado a unos 20 m al sur de las paredes del castillo, correspondiente a una pequeña eminencia que se levanta con cierto contraste topográfico del resto de la zona, ocupada por la cota máxima de todo el yacimiento (240 m) (14).

Esta elección no obedeció a criterios arbitrarios ni de simple azar. Me indujo a ella la presencia en superficie de cerámicas correspondientes a cronologías más bajas de las que predominan en otros lugares; lo que podría deparar la aparición de una evolución estratigráfica más completa, con niveles «in situ». Pero el factor que me indujo con más insistencia a ubicar aquí las excavaciones de aquel año fue la sospecha desde tiempo atrás de la existencia de alfares soterrados en este lugar. Sospecha que se evidenciaba por la propia morfología de este pequeño cerrete, que tal vez se debiera a la presencia de hornos subyacentes cuyo soterrado hubiera determinado la topografía individualizada del resto del terreno, que actualmente se observa en dicho punto. Esta posibilidad cobraba mayor fundamento al considerar el emplazamiento marginal, dentro del conjunto arqueológico de los cerros de Alhonoz, en un punto próximo a un extremo del recinto amurallado, visible en perspectiva aérea, y al hecho de hallarse en la cota máxima —y, por tanto, más ventosa—, condición importante para el funcionamiento de los hornos cerámicos.

Con todas estas ideas previas se acometieron los trabajos despejando una amplia zona de la cubierta de tierra recién arada, cuya potencia máxima apenas rebasaba los 20 cm. Con este simple barrido comenzaron a aparecer multitud de piedras que ocupaban casi toda la superficie.

Consciente de las escasas posibilidades de todo tipo con que se acometió la campaña de 1977 se planteó el área a excavar trazando un rectángulo de 7 × 3 m, dividido en dos cuadros de 3 × 3 m y un pasillo intermedio de 1 m de anchura. Los objetivos de aquel momento, dadas las circunstancias carenciales, no permitían rebasar la intención de obtener una estratigrafía que sirviera de comparación con los resultados del corte de 1973-75. Pero sobre la marcha se vio la necesidad de ir

---

(14) Expreso desde aquí mi profundo agradecimiento a los propietarios de los terrenos donde se ubican las excavaciones y en particular al actual dueño, don Ricardo Marsal Monzón, del que hasta el momento únicamente he tenido facilidades y atenciones, lógica expresión de la personalidad de un intelectual que, al tiempo, es un gran aficionado a la Arqueología.

modificando los planteamientos previos en función de los hallazgos que se iban presentando y, así, no hubo más remedio que prescindir del pasillo intermedio, excavar un rectángulo de 6 × 3 m, ampliarlo posteriormente hasta los 7 m de longitud y proceder con posterioridad a una nueva ampliación, una vez que se había bajado hasta el estrato II, con lo que la planta general de la excavación resultó de un trazado un tanto extraño (Fig. 4), sólo justificado en el deseo de no dejar expuestas al desamparo de posibles visitantes las piezas cerámicas que iban quedando en los cortes, para evitar irresponsables expolios como los que se produjeron durante la temporada de excavación y con posterioridad.

Como criterio general de trabajo se siguió la norma de levantamientos horizontales de tierra de 20 cm de espesor, con excepción del estrato I, cuyas características, como se verá, permitían la aplicación de sistemas más enérgicos.

Nada más iniciar la excavación en sí se fue confirmando un tremendo hacinamiento lítico que hacía imposible distinguir los probables alineamientos murales subyacentes. Había que ir descarnando una a una las piedras para aclarar este caos y determinar cuáles eran las que formaban paramentos.

Una vez descubiertas en su totalidad se procedió a levantar aquellas que con seguridad no obedecían a ningún criterio constructivo. Y así apareció un ancho murallón, con varias hiladas, cruzando transversalmente la excavación y con un perfil escalonado al interior, lo que podía obedecer a intencionalidad constructiva o al hecho de tratarse de grandes piedras pertenecientes a un grueso muro cuya base hubiera podido ceder y sus elementos se habrían deslizado unos sobre otros hacia ambos lados hasta adoptar esta posición, divergente por arriba y convergente por abajo (Fig. 4).

En cualquier caso no es posible determinar la finalidad de esta curiosa construcción que, aunque parcialmente desmantelada, conservará seguramente buena parte de su estructura por la dificultad de remover estas piedras, que frecuentemente superan los 100 kg. No obstante, algunas de ellas han sido desmontadas de su ubicación primitiva y, al caer al lado del muro, han servido de protección de los materiales de los estratos más bajos que, gracias a esta circunstancia, han aparecido en un estado óptimo de conservación.

Este ancho muro dividió claramente la excavación en dos sectores situados aproximadamente al E y al W del mismo. En este último sector, aunque se ha excavado, apenas ha resultado nada digno de señalar. Casi toda la superficie estaba ocupada por un relleno de cal apagada y arena que presentaba un aspecto de mortero sin fraguar, y el resto un pequeño espacio triangular en el que se fue diferenciando una estratigrafía de características más geológicas que arqueológicas y que no correspondía en forma alguna con la secuencia apreciada en el sector oriental.

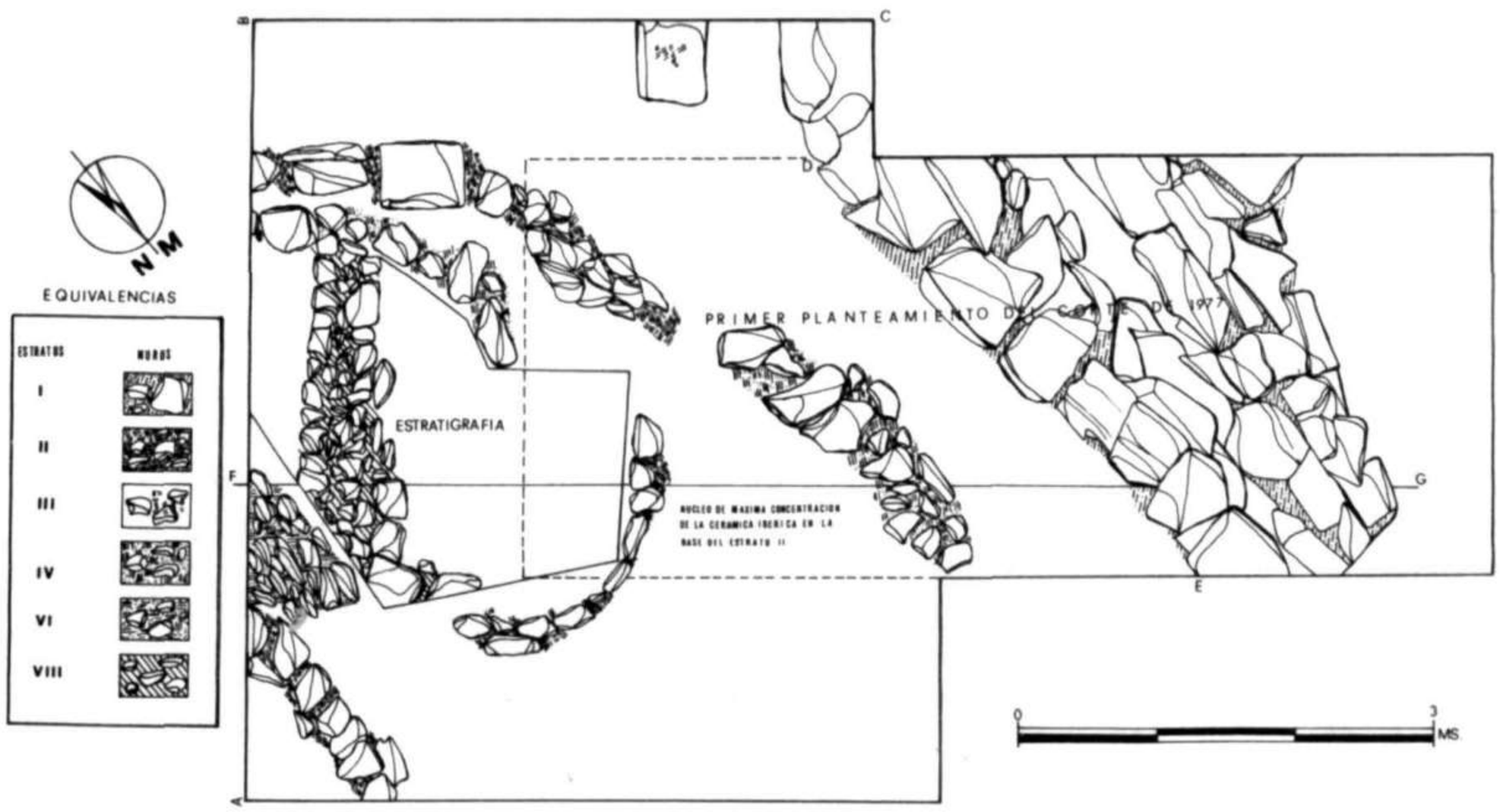


Fig. 4.—Alhonoz, 1977: Plano de Excavación.

7. LA ESTRATIGRAFIA DE 1977

Según se indica, los resultados que ofrece la presente memoria vienen referidos exclusivamente a los hallazgos estratigráficos que deparó la excavación del sector oriental. En esta zona es donde se ha detectado la secuencia que se expone y donde se ha localizado, por tanto, el conjunto de cerámicas del estrato II, que vino a confirmar plenamente la sospecha de la existencia de alfares soterrados.

No fue posible excavar la zona en toda la superficie al mismo nivel por la aparición a distintas profundidades de construcciones y por haber seguido el criterio de ir dejándolas «in situ», lo que determinó que se fuera estrechando el área de excavación a medida que se bajaba en ella, y por el deseo de completar toda la estratigrafía de este lugar, lo que obligó a ir dejando algunas zonas a la altura del estrato III o del IV.

Se sondeó hasta una profundidad máxima algo superior a los 6 m, en los que se diferenciaron un total de diez estratos arqueológicos y se tomó contacto con la tierra virgen, por lo que se puede asegurar que, al menos en este punto, la presente estratigrafía muestra la evolución cultural completa del yacimiento. Esta secuencia ofrece, además, el interés de poder conectarse con las obtenidas en el corte de 1973-75, cuyos estratos superficiales estaban por lo general desmantelados o no habían llegado a cronologías tan bajas como las marcadas por los niveles superiores del corte de 1977.

Para dar una idea lo más clara posible de la situación en que quedó la excavación a la finalización de la campaña ofrezco —a partir del plano general de la misma (Fig. 4)— la estratigrafía aparecida en tres de los lados, A-B, B-C y D-E (Figs. 5, 6 y 7) y presento la secuencia completa que se aprecia en el corte F-G (Fig. 8), por tener

el interés en esta línea de apreciarse toda la nivelación desde la superficie al suelo virgen.

La trama convencional empleada en la representación de cada uno de los estratos es la misma para todos los perfiles. Así puede apreciarse cómo el estado en que quedó la excavación era el siguiente:

PERFIL A-B

Se ha bajado hasta el estrato VIII, cuya base en este lado no ha sido posible detectar por aparecer un muro correspondiente a este nivel en una línea muy próxima al corte, lo que ha imposibilitado los trabajos en este sector. Además, al dejar como testigos sin desmontar los muros correspondientes a los estratos II y IV, se ha estrechado considerablemente la superficie de excavación.

La potencia máxima en este lado es de 4,5 m.

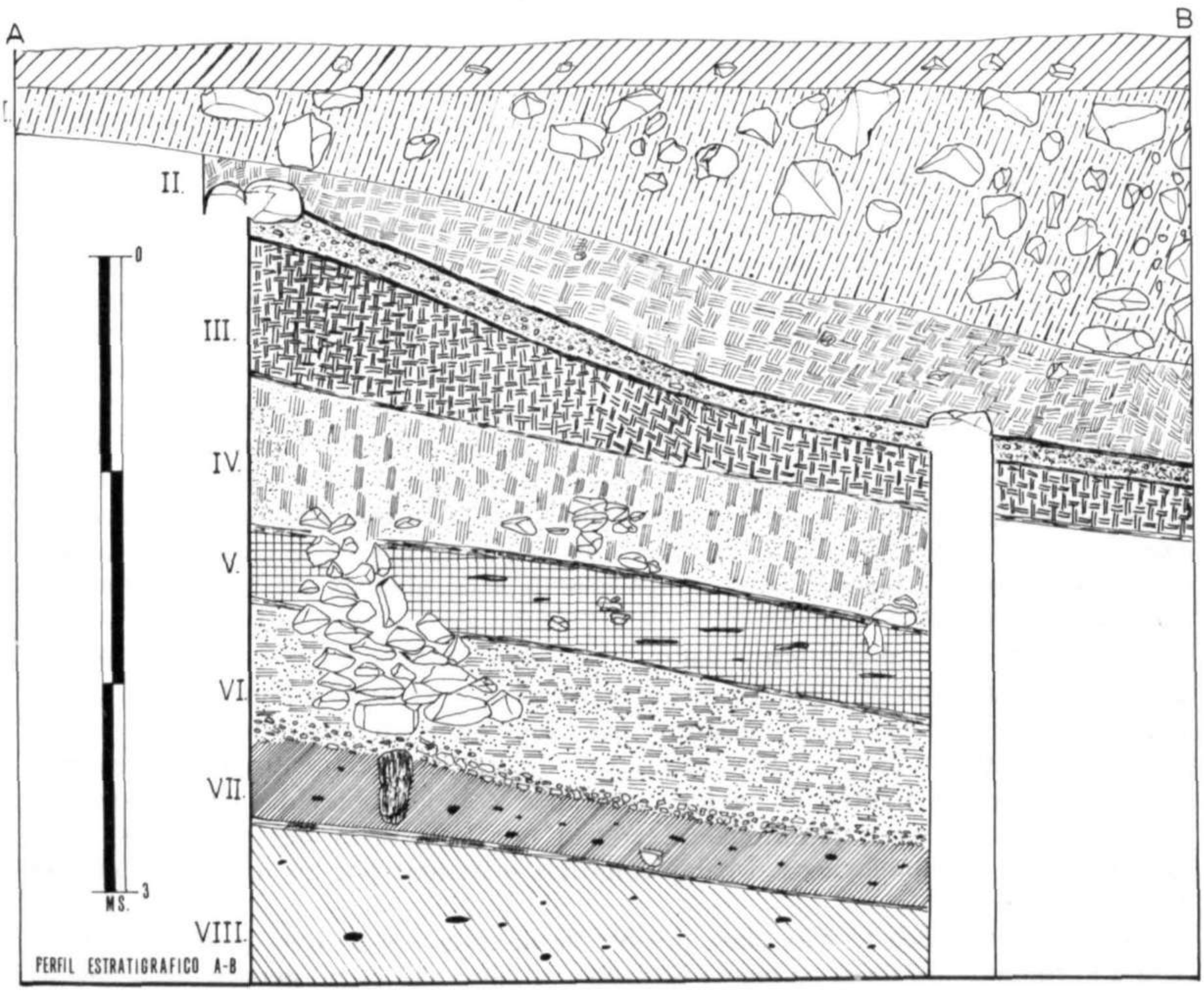


Fig. 5.—Alhonoz, 1977.

PERFIL B-C

Fue rebajado hasta la base del estrato III, que en esta línea ofrecía las características más claras de diferenciación y presentaba el único testimonio de restos de edificación, consistente en un sillar aislado, que no se pudo precisar si formaba parte de una construcción mayor (Fig. 4). La potencia máxima por este lado fue de 2,75 m.

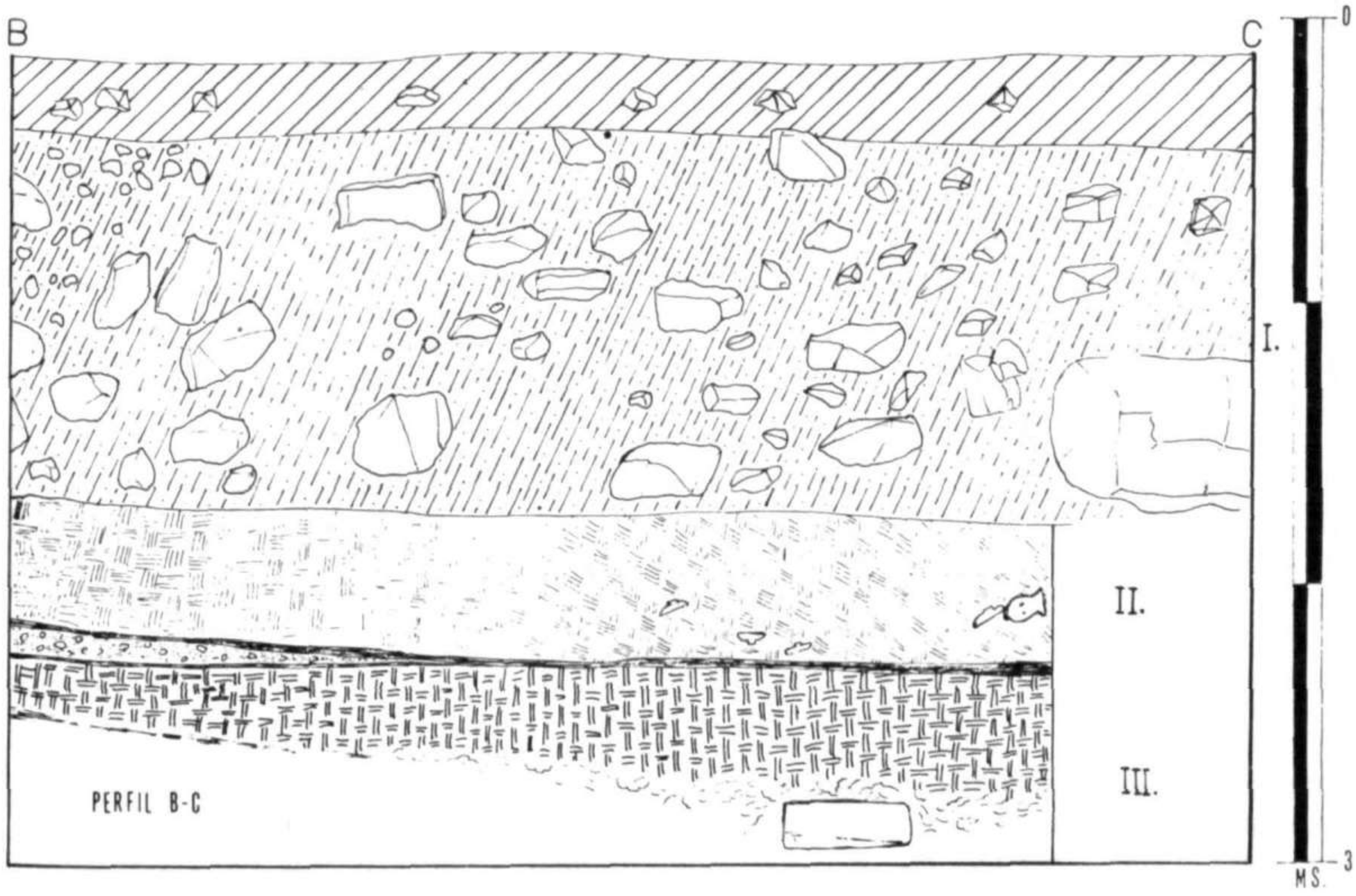


Fig. 6.—Alhonoz. 1977.

PERFIL D-E

Se excavó hasta la base del estrato IV, aquí bien representado por un hacinamiento de platos junto a la línea de corte.

Ofrecía el interés de presentar la evolución de la estratigrafía por debajo del murallón superficial y pudo apreciarse en él la estructura lineal de éste por el lado oriental.

Potencia máxima de este perfil: 3 m.

PERFIL F-G (Fig. 8)

He elegido precisamente esta línea porque en ella puede estudiarse la secuencia

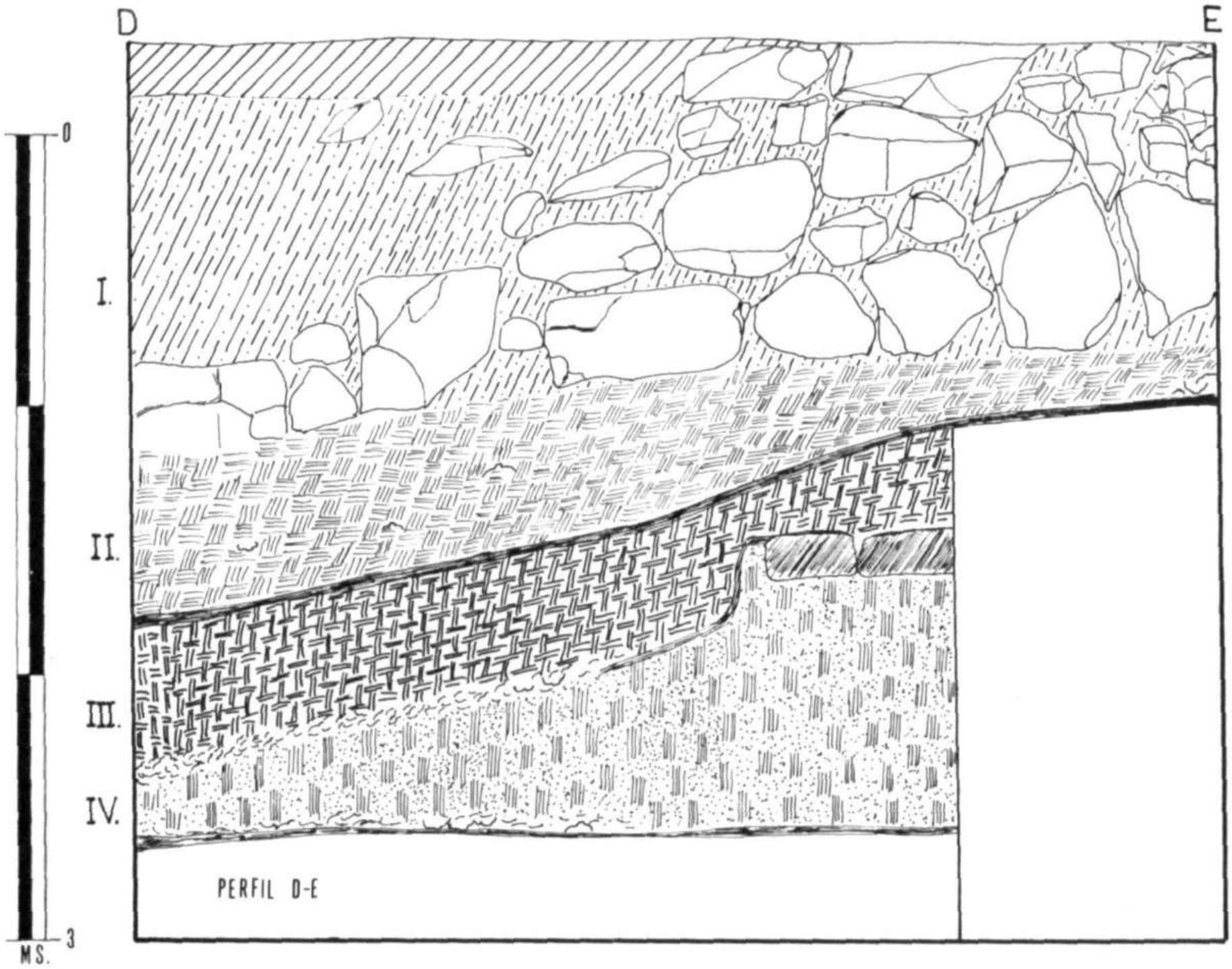


Fig. 7.—Alhonoz, 1977.

completa desde la superficie a la tierra virgen y porque en esta zona son apreciables algunos fenómenos estratigráficos importantes, como la fractura que corta los estratos II-III y parte del IV, que es interesante señalar y sobre la que me referiré con más detenimiento.

Aquí se observa la potencia total excavada, que sobrepasa los 6 m de estratigrafía (Fig. 8).

Resumen de la secuencia estratigráfica

Como síntesis de los perfiles estratigráficos que se refieren anteriormente, veamos las características morfológicas y las peculiaridades específicas de cada uno de los estratos (Fig. 8).

ESTRATO I: Presentaba una fuerte inclinación en dirección N-S, por lo que adquiría en el lado meridional una potencia máxima de 1,25 m. Se relaciona con el grueso murallón que cruza la excavación, y que apareció casi desde la superficie. Está constituido por una capa de derrumbre, procedente, sin duda, de dicho muro, en la que se aglomera un formidable caos de piedras, procedentes de una antigua destrucción, de muy diferentes tamaños —llegando a veces a sobrepasar los

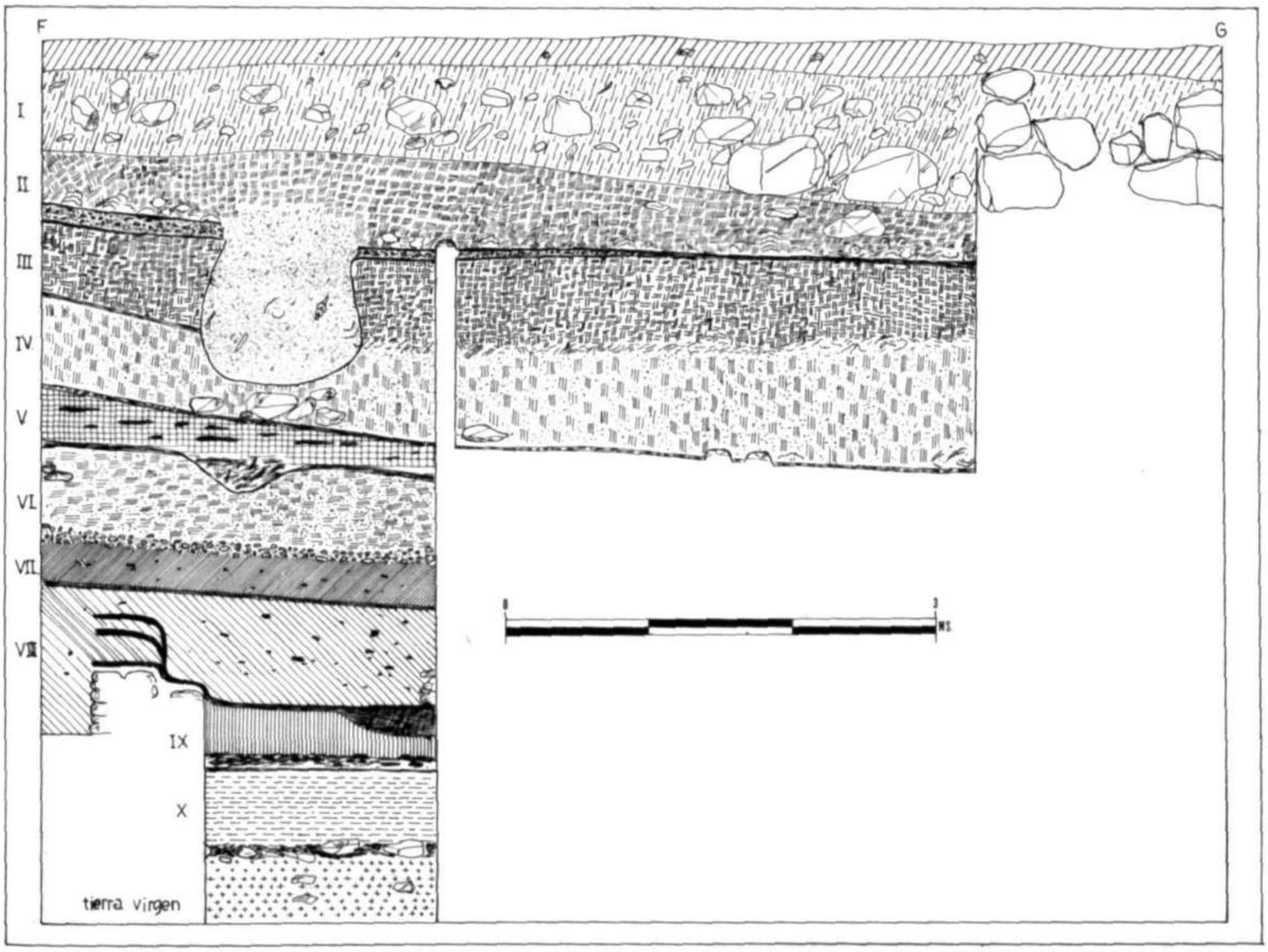


Fig. 8.—Alhonoz. 1977: Estratigrafía completa de la sección F-G.

100 kg—, que al caer a los lados del primitivo paramento con posterioridad al soterrado del estrato II han constituido una magnífica protección para los materiales de dicho nivel. Junto a este fenomenal amasijo lítico se encontraban revueltas en escaso número cerámicas, casi todas a torno, de las que se han podido completar algunas formas.

ESTRATO II: Tenía una potencia media en torno a los 50 cm, adquiriendo su máximo espesor en el lado sur, como consecuencia de una primitiva inclinación meridional del cerro y la ubicación de sus ocupantes en la ladera correspondiente a la solana. Se trata de un centro de distribución de cerámica ibérica que ha sido excavado en buena parte tras las sucesivas ampliaciones del corte de 1977 y deparó una enorme cantidad de materiales «in situ», por lo que se hace aconsejable dedicarle un capítulo aparte para su estudio.

Las características geológicas de este estrato consistían en una primera capa de tierra gris limosa y una base de espesor discontinuo constituida por un pavimento de nódulos de barro crudo y cal, revestidos de una débil cobertura de arcilla roja.

Este pavimento se relacionaba con un murete, más o menos circular, de estructura bastante irregular que se asentaba directamente sobre la capa roja (Fig. 4).

En el interior de esta construcción se apreciaba una fractura curva de 1 m de diámetro que cortaba el pavimento del estrato II, todo el estrato III y parte del IV, ofreciendo un perfil como de fondo de saco (Fig. 8). El paramento circular podría

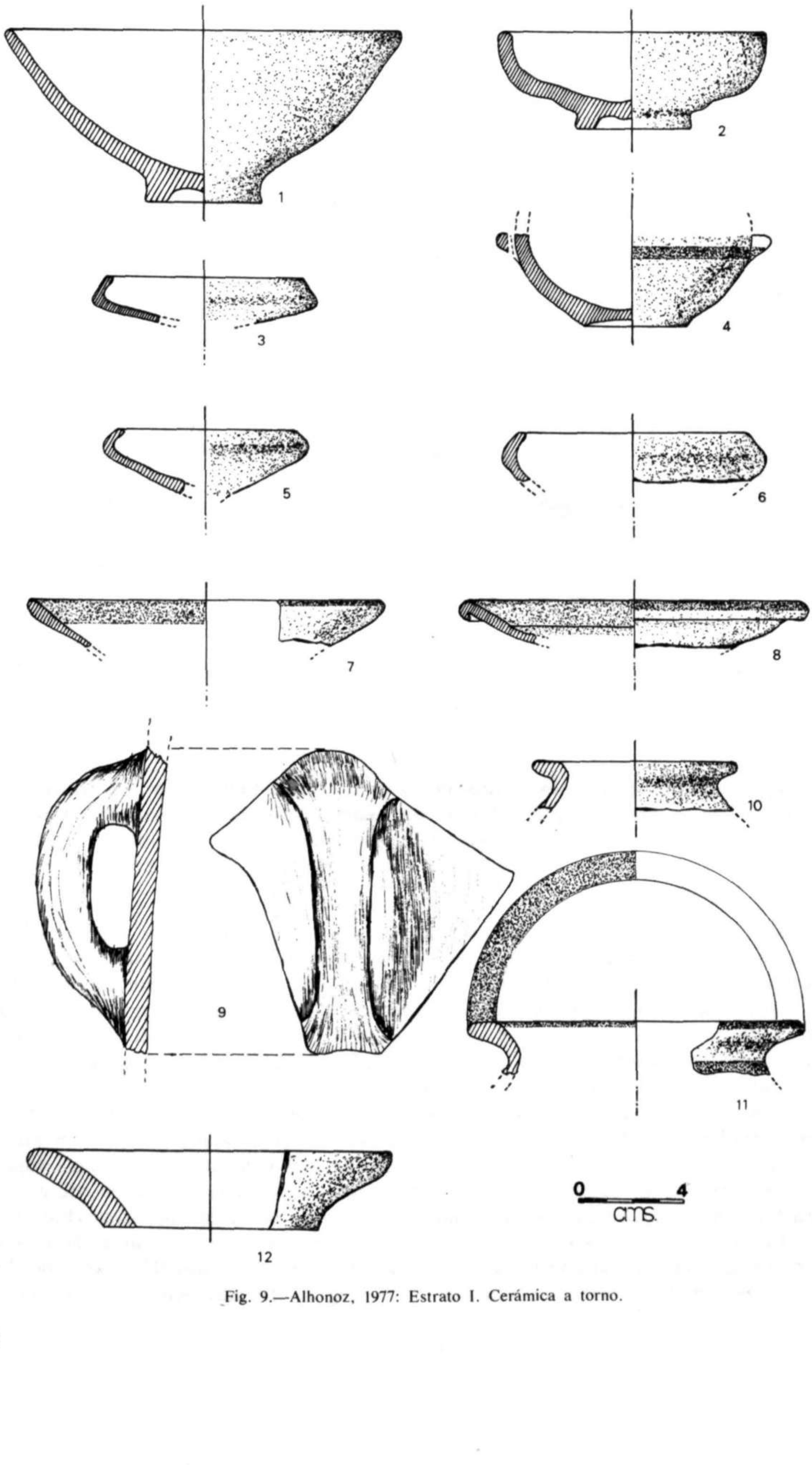


Fig. 9.—Alhonoz, 1977: Estrato I. Cerámica a torno.

corresponder a los restos de un horno de alfarero, abandonado, y, bajo esta suposición, se estudiará más adelante.

En la esquina oriental de la excavación apareció otro muro rectilíneo relacionable también con el estrato II, a pesar de que entre ambas construcciones existía una diferencia de profundidad superior a un metro, como consecuencia del pronunciado buzamiento de este estrato (Fig. 5: perfil A-B).

ESTRATO III: Bajo el pavimento que forma la base del estrato II. Sigue la misma dirección rampante que los niveles anteriores, con una potencia entre 25 y 50 centímetros.

Está constituido por una tierra compacta gris, con nódulos de barro color claro. En su base un enorme hacinamiento de tiestos pertenecientes a platos, que han sido aportados intencionadamente como relleno, seguramente procedentes de piezas fracturadas y posteriormente apisonadas y cubiertas con una ligera capa de tierra. Muy fracturados y sueltos, por lo que resultaba difícil dejarlos «in situ» al excavar. No obstante, algunos se han conservado enteros.

Este pavimento deja su impronta en algunos lados del corte, lo que prueba que no fue desmontado en toda su superficie (Figs. 6 y 7: perfiles B-C y D-E).

El único vestigio de edificación, relacionable con este nivel, es un sillar que asoma en el corte B-C.

ESTRATO IV: Tiene una potencia media de 60 cm. Parte de su superficie está ocupada por un derrumbe. Levantada de éste las piedras que no presentaban ninguna alineación constructiva, quedaron los restos de un pequeño muro de piedras amorfas (Fig. 4), que ofrece una dudosa estructura, no obstante lo cual se dejó sin desmontar. Ello contribuyó cada vez más a reducir la superficie de excavación.

La base del estrato IV es una especie de pavimento a base de nódulos de arcilla amarillenta. En algunas zonas este pavimento estaba cubierto por una acumulación de restos de platos a torno y algunas formas enteras.

En la esquina oriental de lo que va quedando de superficie de excavación comienzan a aparecer unas piedras que constituyen el arranque de una construcción que queda adosada al corte.

ESTRATO V: A partir de aquí el área a excavar se reduce considerablemente, teniendo que centrar los sondeos exclusivamente en el sector limitado por el muro correspondiente al estrato IV y el testigo que va quedando al dejar «in situ» los paramentos relacionables con el II. Nos movemos, pues, en una superficie que más bien habría que considerar como un gran pozo de control.

El estrato V tiene una potencia entre 25 y 40 cm de tierra gris limosa con algunas franjas delgadas de carbonización. Su base es de tierra amarillenta apisonada, que parece ocupada en parte por los restos de una posible leñera con abundante madera descompuesta, que se continúan en el estrato siguiente.

En la esquina oriental sigue confirmándose la presencia del muro que había comenzado a aparecer en el nivel IV.

ESTRATO VI: De color amarillo pajizo. Arranca del conglomerado de piedras que aparecían a partir del estrato IV, llegando hasta la base del VI, en que se conserva en parte un encachado de adobe adosado a la parte inferior. Esta construcción ofrece una estructura inclinada. Los elementos que la componen son piedras calizas de desigual tamaño, apenas canteadas, trabadas con barro y presentando en la cara visible una coloración ocre, motivada posiblemente por haber sufrido un

fuerte calentamiento. Estas circunstancias hicieron pensar entonces que pudiera tratarse de un horno de cerámica. Lo que hubo que desechar cuando en la campaña del año siguiente se confirmó lo infundado de dicha sospecha.

Por lo demás este estrato tiene una potencia superior a los 60 cm y su base es un espeso conglomerado de gruesos gránulos de arcilla amarillo-verdosa cruda, característica de los barros de esta zona y materia prima indudable en las manufacturas cerámicas de sus alfares.

ESTRATO VII: Tiene una potencia entre 30 y 35 cm bajo el piso de greda del estrato anterior. Se trata de un estrato de incendio, constituido por una tierra gris eólica con abundantes núcleos de carbón o ceniza en la base.

ESTRATO VIII: Tierra compacta color gris, con gránulos de carbón. Su potencia total es de unos 75 cm. La base es un pavimento de tierra amarillenta, de consistencia arenosa, apisonada y con una gran horizontalidad.

Próximo al corte A-B, y casi paralelo al mismo, aparece un muro rectilíneo, muy bien trazado, a base de piedras sin cantear que, no obstante, presentan las caras externas con bastante regularidad.

Adosadas a este muro otras piedras de similares características, aunque más planas, forman una especie de banco corrido a lo largo del mismo, por la parte interior de este habitáculo, y todo revestido con la tierra amarillenta del pavimento, que se revoca sobre el muro, apreciándose en la pared hasta tres hiladas de la misma naturaleza (Fig. 8). En el extremo opuesto, frente a esta pared, un hogar a base de la misma tierra del pavimento, requemada, completa algunos datos más sobre la urbanística de este lugar.

En la cara externa del muro no se ha llegado a su base, por la estrechez que resulta entre éste y el corte, a pesar de haberse rebasado la línea del pavimento interior. Ello hace suponer una disposición discontinua de las viviendas o, cuando menos, su ubicación sobre las curvas de nivel.

Por lo demás el horizonte cultural representado por este hábitat y por sus materiales viene a corresponder al ambiente del Bronce Final, que tan amplia representación ha tenido en las estratigrafías del corte de 1973;75, en que se presentó, en la mayoría de los casos, en niveles bastante superficiales, aunque «in situ», ofreciendo en esta ocasión el interés de venir precedido por una secuencia bastante diferenciada. Por ello, se nos brindan ahora mayores elementos de juicio para conocer la evolución cultural de este poblado.

Así, pues, pese a que los materiales recogidos en 1977 no son ni muy numerosos ni completos, conocemos perfectamente su tipología gracias a las anteriores campañas de excavación. Hay que tener en cuenta que el horizonte cultural que ahora nos ocupa —localizado en el estrato VIII de la secuencia de 1977— se inscribe plenamente dentro del ambiente más definido en las anteriores campañas y que hemos rotulado con el título de HORIZONTE INDIGENA DE ALHONOZ.

Por esta circunstancia, conectando los resultados del corte de 1973-75 con los de la campaña que estamos relatando, podemos establecer las líneas generales de ocupación de este lugar, desde su primitivo poblamiento hasta la última fase antigua y su abandono.

ESTRATO IX: De 30 a 35 cm de tierra gris compacta, bajo el pavimento y el hogar del estrato VIII. Su base es una capa continua de carbón, que se asienta sobre una tierra amrillenta. Es, pues, otro estrato de incendio.

ESTRATO X: Tierra negra con abundantes restos de incendio, y en su base numerosas piedras areniscas y calizas con señales de carbonización y abundantes restos de carbón.

Se trata, sin duda, de la primera fase de ocupación del lugar, precedida del incendio del monte.

No se pueden establecer en este punto mayores matizaciones debido a lo reducido de la zona excavada. Tiene una potencia de unos 50 cm y, bajo éstos, otra potencia equivalente, con ausencia total de material arqueológico, que hay que considerar en este sector como tierra virgen.

8. UN CENTRO DE DISTRIBUCION DE CERAMICA IBERICA EN EL ESTRATO II.

Aproximadamente la mitad del tiempo que ha durado esta campaña (alrededor de dos meses) hubo que dedicarla al descubrimiento de este masivo complejo cerámico, que ha constituido la excavación del estrato II y cuyos resultados, teniendo en cuenta la superficie de sondeo que los ha deparado y el total del inventario subsiguiente a este expolio, hay que calificar como de hecho sin precedentes, de acuerdo con un criterio proporcional.

El área total excavada en este segundo nivel arqueológico tiene una forma un tanto irregular que se aproxima a la de un trapecio, con una extensión que apenas llega a los 28 m^2. Esta irregularidad en la planta de la excavación obedece —como antes se indica— a la necesidad de ir modificando los planteamientos previos al comienzo de los trabajos, de acuerdo con los resultados que precisamente el estrato II iba proporcionando. En el plano general (Fig. 4) puede apreciarse la distorsión entre la planta que primitivamente estaba programada para estos sondeos (forma rectangular, marcada en parte por línea de puntos) y lo que al final de la campaña resultó. Ha sido en definitiva un problema de responsabilidad, resuelto de esta forma con objeto de rescatar la mayor cantidad posible de piezas que iban quedando en los cortes y que, por otra parte, hubiera sido una temeridad dejar abandonadas a la espontánea intervención de los posibles visitantes.

En esta superficie se ha excavado un centro de distribución de cerámica ibérica con multitud de piezas. Este tenderete de venta no planteaba mayores complicaciones estructurales. Se trataría, sin duda, de un lugar de comercialización a cielo abierto y en el que hay que suponer, próximos, los centros de producción.

Los únicos vestigios constructivos, presumiblemente relacionables con restos de hornos, ha sido la fractura que, a partir de este estrato, llega hasta el IV.

Prácticamente toda la superficie del estrato II se encontraba ocupada por un complejo abigarramiento de materiales cerámicos, enteros e intactos, pero, no obstante, existían algunos focos de concentración, precisamente en los lugares próximos a los muretes circulares relacionables con este estrato y próximos a la vertical del murallón del estrato I. En estos puntos se podía apreciar una perfecta ordenación de

las piezas, dispuestas para su venta y clasificadas por tipos. Existían las zonas donde se aglomeraban los platos en hileras perfectas, las ollas, las tapaderas, las lucernas, etc. Ello es prueba evidente de que estas manufacturas estaban expuestas para venta en un perfecto orden, tal y como puede observarse en la actualidad en cualquier puesto de venta de cerámica al aire libre. En el punto más bajo del estrato, coincidente precisamente con uno de los sectores de ampliación del corte, coexistían varias formas, sin ninguna ordenación, como consecuencia de haber rodado pendiente abajo tras el abandono del lugar.

El proceso de excavación a que hubo que someter este amasijo de materiales fue arduo y penoso. No puedo presentar una panorámica completa de todo el estrato con la cerámica «in situ» —tal como aparecía— por la imposibilidad que supuso descubrirla en su totalidad antes de su levantamiento. Había que excavar diariamente espacios de reducida superficie, con objeto de no dejar para la siguiente jornada los materiales al descubierto, por el riesgo que ello podría entrañar y por la imposibilidad que hubiera supuesto el poder moverse libremente en un lugar completamente ocupado por cacharros de cerámica. Por otra parte, había que levantar las piezas antes de llegar a la base del estrato. De esta forma, algunas hileras de platos —apilados unos sobre otros— llegaron a dar más de cien ejemplares y a algunos de los amontonamientos de estas piezas se les recogieron hasta cuarenta, descansando unos sobre otros boca abajo. Con frecuencia las formas globulares (ollas) que aparecían descansando sobre la boca estaban desprovistas de tierra en su interior.

En definitiva, hay que decir que, tras las sucesivas ampliaciones efectuadas, se excavó buena parte del centro de distribución de cerámica, no pudiendo darse por concluido con seguridad, y faltando por localizar los centros de producción del alfar, fundamentalmente los hornos.

Así, a la vista de estos resultados, puede pensarse con seguridad en un caso de abandono del lugar, con un largo período sin ocupación humana. Lo que determinó el que los materiales se cubrieran por el simple efecto del polvo y fue precisamente esa tierra eólica la que sirvió de amortiguación contra los efectos de las construcciones posteriores que indirectamente contribuyeron a proteger los materiales subyacentes.

Pero lo que de momento no se puede determinar con seguridad es la causa de dicho abandono. Tal vez fuera motivado por un largo período de sequía, que ocasionara una desertización de la zona o quizá haya que pensar en alguna circunstancia de inestabilidad política y ello —en lo más verosímil— motivado por luchas tribales entre ciudades vecinas.

En cualquier caso el abandono no fue violento y no estuvo acompañado de destrucción por incendio, ya que no se aprecian cenizas y los únicos materiales carbonizados recogidos son atribuibles a productos desechados del alfar.

9. ANALISIS TIPOLOGICO DE LA CERAMICA IBERICA DE ALHONOZ. LA ALFARERIA DEL ESTRATO II

La recogida cerámica efectuada en el estrato II ha permitido la catalogación de cerca de seiscientas piezas completas, que permiten establecer una bien diferenciada tipología. Como tónica general hay que destacar el fenómeno interesante del redu-

cido tamaño de todos los ejemplares. Están completamente ausentes las formas de gran tamaño, como las ánforas o las urnas, e incluso es muy significativo el hecho de que algunos tipos de los aquí representados, que responden a unos paralelismos formales de piezas grandes, estén construidos en tamaño muy reducido, como si se tratara de maquetas de sus mismos prototipos.

El único caso de ejemplares de mayores dimensiones ha correspondido a un escaso número de fragmentos atípicos —pertenecientes, probablemente, a un ánfora ibérica— que han aparecido dispersos entre las piezas del alfar, y que formarían parte de un recipiente destinado a contener el agua para el uso de los ocupantes del tenderete de cerámica.

Hay que hablar, por tanto, de una producción seriada de piezas de uso doméstico, que incluso imitaba a escala las formas de los grandes recipientes, y no se puede descartar el que —teniendo en cuenta esta especialización en la elaboración— aparezcan próximos los centros de producción y venta de los grandes cacharros, puesto que en superficie coexisten fragmentos pertenecientes a piezas de todos los tamaños.

En síntesis, limitando el estudio a lo que tenemos ahora tangible, establezco a partir de lo hallado una clasificación tipológica, dividida en formas que numero, y subdivido a su vez en algunos casos con objeto de hacer más útil y clara su diferenciación formal:

Forma primera

Corresponde a las piezas cuya característica común es su perfil más o menos globular, con algunas variantes. Se pueden encuadrar con bastante propiedad dentro de la denominación genérica de PEQUEÑAS OLLAS.

Su tamaño oscila desde los 3 cm para el ejemplar menor a los 20 cm de altura en el caso de mayor tamayo (Fig. 10, 1).

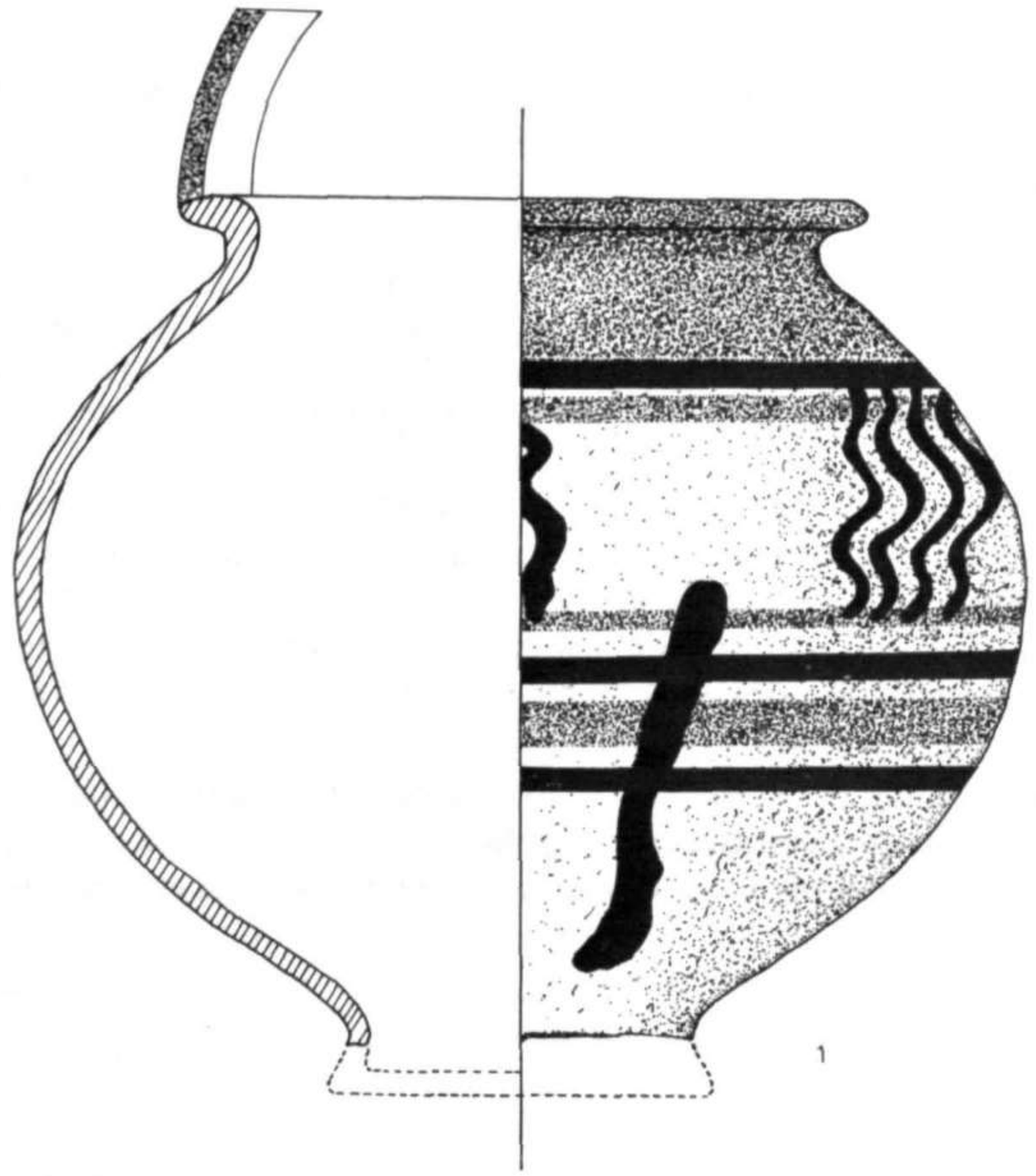
Su discriminación en variantes de la misma forma se establece de acuerdo con cinco subgrupos (A, B, C, D y E), cuyos detalles más diferenciadores entre sí son los siguientes:

Grupo A: Es de perfil globular simple, con galbo más o menos panzudo, fondo plano o levemente cóncavo y labio invariablemente proyectado al exterior en dirección horizontal casi siempre. No tiene asas (Figs. 10 y 11).

Grupo B: Presenta un aspecto de mayor esbeltez, con un perfil en forma de «S» alargada. Los fondos no difieren prácticamente del grupo anterior. En algunos casos estas piezas se asemejan bastante a las formas tipo «chardon». Tampoco tienen asas (Fig. 12).

Grupo C: Más que una variante tipológica del grupo anterior responde a una subdivisión aconsejada por el tamaño. Se trata de las piezas más pequeñas de todas las incluidas en la forma primera y por ello se incluyen aquí dentro de la denominación de VASITOS (Fig. 13).

Grupo D: A partir de aquí estas pequeñas ollas están provistas de asas. Las características formales de este grupo no difieren prácticamente —con excepción de



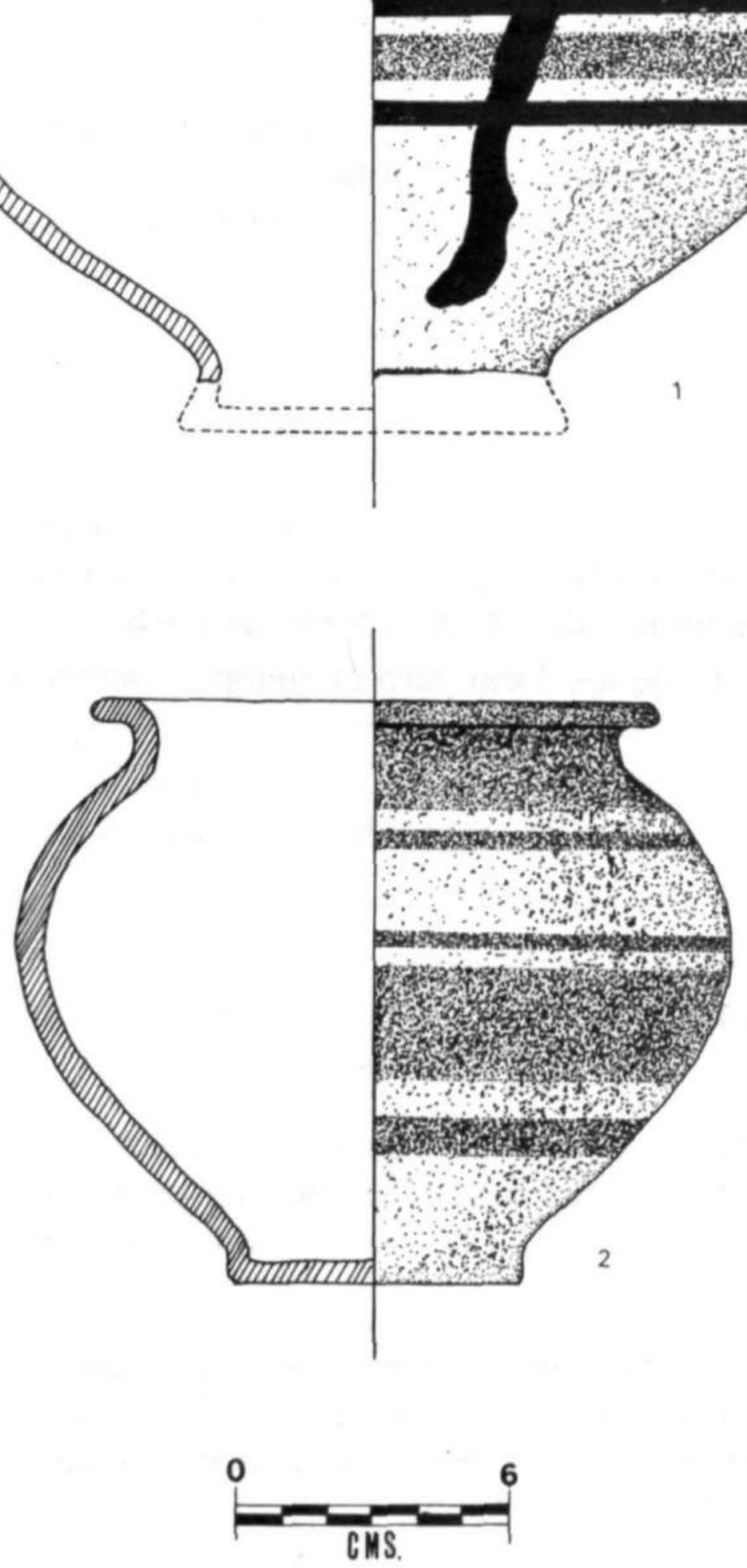
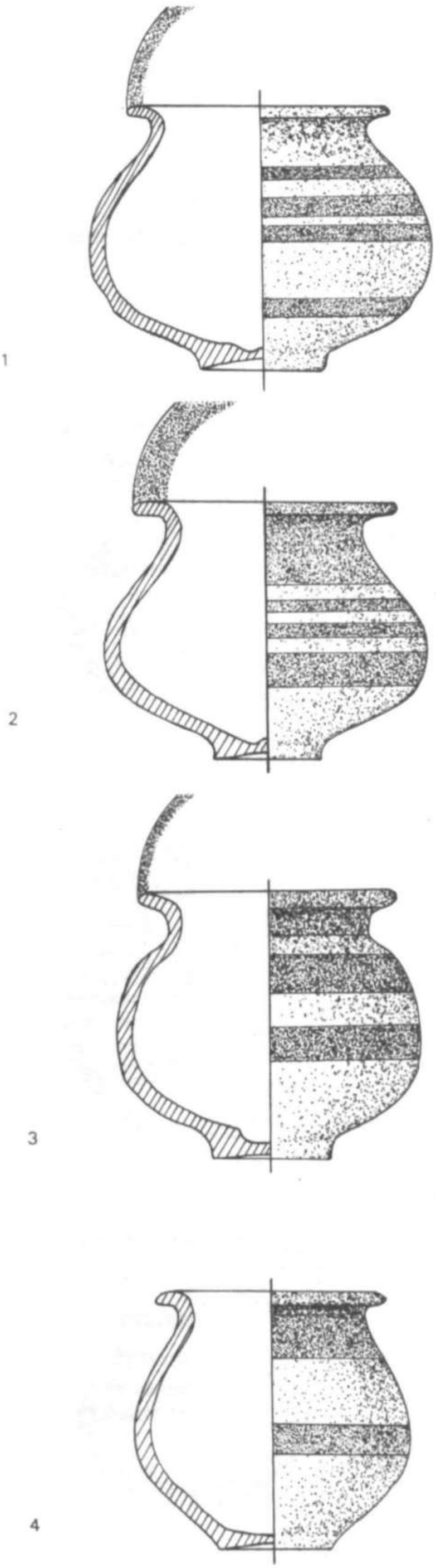


Fig. 10.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª A).



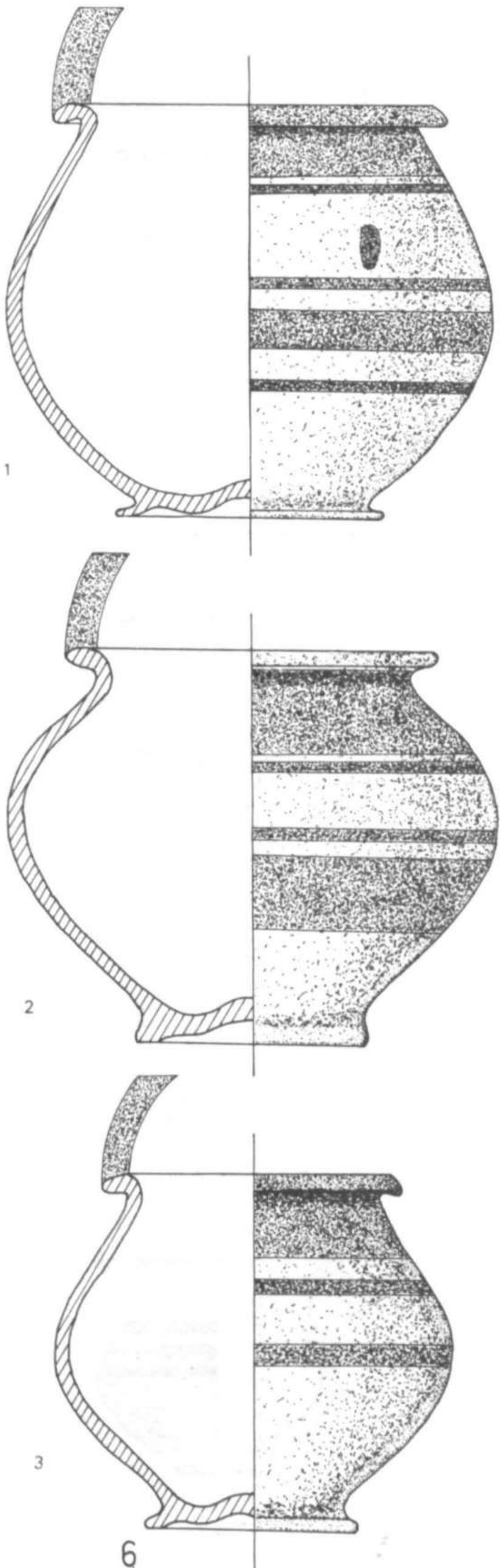
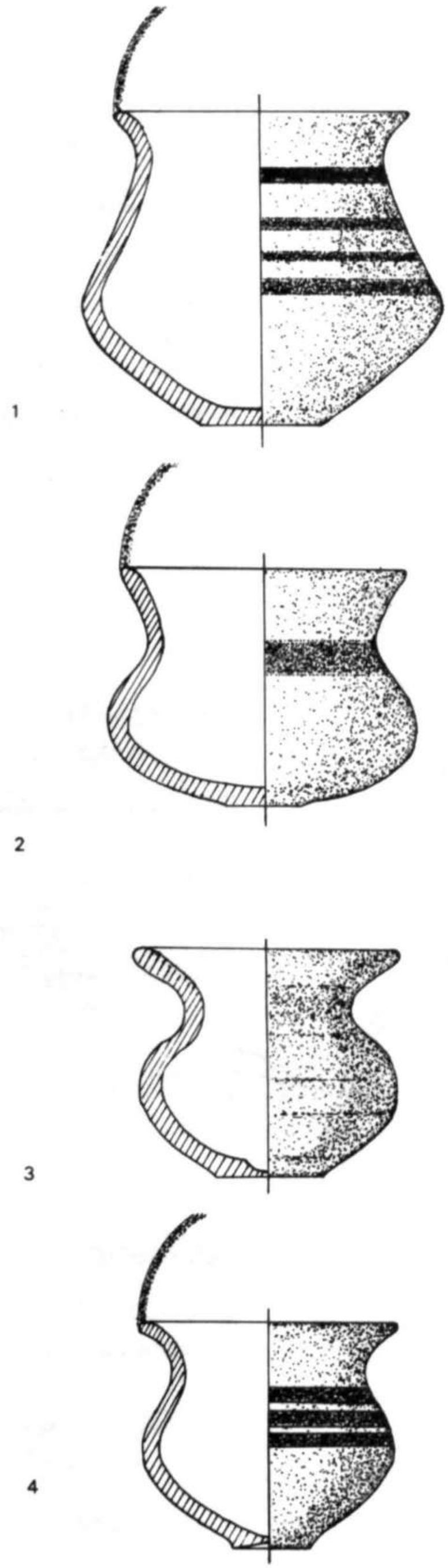


Fig. 11.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª A).



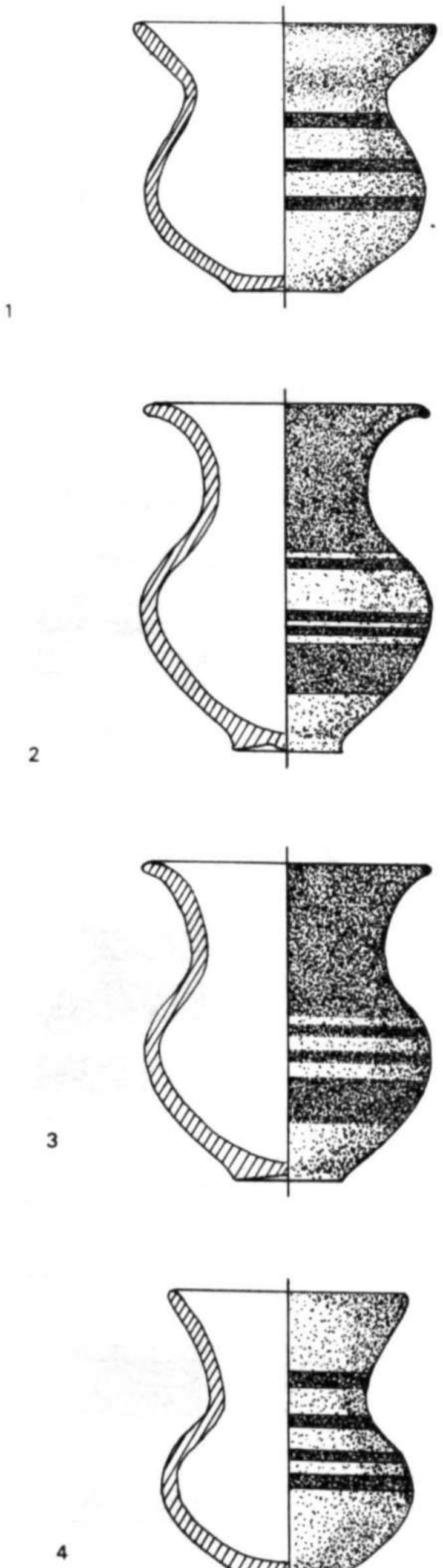


Fig. 12.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª B).

los apéndices para agarrarlas— de los ejemplares anteriores. Son, en cambio, más frecuentes las formas puramente globulares (Fig. 14), aunque también están representados los perfiles en «S». Tanto unos como otros tienen asas horizontales de sección circular, insertadas hacia la parte media de la pieza.

Grupo E: En este apartado se comprenden las pequeñas ollas con perfil invariablemente globular, como en el grupo A, en las que se implantan unas asas, aproximadamente en la zona media del cacharro, de sección circular. Estas asas presentan ciertas variantes de acuerdo con su tamaño, siendo por lo común tendentes a la forma de orejetas, inspiradas en las agarraderas de las ánforas púnicas o ibéricas. Las asas están colocadas verticalmente y el número de estos ejemplares es superior al del grupo D (Figs. 15 y 16).

Por lo que se refiere a la elaboración de los ejemplares de la forma primera se puede hablar de un perfecto conocimiento de las técnicas de fabricación, consecuentes a un proceso de culturización en el que se ha llegado a una total asimilación de los procedimientos de torneado, cocción y decoración, necesarios en una producción masificada. Se emplea una buena dosificación de las temperaturas en el horno, con el empleo indistintamente de fuegos oxidantes o reductores, lo que da coloraciones anaranjadas, pajizas y grises. Cromatismo que se debe también a la distinta cantidad de calor recibida por la pieza, como consecuencia de su diferente colocación dentro de la cámara de cocción. Todos los ejemplares, con excepción de uno están decorados con pintura aplicada directamente sin preparación previa de las superficies. Tan sólo hay un caso (Fig. 10, 1), que es precisamente el de mayor tamaño, en el que se aprecia una especie de engobe o alisado previo a la aplicación de la decoración, que le da un aspecto más cuidado, de color ocre claro. Este ejemplar es posiblemente la

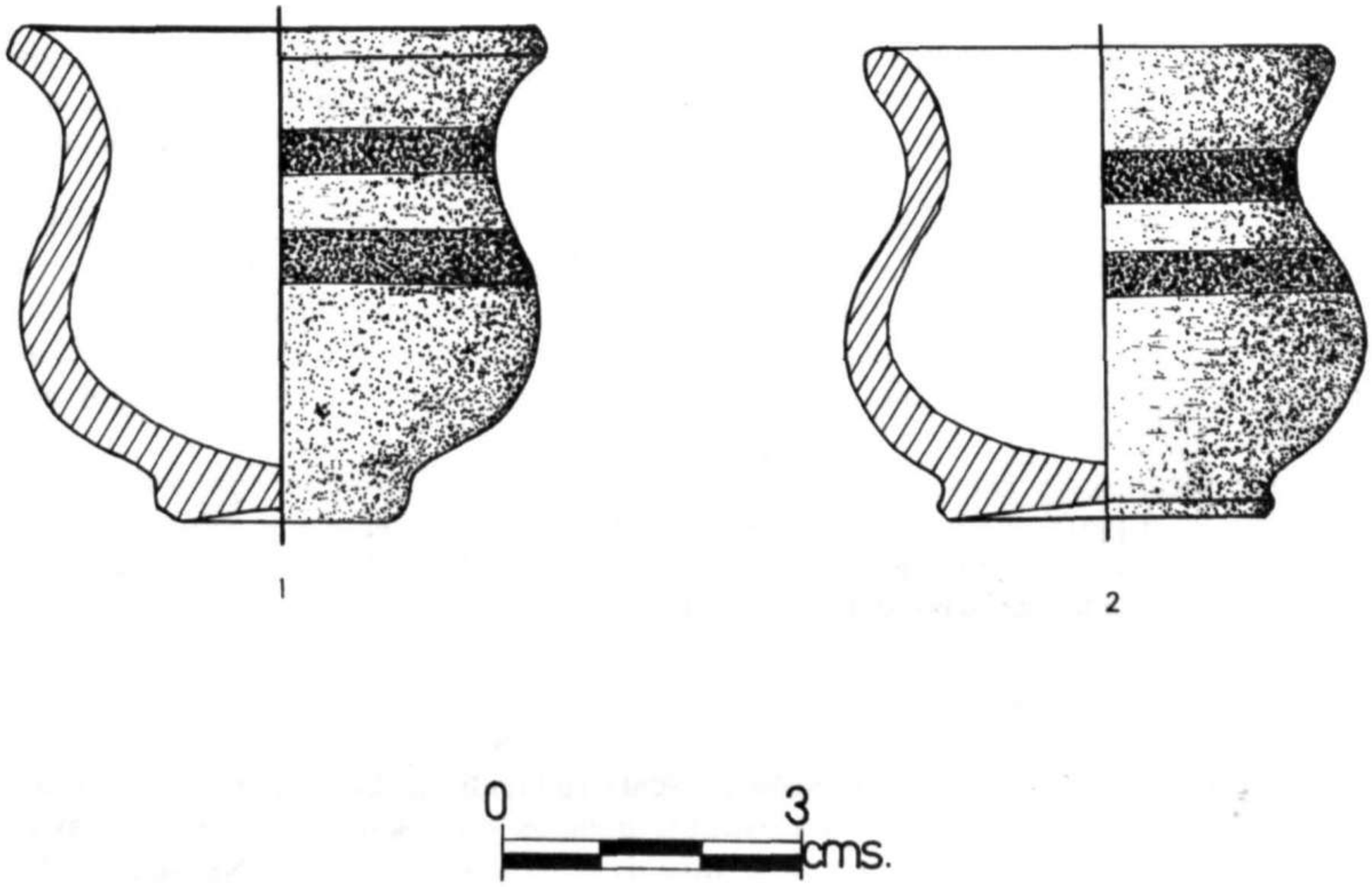


Fig. 13.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª C, vasitos).

única pieza de importación, dentro de la forma primera, que ha podido servir de prototipo a la extensa producción local.

Las pinturas empleadas presentan una gama de coloración cuyos tonos dominantes son el rojo-amarronado y, sobre todo, el morado-vinoso, con diversas gradaciones de intensidad. También están presentes los tintes negros.

Los sistemas decorativos son fundamentalmente de temas geométricos a base de anchas bandas y líneas delgadas del mismo color y perfiladas en negro muy deslucido. El número máximo de líneas delgadas es el de cuatro, agrupadas en conjuntos. Es de notar la decoración a base de meandros verticales negros, limitados con líneas del mismo color, que alternan con otras rojizas, de la piedra 1 de la figura 10, que hay que atribuirla a una elaboración foránea.

Junto con los sistemas clásicos de decoración lineal es muy interesante señalar que en la mayoría de los ejemplares de los grupos D y E, es decir, de los que están provistos de asas, coexisten las bandas y líneas horizontales con motivos de mayor barroquismo, como los temas fitomorfos a base de espigas (Figs. 14 a 16) y sobre todo las decoraciones estelares, bastante estereotipadas por lo común, como consecuencia de la rapidez en la ejecución. Es ésta una prueba más de la adaptación en la producción local de motivos decorativos de tan profundo abolengo en el mundo mediterráneo, en un momento en que la aculturación de mentalidad orientalizante había llegado a altas cotas de asimilación en el valle del Guadalquivir. Pero estos temas estelares, que en sus antecedentes más o menos remotos estaban representados por unas elaboraciones más cuidadas, se hacen aquí rápidos y con pincelada suelta y a veces improvisada.

Forma segunda (Figs. 17 y 18)

Es una pequeña tapadera cuyo diámetro se adapta perfectamente a la boca de las ollitas de la forma primera. Es indudable, pues, su uso; lo que se confirma aún más, puesto que en algunas ocasiones han aparecido en la excavación, cumpliendo precisamente esta finalidad.

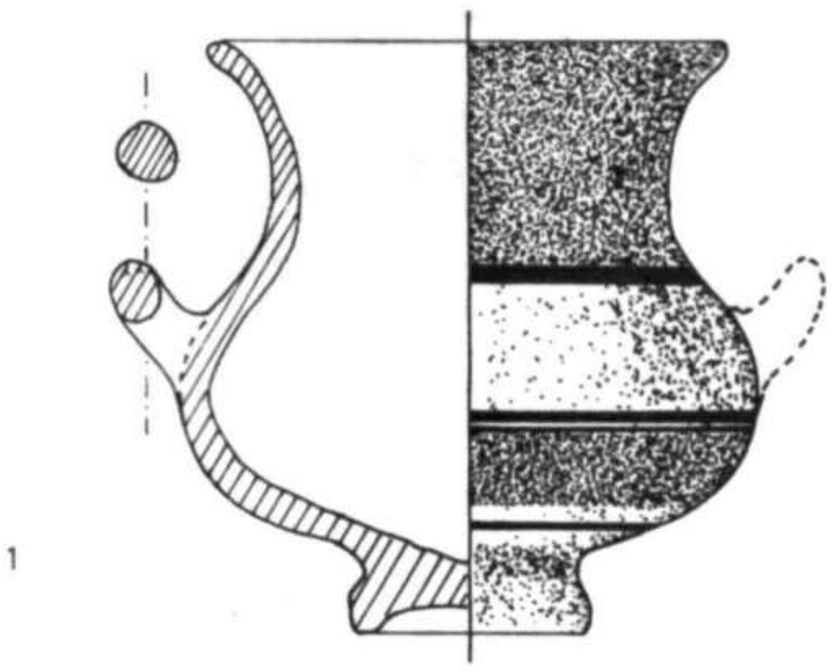
Del conjunto total obtenido de esta pieza presento un lote de cuarenta y ocho ejemplares, como variantes de la misma forma. Hay que hacer la observación, no obstante, que estas diferencias formales no obedecen a intencionalidad en la elaboración, sino más bien al resultado de una ejecución ágil que lo único que tiene en cuenta es el tamaño de la pieza con objeto de que cumpla la finalidad a que se destina.

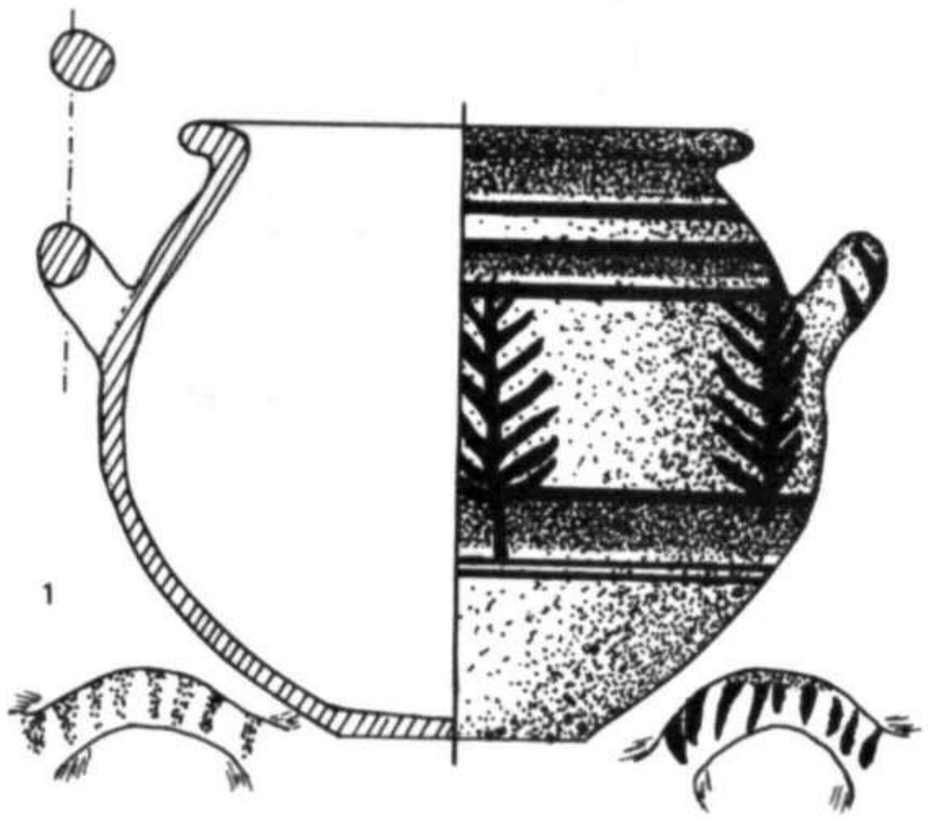
Esta forma está presente también en el estrato III, aunque con una cierta variación en el perfil. Asimismo se han recogido bastantes ejemplares entre la tierra que colmataba la fractura que cortaba los estratos II, III y IV, cuyas formas son prácticamente idénticas a las del estrato II.

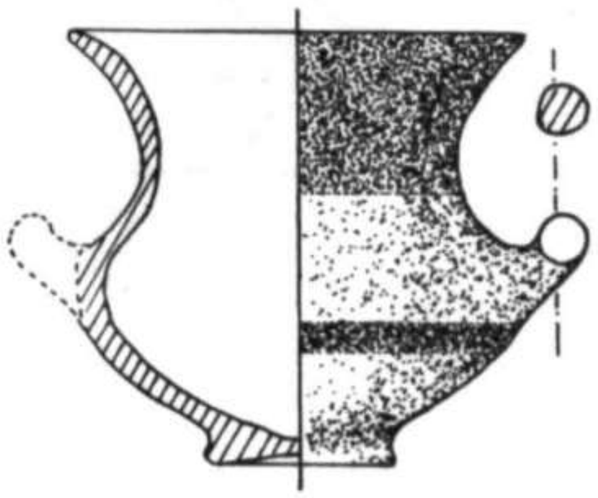
Forma tercera (Fig. 19)

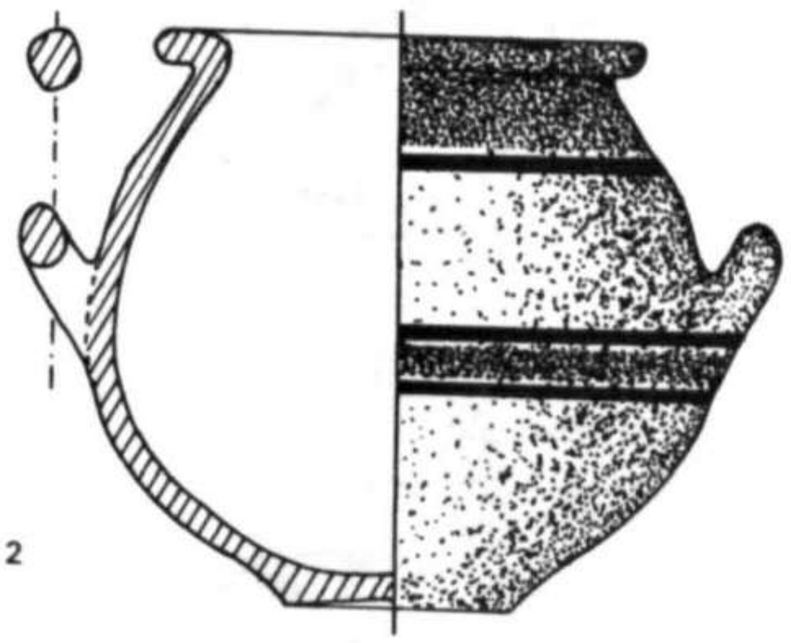
Es un caso clarísimo de imitación a escala reducida de las grandes ánforas de fondo de saco tan frecuentes en los estratos púnicos e ibéricos de muchas excavaciones andaluzas. Por ello, las estudio dentro de la denominación de ANFORILLAS.

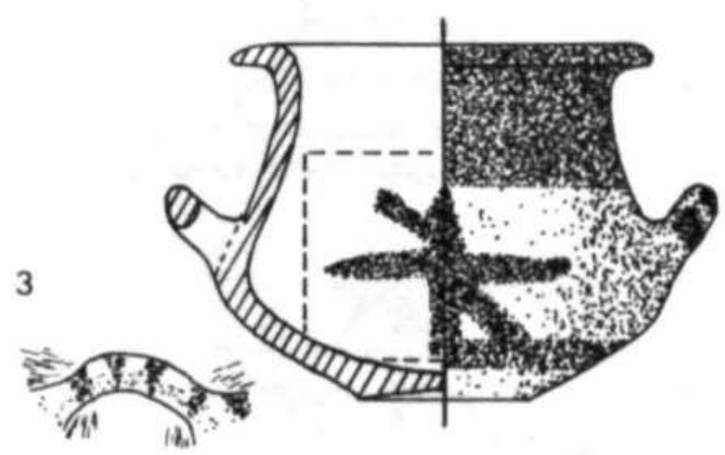
Tienen una finalidad indudable de contenientes para agua, con una capacidad algo superior al litro.

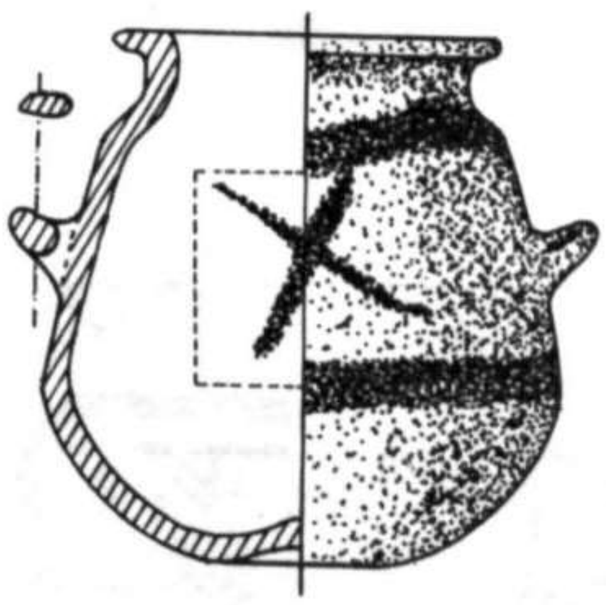


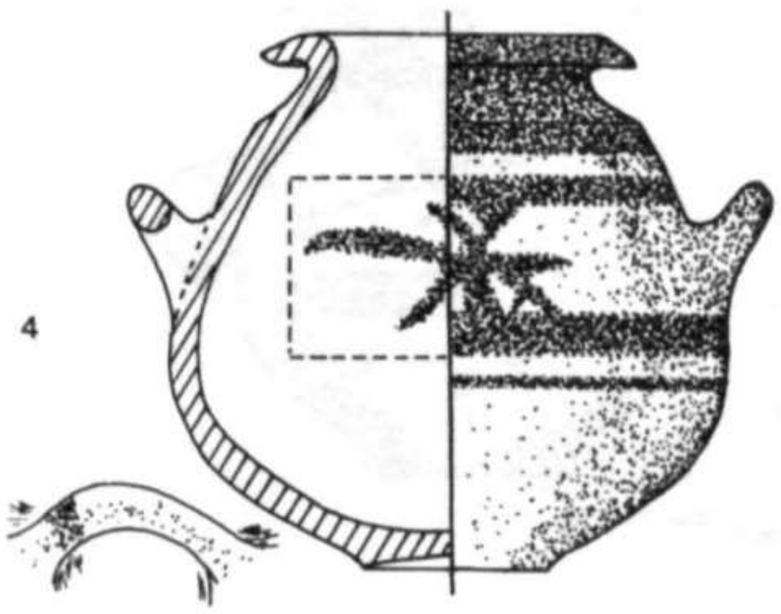












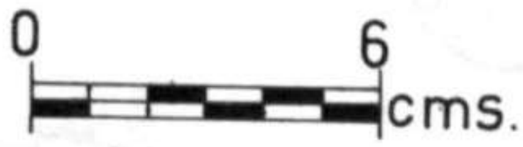


Fig. 14.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª D).

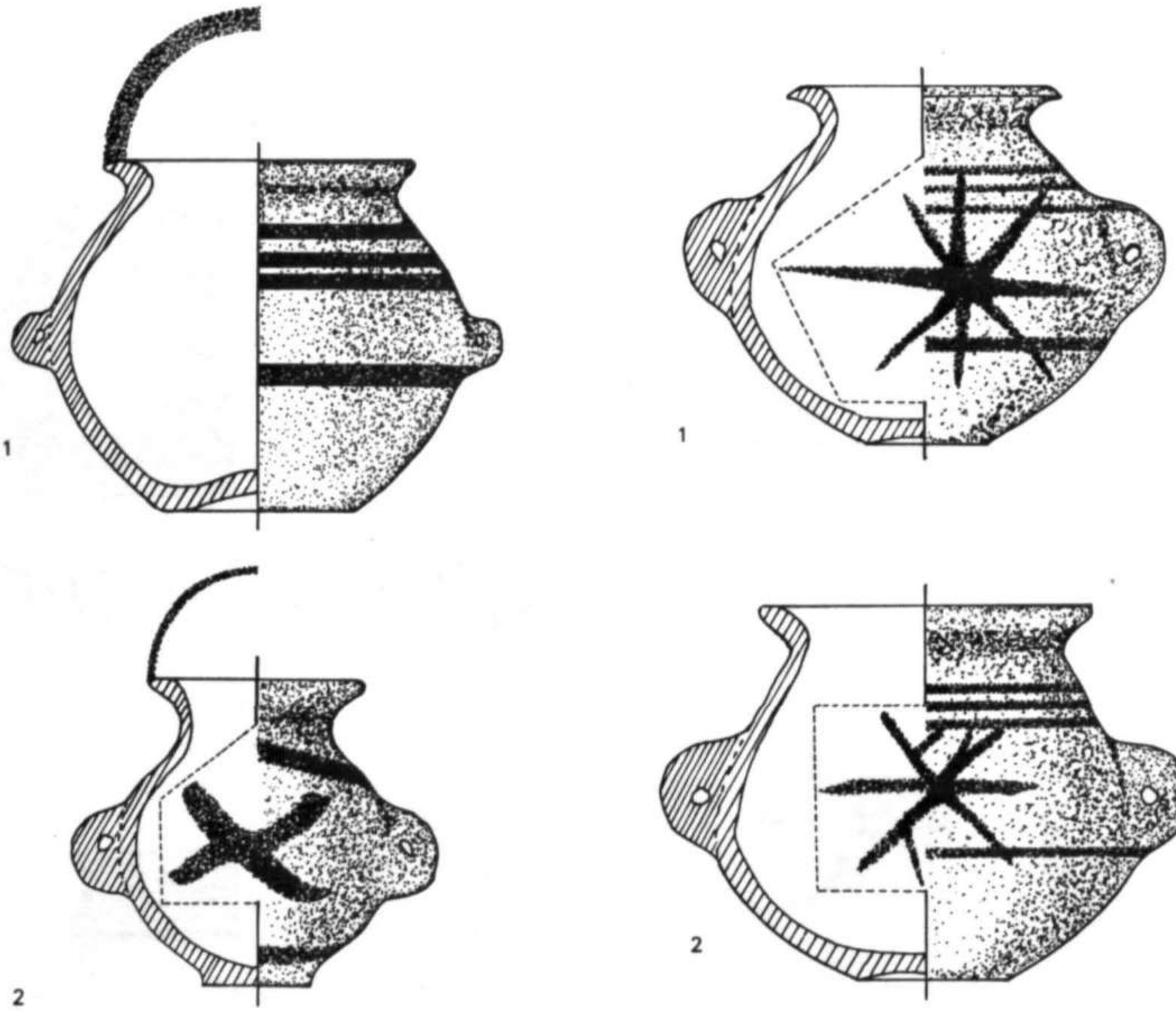
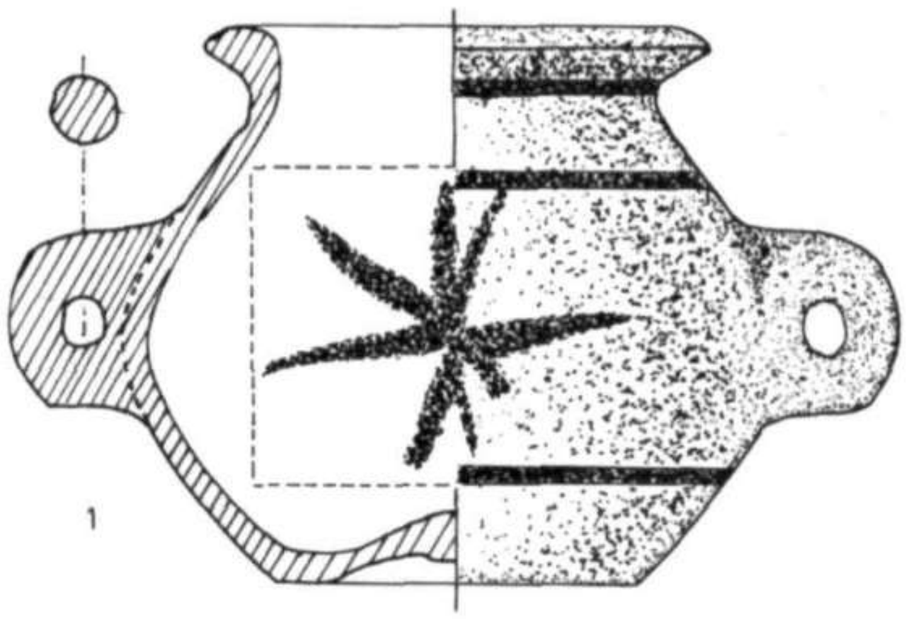
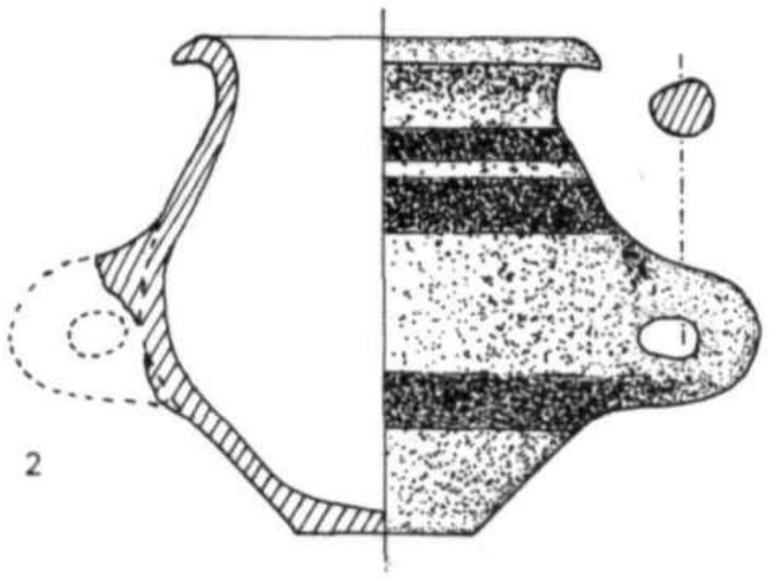
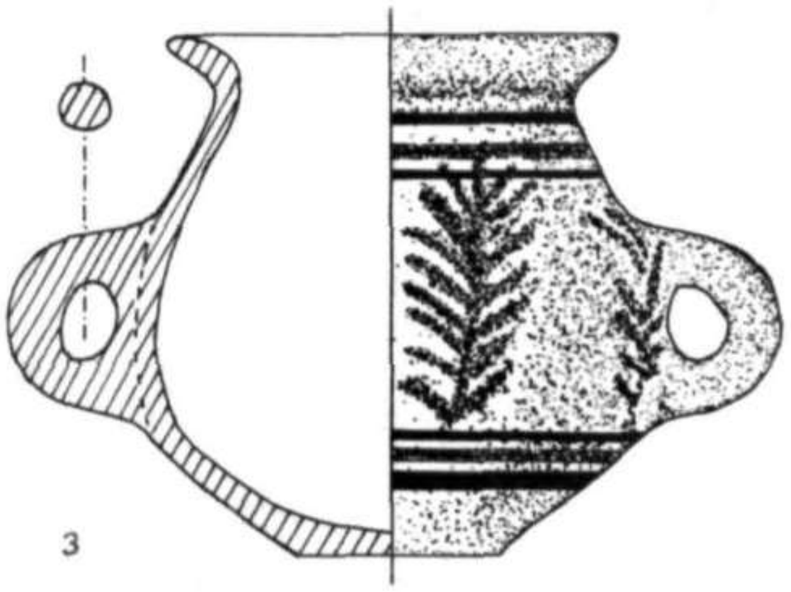
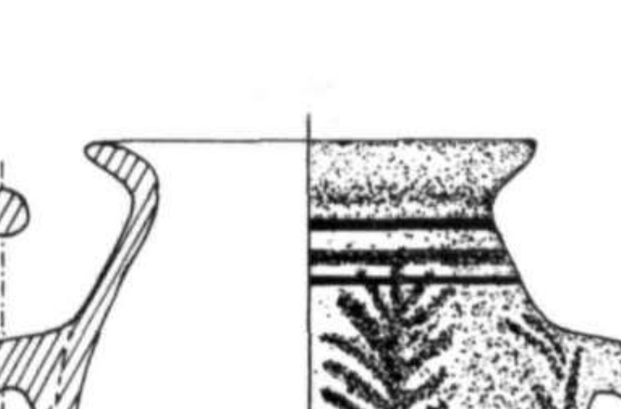


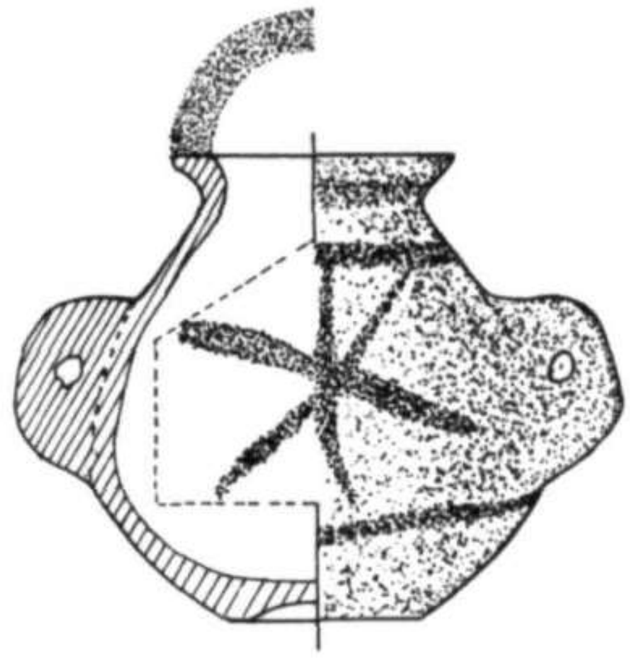
Fig. 15.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª E).

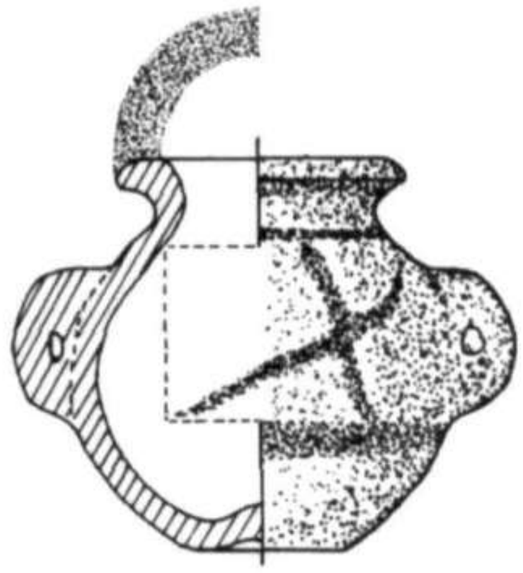


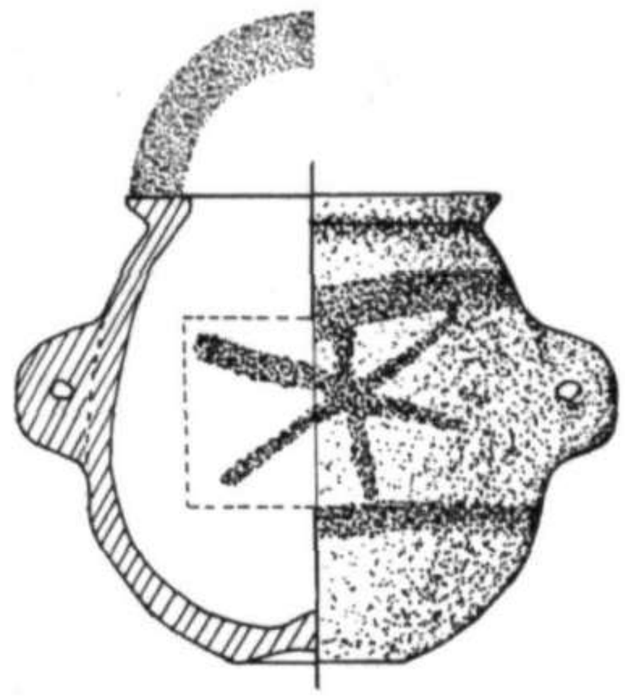


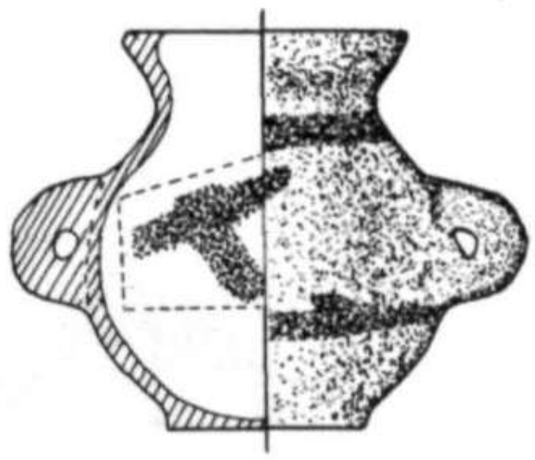












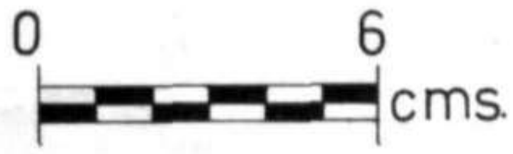


Fig. 16.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 1.ª E).

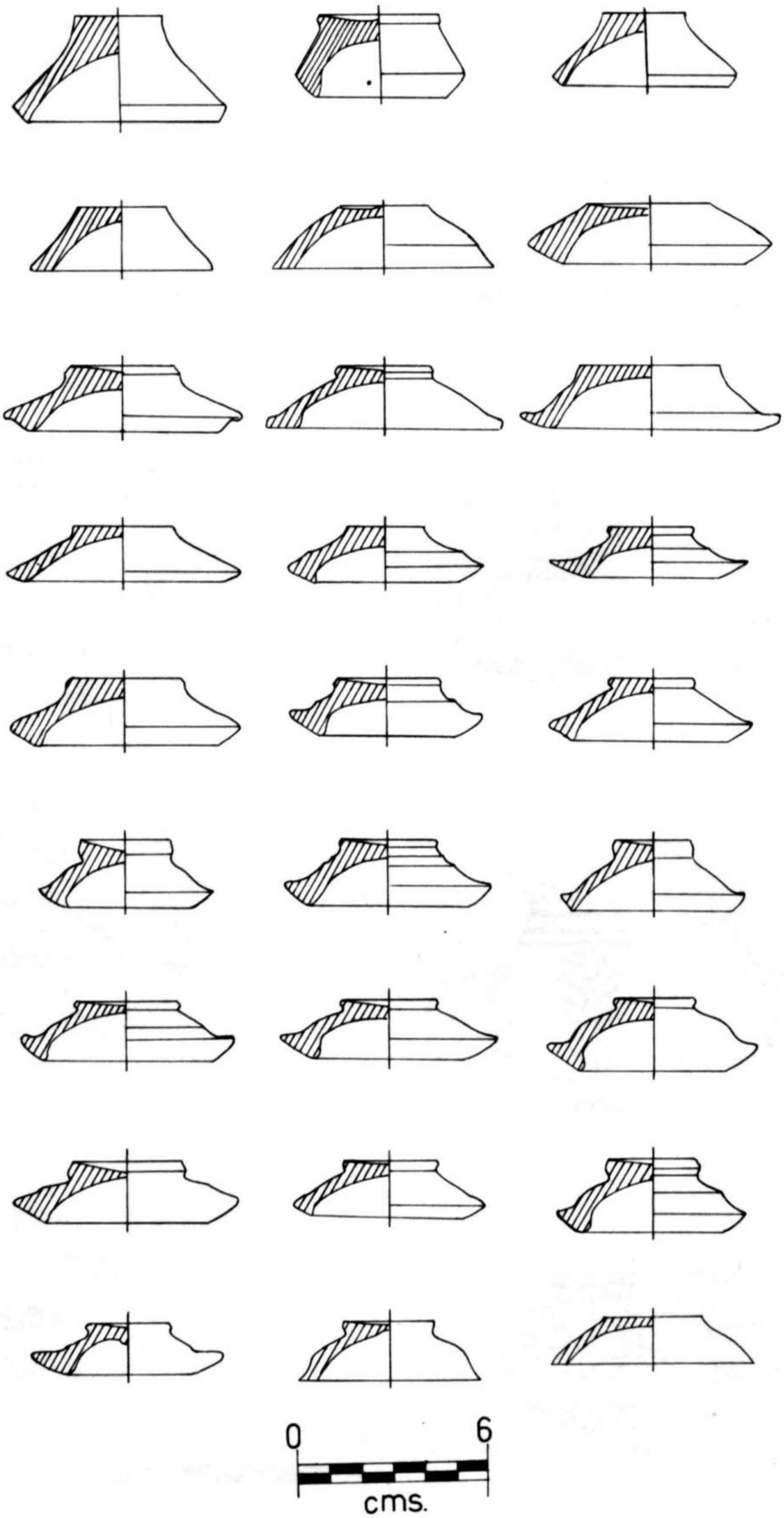


Fig. 17.—Alhonoz, 1977: Cerámica ibérica (Forma 2.ª, tapaderas).

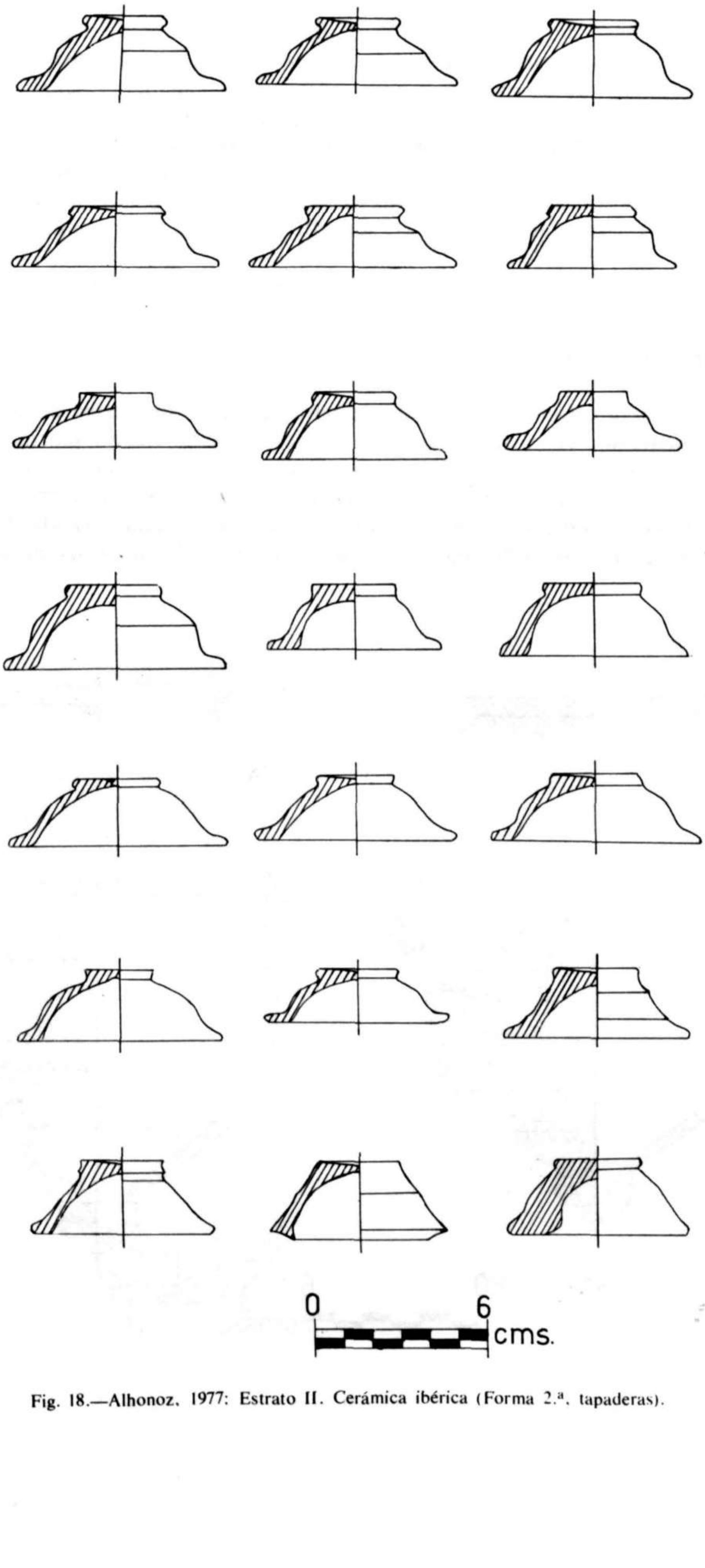


Fig. 18.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 2.ª, tapaderas).

Carecen de base de sustentación, no habiéndose encontrado tampoco soportes cerámicos adaptables a esta pieza, por lo que no se descarta la posibilidad de que dichos soportes fueran de madera —semejantes a las aguaderas actuales, tan frecuentes en los núcleos rurales andaluces— o incluso que fueran destinadas a ser colgadas. Sus asas, preferentemente de orejetas, se comprimen bastante en algún caso.

Las calidades de los barros no difieren prácticamente de las observadas en las formas anteriores. Son arcillas frecuentes en las canteras de esta zona, con abundancia de impurezas desgrasantes arenosas, superficie descuidada sin ningún tratamiento exterior color ocre claro que se torna gris arcilloso en algunas zonas de la pieza, como consecuencia de distinta intensidad de calor en la cocción.

Forma cuarta (Fig. 20)

Se incluye aquí otro caso indudable de asimilación de una forma de gran tamaño a ejemplar pequeño. En esta ocasión la imitación se ha hecho partiendo de los grandes toneles ibéricos adaptándolos a esta maqueta cuya finalidad deja lugar a amplio margen de especulaciones: es posible que fueran utilizadas como aceiteras o vinagreras. teniendo en cuenta que poseen orificios de entrada y salida del líquido. Menos verosímil. por su reducida capacidad. parece ser la hipótesis de su función

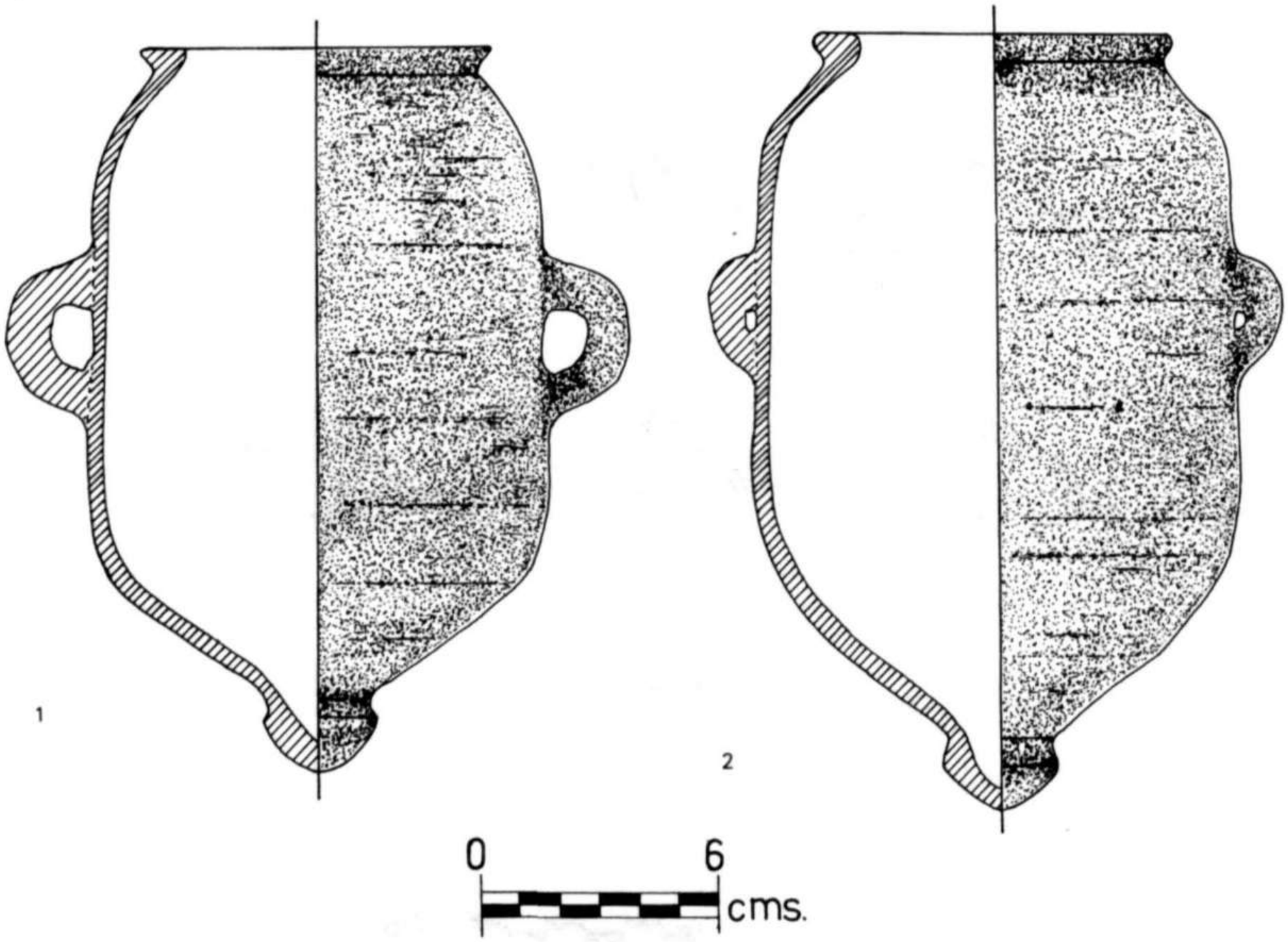


Fig. 19.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 3.ª).

como cantimploras. No hay que desechar la posibilidad de su empleo como continentes de algún líquido o licor desconocido.

Las pastas empleadas son las mismas de los ejemplares de la forma tercera, aunque estos tonelillos han recibido mayor cantidad de calor, posiblemente por su distinta colocación en el horno, y su aspecto es más oscuro y rugoso.

Forma quinta (Fig. 21)

Dentro de la generalización que supone esta forma se incluyen un cierto número de piezas que tienen como característica común el presentar un perfil abierto, por lo que les puede convenir la denominación de CAZUELAS, CAZOLETAS, CUENCOS o PLATOS.

Las cazuelas o cazoletas tienen una gran similitud en determinados elementos formales con los ejemplares de la forma primera. Al igual que las pequeñas ollas, poseen un labio plano y proyectado horizontalmente al exterior y los fondos, indistintamente planos o rehundidos. Podría decirse que son una consecuencia tipológica de las ollitas, reduciendo su altura a favor del diámetro. Se presentan provistas o desprovistas de asas, pero cuando están presentes son siempre horizontales, implantadas sobre la curva de mayor diámetro de la pieza o incluso sobre el borde. En alguna ocasión el asa queda reducida a un simple muñón perforado verticalmente.

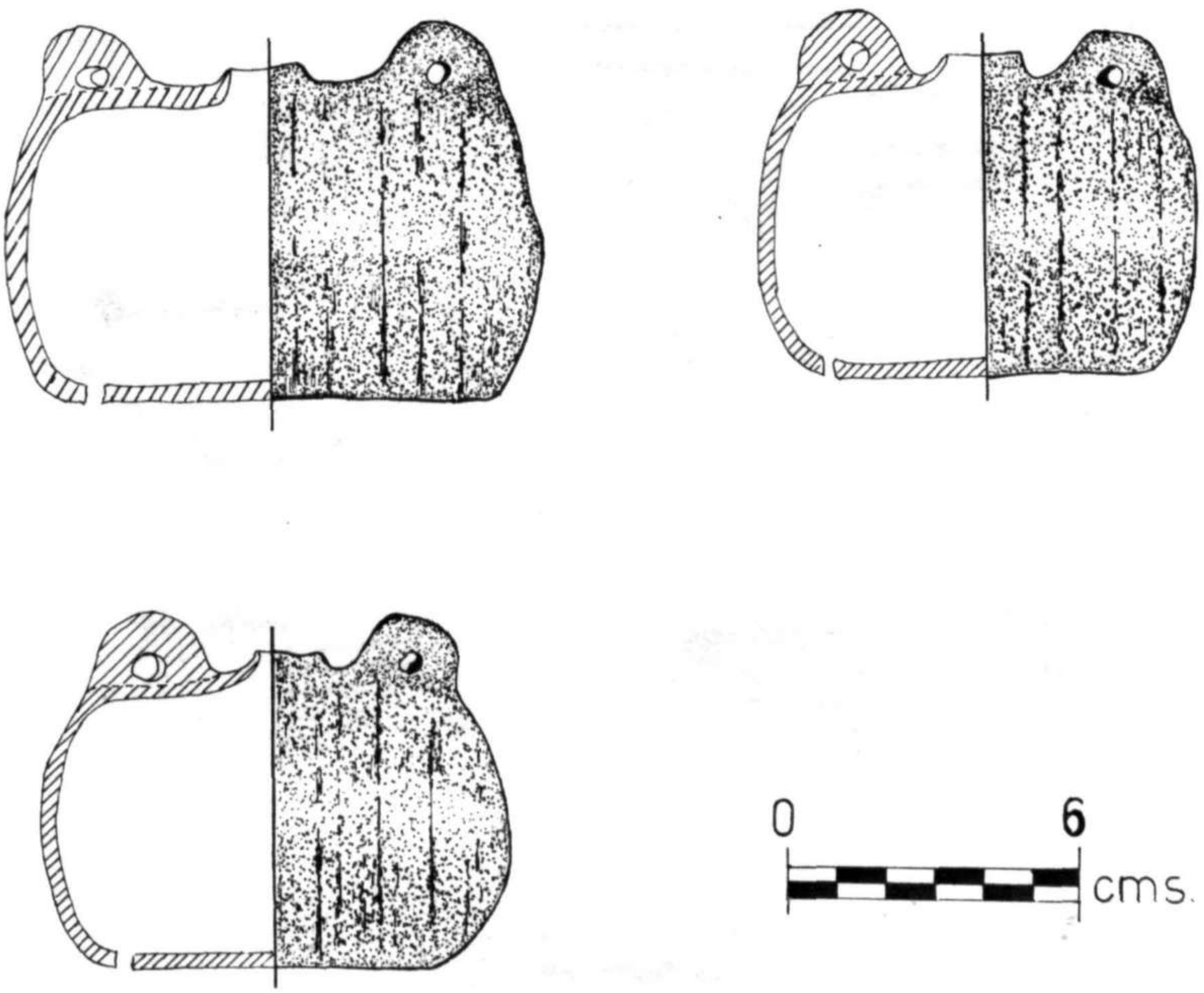


Fig. 20.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 4.ª).

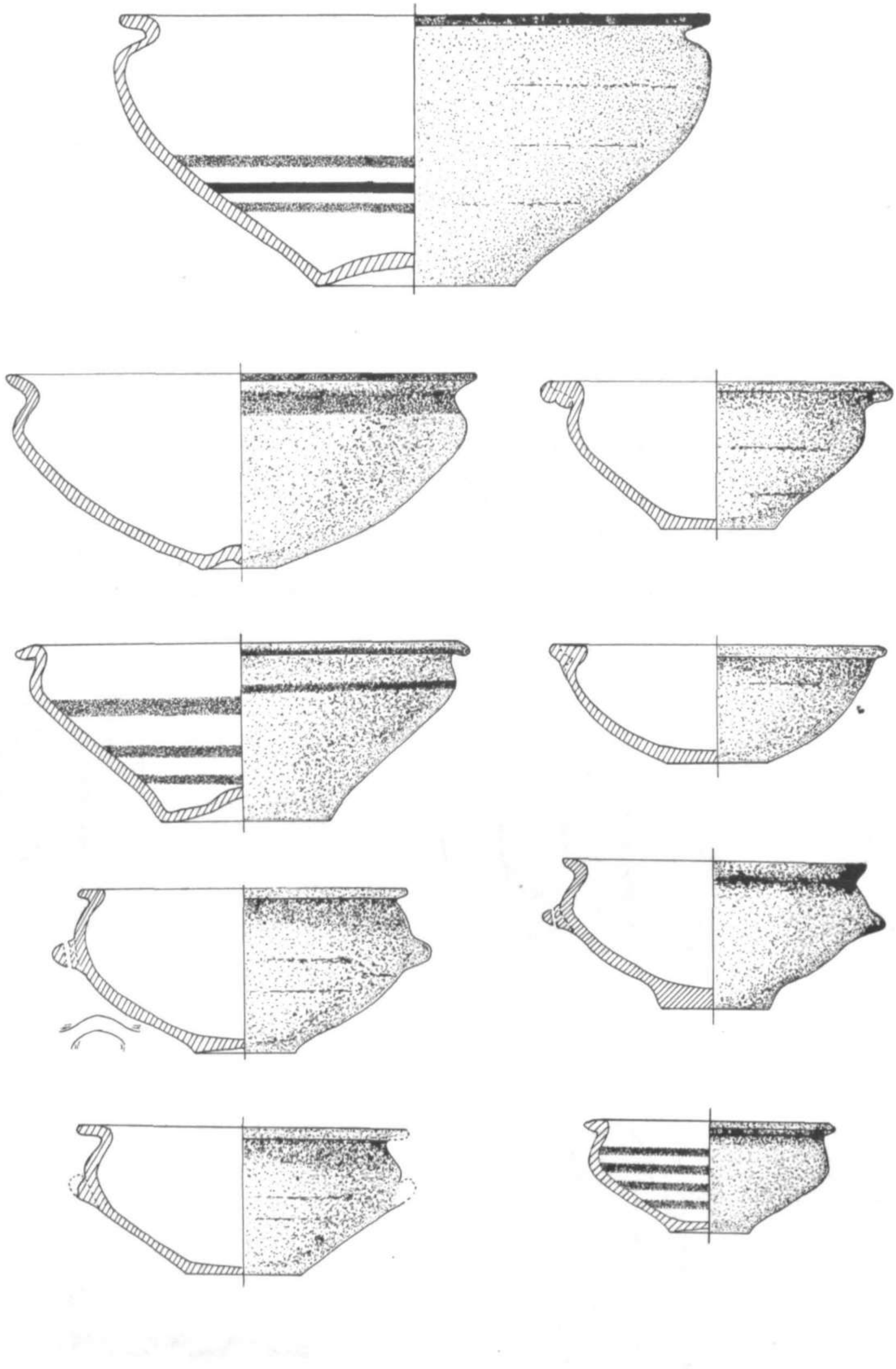


Fig. 21.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 5.ª).

Los barros son de idéntica calidad a los ya vistos en piezas anteriores. Son siempre de elaboración local y no se puede hablar de ningún caso en que sean perceptibles características atribuibles a elementos de importación.

Las decoraciones afectan a algunas piezas y, en este caso, son siempre a base de motivos lineales —preferentemente por el interior— trazados con idéntica falta de esmero que veíamos en los motivos esteliformes de las ollitas. Las pinturas están asimismo dentro de la gama del rojo al morado y en alguna ocasión el descuido en la elaboración llega a manchar la pieza con goterones de pintura.

Forma sexta (Fig. 22)

Se trata de un pequeño plato o pátera que presenta cierta similitud con algún ejemplar incluido en el grupo anterior. Sus características formales más señalables son el fondo plano o levemente cóncavo y el perfil muy abierto con un borde muy saliente en proyección horizontal o levemente caído. Las paredes son por lo general muy delgadas.

Sus pastas han sido en la mayoría de los casos cocidas a altas temperaturas y presentan una coloración oscura.

La diferenciación tipológica que hago de esta pieza viene acompañada por la característica general de estar pintada en todos los casos. La pintura es morada, con excepción del ejemplar 3 (Fig. 22) al que se le ha aplicado un tinte naranja que ofrece un aspecto deslucido. Esta decoración pintada afecta invariablemente al interior del plato y en ningún caso a la parte exterior. Puede ser a base de una ancha banda desde el borde, paralela a la cual se le añaden otras líneas delgadas, concéntricas entre sí, en número de dos (pieza 1), de tres (pieza 4) o de dos y un punto central. En otros casos la decoración se reduce solamente a la ancha banda a partir del borde (pieza 3) y a veces, en fin, ha sido pintada toda la superficie interna (pieza

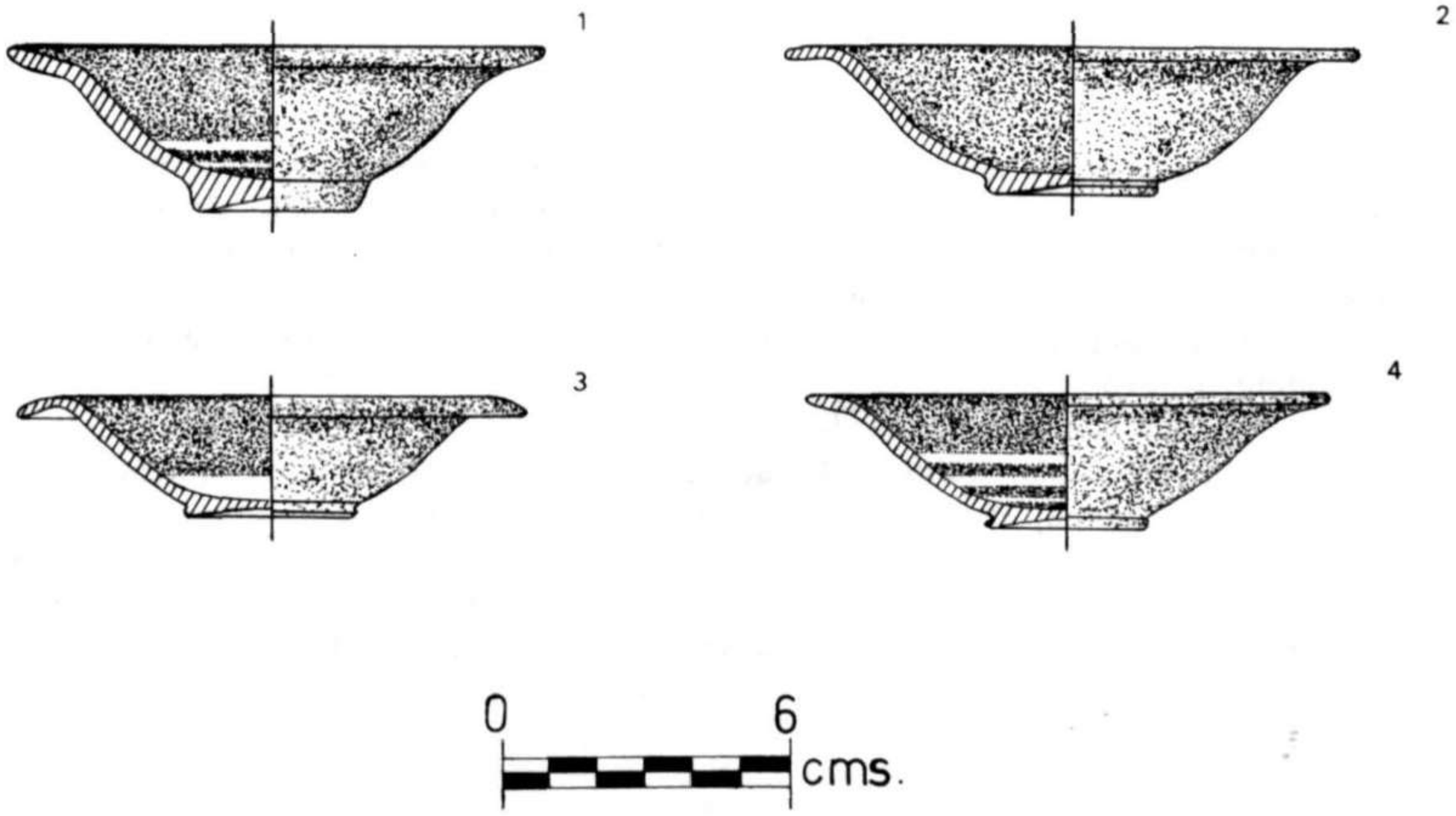


Fig. 22.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 6.ª).

2). La decoración pintada se le ha aplicado directamente sobre el barro sin ningún aislamiento previo.

Se trata, sin duda, de productos de elaboración local que hay que incluir dentro de las tablas de formas de la cerámica ibérica de «barniz rojo».

Forma séptima (15) (Fig. 23)

Se ha localizado solamente una pieza encuadrable en esta forma, aunque es probable que no se trate del único ejemplar existente, puesto que han sido hallados algunos otros restos de los añadidos decorativos (palomas) no encajables en esta pieza, que está prácticamente completa.

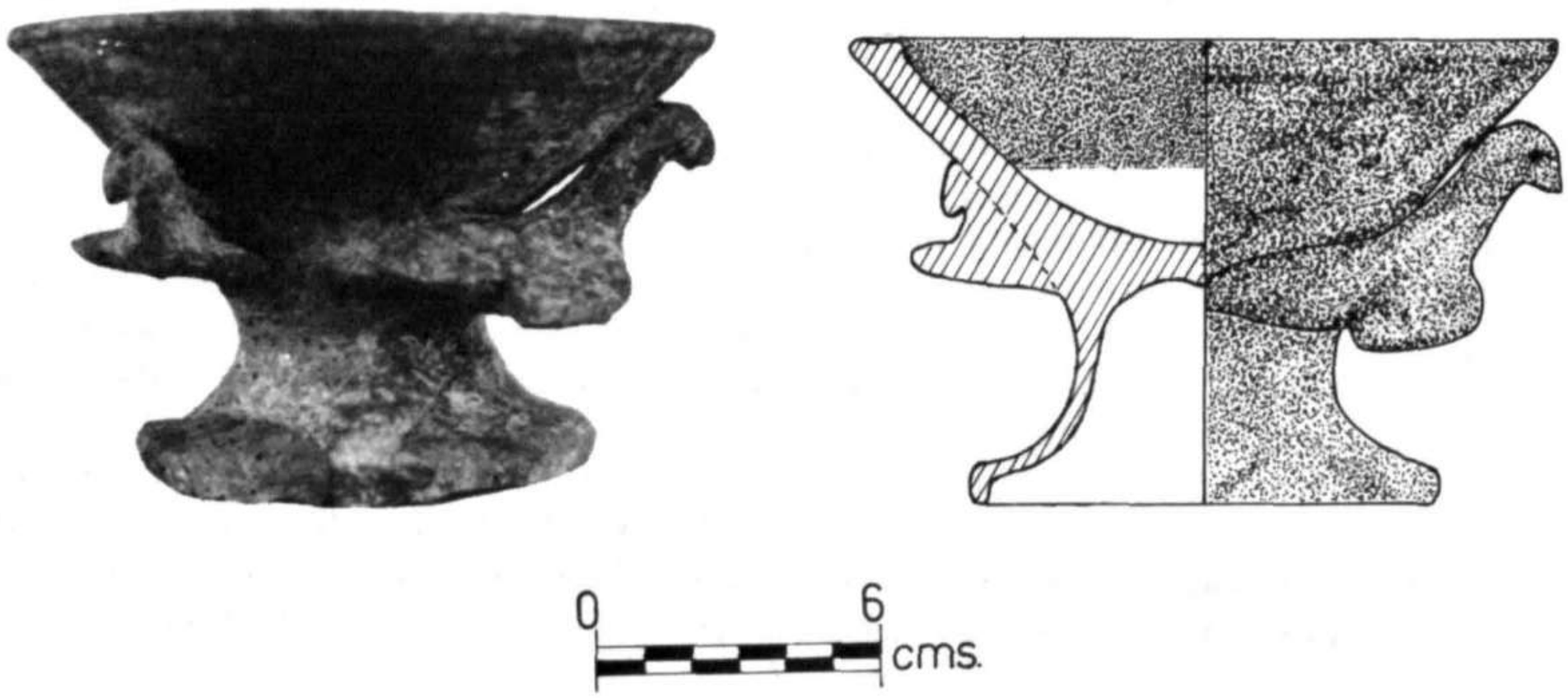


Fig. 23.—Alhonoz, 1977: Estrato II (Forma 7.ª).

Puede considerársele alguna finalidad como «vaso oferente» de función ritual o religiosa, no siendo extraño que se haya confeccionado con objeto de servir de quemaperfumes. Sería ésta una resonancia local más de la repercusión en el Valle del Guadalquivir de los objetos chipriotas de bronce con decoración de pájaros. Además de su posible adaptación al empleo como thymaterion, puede asimilarse a su uso como simple frutero.

Su perfil responde a la forma de una copa muy abierta con base apestañada y profundamente rehundida. Sobre el borde, que es horizontal, se le ha aplicado una acanaladura longitudinal. Hacia la zona media exterior —coincidente con la línea de máxima curvatura— le han sido colocadas unas figurillas de palomas, pájaros o grifos, en número de tres, en los que se ha puesto cierta sensibilidad artística y cuidado en la elaboración, observándose incluso el trazado de los ojos.

---

(15) Es necesario aclarar que, a partir de aquí, no existe coincidencia en la numeración de las formas, puesto que en otro lugar (López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, en nota 10) he hecho una distinción en dos ejemplares de las lucernas de la forma 9.ª que allí integraban precisamente la forma 7.ª, por lo que resultaba una más. Ahora rectifico esto globalizando todas las lucernas ibéricas de Alhonoz en la mencionada forma 9.ª

La pieza ha sido parcialmente pintada en color morado vinoso intenso, observándose un ligero descuido en este acabado, con algunos chorreones en el interior y brochazos rápidos en algunas zonas del exterior.

A la vista de la calidad del barro da la impresión de tratarse de un producto de elaboración local, aunque no encuadrable plenamente en el momento fijado por el estrato II. Parece, más bien, un objeto elaborado en alguno de los ambientes que se corresponden con los estratos inmediatamente inferiores (III y IV) y que ha pervivido en éste por su mayor interés de pieza rara.

Su pasta ofrece una coloración ocre anaranjada. El desgrasante arenoso es el mismo que se aprecia en todas las manufacturas ibéricas de Alhonoz.

Es ésta una pieza que debe ser también incluida en la llamada cerámica ibérica de «barniz rojo», cuya tipología viene a ampliar.

Forma octava (Fig. 24)

Corresponde a los conocidos «platos de pescado», tan frecuentes en el mundo fenicio occidental. Han sido localizados únicamente tres ejemplares. No obstante

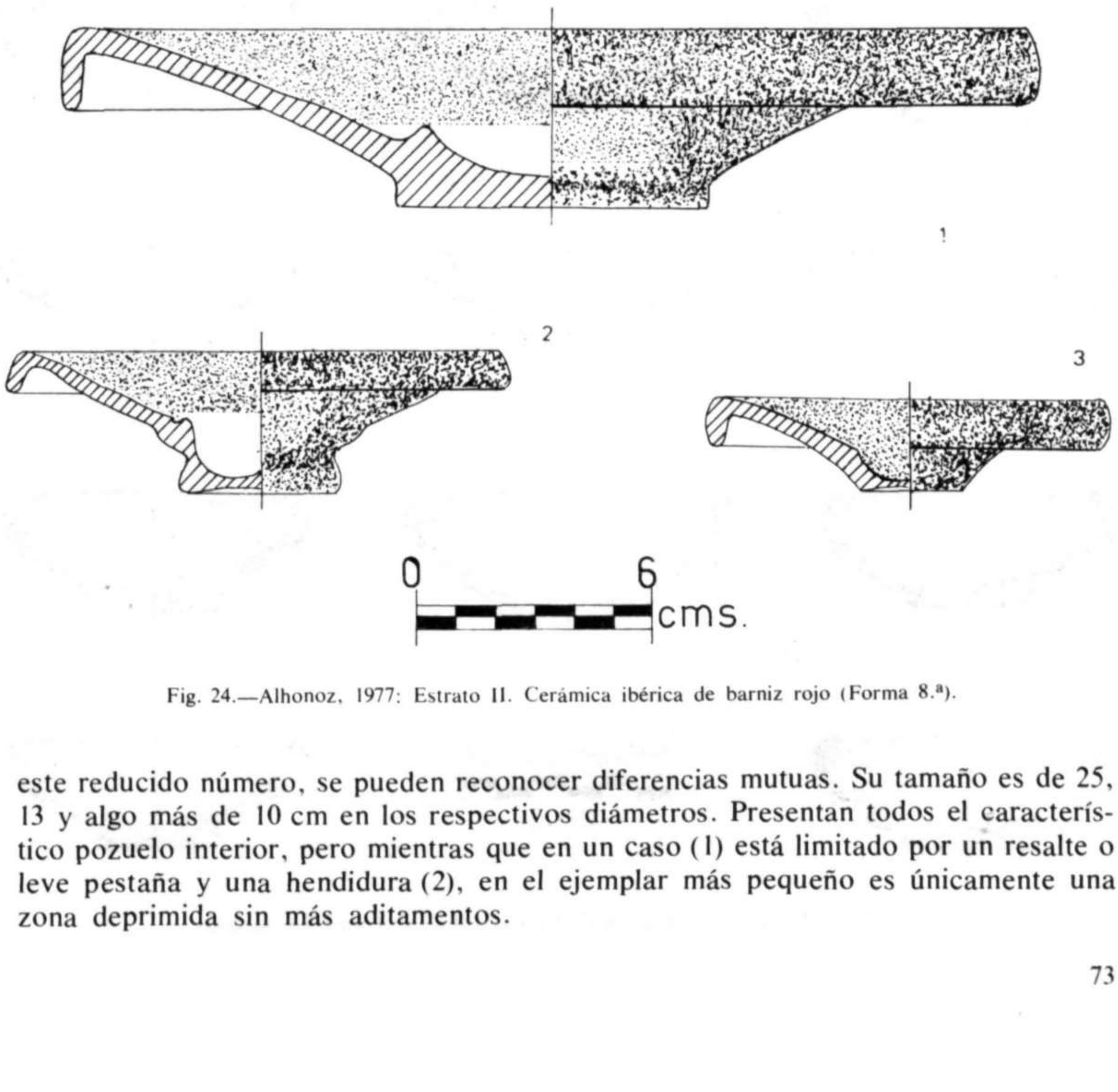


Fig. 24.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica de barniz rojo (Forma 8.ª).

este reducido número, se pueden reconocer diferencias mutuas. Su tamaño es de 25, 13 y algo más de 10 cm en los respectivos diámetros. Presentan todos el característico pozuelo interior, pero mientras que en un caso (1) está limitado por un resalte o leve pestaña y una hendidura (2), en el ejemplar más pequeño es únicamente una zona deprimida sin más aditamentos.

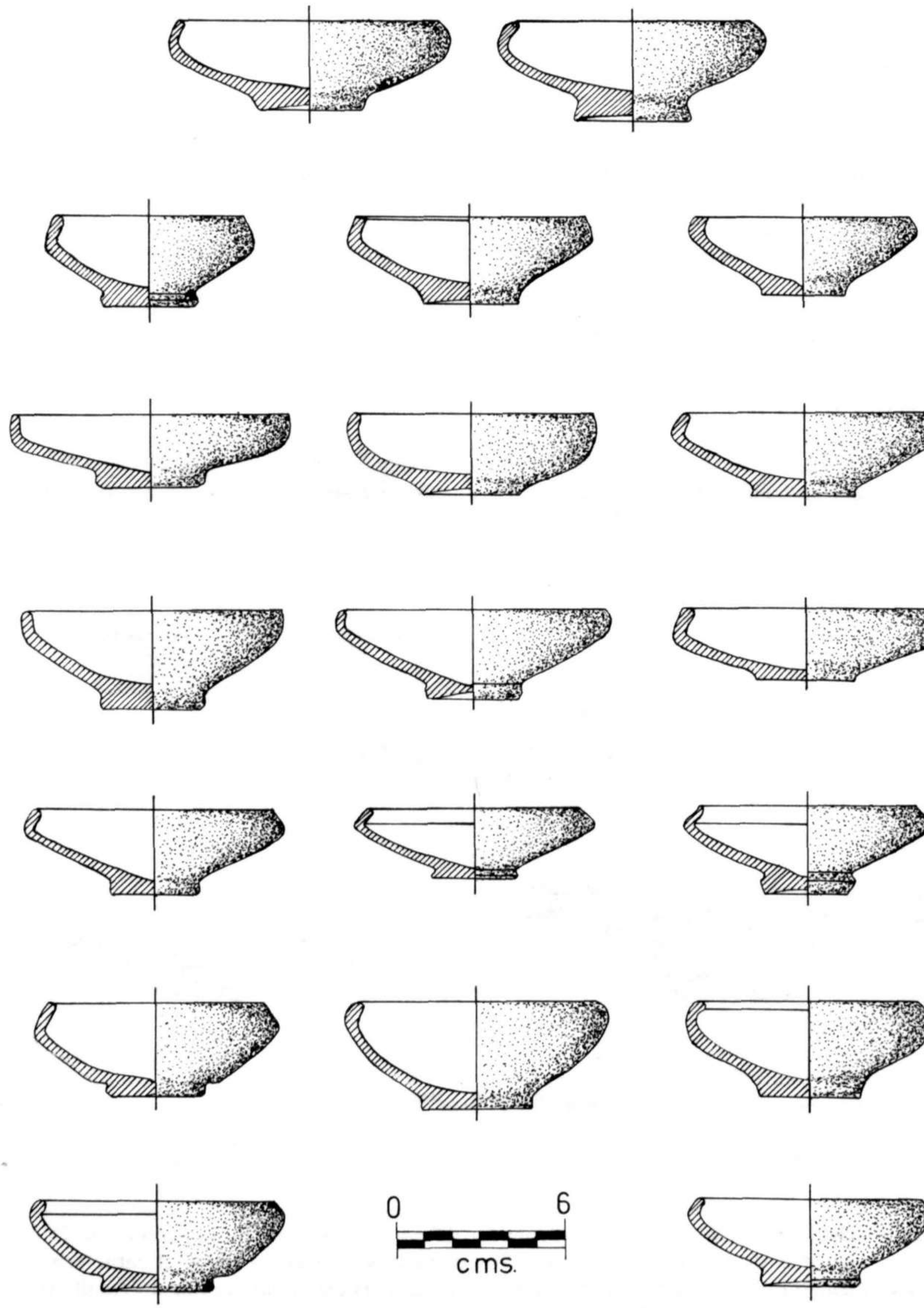


Fig. 25.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 9.ª, lucernas).

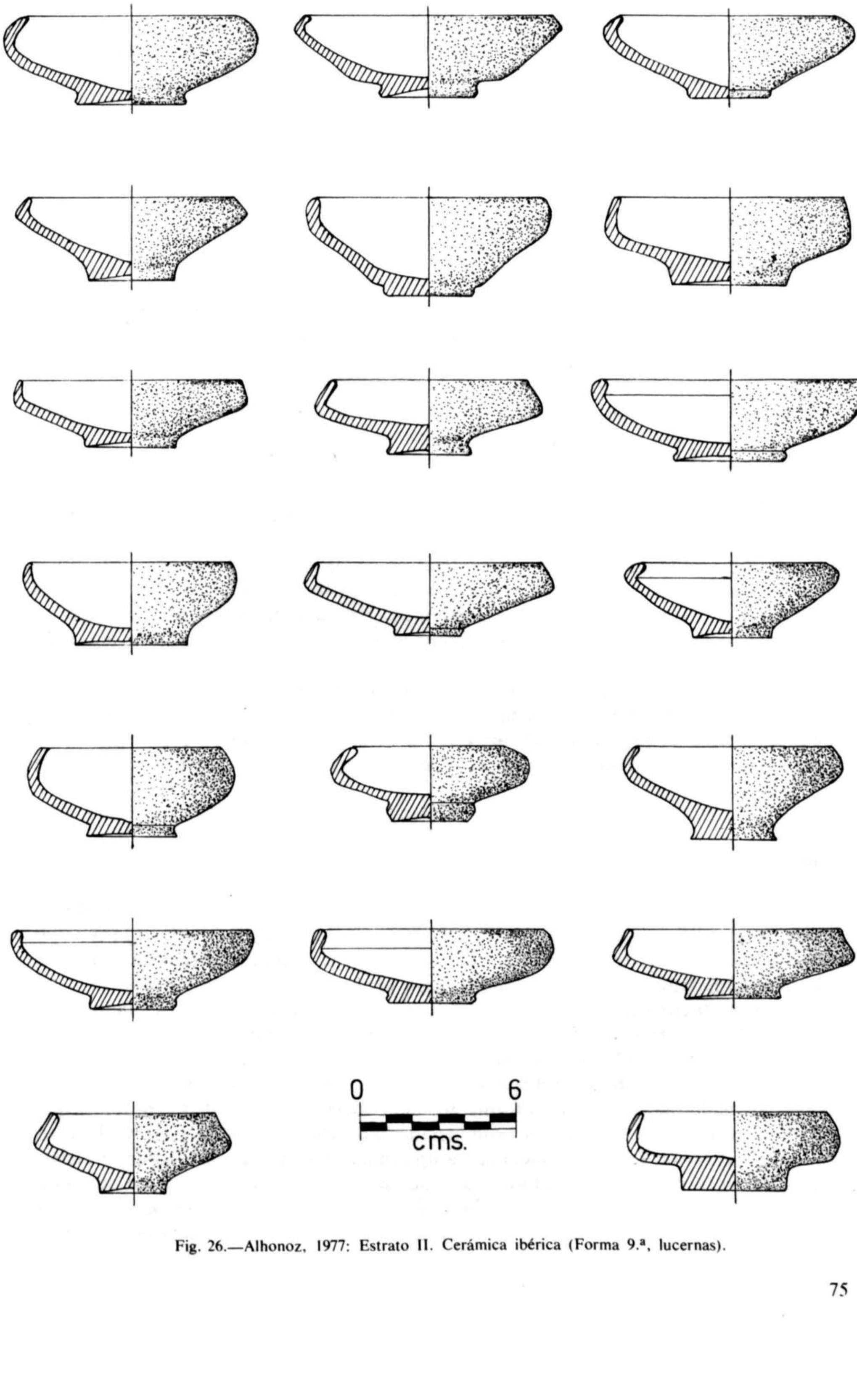


Fig. 26.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 9.ª, lucernas).

Su elaboración parece ser también local, con ciertas dudas con el ejemplar de mayor tamaño, cuya arcilla presenta matices no bien atribuibles a origen o al empleo de distinto grado de cocción.

Los tres han sido tratados con pintura de la misma coloración morada que venimos observando en las formas 6.ª y 7.ª, con lógicas gradaciones de intensidad. Por ello, estas tres formas (6.ª, 7.ª y 8.ª) las incluyo dentro de la denominación general de CERAMICA IBERICA DE BARNIZ ROJO.

Forma novena (Figs. 25 y 26)

Es uno de los ejemplares más ampliamente representados en el extenso lote de cerámicas ibéricas del estrato II de Alhonoz, 1977. No obstante, hay que hacer notar que también están presentes en el estrato III, aunque en número reducido, y que desaparecen totalmente más abajo.

Se trata de un pequeño platito, empleado indudablemente como lucerna, cuyo diámetro, con leves oscilaciones, está en torno a los 8 cm.

Presento un total de 39 variantes dentro de la misma forma, de ejemplares prácticamente enteros en su totalidad.

Su discriminación tipológica obedece, no obstante, más bien a un simple azar, consecuente con una producción acelerada, que a intencionalidad del alfarero. Sin embargo, he creído útil ofrecer esta amplia gama de perfiles buscando una futura utilidad comparativa de estas tablas para los paralelismos tipológicos con materiales de próximas excavaciones en otros yacimientos. Hay que decir, además, que aún se podrían haber buscado más sutilezas diferenciales en el resto de piezas que ahora no publico.

Las mayores diferencias formales entre sí vienen referidas fundamentalmente al trazado del labio. Este es casi siempre más o menos remetido, aunque no faltan los ejemplos en que se presenta vertical. Las bases son indistintamente planas o levemente rehundidas y en algunos ejemplares están provistas de una arista exterior, de presencia hasta cierto punto casual.

Forma décima (Fig. 27)

Se trata de otra pieza también muy extensamente representada en el estrato II, aunque totalmente ausente en el III. Corresponde a un tipo de PLATITO cuyo diámetro oscila entre los 8 y 16 cm. Es una pequeña pátera que tendría múltiples aplicaciones, aunque su uso más lógico sería el de continente de alimentos.

Es un producto más cuya paternidad en este centro de producción es indudable, dentro de la característica fabricación en serie de este alfar. Pero sus prototipos tampoco ofrecen dudas, y en ese sentido hay que destacar una de las piezas que se incluyen en estas tablas tipológicas, que es un ejemplar que, aunque es perfectamente encuadrable dentro de la forma 10, tiene ciertas peculiaridades propias, que la distinguen del resto del lote: el pronunciado rehundimiento de la base y el ligero achaflanado exterior del borde obedecen a una indudable intencionalidad en la elaboración. Por otra parte, su esmerada elaboración, la mayor depuración de su pasta —color crema claro y completamente diferente a las demás— y los restos de decoración en tres líneas rojas que conserva en el interior autoriza a diferenciarla, y es muy

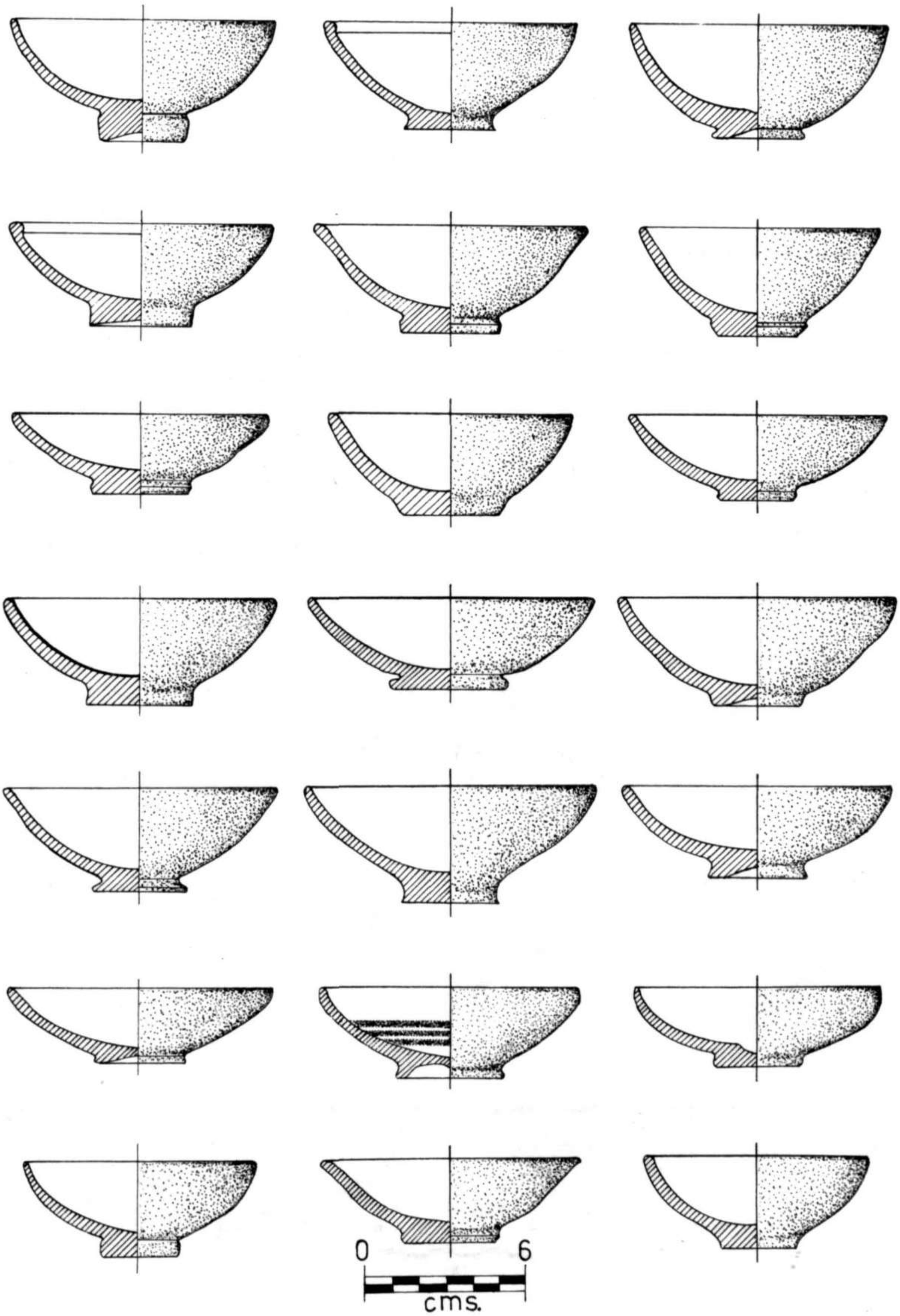


Fig. 27.—Alhonoz. 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 10, platitos).

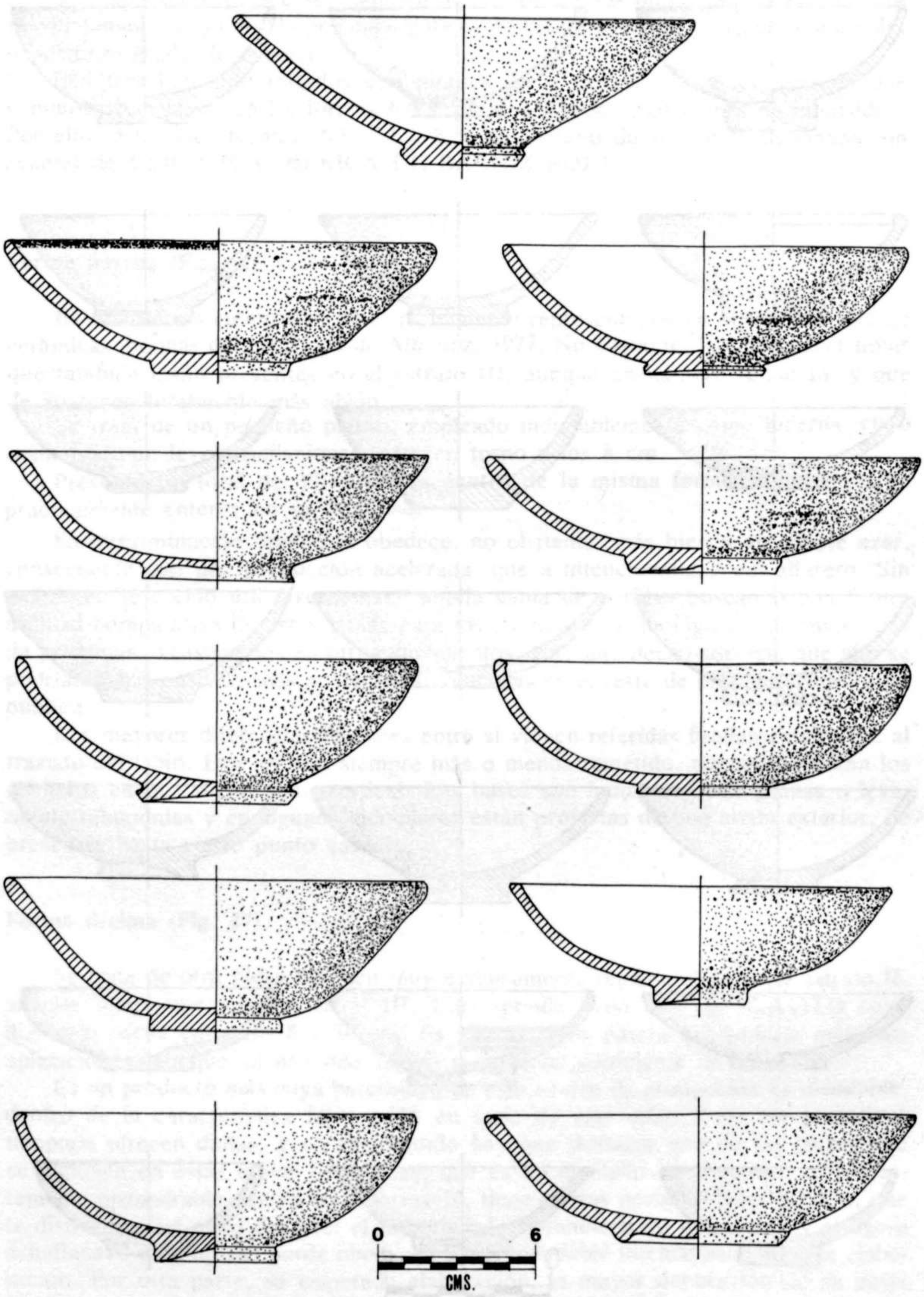


Fig. 28.—Alhonoz, 1977: Estrato II. Cerámica ibérica (Forma 11, platos).

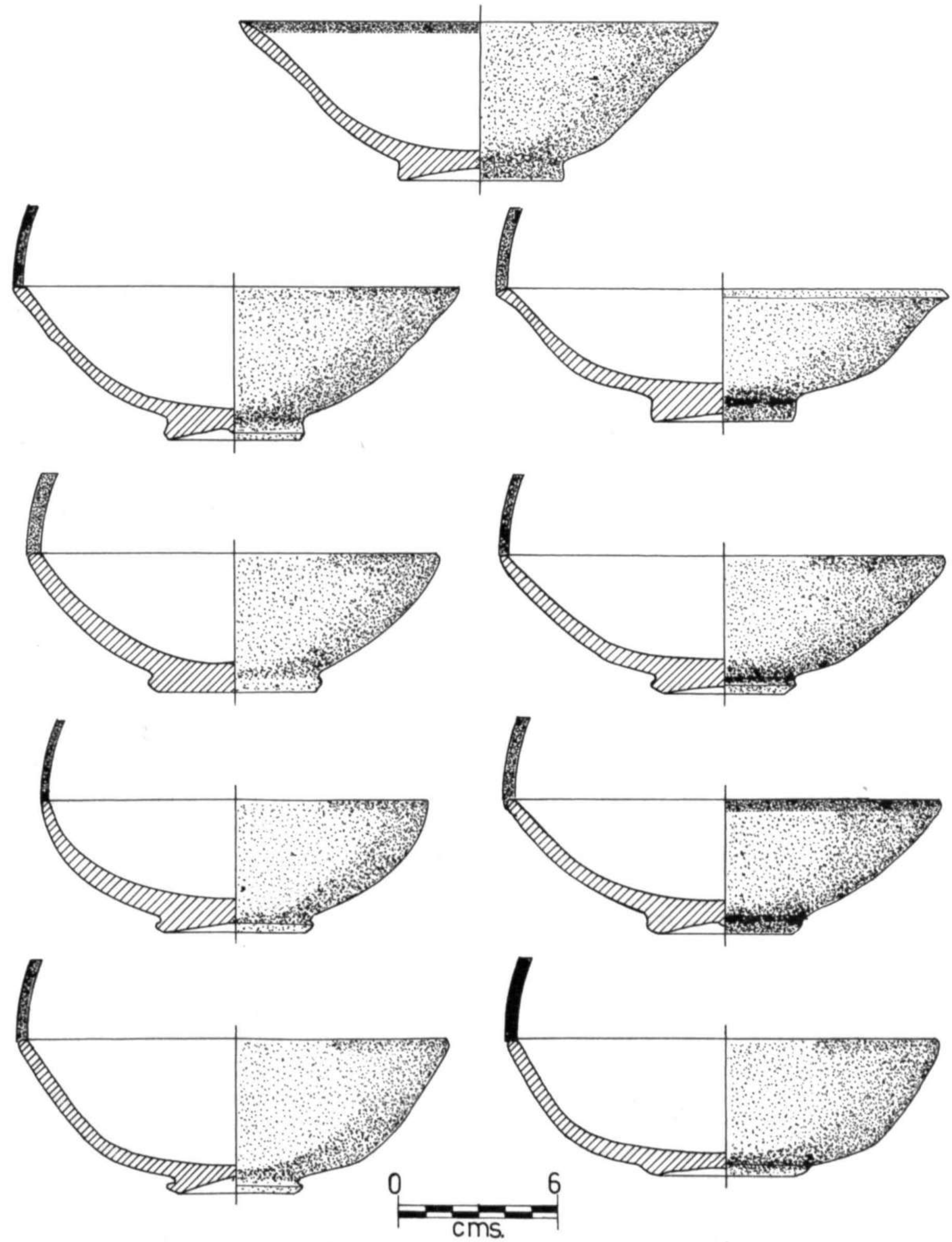


Fig. 29.—Alhonoz, 1977: Estrato III. Platos ibéricos.

posible que haya servido como modelo a la extensa producción local. Esta producción ha proporcionado un importante conjunto de estos platitos, cuyas diferencias formales más evidentes van resumidas en la figura 27 y sobre las que hay que hacer igual observación que en la forma anterior, en el sentido de que la mayoría de estas diferencias mutuas obedecen a simple casualidad, motivada por el propio carácter seriado de la fabricación. Son por lo general piezas muy abiertas en las que el factor de mayor discriminación está representado por la forma del pie, aunque en algunas se observa una probable intencionalidad de darles más profundidad, por lo que se asemejan al perfil de TAZAS.

Forma undécima (Figs. 28 y 29)

Constituye este tipo el elemento material más abundante de toda la alfarería ibérica de Alhonoz, por lo que su estudio merece un análisis más detallado, que abordo en el capítulo siguiente. Su forma se inscribe plenamente dentro de la denominación de PLATOS.

Aparecen profusamente en varios estratos y, concretamente en el II, su ubicación estratigráfica ha resultado del mayor interés en el atisbo de lo poco que se ha podido rastrear en la estructura del centro de distribución cerámica. Por ser esta pieza de mayor tamaño que las anteriores y por su posición invertida en apilamientos permitió recogerlos «in situ» preferentemente junto al pequeño murete que rodeaba a la fractura que con bastantes reservas estoy considerando como los restos del horno.

Sus características materiales y formales no difieren nada de lo ya visto en las formas anteriores: idéntica calidad de la arcilla, empleo indistinto de fuegos oxidantes o reductores y, sobre todo, la misma falta de intencionalidad en las variaciones de los perfiles. Las diferencias observables responden igualmente al simple azar, a la posible intervención de varios artesanos en la elaboración y a la desigual intensidad de calor en el horno, lo que ha producido malformaciones en algunos casos.

No obstante, por idénticas intenciones que en las formas anteriores, he seleccionado un muestrario de piezas, con las que he pretendido evidenciar verdaderas sutilezas de forma entre más de las doscientas recogidas sólo en el estrato II, refiriéndome exclusivamente a los ejemplares enteros.

Otras formas cerámicas (Fig. 30)

En este último apartado incluyo dos piezas, recogidas también en el estrato II, cuya forma no permite relacionarlas con ninguno de los grupos anteriores y cuya aparición fragmentada no aconseja establecer con ellas apartados tipológicos propios.

El primer ejemplar (Fig. 30) es un elemento cuya utilización como cuerna parece indudable. Lo conservado es solamente una pieza desgajada de un conjunto mayor que constaría probablemente de otros elementos iguales adosados a un cuerpo central, que no se ha encontrado. Es una lucerna que se ha despegado (no fracturado) de un candelabro.

Su pasta, de coloración ocre anaranjado, no difiere de la común en otras piezas. El único tratamiento superficial a que se la ha sometido es una decoración de pinceladas ligeras color morado vinoso que parten de la boca.

La otra pieza es el cuello de una botella cuya boca se asemeja, aunque con menos desarrollo, a los oinochoes púnicos de «boca de seta». Está provista de dos asas que parten del borde.

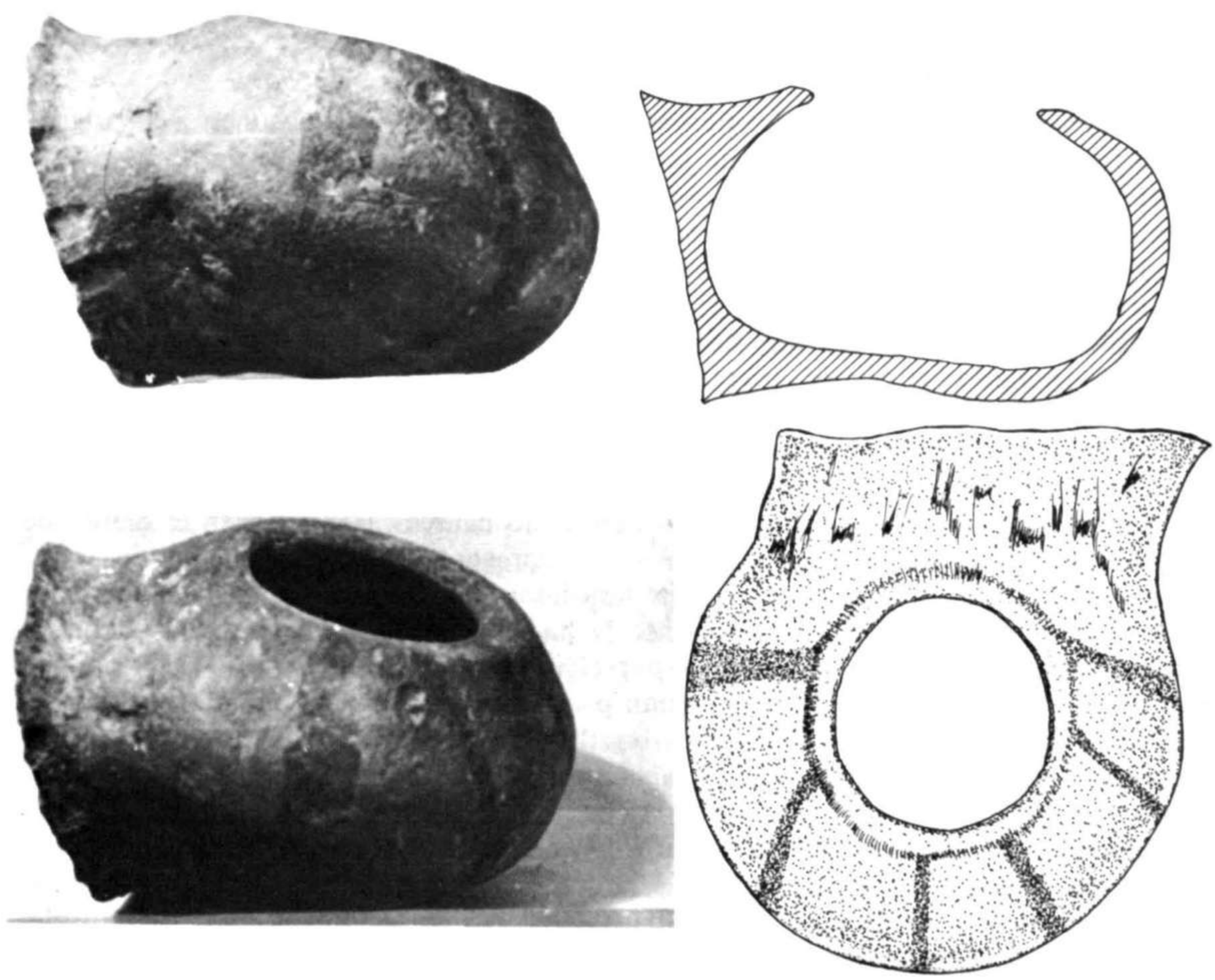


Fig. 30.—Alhonoz, 1977: Estrato II.

La fractura presenta unas paredes color gris, con un grueso núcleo ocre. La superficie exterior es también gris plomiza y, aunque no ha recibido ningún alisado, parece que ha recibido un baño de engobe. Puede tratarse de un producto local con inspiración orientalizante remota.

10. EVOLUCION DE LOS PLATOS IBERICOS DE ALHONOZ. REFERENCIA A LOS MATERIALES DE LOS ESTRATOS II, III y IV

Entre el numeroso lote de esta forma (11), recogido en las excavaciones de Alhonoz hay que discriminar aquellos ejemplares encuadrables en un ambiente plenamente ibérico, separándolos de los platos grises o polícromos que responden a horizontes culturales de cronología más alta y cuyo estudio se hace en otro lugar.

Dentro de la forma undécima se observa una gran monotonía tipológica, con perfiles que permiten pocos contrastes acusados, así como una interesante degeneración en la confección.

Los platos obtenidos en el estrato II corresponden a un momento de masificación del producto, consecuencia de una fuerte demanda, por lo que su elaboración se hace rápida, descuidada y sin otro objetivo que abastecer el mercado. Con alguna excepción están totalmente ausentes los motivos decorativos, y el carácter descuidado y práctico de esta forma contrasta fuertemente con la belleza y sensibilidad observable en otros materiales aparecidos en el mismo estrato. Junto con el lote de platos, casi todos iguales, coexisten algunas formas bastante infrecuentes

en que son patentes otros perfiles carenados o estrangulados que unen a lo original de su forma una decoración pintada interior y exteriormente a base de tintes rojizos y negros deslucidos. Pero estas escasas muestras son testimonio de una perduración más que de una producción importante.

Esta situación de la alfarería ibérica representada por el estrato II es el resultado de una evolución artesanal cuyos orígenes más directos vienen representados por los materiales del estrato IV en que los platos son en líneas generales de igual tipología y tamaño, pero en los que se aprecian diferencias fundamentales en la calidad y en la decoración. Estos platos del cuarto nivel están cocidos casi siempre a temperaturas más bajas y, aunque los barros parecen ser los mismos que en los niveles superiores, coexisten con ellos otras piezas fragmentadas, de mejor elaboración y pastas más depuradas, color ocre claro, cuya procedencia no parece inscribirse en el marco de una producción local; y en todos los casos presentan una decoración de tonos rojizos, que afecta invariablemente a la cara interna y, en algunos casos, también a la externa, junto al borde. La pintura se le ha aplicado en forma de una banda de anchura entre uno y dos centímetros por el interior y menos en los casos en que también afecta al exterior. También están presentes los sistemas decorativos consistentes en una estrecha banda sobre el borde y un círculo central. La pintura tiene distintas gradaciones de intensidad y conservación. Junto a la forma común de plato aparece algún ejemplar cuya forma se asemeja a un sombrerete o tulipa abierta, de elaboración más cuidada y casi seguro foránea, de arcilla gris bien depurada y coloración de pintura roja aplicada más intensamente y con cierto brillo, que puede enmarcarse dentro de la especie de «barniz rojo».

A partir de este momento inicial de la alfarería local de Alhonoz, representado por el IV estrato, se produce una gran degeneración, visible en el tremendo amasijo de platos que ocupaban casi toda la base del estrato III. Estas piezas son prácticamente idénticas a las de la gran eclosión alfarera del nivel II en cuanto a pasta y cocción, aunque presentan invariablemente el borde pintado con una delgada línea de color morado rojizo en muchas gradaciones (Fig. 29).

Así, pues, se puede concluir a modo de síntesis, que la producción local se inicia de forma clara en el estrato IV, con unas fuentes de inspiración fruto de la aculturación fenicio orientalizante, cuyos inicios pueden rastrearse en el estrato VIII, que se va consolidando por las continuas arremetidas de las factorías costeras y que toma carta de naturaleza con productos de imitación en el nivel IV.

Desde este momento el proceso es rápido y se evoluciona hacia una gran simplificación que va prescindiendo de cualquier resto de decoración.

Este cambio de moda, de cronología no muy distante, es motivado sin duda por la fuerte demanda consecuente al crecimiento demográfico del poblado y a la comercialización por otras zonas en el momento final de ocupación prerromana.

11. EL ENCUADRE ARQUEOLOGICO DE LA CERAMICA IBERICA DE ALHONOZ. SU CONEXION CON OTROS CENTROS PENINSULARES

Interesa destacar el carácter de contribución que, para el mejor conocimiento de la cerámica ibérica y su área de expansión, quiero dar a la presente memoria de excavaciones. Sería inagotable intentar líneas más o menos completas de paralelismos morfológicos y decorativos de las piezas de Alhonoz. Es más aconsejable, en lugar de perderse por el laberinto bibliográfico que existe sobre el tema, presentar los materia-

les ibéricos de este yacimiento para sentar las bases de estudios monográficos posteriores.

Pero por muy lacónico que sea en la enumeración de los paralelos tipológicos de estas cerámicas es necesario hacer referencia, al menos, a aquellos yacimientos en que la vinculación es más evidente.

Como premisa inmediata al estudio de las cerámicas ibéricas de Alhonoz hay que reconocer la dificultad que presenta su fechación de acuerdo con las datas de otros yacimientos. Por otra parte, existe una gran disincronía en las cronologías propuestas, incluso entre prestigiosos investigadores. Por ello prefiero no entrar en la polémica. De otra parte, atendiendo a los rasgos estilísticos de los materiales ibéricos de Alhonoz, no es fiable buscarle una fechación, ni siquiera aproximada, por comparación con cerámicas de otras excavaciones. No parece razonable trasplantar sin más los resultados a que se haya llegado en otros lugares. Para mayor dificultad en la estratigrafía de 1977 no salió, junto con los materiales ibéricos de los estratos IV-III-II, ni un solo elemento que nos hubiera podido servir de punto de comparación para una cronología aproximada (cerámica griega, por ejemplo). Los objetos metálicos que han aparecido entre la tierra de colmatación de la fractura que cortaba los estratos ibéricos tampoco ayudan demasiado a fechar, puesto que el carácter de piezas más perdurables no permite adscribir la cronología de estas piezas a las de los elementos cerámicos. Además, esta fractura estaba abierta desde el estrato I y en su interior pudieron caer objetos muy diversos, como en efecto ocurrió, pues, como piezas más significativas de este desfase cronológico se puede mencionar un thymaterion chipriota que nos lleva hacia los siglos VII-VI a. de C. y un denario romano del 138 a. de C. Cronologías dispares que, ni una ni otra, parece razonable otorgar a ninguna de las fases de los tres estratos en que fueron recogidos los grandes lotes de cerámica que aquí se cuestionan. Por otra parte, no es aquí válido el argumento de que, entre cronologías divergentes, inclinarse por la más baja para todo el conjunto, puesto que la estructura de esta especie de boquete que había roto los estratos permitió durante el curso de su relleno que en él hubieran caído los más diversos objetos, y es perfectamente admisible que hubiera llegado un denario del siglo II a. de C., puesto que el poblado de Alhonoz estaba ocupado en dicha época, como se ha demostrado en posteriores excavaciones, lo cual no autoriza a retrotraer la fecha de su artesanía cerámica a una data tan baja.

El único elemento que salió en evidente relación con las cerámicas del estrato II fue el exvoto oculado de plata (los «ojos de Astarté») que aquí se publica y que apareció en el interior de la olla 1 de la figura 10, pero, como veremos, es éste un objeto que también presenta una fuerte oscilación en su cronología.

En consecuencia, carecemos —en un rigor de investigación— de elementos claros y contundentes que nos ayuden a fechar los estratos ibéricos con independencia del resto de la secuencia. Por tanto, en el capítulo de conclusiones propondré una evolución cronológica para las fases de ocupación del poblado de Alhonoz que abarcará, con amplio margen, las etapas poblacionales detectadas hasta ahora en este yacimiento.

Este yacimiento ha sido hasta ahora desconocido o infravalorado, y por ello está ausente en las obras de síntesis, ya clásicas, como la del profesor Arribas (16) —por citar un ejemplo— quien, sin embargo, lo cita de pasada en otro estudio poste-

---

(16) Arribas Palau, A.: «Los iberos». Barcelona, 1965.

rior (17), en razón de cerámicas superficiales. Tampoco se menciona en trabajos de investigación directamente relacionados con el Valle del Guadalquivir, como el de los señores Fortea y Bernier (18), ni en la obra de Bonsor, quien, sin embargo, pateó la campiña sevillana (19). En recientes artículos, como uno de la señorita Rivero, se observa, asimismo, esta laguna, a pesar de que recoge más de una veintena de yacimientos de la zona andaluza (20). Igual puede decirse de otro artículo reciente, monográfico sobre tema andaluz, bajo la firma del señor Remesal (21).

En cambio, como ya se ha visto, aparece citado, mediante observación directa, por los autores del «Catálogo» de la provincia de Sevilla, quienes hacen mención de cerámicas pintadas e incluso de piezas de estatuaria ibérica, procedentes del «Castillo de Alhonoz» (22).

Estos materiales ibéricos de Alhonoz-1977 cuentan con abundantes paralelos morfológicos y decorativos en numerosos yacimientos que ya he puesto de manifiesto en otras comunicaciones, dentro del valle medio del Genil (23), lo que hay que explicar en función de la fecunda dispersión por estas campiñas de la cultura ibérica (24).

La mayor parte de las decoraciones observadas en Alhonoz están dentro de los motivos geométricos lineales, de tan extensa representación en el mediodía peninsular (25), por lo que no vale la pena hacer una lista de yacimientos que siempre sería farragosa, aunque incompleta.

Pero existen otros tipos de decoración muy interesantes dentro de la forma primera (pequeñas ollas), que nos remiten a ambientes ibéricos de tradición orientalizante, muy bien tipificados en la bibliografía. Así, los temas esteliformes o cruciformes, más o menos estilizados, están en Alhonoz ampliamente representados, con dieciséis ejemplares de pequeñas ollas con asas (variantes D y E), lo que es una prueba evidente de la repercusión en el valle medio del Genil del ambiente comercial y la tradición cultural chipriota. Efectivamente, estos temas, cuyos prototipos se encuentran en Chipre (26), han sido también localizados en la costa mediterránea andaluza por el profesor Arribas en la necrópolis de Frigiliana (27), así como en el destrozo de la necrópolis del Jardín (28). Asimismo se conocen estos motivos,

---

(17) Arribas Palau, A., y Arteaga, O.: «El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Serie monográfica, núm. 2. Granada, 1975, págs. 41 y 52, nota 9.

(18) Fortea, J., y Bernier, J.: «Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética». Universidad de Salamanca, 1970.

(19) Bonsor, G.: «Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis». Paris, 1899.
Idem: «The archeological expedition along the Guadalquivir». New York, 1931.

(20) Rivero de la Higuera, M.ª Cleofé: «Algunas cerámicas ibéricas del Castro Plaza del Tercio (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)». *Zephyrvs*, XXV, Universidad de Salamanca, 1974, págs. 351-377.

(21) Remesal Rodríguez, J.: «Cerámicas orientalizantes andaluzas». AEspA, 48, Madrid, 1975, págs. 3-21.

(22) Véase «Catálogo», citado en nota 4, págs. 60, 61 y 62.

(23) Citado, nota 7.

(24) Véase López Palomo: citado, nota 10.

(25) Véase Rivero de la Higuera: citado, nota 20.

(26) Karageorghis, V.: «Nouveaux documents pour l'étude du Bronze Récent à Chipre». Ecole Française d'Athenes. *Etudes Chirpriotes*, III, Paris, 1965.

(27) Arribas Palau, A., y Wilkins, J.: «La necrópolis fenicia del cortijo de Las Sombras (Frigiliana, Málaga)». Dpto de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1971, fig. 3.

(28) López Malax-Echevarria, A.: «La necrópolis púnica El Jardín». *Publicaciones de Arqueología e Historia Malaka*, núm. 6, Málaga, 1971-73, págs. 29-40, figs. 2-5.

también aplicados sobre cerámicas de facies púnica, en el yacimiento malagueño de Toscanos (29).

Menos documentados en Alhonoz, con sólo tres ejemplares, están los sistemas decorativos a base de espigas. Temas más o menos de inspiración fitomorfa, tendente a lo espicatiforme, se encuentran en las cerámicas de la región de Carmona, conocidas desde las prospecciones de Bonsor (30). Es la cerámica que Bonsor llama «greco-punique», en que aparecen sobre ejemplares de mayor tamaño decoraciones más abarrocadas a base de cruces de Malta alternadas con espigas. Todavía dentro del Valle del Guadalquivir aparecen decoraciones más o menos en forma de espiga en Asta Regia (31). Hacia el este, pero aún dentro de tierras andaluzas, se repiten estos mismos temas en Galera, en el estrato III, con materiales plenamente ibéricos (32). Por último, dentro del círculo levantino, aparecen los motivos de espigas en el Cabezo del Tío Pío, de Archena, asociados a decoraciones de mayor figurativismo, características de la cerámica ibérica levantina (33).

Otro de los sistemas ornamentales de la cerámica del estrato II de Alhonoz son las líneas ondulantes, en forma de meandros verticales, que ya veíamos en la pieza 1 de la figura 10. Está relativamente bien documentado en el Valle del Guadalquivir, apareciendo en lugares estudiados suficientemente en relación con la cultura ibérica de la zona andaluza, como Cástulo (34), en excavaciones más recientemente incorporadas al ámbito de la Arqueología meridional, como la Colina de los Quemados, de Córdoba, en que se da desde el estrato XII hasta los niveles más superficiales, con la consiguiente amplitud, que los excavadores estiman desde el siglo VII al II a. de C. (35), o en lugares prospectados solamente en superficie, frecuentes en esta zona campiñesa, tales como la Isla del Castillo, en el término de Ecija (36).

En cuanto a las formas hay que señalar la gran frecuencia con que algunos de los tipos que aquí se ofrecen están representados en otros lugares. Uno de los ejemplares que en Alhonoz se da con mayor abundancia son las lucernas. Perfiles idénticos a esta forma son estudiados por el profesor Luzón en las excavaciones del Pajar de Artillo, en Itálica (37). Hace un análisis bastante completo, partiendo de una bibliografía de primera mano, cuyo contenido utilizo en el presente estudio. De acuerdo con las líneas de paralelos propuestos por el profesor Luzón estas lucernas penetran en la «Península con la importación masiva de cerámica griega que tiene lugar a fines del siglo V y durante la primera mitad del IV». Pero, independiente-

---

(29) Schubart, H., y Niemeyer, H. G.: «La factoría paleopúnica de Toscanos». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 203-219, fig. 6.

Pellicer, M.: «El yacimiento de los Toscanos y su contribución al estudio de las cerámicas pintadas protohistóricas». AEspA, 42. Madrid, 1969, págs. 2-11, fig. 1.

(30) Bonsor: «Les colonies...». Citado, nota 19, fig. 193.

Pellicer, M.: «Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas». AEspA, 41. Madrid, 1968, págs. 60-90, figura 1.

(31) Esteve Guerrero, M.: «Excavaciones en Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez)». Campaña de 1945-46. Informe y Memoria núm. 22. Madrid, 1947, fig. 3, núm. 7.

(32) Pellicer, M., y Schule, W.: «El cerro del Real (Galera, Granada)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 52. Madrid, 1966, fig. 3, núm. 24.

(33) San Valero y Fletcher Valls, D.: «Primera campaña de excavaciones en el Cabezo del Tío Pío (Archena)». Informes y Memorias, núm. 13. Madrid, 1947, fig. 8, núm. 5.

(34) Blázquez, J. M., y Fernández Uriel, P.: «Una urna oretana en la muralla de Cástulo». *Zephyrvs*, XXV. Salamanca, 1974, págs. 343-350, figs. 5 y 8, núm. 1.

(35) Luzón, J. M., y Ruiz Mata, D.: «Las raíces de Córdoba. Estratigrafía en la colina de Los Quemados». Real Academia de Córdoba, 1973, lám. XVI-G, lám. XXI-GH, lám. XXIX, A-K, etc.

(36) Hernández-Díaz Sancho Corbacho, A., y Collantes de Terán, F.: «Catálogo...». Citado, nota 4, dib. 20,.

(37) Luzón Nogué, J. M.: «Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 78. Madrid, 1973.

mente de esas importaciones directas de objetos griegos, no se puede descartar la posibilidad de que estos prototipos áticos llegaran por la vía del comercio fenicio, a través de las factorías costeras, lo que encaja mejor con el ambiente arqueológico de Alhonoz, donde lo griego está muy poco documentado.

El libro de Luzón justifica la atribución griega de esta forma de acuerdo con una completa información bibliográfica que reproduzco (38).

En la campiña sevillana encontramos estos platitos en Carmona (estrato II) (39), en el interesante corte de Carriazo y Raddatz.

En la provincia de Jaén aparecen formas idénticas en la necrópolis de La Guardia (40).

Asimismo están presentes estos platitos en la provincia de Córdoba, en el recinto ibérico de El Higuerón, excavado y estudiado por los señores Fortea y Bernier (41), quienes incluyen este tipo bajo la denominación de «cuenco». Dentro de la provincia de Córdoba son conocidos desde hace tiempo en el interesante complejo ibérico de Almedinilla (42).

Pero la gran dispersión de este tipo de platillo o lucerna ibérica se encuentra en la zona de Levante, con multitud de yacimientos localizados, tales como el Cabecico del Tesoro, en Verdolay (Murcia) (43), donde aparece en la sepultura 1, asociado con «braserillos rituales», pequeñas ollas globulares y pomos piriformes con decoración pintada. Junto con materiales genuinamente griegos se ha localizado en Rojales (Alicante) (44), o en otros yacimientos propiamente ibéricos, también de la provincia de Alicante, tales como La Escuera (45) y la Albufereta (46). En el término municipal de Denia se repiten estas formas, o al menos muy similares, en el Alto de Benimaquía (47). Continuando la ruta septentrional del Levante español los vemos en Mogente (Valencia) (48), en poblados ibéricos castellonenses, como el Solaig (49) o en Burriana (50). Más al norte aparecen en Ampurias (51).

---

(38) C. H. R. Blinquenberg Lindos: «Fouilles de L'Acropole, 1902-1914». Berlín, 1931.
Thomson, H. A.: «Two centuries of Hellenistic pottery». *Hesperia*, 3 (1934).
Technau, W.: «Griechische Keramik in Samischen Heraion». *Athenische Mitteilungen*, LIX, 1929.
Schafer, J.: «Hellenistische Keramik aus Pergamon». Berlin, 1968.
Goldman, H.: «Tarsus». Princeton, 1950.
Sparques, A., y Talcott, L.: «The Athenian Agora, XII. Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries BC». Princeton, 1970.

(39) Carriazo, J. M., y Raddatz, K.: «Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona». *Mad. Mit.*, 2 (1961). Abb., 7, 10.

(40) Blanco Freigeiro, A.: «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén». *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 22, Jaén, 1959.

(41) Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18, figs. 13-283, 46-623; pág. 90; núm. 283.

(42) Paris, P.: «Fouilles et recherches à Almedinilla (Province Cordoue)». *Rev. Arch.* París, 1906.

(43) Nieto Gallo, G.: «Una sepultura del Cabecico del Tesoro con braserillo ritual». AEspA, 43, Madrid, 1970, págs. 62-88, fig. 1, núm. 2.

(44) Ramos Folques, A.: «Cerámicas del Cabezo Lucero, Rojales (Alicante)». AEspA, 42, Madrid, 1969, págs. 26-36, figs 5 y 6.

(45) Nördstrom, S.: «Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera, San Fulgencio (Alicante)». Valencia, 1965.

(46) Figueras Pacheco, F.: «La necrópolis ibero-púnica de La Albufereta de Alicante». Valencia, 1965.

(47) Schubart, H.: Fletcher Valls, D., y Oliver de Cárdenas, J.: «Excavaciones en las fortificaciones del Montgó cerca de Denia (Alicante)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 13, Madrid, 1962, figs. 9-7.

(48) Fletcher Valls, D.: Pla, E., y Alcacer, J.: «La Bastida de Les Alcuses, Mogente (Valencia)». Valencia, 1965.

(49) Fletcher Valls, D., y Mesado, N.: «El poblado ibérico de El Solaig (Benchí, Castellón)». Valencia, 1967, pág. 27, núm. 3, y lám. IV-3.

(50) Mesado Oliver, N.: «Yacimientos arqueológicos de Burriana (Castellón)», pág. 7, núm. 2, y pág. 10, número 7.

(51) Almagro Basch, M.: «Las necrópolis de Ampurias». Barcelona, 1953, pág. 158.
Trías de Arribas, G.: «Cerámicas griegas de la Península Ibérica». Valencia, 1967-68, pág. 216, núms. 737-738.

Sin cuestionar el origen griego de estos productos, o al menos de sus prototipos, hay que notar que este fenómeno es totalmente válido para el Levante español, donde los «platitos» o «lucernas ibéricas» coexisten con cerámicas áticas, bien documentadas. En cambio, no se puede decir lo mismo de la zona meridional en que los productos griegos son menos frecuentes y las otras formas que acompañan a estos platitos apenas guardan correlación tipológica con la característica cerámica ibérica del área levantina.

Así, pues, me ratifico en el posible origen fenicio, en cuanto a la comercialización de sus modelos, para las piezas de Alhonoz. Lo que no descarta la procedencia ática de los prototipos más o menos remotos. Imitaciones de esta forma aparecen —junto con los característicos *«plats à poissons»* y cerámicas estampilladas— en yacimientos norteafricanos que se pueden inscribir con propiedad dentro de la zona de influencia del comercio púnico (52).

La forma más extensamente representada en el importante lote de cerámica ibérica de Alhonoz-1977 corresponde a la forma 11 en que como se ha visto, puede apreciarse un claro proceso de degeneración desde el estrato IV al II. Este mismo proceso se observa en los materiales de Itálica, en cuanto a los platitos pintados de la forma 6 de la sistematización propuesta por el profesor Luzón, quien indica que «con los datos de que disponemos se puede trazar una línea de evolución remontable a las páteras de los siglos VII-VI» (53).

El mapa de dispersión de estos platos es muy amplio, así como también el panorama cronológico que abarcan. La bibliografía responde en líneas generales a la propuesta para las lucernas. Concretando el estudio a los focos ibéricos andaluces vemos estos platos —además del ya mencionado de Itálica— en el estrato III de Carmona (54); en el recinto de El Higuerón, junto con lucernas, formas globulares y algún ejemplar de plato más pequeño, decorado interiormente y muy similar a la forma 10 (Fig. 27) (55); en la Colina de los Quemados, en los estratos fechables por los autores en el siglo IV a. de C. (56), y en la provincia de Jaén, en la necrópolis de La Bobadilla. En este yacimiento giennense están ampliamente documentados platos idénticos a la forma 11 de Alhonoz, asociados con formas globulares, cuencos muy similares a algunos ejemplares de la forma 5.ª de Alhonoz y platos carenados prácticamente idénticos por su perfil a algunos de los que aquí se incluyen del estrato II. Asimismo, La Bobadilla tiene algunas piezas de platos curvos, paralelizables con ejemplares incluidos en la forma 11, obtenidos en el estrato IV de Alhonoz (57). Por otra parte, los platos pintados del nivel IV de Alhonoz están bien identificados en la llamada «cerámica de barniz rojo» de Cuadrado (58), quien incluye también algunas formas características de nuestro estrato II, como los platillos pintados en rojo de la forma 9.ª.

La forma 10 de Alhonoz no es sino una adaptación en menor tamaño de los

---

(52) Ponsich, M.: «Les céramiques d'imitation: La campanienne de Kuass. Région d'Arcila-Maroc». AEspA, 42. Madrid, 1969. Son la forma 23 que propone Ponsich en estas cerámicas de imitación campaniense, fig. 4, núms. 1 y 3, y fig. 12.

(53) Luzón, J. M.: *Op. cit.*, nota. 37, pág. 42.

(54) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39, Abb. 9.

(55) Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18, pág. 90, núm. 282.

(56) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35, lám. XLI-f. Cerámica de los estratos 8-7.

(57) Maluquer, J.; Picazo, M., y Del Rincón, M.ª A.: «La necrópolis ibérica de La Bobadilla, Jaén». Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona, 1973, págs. 27 a 30.

(58) Cuadrado, E.: «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartéssico». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 257-290.

platos propiamente dichos, en función de las necesidades de uso doméstico. Sus paralelos nos remiten a los mismos ambientes ibéricos que estamos viendo. Mención aparte del amplio lote de estos platillos sin decorar merece el ejemplar pintado de la figura 27, cuyo equivalente ya se ha visto en el recinto de El Higuerón, y que podemos rastrear en yacimientos más lejanos, como El Macalón (Albacete) (59).

El importante conjunto de pequeñas ollas que se incluyen en la forma 1.ª de Alhonoz cuenta con multitud de paralelos en todo el área andaluza, aunque referidos casi siempre a ejemplares de mayor tamaño, empleados frecuentemente como urnas cinerarias (60), que se tapan en ocasiones con platillos muy parecidos a los que aquí se estudian bajo la denominación de lucernas.

Las ollas globulares de borde vuelto y decoración a base de bandas rojas son conocidas en toda Andalucía y cuentan con magníficas representaciones en yacimientos clásicos dentro de la Cultura Ibérica del Mediodía peninsular, como las necrópolis de Tugia (61) y Tutugi (62), en las provincias de Jaén y Granada. En Jaén, y en las ruinas de Cástulo, se han localizado gran cantidad de ejemplares de ollas ibéricas, que se custodian en el Museo Arqueológico de Linares. Todas son de mayor tamaño que las que han sido exhumadas en Alhonoz.

Procedentes del Valle del Guadalquivir existen en todos los museos y colecciones privadas andaluzas piezas paralelizables «grosso modo» con nuestra forma 1.ª en sus diversas variantes. El Museo Arqueológico Provincial de Córdoba conserva un gran número de urnas ibéricas procedentes de las excavaciones de Almedinilla (63), alguna de las cuales guarda gran similitud con los vasos ovoides y de boca acampanada, englobados en la forma 1.ª, grupo B, de Alhonoz, dejando aparte las diferencias de tamaño.

En los recintos ciclópeos ibéricos, prospectados y estudiados por Fortea y Bernier en la provincia de Córdoba, son muy frecuentes las formas globulares con borde vuelto o acampanado, que coexisten, como se ha visto, con platos y lucernas, tan frecuentes de Alhonoz (64).

Estas piezas de cuerpo ovoide y boca exvasada de amplio desarrollo —más o menos relacionable con las cerámicas tipo «chardon»— están presentes en los yacimientos ya mencionados de Almedinilla, Galera y Castellones de Ceal (65). Pero se prolongan en yacimientos tan distantes —dentro de la Cultura Ibérica— como la provincia de Castellón (66).

Las formas simples —de labio vuelto y cuerpo globular— son, según se indica, abundantes en toda la zona andaluza, y fueron ya constatadas dentro de la «poterie gréco-punique» de Bonsor (67). De igual manera que las formas de boca acampa-

---

(59) García Guinea, M. A., y San Miguel, J. A.: «El poblado ibérico de El Macalón (Albacete)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 25.

(60) López Palomo: *Op. cit.*, nota 10, lám. 1.

Idem: «Novedades arqueológicas de Herrera (Sevilla) y Santaella (Córdoba). VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. En prensa.

(61) Cabré, J.: «El sepulcro de toya». *Arch. Espa. Art. y Arq.*, núm. 1 (1925).

(62) Cabré, J., y Motos, F.: «La necrópolis ibérica de Galera». *Mem. de la JSEA* núm. 25 (1920).

(63) Santos, S. de los: «Guía del Museo Arqueológico Provincial de Córdoba». Madrid, 1950, lám. IV-b.

(64) Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18, fig. 26 entre otras.

(65) Pellicer, M.: *Op. cit.*, nota 30, fig. 9.

Blanco, A.: *Op. cit.*, nota 40.

(66) Gil-Mascarell, M.: «La torre ibérica de Foyos (Lucena del Cid, Castellón)». XII CAN. Zaragoza, 1973, págs. 519-527, lám. IV.

(67) Bonsor: *Op. cit.*, nota 19, figs. 161 a 174 y 175 a 180.

nada, también éstas se encuentran en el área levantina, apareciendo perfiles muy semejantes en la necrópolis de El Molar (68).

Dentro de la forma 5.ª de Alhonoz se incluyen una serie de tipos abiertos que se repiten en las excavaciones de Luzón, en Itálica y que, con algunas variantes, son relacionables con las formas 9.ª y 10 de este yacimiento, a las que su excavador les da el nombre de «cuencos» y «morteros» (69).

Los platos de pescado (Fig. 24) son una perduración de las formas relativamente frecuentes en las factorías púnicas costeras, donde perduran hasta época ibérica (70).

Se encuentran, asimismo, en Itálica (forma 5.ª) y —con una gran oscilación en la cronología— los vemos en yacimientos del norte de Marruecos (71). Es ésta una forma que, arrancando de las cerámicas púnicas de barniz rojo, se imita en muchos establecimientos hispánicos y norteafricanos hasta fechas relativamente tardías. En Alhonoz está documentada su presencia desde la superficie, con ciertas variantes en el pozuelo y la forma del labio.

La última forma a que voy a referirme, dentro de las cerámicas ibéricas de Alhonoz, es la 3.ª. Este tipo reproduce a escala reducida las ánforas púnicas tan frecuentes en los establecimientos fenicios occidentales y que luego se aclimata en el ámbito de lo propiamente ibérico. Responden aproximadamente al tipo Maña-A (72) y se pueden considerar como maquetas de las ánforas de fondo de saco. Se parecen a algunos vasos cinerarios de la necrópolis «Laurita» (73) y, también en la costa de Almuñécar, han sido localizadas algunas de estas ánforas que guardan similitud con las anforillas ibéricas de Alhonoz (74). En la zona de Almería se conocen estas formas desde las prospecciones de Siret (75) y, posteriormente, tras los estudios más documentados de Miriam Astruc (76). Dentro de los establecimientos fenicios de la costa malagueña está bien representada esta forma en los hipogeos de Trayamar (77). En el extremo occidental de Andalucía hay también ánforas de orejetas muy similares en Riotinto (78). Pero quizá, el yacimiento (dentro de los excavados) que haya dado una más completa representación es el Carambolo, precisamente en la campiña sevillana, al igual que Alhonoz (79). Por último, hay que hacer alusión a los interesantes ejemplares de forma muy parecida, pero extraordinariamente decorados con pintura en toda su superficie, de la necrópolis de Túgi (80).

---

(68) Jully, J. J.: «Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-languedocièn ne en Mediterranée occidentale à l'Age du Fer (Documents de céramique)». AEspA, 48. Madrid, 1975, págs. 22-119, fig. 41.

(69) Luzón: *Op. cit.*, nota 37, láms. XII-XV.

(70) López Malax-Echeverria, A.: «Una comunicación sobre la cerámica de barniz rojo». XII CAN. Zaragoza, 1973, págs. 389-394.

(71) Ponsich: *Op. cit.*, nota 52.

(72) Maña, J. M.: «Sobre tipología de ánforas púnicas». Crónica del VI Congreso Arqueológico del SE. Alcoy, 1950, págs. 203-209.

(73) Pellicer, M.: «Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita", del cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 17. Madrid, 1962.

(74) Guasch, R. P.: «Un nuevo tipo de ánfora púnica». AEspA, 42. Madrid, 1969, págs. 12-18, fig. 4-4.

(75) Siret, L.: «Villaricos y Herrerías». Madrid, 1906, lám. XVIII, 23 y 25.

(76) Astruc, M.: «La necrópolis de Villaricos». Inf. y Mem. de la Com. Geral. Ex. Madrid, 1951, núm. 25.

(77) Schubart, H., y Nimeyer, H. G.: «Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 90, láms. 13-17-18.

(78) Blanco A.: «Antigüedades de Riotinto». *Zephyrvs*, XIII. Salamanca, 1962.

(79) Carriazo, J. M.: «Tartessos y El Carambolo». Madrid, 1973, figs. 407-408.

(80) García y Bellido, A.: «Arte ibérico». En *Historia de España*, dirigida por M. Pidal, vol. I, tomo III. Madrid, 1976, figs. 540-541.

12. ESTUDIO DEL MATERIAL METALICO

Los objetos metálicos que han sido localizados en las excavaciones de Alhonoz-1977 están en relación exclusiva con los estratos IV-III-II. Más abajo no ha aparecido en esta campaña ni una sola pieza de metal. Esta circunstancia no se debe considerar excluyente ni sintomática. Obedece exclusivamente a pura casualidad, puesto que en anteriores campañas (1973-75) ha sido localizado metal en horizontes correspondientes a estratos más profundos.

El mayor porcentaje de piezas metálicas —y también las más interesantes— se ha localizado en la fractura que corta precisamente dichos estratos y que vengo considerando bajo la hipótesis de un posible horno. Entre la tierra cenicienta y muy suelta que colmataba esta inclusión, se han recogido algunos objetos que han debido ir cayendo a la misma de una forma anárquica. Algunas de estas piezas han podido ser usadas como elementos de trueque, a cambio de las producciones alfareras locales, en una fase premonetal en la que nos estamos moviendo. Es posible que hayan sido aceptadas por el artesano de la cerámica una vez que su uso ha prescrito y destinadas a la fundición, al igual que tantos otros productos metálicos que el cambalacheo fenicio ha ido recogiendo por éste y otros poblados cercanos (81).

Por esta circunstancia se les puede suponer una larga existencia en Alhonoz, antes de su deposición en el lugar del hallazgo. En consecuencia, no son instrumentos válidos de fechación de los estratos en que aparecen. Pueden ser, en cualquier circunstancia, testimonio de la presencia ancestral del comercio mediterráneo y, todo lo más, proporcionar una fecha «ante quem» a la llegada de estos influjos comerciales. En cualquier circunstancia es necesario volver a insistir en la falta de fiabilidad de estos objetos depositados en una fractura que llega a la superficie, puesto que por su misma estructura pudieron ser acarreados al lugar de su hallazgo en cronologías muy dispares.

El pequeño lote de objetos metálicos localizados se puede reducir a tres elementos:

HIERRO: Son en total cinco piezas (Lám. I) que han aparecido en un avanzado proceso de oxidación. Se trata de simples clavos y de algún fragmento de una posible empuñadura con un remache (número 2) o de los restos de una navaja de afeitar (número 5).

BRONCE: Constituye lo más interesante del lote (82). Todas las piezas fueron recogidas, asimismo, muy deterioradas, aunque, tras la restauración y consolidación llevada a cabo en el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla, presentan un extraordinario aspecto. En total aparecieron seis objetos. Cinco de ellos se localizaron en el interior de la fractura de los estratos IV-III-II, entre la tierra que colmataba ésta, y el sexto se recogió en el estrato III. Se trata de una campanita de 32 mm de tamaño, perteneciente casi con seguridad a parte de los arreos de una caballería. Pende de una argolla y el cuerpo está provisto de tres acanaladuras, limitadas por cuatro resaltes.

---

(81) López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, nota 60.
Idem: «Pequeño depósito de bronces en el río Genil». Pendiente de aparición en los *Cuadernos de Prehistoria* de la Universidad de Granada.

(82) López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, nota 9.

Las otras piezas de bronce que han sido recogidas en el interior de esta inclusión son las siguientes:

Dos elementos que probablemente encajan uno en otro. Pueden pertenecer a algún tipo de hebilla o broche.

Una moneda ibérica en un gran estado de degradación, que no se ha podido identificar.

Una estatuilla cuya longitud máxima son 7,5 cm. Fue encontrada en un estado bastante avanzado de corrosión y con gruesas adherencias terrosas y calizas. Por esto se hizo aconsejable someterla a limpieza por personal experto. Esto, al igual que con la campanita anterior y con la pieza siguiente, se ha realizado en el laboratorio del Museo Arqueológico Hispalense, donde ha quedado depositado todo el conjunto.

Antes de su limpieza era difícil determinar qué representaba. Tras ella parece ser que se trata de una figurilla de la diosa Minerva (83). Le falta la mano izquierda y de la dêrecha conserva una especie de muñón con señales de haber sostenido algo. Está tocada de un casco del que se aprecia perfectamente la cimera. Cubre el torso con el característico «peplo» en el que se observan señales de pliegues por delante y por detrás. Ha sido fundida en bronce pleno desde la cabeza hasta aproximadamente la altura de los hombros, a partir de los cuales, y por todo el torso, está hueca, aunque de paredes muy gruesas. Su ejecución denota rasgos de un fuerte arcaísmo que le asemejan bastante a algunas «korai» griegas o a las figurillas de bronce etrusco: hieratismo, disposición de los brazos que difícilmente se separan del tronco, esbozo de sonrisa arcaica, trazo acusadamente almendrado de las órbitas oculares, etc. Algunas notas de esta figurilla son difíciles de atribuir a su ejecución arcaica o a impericia, así, por ejemplo, la asimetría con que han sido colocados los senos (el izquierdo levemente más elevado que el derecho), la ausencia de incisión en el iris y las orejas, apenas marcadas, aunque colocadas fuera del casco. En cualquier caso parece seguro que estamos ante una muestra de la plástica mediterránea oriental, de un fuerte atavismo que cuenta con prototipos directos en la gran estatuaria de la Grecia arcaica. Se trata en definitiva de una más de las pequeñas figurillas de bronce, de una indudable sensibilidad mediterránea oriental, encuadrable en un ambiente artístico en que, además de lo griego arcaico y lo etrusco, no se puede excluir la aportación fenicia.

Completa el conjunto de objetos broncíneos de las excavaciones de 1977 la mitad inferior de un thymaterion de bronce, de idénticas características materiales que las piezas anteriores. Fue hallado, asimismo, en el interior de la fractura de los estratos IV-III-II, en el mismo estado de corrosión que la figurilla de Minerva y, al igual que ésta, su limpieza ha corrido a cargo del Museo Arqueológico Provincial de Sevilla.

Debido al extraordinario interés de esta pieza he individualizado su estudio en capítulo aparte.

PLATA: La campaña de 1977 ha deparado en total la recogida de tres objetos de plata. Dos de ellos han salido revueltos entre la tierra que colmataba esta intrusión, posible horno (?) de los estratos IV-III-II y consisten en una delgada lámina rectangular de 8 × 3 cm, que no se reproduce aquí, y un pequeño disco, que después de su limpieza resultó ser un denario republicano en cuyo reverso presenta a Juno en biga

---

(83) La atribución de esta pieza como perteneciente a una reproducción de la diosa Minerva se debe a la doctora Fernández-Chicarro, a quien gustosamente cedo la palabra en dicha identificación.

de cabras, con diadema, cetro y riendas en la mano izquierda y en cartela C. Reni. La cronología de esta pieza es del 138 a. de C. (84).

La tercera pieza de plata aparecida en estas excavaciones fue localizada en el estrato II, en el interior de la olla que aquí se presenta en la figura 10, 1 (la de mayor tamaño de toda la forma primera). Se trata de un exvoto oculado de 12 cm de longitud, hecho a expensas de una delgada lámina de plata (Lám. III). Antes de su limpieza presentaba un aspecto gris plomizo con minúsculos puntos brillantes. Esta fina hoja ha sido recortada hasta darle el curioso aspecto que recuerda un antifaz alargado, que ha sido identificado como los OJOS DE ASTARTE (85). Estos ojos han sido repujados, probablemente a golpes, y presentan cierta asimetría hacia uno de los lados de la pieza. Carecen de marca de iris y de cualquier señal de trazado superciliar.

Sería ocioso en este lugar especular sobre la larga tradición mediterránea de este tema y sobre la multitud de paralelos tipológicos que los «ojos de Astarté de Alhonoz» presentan (86). Pero es necesario, al menos, señalar las conexiones más evidentes, referidas exclusivamente al ámbito peninsular y representadas sobre objetos de metal:

El trazado ocular de este exvoto argentino de Alhonoz es prácticamente igual al de piezas tan conocidas como los bronces de la tipología del Berrueco (87), los ojos de la diosa del vaso de Valdegamas (88), la estatuilla de la Astarté de Cástulo (89) o los ojos marcados sobre la diadema de Ebora (90). Y con esto únicamente evidenciamos algo de lo más saliente de la plástica orientalizante en territorio español. Quedan aparte multitud de ejemplos de ojos almendrados —como los que aquí nos ocupan— representados sobre esculturas antropo o zoomorfas de piedra cuya enumeración sería inagotable.

12.1. El thymaterior de bronce. Sus paralelos tipológicos

El hecho de poder contar con paralelos concretos de esta pieza aconseja abordar su estudio aparte, por cuanto puede aportar luz sobre las conexiones del poblado de Alhonoz con los focos culturales protohistóricos del Mediterráneo.

Según ha quedado anteriormente señalado, los objetos de bronce de esta campaña son correlacionables con los estratos IV-III-II y, por tanto, con los horizontes propiamente ibéricos de Alhonoz. Y, aunque la cronología a que nos lleven no debe

---

(84) H. Crawford, M.: «Roman Republican Coinage». *Cambridge University Press*. Tomo I, pág. 264, y tomo II, lám. XXXV, 17.

(85) Atribución que, al igual que la pequeña Minerva de bronce de la lámina II ha sido efectuada por la doctora Fernández-Chicarro.

(86) López Palomo, L. A.: *Op. cit.*, notas 9 y 10.

(87) Maluquer, J.: «Excavaciones arqueológicas en el cerro de El Berrueco (Salamanca)». *Filosofía y Letras*, tomo XIV, núm. 1. Salamanca, 1958.

Blázquez, J. M.: «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente». Salamanca, 1975, lámina XXV.

Blanco, A.: «El ajuar de una tumba de Cástulo». AEspA, XXXVI. Madrid, 1963, págs. 40-69, fig. 36.

Fernández-Chicarro, C.: «Bronce gaditano de la tipología de los del Berrueco en el Museo Arqueológico de Sevilla». Segovia y la Arqueología Romana. Publ. Eventuales núm. 27. Barcelona, 1977, págs. 185-186, lám. I.

(88) Blanco, A.: «El vaso de Valdegamas y otros vasos del mediodía español». AEspA, XXVI. Madrid, 1953.

(89) Blanco, A.: «El ajuar de una tumba de Cástulo». AEspA, XXXVI. Madrid, 1963, págs. 40-69, figs. 19, 20, 23 y 31.

(90) Carriazo, J. M.: *Op. cit.*, nota 79, figs. 241, 247, 248, y 248 bis.

ser vinculante para la fechación de las cerámicas por la mayor perduración del metal, conviene, cuando menos, conocerla aunque sea a título indicativo.

El thymaterion de Alhonoz desgraciadamente no ha sido hallado completo y ello a pesar de haber abierto considerablemente la excavación en el año siguiente. Esto puede ser un dato de que su deposición en el lugar del hallazgo obedezca al hecho de tratarse de un producto procedente del comercio chatarrero.

Lo conservado (Lám. IV) es únicamente la mitad inferior de la pieza, con una longitud de 16,5 cm, que consta de un vástago en forma de eje de sección octogonal que por la parte superior termina en un espárrago —donde iría acoplada la parte que le falta— y por la inferior se prolonga en un enchufe tubular, rematado por sendas hileras de incisiones. Hacia la parte central de la pieza tiene implantadas dos flores de loto invertidas que constituyen el elemento de mayor belleza de todo el objeto.

A pesar de poseer únicamente esta mitad del thymaterion es posible proponer con fidelidad su forma original (Fig. 31) por conocerse réplicas exactas de este objeto.

Independientemente de las similitudes más o menos próximas con algunos ejemplares aparecidos en territorio español no cabe duda que la reproducción casi exacta del thymaterion de Alhonoz está en el yacimiento de Angolemi (Chipre), donde encontramos al menos una pieza publicada por Vassos Karageorghis (91), que guarda un abrumador parecido con la que aquí nos ocupa, por lo que la he tomado como modelo para la reconstitución ideal de este objeto, que propongo en la figura 31. Entre el ejemplar chipriota y el de Alhonoz, además de las enormes similitudes tipológicas que existen, se observan grandes parecidos —sobre todo antes de la limpieza y consolidación de este último— en cuanto a la calidad del bronce. Al menos en lo que puede intuirse a través de una reproducción fotográfica. Por ello prefiero desechar la idea de una producción local de imitación en el Valle del Guadalquivir y me parece más congruente inclinarse por la procedencia exótica, fruto del comercio fenicio ancestral con los hábitats campiñeses de la zona de Alhonoz.

Por lo que hace a los otros objetos similares aparecidos en territorio español parto en su enumeración de la sistematización propuesta por el profesor Almagro Gorbea (92), quien se ha preocupado de trazar el mapa de dispersión de estos thymateria en la Península Ibérica y en el Mediterráneo.

Tomando como elemento de trabajo dicho estudio y alguna otra bibliografía complementaria vemos semejanzas bastante marcadas —aunque nunca réplicas exactas— en dos thymateria conservados respectivamente en el Museo de Sevilla y en el Arqueológico Nacional, cuyas procedencias exactas se ignora. La misma decoración, a base de flores de loto, vemos en el de La Joya (93) y en el del Cerro del Peñón, en la Costa del Sol, salvando en este caso bastantes diferencias tipológicas (94).

De acuerdo con la sistematización de Almagro Gorbea el ejemplar de Alhonoz

---

(91) Karageorghis, V.: «Chipre». Barcelona, 1971, lám. 126.

(92) Almagro Gorbea, M.: «Dos thymiateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica». Miscelánea Arqueológica, I. Rev. *Ampurias*. Barcelona, 1974, págs. 41-55.

(93) Garrido, J. P., y Orta, M.ª E.: «Edad del Hierro». En *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, 1975, págs. 195-211, lám. 245.

Blázquez, J. M.: *Op. cit.*, nota 87, lám. 151.

(94) Niemeyer, H. G., y Schubart, H.: «Ein Ostphönikisches Thymaterion von Cerro del Peñón (Almayate Bajo. Prov. Málaga)». *Mad. Mit.*, 6 (1965).

Blázquez, J. M.: *Op. cit.*, nota 87, lám. 5-A.

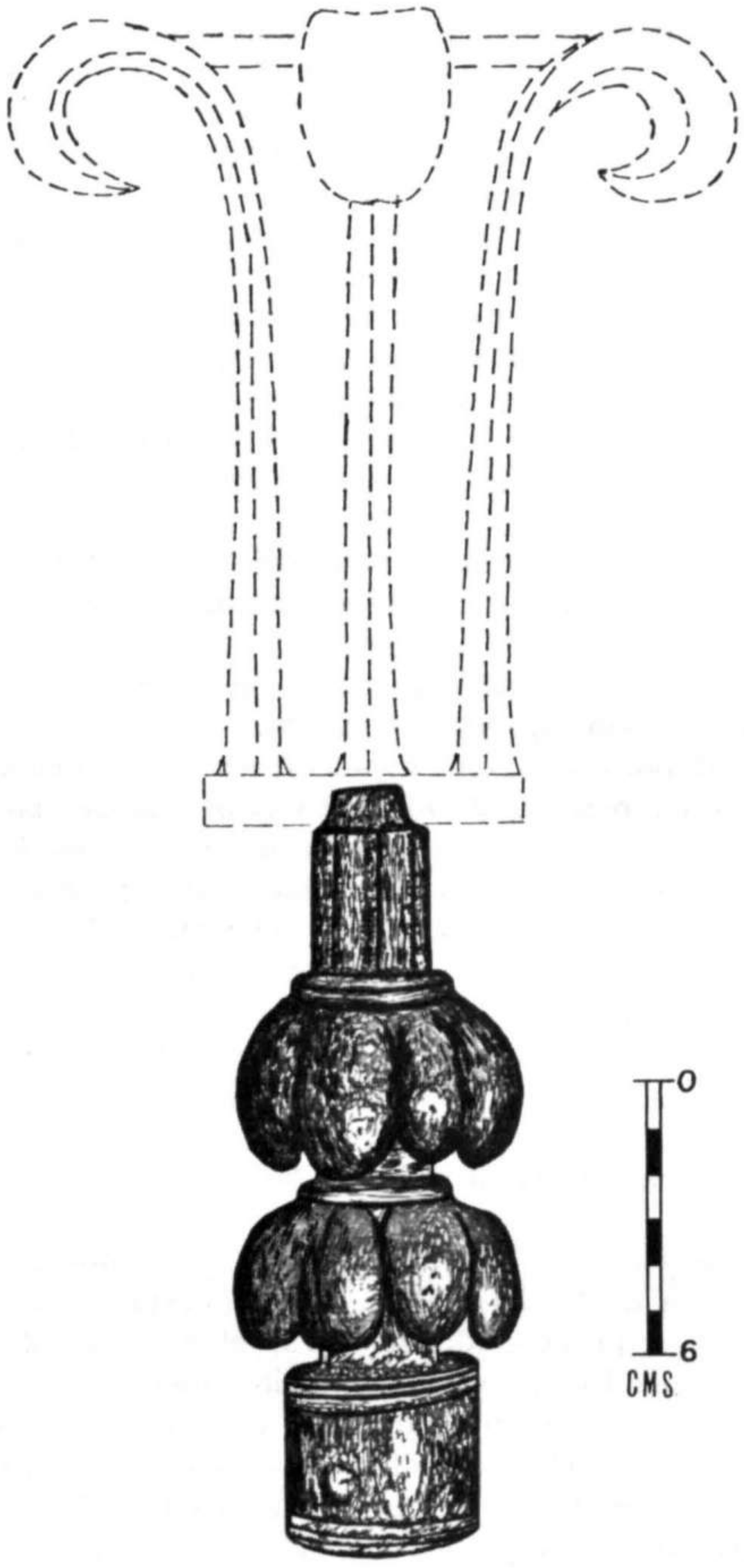


Fig. 31.—Alhonoz, 1977: Reconstitución del thymaterion de bronce recogido en la fractura de los estratos IV-III-II, de acuerdo con el que se publica en la Lám. 126 de la obra «Chipre», de Vassos Karageorgehis. Cfr. Lám. IV.

está incluido en el tipo B-2 por constar de «simple enchufe cilíndrico y dos flores de loto» y su cronología «va hacia el siglo VII-VI a. de C.».

En definitiva hay que concluir con la deducción de que el thymaterion de Alhonoz ha sido acarreado aquí dentro de la misma corriente comercial que determinó la llegada de los otros bronces, como consecuencia de las arremetidas del mundo púnico original, estableciendo la escala obligada en los focos culturales de la Andalucía costera que, con relación al Valle del Guadalquivir, actuaron como catali-

zadores de la influencia orientalizante. Por esta misma ruta llegaron otros elementos materiales, como la cerámica a torno que, con prototipos mediterráneos, evolucionó «in situ» hasta desencadenar la gran eclosión cultural ibérica que hemos visto desarrollarse a partir del estrato IV y que se masifica en el alfar del nivel II.

13. LA CERAMICA POLICROMA. UN PLATO DE BARNIZ ROJO

Se aborda en este capítulo el estudio general de los materiales a torno que tienen como característica general el presentar la superficie decorada con una o más tintas, por lo que, a pesar de emplear este término, comúnmente aceptado, en ocasiones sería más lógico hablar de bicromía en lugar de policromía. Tanto en un caso como en otro estamos en presencia de las conocidas «cerámicas pintadas».

Bien es verdad que al hacer el estudio de las cerámicas ibéricas de los estratos IV-III-II se han comprendido un buen número de piezas que reúnen estas características de decoración (formas 1.ª, 5.ª y 11, principalmente). Sin embargo, es preciso señalar diferencias entre unas y otras. La mayor parte de los contrastes vienen referidos a la calidad de la pintura y, sobre todo, a la tipología.

Hay que decir, por otra parte, que en este apartado de cerámica polícroma se incluyen también algunos fragmentos enmarcables plenamente dentro de la cerámica de «barniz rojo» en sus fases más antiguas que, aunque no participe del factor de «policromía», guarda una evidente afinidad con las clases pintadas.

En contraste con el extraordinario número de fragmentos recogidos en otras campañas de Alhonoz, el corte de 1977 ha proporcionado un lote más reducido y, por tanto, la diversidad tipológica apreciada en los materiales de la excavación de 1973-75 está, en parte, ausente. En cambio, esta campaña ofrece el interés de una gran constancia estratigráfica y, a la vista de lo obtenido, se pueden deducir algunas referencias concretas.

En general se trata de grandes vasos, urnas globulares, algunas formas abiertas y escaso número de platos.

Exceptuando una pieza aparecida en el estrato VIII y correspondiente a los restos de un plato de barniz rojo, se ve que los materiales pintados a torno hacen su aparición en el estrato VII, adquieren su máxima representación estadística en los estratos intermedios VI-V y se continúan en menor proporción en el IV, haciendo excepción, claro está, del lote de platos pintados de este nivel.

Los tonos de las pinturas están en la gama del rojo-amarronado al naranja, dispuestos, en lo más frecuente, en anchas zonas que se limitan con listas negras o que son invadidas por dicha pintura. En algunos casos el negro se torna marrón oscuro, como una acentuación del color dominante. En otras el negro se aplica con peine sobre el borde o el asa de la vasija. En las fases finales se observan otros sistemas decorativos, como los círculos concéntricos alternados con series de líneas delgadas, todo en rojo vinoso (Fig. 32). En los momentos de mayor ambiente de la cerámica pintada (estrato VI) aparecen decoraciones zigzagueantes de pintura rojo-anaranjada (Fig. 34).

Por lo general la decoración se aplica directamente sobre la superficie sin preparación previa. Existen, en cambio, algunos casos en que se ha dotado a la pieza de un alisado anterior. En determinados ejemplares este alisado adquiere una gran perfección y se torna en un engobe que proporciona a la superficie una especie de brillo matizado sobre el que posteriormente se aplica la decoración que llega a

adoptar caracteres de gran barroquismo. Son éstos, casos extraños en el conjunto de las cerámicas polícromas de Alhonoz, atribuibles a procedencias extra-peninsulares.

Las tipologías deducibles del escaso lote recogido son las siguientes:

VASOS DE AMPLIO DESARROLLO EN LA BOCA
Y ASAS HORIZONTALES JUNTO AL BORDE

Corresponde a un ejemplar del estrato IV (Fig. 32). Está pintado en una banda roja interiormente y en negro, aplicado con peine, sobre el borde.

GRANDES VASOS DE BOCA EXVASADA O VERTICAL, LABIO SALIENTE
Y ASA SIMPLE QUE PARTE DEL BORDE

Pertenece al estrato V. El asa, aunque es de sección simple, tiene una acanaladura longitudinal por la parte superior. Estas piezas se decoran con peine aplicando pintura negra (Fig. 33) o rojiza.

GRANDES OLLAS GLOBULARES CON CUELLO INDICADO MEDIANTE ARISTA
Y ASAS GEMINADAS QUE PARTEN DEL BORDE
Y TERMINAN A LA ALTURA DE LOS HOMBROS

Se localizan en el estrato VI. Están decoradas interior y exteriormente con pintura rojo-anaranjada en bandas y líneas quebradas (Fig. 34). Un fondo localizado en este mismo estrato parece pertenecer a esta pieza. Presenta el solero levemente rehundido y está decorado con pintura del mismo color y una delgada línea negra.

Esta forma ofrece un interés singular por ser relativamente frecuente en Alhonoz, desde la superficie, y porque el aparecer ahora en el estrato VI de este corte —perteneciente al momento de máxima concentración de la corriente colonizadora— es un elemento muy aprovechable de fechación para la intensificación de los contactos comerciales de ambiente púnico-mediterráneo en el valle medio del Genil.

Está bien documentada en otros yacimientos con dataciones que han de ser tenidas en cuenta como puntos de referencia cronológica para las estratigrafías de Alhonoz.

En el estrato VI está ausente lo ibérico, propiamente dicho, que se superpone dos niveles más arriba y adquiere carta de naturaleza en el estrato II. Las cerámicas polícromas del nivel VI coexisten con manufacturas a mano —perduración de los elementos autóctonos— alisada y digitada. Por estas razones hay que desechar la idea de identificación de esta cerámica polícroma con manufacturas de ambiente ibérico. Y, sin entrar en la discusión de si aparecen aquí como mercancías procedentes de los centros propiamente fenicios o son fruto de una aculturación del mediodía peninsular, lo que no deja lugar a dudas es la vinculación temprana del poblado de Alhonoz con los focos culturales fenicios del litoral andaluz.

Los prototipos remotos de esta forma los encontramos en ambientes genuinamente púnicos norteafricanos, tales como Cartago, en el recinto de Tanit (95), de

---

(95) Hardem, D.: «Los fenicios». Barcelona, 1967.
Idem: «The pottery from the precint of Tanit at Salambo. Cartago». Iraq., vol. IV.
Idem: «Punic urns from the precints of Tanit at Carthage». *Amer. Journ. of Arch.*, XXXI, 1927.
Cintas, P.: «La céramique punique». París, 1950.

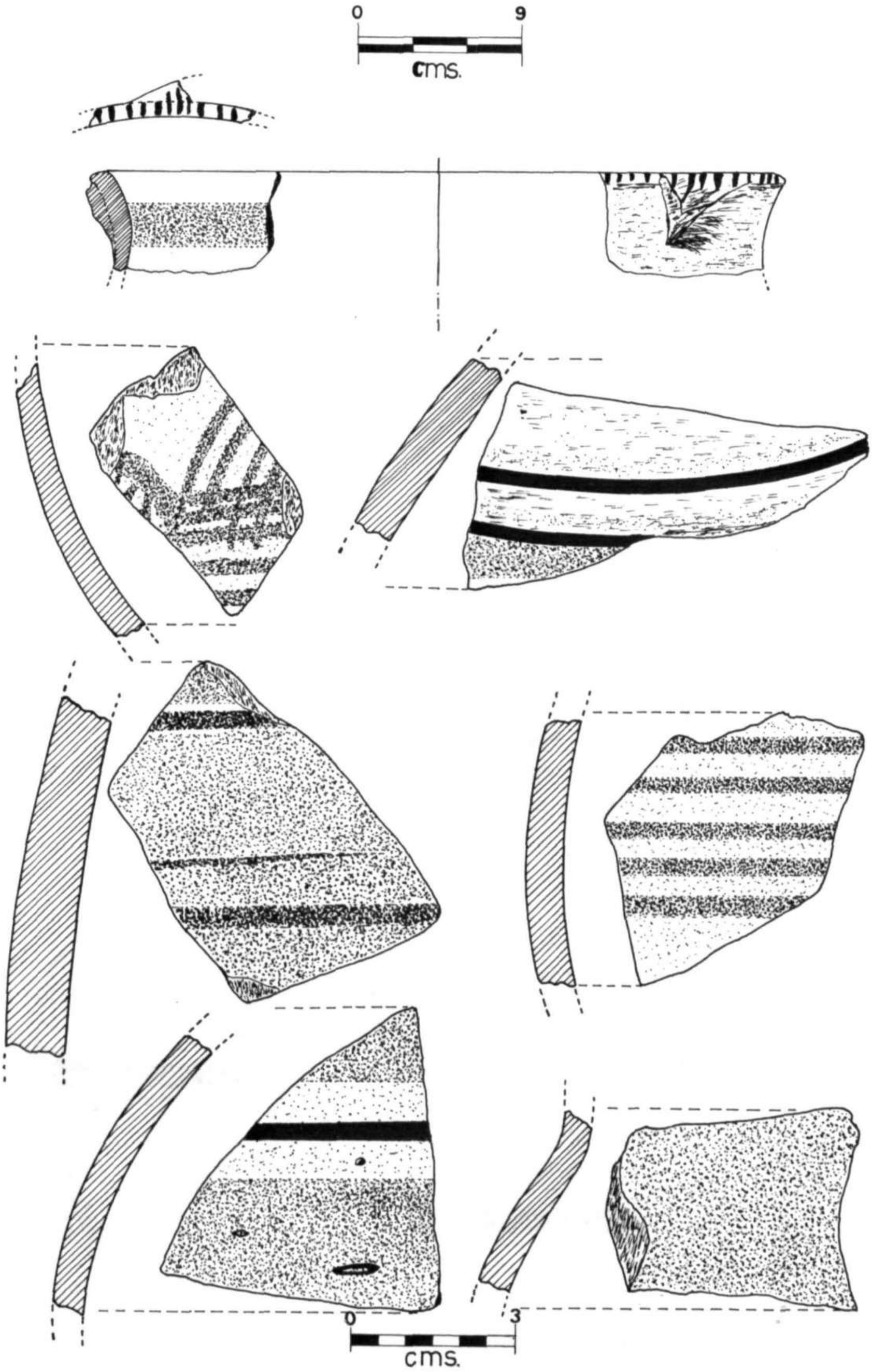


Fig. 32.—Alhonoz, 1977: Estrato IV. Cerámica a torno policroma.

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA GENERAL

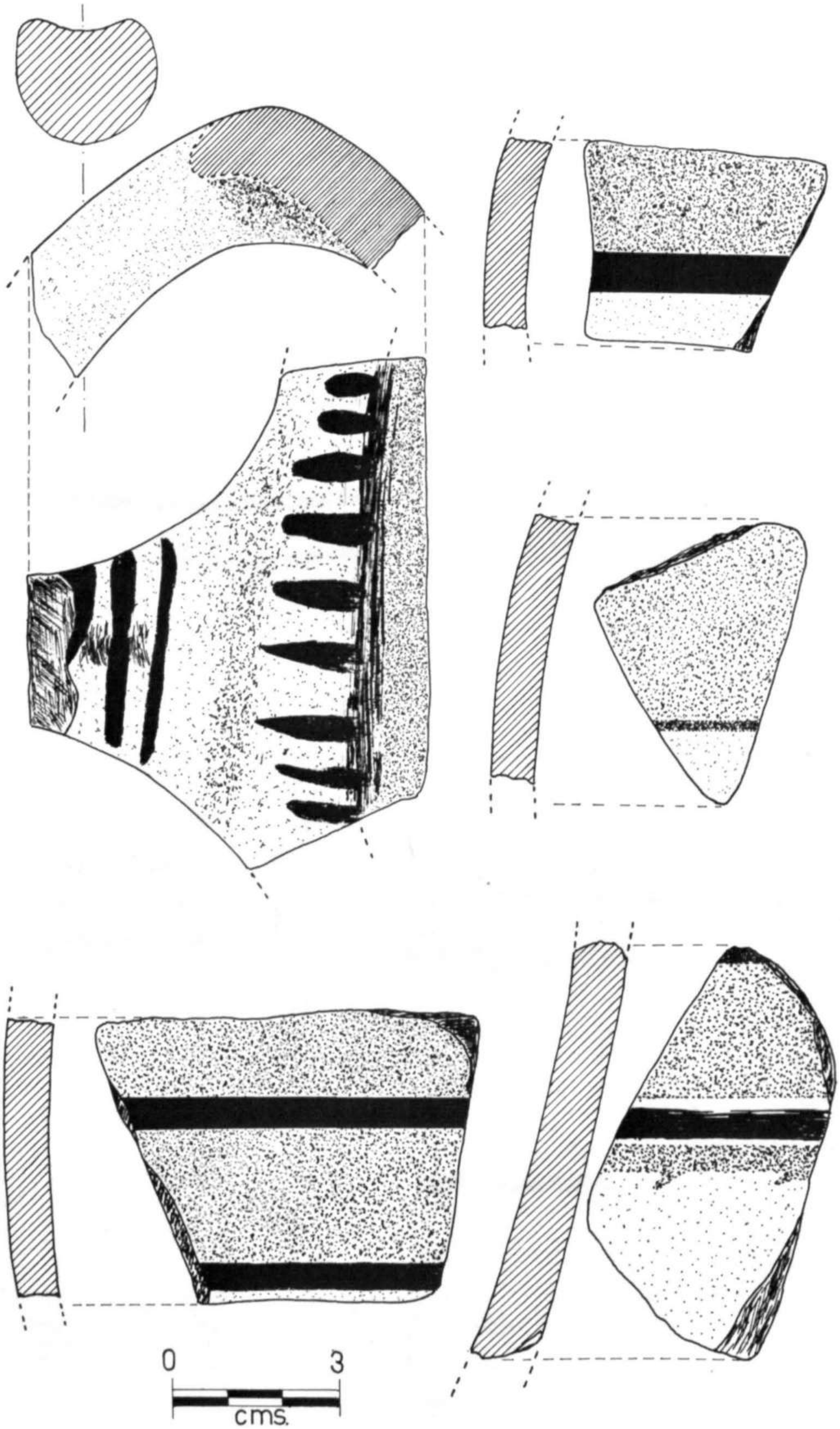


Fig. 33.—Alhonoz, 1977: Estrato IV. Cerámica a torno policroma.

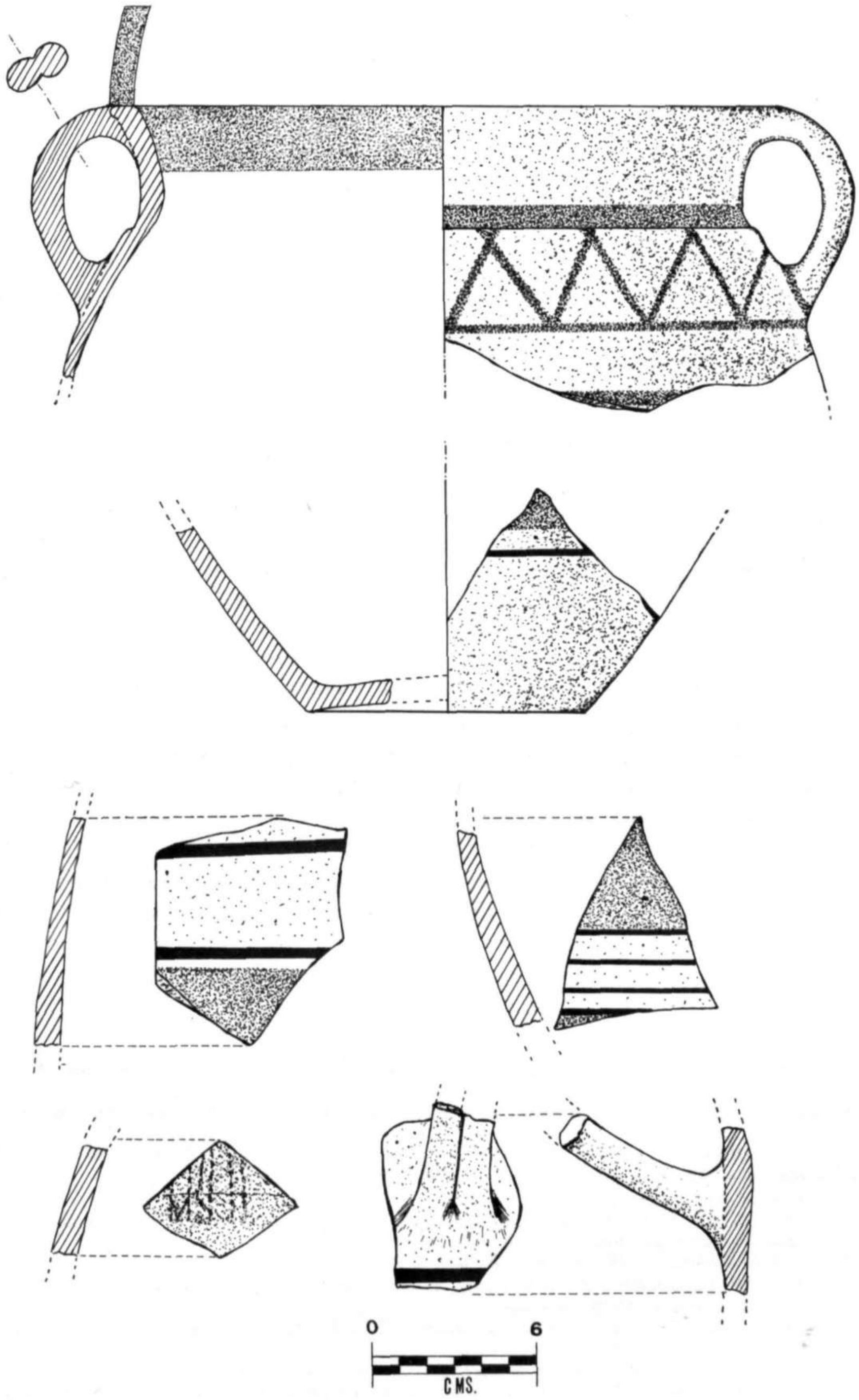


Fig. 34.—Alhonoz, 1977: Estrato VI. Cerámica a torno policroma.

Salambó, donde fueron usadas como urnas destinadas a contener incineraciones infantiles, con cronología entre el siglo VIII y principios del VII a. de C. En la isla de Rachgoun, próxima a Orán (96) y en la factoría fenicia de Mogador (97), fechada en el siglo VII a. de C.

Pero la penetración hasta Alhonoz es obviamente indirecta, a través de los establecimientos púnicos de la costa mediterránea principalmente. El punto de arranque de estos vasos hacia el Guadalquivir puede situarse en varios yacimientos de la zona de Málaga. En Toscanos se fechan en el siglo VII a. de C. (98). En la desembocadura del Guadalhorce se localizan en el estrato VI-A, correspondiente a la fase Guadalhorce I (99). En la necrópolis de Frigiliana se ha encontrado este tipo de urna como receptáculo para la incineración de la sepultura 13 (100). En Chorreras aparecen las asas bífidas aplicadas sobre urnas globulares de cuello indicado en arista —en número de dos— y sobre vasos piriformes —en número de cuatro— (101). En el Morro de Mezquitilla salen formas idénticas a la de Alhonoz (102), así como en los hipogeos próximos de Trayamar (103).

Estas formas globulares con asas geminadas insertadas a partir del borde tienen vigencia en imitaciones locales dentro de horizontes genuinamente ibéricos en los yacimientos levantinos. En El Molar (Alicante) y en La Solivella (Castellón) (104) se han localizado estas urnas, imitación de formas púnicas, en estratos ibéricos. Dentro de los mismos ambientes arqueológicos aparece esta forma en el Alto de Benimaquía (Denia), donde, como veíamos, encontrábamos paralelos de la cerámica ibérica de Alhonoz (105). Tiene especial interés la estratigrafía de Los Salares (106), en cuya fase II se dan estas asas geminadas junto con materiales plenamente ibéricos.

Sin embargo, el fenómeno de iberización de esta forma, propio de Levante, parece no tener su equivalente en el Valle del Guadalquivir, donde las estratigrafías efectuadas sitúan los vasos con asas bífidas en niveles de colonización. En este sentido se sitúa la Colina de los Quemados de Córdoba, en que aparecen en los estratos XII-XI, fechados por los excavadores en los siglos VII-VI a. de C. (107).

La misma circunstancia se observa en Alhonoz, donde la aparición de la forma que nos ocupa coincide con el momento de máxima penetración de la influencia púnica.

---

(96) Vuillemot, G.: «La nécropole punique du phare dans l'île de Rachgoun (Orán)». *Lybica*, III, 1955, lámina IV.

(97) Jodin, A.: «Mogador. Comptoir phénicien du Maroc atlantique». ETAM, II. Tánger, 1966, pág. 157, figura 32.

(98) Schubart, Niemeyer y Pellicer: «Toscanos». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 66, lám. VIII.

(99) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17, lám. XXXVI, 180.

(100) Arribas y Wilkins: *Op. cit.*, nota 27, fig. 15.

(101) Aubet, M.ª E.: Mass-Lindemann, G., y Schubart, H.: «Chorreras. Eine phönizische niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung». *Mad. Mitt.*, 16 (1975). Abb. 8.

(102) Schubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 77, lám. 8.

(103) Canivel, R. F.; Schubart, H., y Niemeyer, H. G.: «Las tumbas de cámara 2 y 3 de Trayamar, en Algarrobo (Málaga)». *Zephyrvs*, XVIII. Salamanca, 1967.

(104) Fletcher-Valls, D.: «La necrópolis de la Solivella (Alcalá de Chisvert)». Trab. varios del SIP, núm. 32. Valencia, 1965, láms. XLIV y XLVI.

(105) Schubart, Fletcher Valls y Oliver de Cárdenas: *Op. cit.*, nota 47, fig. 10.

(106) Arteaga, O., y Serna, M.: «Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la región del bajo Segura». XII CAN. Zaragoza, 1973, págs. 437-450, lám. I, 7.

(107) Luzón y Ruiz Mata: *Op. cit.*, nota 35, lám. XXII.

Se encuentran en los estratos VIII-VII-VI. Hay que referirse a tres piezas, cada una de las cuales ha salido en estrato distinto, que, a pesar de su escasa entidad numérica, cifran su interés en ser el remoto precedente de la gran producción ibérica de esta forma.

En el estrato VI ha aparecido parte de un plato (Fig. 35, 1), de paredes gruesas, con ancho núcleo central. Presenta el solero levemente rehundido y el labio proyectado al exterior y señalado con una acanaladura. Conserva restos de pintura rojo claro que ocupa casi toda la superficie exterior: dos bandas anchas, superior e inferior, que limitan cuatro líneas delgadas. El interior tiene una banda ancha junto al borde. Se le aprecian restos de carbonización.

El reducido inventario del estrato VII ha proporcionado los restos del fondo de otro plato (Fig. 37, 4) con solero también levemente cóncavo. Tiene muy buena factura. Pasta depurada con algún desgrasante micáceo. El interior pintado en marrón y alisado y el exterior con una banda rojiza limitada por líneas negras.

UN PLATO DE BARNIZ ROJO EN EL ESTRATO VIII. La llamada cerámica de barniz rojo o de engobe brillante rojizo que, como observa el profesor Pellicer, «muy poco tiene que ver cronológicamente con la denominada cerámica de barniz rojo de Cuadrado» (108), ha estado presente en todas las excavaciones que se han efectuado en Alhonoz. Pero constituye un elemento poco representativo estadísticamente en comparación con otras especies muy relacionables con ella, como la gris monócroma o la pintada.

La aparición en el estrato VIII —dentro del contexto indígena de mayor entidad en el poblado de Alhonoz— tiene notable interés porque nos va a proporcionar un dato bastante elocuente para fechar los balbuceos de los contactos comerciales de ambiente fenicio con los elementos autóctonos.

La pieza a que me refiero se trata de los restos de un plato a torno de «barniz rojo», perfectamente tipificado en las publicaciones como perteneciente a las cerámicas de facies paleopúnica, cuya representación en las factorías fenicias de la costa andaluza veremos a continuación.

En lo que se conserva puede observarse que se trata de un ejemplar confeccionado con pasta bien elaborada, aunque con minúsculos puntos de mica. Las superficies han sido intensamente bruñidas y pintadas en un tono rojizo. Presenta señales de carbonización y parte del exterior está descascarillado. Por lo que respecta a su tipología (Fig. 38, 1) puede comprobarse que ofrece un perfil troncocónico con labio levemente caído de 28 mm de anchura, bajo el cual se señala una arista exterior.

Es ocioso insistir en la trascendencia de esta pieza dentro del horizonte en que nos movemos puesto que, al ser ésta una especie cerámica bien documentada y estudiada en yacimientos de origen, contribuye no sólo a fechar los materiales autóctonos que la acompañan, sino incluso a afinar cronologías sobre otras facies cerámicas que coexisten en idénticos contextos arqueológicos de Alhonoz, en ésta y en campañas anteriores.

Uno de los últimos estudios de que disponemos acerca de los platos de «barniz rojo» ha sido la interesante comunicación que hemos podido escuchar de labios del doctor Schubart (109), en la Universidad de Córdoba con motivo del VIII Symposium

---

(108) Pellicer: *Op. cit.*, nota 30, pág. 69.

(109) Schubart, H.: «Platos fenicios de Occidente». VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. En prensa.

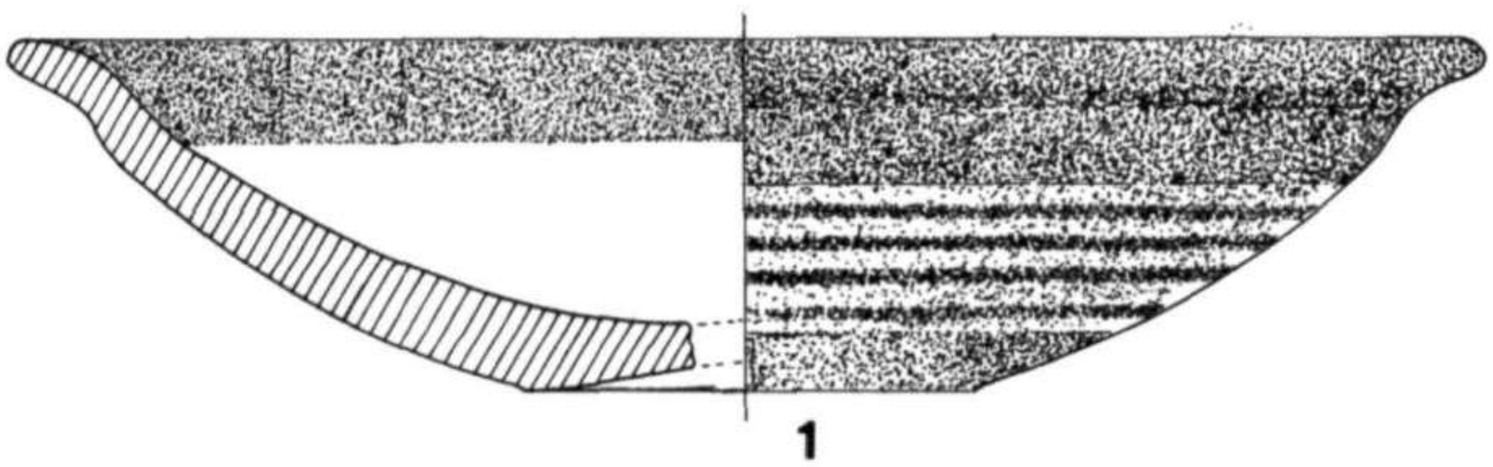


Fig. 35.—Alhonoz, 1977: Estrato VI (1-2-3: cerámica a torno, 4: fragmento de fusayola, 5: fragmento de soporte bruñido, 6: objeto lítico).

de Prehistoria Peninsular en octubre de 1976. Schubart, recogiendo los resultados de estratigrafías propias y ajenas, llegaba a la conclusión de que los platos fenicios de cerámica roja experimentan una evolución en el ancho del borde desde los estratos más profundos de las factorías malagueñas, donde dicho borde no sobrepasa los 35 mm, con cronologías plenamente del siglo VIII a. de C. Estas conclusiones son totalmente válidas para el caso de Alhonoz.

La búsqueda de paralelos tipológicos del plato que nos ocupa nos lleva reiterativamente a los mismos ámbitos arqueológicos, ya mencionados, en razón de otros hallazgos. Uno de los yacimientos donde mejor documentada está esta forma es la factoría paleopúnica de Toscanos (110), en cuyos estratos I y II aparece el labio estrecho y con caída. De igual forma en Chorreras (111) y en el Morro de Mezquitilla (112). En Guadalhorce los hay en los estratos más profundos (fase Guadalhorce I) (113), con anchura de labio a partir de los 37 mm.

En la zona de Huelva están presentes estos platos en La Joya y en los Cabezos de San Pedro y de La Esperanza (114), así como en el Cerro Salomón, de Riotinto (115).

En el Valle del Guadalquivir los vemos aparecer en espacios geográficos muy relacionados con Alhonoz, tales como Carmona (116), en El Carambolo (117), con abundantes ejemplos de esta especie cerámica en amplia diversificación tipológica, en la necrópolis de Setefilla (118) y, en menor proporción, en el Cerro Macareno, dentro de una secuencia al parecer similar a la de Alhonoz (119).

Hay que valorar, pues, el plato de barniz rojo de este yacimiento con todo el interés que le conceden las conexiones tan claras como acabamos de ver.

---

(110) Schubart, Niemeyer y Pellicer: *Op. cit.*, nota 98.
Schubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 29, fig. 7.

(111) Aubet, M.ª E.: «Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)». *Pyrenae*, 10. Barcelona, 1974, fig. 20.
Aubert, Mass-Lindemann y Schubart: *Op. cit.*, nota 101, Abb. 4.

(112) Schubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 77, láms. 21-23.

(113) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17, lám. L.

(114) Garrido Roig, J. P.: «Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva). 1.ª y 2.ª campañas». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 71. Madrid, 1970, figs. 38 y 39.
Orta, E., y Garrido, J. P.: «La tumba orientalizante de La Joya (Huelva)» *Trabajos de Prehistoria*, núm. 11. Madrid, 1963.
Blázquez, J. M.; Luzón, J. M.; Gómez, F., y Klaus, K.: «Huelva arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro». Instituto de Estudios Onubenses. Madrid, 1970.
Schubart, H., y Garrido, J. P.: «Probegrabung auf dem Cabezo de la Esperanza in Huelva, 1967». *Mad. Mit.*, 8 (1967), págs. 123-159. Abb. 8.
Diversos trabajos en el libro *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*.

(115) Blanco, A.; Luzón, J. M., y Ruiz-Mata, D.: «Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)», *Anales de la Universidad Hispalense* núm. 4. Sevilla, 1970, núm. 158.
Idem: «Panorama tartéssico en Andalucía oriental». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 119-162, fig. 15, lám. IX.

(116) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39.

(117) Carriazo: *Op. cit.*, nota 79, en numerosas ilustraciones.

(118) Aubet, M.ª E.: «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla)». Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona, 1975, fig. 43.
Idem: «La cerámica púnica de Setefilla», *Studia Archaeologica* núm. 42. Universidad de Valladolid, 1976, figura 1.

(119) Pellicer, M., y Bendala, M.: «Excavaciones en el sector oriental del cerro Macareno (Sevilla)». VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. En prensa.

14. LA CERAMICA GRIS MONOCROMA A TORNO. ESTUDIO GENERAL

El conjunto de las cerámicas grises supone una considerable representación estadística entre los materiales recogidos en los estratos correspondientes a diferentes momentos de colonización en el poblado de Alhonoz.

En todas las campañas de excavación esta especie cerámica ha supuesto uno de los elementos más significativos entre las especies a torno de ambiente mediterráneo. Es precisamente la campaña de 1977 la que ha deparado un lote más reducido, a pesar de lo cual se hace aconsejable abordar su estudio con detenimiento, puesto que quizá sea éste uno de los elementos materiales colonizadores en la Protohistoria andaluza que más problemas plantea y que más falto está de una amplia sistematización y puesta al día.

En efecto, esta variedad cerámica está cobrando últimamente un singular relieve y plantea una problemática aún no resuelta en cuanto a su procedencia y prototipos. A pesar de algunos trabajos, últimamente publicados (120), se deja sentir la necesidad de acometer un estudio de conjunto que reúna los resultados locales que las excavaciones vienen deparando y elabore conclusiones más firmes que las que disponemos hasta ahora.

Aparece invariablemente asociada a productos mejor estudiados en ambientes fenicios, como la «polícroma» y la de «barniz rojo», lo que no cabe duda constituye un argumento de peso a la hora de rastrear sus orígenes, aunque se puede incurrir en errores de identificar sus centros de producción con los focos de distribución, que tal vez no sean coincidentes.

A la hora de estudiar las cerámicas grises de Alhonoz he de hacer referencia al abundante lote recogido en la excavación de 1973-75, cuyo contenido permitía establecer diferencias en la calidad, que fueron estimadas en tres grupos principales (121). En cuanto al conjunto de 1977 no es posible establecer tales matices, puesto que la cantidad de fragmentos obtenidos es muy reducida.

Baste en esta ocasión observar que se aprecia una clara evolución en la calidad, predominando los mejores bruñidos de tonos oscuros, casi metálicos, en los estratos más profundos, mientras que las pastas y las superficies se van aclarando y matizando en los niveles superiores.

En la estratigrafía de 1977 la cerámica gris ha estado presente a partir del estrato VIII, sucediéndose en toda la secuencia hasta el V y dando el mayor porcentaje estadístico precisamente en los estratos intermedios VI-V, en clara concordancia con lo que veíamos en relación con la especie polícroma. Es éste un fenómeno que indefectiblemente se repite en todos los sondeos practicados en Alhonoz y que es muy significativo, puesto que los porcentajes de las cerámicas pintadas y grises se aproximan bastante.

La tipología que los materiales de 1977 ofrecen no es ni con mucho representativa de todas las formas que se conocen en este yacimiento. Centrando el estudio exclusivamente en los materiales que ahora tenemos a la vista, la discriminación morfológica que se puede establecer es la siguiente:

---

(120) Aranegui, C.: «La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11 (1975).

(121) López Palomo y Perdiguero López: *Op. cit.*, nota 6.

PLATOS DE PERFIL MAS O MENOS TRONCOCONICO

Están presentes en los estratos VIII-VII-VI y V (Fig. 38, 2; Fig. 37, 3; Fig. 36,1, 2 y 3). Constituyen claramente el tipo más abundante. Como nota general tienen la forma de sus paredes con perfil de casquete achatado en la base. Algunos presentan una leve curvatura que asemeja una «S» alargada; otros son claramente troncocónicos. Pero en todos los casos hay que pensar en una producción seriada de auténticas vajillas y esas diferencias parecen ser intencionadas.

Dentro de la común denominación de platos se pueden establecer ciertas matizaciones:

BORDE ENGROSADO INTERIORMENTE. El remate último sobre el borde del plato es uno de los elementos más comunes en este tipo de pieza. Se manifiesta por un engrosamiento interior cuya sección va desde la forma redondeada al perfil más o menos triangular, con arista hacia dentro. En otros casos —no constatados ahora— se han presentado refuerzos —interior y exteriormente— en forma de bola.

BORDE SENCILLO. Es menos frecuente. A veces, adopta un leve biselado al exterior.

Los fondos son indistintamente planos o ligeramente cóncavos. En algunos casos el pie viene marcado por una nervadura próxima al solero.

PLATOS CARENADOS. Han aparecido en el estrato VIII (Fig. 38, 3 y 5). A veces, están provistos de un labio proyectado hacia fuera. En otros casos, está redondeado al exterior.

VASOS CARENADOS. En el estrato VI (Fig. 36, 5). Esta diferencia con la forma anterior viene marcada por la mayor profundidad de esta pieza. Existen diversas variantes, no bien documentadas en la excavación de 1977.

VASOS DE LABIO EN ARISTA EXTERIOR. En el estrato VI (Fig. 36, 4). Es uno de los tipos mejor conocidos en ésta y en otras especies de cerámica, como las bruñidas a la rueda y las de «retícula». Puede considerarse también como un plato o fuente honda.

VASOS DE LABIO AMIGDALOIDE VERTICAL. Es frecuente en todos los estratos de colonización (Fig. 38, 4). Se caracteriza por su tendencia a la cerrazón de la boca, que se remata con un labio de sección almendrada.

VASOS GLOBULARES DE LABIO REDONDO. Ha aparecido una pieza en el estrato V. Es una variante del anterior, del que se diferencia fundamentalmente por el remate de la boca.

VASOS DE BOCA EXVASADA. Tan sólo tenemos en esta ocasión otra pieza única, correspondiente al estrato VII (Fig. 37, 2). En las excavaciones de 1975 aparecieron fragmentos de este tipo con diversos ángulos de inclinación en el borde, hasta el trazo horizontal. En estas excavaciones ha estado menos representado.

OTRAS FORMAS. Se han encontrado algunos otros fragmentos de perfil difícil de reducir a una forma concreta. Uno de ellos (Fig. 37, 1) parece corresponder a un vaso de galbo anguloso y boca muy angosta. Otro (Fig. 39, 1) puede pertenecer al hombro y arranque del cuello de un vaso más o menos piriforme o de una de las imitaciones de soporte en forma de carrete. Está confeccionado con pasta casi negra y las superficies presentan un bruñido intenso, casi vidriado. El exterior se descascarilla.

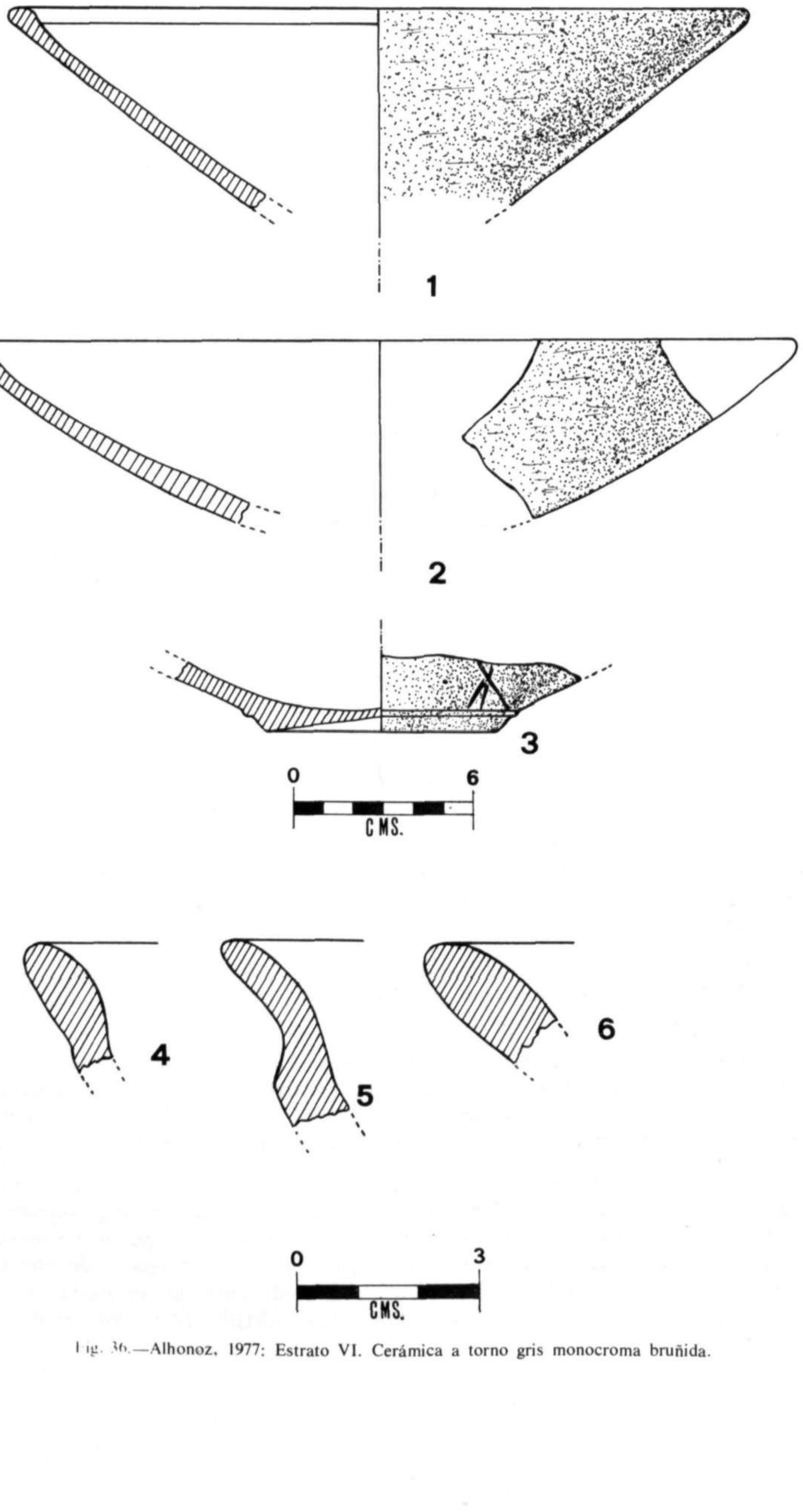


Fig. 36.—Alhonoz, 1977: Estrato VI. Cerámica a torno gris monocroma bruñida.

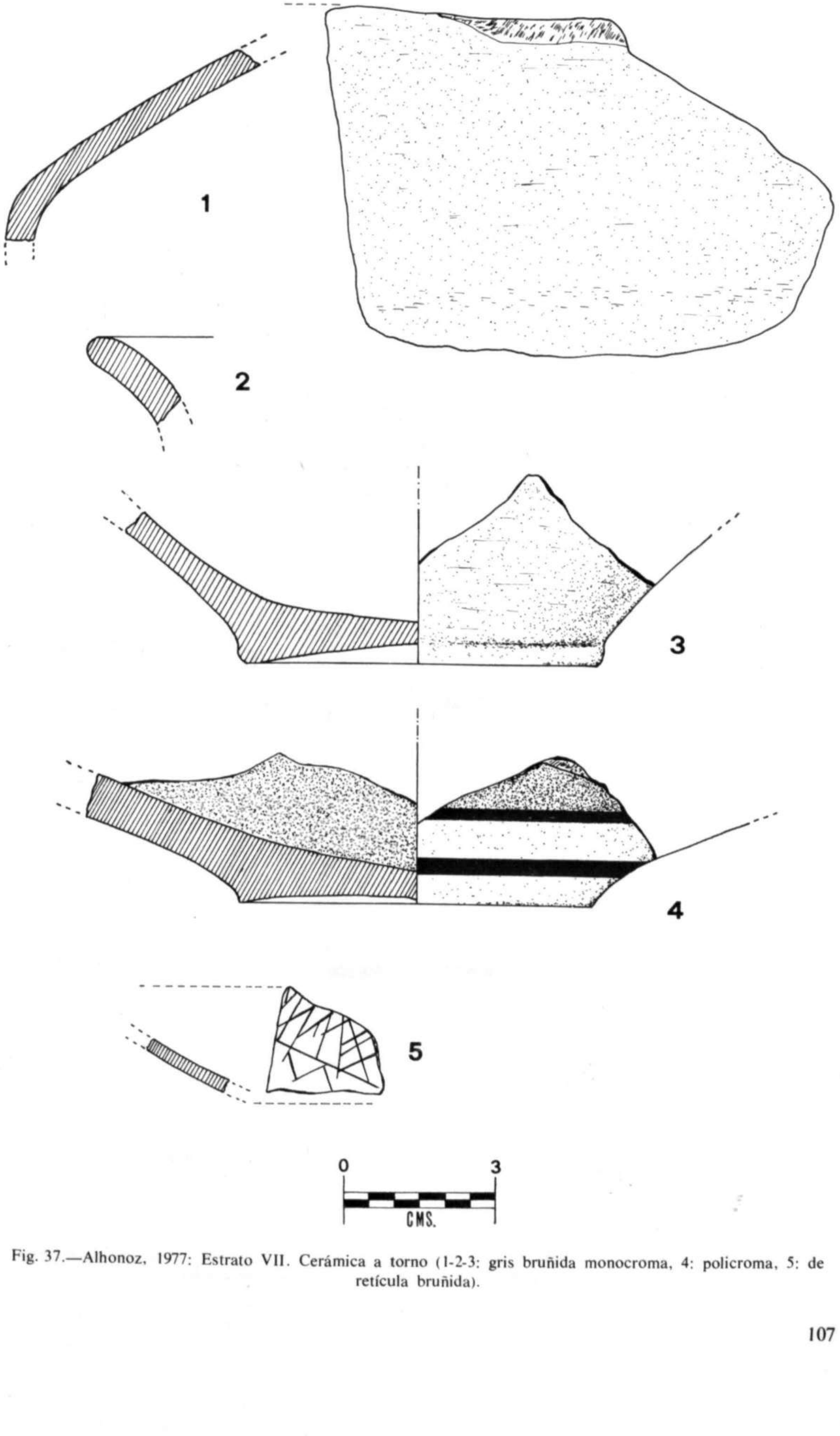


Fig. 37.—Alhonoz, 1977: Estrato VII. Cerámica a torno (1-2-3: gris bruñida monocroma, 4: policroma, 5: de retícula bruñida).

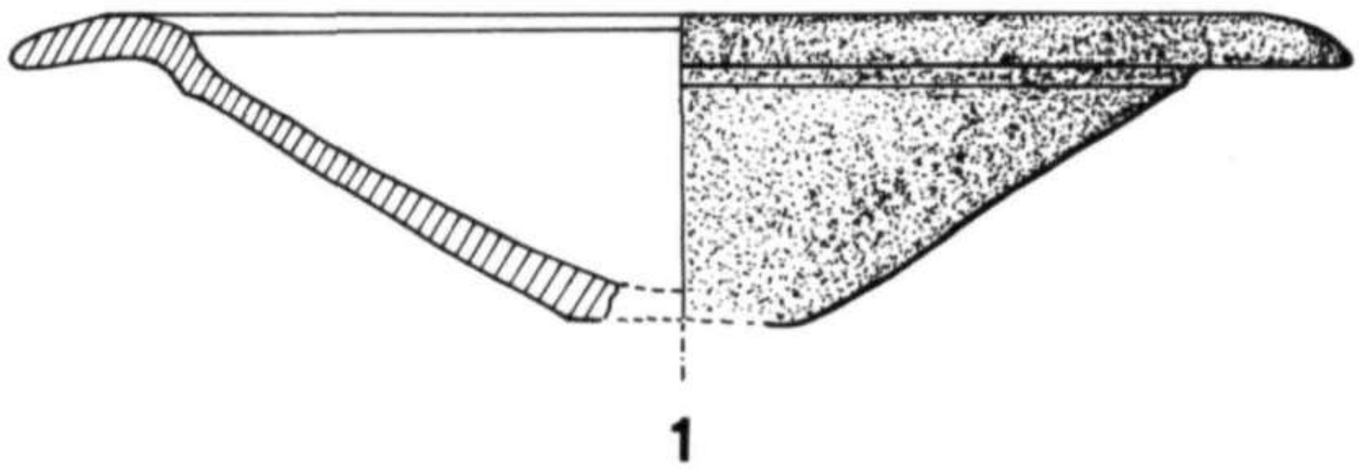


Fig. 38.—Alhonoz, 1977: Estrato VIII (1: plato de barniz rojo, 2-3-4-5-6: cerámica a torno gris monócroma bruñida, 7: borde de un vaso a mano de superficie ocre burda).

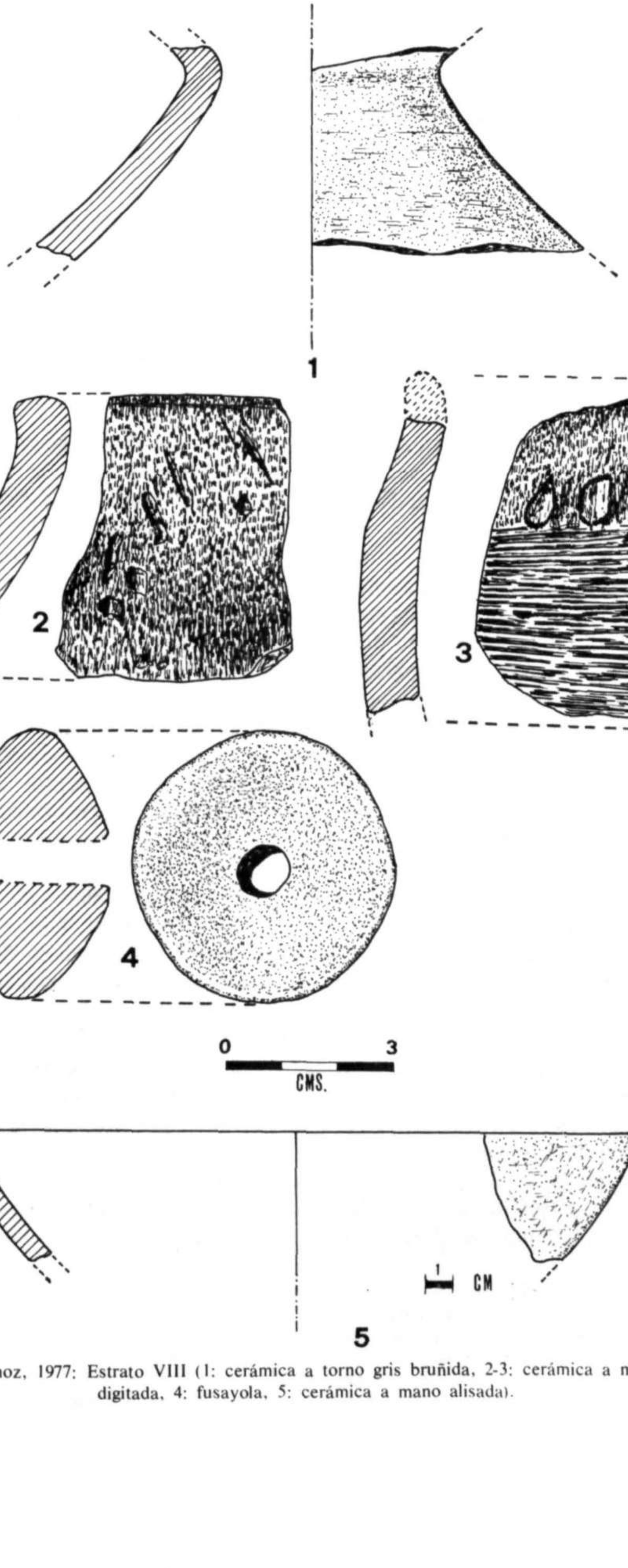


Fig. 39.—Alhonoz, 1977: Estrato VIII (1: cerámica a torno gris bruñida, 2-3: cerámica a mano incisa y digitada, 4: fusayola, 5: cerámica a mano alisada).

Además de estas formas puestas de manifiesto en las excavaciones de 1977, hay que advertir de la presencia en Alhonoz de otros tipos, correspondientes a la cerámica gris a torno, como los platos con el borde en forma de visera exterior, los vasos de perfil corniforme, los vasos y platos de superficie ondulada y las cazuelas con asas horizontales.

14.1. La cerámica gris de Alhonoz en el marco de la arqueología nacional

Según queda puntualizado anteriormente las cerámicas grises a torno constituyen en Alhonoz el elemento que más afinidad estratigráfica presenta con los materiales policromados. Su aparición y desarrollo en este poblado obedece sin duda a las mismas razones y a idénticos estímulos culturales que acarrearon al Valle del Guadalquivir las reiterativas cerámicas pintadas.

Se trata de un ambiente comercial fenicio de mucho peso específico que se enseñoreó en el Mediterráneo occidental y que repercutió considerablemente sobre los hábitats del final de la Edad del Bronce en el valle del Betis en fecha muy temprana.

Pero hay que insistir que se nota la ausencia de sistematizaciones sobre las cerámicas grises, que han pasado en muchos casos inadvertidas a los excavadores o, cuando más, se han tratado marginalmente. Mientras que otra cerámica —la de «barniz rojo»— con la que guarda una evidente relación, ha sido más atendida en los estudios de los arqueólogos, la especie gris es siempre más superficialmente considerada. Y ello es, tal vez, debido al hecho de que, mientras que la cerámica roja, rojiza o de engobe es bastante frecuente en los establecimientos fenicios excavados, la gris es menos abundante o menos diversificada tipológicamente.

En Alhonoz, en cambio, ocurre lo contrario. Los fragmentos de cerámica de «barniz rojo», aunque presentes en las excavaciones, son poco abundantes, en tanto que la variedad gris cuenta con una masiva representación.

No hay ni siquiera en la Arqueología nacional uniformidad en la terminología, llamándosele «gris de costa», «gris focense», «gris de occidente», etc., o buscándole una dependencia más o menos directa con la gris ampuritana, bien estudiada por el profesor Almagro (122), lo que no deja de ser demasiado simplista. Se la ha relacionado con el «buchero eólico gris» (123). El profesor Pellicer niega la identificación de las cerámicas grises de Carmona con las ampuritanas y las relaciona directamente con Jonia y el Mediterráneo oriental (124). Recientemente se ha esbozado la idea de que la cerámica ampuritana y la gris, fabricada por los fenicios, procedan de un tronco común oriental y se diferencien aquí por el empleo de técnicas distintas (125). El profesor Almagro, en fin, atribuye a la cerámica gris un origen en la imitación indígena de productos fenicios costeros (126).

En cualquier caso nos resulta bastante fácil el rastrear los paralelos tipológicos de las cerámicas grises del poblado de Alhonoz dentro del panorama de la Arqueología fenicia de la España meridional. Otra cuestión es la problemática que se plantea

---

(122) Almagro Basch, M.: *Op. cit.*, nota 51.
(123) Villar, F.: *Bul. Arch Marocaine*, 4 (1960).
(124) Pellicer: *Op. cit.*, nota 30, pág. 69.
(125) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17, pág. 80.
(126) Almagro Basch, M.: Conferencia pronunciada en la Universidad de Sevilla el 22 de febrero de 1976.

a la hora de atribuir cronologías, tomando como base los resultados de estas estratigrafías y a la vista de las opiniones de otros arqueólogos.

Si adoptáramos como sistema de búsqueda un criterio radial habría que referirse en primer lugar a los poblados tartéssicos que constituyen el hinterland de Alhonoz en la campiña del Genil; y así vemos desparramadas en superficie cerámicas grises en Los Castellares, Cerro de La Muela, Cerro de La Mitra, Cerro del Castillo, en Aguilar de la Frontera, etc.; es decir, en una serie de hábitats del mismo ambiente arqueológico que Alhonoz, que se desperdigan en la parte sur de las provincias de Sevilla y Córdoba. Así, pues, apunto esta idea —que ya he desarrollado en otros estudios— (127) para evidenciar una vez más el hecho de que Alhonoz no constituye un fenómeno aislado, sino que se inserta en una extensa dispersión de hábitats protohistóricos campiñeses.

Pero vamos a partir desde los focos litorales andaluces, de donde el estímulo colonizador del elemento púnico penetró en los poblados indígenas de la Baja Andalucía:

Destaca el importante núcleo de la zona costera de Huelva, donde los paralelos son frecuentes en los cabezos próximos a la capital: el Cabezo de la Esperanza tiene formas idénticas a los platos grises de Alhonoz (128); asimismo, encontramos paralelos tipológicos en las estratigrafías del Cabezo de San Pedro, donde arrancan desde el nivel IV de Blázquez, Luzón, Gómez y Klaus (129) o desde el estrato XIII del corte I, efectuado por el profesor Fernández Miranda (130). En la necrópolis de La Joya están presentes las cerámicas monócromas grises a torno en el ajuar de la sepultura 3, que ha proporcionado un plato de labio algo reforzado al interior, pie en pequeño talón y fondo levemente cóncavo, en la forma tan frecuente en Alhonoz (131), y que parece asemejarse por su pasta al tipo de barro claro (grupo G. C. de la sistematización realizada con los materiales del corte de 1973-75), que es uno de los de cronología más baja de Alhonoz.

Algo más al interior de la provincia onubense siguen apareciendo las cerámicas grises en una indudable vía de penetración fenicia, observable en las localidades de Niebla o en la finca de Los Millares de la Garzosa, de Gibraleón, donde vemos perfiles de platos de borde sencillo y fondo rehundido (132).

El impacto del elemento humano portador de estas manufacturas es bien visible en su marcha hacia las zonas medias del Valle del Guadalquivir, haciéndose patente en la cuenca minera de Riotinto, donde encontramos formas perfectamente iguales a los platos de borde reforzado interiormente (números 152, 159, 265, 281 y 327 del Cerro Salomón), que son llamados «cuencos» por los excavadores (133) quienes, dando por sentado un origen eólico para la cerámica gris, la consideran difundida por

---

(127) López Palomo: *Op. cit.*, nota 7.

(128) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 115, fig. 20.

Garrido, J. P.: «Excavaciones en Huelva. El cabezo de La Esperanza». *Excavaciones Arqueológicas en España* núm. 63. Madrid, 1968.

Shubart y Garrido: *Op. cit.*, nota 114. Abb. 9.

Garrido y Orta: «Cerámicas prerromanas de Huelva». *Trabajos de Prehistoria*, XXVI. Madrid, 1969.

(129) Blázquez, Luzón, Gómez y Klaus: *Op. cit.*, nota 114.

(130) Fernández Miranda, M.: «Cabezo de El Castillo o de San Pedro y problemas del poblamiento de la actual ciudad de Huelva durante el primer milenio. Avance de su estudio». En *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, 1974, págs. 221-234.

(131) Garrido: *Op. cit.*, nota 114, pág. 18 y fig. 10-1.

(132) Garrido y Orta: *Op. cit.*, nota 93.

(133) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 115, lám. XXI.

el comercio fenicio e imitada por los indígenas de la Península (134), al igual que los platos carenados, también existentes en Riotinto (135).

Pues bien, ya sea en forma de productos originales o de esas imitaciones de que hablan algunos autores, las cerámicas grises irradiaron por toda el área del Guadalquivir, acompañando a otras manufacturas genuinamente púnicas, como las especies polícromas, tan abundantes en todos los yacimientos, las ánforas de orejetas o las cerámicas de «barniz rojo». En ese camino de penetración hay que ubicar otros yacimientos, también de la zona baja del Guadalquivir, como Asta Regia, en que la influencia hubo de ser temprana, y donde vemos algunos tipos, como la cazuela con asas horizontales taladradas verticalmente (136) que, aunque no ha aparecido en la campaña de 1977, es una forma constatada en las excavaciones de 1973-75 y en las de 1978.

Ya en pleno corazón de la campiña sevillana las excavaciones de Carmona y El Carambolo evidencian la repercusión del comercio fenicio, tal vez procedente de la zona de Huelva, que se manifiesta por la cerámica gris monócroma que ahora nos ocupa. En el estrato IV de Carmona empieza a manifestarse la cerámica «gris de occidente» (137) como consecuencia del impacto colonial púnico u oriental que es valorado hacia el 700 a. de C. por el profesor Pellicer (138). El poblado bajo de El Carambolo también ha dado platos de fondo rehundido, a los que el profesor Carriazo atribuye prototipos focenses (139).

Con esto queda señalada la vitalidad de las factorías fenicias de la Baja Andalucía, cuya capacidad de irradiación cultural es evidente. Es difícil de precisar si en la penetración del influjo orientalizante a partir de los focos onubenses existe prioridad en los yacimientos de Carmona y El Carambolo con respecto a los hábitats protohistóricos campiñeses de Alhonoz y su hinterland, pues, admitiendo dicha prioridad por razones de emplazamiento, queda planteado un problema de cronología que de momento no se ve claro.

Lo que parece fuera de dudas es la repercusión de la influencia púnica sobre la zona de Alhonoz en fecha anterior a su llegada a establecimientos cordobeses más septentrionales, como la Colina de los Quemados. Y ello por razones de coexistencia cerámica en los estratos de uno y otro establecimiento, además de por un elemental criterio de situación geográfica.

En los «Quemados» comienzan a aparecer los característicos platos grises a partir del estrato XII, que los excavadores fechan en el siglo VII a. de C. (140), coexistiendo con algunos ejemplares a mano y un mayor número de cerámicas torneadas de otras especies. Sigue manifestándose la cerámica gris en los estratos XI y X —fechados en el siglo VI a. de C.— y aquí de peor calidad, lo que viene a coincidir con lo aparecido en las estratigrafías de Alhonoz.

La cronología propuesta por los señores Luzón y Ruiz Mata para el corte de la Colina de los Quemados no plantea problemas a la hora de interpretar los resultados

---

(134) Blanco, A., y Luzón, J. M.: «Resultado de las excavaciones del primitivo poblado de Riotinto». *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, 1975, págs. 235-247.

(135) Blanco: *Op. cit.*, nota 78.

(136) Esteve Guerrero, M.: «Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campañas de 1942-43». *Acta Arqueológica Hispánica*, III. Madrid, 1945.

Idem: Campañas de 1945-46. Madrid, 1950. En *Inf. y Mem.* núm. 22, lám. VIII.

(137) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39. Abb. 14.

(138) Pellicer, M.: *Op. cit.*, nota 30, pág. 68.

(139) Carriazo: *Op. cit.*, nota 79.

(140) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35.

de Alhonoz. Hay que pensar que en la marcha hacia el norte de los comerciantes púnicos de la costa, o de los propios indígenas, ya influidos por ellos, hubieron de contactar con los poblados del final de la Edad del Bronce del valle medio del Genil en fecha anterior a su llegada a las zonas centrales o septentrionales de la provincia de Córdoba.

Por otra parte hay que tener en cuenta los paralelos que la cerámica gris de Alhonoz presenta con las de los establecimientos coloniales fenicios de la Costa del Sol que fueron, tal vez, los principales centros de irradiación del comercio púnico hacia la campiña del Genil. En este caso es indudable el carácter de prioridad cronológica.

Como el más próximo de los establecimientos fenicios de la costa malagueña hay que citar el de la desembocadura del río Guadalhorce, que es además donde ha sido mejor estudiada la cerámica gris monócroma a torno (141). A pesar de que se observan diferencias entre la descripción de las arcillas de la cerámica de superficie gris de Guadalhorce, que hacen los señores Arribas y Arteaga, y la que conviene para las piezas de Alhonoz, no se puede por menos que señalar la gran analogía apreciable en los fragmentos malagueños y otros del Genil.

En otras excavaciones, también del profesor Arribas en la costa de Málaga, se repiten los mismos platos, como la necrópolis de Frigiliana (142), en cuya extensión del área 16 se ha recogido un ejemplar de labio reforzado interiormente y fondo cóncavo.

También se observan diferencias en la calidad de la pasta, pero similitud en las formas entre algún ejemplar de vaso carenado y borde saliente de Las Chorreras (143) y los tipos de Alhonoz.

Ya desde hace más de una década se tenía constancia de esta clase de cerámica en la importante factoría de Toscanos, donde se constató, asimismo, la presencia de los reiterativos platos troncocónicos de borde vuelto que, no obstante, no fueron suficientemente estudiados (144).

En Trayamar hay también platos grises de borde entrante o sencillo y de borde saliente (145).

Más al interior, en la Alta Andalucía, tienen especial interés las excavaciones de los profesores Pellicer y Schüle, en Galera (Granada). En las dos campañas de excavación de que tenemos noticias aparece la cerámica gris bruñida a torno. A pesar de la parquedad en el estudio de que hacen uso estos investigadores no cabe duda de identificar la cerámica gris pulimentada, que llaman «focense», «gris de occidente» o «gris ampuritana» que aparece a partir del estrato IV-A (campaña de 1962) (146) o del estrato VI de la campaña de 1963 (147), cuya cronología, muy alta, es bastante concomitante con los resultados de Alhonoz.

Señalemos, en fin, la presencia de las cerámicas grises en áreas más al NE, apareciendo en poblados ibéricos como el Macalón (148) o en excavaciones recientes

---

(141) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17, págs. 76-80.
(142) Arribas y Wilkins: *Op. cit.*, nota 27, fig. 18.
(143) Aubet: *Op. cit.*, nota 111, fig. 21.
Aubet, Mass-Lindemann y Schubart: *Op. cit.*, nota 101. Abb. 6.
(144) Niemeyer, Pellicer y Schubart: *Op. cit.*, nota 98.
(145) Schubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 77, lám. VII.
(146) Pellicer y Schüle: «El cerro del Real (Galera, Granada)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 12. Madrid, 1962, lám. VIII.
(147) Pellicer y Schüle: *Op. cit.*, nota 32, fig. 10.
(148) García Guinea y San Miguel: *Op. cit.*, nota 59.

de la localidad alicantina de Crevillente, de donde he tenido ocasión de ver personalmente platos grises de tipología idéntica a los tan frecuentes en Alhonoz y, lo que es más interesante, de calidades de arcilla exactamente iguales a los de este yacimiento, por lo que no parece razonable atribuir origen en imitaciones locales a estos productos que aparecen en áreas geográficas tan distantes.

Siguiendo en esta dirección NE podemos comprobar la presencia del comercio fenicio, portador de cerámicas grises, que penetra en el Ebro desde el siglo VII a. de C., según el profesor Maluquer (149).

En cuanto a la expansión por la zona NW podemos rastrearla a través de los hallazgos del profesor Almagro Gorbea en la necrópolis de Medellín (150), en que la cerámica que nos ocupa aparece asociada a las especies pintadas o de barniz rojo y presenta formas muy semejantes a los platos y vasos ovoides de las estratigrafías de Alhonoz.

Vista así la distribución de las cerámicas grises a torno en la España meridional y sus afinidades con los ejemplares frecuentes en el Genil medio, resta establecer una cronología para estas últimas, a la vista de las estratigrafías de que disponemos, que de momento únicamente son las efectuadas en Alhonoz.

Así, pues, en este intento de fechación tengo en cuenta no sólo los resultados de la campaña de 1977, sino todas las secuencias que se han presentado desde la iniciación de los trabajos de 1973.

El momento inicial de la presencia de cerámicas grises en el poblado de Alhonoz no se puede rebajar más acá de una fecha que se puede fijar con bastante fiabilidad hacia el paso del VIII al VII e incluso en el último cuarto del siglo XIII a. de C. Y apoyo esta datacación en razones de coexistencia cerámica. Efecticamente, de acuerdo con los hallazgos constatados en este yacimiento, vemos aparecer las cerámicas grises en los mismos horizontes que los platos y vasos bruñidos a la rueda, pero de características muy semejantes a las mejores especies de las cerámicas bruñidas a torno grises, junto con materiales a mano («retícula bruñida»), superficie burda, etc., del «Horizonte cultural indígena de Alhonoz», que no se puede fechar más abajo del siglo VIII, y del plato de «barniz rojo» número 1 de la figura 38, cuya cronología —de acuerdo con las conclusiones recientes de Schubart— es bastante acorde con los resultados de Alhonoz, si partimos de la base de que el influjo fenicio se dejó sentir en la campiña del Genil, aunque tímidamente, en una fecha bastante precoz en relación con las fundaciones costeras andaluzas, de donde procede.

Por ello, partiendo de las conexiones de estos primeros elementos colonizadores con Huelva, parece razonable adelantar algo la cronología propuesta por diversos autores para los productos onubenses que, aunque irradiaran inmediatamente de su aparición costera hacia las zonas interiores del Guadalquivir, hay que suponer un lapsus de tiempo superior al que resultaría de aceptar la data propuesta por Blázquez, Luzón, Gómez y Klaus (151), quienes fechan su estrato IV (donde aparecen las cerámicas grises) en el 700 a. de C. Así, pues, es preferible aceptar la fecha algo más remota, esbozada recientemente para los productos de Huelva (152). Desde esta perspectiva no existen desfases en cuanto a las datas propuestas para los ejemplares

---

(149) Maluquer, J.: «Los fenicios en Cataluña». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 241.250.

(150) Almagro Gorbea, M.: «La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura». NAH, XVI. Madrid, 1971.

(151) Blázquez, Luzón, Gómez y Klaus: *Op. cit.*, nota 114.

(152) Fernández Miranda, M., y Belén, M.ª: «Huelva y el valle del Guadalquivir». VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. En prensa.

del estrato IV de Carmona por el profesor Pellicer, en torno al 700 (153) o la cronología del siglo VII para el estrato XII de la Colina de los Quemados (154).

En unas fases posteriores (siglos VII-VI) hay que situar la llegada masiva a Alhonoz de manufacturas grises a torno, que se manifiestan en los estratos intermedios del corte de 1977, en que asistimos, junto a una preponderancia clara de los característicos platos de borde reforzado, a una cierta diversificación de las formas, tal vez como consecuencia de importaciones de distinto origen, dentro de los mismos intereses comerciales. Así lo atestiguan las similitudes, ya vistas, con los productos de la costa malagueña y del yacimiento de Galera.

El carácter transicional, como cruce de caminos, receptor y transmisor de influencias extranjeras que, desde la Prehistoria, tienen las campiñas del Genil (155), cobra en estos momentos especial vigor y vemos repercutir sobre el poblado protohistórico de Alhonoz y los yacimientos de su hinterland un fuerte estímulo colonizador que llega casi a hacer desaparecer los vestigios de la cultura indígena.

15. CERAMICAS MODELADAS INDIGENAS DE ALHONOZ. AVANCE A UNA SISTEMATIZACION TIPOLOGICA

La excavación de la cuadrícula planteada en las campañas de 1973-75 ofreció, en líneas generales, unas secuencias bien distintas a la que se ha obtenido con el sondeo del corte de 1977. En aquel caso fueron abiertas nueve catas, como ya quedó indicado al principio. En ellas, según el resumen propuesto en el capítulo 5, el estrato de mayor entidad fue lo que denominamos en aquella ocasión como NIVEL DE REFERENCIA.

Acompañando a este estrato fueron recogidos «in situ» importantes lotes de cerámica, casi toda a mano, que han sido identificadas como pertenecientes a unos horizontes perfectamente encuadrables en las últimas fases de la Edad del Bronce que, en estas campiñas, ofrecen unos caracteres marcadamente localistas, aunque conexionados con otras áreas, como luego se verá. Esta ha sido, sin duda, la aportación más interesante de los sondeos de 1973-75 a la Ciencia Arqueológica, para el conocimiento de los últimos destellos de la Edad del Bronce en Andalucía. Se ha podido completar una extensa tipología de formas de un solo yacimiento, que hasta ahora apenas existía. Formas que se venían insinuando en otras excavaciones, pero que raramente se conocían completas. Sobre estos materiales se ha dado cuenta en la bibliografía que cito al principio de la presente memoria, pero vale la pena mencionarlos ahora porque en la excavación de 1977 han salido fragmentos paralelizables, aunque en una proporción mucho más reducida, y sin ninguna forma completa, lo que no es demasiado inconveniente, puesto que ya se conocían de antemano.

En el corte de 1977 ha sido localizado lo que anteriormente veníamos denominando NIVEL DE REFERENCIA en el punto secuencial correspondiente al estrato VIII, a 4,5 m de profundidad, con lo que se ha podido establecer una más completa sucesión estratigráfica hasta la superficie y conexionar los resultados de ambos cortes.

---

(153) Pellicer: *Op. cit.*, nota 30.
(154) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35.
(155) López Palomo: *Op. cit.*, nota 7.

Las características morfológicas y los ajuares obtenidos en este estrato VIII son idénticos a lo que ya era habitual en los sondeos anteriores.

Por ello al hacer la discriminación tipológica de los materiales cerámicos, ahora aparecidos, he de tener en cuenta el conocimiento previo de los mismos, y su descripción será más completa de lo que en las ilustraciones de 1977 se incluye.

Hay que decir, por otra parte, que, aunque el mayor impacto de las cerámicas modeladas que ahora nos ocupan se presente en el estrato VIII, se aprecia una cierta perduración que va decayendo al superponerse la estratigrafía y que se materializa por la aparición de algunos fragmentos de cerámica a mano en los niveles de colonización en que el desplazamiento en las técnicas tradicionales de elaboración cerámica ante la llegada de productos a torno es un hecho paulatino, viéndose la coexistencia de ambas técnicas en los estratos intermedios de esta secuencia (VI y V), con una clara disminución estadística de los ejemplares a mano en el nivel V (Fig. 35) en relación a lo que se observa en el VI. Incluso en los arranques de la Cultura Ibérica de Alhonoz (estrato IV) pueden observarse aún leyes atisbos de una técnica ya desfasada y en franco retroceso ante la producción masiva —y ya local— de cerámicas torneadas.

Pero en esta pervivencia de la técnica del modelado no se aprecia evolución tipológica alguna, sino una simple degeneración y abandono, propio de una fase de decadencia artesanal.

De acuerdo con el lote de cerámicas a mano recogido en esta última campaña entre los estratos IX al IV se puede establecer la siguiente división:

A) SUPERFICIE ALISADA

Es la de mayor representación del lote. Su barro es de consistencia terrosa, en colores ocres o grises, con grueso núcleo negro, consecuencia de una cocción a bajas temperaturas. Su pasta contiene abundantes gránulos de cuarzo, mica y otros desgrasantes, a veces hasta restos de gravilla del río, lo que denota a las claras el punto de ubicación de las canteras. Las superficies tienen diversas gradaciones, desde el simple alisado hasta el espatulado e incluso el bruñido. En ocasiones este alisamiento exterior sólo afecta a la parte superior de la pieza, quedando el resto rugoso.

Los tipos hallados se pueden sintetizar de la siguiente forma:

GRANDES VASOS

Son elemento base de los ajuares de estos pastores agricultores y lo más sobresaliente por su tamaño. Presentan una gran monotonía en cuanto a la forma. Esta es invariablemente ovoide, aproximadamente en sus dos tercios inferiores, con fondo plano de pequeño diámetro. El tercio superior es de extraordinario desarrollo, con una línea de carenación de la que parte un cuello muy amplio y acampanado. Es una forma de gran esbeltez que, en contrapartida, le proporciona una gran inestabilidad por el contraste entre lo angosto de la base y lo amplio de la boca. Estas piezas habrían de colocarse clavadas en el suelo para evitar su ruptura, lo que no siempre se consiguió, pues aparecen frecuentemente recompuestas, con perforaciones para lañado. Ello las invalida como contenientes de líquidos, por lo que su reutilización hay que sospecharla como pequeños silos caseros. Su altura —en los ejemplares reconstruidos en las primeras excavaciones— oscila entre los 60 y 96 cm.

La decoración que se aplica a estas vasijas se reduce a motivos triangulares, incisos sobre el borde o a partir del hombro y hacia la panza. Las zonas delimitadas por estas incisiones están bruñidas o pintadas a la almagra alternativamente. Como regla general en los ejemplares bícromos la decoración de pintura roja afecta a la mitad inferior, estando el resto del vaso, es decir, la boca y parte del hombro, alisado más o menos intensamente hasta llegar en ocasiones al bruñido. La pintura suele estar deslucida y se desprende al menor contacto. Al levantar los fragmentos que descansan «in situ» sobre el suelo dejan su impronta cromática. El bruñido adopta una coloración más o menos beige o gris plomiza, en algunos lugares llega a presentar unas características muy semejantes a los temas reticulados con una trama, fruto del espatulado, que confiere unas características muy interesantes, emparentando a estas grandes vasijas con los más antiguos ejemplos de la cerámica de «retícula bruñida».

VASOS MEDIANOS

Son una repetición a escala de la forma ya descrita, por lo que no vale la pena insistir en más detalles. Tiene menor representación numérica que las vasijas grandes.

PLATOS Y FUENTES

Se incluye en este apartado un importante conjunto que se podría diversificar más, aunque lo englobo así, como concesión a la brevedad.

La calidad del barro es similar a la de los vasos. En general muy deleznable, de cocciones defectuosas, y la mayor diferencia obedece, más que al empleo de arcillas distintas, a la diferente intensidad de cocción como consecuencia del distinto tamaño de las piezas. Las superficies son simplemente alisadas o intensamente bruñidas.

Su tipología se puede sintetizar así:

Ejemplares troncocónicos: En ellos se comprenden los platos y fuentes que tienen como característica común el fondo plano y el perfil con dicha traza. El borde, en cambio, es más variable: borde sencillo o labio reforzado interiormente.

Escudillas: Son una variante de los anteriores, con la única diferencia de presentar un perfil más abierto, en forma de casquete y sin solero. Su forma se asemeja a la especie gris a torno.

Platos carenados: La línea de carenación se traza aproximadamente hacia la mitad de la pieza, dividiéndola en dos partes, la inferior en casquete y la superior exvasada (Fig. 40, 6). A éstos hay que añadir algunos ejemplares en los que la carena está situada junto al borde.

CUENCOS

No hay en ellos diferencias apreciables en cuanto a la calidad de la arcilla y el tratamiento de las superficies, con respecto a los platos y fuentes. Su característica más destacada es la tendencia a la cerrazón de la boca, lo que le proporciona un aspecto globular. En algún caso presentan un labio de sección amigdaloide (Fig. 40, 1).

En esta tipología, apreciable en el conjunto de materiales del corte de 1977, están ausentes algunas formas que se presentaron en anteriores excavaciones, tales como los grandes vasos con asas desde el borde, las fuentes de borde con prominencias

picudas, los platos con fondo de «onphalos», los cuencos con fondo de «onphalos» y asas de muñón junto al borde, taladradas verticalmente, los soportes de carrete y las cucharas. Ejemplares, todos, pertenecientes en su totalidad al ambiente cultural de finales de la Edad del Bronce en la campiña del Genil y que menciono como complemento a la reducida tipología que ha deparado la excavación que nos ocupa.

B) SUPERFICIE BURDA, ARAÑADA Y DIGITADA

Se presenta invariablemente asociada, aunque en menor proporción, a la variedad lisa y aproximadamente en la misma cadencia estratigráfica. Es, pues, un elemento inseparable de los materiales alisados del «Horizonte cultural indígena de Alhonoz».

Tiene un aspecto tosco, con superficies en tonos cenicientos, ocres o negruzcos; apareciendo en ocasiones requemadas como consecuencia de su utilización como piezas de cocina. A veces presentan el exterior fuertemente arañado con cierta regularidad, otras están escobilladas con la intención de proporcionarles un tacto más rugoso, otras, en fin, tienen la superficie simplemente irregular, como de «pasta de higo».

Las fracturas presentan el característico núcleo negro, por el empleo de bajas temperaturas en su cocción y las arcillas empleadas en su elaboración no difieren de las calidades propias de la cerámica de superficie lisa.

Su forma se inscribe casi totalmente dentro de la olla globular cuyo tamaño no supera los 35 cm, siendo lo más frecuente los ejemplares en torno a los 20 cm.

Dentro de la común denominación de ollas se aprecian variantes, referidas a la forma del borde: éste se presenta, en lo más frecuente, levemente proyectado hacia atrás y con hileras de impresiones digitales o incisiones profundas, próximas (Fig. 39, 2 y 3). Es menos frecuente la forma globular con el borde remetido.

A esta forma común hay que añadir un ejemplar de vaso mediano, recogido en las excavaciones de 1973-75, con una fuerte carenación y boca en campana.

15.1. Conexiones del horizonte indígena de Alhonoz

Observadas aisladamente del contexto arqueológico en que aparecen las cerámicas indígenas del «Horizonte Alhonoz» causan una impresión errónea de excesivo arcaísmo, que no tiene justificación cuando se estudian en función de su estratigrafía. Esa apariencia de excesiva antigüedad ha confundido a algunos investigadores cuando se han planteado el problema del encuadre histórico de los lugares en que están presentes estos materiales. En este sentido es justificable el error —ya referido al principio de esta obra— en que parecen incurrir los autores del «Catálogo» de la provincia de Sevilla cuando creen identificar como pertenecientes a la Cultura Argárica determinadas estaciones como Cabeza del Obispo, en el término de Santaella (Córdoba) o la Isla del Castillo y el Cerro de la Atalaya, en la campiña astigitana, de acuerdo con fragmentos de cerámica a mano pertenecientes a «grandes vasijas de cuello troncocónico con marcada tendencia a volver hacia afuera y panza redondeada, marcándose netamente la separación entre ambas partes del vaso» (156).

---

(156) Véase nota 13.

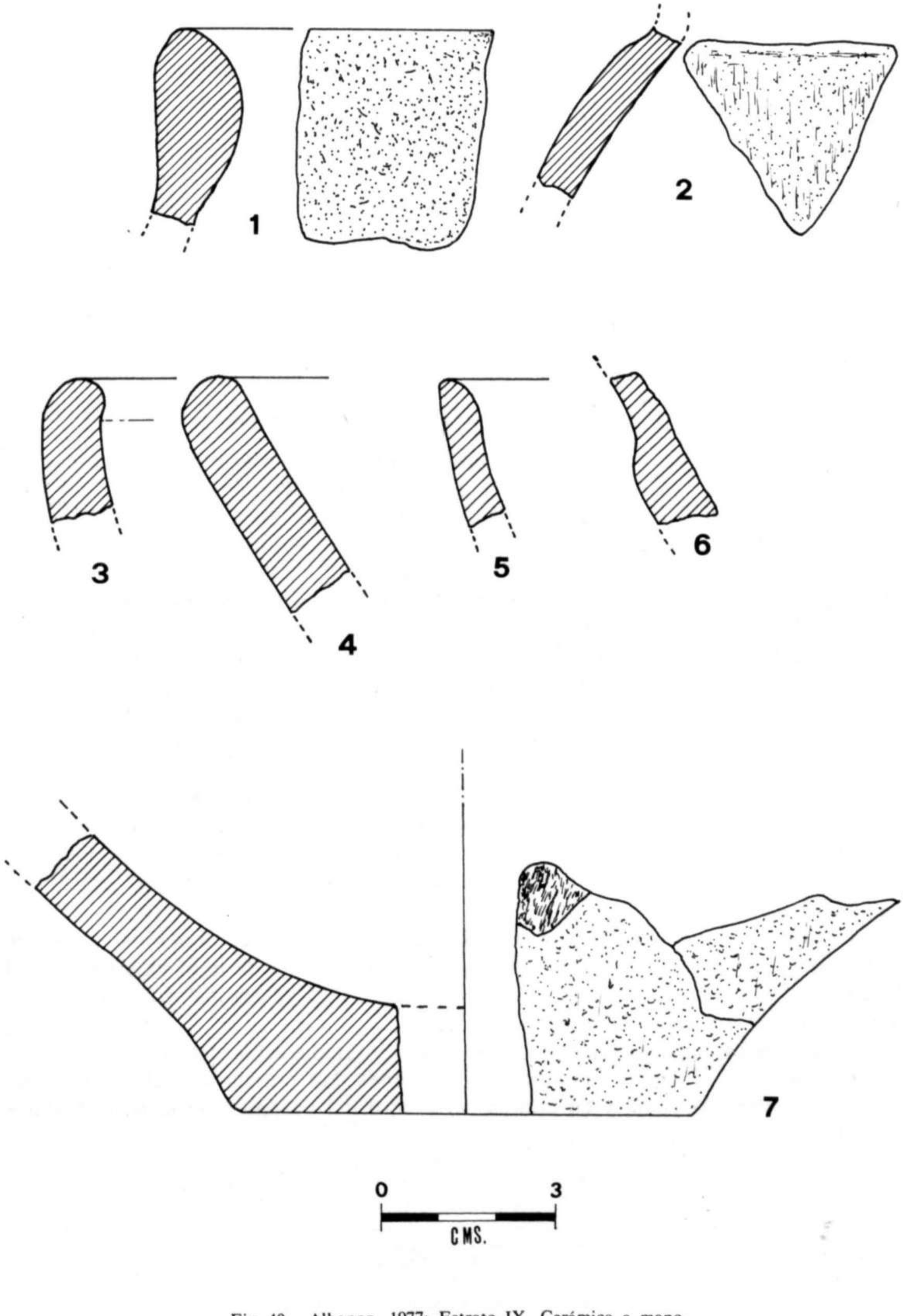


Fig. 40.—Alhonoz, 1977: Estrato IX. Cerámica a mano.

La ausencia de estratigrafías y el desconocimiento general de la protohistoria del Genil medio en la fecha en que esta obra fue redactada hacen comprensible que, incluso personas del prestigio de los autores del «Catálogo», que patearon palmo a palmo el terreno y que se trazaron la investigación con seriedad y rigor, incurran en esos errores de apreciación. Porque parece evidente, ante la descripción anterior, que están refiriéndose a los grandes vasos que han aparecido en los estratos del Bronce final del poblado de Alhonoz, y no precisamente a cerámicas argáricas. Pero la cuestión es que estos grandes vasos tienen una cierta semejanza tipológica y material con las grandes vasijas frecuentes en plena Edad del Bronce. Que esta semejanza obedezca a antecedentes remotos de la Cultura del Argar (157) es una cuestión y otra muy distinta su identificación, sin más, dentro de la época de pleno Bronce. Caso de que esa inspiración argárica operara sobre los artesanos del final de la Edad del Bronce del valle medio del Genil sería como consecuencia de un precedente muy distante en el tiempo, con saltos cronológicos o como consecuencia de una evolución «in situ». Pero todo esto son especulaciones que de momento carecen de base y que habrá que replantearse para confirmarlas o rechazarlas cuando las estratigrafías en esta zona releven a Alhonoz del papel que actualmente tienen de «caso aislado» en la investigación.

Independientemente de los paralelismos tipológicos —que evidentemente existen— lo primero que se observa tras el estudio de las cerámicas a mano del HORIZONTE ALHONOZ es su acentuado carácter localista. Se trata de los elementos más genuinos de la cultura material de unas gentes que habitaron el Valle del Genil medio en las últimas fases de la Edad del Bronce y que constituyeron un importante centro de producción de alimentos, dentro del hinterland agropecuario del emporio tartéssico. En ese supuesto no es casual que los principales paralelos de estas cerámicas se hallen precisamente en los propios hábitats campiñeses de las provincias de Sevilla y Córdoba y que, relacionados con Alhonoz, se puedan contar casi una decena de yacimientos de esta campiña en los que es frecuente encontrarse en superficie cerámicas idénticas a las que ahora nos ocupan (Aguilar, La Muela, Castellares, La Mitra...).

Pero centrando la búsqueda de paralelos en lo que puede rastrearse ante la bibliografía existente vemos confirmarse la presencia de estas cerámicas en Aguilar de la Frontera, donde se conocen hace tiempo en prospecciones superficiales las cerámicas digitadas, que han querido relacionarse con «infiltración de gentes del norte» (158).

Pero dejando a un lado la procedencia de estos materiales digitados, cosa que por ahora no está clara, no deja de ser significativo el hecho de que, ya a finales del siglo pasado, llamaran la atención de Bonsor, quien incluye algunas formas precisamente dentro de su «poterie indigène» (159).

Uno de los principales lugares donde han aparecido estas cerámicas incisas o pellizcadas ha sido el Cerro Salomón (160), quienes dan noticia de hallazgos semejantes «en los dos extremos y en puntos del centro del triángulo de la Baja Andalucía» (161).

---

(157) López Palomo: *Op. cit.*, nota 7.
(158) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 115: «Panorama tartéssico...», pág. 123.
(159) Bonsor: *Op. cit.*, nota 19, figs. 52 a 80, pág. 109.
(160) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, núms. 4, 5, 14, 28, 31, 41 82...
(161) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 115: «Panorama tartéssico...», pág. 126.

Documentada bibliográficamente, aunque con un extraordinario error de cronología, está la cerámica «esgrafiada» en el yacimiento de Asta Regia (162).

Los cabezos de Huelva también tienen su resonancia en éstos, como en tantos materiales paralelizables del poblado de Alhonoz, apareciendo las características ollas globulares, decoradas con pellizcos, en San Pedro (163) y en La Esperanza (164).

Estas formas no parecen encontrar repercusión en El Carambolo (165), no dejando de ser extraña esta circunstancia de excepción en el Valle del Guadalquivir, pues están presentes en la zona próxima de Carmona. En el estrato IV de este yacimiento aparecen restos de ollas de perfil semejante al que nos ocupa (166), pero con ciertas diferencias de decoración que se aplica, también próxima al borde, pero en forma de cordón con hendiduras oblicuas. Uno de los yacimientos campiñeses donde las ollas digitadas están documentadas estratigráficamente es la Colina de los Quemados (167), apareciendo en contextos fechados por los excavadores en el siglo VII a. de C. Los autores de esta estratigrafía apuntan la idea de una «producción casera en el ambiente fenicio» para esta cerámica. Efectivamente estos materiales están presentes en yacimientos púnicos de la costa malagueña (168), e incluso se han recogido ejemplares muy parecidos en factorías norteafricanas de la región de Tánger (169), en Mogador (170) y, bastante bien representados, en Mersa Madakh (171).

Así, pues, ante esta variedad cerámica se presentan opiniones contrapuestas en cuanto a su origen. Por un lado, los que piensan en una procedencia indoeuropea y, por otro, los que pretenden traerla de los ambientes fenicios occidentales.

Pues bien, a la vista de los resultados de las excavaciones de Alhonoz no parece razonable tomar partido resuelto por ninguna de ambas hipótesis, y menos aún por la última. Parece ser que, independientemente de inspiraciones más o menos directas que bien pudieran entroncarse con el mundo indoeuropeo, por migraciones antiguas hacia el Valle del Guadalquivir, no se presenta como aceptable la teoría del origen púnico para unos productos cuya elaboración contrasta, vivamente, con la gran cerámica torneada del mundo fenicio occidental. Hay que pensar que la presencia de estas especies burdas modeladas en las factorías costeras andaluzas o africanas obedece a un lógico movimiento de reflujo comercial que, al igual que traía al Guadalquivir sus platos de «barniz rojo» y sus urnas policromadas, llevaría de regreso productos indígenas de la campiña, envasados precisamente en estos humildes recipientes.

Así se explica que aparezcan sus restos en áreas geográficas tan distintas, de igual forma que aparecen otros productos tan indiscutiblemente pertenecientes al «Horizonte indígena de Alhonoz», como las cerámicas de superficie alisada, propias de los grandes vasos de cuerpo globular y cuello acampanado. En el Museo de

---

(162) Esteve: *Op. cit.*, nota 136; campañas 1945-46, lám. V. Les llama «de comienzos del Bronce mediterráneo I».

(163) Blázquez, Luzón, Gómez y Klaus: *Op. cit.*, nota 114. En el nivel IV.

(164) Schubart y Garrido: *Op. cit.*, nota 114. Abb. 12.

(165) Carriazo: *Op. cit.*, nota 79.

(166) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39. Abb. 14.

(167) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35, lám. XVIII. Estr. XII: S. VII. Véase, asimismo, pág. 17.

(168) Schubart, Niemeyer y Pellicer: *Op. cit.*, nota 98, láms. XXI, XXII y XXIII.

(169) Ponsich, M.: «Influences pheniciennes sur les populations rurales de la région de Tanger». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 173-184, lám. VIII.

(170) Cintas, P.: «Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc». Publ du Inst. des Hautes Etudes Marocains, LVI. París, 1954.

(171) Vuillemot, G.: «Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie». Autum, 1965.

Tetuán he podido ver, personalmente, algunos fragmentos de cerámica alisada que parecen recogidos directamente del estrato VIII de Alhonoz, y que proceden de las excavaciones de Lixus. Allí constituyen un hecho excepcional y en la campiña del Genil son elemento base de la cultura material de los pastores-agricultores del final de la Edad del Bronce que, aunque receptores de las nuevas técnicas de fabricación cerámica, también tenían cierta capacidad de emisión.

Estos grandes vasos de superficie alisada son unas piezas cuyo tamaño les confiere, de por sí, un fuerte localismo, por la dificultad de su transporte. Es posible que fueran modeladas incluso dentro del propio horno en que posteriormente se cocerían.

Pero a pesar de este carácter autóctono no faltan paralelos formales que nos remiten, casi matemáticamente, a los mismos lugares que hemos visto en relación con la cerámica de superficie burda.

Se parecen bastante a la gran vasija que, procedente de Riotinto, se conserva en el Museo de Sevilla (172), con excepción de la decoración de triángulos en relieve de esta pieza.

Son similares a algunos ejemplares de El Carambolo, también conservados en dicho museo.

Aparecen en el estrato XIV de los Quemados, con cronología del siglo VIII, concorde con la secuencia de Alhonoz, aunque aquí coexisten con las cerámicas digitadas, mientras que en Quemados éstas se superponen dos niveles más arriba.

Por otra parte el vaso ritual de cerámica a mano de la tumba 2 de La Joya (173) es de tipología idéntica a los vasos más genuinos de Alhonoz. También aquí se encuentran cuencos a mano muy semejantes a las escudillas de este horizonte.

Es también otra necrópolis la que tal vez haya proporcionado mayor número de piezas paralelizables con la forma que nos ocupa. Me refiero a la de Setefilla, donde son frecuentes este tipo de vasos (174).

También son conocidas estas formas desde hace tiempo en localidades de Andalucía oriental, como el Cabezo Colorado, de Vera (175), donde es similar incluso la decoración, a base de triángulos.

Las conexiones de este ambiente del Bronce final de la campiña del Genil con zonas de la Alta Andalucía parecen evidentes tras el estudio de determinados elementos cerámicos que, aunque no aparecidos en las excavaciones de 1977, han estado presentes en las campañas anteriores, así como algunos aspectos de la urbanística que se han podido apreciar claramente en las campañas de 1973-75. Así se observa un entronque cultural con Purullena (176), con la urbanística del Cerro del Real, de Galera (177) y con la Fase III de Monachil (178).

---

(172) Blanco, Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 115, núm. 371.

(173) Garrido: *Op. cit.*, nota 114, fig. 8.

(174) Aubet: *Op. cit.*, nota 118, figs. 10, 11, 13 y 14.

(175) Siret: *Op. cit.*, nota 75, fig. 32.

(176) Molina González, F., y Pareja López, E.: «Excavaciones de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)». *Excavaciones arqueológicas en España* núm. 86. Madrid, 1975, págs. 24-25.

(177) Schüle, G.: «Tartessos y el hinterland (excavaciones de Orce y Galera)». Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 15-32.

(178) Arribas, A., y otros: «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce. Cerro de la Encina (Monachil, Granada). El corte estratigráfico núm. 3». *Excavaciones Arqueológicas en España* núm. 81. Madrid, 1974, págs. 140-147.

16. LAS CERAMICAS DE LA PRIMERA FASE DE OCUPACION

Abordo en este apartado el estudio de las cerámicas recogidas en el estrato X de la secuencia de 1977, asentadas directamente sobre la roca madre de los cerros de Alhonoz y correspondientes, por tanto, al primer momento de hábitat.

Sobre materiales correspondientes a este mismo horizonte habrá que volver en los capítulos de la memoria de 1978, puesto que en todas las estratigrafías en que se ha llegado a sondear todos los niveles arqueológicos se han presentado, obviamente, los ajuares del arranque de población de Alhonoz. Y esto con independencia de la superposición de estratos acumulados sobre la primera fase. Lo que no es coincidente en todos los puntos de excavación.

Lo que ahora nos ocupa se trata de un reducido lote de fragmentos (Fig. 41) cuyas características intrínsecas reflejan, en líneas generales, un acusado contraste con los materiales que se les superponen en los estratos inmediatamente superiores.

En comparación con las cerámicas propiamente incluibles en lo que vengo denominando HORIZONTE INDIGENA DE ALHONOZ, que se han estudiado en el capítulo anterior, estas piezas denotan por lo común una elaboración más cuidada, tanto por lo que se refiere al tratamiento de las superficies como a la técnica de ejecución.

Predominan los tonos muy oscuros, en la gama del gris intenso al negro y, en determinados casos, presentan coloraciones achocolatadas. Los exteriores están casi siempre intensamente bruñidos y las superficies dan un bello aspecto metálico brillante.

Pero el dato que causa mayor extrañeza es su confección. En la mayoría de las piezas recogidas parece apreciarse el empleo, por lo menos, de un torno lento en la ejecución del cacharro. No faltan, sin embargo, los cacharros claramente modelados.

Es ésta una circunstancia que causa extrañeza y que no acaba de explicarse. Cómo estos artesanos, si conocían el torno, llegaron a abandonarlo en un estadio cultural posterior. Buscar una justificación en la tipología no es razonable, puesto que, además de los grandes vasos, característicos de la fase posterior, también se fabricaron piezas menores —como en el estadio cultural en que ahora nos movemos— que presentan idénticas posibilidades de ejecución a mano o a la rueda.

Lo único que parece claro es que el rápido proceso de degradación artesanal que presenciamos al observar los materiales del estrato X, en comparación con los de los niveles IX-VIII, pudo ser motivado por el cambio de moda que se operó, como consecuencia de las primeras manufacturas costeras, a torno, que fueran relegando a un segundo plano a las artesanías locales del Bronce final hasta hacerlas desaparecer en los niveles más superficiales. Es éste un intento de explicar este fenómeno de decadencia artesanal, pero que sin embargo deja resquicios abiertos a contradicciones, puesto que en este momento que considero como decadente presenciamos, por contra, una extraordinaria eclosión de las cerámicas a mano en todo el poblado, que es lo que me ha inducido a titular a este ambiente como «Horizonte indígena de Alhonoz».

El conjunto total de las cerámicas recogidas en los estratos de la Primera Fase de Ocupación de Alhonoz es reducido; incluso considerando todos los cortes abiertos en el yacimiento. Ello se debe a que no se ha tomado contacto con la tierra virgen en toda la superficie de las áreas excavadas.

No obstante, con lo conseguido hay materia suficiente para conocer algo sobre

las tipologías, para saber cuáles son las formas que más se repiten y, lo que es más importante, para rastrear los horizontes a que estos ambientes nos remiten.

Las cerámicas a la rueda son, por lo general, pertenecientes a piezas de mediano tamaño. Los ejemplos más frecuentes corresponden a cuencos carenados y labio de sección amigdaloide que adoptan diversos grados de inclinación, proyectándose hacia atrás o presentando trazado vertical. También aparecen platos con labio en arista más o menos marcada (número 3).

Los ejemplares a mano delatan las conocidas tipologías de platos y fuentes hondas, tan frecuentes en el «Horizonte indígena de Alhonoz» (números 4 y 5) y algún ejemplo menos frecuente de vaso mediano con boca acampanada (número 9), aunque siempre de una calidad muy superior a los materiales más abundantes en los estratos superiores.

Más raro es el caso de gran cazuela con borde almendrado y algo reforzado al exterior (número 6), de superficie rugosa y fractura más grosera, que contrasta con lo esmerado de los materiales que le acompañan.

En el mismo estrato han aparecido también algunos fragmentos atípicos de cerámicas más toscas, otras pintadas a la almagra, restos de superficie alisada y muestras de materiales incisos, que se relacionan con lo que es frecuente en los niveles IX-VIII de esta misma secuencia.

Desconocemos por ahora la procedencia del elemento humano que se asentó por primera vez en estas colinas. Es posible que estuviera directamente vinculado con la etnia del bajo Guadalquivir o de la zona de Huelva. Es posible que fuera el resultado de una evolución «in situ» de comunidades preexistentes en el Valle del Guadalquivir durante plena Edad del Bronce que se hubieran asentado en la campiña del Genil en cabañas de poca complicación urbanística. Es posible que estas migraciones procedieran de la Andalucía oriental, donde está mejor documentada la Cultura del Argar, y que, tras un período de desertización, hubieran tenido que bajar a las zonas más llanas y frescas de la campiña sevillano-cordobesa, portando los elementos materiales de una fase epigonal de la Edad del Bronce. Pero en cualquier caso, de acuerdo con el estado actual de la investigación; las interrogantes quedan planteadas y cualquier hipótesis tendrá que ser demostrada en su día mediante aportaciones estratigráficas de éste o de nuevos yacimientos.

De momento lo que sí es patente es la conexión del ambiente cultural señalado por las cerámicas de la primera fase de ocupación de Alhonoz con el estrato 16 de la Colina de los Quemados (179) —con lo que las secuencias aportadas por ambos yacimientos son bastante similares— y con el estrato V del corte de Carmona, siendo bastante similares las cerámicas bruñidas y estando ausente la cerámica de «Boquique», que aparece en Carmona (180) y hasta el momento no está documentada en el Genil.

---

(179) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35, láms. V, VI y VII.
(180) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39, Abb. 15.

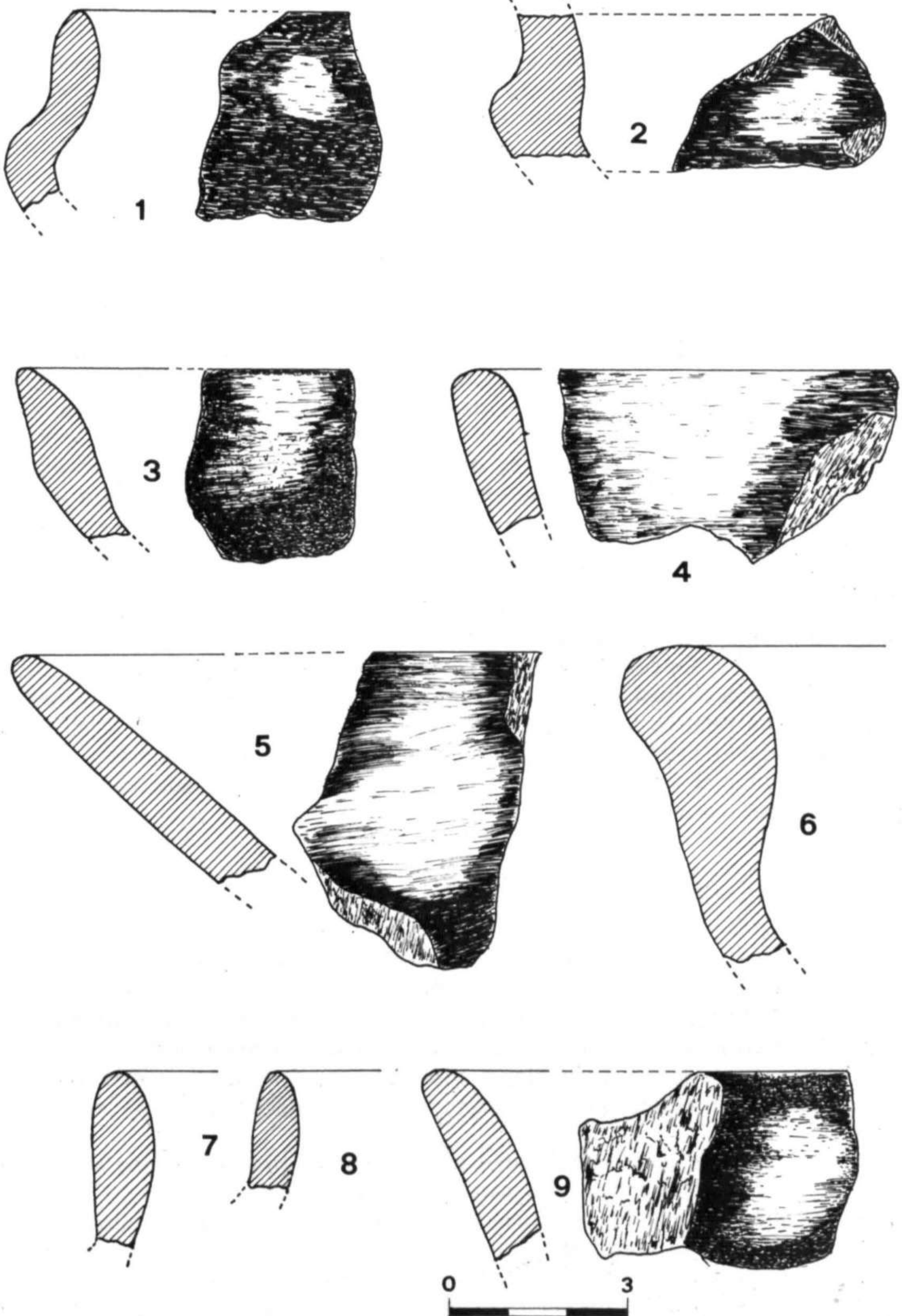


Fig. 41.—Alhonoz, 1977: Estrato X (1-2-3-7-8: cerámica bruñida a la rueda, 4-5-9: cerámica bruñida a mano, 6: borde de gran vaso a mano de superficie rugosa color beige).

17. LAS EXCAVACIONES DE 1978

Los primeros balbuceos de excavaciones en este extenso e interesantísimo yacimiento, que han quedado reflejadas en las páginas anteriores, se han visto en el año 1978 desbordados en sus previsiones.

Efectivamente, comparando las dimensiones superficiales de los cerros de Alhonoz (Fig. 3) con lo que hasta 1977 se había excavado, teníamos la impresión de que únicamente habíamos arañado apenas tan dilatado yacimiento.

Pero la escasez de recursos que hasta la campaña de 1977 habíamos padecido en estos trabajos no guardaron proporción con los resultados que, de forma ubérrima, habían ido deparando todas las excavaciones que en Alhonoz se practicaron.

A partir de 1978 las perspectivas han cambiado radicalmente y en dicho año y, recientemente, en 1979, se han realizado dos nuevas y extensas campañas, ahora con mayores disponibilidades y con un mayor marco temporal en los trabajos, aunque encomendadas de manera exclusiva a mi responsabilidad, en cuanto a la dirección técnica, lo que en ocasiones ha supuesto una dedicación obsesiva y una agobiante labor para poder controlar y poner en orden en todo momento tanto la excavación en sí como los abundantes lotes de materiales arqueológicos que se van inventariando después de cada campaña.

Los trabajos de campo durante la campaña de 1978 han abarcado un extenso espacio de tiempo —desde el 3 de mayo hasta el 15 de septiembre— con una interrupción desde el 17 de julio al 2 de agosto. En consecuencia, ha durado un total de cuatro meses, con la intervención de un término medio de 18 a 20 hombres, financiados con los fondos del empleo comunitario en la provincia de Sevilla.

No obstante este dilatado marco temporal de excavaciones, se pueden sintetizar los trabajos con relativa facilidad.

Se ha dirigido esta labor de campo a la excavación de dos áreas, situadas respectivamente al S y al N del castillo medieval (Fig. 3) que queda así ubicado en medio de ambos cortes y a escasa distancia de ellos.

18. LA EXCAVACION DEL AREA 78-A

Tras la finalización de los trabajos de 1977 quedaron en las paredes del corte claros vestigios que delataban la abundancia del alfar ibérico que había sido excavado en los estratos IV-III-II de dicho corte. Esto ha motivado la codicia irresponsable de los buscadores que proliferan en esta zona de manera inevitable.

La actuación de estos «arqueólogos espontáneos» determinó un deterioro total de las paredes del corte, que quedaron profundamente boqueteadas en sentido horizontal.

En consecuencia, para solucionar este problema se procedió a una ampliación del corte, que fue abierto hacia las partes más deterioradas.

Esta ampliación permitió confirmar la estratigrafía que había sido observada en la campaña anterior. El gran basculamiento de los niveles que habían aparecido en 1977 determinó que los estratos superficiales fueran casi inexistentes en el lado norte, mientras que en el sector sur volvían a aparecer «in situ» de igual manera que el año anterior.

En síntesis, la parte de la secuencia excavada en esta ocasión se presenta de la siguiente forma:

ESTRATO I. Escombros revueltos buzando hacia el sur.

ESTRATO II. Tierra gris eólica bajo la que se presentaron los restos del centro de distribución de cerámica ibérica que se había excavado en el verano de 1977.

En este sector se han localizado nuevas piezas dispersas que habían quedado sin descubrir. No presentaban el grado de hacinamiento que se había observado al excavar el punto focal de este centro de distribución de cerámica. El motivo de esta menor densidad en la aparición de la cerámica obedece a que en su origen la base de este estrato presentaba una acusada inclinación que motivó el que las manufacturas éstas hubieran rodado pendiente abajo y, al mismo tiempo que se dispersaron en el momento de abandono del lugar, se depositaron indefectiblemente en posición invertida, como consecuencia de una mayor estabilidad, que es la colocación que presentaban en el momento de su excavación.

En cuanto a las tipologías apreciadas en estos materiales hay que decir que no ofrecen nada nuevo a lo ya conocido en el amplio lote de 1977. Se trata en definitiva de platos, lucernas y algunas tapaderas ibéricas cuyo estudio tipológico se ofrece detenidamente en la memoria de las excavaciones de dicho año (181), a la cual es necesario remitir. En consecuencia, prescindo de mayores pormenorizaciones acerca de estos materiales en un afán de síntesis y para evitar repeticiones innecesarias.

Descubiertos los restos de la alfarería ibérica en este estrato II no se continúa hacia abajo la excavación, sino arreglando los deterioros ocasionados y dejando testigos (Lám. V-A).

Hacia el lado norte la excavación consistió en dejar al descubierto un muro cuyo arranque se había apreciado en la pared del corte de 1977 y cuyo arranque se relacionaba con el estrato VI de dicha secuencia.

Este muro presentaba una leve inclinación que hizo infundir la sospecha —no confirmada— de que se trataba del horno de un alfar.

Una vez excavado este sector resultó un grueso murallón, cuya cronología hay que deducir de acuerdo con los materiales del estrato VI. Este murallón presentaba en toda la línea descubierta la misma inclinación observada anteriormente, con una altura de 1,15 m en esta primera fase. A partir de aquí se ha asentado directamente otra construcción, que sigue idéntico trazado, y que alcanza una altura de 0,9 m en lo conservado, aunque llegaría hasta la superficie, puesto que se conservan restos de ello en la línea del corte, donde se aprecia una altura de 1,60 m. De esta forma el paramento primitivo y la reutilización posterior, que al utilizarlo como base lo ha recrecido, alcanzan una altura total de 2,75 m.

La estructura de este muro es a base de piedras amorfas unidas con barro. En algunos puntos ha aparecido muy deteriorado y se le observa, asimismo, un boquete circular, probablemente destinado a recibir un poste de madera.

19. LA EXCAVACION DEL AREA 78-B (Fig. 42)

La excavación de este extenso sector ha tenido que ir siendo constantemente replanteada a lo largo de la campaña, de acuerdo con los resultados parciales que se iban presentando.

La metodología propuesta al comienzo de los trabajos consistió en el plantea-

(181) Contenido en la primera parte del presente volumen (excavaciones de 1977).

miento de una cuadrícula rectangular, orientada en sentido E-W en su lado mayor y dividida en seis cuadros de 5 × 5 m de lado, dejando unos pasillos intermedios de 1 m de anchura. Von lo que se cubría una superficie total de excavación de 187 m². Se trataba, pues, de una excavación a la manera clásica, distribuyéndose al personal en cada una de las catas y comenzando a bajar simultáneamente en toda la zona, mediante capas uniformes de 20 cm de espesor.

Esta sistematización de trabajo fue deparando por todas partes la aparición de un grueso estrato de escombros y tierra eólica que colmataban una urbanística, bastante bien conservada, que comenzó a aflorar casi desde la superficie. Era evidente que estábamos en presencia de los restos de un poblado antiguo, cuyas estructuras de viviendas se nos ponían por delante con apenas un barrido de la primera cobertura vegetal.

Ante esta circunstancia, en cierto modo previsible, fue necesaria una reconsideración de los objetivos previos al comienzo de los trabajos, dejar a un lado la intención de sondear —a la búsqueda de la estratigrafía completa en toda la zona— y proceder a una excavación en sentido horizontal con la que íbamos a dejar al descubierto una parte del poblado que allí se hallaba soterrado y cuyos paramentos que estábamos desenterrando correspondían —a tenor de los materiales arqueológicos que los cubrían y de acuerdo con los conocimientos que habíamos podido ir elaborando en las campañas anteriores— a la última fase de ocupación antigua del yacimiento de Alhonoz, en lo que a las colinas del castillo se refiere.

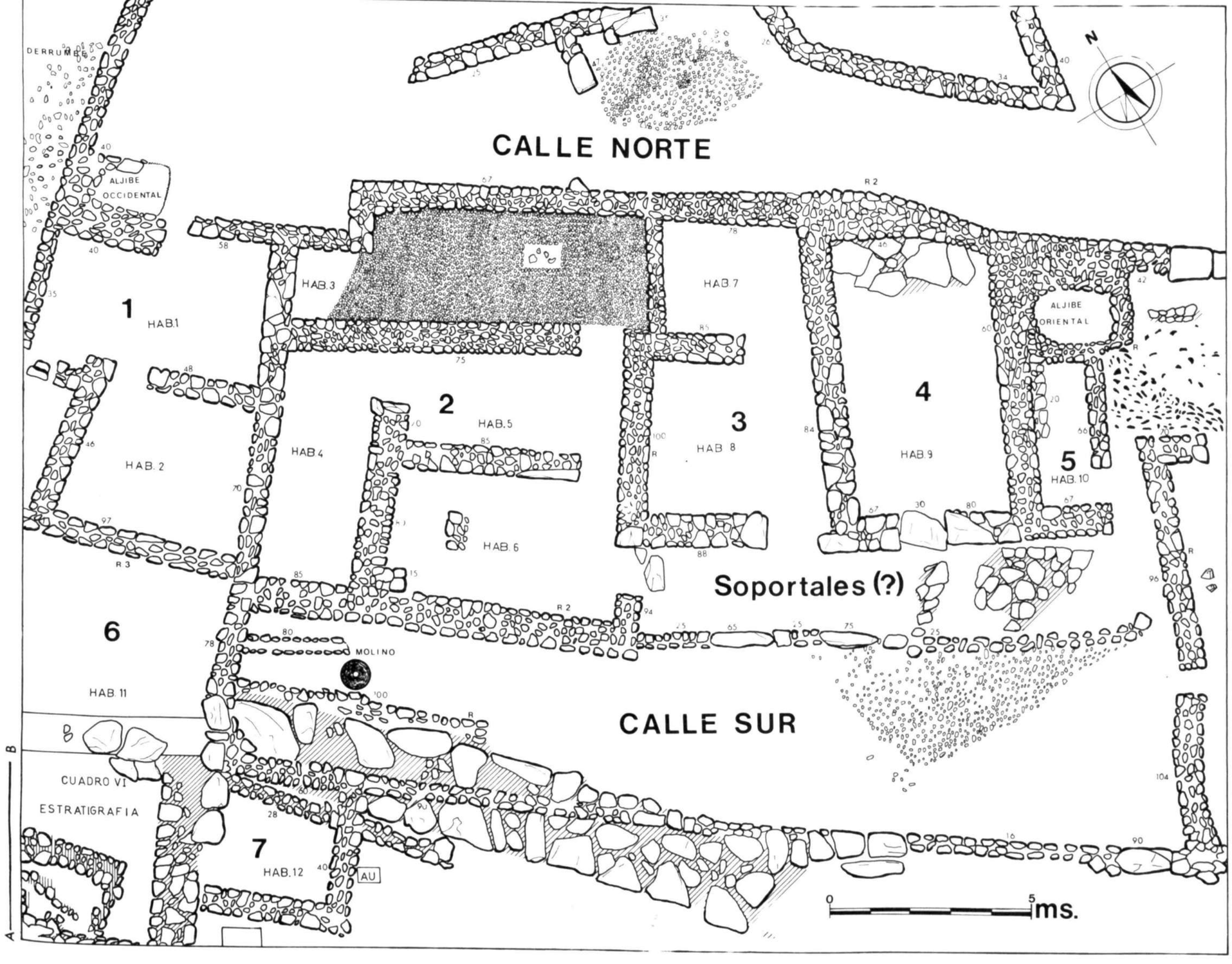
De haber pretendido buscar la secuencia estratigráfica completa en toda el área de excavación hubiera sido evidente que los muros se habrían ido quedando colgados, con el consiguiente deterioro de los mismos.

Por tanto, parecía más razonable —en esta campaña— limitarse a la exhumación sistemática de la urbanística que se nos iba presentando por doquier, llegando hasta la base de los muros y tratar de buscar la estratigrafía total en el cuadro 6, que era, precisamente, el que aparecía más libre de estructuras murales. De esta manera teníamos la posibilidad de encontrar estratos no removidos por edificaciones antiguas, al tiempo que la seguridad de no dañar excesivamente una urbanística que se mostraba harto interesante y cuya demolición no se justificaba en función de la búsqueda de estratos subyacentes, que por otra parte conocíamos en otros sectores del yacimiento y que, en cualquier caso, siempre se está en condiciones de detectar en posteriores campañas.

En consecuencia, se hizo aconsejable proceder a desmontar algunos de los pasillos intermedios para poder establecer la interconexión entre diversos muros que se esquinaban o entrecruzaban precisamente en estos testigos.

Una vez demolidos casi todos los pasillos de servicio, con lo que quedó un área de excavación rectangular de 11 × 17 m se observó que la urbanística aparecida se continuaba hacia los lados NE y NW. Así, pues, para reunir mayores precisiones sobre la traza del poblado que se iba presentando fue necesario proceder a ampliaciones sobre la cuadrícula primitiva hacia esos lados.

A primeros de junio se amplió el área de excavación por el lado NW, en toda su longitud, según un sector de 5 m de anchura y un pasillo de 1 m a todo lo largo. Así quedaba un cuadro de 17 × 17 m. Posteriormente se prolongaron 3 m, sin pasillos de servicio, hacia el NE y NW. La proximidad del castillo por el lado SE y la presencia de un pronunciado talud en el terreno por el lado SW hacían desaconsejable la ampliación del área excavada por estos lados donde, además, era menos elocuente la urbanística que se pretendía estudiar.



EQUIVALENCIAS

- Muros de la primera fase (estr. IV-III)
- Muros de la segunda fase (estr. II)
- Muros de la tercera fase
- Pavimento de piedras
- Cerámicas torneadas "in situ" (base estrato I)
- Cerámicas modeladas "in situ" (base estrato II)
- AU — Pequeñas muestras de oro
- Pondus
- R — Indice de restauracion

Los números junto a los muros indican en cms. la altura

Fig. 42.—Plano general de la urbanística aparecida en el Area B, durnate las excavaciones de 1978.

Teníamos hasta ahora un cuadro general de excavación de 20 × 20 m y una superficie total de 400 m², que casi se duplicaron con la prolongación definitiva hacia el NE en 10 m y al NW en 6, que dieron un rectángulo de 30 × 26 m y un área general excavada de 780 m², que es donde se ha podido apreciar la urbanística que se analiza en el presente estudio.

De forma curiosa hay que hacer observar que en estas ampliaciones, efectuadas sobre la cuadrícula primitiva, casi siempre coincidieron en su línea de corte con la presencia de muros —aparecidos casi desde la superficie—, que seguían, prácticamente, idéntica dirección que las paredes del área de excavación.

En general, el estado de conservación de estos paramentos de muros era excepcional, aunque en determinados puntos aparecían dañados por la parte superior, como consecuencia de los ataques de los arados y por otras remociones motivadas probablemente por el planteamiento en estos lugares de carboneras o fogatas en una época en que probablemente los cerros de Alhonoz estarían en buena parte ocupados por masas forestales de encinas. Así, en el punto de convergencia de los cuadros 1, 2, 3 y 4, era claramente perceptible un grueso manchón carbonizado, que afectaba a una superficie de unos 6 m² y que, después de haber dañado la parte superior de los muros que por allí se entrecruzaban, se había rellenado anárquicamente con una tierra calcinada y cenicienta entre la que se detectó la presencia de tiestos recientes y de algunos objetos metálicos de indudable utilización actual (esquilones, herraduras, etc.).

En otros lugares la erosión había sido más fuerte, siendo el muro que cruzaba, en dirección aproximadamente diagonal, el cuadro 5 el que estaba más dañado y precisamente en ese cuadro una fuerte acumulación de piedras, procedentes de derrumbe, se hacinaban casi en toda la superficie. Era indudable que los materiales de esta construcción habían constituido el principal elemento de soterrado de la misma.

Ante este estado de cosas se procedió a efectuar, de forma simultánea a la excavación, una discreta restauración de los paramentos dañados, siguiendo en su reconstitución idéntico criterio a aquel con que habían sido trazados en su edificación primitiva. Se volvieron a colocar en los huecos que presentaban los muros las piedras que, por lo general, aparecían caídas junto a ellos, sujetándolas con barro como único aparejo. De esta forma estábamos conscientes de no incurrir en excesivo pastichismo, aunque es necesario reconocer que, tanto la restauración que efectuábamos como lor muros que habían aparecido intactos (la mayoría de los descubiertos), difícilmente podrían resistir incólumes simplemente los ataques de los elementos naturales, con tan débil elemento de sangre de las piedras (Lám. V-B. Fig. 42, en que se señala el índice de restauración que se ha aplicado a cada uno de los muros).

Al mismo tiempo, en la esquina sur del área 78-B habíamos dejado aislado el cuadro 6, como única muestra del primer planteamiento de la excavación y se bajaba en él en la búsqueda de una estratigrafía a la que me referiré más adelante.

20. ESTUDIO GENERAL DE LA URBANISTICA DEL AREA 78-B

Probablemente sea el descubrimiento de este extenso sector urbanizado en el área B la más interesante aportación que las excavaciones de 1978 en el yacimiento de Alhonoz van a prestar al conocimiento de la cultura material de los habitantes prerromanos en Andalucía.

Interesa mucho destacar el carácter de contribución, como punto de partida, de este estudio que necesariamente habrá de insertarse en el futuro en otros estudios de mayor ámbito geográfico, una vez que la ulterior investigación vaya permitiendo paralelizar las estructuras urbanas que ahora empezamos a conocer en Alhonoz con otras que, obviamente, han de existir en el gran conjunto de yacimientos ibéricos e iberorromanos que se dispersan por Andalucía, sólo conocidos en prospecciones superficiales o a través de pequeñas catas. Efectivamente, el sector sudoriental de las subbéticas cordobesas es escenario de un gran conjunto de «recintos» ibéricos que fueron en buena parte estudiados (182) y continúan en la actualidad siendo prospectados en superficie, añadiendo nuevos descubrimientos a la ya larga serie que el señor Bernier está elaborando. Por otra parte, la zona de confluencia de la campiña sevillano-cordobesa surcada por la red del Genil es una prolongación no menos fecunda en yacimientos que el sector anterior, como he puesto recientemente de manifiesto (183).

Pero, tanto una como otra, son básicamente conocidas sólo a través de lo que detectan sus materiales de superficie y, aunque es indudable que este extenso repertorio albergará estructuras de ciudades semejantes a la que ahora conocemos parcialmente en Alhonoz, de momento, únicamente poseemos datos fiables en esta última, por lo que es necesario que sea cuanto antes conocida y valorada por la Arqueología.

Independientemente de que analicemos más adelante el horizonte cultural a que nos remite esta urbanística, de acuerdo con los materiales arqueológicos en ella aparecidos, hagamos ahora el estudio global de los habitáculos excavados:

Como queda dicho, en general el estado de conservación en que han ido apareciendo los paramentos murales de estas viviendas se puede calificar de raramente bien conservados.

Los muros han sido construidos a base de piedras calizas de desigual tamaño, informes, aunque presentan una cara plana al exterior. Han sido trabadas con barro y no se le aprecian señales de cimientos.

Algunas de las piedras han sufrido un ligero retoque hasta darle aspecto de seudosillares, con lo que las caras de los muros presentan, pese a la tosquedad de los elementos de construcción, una superficie bastante uniforme.

La traza general de los habitáculos es rectangular y el número de dependencias observables en cada una de las casas oscila de una solamente (casa 4 del plano de la Fig. 42) a cuatro estancias, como en la casa 2, que parece ser la parte fundamental de todo lo descubierto, probable vivienda patriarcal o al menos el centro principal en torno al que se agrupaban el resto de las edificaciones.

A pesar de no haberse apreciado cimentación ninguna en estas casas hay que hacer notar que en algunas ocasiones se observa una clara superposición de éstas a construcciones más antiguas que le han servido de base, con lo que los muros originales han servido de cimientos a la urbanística definitiva que ha recrecido el muro anterior, superponiéndose o entrecruzándose al mismo. Este fenómeno de superposición de unos muros a otros lo veremos más claramente al estudiar las fases de edificación del poblado, observadas en esta campaña.

En el conjunto general excavado en el área 78-B puede apreciarse un núcleo de

---

(182) Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18.
(183) López Palomo: *Op. cit.*, nota 10.

hábitat flanqueado por dos calles situadas, respectivamente, al norte y al sur del mismo y que siguen aproximadamente una dirección E-W (Lám. VI A).

La calle norte no ha podido ser delimitada con seguridad por terminar hacia ese lado la línea de excavación y por ser este sector el punto donde menos potencia presentaba la estratigrafía, apareciendo los muros muy desmontados, con una altura entre 25 y 40 cm en lo conservado, precisamente por haber sufrido un mayor ataque por parte de los arados. No obstante, es indudable de que se trata de una calle, puesto que la principal línea de muros que la delimitan por el sur (casas 2, 3 y 4) presentan en algunos puntos señales de refuerzo, a modo de contrafuerte, señal evidente de que se trata de su cara externa. Por otra parte, el acceso a la casa 2 se hace a través de la calle norte, con lo que queda así esta vivienda pegada a las restantes, pero disociada de ellas, puesto que las demás tienen su acceso por la calle sur.

En algunos sectores de ambas calles se conservan señales de pavimentación a base de piedras calizas amorfas.

La calle sur da acceso a la parte más numerosa de las viviendas, se halla en parte limitada hacia el norte por los restos de un pequeño murete en el que se intercalan de trecho en trecho grandes piedras y se le aprecian señales como de haber recibido rollizos de madera para sostener una techumbre, por lo que parece seguro que se tratara de soportales (Lám. VII A). Al fondo de esta calle (Lámina VII B), está ubicado un molino, de probable utilización comunal, que, en lo conservado, consiste en una pileta de piedra caliza perforada por su base y en cuyo borde superior presenta dos rebajes diametralmente opuestos, destinados a recibir el empiedro giratorio. Junto al molino propiamente dicho un pequeño canal completa todo lo que se conserva de esta industria doméstica (Lám. VII B). En el interior de esta pileta, entre la tierra que la colmataba, se detectaron unas pequeñas bolitas irregulares de barro crudo (Lám. XVI, 4), cuya utilización puede interpretarse en función de algún empleo como instrumentos de contabilidad de la molienda.

A partir de la calle sur y con la pequeña travesía impuesta por los soportales se penetra en las 2, 3, 4 y 5.

La casa 2 es la que presenta un mayor número de dependencias. El cuerpo principal de esta vivienda está constituido por la habitación 6, en cuyo centro conserva una base de piedras de poca altura (Lám. VI B), probablemente destinada a servir de apoyatura a un poste de madera que a su vez sería el soporte de la techumbre, seguramente de cañas o ramaje. Hay que descartar el que estas piedras, situadas aproximadamente en el centro de la habitación 6, fueran destinadas a hogar, pues no presentan la más mínima señal de carbonización; no habiéndose encontrado tampoco hogares en el interior de ninguna de las otras dependencias, por lo que parece probable que encendieran el fuego fuera de ellas. También en el interior de la habitación 6, y en una de las esquinas, hay un pequeño banco de piedras, con 15 cm de altura.

La anchura de los muros que integran las viviendas oscila de 40 cm a 1 m, aunque el ancho más frecuente es de 60 cm.

Por lo general no se aprecia ninguna señal de pavimentación en el interior de las casas, con excepción de algunos pequeños manchones de tierra rojiza-amarillenta (habitaciones 6 y 7) y del rudo piso de piedras calizas en arista viva que cubre casi completamente la habitación 3, con excepción del estrechamiento de su lado W, donde pudiera haber ido colocado un pesebre de madera del que no ha quedado huella. Bajo este supuesto interpretamos la habitación 3 como una cuadra o establo, lo que nos lleva a la coexistencia en el interior del mismo hogar de personas y animales.

Junto a estas características de los habitáculos de Alhonoz hay que destacar la presencia de lo que parece indudable se tratara de dos aljibes situados, respectivamente, en los extremos occidental y oriental del sector norte de la excavación; circunstancia que no parece atribuirse a casualidad, sino que, por el contrario, parece obedecer a un cierto criterio, puesto que al ubicarse estos depósitos para agua en la parte más septentrional de las casas conservarían el líquido a más baja temperatura. Tanto uno como otro estaban revestidos de cal, como impermeabilizante. Pero mientras que en el del lado W ésta cubre casi en toda su superficie interna, en el del lado oriental sólo conserva algunos restos en las esquinas (Lám. VIII A). Precisamente es el aljibe oriental el de más capacidad, próxima a los 1.000 l, con una profundidad casi de 1 m. Adosado a este depósito una pequeña dependencia (habitación 10), provista de una especie de banco corrido a lo largo de la pared, serviría como lugar de acceso al aljibe y el banco sería el punto de apoyatura de los cacharros destinados a contener el agua.

En ninguna de las dependencias excavadas se han observado señales de puertas, ni ninguna clase de puntos de inserción de los ejes de éstas. Las entradas a las habitaciones tienen, en ocasiones, una anchura en torno al metro y suelen estar flanqueadas por grandes piedras a modo de jambas.

Hasta aquí todo cuanto se puede sintetizar de la urbanística, correspondiente a la última fase de edificación antigua del poblado de Alhonoz. Hay que insistir una vez más en la imposibilidad de paralelizar la arquitectura que acabamos de ver con algo similar en áreas próximas. Y ello debido a la ausencia de excavaciones en esta zona de Andalucía. Hay que recurrir, en consecuencia, a las similitudes con yacimientos más remotos de la Meseta Norte y del Valle del Ebro o de Levante.

En Castilla encontramos, dentro del área celtibérica, ciertos parecidos de trazado con algunas casas romanas de Numancia (184), aunque la similitud más clara con la urbanística de Alhonoz la tenemos en las excavaciones actualmente en curso del poblado de El Raso de Candeleda, en la provincia de Avila (185).

En el Valle del Ebro son conocidísimas las acrópolis de Azaila, San Antonio de Calaceite o San Cristóbal de Mazaleón, en que las similitudes arquitectónicas con el poblado de Alhonoz son evidentes, aunque parece seguro que la superficie ocupada por este último es considerablemente mayor a la de estos pequeños castros turolenses. En sucesivas campañas habrá que proseguir la excavación en sentido horizontal para tratar de determinar la extensión superficial que está ocupada por este poblado del valle del Genil.

La región levantina está plagada de cabezos fortificados en los que la muestra de la etnia y la cultura ibéricas, más o menos romanizadas, esta presente por todas partes. Así, en el término de Archena, por sólo poner un ejemplo, el Cabezo del Tío Pío presenta unas estructuras arquitectónicas bastante similares a las que acabamos de ver en Alhonoz (186).

---

(184) Balil, A.: «Casa y urbanismo en la España antigua». *Studia Archaeologica*, IV, núm. 28. Valladolid, 1974.

(185) Fernández Gómez, F.: «Excavaciones en el castro prerromano de El Raso de Candeleda (Avila)». NAH *Prehistoria*, 5. Madrid, 1976, págs. 363-367.

(186) San Valero, J., y Fletcher Valls, D.: Nota 33, fig. 3.

21. LAS FASES DE EDIFICACION Y OCUPACION DEL POBLADO DETECTADAS EN LA EXCAVACION DEL AREA 78-B

A pesar de que la metodología y el criterio general seguidos en la excavación de esta zona del poblado de Alhonoz consistieron en sacar a la luz la interesante urbanística que se presentaba bastante superficialmente, se pudo localizar en determinados puntos la presencia de edificaciones anteriores a la arquitectura que acabamos de analizar en el capítulo anterior. Y ello porque, como queda dicho, esta última en muchas ocasiones se apoyaba directamente sobre muros edificados con anterioridad y porque, además, la estratigrafía hasta la roca estéril, practicada en el cuadro 6, permitió localizar otros muros más antiguos.

A modo de síntesis se pueden concretar tres fases, apreciadas en la construcción de este poblado. Sin embargo, es necesario advertir que los resultados obtenidos en la excavación de este sector, aunque vienen a coincidir en líneas generales con lo ya conocido por campañas anteriores, no deben generalizarse apriorísticamente a todo el yacimiento y habrá que esperar a nuevas estratigrafías. Por otra parte, como ya veremos al analizar la secuencia del cuadro 6, ésta no es, en absoluto, idéntica a otras practicadas en lugares próximos del mismo yacimiento de Alhonoz.

Ateniéndonos a lo que ahora tenemos por delante, podemos distinguir claramente tres fases bien diferenciadas en la edificación del poblado de Alhonoz. Dejando aparte, claro está, el último eslabón impuesto por los restos medievales musulmanes del castillo, que preside desde el altozano todo el yacimiento y que, como veremos, también ha marcado su impronta levemente entre los materiales revueltos de la última fase.

En resumen, podemos concretar:

PRIMERA FASE: Se ha localizado en la parte más profunda del cuadro 6. Consiste exclusivamente en un muro en ángulo recto que parece corresponder a una habitación, en el interior de la cual se intercalaba otro resto de construcción, cuya finalidad desconozco. La técnica empleada en la edificación de estas estructuras no difieren en nada de lo común en todo el poblado. Son piedras amorfas entre las que se ha empleado el barro como elemento de sujeción, o simplemente están unidas en seco.

La urbanística correspondiente a esta fase afecta a los estratos IV-III de la secuencia del cuadro 6 (Fig. 42. Lám. VIII B).

SEGUNDA FASE: Se trata de una serie de construcciones murales, relacionables con el estrato II, que han sido más ampliamente documentadas en el conjunto general de la excavación, puesto que, como he indicado anteriormente, aparecen tanto en el cuadro 6 como en determinados lugares del área B al apoyarse directamente la urbanística de la última fase sobre los paramentos de la segunda.

Siguiendo en la descripción de estos muros una dirección aproximada N-S los vemos aparecer por los siguientes lugares: en el interior de la única habitación de la casa 4 del plano general (Fig. 42), inmediatamente debajo de la pared más septentrional de esta habitación, que se apoya directamente sobre la construcción de la última fase; en el lado oriental de los soportales de la calle sur vuelve a aparecer con idénticas características a las anteriores. No puede atribuirse esta zona a restos de pavimentación de estas cubiertas, puesto que siguen una dirección oblicua, como penetrando a cuchillo bajo los muros meridionales de la casa 4. Donde son más claramente perceptibles los muros correspondientes de la segunda fase es en el lado

SW de la excavación; allí el largo muro que forma la cerrazón de la calle sur cabalga directamente sobre las gruesas piedras del murallón que le sirve de base.

En estos tres casos parece tratarse, más que de los restos de viviendas, de los vestigios de fortificaciones anteriores desalojadas que, tras un período de abandono, han servido de sustentación a los habitáculos construidos por los moradores definitivos, en época antigua que, como vimos en el estudio de la urbanística del punto anterior, construyen sus viviendas siguiendo un criterio urbanístico de cierta funcionalidad. Estas muestras constructivas de la fase II son fenomenales paramentos que, concretamente en el último caso que hemos visto, alcanzan una anchura de tres metros, edificados a base de gruesas piedras que llegan a tener más de un metro de tamaño frecuentemente, sin ninguna señal de labrado, dispuestas en estructura ciclópea en la que es difícil determinar si están unidas en seco o han sido trabadas con barro, como en los otros casos. De cualquier manera es interesante observar que los tres puntos en que han sido detectadas estas gruesas construcciones presentan marcadas similitudes, están prácticamente equidistantes entre sí y siguen una dirección paralela. Son detalles que inducen a sospechar que, efectivamente, pudiera tratarse de los restos de una muralla protohistórica —a juzgar por los materiales arqueológicos que con ella se relacionan— y que la disposición paralela de estas alineaciones murales obedece a su empleo como cerrazones de fosos de un recinto amurallado. Pero en cualquier caso es necesario advertir sobre la categoría meramente hipotética de estos supuestos, ya que no han podido ser definitivamente confirmados, puesto que ello hubiera supuesto el descubrimiento de estos murallones ciclópeos y la destrucción de la urbanística de la última fase del poblado.

Además de los casos que acabo de analizar existen otras señales menos espectaculares de la edificación de esta segunda fase. Hay una pequeña muestra de un murete, con apenas unas cuantas piedras, en la parte exterior del aljibe oriental (Fig. 42), que se sitúa claramente bajo la base de los muros de la fase 3, aunque en este lugar no llegan a tomar contacto ambas etapas constructivas, y que se relaciona con abundantes cerámicas modeladas, localizadas «in situ» —parte de las cuales se incluyen en el presente estudio— y que presentan una evidente disincronía con los materiales de la última fase. Por otra parte, vemos aparecer paramentos de esta segunda fase en el muro que se introduce bajo la pared oriental de la casa 7 (Fig. 42) y que parece tratarse de alguna dependencia adyacente al grueso murallón próximo, de la misma fase 2. Asimismo, una construcción escuadrada localizada en la excavación del cuadro 6, en la que se ha detectado incluso la base de esta dependencia (pequeñas piedras toscas apisonadas) y que, teniendo en cuenta el relleno de gránulos de arcilla cruda que la colmataban, casi en todo su conjunto, parece tratarse de un depósito o almacén de materia prima de un alfar. Esta dependencia llega casi hasta la superficie por el lado sur aunque el resto de la construcción que hace ángulo con ella ha sido desmontada casi hasta la base.

TERCERA FASE: Corresponde a la última etapa de ocupación antigua del poblado de Alhonoz. Su urbanística ya ha sido más ampliamente analizada con anterioridad, por lo que no es necesario entrar en más detalles. Ha sido el capítulo de las excavaciones de 1978 que ha revestido mayor interés en el poblado de Alhonoz y el haber seguido el criterio no sólo de respetar este horizonte de construcciones, sino de restaurarlo en los deterioros que tenían, ha determinado la imposibilidad de sondear más intensamente en otros sectores de la cuadrícula que se planteó al comienzo de la campaña.

Las edificaciones de esta última fase se relacionan, obviamente, con el estrato I

(o de colmatación de los propios habitáculos), siguiendo el criterio de una numeración de la estratigrafía de arriba hacia abajo.

22. EL ESTRATO I: COLMATACION DE LOS HABITACULOS DE LA FASE TERCERA

A pesar de la considerable extensión que ha ocupado la excavación (780 m²) del área B en la campaña del 1978, como consecuencia del criterio general de excavar en sentido horizontal, es relativamente fácil hacer la descripción de la estratigrafía que aparecía cubriendo en toda su superficie las viviendas de la última fase de ocupación.

Independientemente de algunas remociones o dislocaciones recientes e incluso de alguna perforación horizontal (Fig. 43, perfil SE), motivada con toda probabilidad por los ocupantes del castillo próximo, en época medieval, que se ha rellenado posteriormente a base de una tierra esponjosa claramente diferenciada del resto de la tierra de colmatación de las viviendas, es sumamente fácil hacer la descripción del estrato I, que no es otra cosa que una gruesa capa de relleno que ocupa de manera prácticamente discontinua toda la superficie del área B.

Para mayor claridad —y pese a lo esquemático de la estratigrafía— presento en la figura 43 una visión general de la secuencia, tal y como quedó a la finalización de los trabajos de campo. He elegido precisamente los lados NE y SE de la excavación por ser estos sectores donde el sondeo adquirió más potencia y porque, independientemente del estrato I, en algunos puntos de estos perfiles se aprecian algunos aspectos inexistentes en los otros lados, que pueden ser elocuentes para conocer lo más fielmente posible la cadencia de la excavación.

En general, el estrato I era una capa discontinua de tierra gris en la que se podía distinguir una primera cobertura vegetal de unos 25-40 cm bastante removidos por los arados y que eran la última fase del relleno eólico de las viviendas. Bajo ésta se extendía otra segunda capa de características similares, aunque más apelmazada, que llegaba hasta la base de los muros.

Junto a esta simplificación aparecían, en algunos sectores, manchones de gránulos de barro crudo o lechadas discontinuas de cal que apenas dejan una impronta destacable y que, aunque en algunos momentos me pudieron inducir a considerarlas como la base de un estrato, posteriormente se vio que no afectaban prácticamente en nada al conjunto general de la excavación y que pudieran tratarse de aportes recientes.

En todo el contexto abundantes piedras, procedentes del derrumbe parcial de las edificaciones, hacinándose en algunos puntos y coexistiendo con numerosos tiestos y algunos objetos metálicos.

Es necesario dejar patente el que los materiales que cubrían las viviendas de la última fase son un elemento dudoso de datación del abandono definitivo de la misma, pues aparecieron generalmente revueltos entre el caos de escombros antiguos que llenaban las habitaciones. Precisamente uno de los principales elementos del soterrado de estas casas está constituido por los derrumbes de sus propias paredes. Téngase en cuenta que, a pesar de haberse exhumado una urbanística en excepcional estado de conservación, lo único que hemos podido conocer son esas gruesas hiladas de piedras que constituían indudablemente los zócalos de las viviendas, cuya altura máxima hemos podido apreciar en un metro. A partir de esa línea de muro la casa

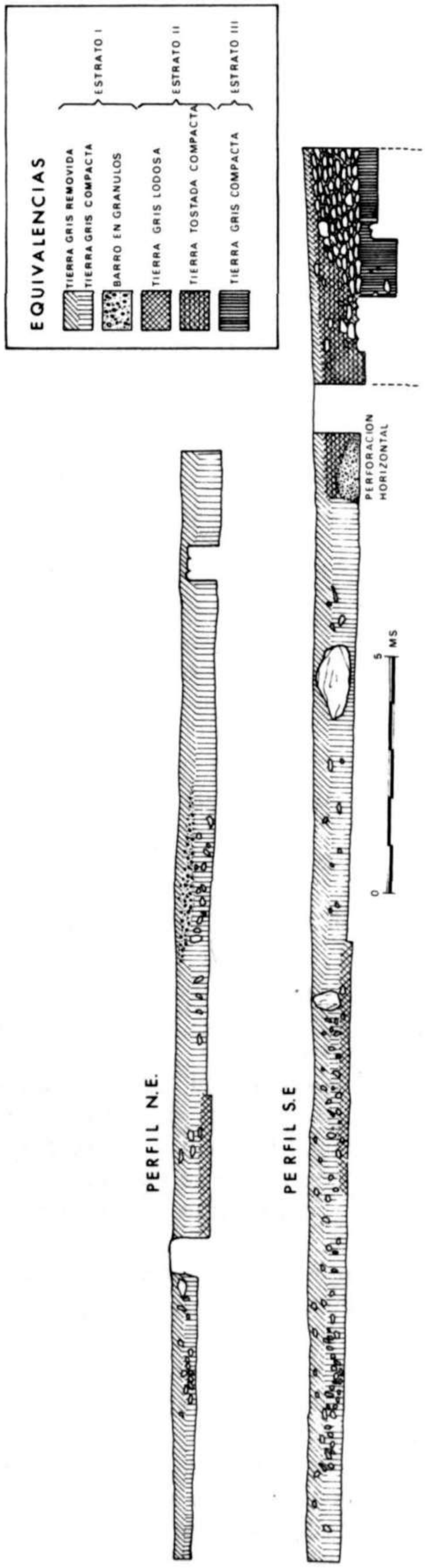


Fig. 43.—Excavaciones en Alhonoz: campaña de 1978. Area B. Constitución estratigráfica del corte 78, B vista por los lados NE y SE, una vez desmontada la cobertura vegetal de 15-25 cm de espesor.

se levantaría a base de tapial de barro apisonado y se cubriría con una techumbre de cañas o de ramaje. Pues bien, tras el abandono del poblado, el derrumbe paulatino de la parte más vulnerable de las casas (lógicamente el tapial y la techumbre) fue el primero y principal elemento de soterrado de las mismas. Después el viento y otros agentes atmosféricos hicieron el resto.

Y ha sido precisamente el hecho de que el abandono del poblado se haya producido de manera lenta, tal vez pacífica, pero por lo menos sin incendio violento del hábitat, lo que plantea el principal problema de cronología. No se han apreciado señales de incendios antiguos, sino la muestra de una desertización no definitiva en un momento determinado, tras un período de abandono casi completo, pero no acelerado, que dejó las casas prácticamente desprovistas de cualquier elemento que ahora nos permitiera una fechación precisa. Posteriormente este lugar siguió siendo merodeado o convertido en lugar de pastoreo, lo que justifica el que entre los materiales del estrato I coexistan elementos muy heterogéneos.

23. LOS MATERIALES ARQUEOLOGICOS DE LA ULTIMA FASE DE OCUPACION DEL POBLADO DE ALHONOZ

A la hora de enfrentarnos con la problemática que plantea la recogida masiva del extraordinario conjunto de materiales arqueológicos que se entremezclaban con la tierra de colmatación de las viviendas correspondientes a la última fase de ocupación, es necesario tener presente que estamos ante una muestra abigarrada de elementos muy distintos que formaban parte de una gruesa capa de escombros caídos en el interior de unos habitáculos, que raramente se encontraron «in situ» en la base de las viviendas y que han debido de ser removidos mil veces antes del soterrado definitivo.

Por ello la selección que a continuación presento de estos materiales arqueológicos no debe ser entendida sino exclusivamente a modo de muestreo de lo obtenido y no puede adscribirse la fecha definitiva de abandono unilateralmente a ninguno de los horizontes marcados por estos materiales.

Sin embargo, es necesario señalar que, en líneas generales, vienen a coincidir con un momento final de la cultura ibérica en su punto de convergencia con los elementos romanos.

Un hecho destaca poderosamente entre esta heterogénea mezcolanza: se observa la presencia de cerámicas de facies tardoibérica junto con elementos romanos republicanos (alguna lucerna, cerámicas campanienses, monedas, etc.) y, revueltos con ellos, se han detectado en algunos lugares muestras tardorromanas (ladrillos), mientras que queda en medio un extenso lapsus de época imperial que debería estar representado por las cerámicas sigillatas, que están totalmente ausentes. Es esto una muestra evidente de los momentos de ocupación y desertización más o menos intensos del poblado.

En definitiva propongo la siguiente sistematización de estudio de los materiales del estrato I:

CERAMICA COMUN SIN TRATAMIENTO SUPERFICIAL

Entre la extensa gama que ofrece este tipo de material se puede resumir lo más destacable con arreglo a la siguiente clasificación:

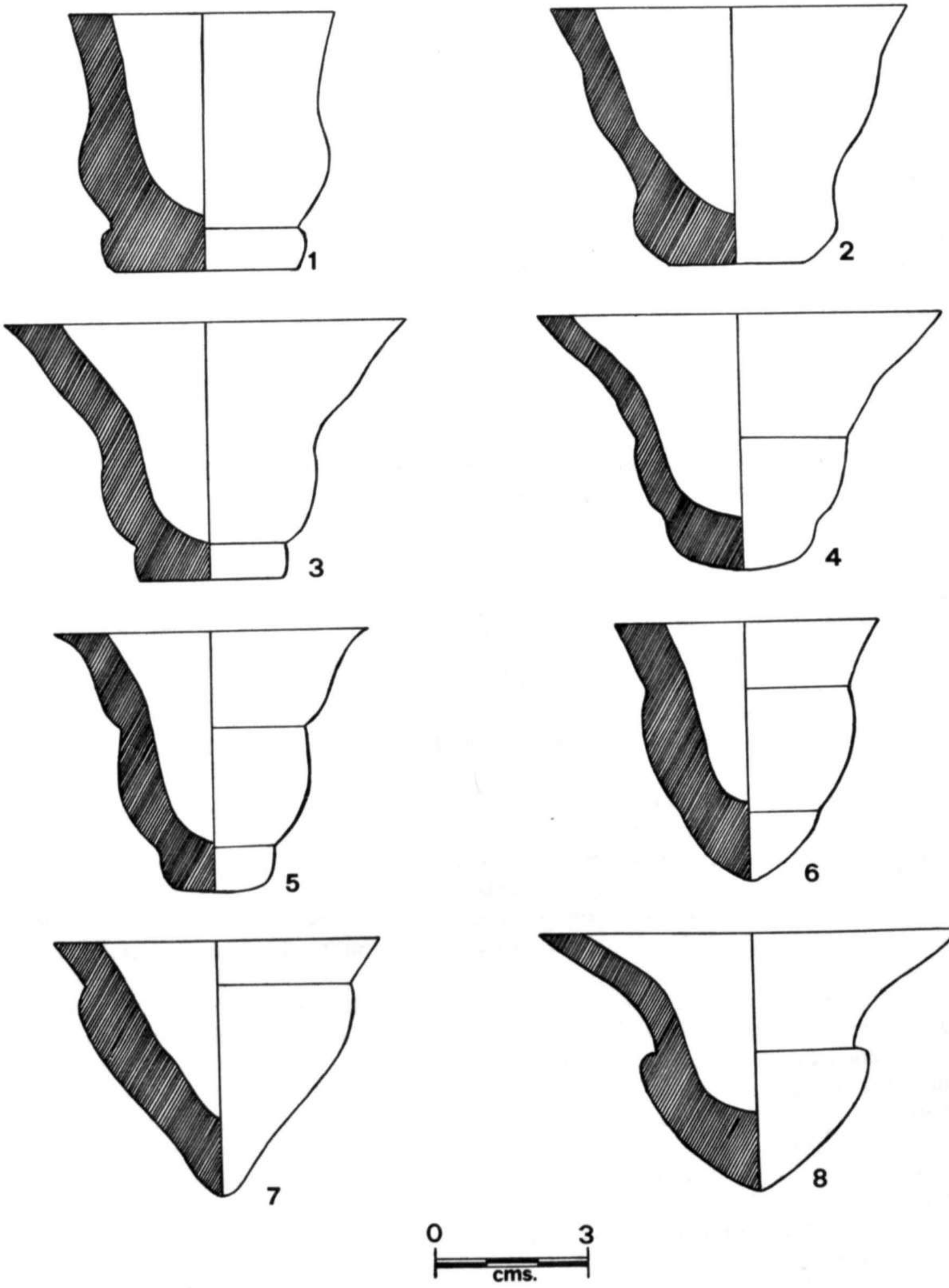


Fig. 44.—Alhonoz, 1978: Fondos de ánforas.

ANFORAS

Aunque se han localizado algunos escasos fragmentos de ánforas cuya tipología se inscribe dentro de las tablas propiamente romanas, apenas se dispone de datos que permitan un paralelismo, siquiera aproximado, con dichas formas. En cambio, son bastante frecuentes los ejemplares que nos remiten a ambientes propiamente ibéricos. No dispongo por el momento de suficientes elementos de valoración como para acometer una clasificación completa de las ánforas ibéricas de Alhonoz, puesto que la mayoría de los ejemplares que se han hallado han salido en un estado bastante fragmentado, lo que hace imposible presentar formas completas. Pero con lo que hay hasta ahora se pueden establecer algunos criterios tipológicos referidos principalmente a los fondos (Fig. 44). La mayor parte de los fondos de ánforas ibéricas que están presentes, de manera bastante numerosa en las excavaciones de Alhonoz, están dentro del característico ejemplar de fondo de saco, heredero directo de la tipología de ánforas púnicas (187), que tan frecuente es en todas las excavaciones y yacimientos de Andalucía (188). En Alhonoz se han hallado estratigráficamente ejemplares de cacharros semejantes a estas ánforas ibéricas, en formas completas, pero de tamaño mucho más reducido (189). No vale la pena entrar en un análisis exhaustivo de la dispersión de este tipo de ánfora en Andalucía. Parece seguro que su utilización, siguiendo los remotos prototipos púnicos, continúa en el momento en que hacen su aparición los productos romanos. Son, como digo, numerosísimos los yacimientos andaluces en que se documentan estas ánforas, pero vale la pena referirse al Cerro Macareno, en cuyas estratigrafías probablemente se encuentren elementos de cronología bastante fiables sobre la evolución formal de esta pieza (190).

TONELES Y FORMAS GLOBULARES

Incluyo aquí un cierto número de piezas que tienen como denominador común el poseer una boca angosta. No hay suficientes elementos de juicio para conocer la forma completa, pero es indudable que algunos tendrían una forma casi esférica, mientras que los otros parece ser que son bocas de toneles ibéricos, cilíndricos y con dos asas amorcilladas, colocadas verticalmente en la parte superior.

Tanto unos como otros es casi seguro que se trata de productos de elaboración local, destinados a contener agua.

FORMAS ABIERTAS CON ASAS HORIZONTALES

Comprende un número relativamente considerable de cacharros de grandes dimensiones, cuyo diámetro de la boca se aproxima en ocasiones a los 50 cm.

---

(187) Maña, J. M.: *Op. cit.*, nota 72.

(188) Luzón: *Op. cit.*, nota 37, pág. 47.

(189) López Palomo: Son las tipologías de la forma 3 correspondientes a Alhonoz-1977, contenidas en esta misma obra (láminas XLI y XLII).

(190) La bibliografía que poseemos sobre el tell del Macareno no es aún suficientemente aclaratoria sobre este caso.

Clemente Martin, J.: «El corte F del cerro Macareno, La Rinconada (Sevilla)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*. Universidad Autónoma. Madrid, 1976.

Pellicer, M., y Bendala, M.: «La estratigrafía del cerro Macareno y su contribución a la cronología de la protohistoria tartéssica». VIII Simposio de Prehistoria Peninsular. En prensa.

Sin embargo habrá que esperar mayores precisiones en el trabajo que actualmente preparan estos dos últimos autores.

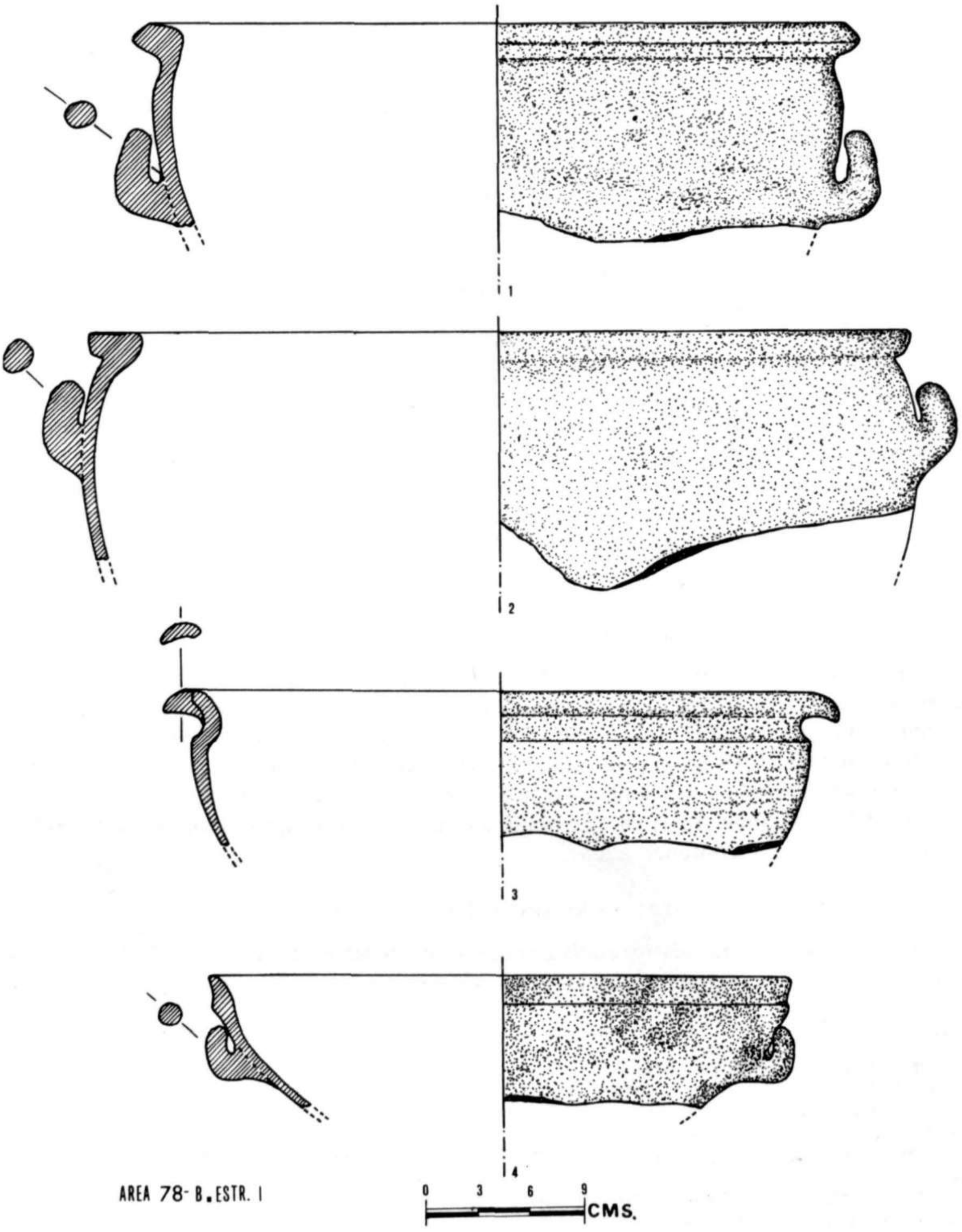


Fig. 45.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I. Cerámica a torno.

Tienen forma de olla o de cazuela profunda (Fig. 45) y están provistas de un labio muy marcado, proyectado al exterior y, a veces, con una línea de carenación (número 4). Las asas, en el modelo más frecuente, se insertan hacia la mitad de la pieza, tienen sección circular y están dispuestas horizontalmente en forma de gancho. En otros ejemplares (número 3) están implantadas junto al borde, a modo de visera o simple concavidad. Estas piezas tienen las mismas características intrínsecas, en cuanto a la calidad y elaboración, que los ejemplares de la forma anterior, por lo que son también productos locales de uso doméstico.

LUCERNAS

Hay que distinguir en esta forma entre los productos genuinamente ibéricos y las importaciones romanas de época republicana (Fig. 46, 1 y 2).

Respecto de las primeras posiblemente sea el yacimiento de Alhonoz uno de los puntos más interesantes hasta el momento en todo el área andaluza, al menos en cuanto a número de ejemplares recogidos.

Ya se ha visto en la primera parte (excavaciones de 1977) la extraordinaria diversificación (Figs. 25 y 26) que se engloba en la forma 9.ª de la sistematización ibérica de Alhonoz. Y ello en cuanto a la recogida de un solo estrato, de muy reducidas dimensiones superficiales, que ha permitido el establecimiento de unas completísimas tablas tipológicas. Por otra parte son manufacturas perfectamente paralelizadas en la estratigrafía del Pajar de Artillo (191) en que se incluyen dentro de la forma 2.

La dispersión de esta forma por todo el ámbito mediterráneo es muy grande, como también parece ser el marco de su amplitud cronológica. Son, por tanto, materiales de muy dudosa utilidad a la hora de otorgar cronologías, puesto que aparecen formas muy similares en contextos de bastante disincronía.

De acuerdo con Luzón hay que buscar los prototipos de estas lucernas en la masiva llegada de manufacturas del comercio ático, a partir de lo cual «rápidamente se difunde el uso de esta lucerna y aparecen imitaciones locales» (192). De ahí la extraordinaria difusión por todos los focos ibéricos del Levante español (Ampurias, Rojales, Hoya de Santa Ana, etc.) (193). Por otra parte, además de la ya mencionada estratigrafía de Itálica (Pajar de Artillo), estas lucernas ibéricas están, asimismo, presentes en yacimientos ibéricos andaluces de la provincia de Jaén (La Guardia) (194), Córdoba (Almedinilla y los recintos de Fortea y Bernier) (195) y en Carmona (196). Todo ello dentro de una extraordinaria discordancia de cronología.

Por lo que se refiere a las lucernas romanas de época republicana hay que destacar algún ejemplar que puede ser ilustrativo sobre el momento de abandono del poblado ibérico de Alhonoz. Se trata de una pieza prácticamente completa (figura 46, 1) que se halló en la base del estrato, junto con un proyectil de cerámica (Lám. XIV). Presenta un estado bastante requemado, como consecuencia de una larga utilización. Tanto esta pieza como otros fragmentos similares (Fig. 46, 2) se

---

(191) Luzón: *Op. cit.*, nota 37. Forma 2: págs. 37-39.

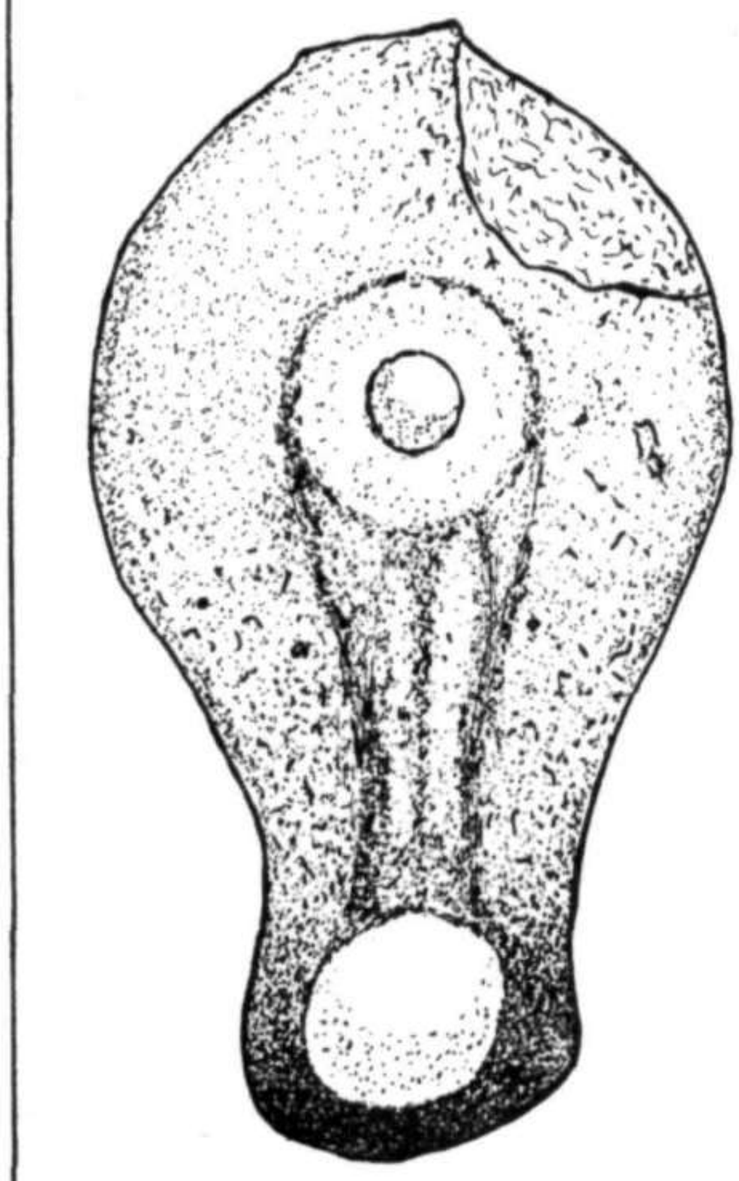
(192) Luzón: *Op. cit.*, nota 37, pág. 38.

(193) Véanse notas 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50 y 51.

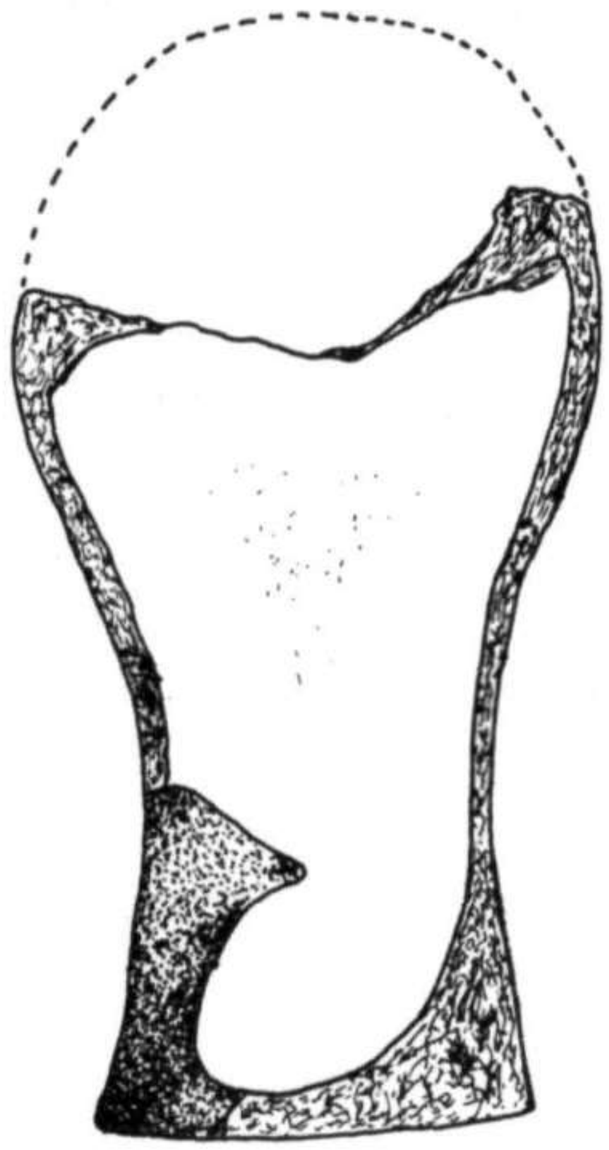
(194) Blanco: *Op. cit.*, nota 40.

(195) Paris: *Op. cit.*, nota 42, págs. 49 y sigs.
Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18, fig. 48, núm. 623; pág. 90, núm. 283; pág. 103, núm. 588; pág. 104, núm. 591, y pág. 107, núm. 623.

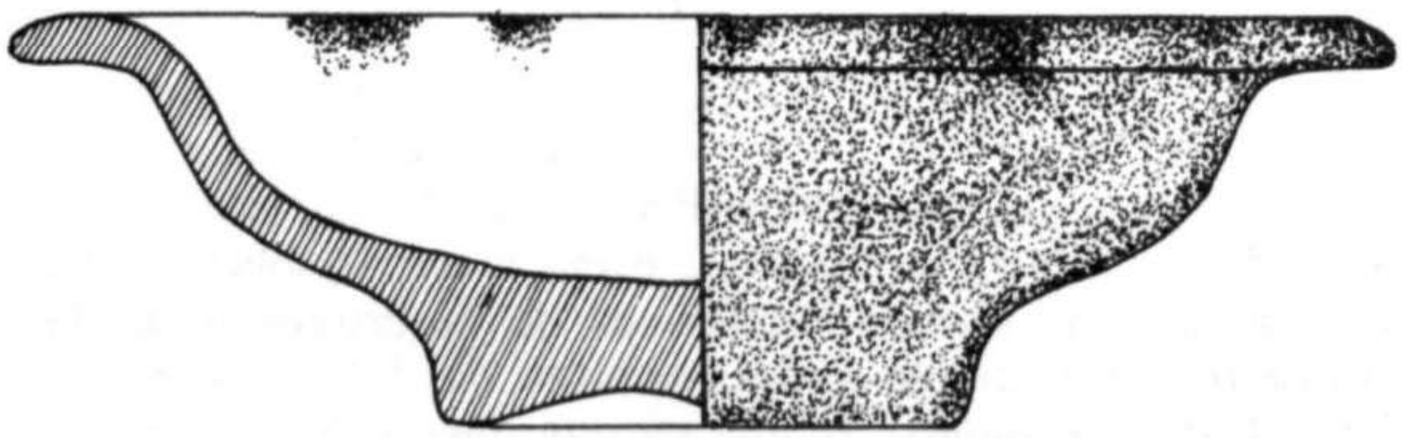
(196) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39. Abb 7-10.



1



2



3

0 3

CMS.

Fig. 46.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I, núms. 1 y 2: Lucernas romanas republicanas. La núm. 1 ha sido hallada en la base del estrato. Núm. 3: Platito ibérico utilizado como lucerna.

asemejan a las «lampes d'époque républicaine» tipo I «à bec orné de têtes d'oiseaux», aunque las lucernas de Alhonoz carezcan, o no se les aprecien por su estado de conservación, las cabezas de pájaros. Sin embargo, es muy similar el pico (sobre todo en la 2 y el asa de la 1, en forma de un pequeño muñón, «d'un repli») (197). Por último, tenemos solamente un ejemplo de lucerna presigillata, de color rojo intenso que pertenece al número 4 de la clasificación de Dressel para las lucernas republicanas.

VASOS

Dentro del término general de vasos podemos referirnos a una serie de piezas, de dudosa filiación en algunos casos, que no se pueden inscribir con propiedad en una forma concreta, pues presentan marcadas diferencias entre sí. Su forma oscila desde el ejemplar de boca angosta a los perfiles más abiertos y de labio proyectado al exterior, que podría inscribirse con más propiedad dentro de la denominación de *tazas*. En cualquier caso, parece indudable que, tanto unos como otros corresponden a manufacturas locales de unos ambientes tardoibéricos.

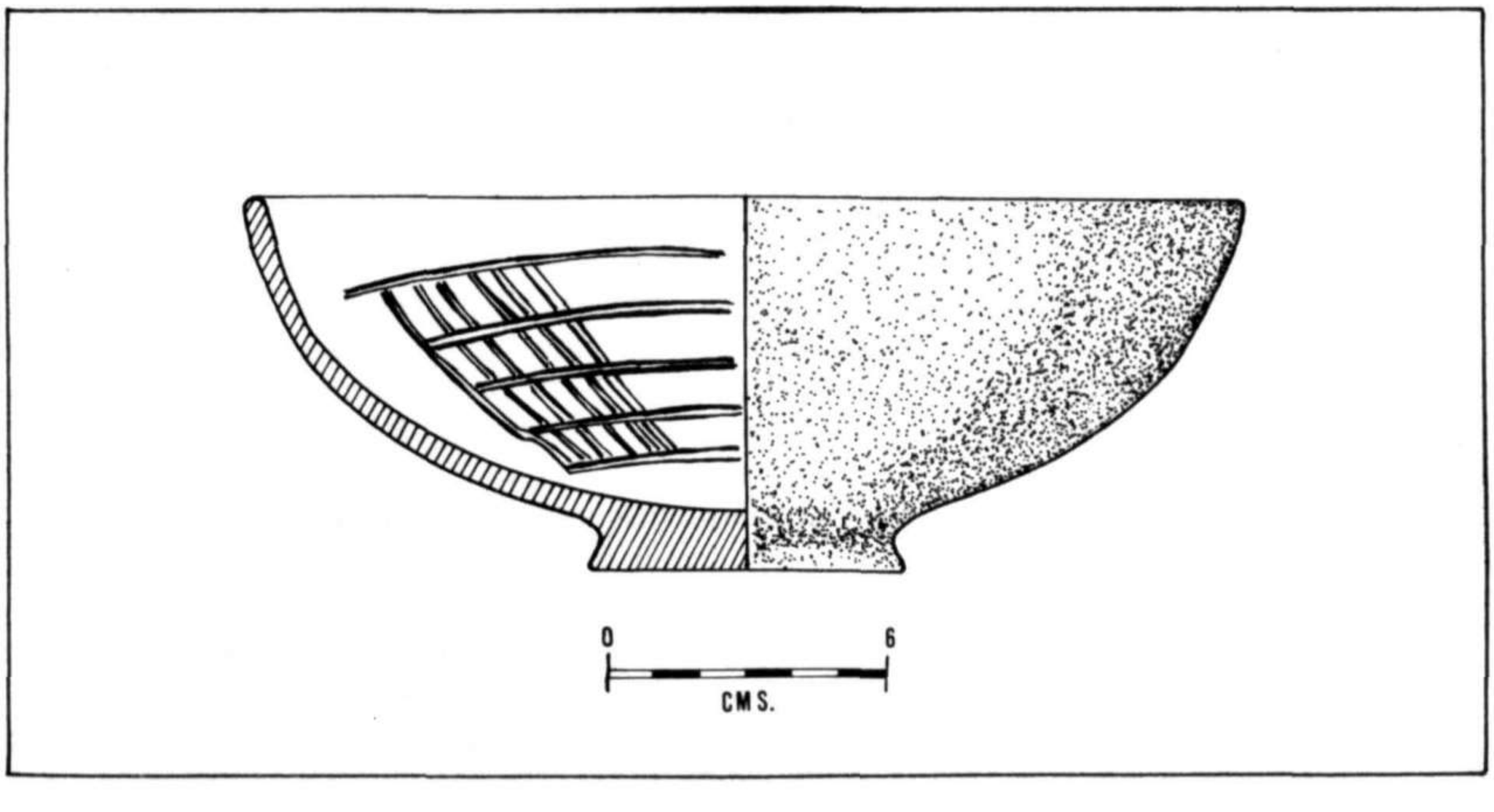


Fig. 47.—Plato ibérico con reticulado inciso al interior. Hallado en la base de la entrada de la habitación 7.

PLATITOS

Algunas piezas del amplio contexto del estrato I presentan una adscripción que tanto puede pertenecer a una forma como a otra. Tres ejemplares de los hallados se pueden encuadrar indistintamente en una terminología o en otra. En consecuencia es mejor incluir indistintamente dentro de la denominación de «platitos» a los tres

(197) Deneauve, G.: «Lampes de Carthage». Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. París 1969, págs. 103-105, planche XXXIV, núms. 269 y 271. Sigue la clasificación de Dressel-Lamboglia y las incluye en el tipo 4 de estos autores.

ejemplares hallados, dadas las afinidades formales que entre ellos se aprecian. Todos ellos se pueden encuadrar dentro de un ambiente ibérico tardío.

PLATOS

Ha sido relativamente parca la excavación del Area 78-B en lo que se refiere a esta pieza. En contraste con los más de trescientos ejemplares de platos ibéricos que se recogieron en la secuencia de 1977 —piezas intactas y completas como toda aquella alfarería— en esta ocasión apenas si se han obtenido unos cuantos fragmentos que no merecen mayor atención.

No obstante quiero destacar un solo caso (Fig. 47) que presenta el interés de haber salido «in situ», junto a la puerta de entrada a la habitación 7 (Fig. 42).

Las características tipológicas y el tamaño de este ejemplar no difieren en nada de lo conocido en las tablas de formas de la cerámica ibérica de Alhonoz (Figs. 28 y 29). Asimismo, los paralelismos con ejemplares —en lo que a su forma se refiere— de otros yacimientos nos llevarían indefectiblemente a los mismos ambientes ibéricos que hemos visto en razón de las lucernas. Por ello prefiero prescindir de una enumeración innecesaria de paralelos, puesto que ya han quedado suficientemente enumerados en la memoria del año anterior. Este es un ejemplar que está presente en todo el mundo ibérico meridional. Sin embargo, el reticulado interior de la pieza que nos ocupa, en forma de incisiones, es un tema no frecuente que hay que interpretar como un abarrocamiento, propio de una época tardía.

OTRAS FORMAS DE LA CERAMICA COMUN

Hay que incluir aquí una serie de fragmentos cerámicos a torno, cuya identificación está encuadrada dentro de unas facies ibéricas e iberorromanas. Son las repetitivas especies de cocina que, al no haber salido dentro de una secuencia estratigráfica definida, no aportan nada a la cronología. Por otra parte, son muy numerosas en superficie tanto en éste como en los demás yacimientos de la zona. Se incluyen aquí en bloque, simplemente a modo de muestreo del contexto cerámico del estrato I y comprenden cacharros cuya denominación más común es la de ollas y jarras.

PONDUS

Es frecuentísima la aparición de pondus en el yacimiento de Alhonoz, pero siempre en prospecciones superficiales o en los estratos más altos. Ahora solamente poseemos ejemplares de este caso, habiéndose localizado un número relativamente considerable (Lám. XIII) que permite establecer cierta diferenciación tipológica. Son relativamente más frecuentes los ejemplares prismáticos, con uno o dos orificios, aunque también están presentes los troncopiramidales y los de forma más o menos circular (Fig. 48).

Las calidades del barro son siempre idénticas, correspondientes a las arcillas de la zona, y la única diferenciación que se les puede apreciar obedece al empleo de fuegos oxidantes o reductores.

Dada su posición estratigráfica y sus caracteres tipológicos es indudable que se trata de productos de un horizonte ibérico tardío o de elementos de la primera fase de ocupación romana. Así parece evidenciarlo su comparación tipológica con materiales similares estratigrafiados en el yacimiento de La Alcudia de Elche (198). En

---

(198) Ramos Fernández, R.: «Tipología de los pondus de la Alcudia de Elche en sus distintas épocas». Miscelánea Arqueológica de la revista *Ampurias*, II. Barcelona, 1974, págs. 255-265.

este yacimiento levantino son, sin embargo, muy poco frecuentes las pesas con dos orificios, mientras que en Alhonoz son porcentualmente algo más frecuentes que las de un solo orificio. Precisamente los dos únicos ejemplares con dos perforaciones, que se publican del yacimiento ilicitano, son considerados como ibéricos. Algún ejemplar troncopiramidal del mismo yacimiento, considerado iberopúnico, puede ser paralelizado con otras piezas de Alhonoz (Fig. 48, 7). En cambio, en la Alcudia de Elche están del todo ausentes las pesas de forma curva, relativamente frecuentes en nuestra tipología.

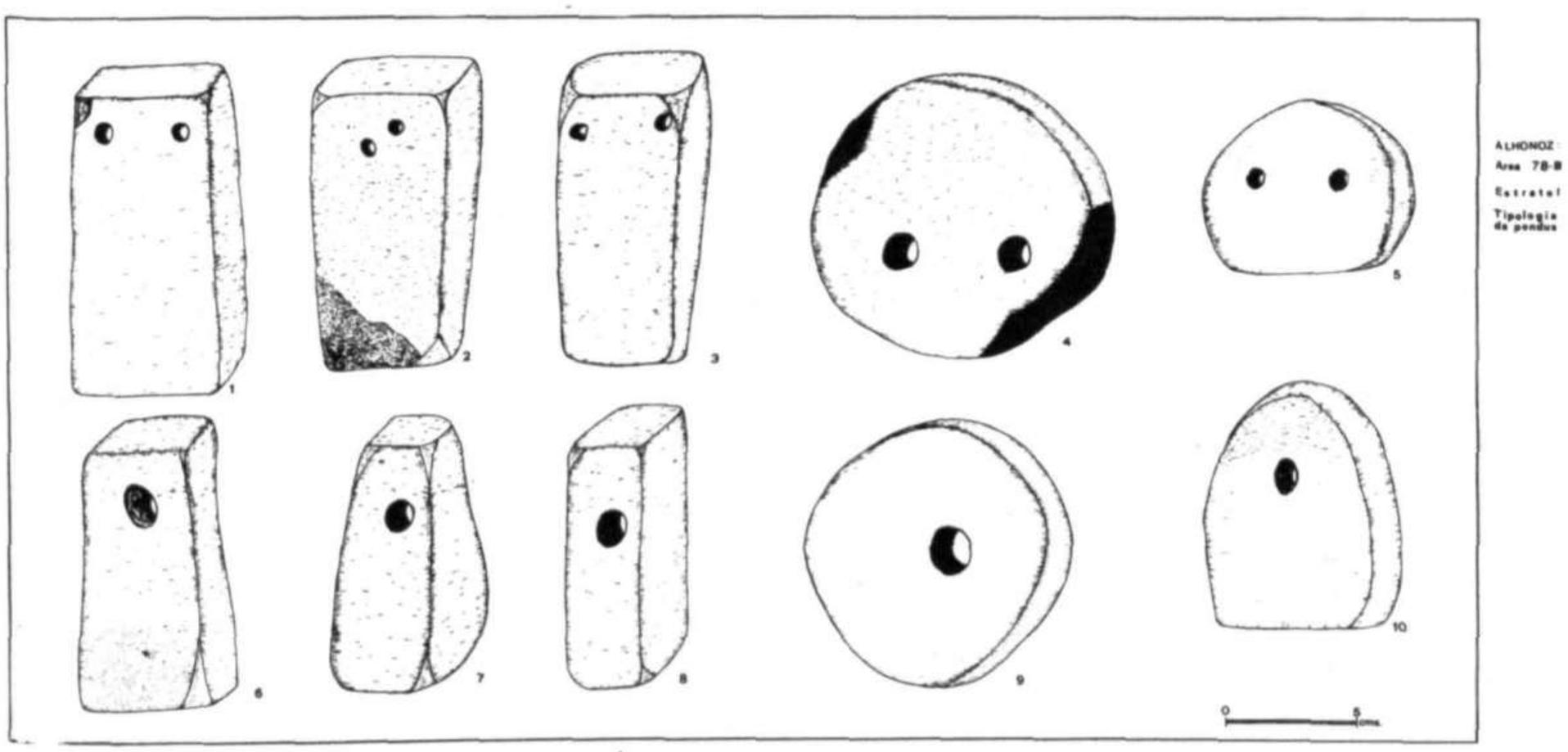


Fig. 48.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I. Tipología de Pondus.

FUSAYOLAS

Son muy abundantes. Están frecuentes en todos los estratos y en todos los sondeos que se han practicado en este yacimiento. A pesar de ello aún no poseo suficientes elementos de juicio para establecer criterios seguros sobre su evolución. Parece, no obstante, que los elementos más antiguos están dentro de la forma más o menos bitroncocónica. En este estrato I se han recogido ejemplares de esta forma, junto con otros simplemente troncocónicos, bitroncocónicos asimétricos de superficie bruñida, en forma de diábolo, en forma de corona esférica, con una base rehundida, etc. (Lám. XIII).

No vale la pena entrar en la búsqueda de paralelos para esta pieza, que está presente en todos los yacimientos andaluces, desde el final de la Edad del Bronce, aunque no cabe duda que uno de los lugares que ha dado un número mayor de ejemplares es el poblado del Carambolo, al que luego me referiré en razón de las cerámicas de la primera fase de hábitat de Alhonoz.

CERAMICA IBERICA PINTADA

Constituye uno de los bloques más salientes dentro del lote de materiales revueltos del estrato I del corte 78-B de Alhonoz. Las piezas que aquí se incluyen

son en su inmensa mayoría elementos característicos de una facies ibérica típica, con clara resonancia púnica. Sin embargo, las cerámicas más o menos punicoides, que son relativamente frecuentes en todas las prospecciones de este poblado, apenas si hacen su aparición entre los materiales revueltos que se han podido recoger en las excavaciones de 1978.

Presento ahora, a modo de muestreo, una selección (Figs. 49-51. Lám. XI) que es definitoria de lo más característico de estas cerámicas polícromas.

En cuanto a las formas hay que destacar que una de las tipologías más frecuentes corresponde a ejemplares más o menos globulares. Se observa, en general, un claro predominio de los grandes o medianos vasos panzudos, con labio vuelto al exterior. Menos frecuentes las formas de pronunciado cuello (Fig. 49, 1) o de boca acampanada con asas geminadas (Fig. 50, 1) que recuerdan las urnas cartaginesas del norte de Africa (199) y de la costa mediterránea andaluza (200).

Pero a pesar de estas conexiones tipológicas con los elementos punicoides de las factorías costeras —lo que, por otra parte, es una constante en los ambientes ibéricos del Guadalquivir— hay que resaltar que los paralelismos más evidentes de las cerámicas policromas a torno de este estrato de relleno de los hábitats ibéricos de Alhonoz están precisamente en los yacimientos cercanos de Sevilla y Córdoba, donde se encuentran no ya similitudes formales, sino resonancias exactas con los materiales del Genil. Algunos de los ejemplares que aquí van incluidos —y sólo por poner un ejemplo— encuentran una réplica exacta en las excavaciones de Itálica (Fig. 49, 2) (201).

Le siguen en importancia las formas abiertas, platos y cuencos (Fig. 51), cuyos más evidentes paralelismos están precisamente en los mismos ambientes ibéricos andaluces (202), sobre cuya cronología no existe acuerdo, por lo que no quiero entrar en polémica en este lugar. No obstante es indudable que muchas de las formas de platos pintados de Alhonoz están incluidos dentro de la cerámica de «barniz rojo» de la sistematización de Cuadradc (Fig. 51, 5) (203).

En cuanto a las pastas de estos materiales son, por lo general, propias de los barros comunes en la zona del Genil, observándose una gran frecuencia de los degrasantes calizos y arenosos, con algunas inclusiones de mica. Se aprecia un mayor empleo de fuegos bajos, lo que da el característico núcleo en las fracturas.

Los sistemas decorativos predominantes son, con mucho, los motivos lineales, a base de líneas y bandas, aunque también están presentes los grupos de meandros verticales, que, además de las similitudes de estos temas con las cerámicas del círculo fenicio del Mediterráneo occidental, se documentan en el Genil desde hace bastante tiempo (204). Raramente se observa algún tipo de engobe o alisado superficial. Comúnmente se aplica la decoración sobre la superficie arcillosa de la pieza. Sin embargo, hay determinados ejemplares en que la incorporación de la pintura ha

---

(199) Jodin: *Op. cit.*, nota 92.
Hardem: *Op. cit.*, nota 95.
Vuillemot: *Op. cit.*, nota 96.

(200) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17.
Shubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 77.
Aubet, Mass-Lindemann y Shubart: *Op. cit.*, nota 101.
Schubart, Niemeyer y Pellicer: *Op. cit.*, nota 98.

(201) Luzón: *Op. cit.*, nota 37. Véase la pieza B de la lámina XVI.

(202) Fortea y Bernier: *Op. cit.*, nota 18.

(203) Cuadrado: *Op. cit.*, nota 58.

(204) Hernández Díaz, Sancho Corbacho y Collantes de Terán: *Op. cit.*, nota 4, pág. 65, dib. 20: Cerámica de la «Isla del Castillo».

revestido un mayor cuidado, bien en forma de un bruñido posterior (Fig. 49, 2) o de un engobe amarillento, previo a la aplicación de la pintura. Los tintes son casi en todos los casos rojos deslucidos o morados vinosos.

Debido al carácter abigarrado y revuelto de este conjunto de cerámica policroma es inútil establecer ningún tipo de estadística ni mayores análisis.

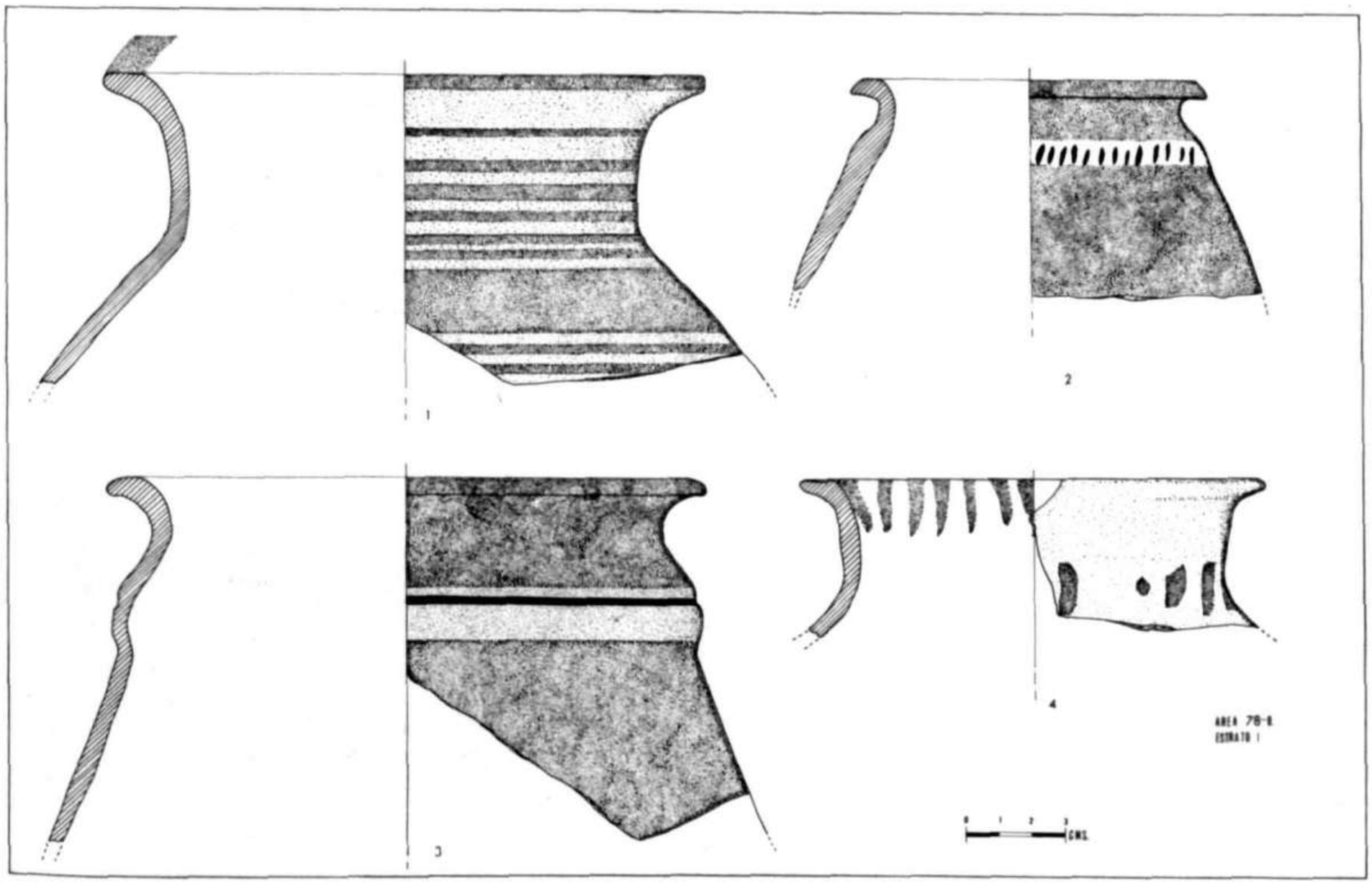


Fig. 49.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I. Cerámica ibérica pintada.

Descripción de los materiales de la figura 49

— Cerámica polícroma a torno

1. Boca de un gran vaso globular. Degrasante calizo. Pintura rojiza.
2. Fragmento de una pequeña olla piriforme (?). Pintura rojo intenso alisado. Decoración sobre el hombro de pintura negra.
3. Fragmento de características similares al anterior.
4. Fragmento del cuello de una olla. Degrasante de arena. Pintura roja deslucida en forma de goterones.

Descripción de los materiales de la figura 51

— Cerámica a torno Policroma

1. Fragmentos de un cuenco. Exterior con engobe amarillento. Pintura morado-rojiza. Desgrasante calizo.
2. Fragmento de un cuenco. Superficie arcillosa. Degrasante calizo. Pintura roja casi borrada.
3. Fragmentos de un platito. Pintura morado-rojiza. Degrasante calizo y micáceo.
4. Fragmento de un platito. Pintura morada. Degrasante calizo.
5. Fragmento de un platito. Pintura morada deslucida. Degrasante calizo.

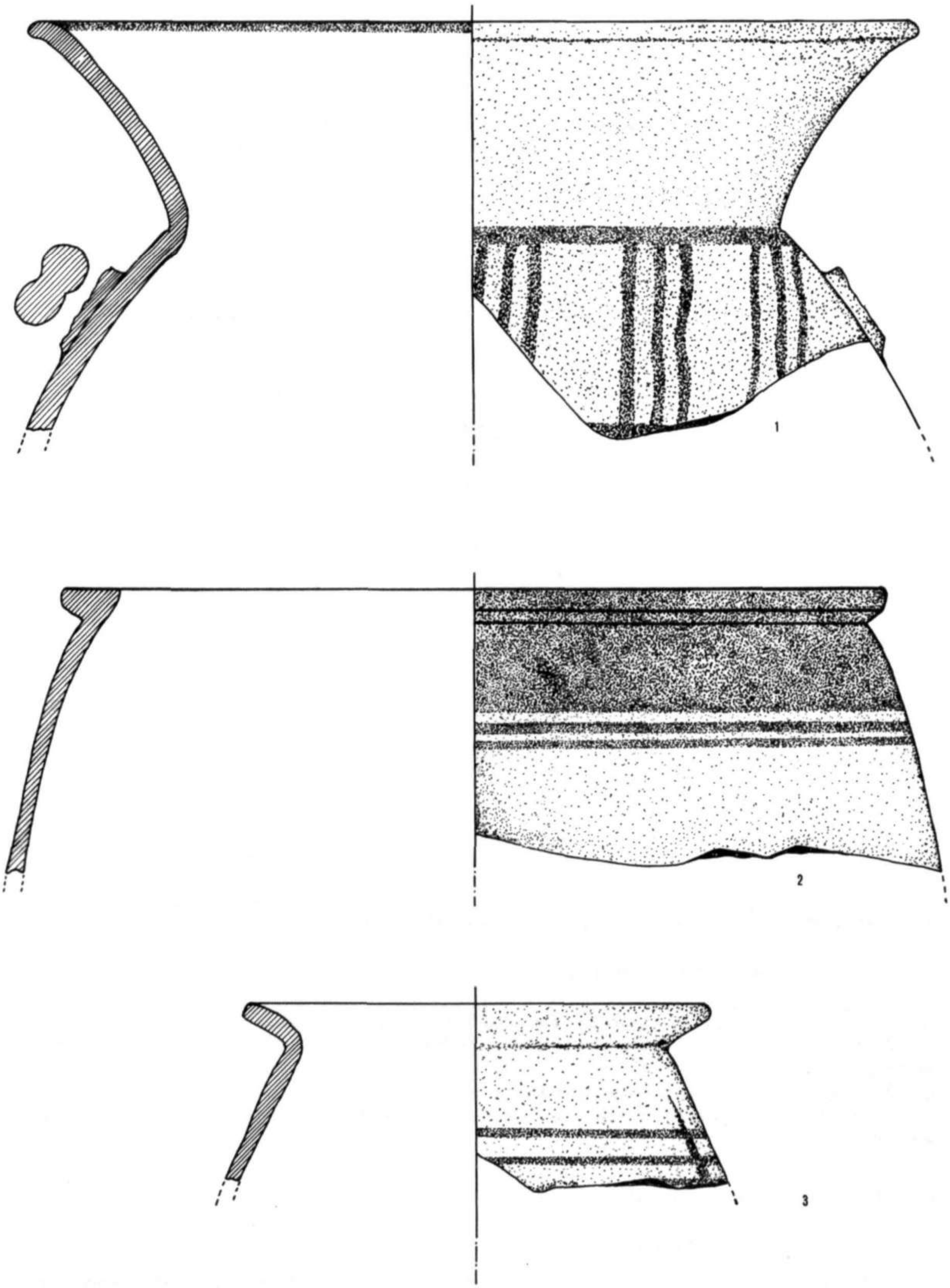


Fig. 50.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I. Cerámica ibérica pintada.

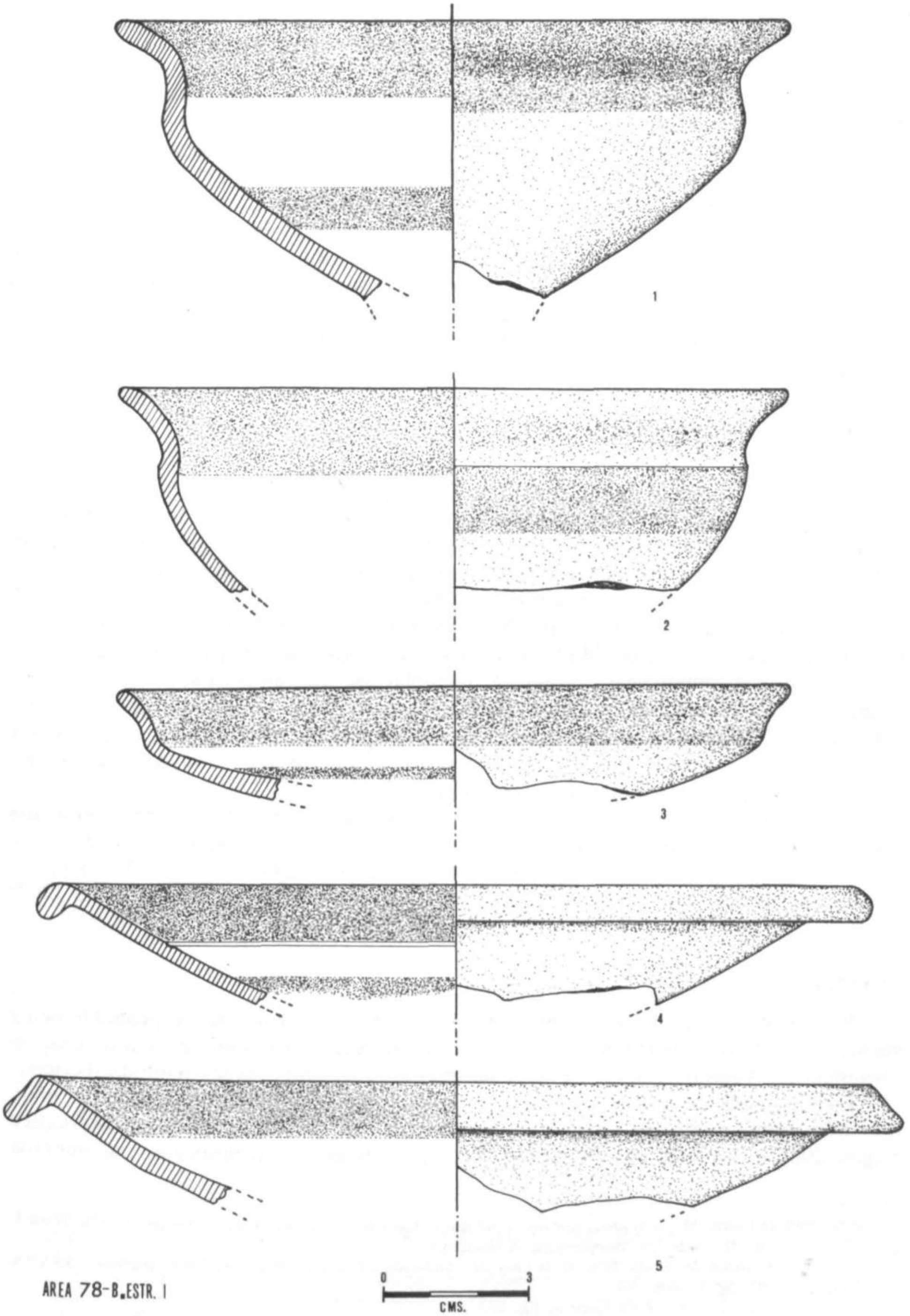


Fig. 51.—Alhonoz. Area 78-B: Estrato I. Cerámica ibérica pintada.

CERAMICAS ROMANAS

Aunque en las clasificaciones anteriores he incluido algunos ejemplares de objetos cerámicos romanos, como las lucernas republicanas (Fig. 46, 1 y 2) y algún otro fragmento, también de época republicana, de cerámica protocampaniense, corresponde ahora una visión, también de conjunto, pero más pormenorizada, sobre otras dos especies genuinamente romanas de una gran personalidad que marcan, respectivamente, el primer momento de la presencia de las legiones de Roma en el Genil medio y la definitiva anexión de esta campiña para la administración imperial. Sin embargo, es extraña la ausencia total de cerámicas sigillatas, como ya he indicado, si tenemos en cuenta que otras especies, como las de paredes finas son prácticamente coetáneas, de acuerdo con las conclusiones de otros yacimientos a que me referiré a continuación.

En resumen, lo más saliente de estas dos especies romanas se puede indicar con arreglo a la siguiente clasificación:

CERAMICA CAMPANIENSE (Láminas IX y X)

Se han recogido un total de veintiocho ejemplares de la cerámica italiota de barniz negro o Campaniense que abarcan las tres variedades A, B y C, aunque algunos de los fragmentos parecen corresponder a productos de imitación. En ningún caso se han observado decoraciones de palmetas y, entre las muestras que he seleccionado, solamente una (Lám. X) presenta una bella decoración en relieve a base de grecas y cruces de Malta. En cuanto a la tipología están representadas las formas de la Campaniense A en el ejemplar de la lámina IX, 1 (205). Otros fragmentos se pueden relacionar con formas características de las variedades B y C, como el 2 de la lámina IX, e incluso el fragmento anterior que también se asemeja a formas de la Campaniense C (206), aunque por la calidad de la pasta y del barniz parece más seguro considerarla como del grupo A.

Esta especie de cerámica romana que ahora, por primera vez, ha tenido una representación apreciable en las excavaciones de Alhonoz —como consecuencia de haber excavado niveles de coexistencia de elementos ibéricos con influencia romana— se documenta en estratigrafías sevillanas, como el Pajar de Artillo (207) con muestas idénticas a algunas de las que aquí se incluyen.

CERAMICA DE «PAREDES FINAS»

Representa el último momento de las manufacturas romanas y probablemente significa un hito importante en la vida del poblado. Es muy probable que su presencia en Alhonoz coincida con el momento de desalojo de los hábitats ibéricos.

La tipología de los fragmentos recogidos puede paralelizarse bastante bien, tomando como punto de comparación las tablas de formas que ofrece Mercedes Vegas (208), quien hace una relación de la dispersión de esta cerámica en yacimientos

---

(205) Beltrán Lloris, M.: «Cerámica romana. Tipología y clasificación». Libros Pórtico. Zaragoza, 1978. Tomo I, pág. 53: texto, lám. III, núm. 31: campaniense A moderna.

También el resumen de Gloria Trías de la obra de Lamboglia «Apuntes sobre cronología cerámica». PSANA, III. Zaragoza, 1952, fig 3, núm. 29.

(206) Trías, G.: *Op. cit.*, nota anterior, fig. II-2.

(207) Luzón: *Op. cit.*, nota 37, láms. XXIII y XXIV.

(208) Vegas, M.: «Clasificación tipológica preliminar de algunas formas de la cerámica común romana». Barcelona, 1964.

del Mediterráneo y sintetiza su cronología desde principios del siglo I a. de C. hasta época augústea para los ejemplares de los grupos A y B. Los fragmentos hallados en Alhonoz pertenecen al segundo grupo, por tener cuerpo ovoide y borde vertical. De ahí que su aparición en este yacimiento se pueda llevar hacia la mitad del siglo I a. de C., lo que vendría a coincidir con la llegada de los productos de «barniz negro», más tardíos, y con la débil representación de la cerámica presigillata.

A partir de este momento se deja de sentir la influencia romana, como consecuencia indudable de la desertización del poblado y no será sino hasta una época bajoimperial e incluso visigoda cuando vuelven a hacer su aparición los materiales (fundamentalmente constructivos, e incluso éstos con muy poca pujanza) entre el caos abigarrado de objetos arqueológicos antiguos del estrato de colmatación de los habitáculos ibéricos.

En este hiatus cronológico entre lo romano republicano y el horizonte bajoimperial es evidente que el poblado ibérico de Albonoz no tuvo ocupación humana. De ahí la ausencia total (al menos en la zona excavada) de cerámicas sigillatas.

CERAMICAS MEDIEVALES

Para finalizar la relación del contexto cerámico recogido en el estrato I refiero de manera global algunas muestras de las cerámicas medievales, cuya presencia aquí se justifica por la proximidad del castillo musulmán, situado a escasos metros de la excavación. No obstante, las cerámicas relacionables con la vida del castillo tienen muy poca significación numérica y ello se explica por el carácter exclusivamente militar de esta fortificación que albergaría, incluso en su época de máximo apogeo, a una reducida guarnición.

Los fragmentos recogidos abarcan una extensa panorámica que llega hasta la época nazarí, en que el castillo cumpliría una función de vigía fronterizo (209), a juzgar por la existencia de fragmentos en los que se ha hecho uso de la decoración vidriada en color azul cobalto (210).

OBJETOS DE BRONCE (Fig. 52. Lám. XII)

Se pueden resumir en cuatro apartados los objetos broncíneos recogidos en el estrato que analizamos: broches, fíbulas, objetos diversos y monedas.

Dos broches de cinturón decorados por una de sus caras (Fig. 52). El primero de ellos (núm. 1) es una simple hebilla. El segundo recuerda los broches de garfios.

También son dos las fíbulas localizadas (Fig. 53). Una de ellas (núm. 1) es un simple alambre de bronce, retorcido hasta darle forma. Fragmentos semejantes a esta fíbula se encuentran en El Carambolo (211), donde también son abundantes las fíbulas anulares. El ejemplar 2 es probablemente un puente correspondiente a una fíbula anular hispánica (212), tan frecuentes en Andalucía desde las prospecciones de Bonsor, quien por cierto publica algunos objetos metálicos semejantes al broche de cinturón de la figura 52, 2 (213).

---

(209) Torres Delgado, C.: «Antiguo reino nazarí de Granada». Granada, 1974. Se incluye el Castillo de Alhonoz.

(210) Lluviá, L. M.: «Cerámica medieval española». Barcelona, 1967, pág. 88.

(211) Carriazo: *Op. cit.*, nota 79, fig. 219.

(212) Cuadrado, E.: «La fíbula anular hispánica y sus problemas». *Zephyrvs*, VIII. Salamanca, 1957, pág. 8.
Idem: «Las fíbulas anulares de la ría de Huelva». AEspA, 42. Madrid, 1969, págs. 40-45.
Almagro Basch, M.: «Inventaria Archaeologica». E., I-IV. Madrid, 1959.

(213) Bonsor: *Op. cit.*, nota 19, fig. 91.

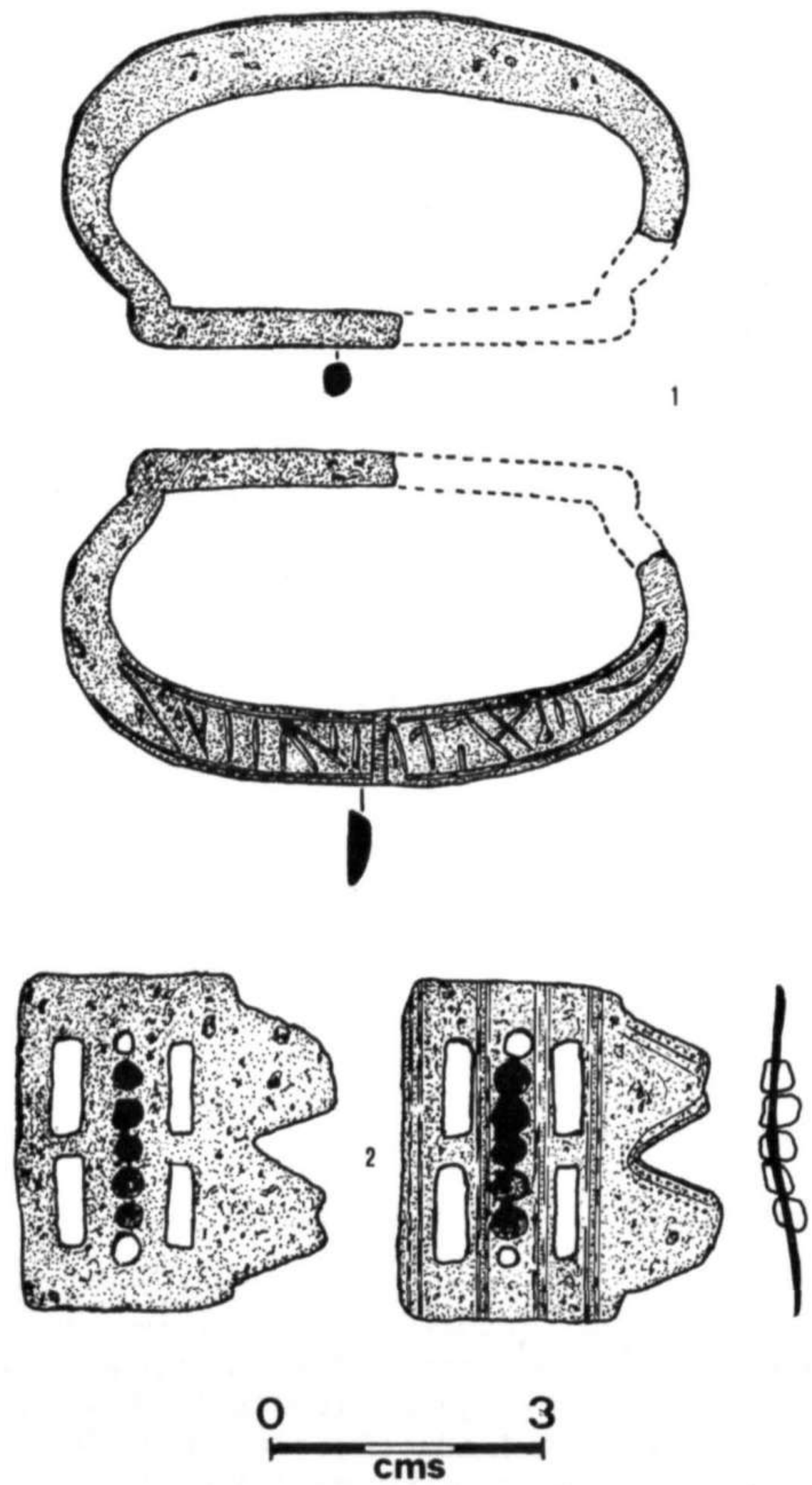


Fig. 52.—Alhonoz, 78-B: Estrato I. Dos broches de cinturón de bronce. Cfr. Lám. XII.

Además de algunos otros objetos diversos de bronce, entre los que parece seguro que uno de ellos se trata de una navaja de afeitar, completan este lote un cierto número de monedas, cuya identificación es la siguiente:

1. As romano. Anverso: cabeza laureada de Jano, encima I. Reverso: proa de navío a la derecha, delante I (borrado), encima anagrama con las letras L A P («Lucius Aemilius Paulus?»). En el exergo A. Según Babelón pertenece a la familia AEMILIA, cuya amonedación comienza hacia el 234 a. de C. (214).

2. As romano. Anverso: cabeza laureada de Jano, encima I. Reverso: proa de navío a la derecha, en el exergo ROMA. Por la iconografía del anverso se parece a

---

(214) Babelon, E.: «Description des monnaies de la République Romaine». Tome premier, pág. 115.

los ases de la familia JUVENTIA, MAIANIA, MAMILIA, MARCIA... y a otras más, que hacen su amonedación durante el siglo II a. de C. (215).

3. As iberorromano de VLIA. Anverso: cabeza femenina a la derecha, sobre una lúnula, a la derecha espiga. Reverso: VLIA en cartela entre ornamentación vegetal.

4. As iberorromano de CARMO. Anverso: Cabeza de Mercurio a la derecha. Reverso CARMO en cartela entre decoración vegetal. Esta pieza y la anterior se fechan entre el 133-105 a. de C. (216).

5. Semis de OBULCO. Anverso: cabeza de Apolo a la derecha, delante OBVL (borrado), detrás NO (ILMO) (?). Reverso: Toro a la derecha parado sobre línea, encima media luna; anepígrafo (217).

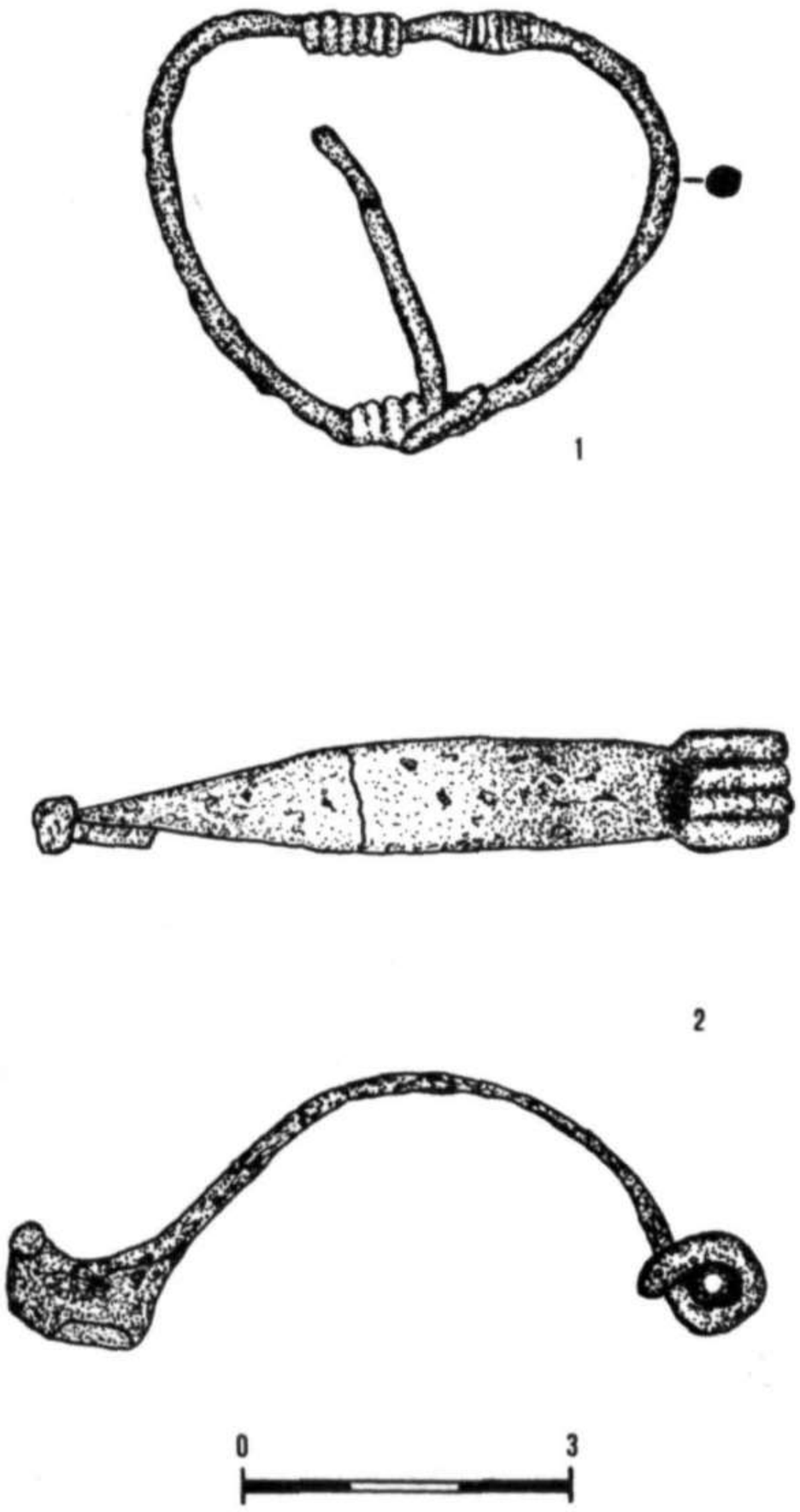


Fig. 53.—Fíbulas de bronce del estrato I. Cfr. Lam. XII.

(215) Cohen, H.: «Descripción general de las monedas de la República Romana». Londres, 1857.
(216) Guadan, A. M.: «Numismática ibérica e iberorromana». Madrid, 1969.
(217) Delgado, A.: «Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España». Sevilla, 1876. Tomo III, lámina LX, núm. 56.

OTROS MATERIALES DEL ESTRATO I:

Como complemento al inventario de los materiales que se han venido relacionando en las páginas anteriores, ofrezco en las láminas XII-XIV una serie de objetos diversos, en un contexto heterogéneo al máximo, sobre los que omito cualquier pormenorización, en un afán de síntesis.

Hay que advertir, no obstante, que los elementos integrantes de este lote son ilustrativos al máximo sobre las diversas fases de ocupación del poblado de Alhonoz, de sus vicisitudes históricas y de las tareas ocupacionales de sus habitantes.

Sin embargo, no aportan prácticamente nada que tenga una cierta fiabilidad cronológica, precisamente por el espectro tan heterogéneo que abarcan y por haber salido —como casi todo el conjunto de materiales del estrato I— revueltos entre la tierra de colmatación de los habitáculos ibéricos, habiendo podido caer al lugar de su hallazgo en cualquier momento, y de forma anárquica. Los únicos objetos, de entre todos, que han aparecido «in situ» en la base del estrato I son las pequeñas muestras de oro, aplicado sobre un cuerpo de bronce.

El resto del conjunto comprende desde objetos líticos empleados como proyectiles de catapulta o como percutores para la molienda del grano en molinos de mano. También algún otro proyectil, probablemente de honda, fabricado en arcilla cocida contribuye a reforzar la idea del abandono definitivo del poblado, por motivaciones bélicas. Como detalle significativo conviene decir que todos estos proyectiles aparecieron entre la tierra de colmatación, pero hacia la zona occidental de la excavación, que es precisamente por donde la subida a los cerros de Alhonoz es más accesible.

Vale la pena, al menos, mencionar un asta de ciervo, indudable muestra de la actividad cinegética, junto con la agrícola y pastoril, de los moradores de Alhonoz en época antigua.

24. LA ESTRATIGRAFIA DEL CUADRO 6

Como queda indicado anteriormente, la excavación horizontal del conjunto general del área B se simultaneó con el sondeo estratigráfico practicado en el cuadro 6 del primitivo planteamiento de la cuadrícula (Fig. 42). En este lugar se tomó contacto con la tierra virgen a los 3,5 m de profundidad y proporcionó una secuencia de cuatro niveles (Fig. 54). Es necesario tener presente que en el corte efectuado en la campaña anterior se pudo estudiar una estratigrafía de 6,5 m de potencia total hasta la roca estéril, en la que se discriminaron hasta diez niveles arqueológicos, lo que, en consecuencia, permitió mayores matizaciones en la cronología.

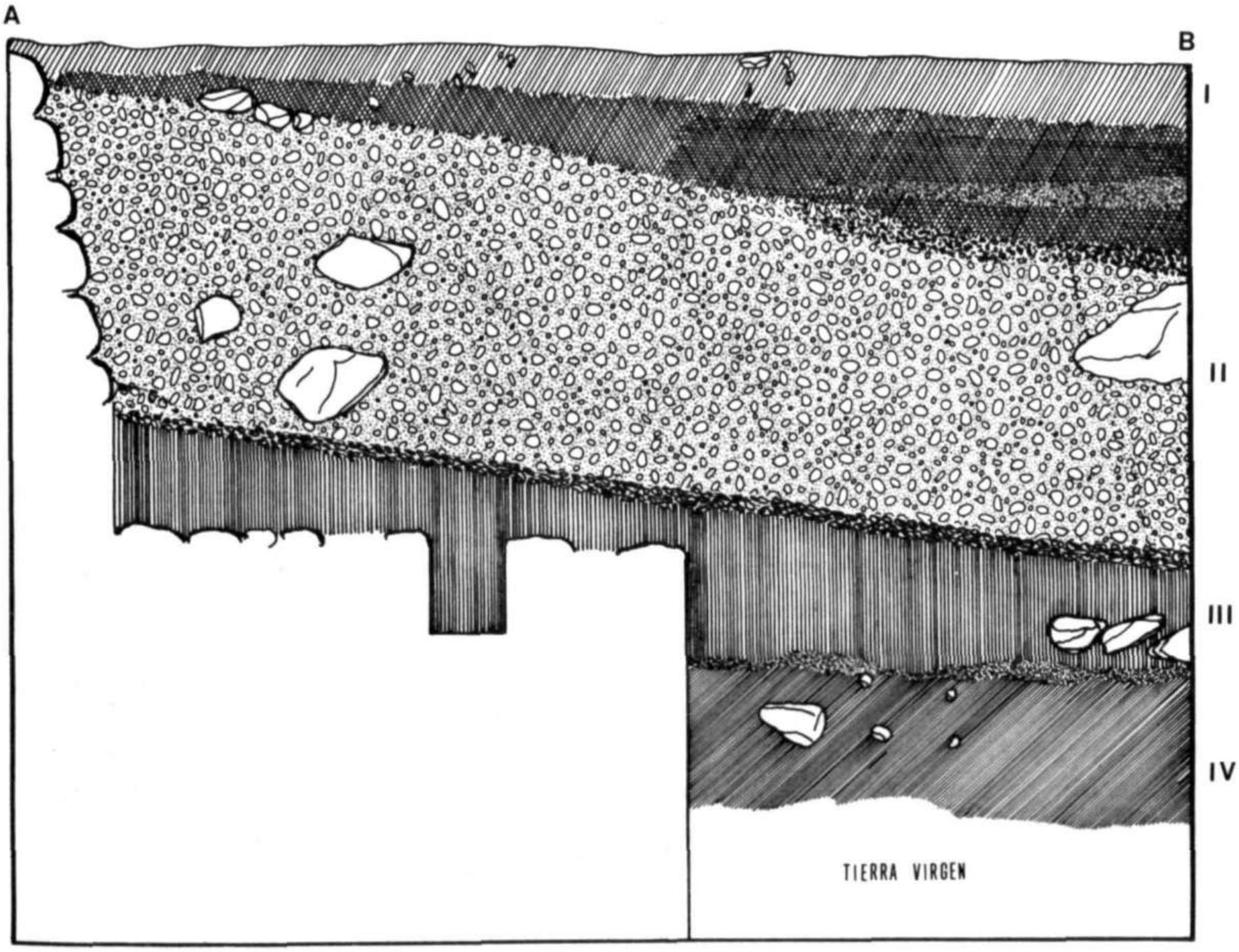
Esta diferente cadencia en la aparición de estratigrafías entre lugares de un mismo yacimiento, situados a poca distancia (Fig. 3) obedece sin duda a una diferente forma de ocupación del lugar en la antigüedad, que ha determinado puntos de desigual espesor en el relleno, con poca distancia entre sí.

Pero, independientemente de estratigrafías anteriores y de las que se puedan hacer en el futuro, la secuencia de 1978 se puede resumir de la siguiente forma (figura 54. Lám. VIII B):

ESTRATO I: Tierra gris eólica. Potencia 12-40 cm bajo la primera cobertura arada.

Los materiales arqueológicos de este estrato, en lo que se refiere a cerámica,

suponen un 100 % de fragmentos a torno, que ya se han estuadiado en el capítulo anterior en el que se incluyen piezas de todo el área de excavación y, por tanto, también del cuadro 6.



ESTRATIGRAFIA COMPLETA DEL CUADRO VI
POR EL LADO A-B

Fig. 54.—Estratigrafía completa del cuadro VI por el lado A-B.

ESTRATO II: Tierra ocre y barro en gránulos con una potencia máxima de 1,6 m, en la base un pavimento de pequeños trozos de piedra caliza. Este estrato se relaciona con la urbanística correspondiente a la segunda fase de ocupación (Fig. 42. Lám. VIII B). En cuanto a la estadística de materiales aparecidos su resumen es el siguiente:

CERAMICA A TORNO

Gris:	Retícula bruñida:	policroma:
20,89 %	1,61 %	9,4 %

Sin decoración: 28,96 %.

CERAMICA A MANO

38,93 %

CERAMICA A LA RUEDA

0,75 %

Además de estos materiales se localizó una punta de fecha de bronce con arpón (Lám. XVI 3), un morillo de cerámica y un pequeño lastre de cerámica para pescar (Fig. 57, 2).

Por otra parte hay que tener en cuenta que el estrato II se localizó en otros puntos de la excavación (véase la estratigrafía en la Fig. 43, perfiles NE y SE), lo que proporcionó una mayor recogida de material, parte del cual se presenta en este estudio.

Siguiendo la misma sistematización esbozada anteriormente vemos, en cuanto a la cerámica gris a torno, un predominio de las formas abiertas, platos y fuentes de labio engrosado interiormente, de borde sencillo, de borde en visera, de perfil carenado, etc. Los fondos son planos o con leve rehundimiento. Con menos frecuencia se presentan algunas otras formas como las botellas de boca angosta y las pequeñas ollas globulares de superficie exterior ondulada, forma que relaciona al poblado de Alhonoz directamente con el yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce, que es uno de los establecimientos coloniales más cercanos al valle del Genil con el que se observan mayores similitudes en cuanto a sus materiales (218).

Respecto a las conexiones peninsulares de las cerámicas grises monócromas de Alhonoz, que se presentan de forma casi masiva en cuantas excavaciones se han efectuado, son una prueba evidente del carácter tartéssico de este poblado y del grado de asimilación de las influencias del litoral por parte de los moradores durante las últimas etapas de la Edad del Bronce.

La búsqueda de paralelismos tipológicos de esta especie cerámica nos llevaría a multitud de yacimientos andaluces de la zona de Huelva (219), Cádiz (220), Valle del Guadalquivir (221), Costa del Sol (222) y Andalucía oriental (223), por limitar la enumeración exclusivamente al ámbito andaluz. Yacimientos en cuya pormenorización considero ocioso entrar en este lugar por haber planteado la dispersión peninsular de la cerámica gris monócroma en la Memoria de las excavaciones de 1977. Evitando así repeticiones innecesarias.

CERAMICA DE «RETICULA BRUÑIDA» (Fig. 55)

Por lo que respecta la cerámica bruñida con decoración reticulada al interior, únicamente se han encontrado en esta campaña algunos fragmentos a torno que no ofrecen nada nuevo a lo ya conocido en anteriores campañas. Son las mismas tipologías de platitos con diámetro entre los 12 y los 15 cm, con labio engrosado de perfil amigdaloide, a partir del cual y hacia abajo presentan una decoración de enrejado romboidal en la que se intercalan haces de líneas oblicuas.

---

(218) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, nota 17, lám. XLIX, núm. 270: Cerámica rojiza del estrato VII-A.
(219) Véase bibliografía contenida en las notas 93, 114, 115, 128, 78, 130 y 134.
(220) Esteve: *Op. cit.*, nota 136.
(221) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39.
Pellicer: *Op. cit.*, nota 30.
Carriazo: *Op. cit.*, nota 79.
Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35.
(222) Arribas y Arteaga: *Op. cit.*, 17.
Arribas y Wilkins: *Op. cit.*, nota 27.
Aubet: *Op. cit.*, nota 11.
Aubet, Mass-Lindemann y Schubart: *Op. cit.*, nota 101.
Schubart, Niemeyer y Pellicer: *Op. cit.*, nota 98.
Schubart y Niemeyer: *Op. cit.*, nota 77.
(223) Pellicer y Schule: *Op. cit.*, notas 146-47.

Algunos ejemplares de idéntica tipología carecen de la consabida decoración reticulada, aunque no existe diferencia apreciable en la elaboración, con relación a la especie decorada.

Tanto unos como otros recuerdan los productos tan frecuentes en la zona de Huelva y en el Carambolo de Sevilla, aunque se diferencian de estos últimos por la calidad de la pasta, más oscura y amarronada, por lo general, en los ejemplares de Alhonoz.

Son manufacturas de una excelente elaboración y un bello aspecto metalizado que hay que inscribir dentro del círculo artesanal de los mejores productos de la alfarería tartésica.

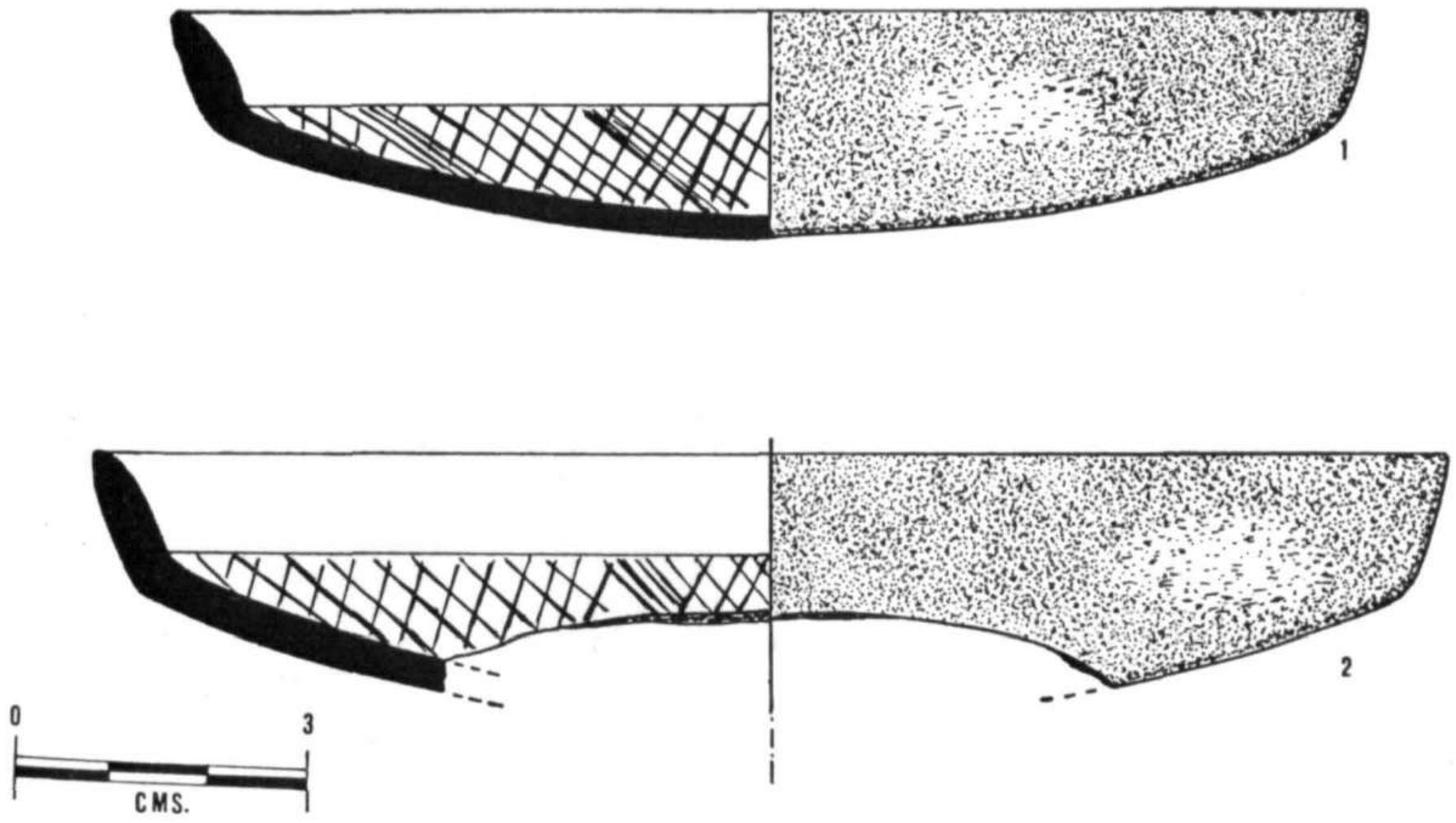


Fig. 55.—Alhonoz. 78-B. Cuestro 6. estrato II.

CERAMICA POLICROMA A TORNO (Lám. XV. Fig. 56)

Son materiales en los cuales comienzan a apreciarse los indicios de las primeras manufacturas costeras púnicas en el Genil medio.

Su tipología se puede resumir «grosso modo» en dos grandes apartados: formas globulares y platos.

Por lo general se observa una tendencia al ensanche de los sistemas de decoración geométrica. Algunos ejemplos poseen mayor barroquismo, de raíz orientalizante, en su ornamentación. Se han hallado algunos fragmentos con decoración fitomorfa. Un caso interesante está representado por la figura 56, que son unos fragmentos concertados de una gran urna globular de boca exvasada sobre la que se ha aplicado una profusa decoración, casi con «horror vacui» en forma de metopas sobre el hombro, con decoración triangular en rojo y negro, superpuesta a un sistema de bandas rojas delimitadas con líneas marrón oscuro. Es indudable que esta pieza es un producto exótico en el Valle del Genil, cuya justificación aquí, al igual que el ejemplar de decoración vegetal, hay que justificarlo en el impacto que las arremetidas fenicias de las factorías costeras andaluzas dejan sentir en la campiña sevillano-cordobesa en una fecha temprana.

Junto con estos productos hay que destacar algunos elementos del mismo ámbito cultural, e indudablemente de igual procedencia como un fragmento de lucerna púnica, un fragmento de un plato de cerámica fenicia de «barniz rojo» y la punta de flecha con anzuelo (Lám. XVI, 3), que demuestran a las claras la conexión de los hábitats campiñeses del Genil medio con establecimientos púnicos del litoral mediterráneo andaluz, como Toscanos, donde se documentan elementos tan significativos como estas puntas de bronce (224).

Vale la pena destacar, en fin, alguna pieza de mayor rareza como el morillo y el lastre para pescar (Fig. 57, 1 y 2. Lám. XVI, 1).

En cuanto a la considerable representación de cerámicas a mano recogidas en este estrato constituyen la perduración de las técnicas tradicionales de la manufactura cerámica en un momento de claro influjo artesanal de la elaboración a torno. Prescindo por ahora del análisis detenido sobre estas cerámicas, que son en líneas generales las mismas que los fragmentos hallados en los dos estratos inferiores, para centrarme al final en algunas reflexiones sobre ellas.

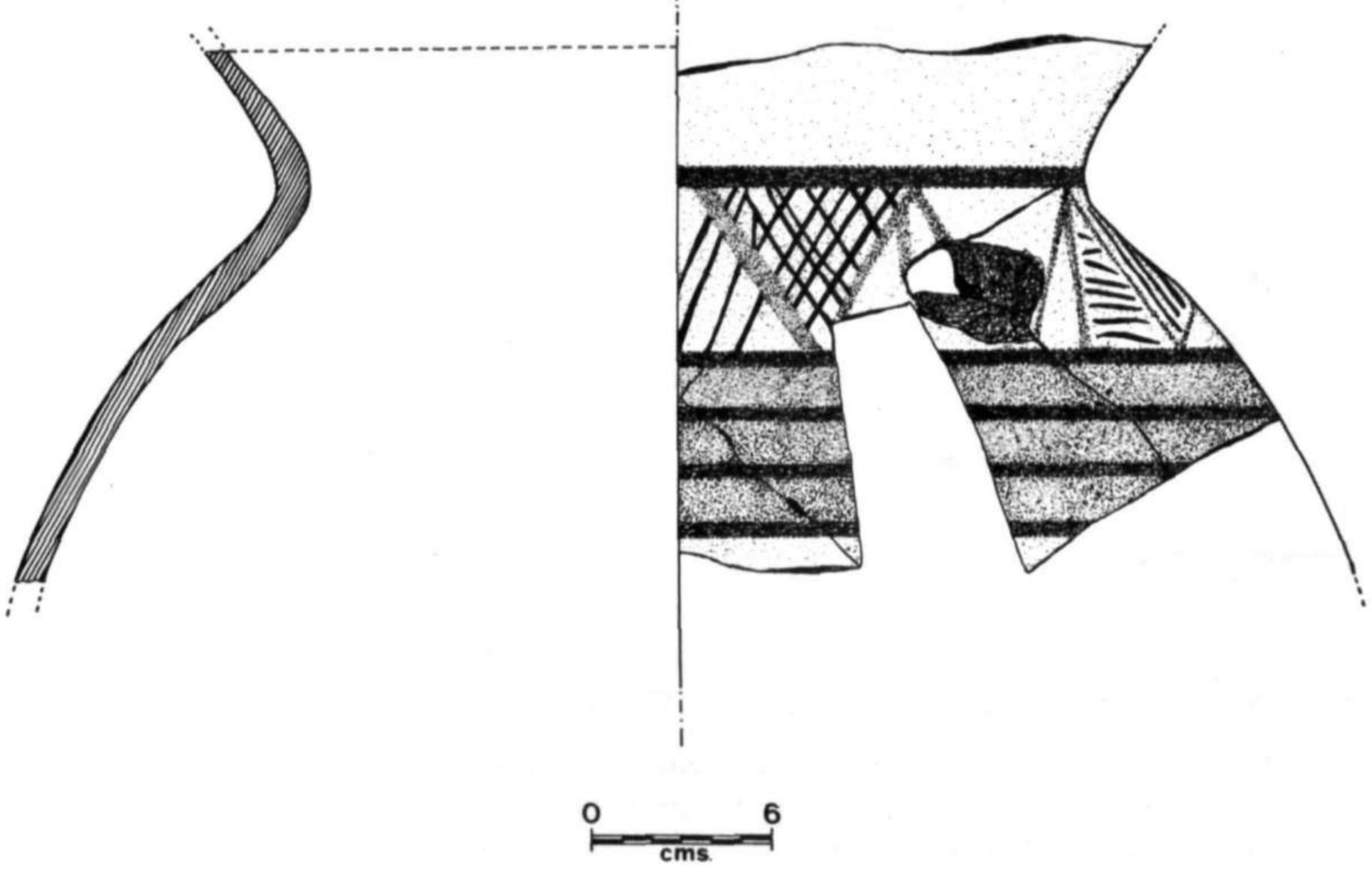


Fig. 56.—Estrato II: Fragmentos de una gran urna globular de cerámica policroma a torno. Fuego oxidante. Desgrasante de mica dorada. Cfr. Lám. XV-3.

Descripción de los materiales de la figura 57

1. Morillo. Superficie color ocre con señales oscuras y decoración de incisiones profundas (véase lámina XVI).
2. Pequeño lastre de cerámica con hendiduras en dos meridianos.

---

(224) Schubart, H., y Niemeyer, H. G.: «La factoría paleopúnica de Toscanos (resultado de las excavaciones estratigráficas». Tartessos. V. Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1969, págs. 203-219, figura 4.

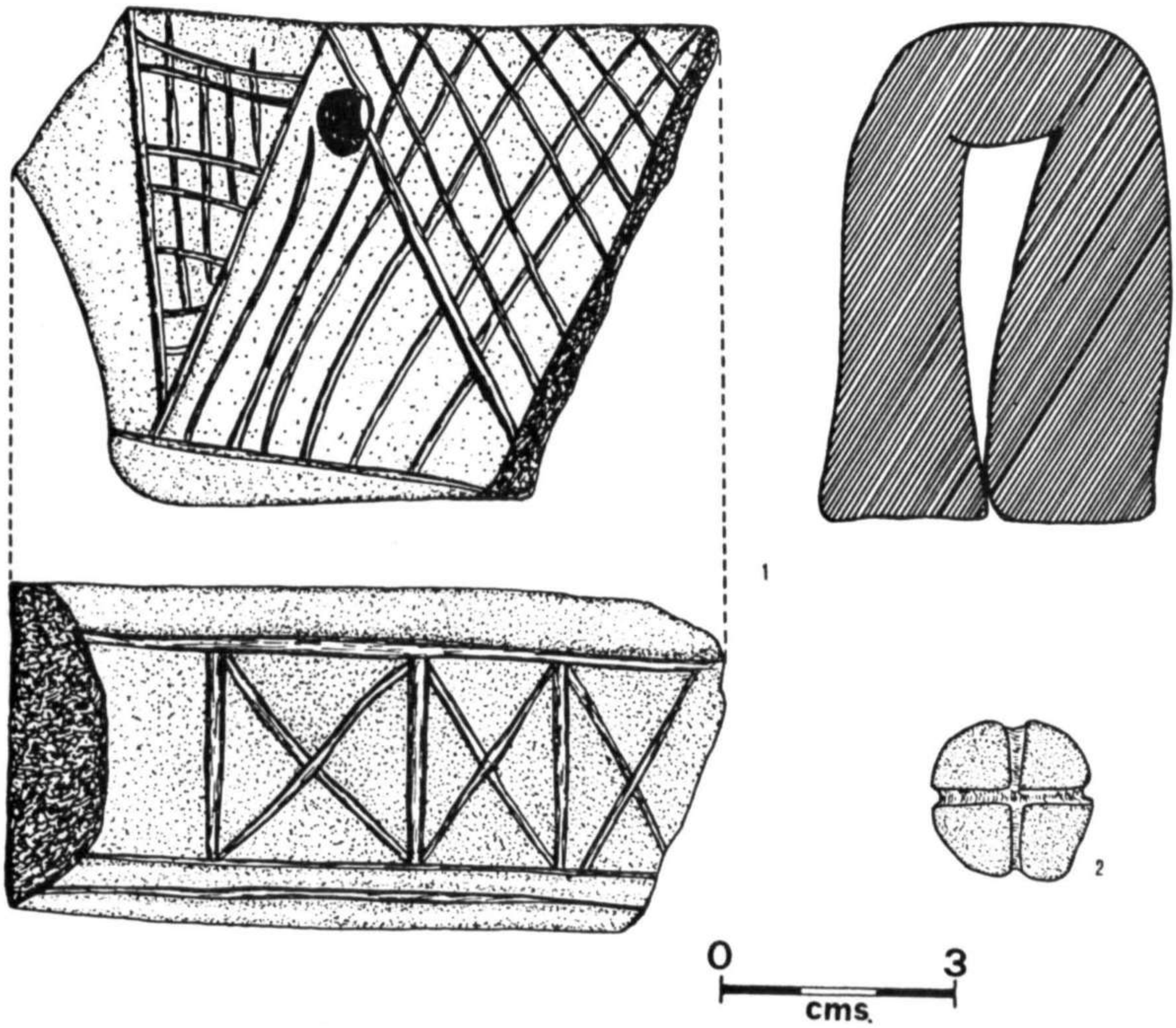


Fig. 57.—Alhonoz, 78-B. Cuadro 6, estrato II.

Descripción de los materiales de la figura 58

Dos fragmentos de ollas globulares y labio vuelto. Elaboración a mano. Pasta ocre oscura y degrasante arenoso grueso. Superficie burda renegrida. Impresiones digitales y muescas junto al cuello.

ESTRATO III. Bajo el pavimento de pequeñas piedras toscas que constituyen la base del estrato II. Tierra gris limosa de 40-60 cm de potencia. En la base nódulos carbonizados y debajo una capa casi continua de ceniza. La estadística de materiales correspondiente al estrato III es la siguiente:

CERAMICA A TORNO	CERAMICA A MANO
97,6 %	2,4 %

ESTRATO IV. Bajo la capa de carbonización (base del estrato III). Potencia de 50-60 cm. Tierra gris limosa. En la base piedra arenisca amarillenta, muy deleznable (roca estéril).

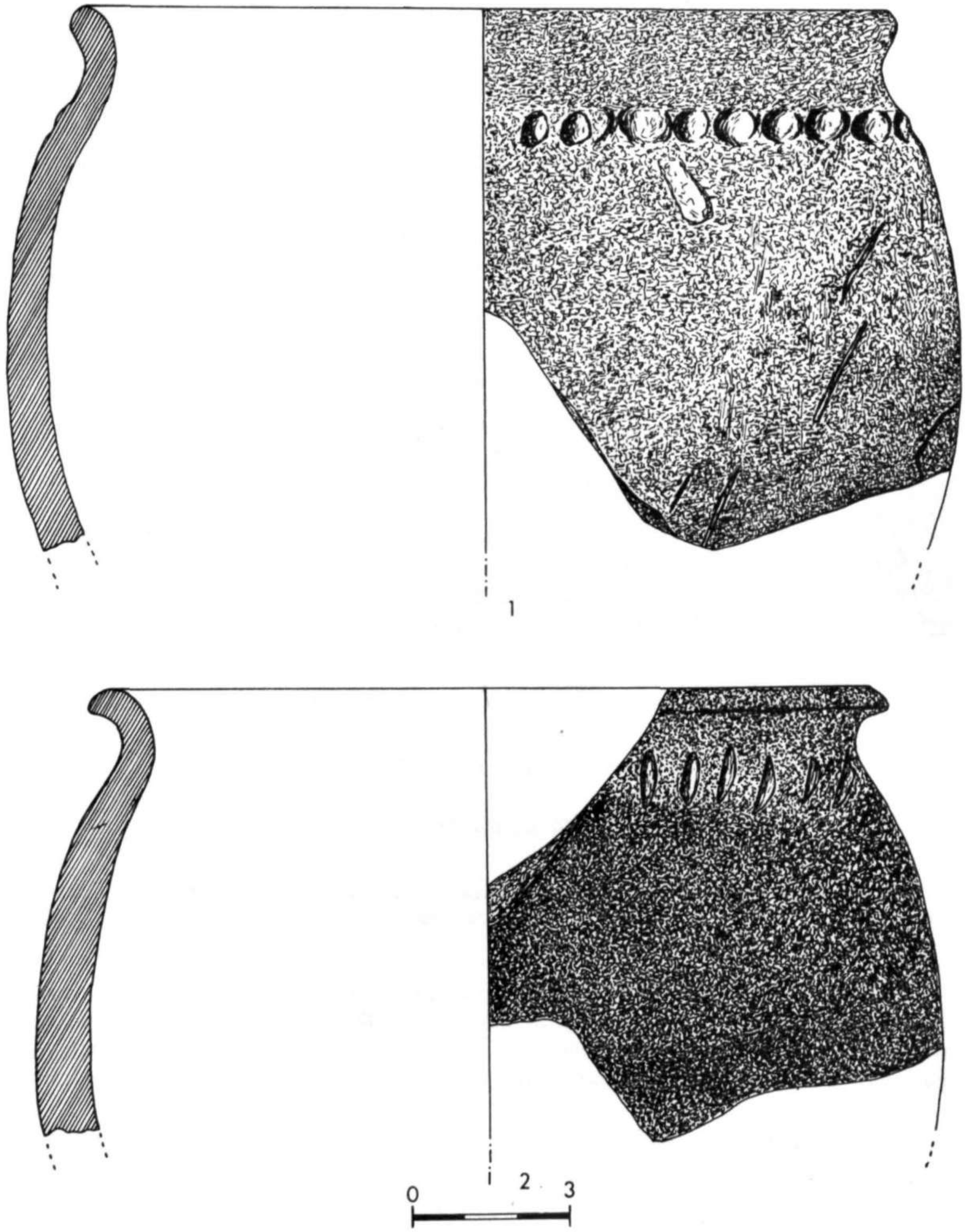
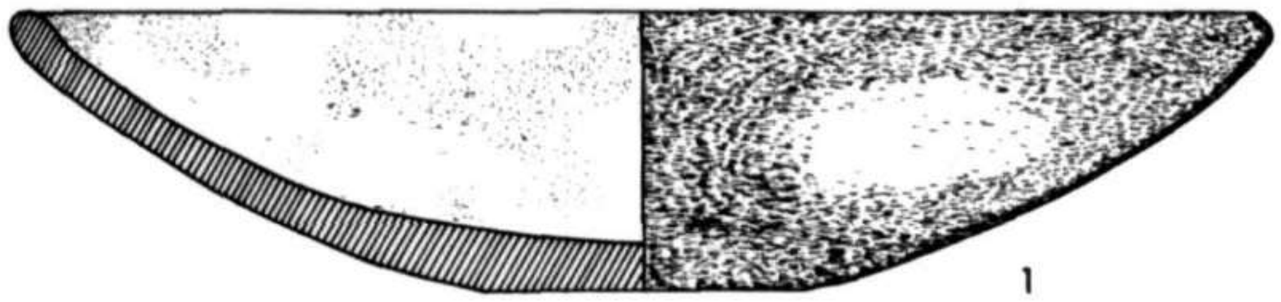
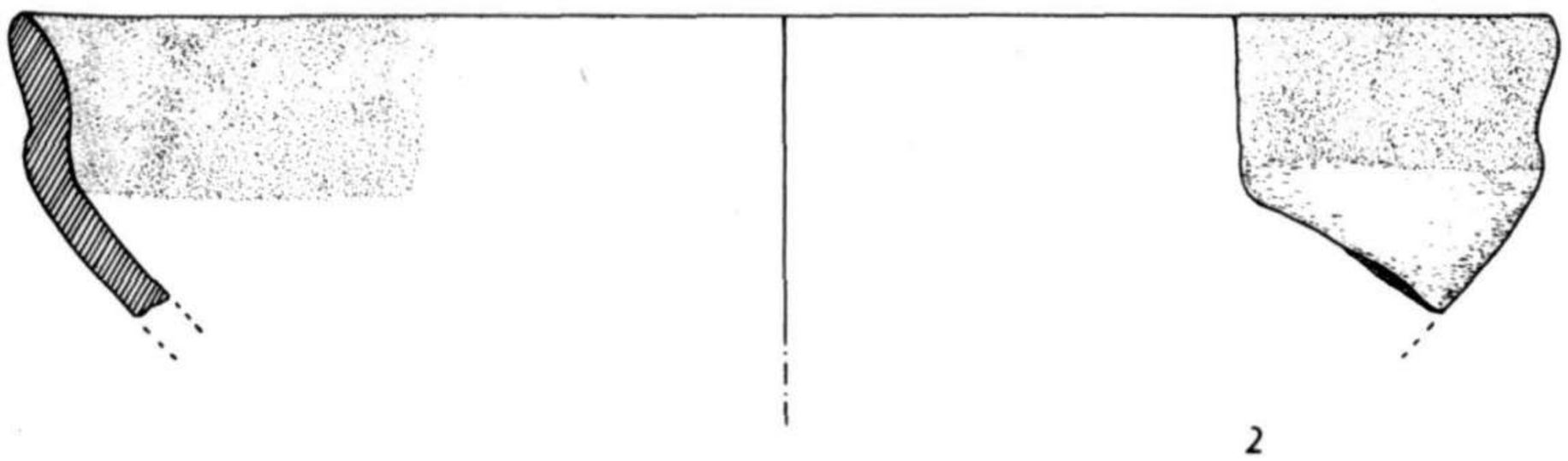


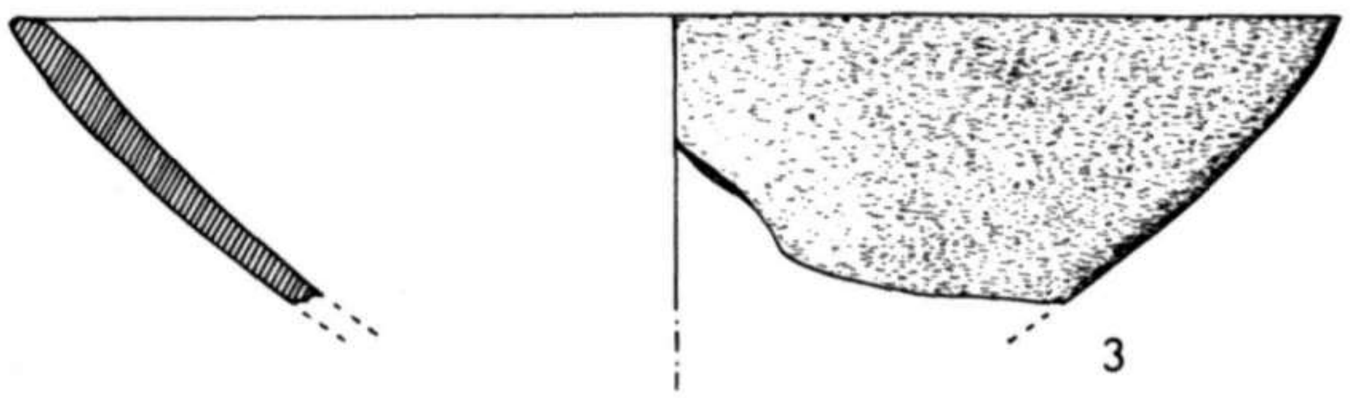
Fig. 58.—Alhonoz, 78-B. Cuadro 6, estrato II. Cerámica a mano de superficie grosera.



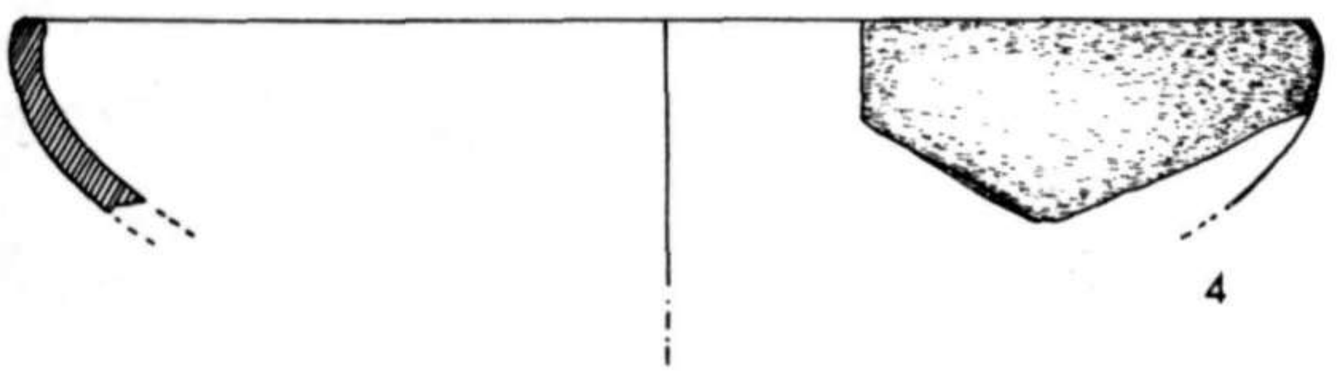
1



2



3



4

Fig. 59.—Alhonoz, 78-B. Cuadro 6, estrato II. Cerámica a mano.

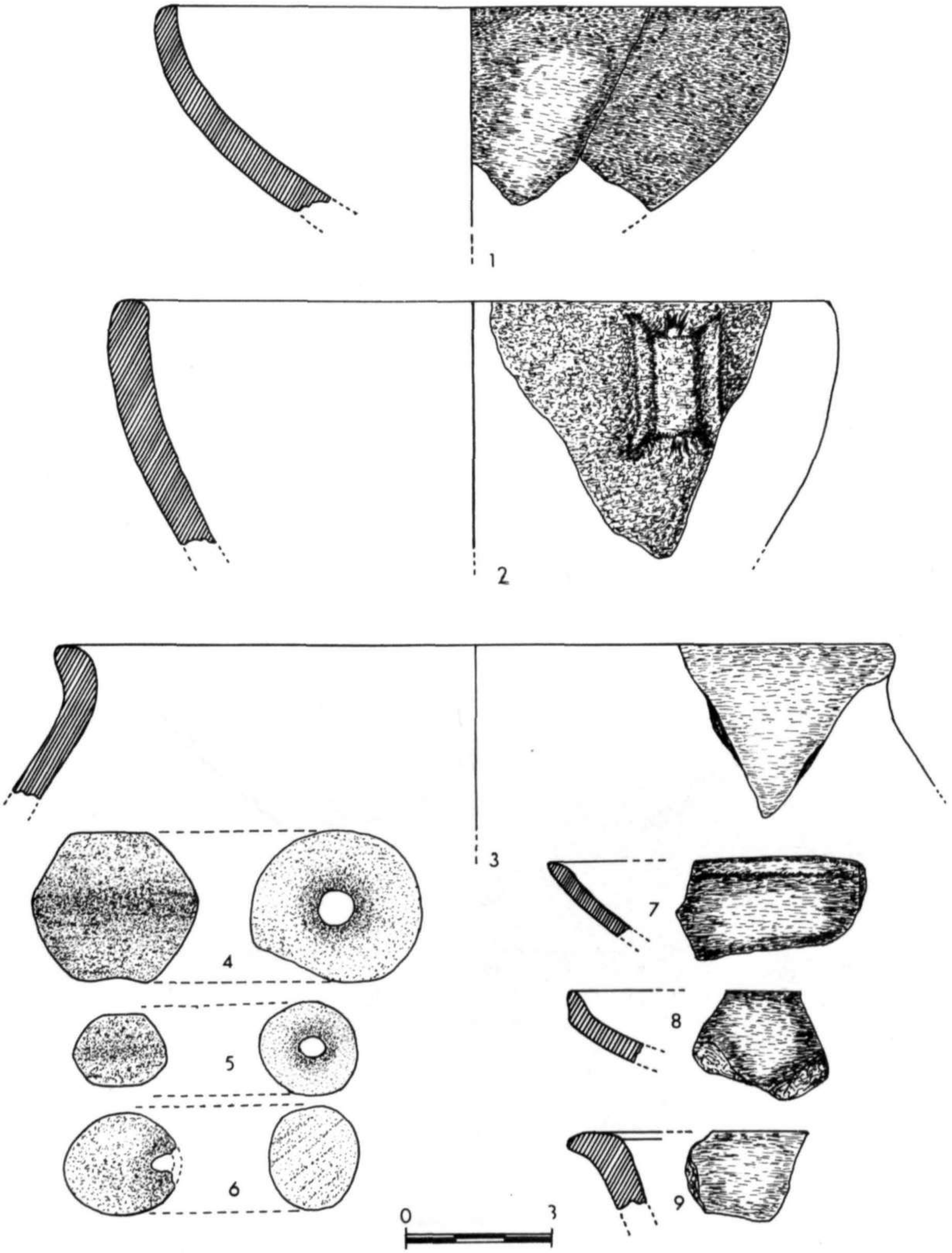


Fig. 60.—Alhonoz, 78-B. Cuadro 6, estrato III. Cerámica.

El estrechamiento que ha ido produciéndose a medida que progresaba la excavación, como consecuencia de ir respetando los muros correspondientes a cada una de las fases de ocupación, ha determinado una menor recogida de materiales, aunque no se ha observado una disminución muy grande, en cuanto a proporcionalidad se refiere. Se han obtenido un total de 390 trozos de cerámica en este estrato, lo que no representa un enrarecimiento excesivo si se compara con los 591 fragmentos del estrato III o con los 1.053 del II nivel.

A pesar de que la cerámica a torno ha estado presente en el estrato IV, su representación es mínima y no llega al 1 %.

Descripción de los materiales de la figura 61

1. Fragmento de una gran fuente de cerámica a mano. Superficie bellamente bruñida en color Siena con decoración sobrepintada a la almagra. Típica muestra de la cerámica tartéssica característica de El Carambolo, cuya procedencia en Alhonoz es indudable.

2. Fragmento de una gran fuente de la rueda (?). Superficie bruñida junto al borde y descascarillada en el resto. Pasta también gris con degrasante grueso de arena (estrato IV del cuadro 6 de la secuencia de Alhono-1978).

3. Fragmento carenado de un gran vaso de cuerpo ovoide y cuello acampanado. Localizado en el estrato IV de Alhonoz-1978. Desde la línea de carenación hacia abajo presenta la superficie rugosa. La parte del cuello ha sido bruñida. La pasta y la superficie presentan coloración marrón-anaranjado y degrasante burdo de arena. Se trata de una de las formas conocidas en el HORIZONTE INDIGENA DE ALHONOZ pero, en el caso de este fragmento, de una producción ajena a este yacimiento.

25. EL PRIMER ASENTAMIENTO HUMANO EN LOS CERROS DE ALHONOZ A LA LUZ DE LAS CERAMICAS DE LOS ESTRATOS IV Y III

El arranque poblacional en el yacimiento de Alhonoz va quedando fijado con bastante fiabilidad en las diversas secuencias que en él se han ido presentando, pese a que la aparición de la estratigrafía desde la tierra virgen a la superficie no es siempre coincidente en todos los cortes.

Las cerámicas de esta primera fase han sido consideradas en estudios de más detenimiento (225) y se han podido completar tipologías de bastante amplitud. Ello no es posible ante los materiales que ahora nos ocupan, puesto que son elementos muy fragmentados que no permiten mayores precisiones, sino en aquellos que presentan evidentes semejanzas formales con piezas conocidas ya completas, de este y de otros yacimientos.

Hay que hacer notar, no obstante, que en la estratigrafía que ahora nos ocupa se observa —en relación a los materiales del nivel más profundo— un cierto contraste en lo ya conocido por excavaciones anteriores. Por lo general en las secuencias anteriores en las que se ha contactado con la tierra virgen los elementos materiales que descansaban directamente sobre ella, como representativos de la primera fase de hábitat, han sido proporcionalmente, y con mucho, cerámica de bruñidos metalizados y de una perfecta elaboración que en muchos casos presuponían la existencia de un torno de alfarero o, cuando menos, de ese artilugio más lento que se ha dado en

(225) López Palomo: *Op. cit.*, nota 8.

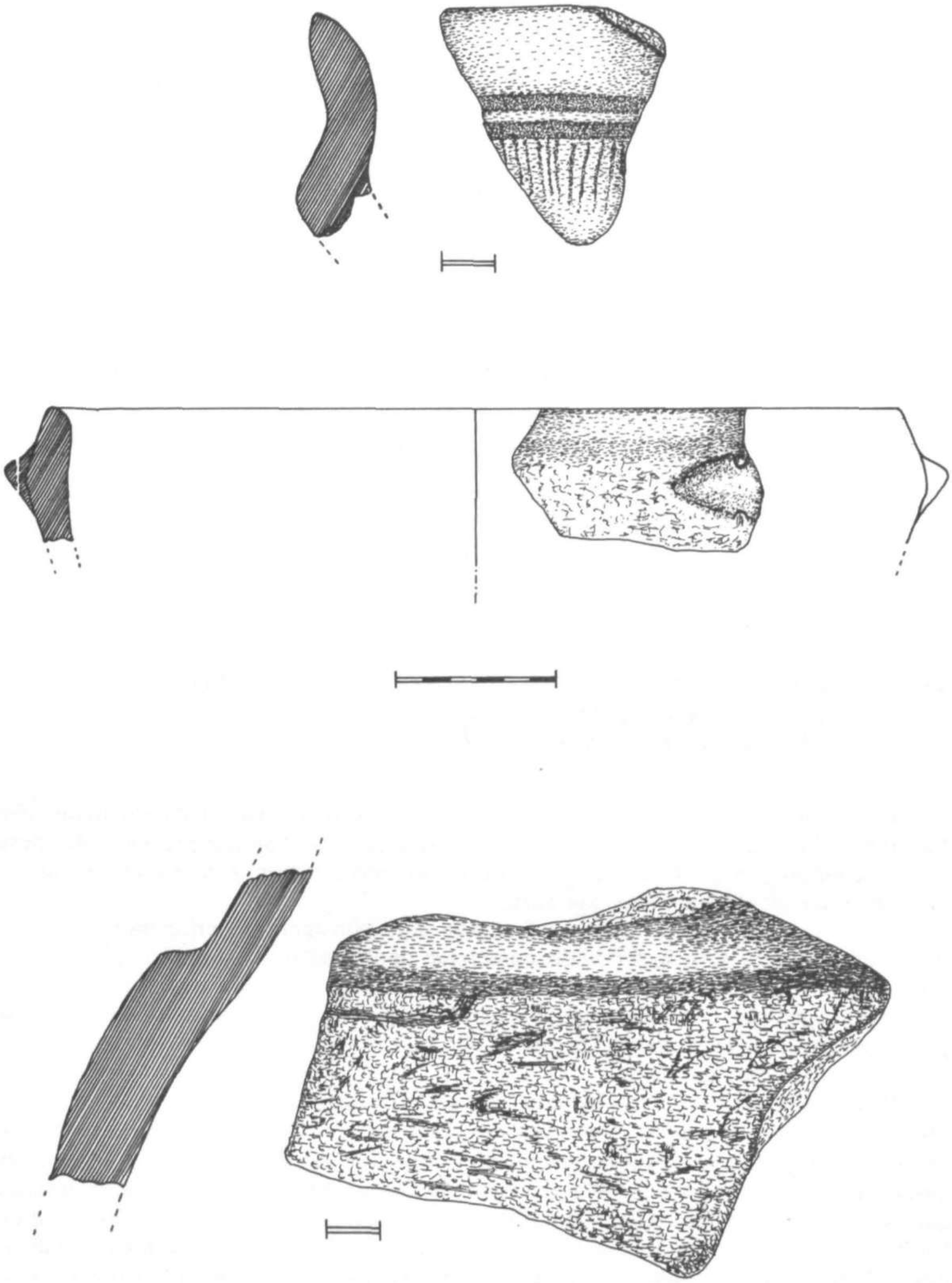


Fig. 61.—Alhonoz, 1978: Cerámica a mano y a la rueda del estrato IV.

llamar la rueda. A partir de ese arranque material de hábitat hemos asistido indefectiblemente a una masificación humana que ha dejado su impronta en forma de grandes hacinamientos cerámicos, confeccionados siempre a mano, que coexistían con tímidas representaciones de objetos torneados, como muestra de las primeras arremetidas comerciales del mundo púnico de la costa.

Estas cerámicas modeladas, que se superponían invariablemente a los bellos ejemplares bruñidos de más abajo hasta casi substituirlos por completo, han dotado de una fisonomía peculiar a otras excavaciones de Alhonoz, ha habido que incluirlas en lo que se considera como fase II u «Horizonte indígena de Alhonoz» —justificando esta denominación en el gran número de formas y ejemplares obtenidos— y su clasificación se puede hacer, de manera muy esquemática, en cerámica de superficie rugosa y cerámicas de superficie espatulada, alisada o bruñida (con o sin sobrepintado a la almagra), y siempre dentro del común denominador de manufacturas a mano.

Pues bien, en la estratigrafía de 1978 estas cerámicas marcan su impronta desde el estrato IV al II y están considerablemente representadas en el nivel más profundo, en coexistencia con las manufacturas de mejor ejecución y de procedencia indudablemente foránea. Significa esto que en el estrato IV de la secuencia de 1978, es decir, en el nivel de arranque poblacional en este sector, existe una mayor constatación en cifras porcentuales de los materiales característicos del «Horizonte indígena de Alhonoz», o fase II, en relación con las manufacturas propias del primer momento del hábitat. Mientras que en las secuencias de 1973-75 y 1977 se asentaba sobre la roca madre de los cerros de Alhonoz un estrato bien definido por la presencia de las cerámicas bruñidas en tonos metalizados y dudosa elaboración a la rueda en algunos casos, en la estratigrafía de 1978 —habiendo estado presentes estos materiales— existe una mayor coexistencia de las cerámicas de la fase II, como si se tratase de una interconexión de ambas fases (I y II), es decir, de las etapas primeras del arranque de población.

Por tanto, a la hora de enfrentarnos con la problemática del arranque poblacional de los cerros de Alhonoz —en lo que respecta a la estratigrafía del cuadro 6 de 1978— nos vamos a centrar exclusivamente en el estudio de los materiales, indudablemente importados, característicos en las otras estratigrafías de la fase I.

Los materiales arqueológicos que definen la cultura material de las gentes que ocuparon por primera vez las colinas de Alhonoz se insertan dentro del ambiente general del final de la Edad del Bronce en Andalucía.

Las siguientes consideraciones se complementan con lo que ha quedado expuesto en el capítulo 16 de la presente obra, en que se analizan materiales semejantes recogidos en el estrato X de la secuencia de 1977.

A la hora de buscar paralelos, parece ser que existe coincidencia entre las diversas estratigrafías andaluzas que nos sirven de puntos de comparación, aunque frecuentemente se produzcan rectificaciones cronológicas. Las excavaciones de Alhonoz, en lo que se refiere a los estratos de base han de ser consideradas, en razón de los criterios estratigráficos obtenidos en otros lugares y sus materiales fechados, de acuerdo con la cronología que en los yacimientos andaluces del mismo horizonte cultural se haya convenido. Los materiales que utilizo como objetos parangonables, con los de otros puntos son en Alhonoz elementos importados y no pueden aportar aquí cronologías, sino en función de las que tengan en sus lugares de origen o, por lo menos, de donde han sido constatados con anterioridad. Pueden proporcionar, todo lo más, datos tangibles para el conocimiento de la irradiación en la zona del Genil

medio de esa cultura del Bronce Final, cuyo origen inmediato, por ahora, se nos escapa, aunque parece probable que la etnia que la acarreó a la campiña sevillano-cordobesa fueran elementos procedentes de un horizonte argárico evolucionado, que a partir de un momento se proyectaran hacia las zonas bajas de la Andalucía central y occidental, probablemente estimulados por un crecimiento demográfico o por necesidades impuestas por cambios en las condiciones climáticas que determinaran estas migraciones, que poblaron el valle medio del Genil.

De otra parte está la posibilidad de una procedencia occidental para los portadores de esta colonización. Ambas hipótesis son, por demás, sugestivas y ya las he venido exponiendo en otros lugares. Pero por ahora son mera hipótesis. No tomo partido definitivo por ninguna de ellas y, en definitiva, la exclusión de una u otra únicamente supone la aceptación de la prioridad cultural del otro punto de origen. No puede descartarse, tampoco, la convergencia simultánea en el Genil medio de elementos de distinto origen que, precisamente aquí, ponen en contacto las culturas sincrónicas de la alta y baja Andalucía y que, asimismo, sirve de enlace al comercio fenicio de la costa con la etnia indoeuropea de la Meseta.

Si nos atenemos a la comparación tipológica de los materiales de los estratos de arranque de esta estratigrafía vemos confirmada la relación anterior. Por poner algunos ejemplos claves vemos que desde la alta Andalucía encontramos elementos de comparación en las excavaciones granadinas del Cerro del Real (226), en cuyos estratos del Bronce Final vemos formas idénticas a los platitos de labio carenado de los estratos IV-III de la secuencia de Alhonoz, 1978. El siguiente eslabón podemos fijarlo en la estratigrafía cordobesa de la Colina de los Quemados, con la que las afinidades son masivas, tanto en lo que se refiere a las formas de los cacharros de Córdoba y Alhonoz como a las calidades intrínsecas de algunas piezas Efectivamente, numerosos tipos cerámicos representados en el Genil, y más concretamente los platitos a mano o a la rueda con labio indicado en línea de carenación, tienen su réplica exacta en los estratos más profundos de los Quemados (227), fechados por los excavadores en los siglos X-IX a. de C., cronología que, sin embargo, parece excesivamente alta en el Genil medio. Por otra parte, las grandes formas de vasos ovoides y cuello acampanado, que constituyen el elemento más definitorio de la fase II u «Horizonte indígena de Alhonoz», aunque en esta ocasión se haya prescindido de ofrecer numerosos ejemplos —que aparecen en todas las excavaciones—, se muestran en los Quemados a partir del estrato XIV y en la estratigrafía de Alhonoz, 1978 desde el estrato II, en relación con la segunda fase de ocupación, inmediatamente debajo de la urbanística ibérica de la fase III. Pero a la vista de las piezas de uno y otro lugar se observa que, independientemente de las similitudes tipológicas, las calidades intrínsecas de la elaboración son distintas, lo que es señal indudable de que estamos, en uno y otro caso —y en los numerosos lugares de Andalucía en que están presentes—, ante productos de elaboración local, justificado, además, por la dificultad del transporte de objetos tan grandes e inestables. No obstante, se encuentran algunos ejemplos en Alhonoz (Fig. 61), en que no se puede pensar en fabricación autóctona, aunque los perfiles no difieran prácticamente de las numerosas producciones indígenas de la zona. Son fragmentos cerámicos cuya calidad está totalmente dentro de las pastas y elaboración que se pueden apreciar en los Quemados.

En esa proyección occidental vemos repetirse los paralelos en la estratigrafía de

---

(226) Pellicer y Schule: *Op. cit.*, notas 146-147, figs. 10, 13 y 15.

(227) Luzón y Ruiz-Mata: *Op. cit.*, nota 35, láms. V-VII.

Carmona (228) a partir del nivel V y en los Cabezos de Huelva desde los estratos de primer asentamiento.

En otras excavaciones, donde no se puede hablar de estratigrafía, encontramos réplicas indudables de los materiales más profundos de Alhonoz. Tal es el caso de Asta Regia, entre cuyas cerámicas de la Edad del Bronce existen numerosos puntos de comparación, con algunos de las formas referidas anteriormente (platos de labio carenado y superficie bruñida), a los que habría que añadir algunas otras como las fuentes grises con asa horizontal perforadas verticalmente (Fig. 61) (229).

No faltan tampoco las conexiones con centros andaluces de tanta entidad en el estudio de la cultura tartéssica como el cerro de El Carambolo (230).

Es ésta una muestra, aunque muy parca, de las conexiones protohistóricas del valle medio del Genil con los grandes centros andaluces, integrados tradicionalmente en los más representativos ámbitos culturales del reino de Tartessos.

Otras muestras de idéntico ambiente, aunque sin decoración pintada, se han localizado en el estrato III (Lám. XVI-2).

Ante este panorama que hemos visto someramente hay que concluir una vez más con la reafirmación de que el arranque cultural de Alhonoz y, en consecuencia, de los hábitats campiñeses, similares a él, que se desperdigan por el curso medio del Genil, hay que situarlo en pleno florecimiento de la cultura tartéssica, en un ambiente general del final de la Edad del Bronce, cuyo punto inicial puede quedar fijado en la segunda mitad del siglo IX a. de C., del que alhonoz es sólo un exponente más, pero por ahora el único elemento de valoración fiel para el conocimiento de las fases epigonales de la Edad del Bronce en la campiña del Genil.

26. EVOLUCION CULTURAL DEL POBLADO DE ALHONOZ A LA LUZ DE LA ESTRATIGRAFIA DEL CUADRO 6

La escasa potencia alcanzada por la secuencia que acabamos de analizar no permite grandes matizaciones sobre el grado de aculturación de Alhonoz desde el primer asentamiento humano. Téngase en cuenta que en esta ocasión únicamente se han podido estudiar cuatro niveles arqueológicos y que, en ellos, se han localizado tres fases de edificación. Ello obliga a tener que considerar de manera muy global el proceso de evolución humana de este lugar desde su primer momento de hábitat.

A partir del asentamiento de la etnia que pobló por primera vez las colinas de Alhonoz (estratos IV-III), cuyo punto de procedencia no se puede por ahora adscribir a un lugar concreto, comienzan a manifestarse con cierta pujanza las arremetidas comerciales de los elementos punicoides de la costa (estrato II), que entran en contacto con el elemento humano preexistente, lo enriquecen culturalmente y, parece ser (según la excavación de 1978) que dan lugar a la edificación de un poblado fortificado (paramentos ciclópeos de la segunda fase de edificación) que sirve parcialmente de base a los moradores definitivos de la antigüedad (última fase de edificación) que, como hemos visto, construyen su ciudad con un criterio urbanístico bastante elaborado.

---

(228) Carriazo y Raddatz: *Op. cit.*, nota 39. Abb. 15.

(229) Esteve: *Op. cit.*, nota 136.

(230) El ejemplar de la figura 61 es idéntico a numerosos fragmentos contenidos en la obra «Tartessos y El Carambolo», dentro de la cerámica pintada tartesia, tipo Carambolo, figs. 326 y sigs.

Sin embargo, existe un evidente desfase cronológico entre los materiales modelados hallados en el estrato II y la profusión de cerámicas a torno, de facies muy reciente, que hemos visto colmatar las viviendas ibéricas. Si se tiene en cuenta, por otra parte, que en algunos sectores de la excavación (Fig. 43, perfiles NE y SE) la urbanística de la última fase de ocupación se asentaba directamente sobre los materiales del estrato II, con apenas unos 20 cm de diferencia en profundidad, no se puede pensar en un período largo de abandono desde la fase II y una ulterior ocupación por parte de otras gentes que, mucho tiempo después, se hubieran asentado sobre los despojos del poblado antiguo. Ello hubiera determinado una mayor potencia de relleno eólico o probablemente un desmantelamiento superior. Pero no es eso lo que se ha visto. En el lado NE de la excavación (Fig. 43) hemos visto un completo hacinamiento de cerámicas «in situ» de facies modelada, características del «Horizonte Indígena de Alhonoz», bajo la línea del muro de la fase III. Ello no puede explicarse sino en razón de que, efectivamente, hubo una época de despoblamiento —no total— entre las fases II y III y que, poco después, los moradores antiguos definitivos se establecieron sobre las ruinas anteriores, construyeron sus casas y pervivieron largo tiempo, hasta la llegada del elemento romano. Es, pues, este poblado (en su última etapa de ocupación antigua) un hábitat que se sitúa en pleno momento cultural ibérico, que entra en contacto con Roma en un estadio final de su evolución, que Roma lo domina y que obliga a sus moradores a bajar al llano. Roma no destruye las viviendas de estas gentes, sino únicamente las líneas de fortificación. Así se explica que la muralla se insinúe por todo el perfil de los cerros, pero no se vea claramente por ningún lado (Fig. 3). Precisamente a expensas de los elementos integrantes de la muralla se formaría el pronunciado talud que rodea parcialmente las cotas más altas de alhonoz.

Ante esta panorámica se nos pone por delante una sugestiva interrogante: ¿cuál fue el momento final de este poblado?, ¿cuál la causa político-militar que determinó su definitivo abandono? y, sobre todo, ¿qué ciudad, de entre la geografía ibérica, ocupó las ruinas que hoy desenterramos en Alhonoz?

Las dos primeras preguntas parecen definitivamente quedar contestadas a la vista de los materiales que rellenaban los habitáculos ibéricos. Hay que repetir una vez más que no se ha encontrado en estas excavaciones ni un solo fragmento de cerámicas romanas que se puedan traer con propiedad a los años inmediatamente anteriores o posteriores al cambio de era. Por tanto, es obvio que al comienzo de la «Pax Augustea» la ciudad ibérica de Alhonoz estaba ya despoblada. Por otra parte, los fragmentos campanienses y las escasas muestras de cerámicas presigillatas, así como las monedas ibéricas y romanas que se han recogido en el mismo contexto, nos indican indubitablemente que hubo un período, aproximadamente de un siglo, en que los moradores hispanos de estas colinas coexistieron pacíficamente con el nuevo elemento romano, e incluso llegaron a adquirir un cierto grado de asimilación de la cultura latina y, en definitiva, a dejar sentir algo del proceso de romanización (observable por primera vez en las excavaciones de Alhonoz). Esta simbiosis ibero-romana llega en los cerros de Alhonoz hasta un data que la podemos estimar con bastante fiabilidad hacia la mitad del siglo I a. de C. y, en consecuencia, no hay más remedio que retrotraer a los días del conflicto civil entre cesarianos y pompeyanos el momento de abandono de la ciudad ibérica que se asentara aquí. Pero, ¿cuál fue, en definitiva, la ciudad que aquí estamos desenterrando?

He de confesar que, en las circunstancias actuales y a pesar de las intensas campañas de excavación que llevo dirigiendo en Alhonoz, no estoy en condiciones

de contestar a esta pregunta con argumentos propios. Pero permítaseme poner en tela de juicio las identificaciones de una gran parte de los topónimos del mundo ibérico, Astapa, Oningi..., que se sitúan en lugares próximos al Genil y, por supuesto, demostrar un escepticismo a ultranza sobre otros muchos aún no identificados, Castra Gemina, Castra Vinaria... (231).

Carecemos de datos arqueológicos, numismáticos o epigráficos que permitan adscribir con propiedad las ruinas ibéricas de Alhonoz a las de alguna ciudad en concreto, pero es innegable que de alguna se trata.

Con esta incógnita como telón de fondo quiero concluir con la referencia a la hipótesis, recientemente enunciada, del señor Caruz que quiere llevar a los cerros de Alhonoz nada menos que los restos de la ciudad de Munda (232).

Efectivamente, no existe contradicción, desde el punto estrictamente arqueológico, para identificaciones semejantes. Por supuesto, me abstengo de tomar partido por una u otra adscripción. Ello comportaría una revisión total de la geografía antigua de Hispania, lo que probablemente fuera razonable. Pero he de manifestar que, con todas las reservas, la hipótesis anterior no es descabellada, e incluso sea cierta. Pero es contraste flagrantemente con otras identificaciones que quieren llevar Munda, de acá para allá. Discusiones que personalmente me son indiferentes.

Tengo, pues, que concluir con la afirmación de que la identificación de Alhonoz o se cealiza arqueológicamente o no se demuestra nunca con fidelidad.

27. LAS FASES DE OCUPACION DETECTADAS EN EL POBLADO DE ALHONOZ. CONCLUSIONES PROVISIONALES HASTA LA CAMPAÑA DE 1978

De acuerdo con las secuencias que hemos visto en las campañas de 1977 y 1978 se puede establecer —a modo de resumen— la siguiente evolución cultural del poblado de Alhonoz:

FASE I: Corresponde a la llegada de los primitivos habitantes del poblado, que se puede estimar en el siglo IX a. de C. Pervive hasta el período siguiente en que asistimos a una gran floración poblacional y al mismo tiempo a una degeneración de las técnicas de cerámica.

FASE II: La curva de la evolución cultural indígena llega a su punto máximo. Esta evolución parece que se va estimulando con la llegada de nuevos aportes humanos (no mediterráneos), que consolidan los hábitats del poblado, arrasan los pobres habitáculos de la etapa anterior y, sobre sus ruinas, asientan una nueva acrópolis. Ya se puede hablar de urbanística: casas de planta cuadrada o rectangular, de piedras sin cantear, pavimentos de tierra apisonada, hogares en el interior de las

---

(231) García y Bellido, A.: «La España del siglo I de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)». Buenos Aires, 1947.

Idem: «España y los españoles hace dos mil años (según la *Geografía* de Strabón)». Madrid, 1976.

(232) Caruz Arenas, A.: «La última campaña de César en la Bética: Munda». Actas del I Congreso de Historia de Andalucía, vol. I, págs. 143-157. Córdoba, 1978.

viviendas y techos de ramaje. Corresponde al horizonte indígena de Alhonoz. Su cronología puede fijarse a partir del siglo VIII a. de C., con prolongación en la centuria siguiente, hasta una línea no bien precisada por el momento. En esta fase los moradores autóctonos del poblado entran en contacto con los colonizadores fenicios de la Costa del Sol.

FASE III: Se trata de una fase claramente colonial. Los primeros contactos de los pobladores indígenas de la fase anterior con las factorías de la costa mediterránea comienzan a masificarse, convirtiéndose en auténticas arremetidas comerciales. A partir de aquí parece ser que existen varias corrientes convergentes hacia esta campiña, procedentes de distintos focos litorales de ambiente púnico y portadores de los mismos intereses comerciales.

FASE IV: Es la etapa puramente ibérica que ha dejado la extraordinaria impronta de la eclosión alfarera que comienza a manifestarse a partir del estrato IV de la secuencia de 1977.

A tenor de los hallazgos que acompañan a las manufacturas cerámicas ibéricas de los estratos IV-III-II no es posible establecer cronologías fiables, pues los únicos elementos de valoración cronológica nos vendrían dados por el thymaterion de bronce chipriota recogido en la fractura de dichos niveles (Lám. IV) y que, como se ha visto, es fechable en los siglos VII-VI a. de C., y por un denario republicano del 138 a. de C.

Pero ambas piezas, que de por sí son interesantes puntos de fechación, presentan un amplio margen cronológico y, además, han sido recogidas en una fractura que cortaba los tres estratos ibéricos y, por tanto, no asimilable propiamente a ninguno de ellos. Son simplemente objetos caídos anárquicamente en el boquete que atravesaba los niveles de ocupación ibérica, que no puede ser fechado con propiedad en función de ninguna de dichas piezas.

Por otra parte, pretender otorgar cronologías atendiendo a criterios estilísticos o trasplantando, sin más, los resultados de otras estratigrafías andaluzas no parece aconsejable. En consecuencia, prefiero apuntar como momento de arranque de la artesanía ibérica en el Genil (más o menos en torno al estrato IV de la secuencia de 1977) una data cercana al cambio del siglo V al IV, con prolongación en el siglo III antes de Cristo.

FASE V: Es la última etapa de ocupación antigua, dejando obviamente de lado la fase medieval representada por el castillo. Corresponde al resultado de la evolución de la Cultura Ibérica que hemos visto desarrollarse plenamente en la secuencia de 1977 y que, en sus últimos momentos, toma contacto con el mundo romano, después de haber edificado el fenomenal recinto urbano que se desparrama por los cerros de Alhonoz.

Su momento de iniciación puede estimarse a partir del siglo III a. de C., consolidándose en el siguiente y terminando hacia mediados del siglo I a. de C.

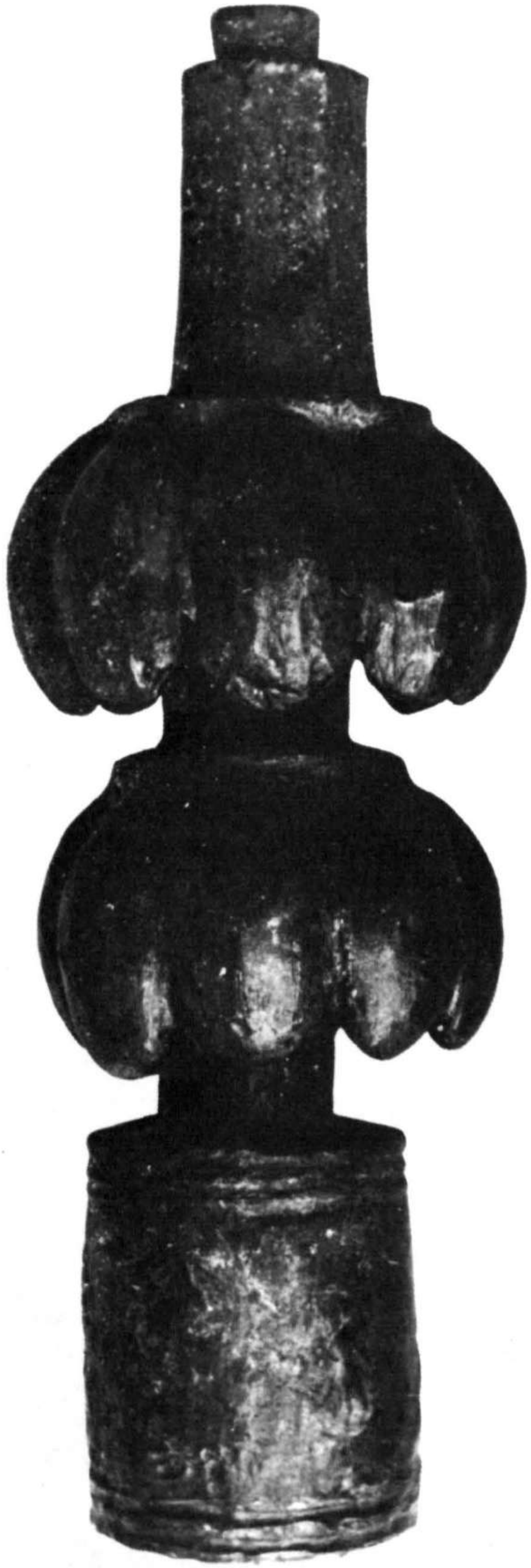
CUADRO RESUMEN DE LAS DIFERENTES FASES DE OCUPACION DEL POBLADO DE ALHONOZ HASTA LA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES DE 1978

Fase	Características	Cronología propuesta	Estratos 1977	Estratos 1978
FASE I	Primer momento de hábitat	Segunda mitad Del siglo IX a. de C.	X	IV ?
FASE II	«Horizonte Indígena de Alhonoz»	Siglo VIII	IX-VIII	IV-III
FASE III	Etapa de colonización de ambiente púnico. Arranque Cultura Ibérica	Siglos VII-V a. de C.	VII-VI-V	II
FASE IV	Plena etapa Ibérica	Siglos IV-III a. de C.	IV-III-II	I
FASE V	Etapa tardoibérica e influjos romanos	Siglos II-I a. de C.	I	I

Lám. I.—Alhonoz, 1977. 1) Objetos de hierro. 2-3) Objetos de bronce, hallados en la fractura de los estratos II, III y IV. 4) Campanita de bronce hallada en el estrato III.

Lám. II.—Alhonoz, 1977. Parte frontal de la «Minerva de bronce» localizada en la fractura de los estratos IV-III-II.

Lám. III.—Exvoto de plata representando los «Ojos de Astarté». Estrato II de la secuencia de Alhonoz, 1977.



Lám. IV.—Alhonoz, 1977. Thymaterion de bronce.

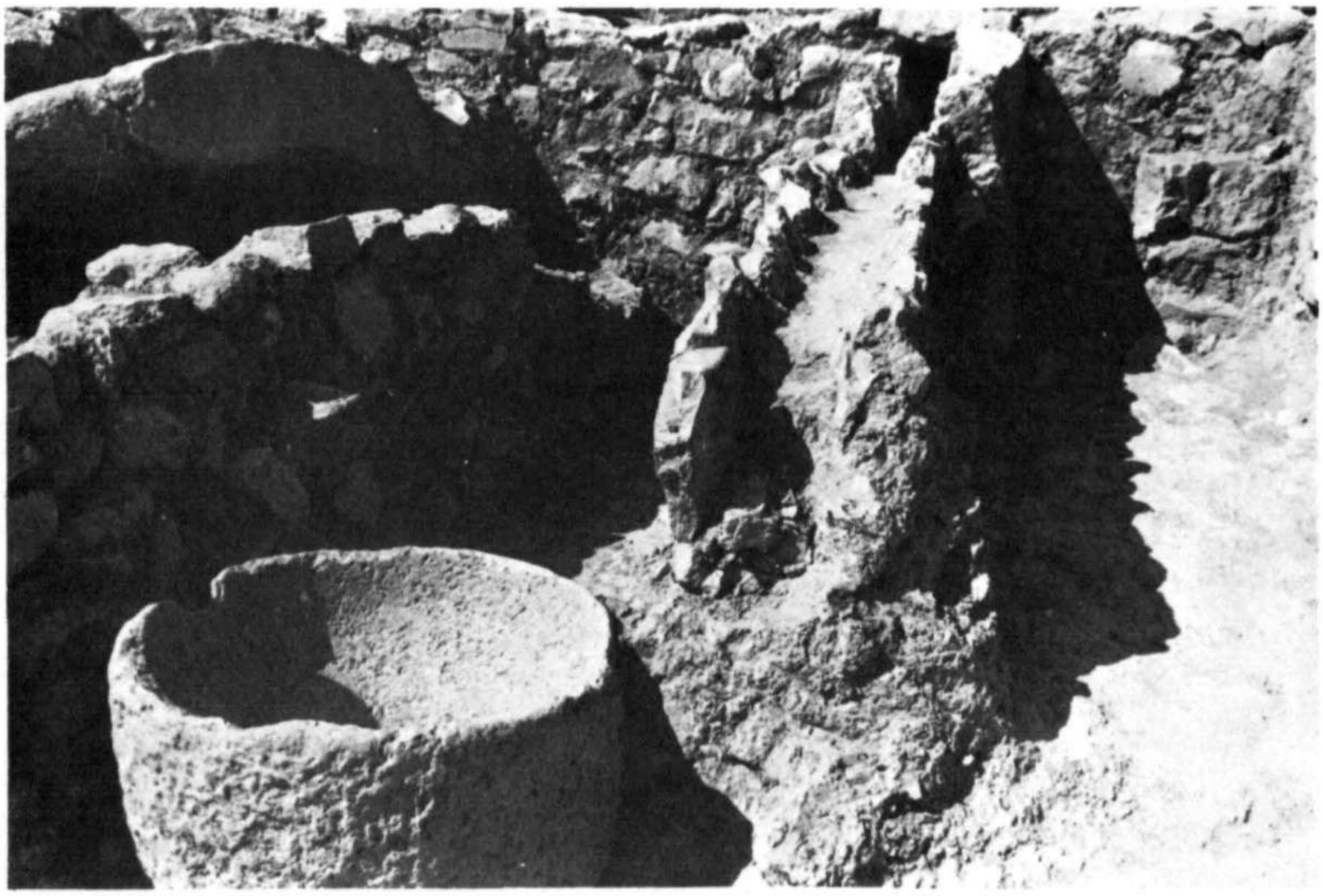
Lám. V A.—Alhonoz, 1978. Aspecto general del Area A. El muro lleva hasta el estrato VI de 1977.

Lam. V B.—Alhonoz. Panorámica general del Area 78-B a la finalización de la campaña.

Lám. VI A.—Alhonoz. Area 78-B. La calle sur. Al fondo, el molino.

Lám. VI B.—Alhonoz. Area 78-B. Habitación 6.

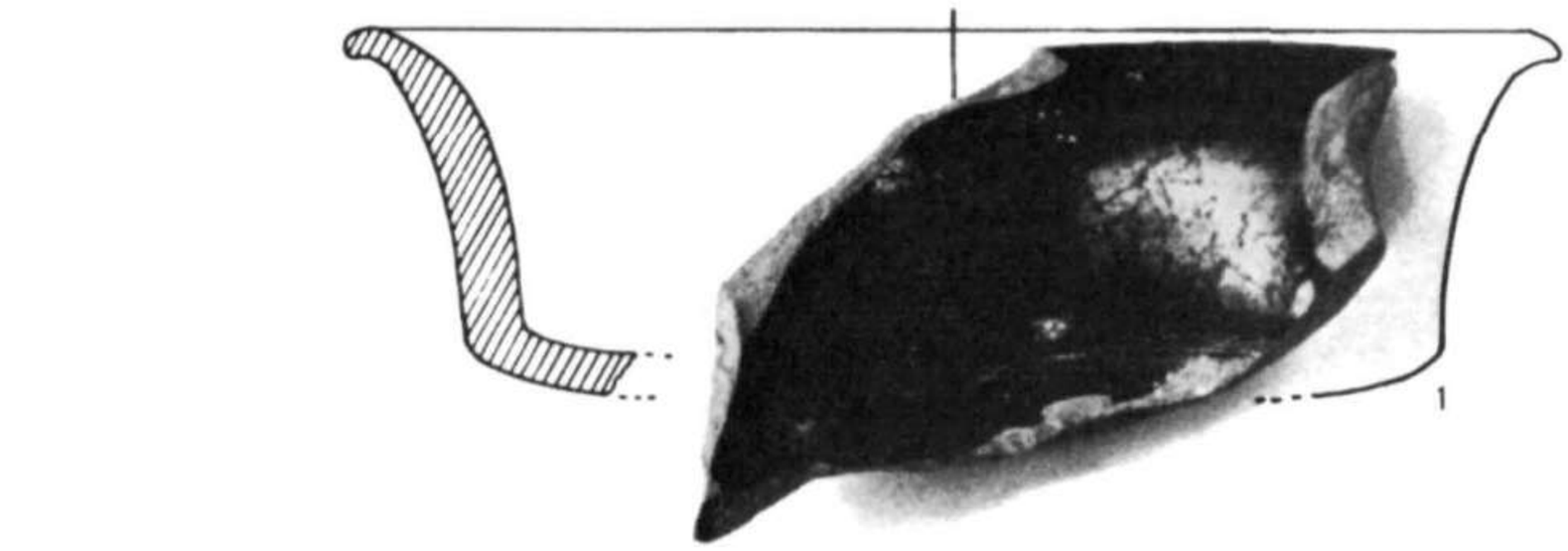
Lám. VII A.—Alhonoz. Area 78-B. Soportales en la calle sur.



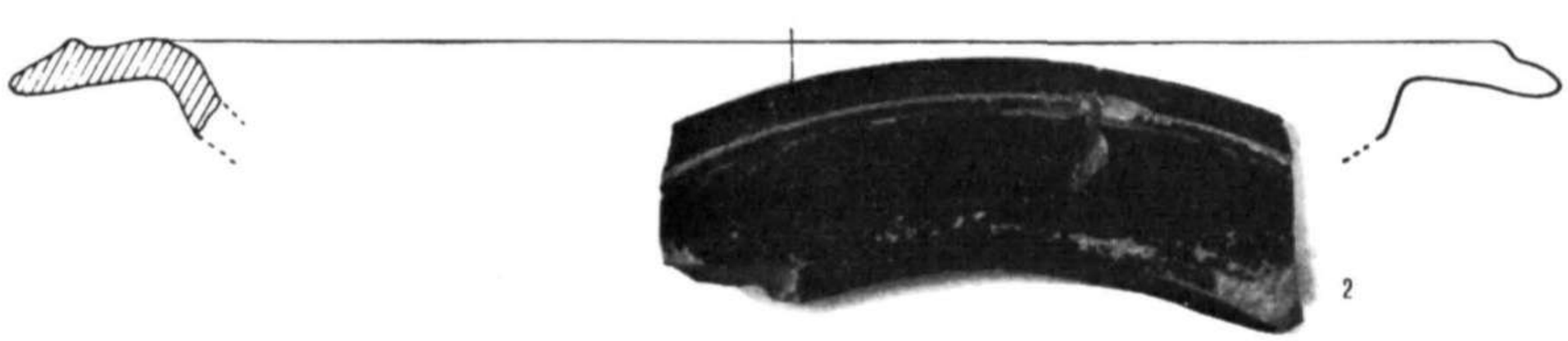
Lam. VII B.—Molino al fondo de la calle sur.

Lám. VIII A.—Alhonoz. Area 78-B. Aljibe oriental y habitación 10.

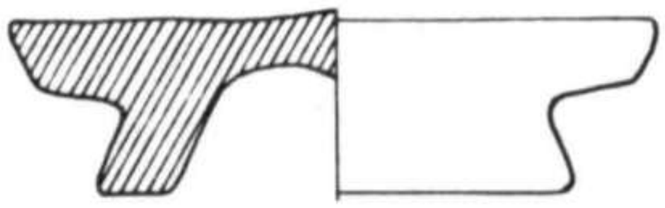
Lám. VIII B.—Alhonoz. Area 78-B. Estratigrafía del cuadro 6 por el lado A-B.



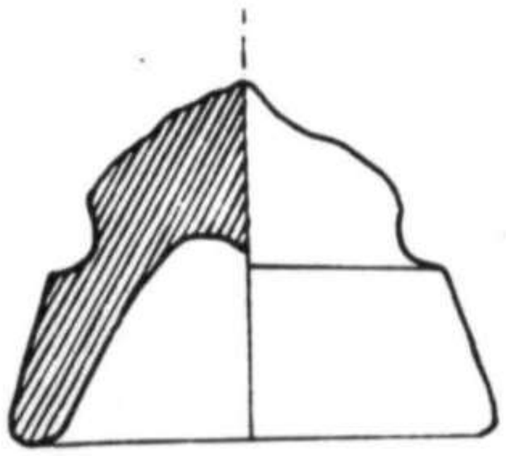
1



2



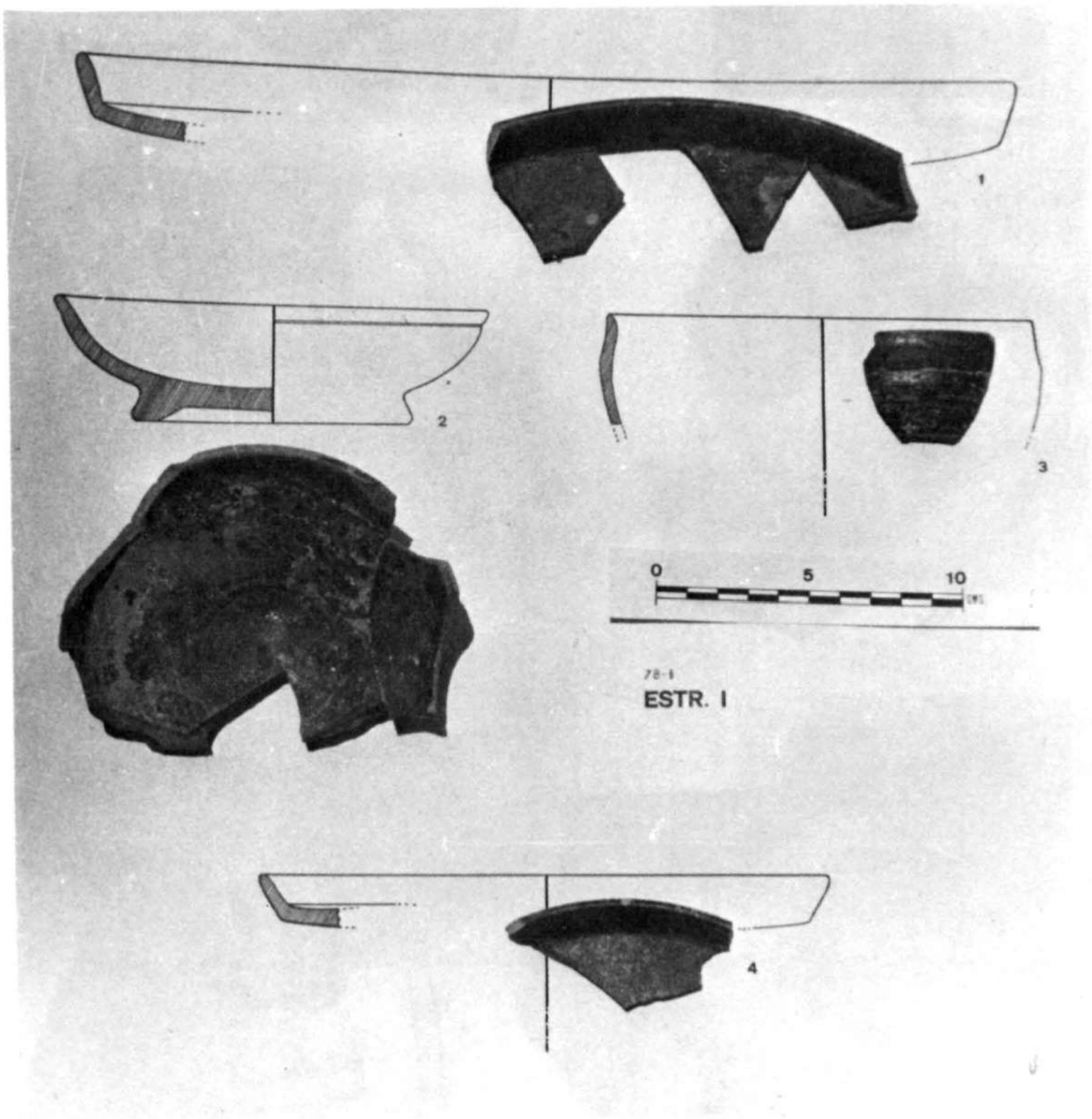
3



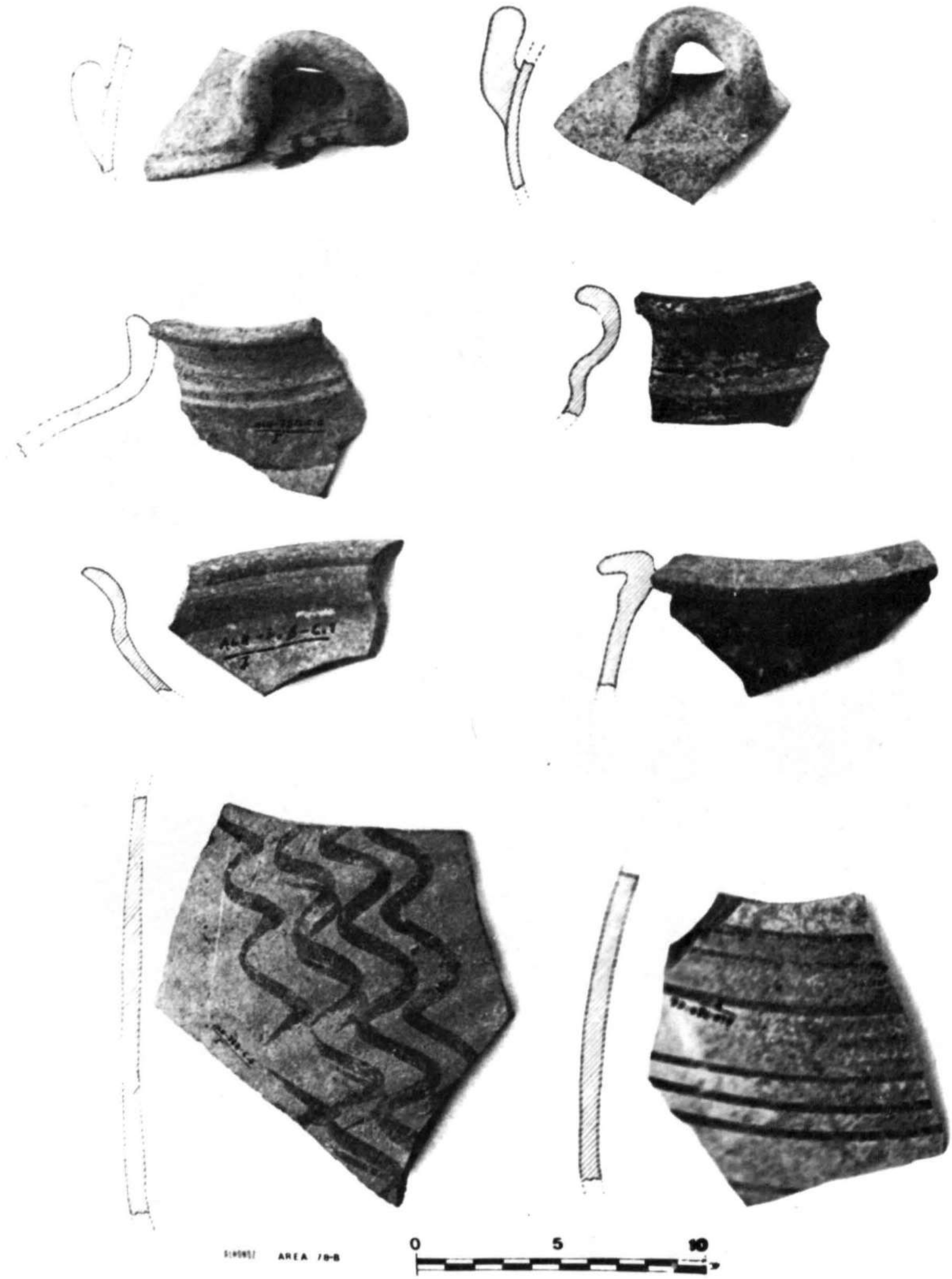
4

0 5 10 CMS.

Lám. IX.—Estrato I. Cerámica campaniense.



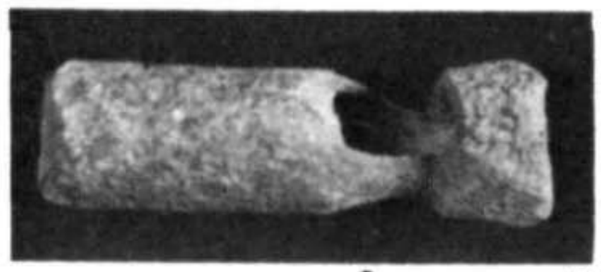
Lám. X.—Cerámica campaniense.



Lám. XI.—Alhonoz. Area 78-B. Estrato I: Cerámica ibérica pintada.

0 3

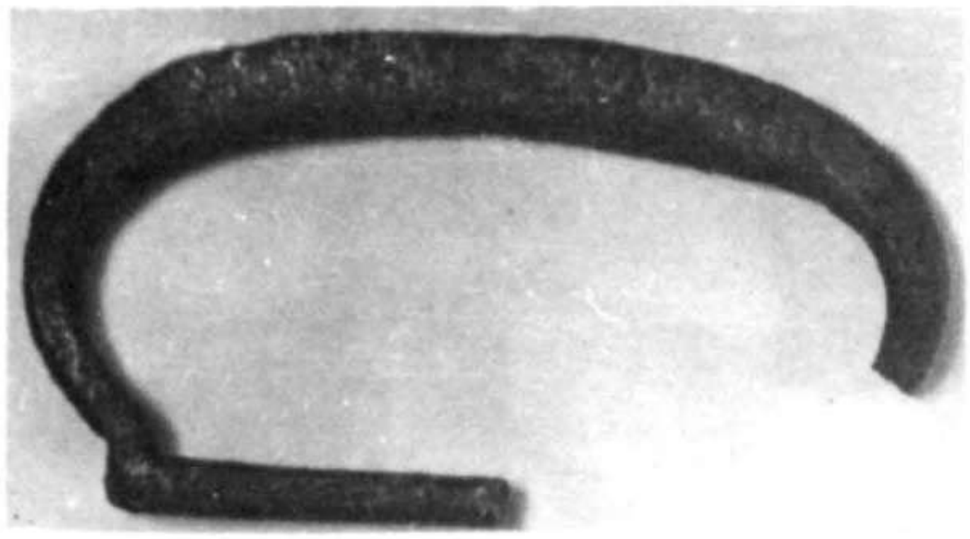
1

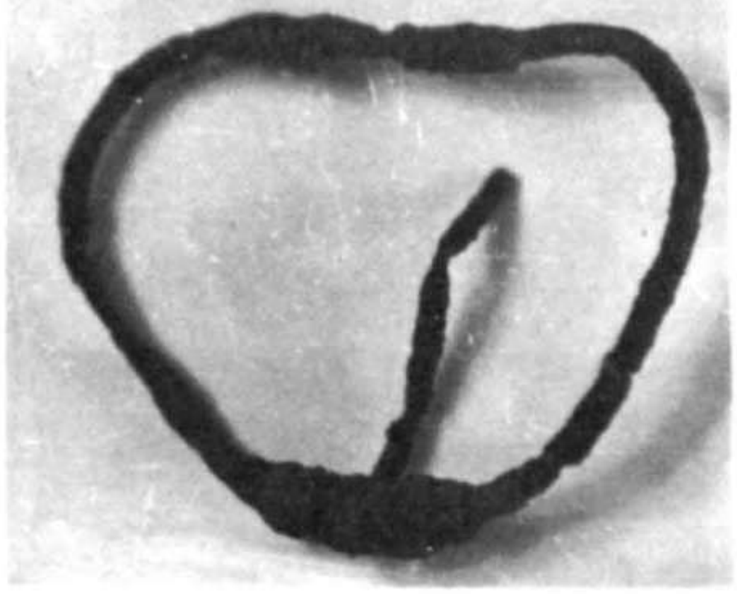


2

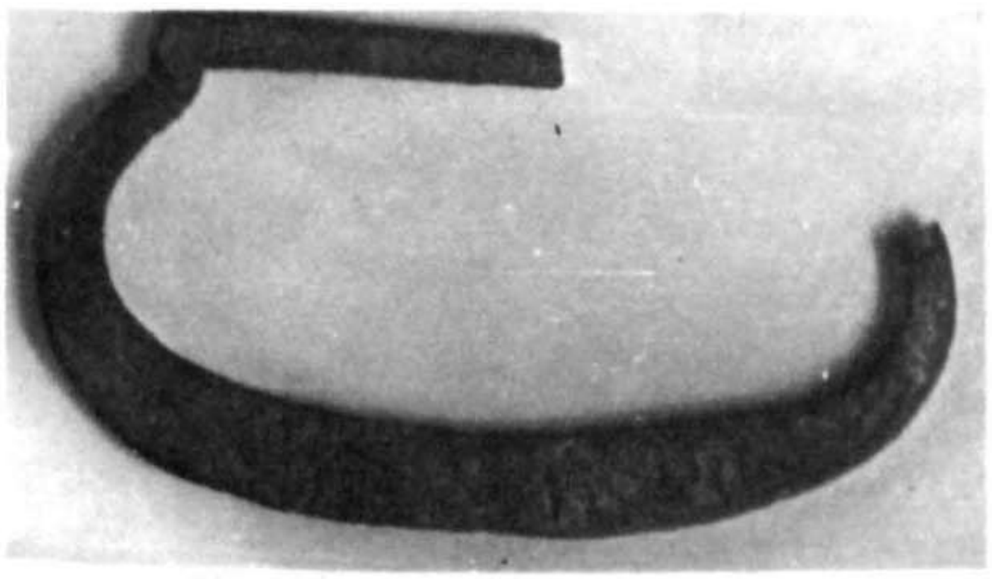
0 3

3

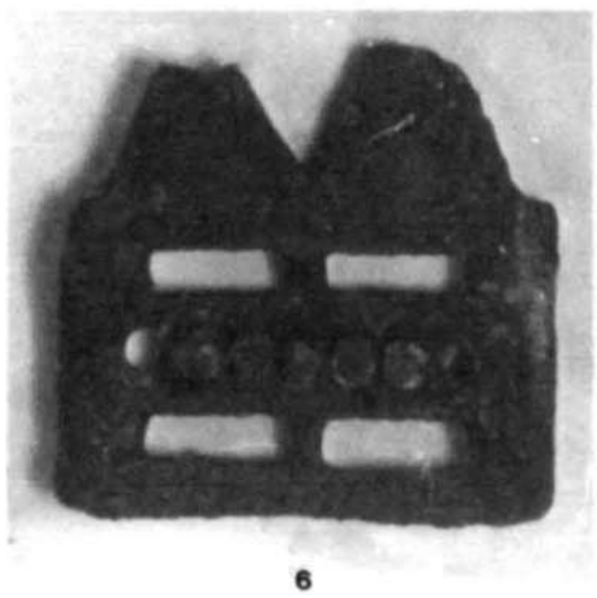




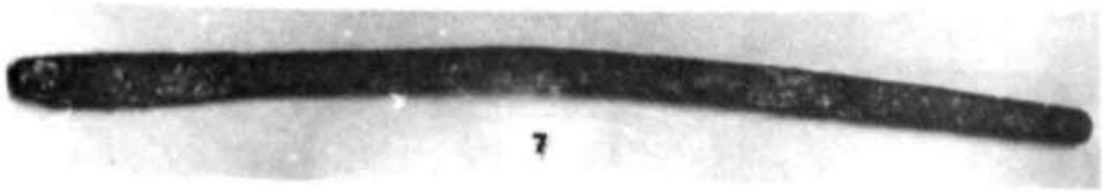
4



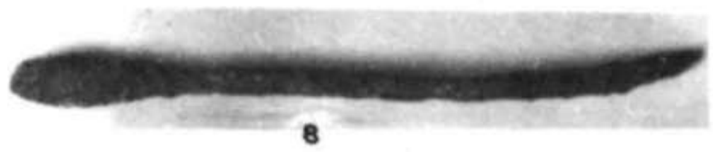
5



6

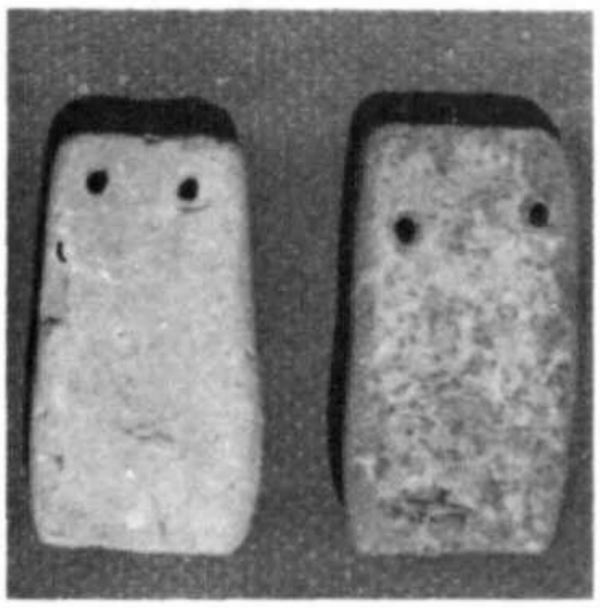


7

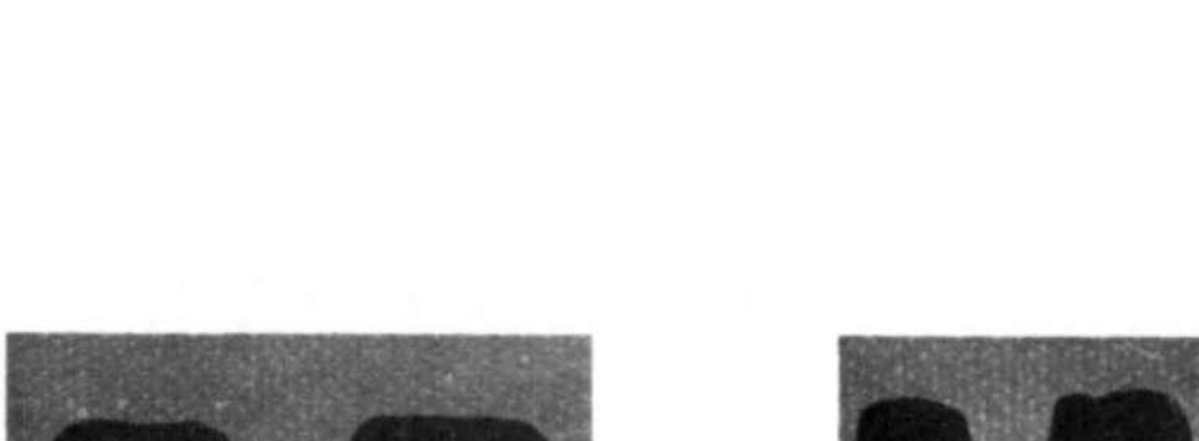


8

Lám. XII.—Alhonoz 78-B. Estrato I. 1, Taladrador de hueso. 2, Silbato de hueso. 3, Navaja de bronce. 4, Fíbula de bronce. 5, Anverso y reverso de una hebilla de bronce. 6, Parte de un broche de cinturón de bronce. 7, 8, Objetos de bronce.



1



2

3

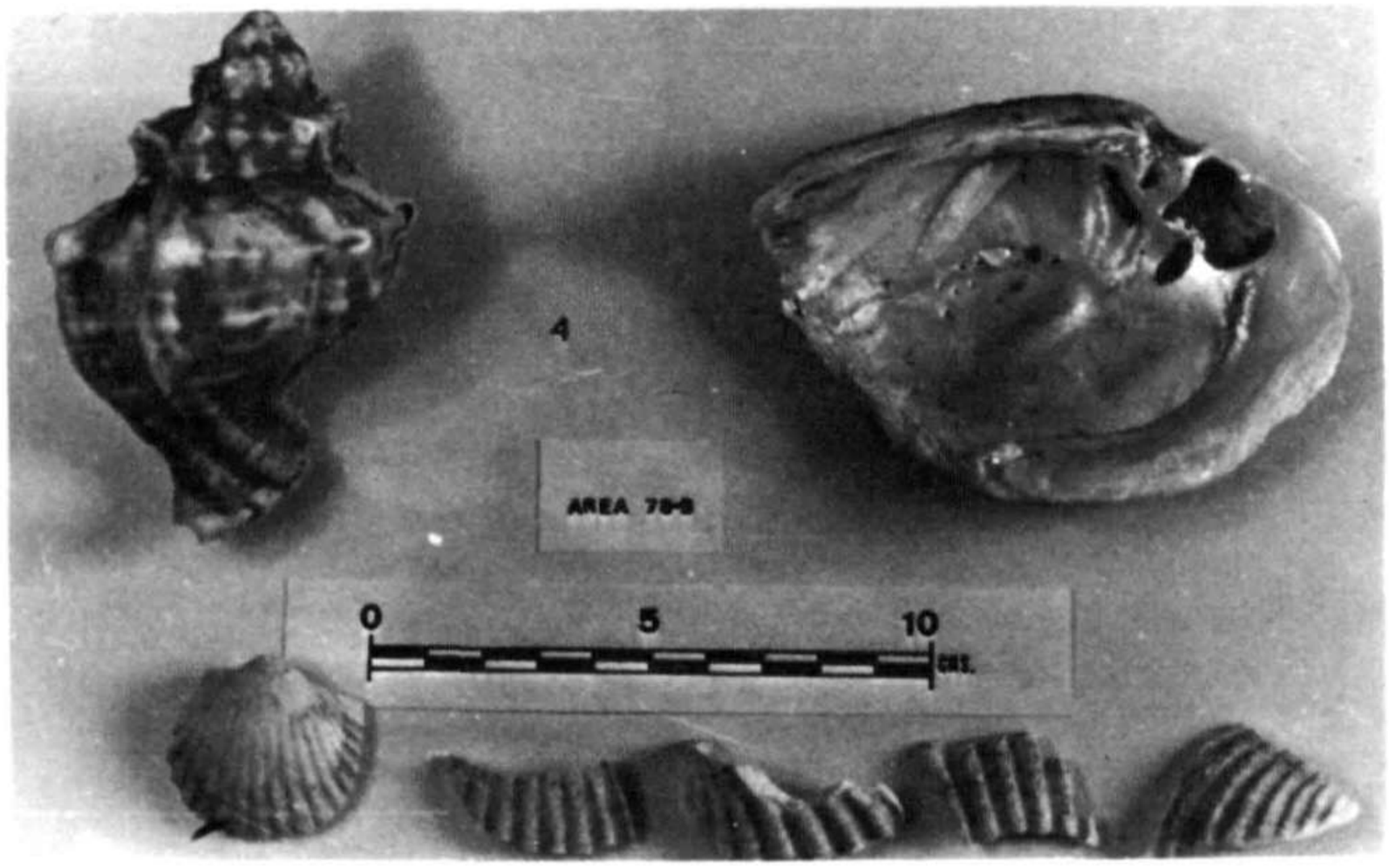
0 5

Lám. XIII.—Estrato I. 1, Pondus, 2, Fusayolas. 3, Proyectiles y percutores líticos.

1

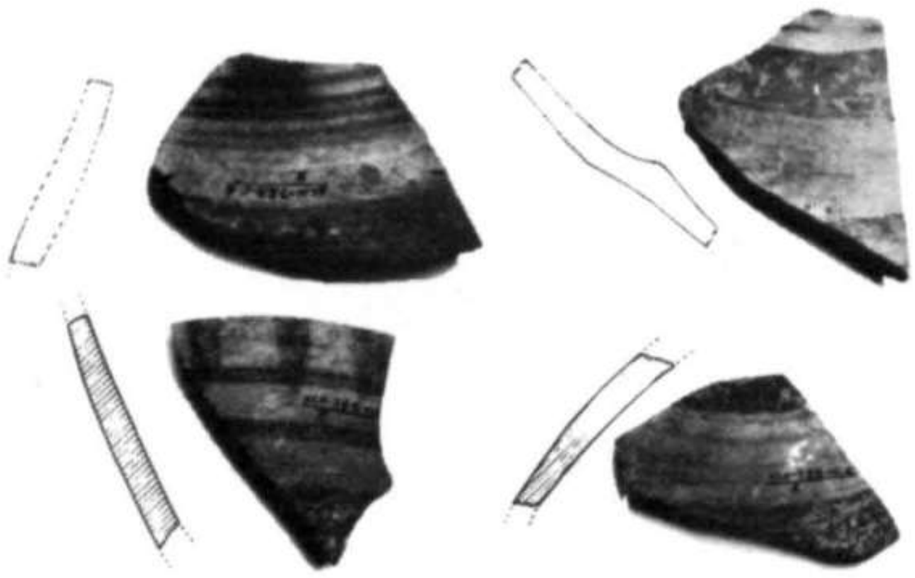
2

3



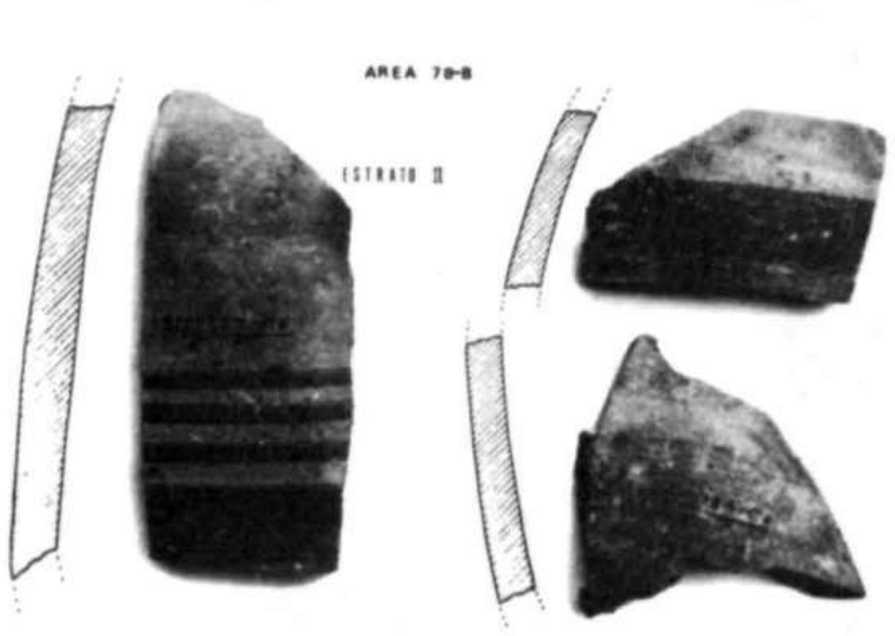
4

Lam. XIV.—Alhonoz 78-B. Estrato I. 1, Cerámica común romana. 2, Proyectil de cerámica. 3, Hachas y percutor lítico del estrato de relleno. 4, Múrex y conchas.



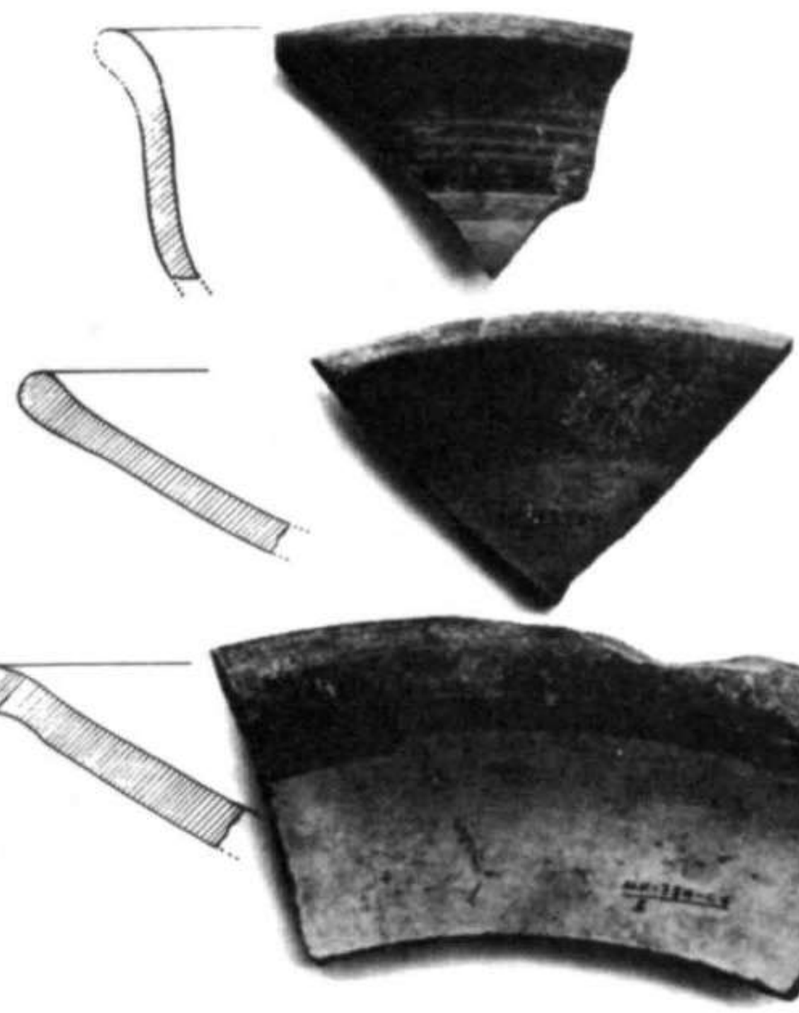
AREA 78-B

ESTRATO II



0 5 10 CMS.

1

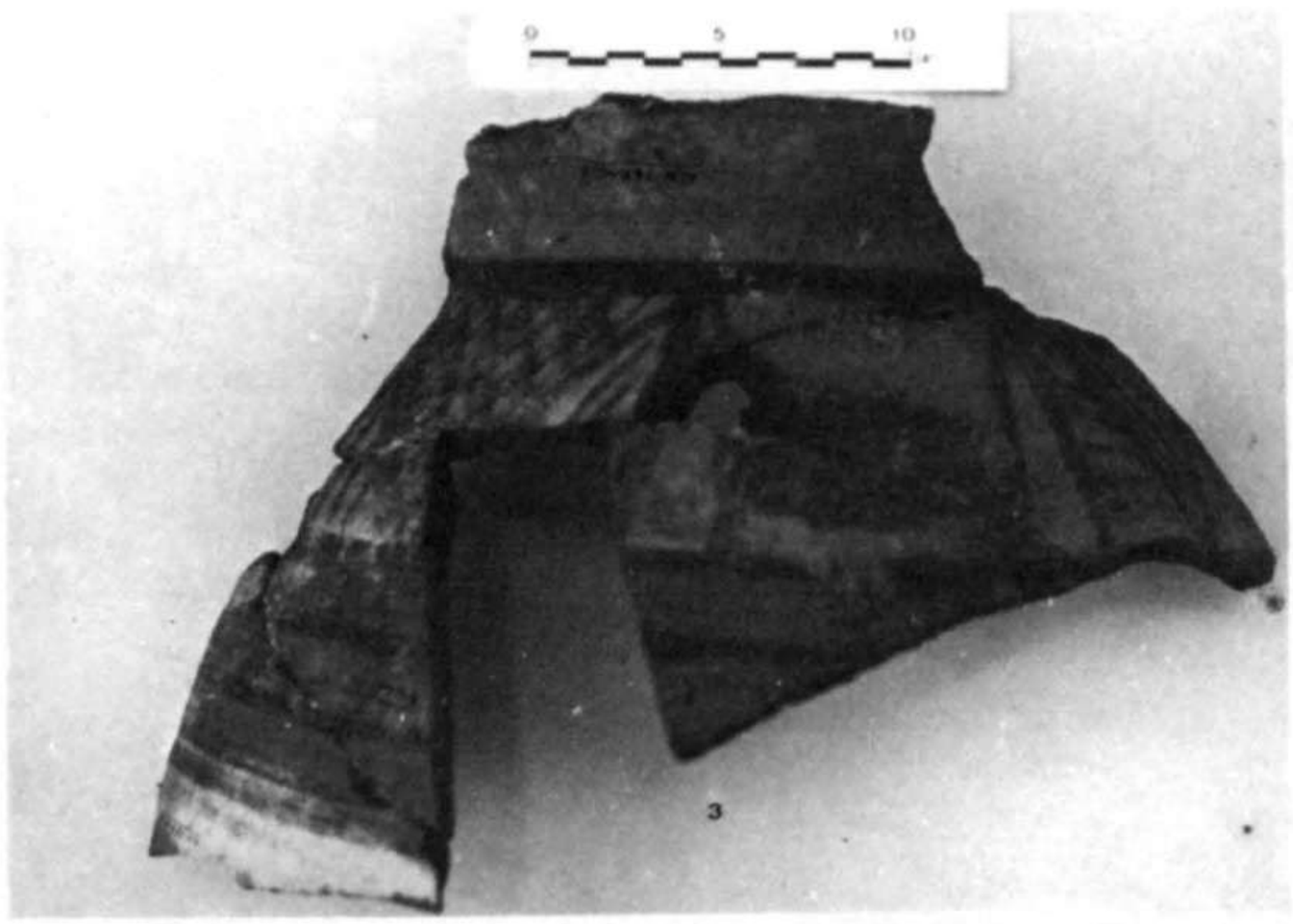


C.6

ESTRATO II

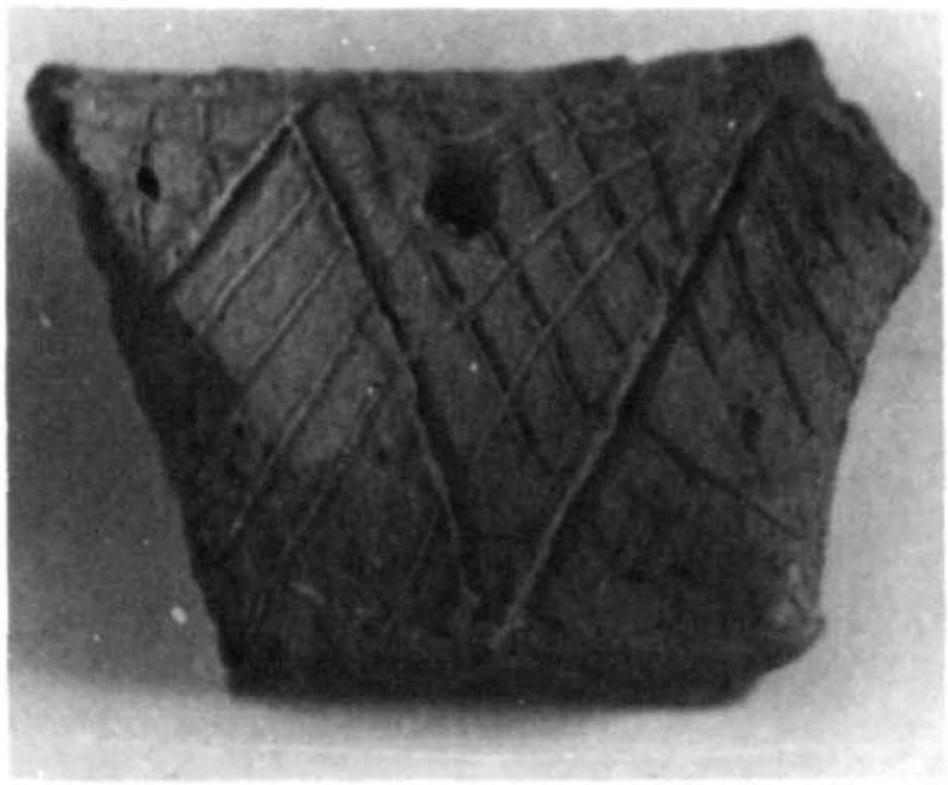
0 5 10 CMS.

2

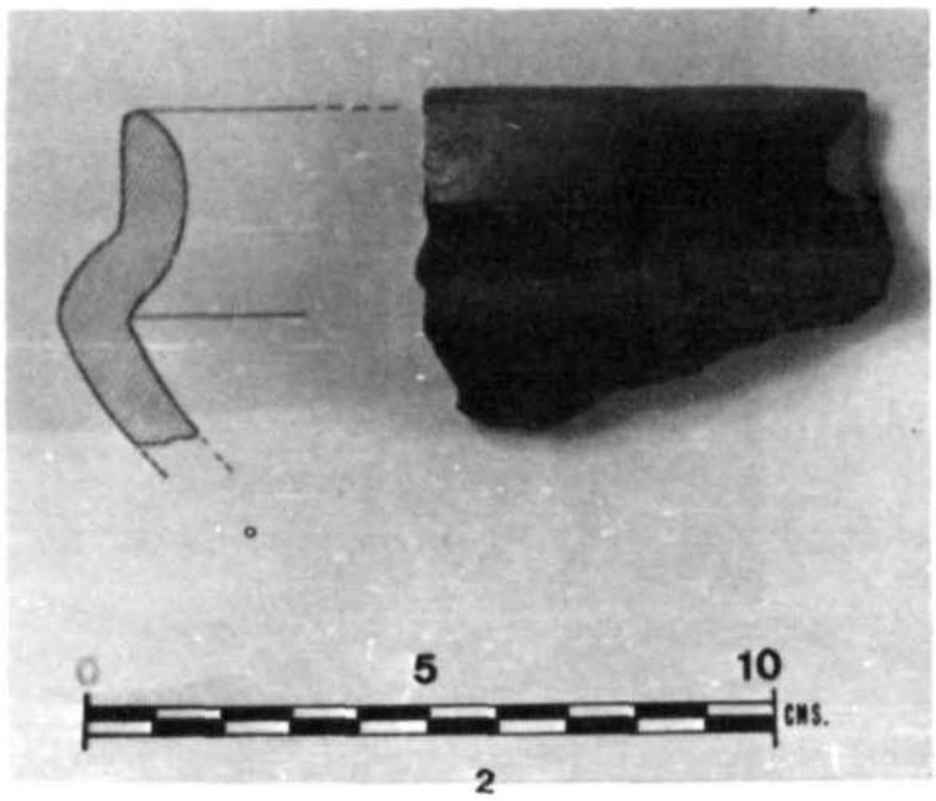


3

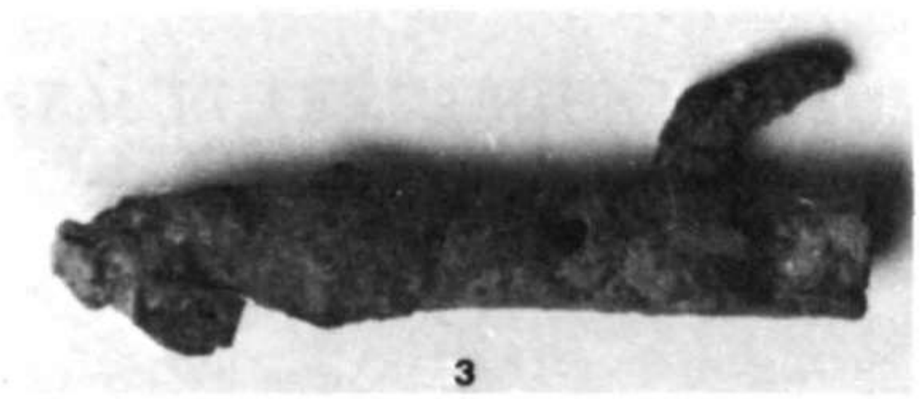
Lám. XV.—Alhonoz 78-B. Cuadro 6, Estrato II. 1-2, Cerámica ibérica pintada. 3, Fragmento de un gran vaso globular de cerámica a torno policroma. Cfr. Fig. 56.



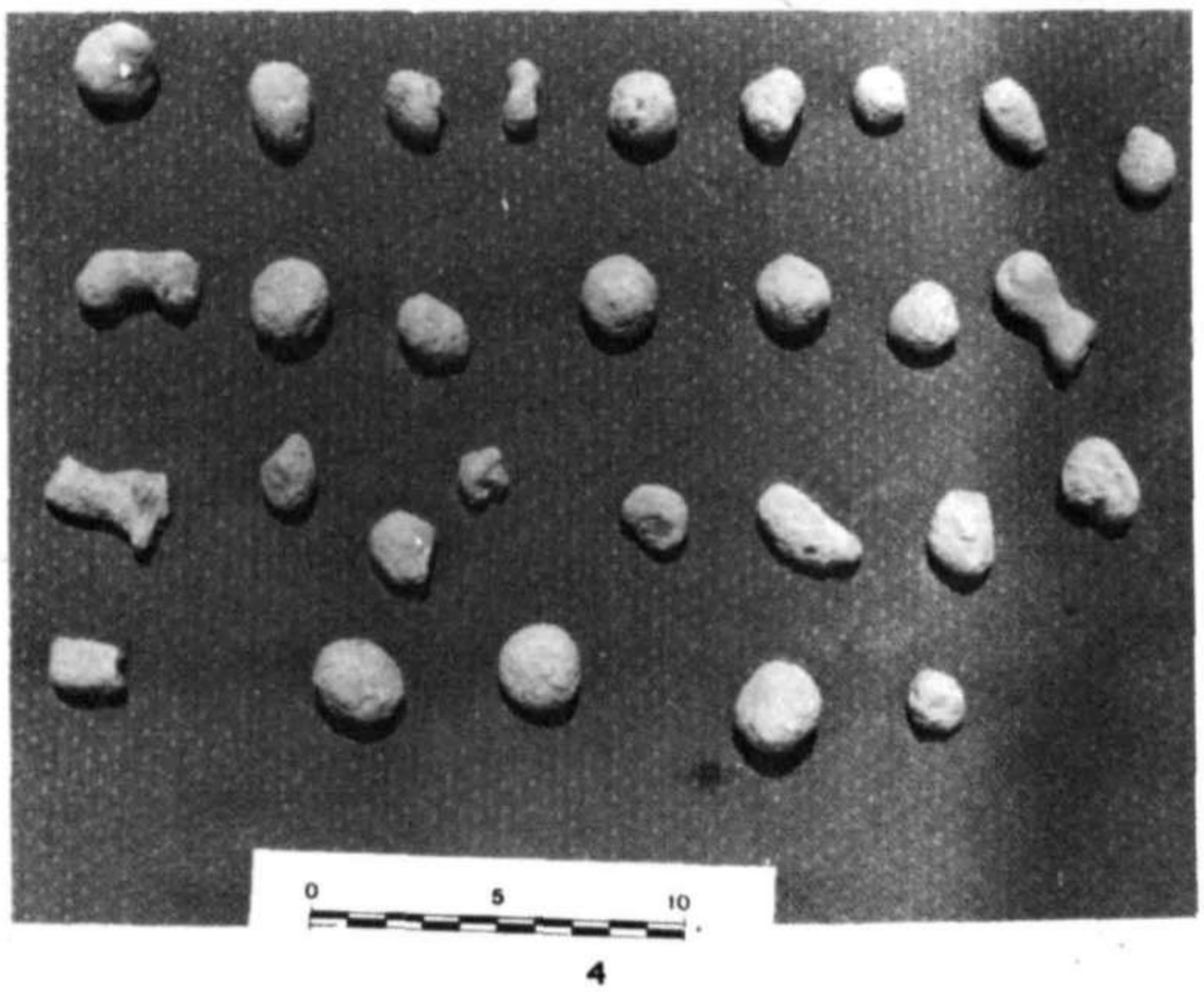
1



2



3



4

Lám. XVI.—Alhonoz 78-B. Cuadro 6, Estrato II. 1, Morillo de cerámica, Cfr. Fig.87 núm. 1. 2, Estrato III, Cerámica bruñida. 3, Estrato II, Punta de flecha con anzuelo, Cfr. Fig. 86 núm. 3. 4, Bolitas de barro crudo localizadas en el interior del molino.

SIGÜENZA: ENTERRAMIENTOS TUMULARES DE LA MESETA ORIENTAL

M.ª Luisa Cerdeño

INTRODUCCION

Durante el Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro, la Península Ibérica fue el lugar al que llegaron y donde desarrollaron su cultura diferentes pueblos, siendo especialmente importantes las influencias que ejercieron, en la mitad norte peninsular, las gentes que penetraron por los Pirineos y a las que se conoce genéricamente con el nombre de campos de urnas.

Estas invasiones indoeuropeas introdujeron una serie de tradiciones culturales nuevas entre las que caben destacar las formas rituales de enterramiento, que consistían básicamente en la incineración del cadáver antes de su enterramiento individual en una urna cerámica, bien distintas a las que, hasta entonces, eran habituales en nuestro territorio. Pero no fue ésta la única forma funeraria introducida, sino que junto a ella también hicieron su aparición los túmulos, originarios de las culturas del Bronce Medio europeo, y por esta mezcla de elementos culturales no es infrecuente encontrar enterramientos de incineración bajo túmulo, con cronologías paralelas a los más antiguos campos de urnas, en muchas regiones peninsulares.

Sin embargo, parecía que esta última fórmula ritual no había sido practicada en la Meseta nororiental o, al menos, no estaba bien documentada hasta el momento, a pesar de tratarse de una zona típicamente «céltica» en la que son abundantes las necrópolis de campos de urnas, con cronologías, en algunas ocasiones, de finales del siglo VII a. de C. en adelante.

Estas características culturales parece que pueden revisarse a raíz de recientes descubrimientos, concretamente los realizados por nosotros en la necrópolis de Sigüenza (Guadalajara). Los trabajos llevados a cabo en este yacimiento parecen indicar la existencia de construcciones tumulares, y todo hace pensar que no se trataría de un caso aislado, sino que formas rituales semejantes se utilizaron también en otras necrópolis cercanas, excavadas hace ya muchos años, pero con las que guarda estrechos paralelos.

Por su situación geográfica, la necrópolis de Sigüenza forma parte del conjunto de yacimientos de la Edad del Hierro situados al norte de la provincia de Guadalajara, y sus aspectos más importantes ya han sido estudiados en sucesivas ocasiones. Realizamos en ella tres breves campañas de excavación durante los veranos de 1976, 77 y 78 y, ya en el estudio de los materiales encontrados, mencionábamos la existencia de un empedrado de dudosa clasificación, al que definimos como un derrumbe, ya que, por no haber tradición tumular en la zona, descartamos, en principio, dicha idea. Pero tras los últimos trabajos realizados, creemos que puede hablarse de la existencia de construcciones tumulares en estas necrópolis de la

Meseta que hasta ahora venían considerándose, exclusivamente, como de enterramientos de incineración en urna sin ninguna protección de losas de piedra. Recordemos que las únicas noticias que se tenían sobre la disposición de las tumbas, indicaban una ordenación en calles paralelas con una estela de piedra señalando cada incineración (1), aunque este hecho no ha podido constatarse en las excavaciones realizadas en los últimos años.

Los materiales arqueológicos aparecidos en Sigüenza mostraban claramente que se trataba de un nuevo testimonio de los campos de urnas de la Meseta, e incluso ayudaron a precisar su cronología, pues quedó de manifiesto la existencia de dos fases de ocupación sucesiva de la necrópolis. La fase más antigua pudo fecharse desde finales del siglo VII a. de C. como mostraron las cerámicas a mano, algunos broches de cinturón y algunas de las fíbulas de bronce, y la segunda fase de utilización quedó documentada por la cerámica a torno, aparecida en el nivel superficial, y por algunas fíbulas del siglo V y IV a. de C. (2).

FORMAS DE ENTERRAMIENTO

En principio pudimos distinguir dos formas distintas de enterramiento: En primer lugar, incineraciones en urna, con los restos óseos y algunas piezas del ajuar en su interior y las restantes piezas alrededor de ella; en segundo lugar, también incineraciones, pero sin urnas, es decir, que los restos de la cremación habían sido depositados directamente en la tierra, al igual que las piezas que componían el ajuar, y en algunos casos con las armas de hierro intencionalmente clavadas alrededor de las cenizas (Lám. II, 1). Tras el resultado de la última campaña hay que incorporar como nueva y tercera forma de enterramiento las construcciones tumulares sobre estas incineraciones.

Durante la primera campaña realizada, aparecieron, a unos 30 cm de profundidad, una serie de piedras colocadas con un cierto orden, entre las cuales y bajo ellas se encontraban las sepulturas. Esta acumulación de piedras, formada principalmente por lajas de un tamaño medio de 20-30 cm y por cantos rodados, fue considerada, en el momento de su descubrimiento, y por no existir tradición tumular en la región, como un derrumbe resultante de los montones de piedras que los campesinos de la zona acostumbran a hacer para que no constituyan un estorbo en el arado y siembra de los campos.

La forma de este pavimento, que tenía una extensión aproximada de 6 × 4 m, no es muy completa, pero la disposición de muchas de las lajas que lo formaban parecían restos evidentes de estructuras circulares, aunque solamente se conservaba una hilada de piedras, ya que, como recordaremos, el yacimiento estaba bastante alterado debido a la continua acción de los tractores agrícolas (Fig. 1. Lám. I, 1 y 2). Los materiales arqueológicos aparecieron precisamente entre los restos de este pavimento o construcción y aunque se identificaron cuatro sepulturas casi intactas no puede considerarse que mantuvieran una disposición ordenada debido quizá al desorden existente. La idea inicial de que estos derrumbes no constituían ninguna

---

(1) Cerralbo, Marqués de: *Las necrópolis ibéricas*. Madrid, 1916, págs. 14 y ss.
Cuadrado, E.: *Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)*. E.A.E., 60, 1964, pág. 46.

(2) Cerdeño, M.ª L.: *La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara)*. Wad-Al-Hayara, núm. 6, 1979, págs. 72 y ss.

Fig. 1.—Restos constructivos aparecidos en la campaña de 1976.

forma especial de enterramiento parecía quedar confirmada en la campaña del año siguiente, durante la que se excavó un área de más de 200 m² sin que apareciera ningún vestigio semejante, pudiéndose identificar, por el contrario, numerosas incineraciones en urna o directamente en el suelo, pero sin ningún tipo de protección de lajas o piedras.

Esta hipótesis hubo de revisarse tras la tercera y última campaña de excavación realizada en Sigüenza, durante la cual volvió a aparecer una nueva acumulación de piedras, algunas dispuestas de forma circular, que nos hizo llegar a la conclusión de que, efectivamente, en la necrópolis habían existido algunas construcciones de tipo tumular. El hecho de que estos restos no aparecieran en toda la extensión de la necrópolis puede significar que las construcciones solamente se emplearon en puntos aislados de la misma o, más bien, que muchas de ellas han desaparecido en el transcurso de los años debido a las continuas remociones del terreno.

Esta superficie excavada fue de unos 50 m² y toda ella estaba cubierta de lajas de un tamaño medio de 20-30 cm, así como de cantos rodados formando estructuras circulares en algunos puntos que, al igual que en el caso anterior, solamente levantaban del suelo una hilada, siendo muy difícil su reconstrucción (Fig. 2. Lám. II, 2). Durante esta última campaña únicamente aparecieron intactos dos enterramientos, sin aparente disposición especial, y el resto del material arqueológico bastante revuelto entre las piedras. Estos dos enterramientos no se efectuaron en una urna

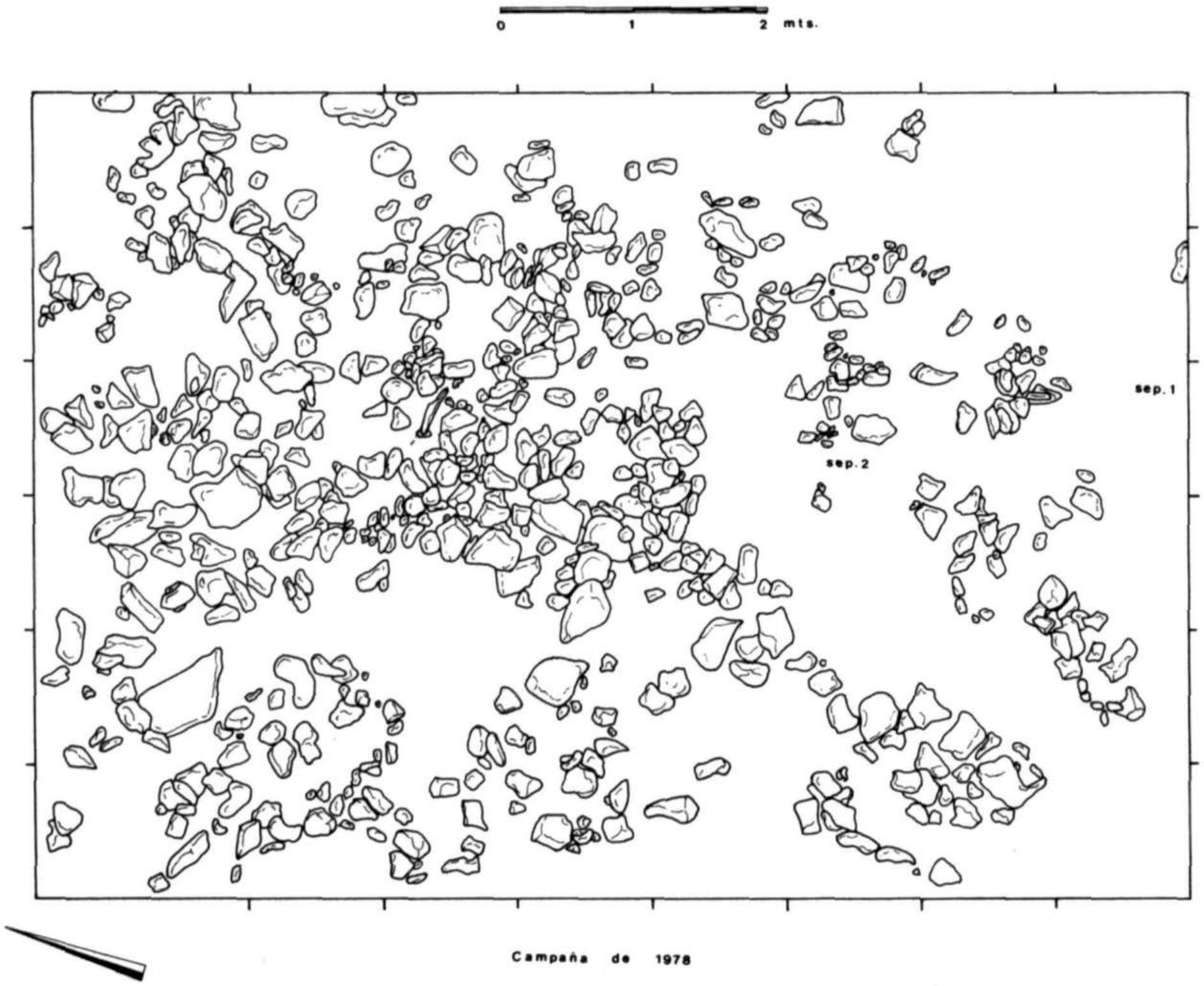


Fig. 2.—Disposición de los restos encontrados en la campaña de 1978.

cerámica, sino directamente en el suelo, en el que aparecían los huesos resultantes de la cremación con las armas y otros objetos de adorno clavados en la tierra a su alrededor (Lám. III, 1).

AJUARES

El estudio de los materiales aparecidos durante las primeras campañas ya dejaron de manifiesto el carácter netamente «céltico» de esta necrópolis, su clara adscripción a los campos de urnas de la Meseta, a pesar de lo cual creemos interesante incluir aquí los materiales más importantes aparecidos en las últimas excavaciones, ya que se trata de los ajuares que acompañaban a los enterramientos realizados bajo las posibles construcciones tumulares.

Los conjuntos que pueden resultar más significativos son los dos enterramientos intactos aparecidos entre las piedras constructivas y que, como puede apreciarse en la figura 2, no ofrecían una disposición determinada.

SEPULTURA 1: Es la primera sepultura encontrada durante la última campaña, pero constituye la número 11 del yacimiento, ya que en los trabajos precedentes se

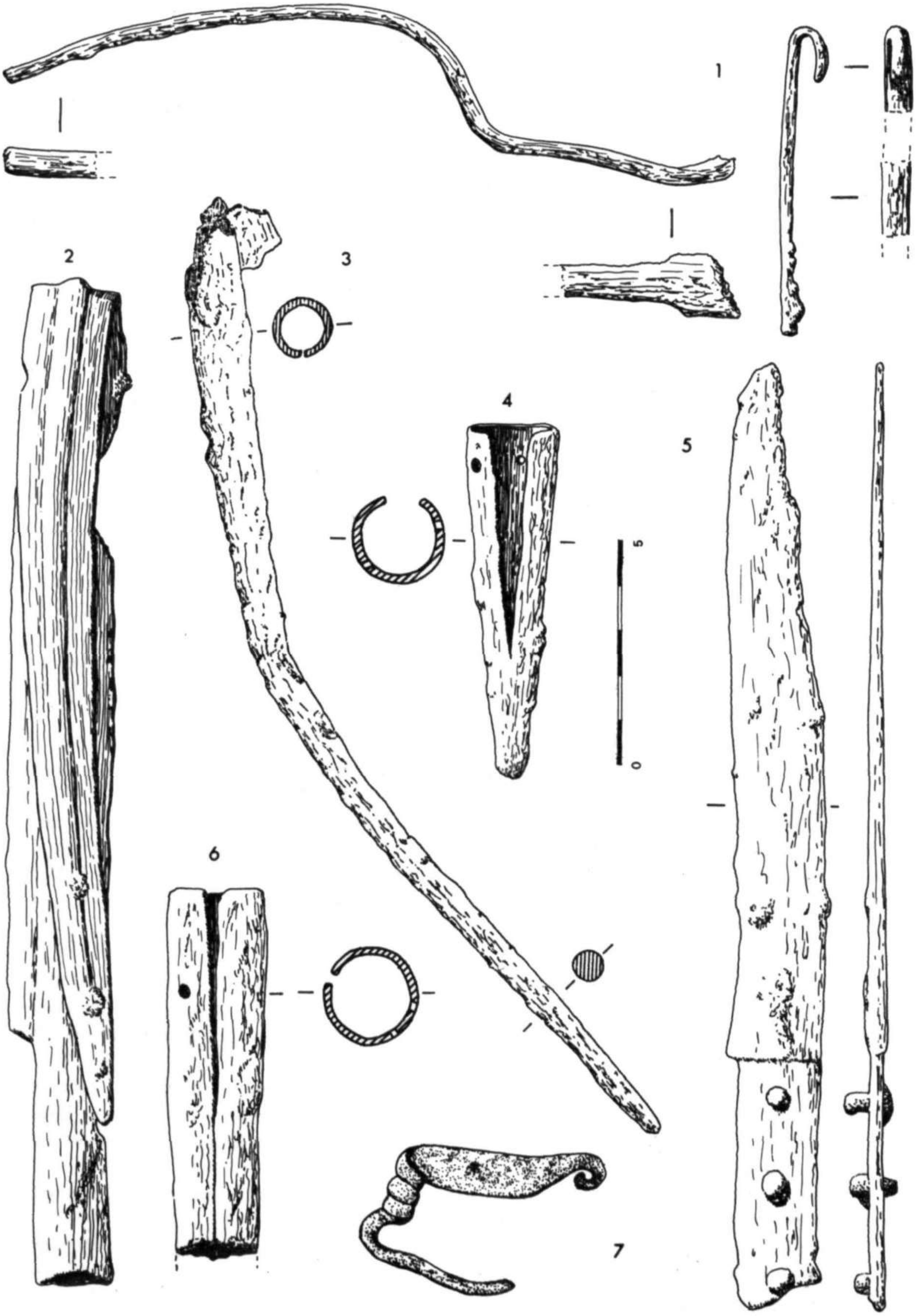


Fig. 3.—Ajuar de la sepultura 1: 1. Fragmentos de varillas de hierro. 2. Punta de lanza de hierro. 3. Pilum de hierro (esc. 1/3). 4 y 6. Regatones de hierro. 5. Cuchillo de hierro de hoja curva. 7. Fíbula de bronce de doble resorte.

habían identificado diez. No se encontró urna cerámica, únicamente los restos de la incineración con las piezas del ajuar ordenadas sobre ellos (Lám. III, 1).

— Fíbula de bronce de doble resorte que se conserva prácticamente completa, pero en mal estado. El puente es de cinta, de 10 mm de anchura y 47 mm de longitud, que en cada uno de sus extremos se arrolla en cuatro espiras que se prolongan por un lado en el pie con gran mortaja y por el otro en la aguja. Su altura aproximada es de 32 mm (Fig. 3, 7).

— Restos de un brazalete de bronce formado por varios anillos unidos, muy alterados por la acción del fuego.

— Cuchillo de hierro de hoja ligeramente curva y con la punta doblada. Faltan las cachas del mango, pero conserva los clavos de bronce que las sujetarían. Mide 205 mm de longitud y 20 mm de anchura máxima de la hoja (Fig. 3, 5).

— Punta de lanza de hierro doblada por la mitad. Tiene corto cubo que se prolonga en la hoja de gran nervadura central. Sus medidas son 5 cm de longitud del cubo, 40 cm de longitud de la hoja y 2,4 cm de anchura máxima de la hoja (Fig. 3, 2).

— Punta de lanza de hierro de pequeño tamaño con largo cubo perforado, de 8,5 cm de longitud y 1,7 cm de diámetro y una estrecha hoja con gran nervadura central de 13,5 cm de longitud y 1,8 cm de anchura.

— Pilum de hierro de forma cónica que conserva la parte del cubo muy deteriorada. Mide 31 cm de longitud, 1,8 cm de anchura en el cubo y 8 mm de anchura en la punta (Fig. 3, 3).

— Regatón de hierro de forma cónica formado por una chapa arrollada sin cerrar totalmente y con dos perforaciones opuestas para su sujeción al asta. Mide 7,7 cm de longitud y 2 cm de diámetro (Fig. 3, 4).

— Regatón de hierro cónico al que le falta el extremo inferior. La chapa que lo forma está arrollada sin cerrar totalmente e igualmente posee dos perforaciones opuestas. Mide 8 cm de longitud y 2 cm de diámetro (Fig. 3, 6).

— Fragmentos de varillas de hierro de sección rectangular, de 7 mm de anchura, con una gran curvatura en el centro de su longitud y en uno de sus extremos un enrollamiento. Parece que se trata de dos piezas idénticas que podrían haber formado parte del atalaje de un caballo. El mayor de los fragmentos conservados tiene 62 mm de longitud (Fig. 3, 1).

SEPULTURA 2: Según lo indicado anteriormente, constituye el enterramiento número 12 de todo el conjunto de la necrópolis. Tampoco existía urna cerámica y las piezas del ajuar se encontraban clavadas en el suelo y dispuestas alrededor de los restos de la incineración.

— Fíbula de bronce de doble resorte bastante incompleta. Conserva el puente de cinta que en sus extremos forman los resortes de siete espiras cada uno. Está alterada por el fuego y sus medidas aproximadas son 56 mm de longitud del puente y 27 mm de longitud del resorte (Fig. 4, 4).

— Fragmento de una lámina de bronce decorada con tres líneas paralelas de puntos repujados. Tiene 1 mm de grosor (Fig. 4, 3).

— Varilla de bronce de sección rectangular y ligeramente curvada, de 140 mm de longitud. Junto a ella también aparecieron numerosos fragmentos de bronce que quizá pertenecieron a la misma pieza (Fig. 4, 2).

— Punta de lanza de hierro de gran tamaño. El cubo es de forma cónica y se prolonga en la hoja que tiene una gran nervadura central, de sección rectangular. Se conserva en regular estado y sus medidas son: el cubo 115 mm de longitud y 23 mm

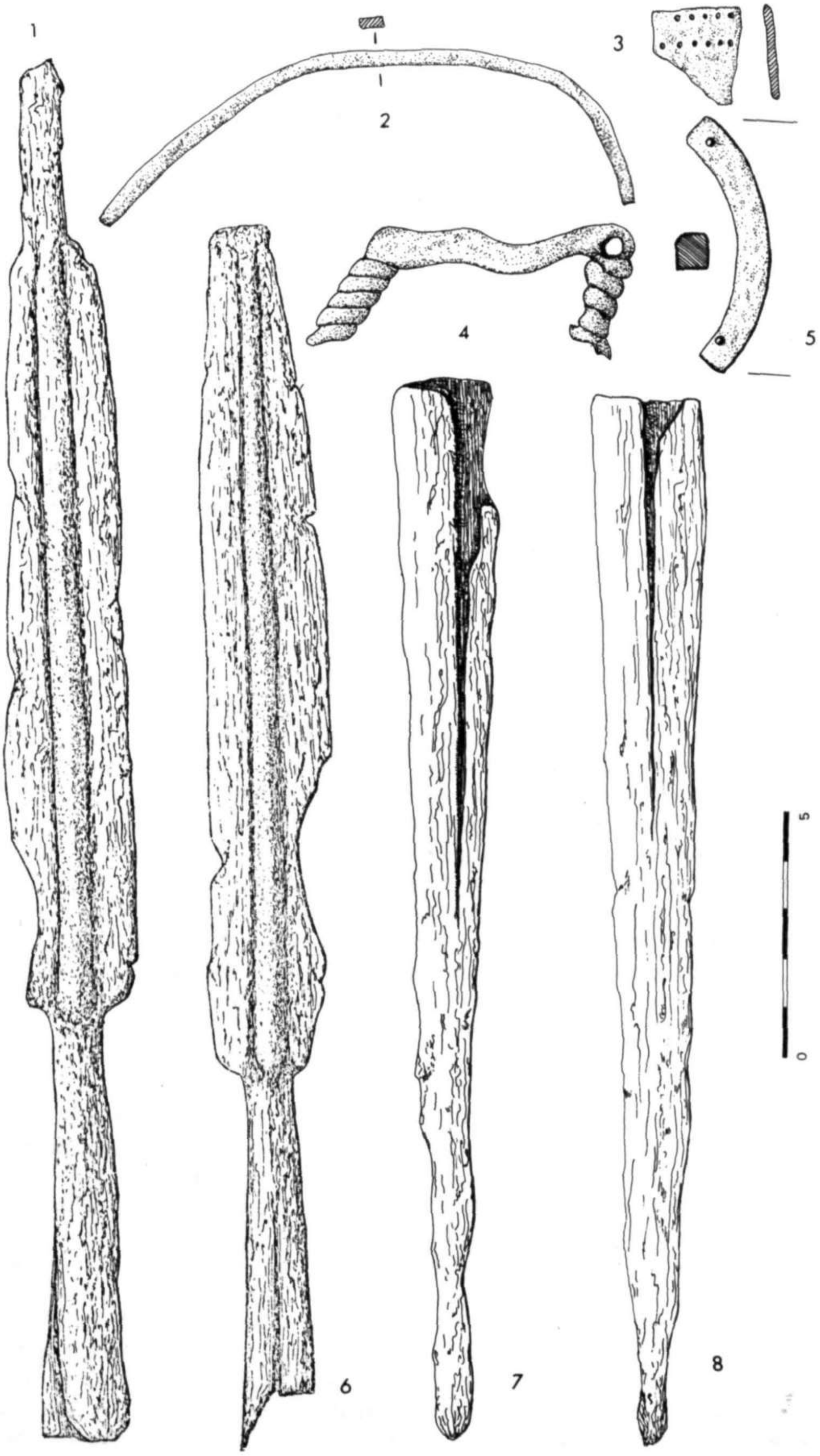


Fig. 4.—Ajuar de la sepultura 2: 1 y 6. Puntas de lanza de hierro (esc. 1/3). 2. Varilla de bronce. 3. Fragmento de lámina de bronce. 4. Fíbula de bronce de doble resorte. 5. Colgante de hueso. 7 y 8. Regatones de hierro.

de diámetro máximo, la hoja 205 mm de longitud y 2,5 mm de grosor y la nervadura central 7 mm de anchura y 5 mm de grosor (Fig. 4, 1).

— Punta de lanza de hierro con el cubo cónico y la hoja, casi cuadrada, con fuerte nervadura central. Sus medidas son: el cubo 100 mm de longitud y 20 mm de diámetro, la hoja 220 mm de longitud y 33 mm de anchura máxima, la nervadura 6 mm de anchura y 5 mm de grosor (Fig. 4, 6).

— Regatón de hierro que pudo pertenecer a la misma lanza que la primera de las puntas descritas. Tiene forma cónica y mide 215 mm de longitud y 23 mm de diámetro máximo (Fig. 4, 7).

— Regatón de hierro de forma cónica, cuyas medidas son 210 mm de longitud y 22 mm de diámetro máximo (Fig. 4, 8).

Aparte de estas dos sepulturas que se conservaban intactas, cabe destacar la presencia de algunas piezas aisladas que pueden aportar algunos datos desde el punto de vista cronológico:

— Fíbula anular hispánica de navecilla, de tamaño miniatura.

— Posible puente de una fíbula de doble resorte, de bronce.

— Fragmento del pie de otra fíbula de bronce que conserva la mortaja para sostener la aguja, y el pie vuelto rematado en un botón cónico (Fig. 5, 15).

— Varilla de bronce, posiblemente el eje de algún resorte de fíbula, con los extremos rematados en sendos botones cónicos (Fig. 5, 11).

— Dos agujas de bronce, quizá pertenecientes a otras tantas fíbulas, con fina decoración incisa (Figs. 5, 4 y 12).

— Numerosos fragmentos de colgantes de bronce de forma cónica (Fig. 5, 5).

— Fragmentos de adornos de bronce formados por una varilla central recubierta de alambre enrollado y varios brazos laterales terminados en espirales (Fig. 5, 2).

— Fíbula de hierro de pie vuelto. El resorte es bilateral, formado por una varilla o eje de bronce sobre el que se arrollan las espiras de hierro, y que nos hace pensar en un arreglo durante la época de uso. El puente es ancho de navecilla y se prolonga en la mortaja y en el pie alto, completamente vuelto y rematado en un gran botón troncocónico. No se conserva la aguja y sus medidas son 40 mm de longitud, 26 mm de altura, 5 mm de grosor máximo del puente y 23 mm la altura del pie (Fig. 5, 1).

— Tres regatones cónicos de hierro (Figs. 5, 7-9 y 10).

— Varios fragmentos de cuchillos de hoja curva, de hierro (Fig. 5, 14).

— Varios fragmentos de puntas de lanza de hierro semejantes a las descritas (Fig. 5, 6).

Las fíbulas de doble resorte son frecuentes en la necrópolis de Sigüenza, siendo las más abundantes las de puente de cinta, como las aparecidas en las sepulturas 1 y 2, y por ser uno de los tipos que con frecuencia están presentes en las necrópolis de la zona, muy semejantes entre sí, creemos que puede aceptarse la fecha propuesta por Argente para las de Aguilar de Anguita, entre 575-525 a. de C. (3). Fechas algo más recientes ofrece la pequeña fíbula anular de bronce que, aunque apareció entre el material revuelto, sabemos que su presencia no puede ser anterior a los comienzos del siglo V a. de C., lo que unido a su posición más superficial en el yacimiento nos hace pensar que podría haber estado asociada al grupo de la cerámica a torno.

Es también interesante la fíbula de pie vuelto, de hierro, ya que no es frecuente la utilización de este metal para la fabricación de dichos objetos. La fíbula de pie vuelto tiene numerosas variantes y una gran difusión en toda la Península Ibérica y

(3) Argente, J. L.: *Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita*. T. P., 31, 1974, págs. 154 y 207.

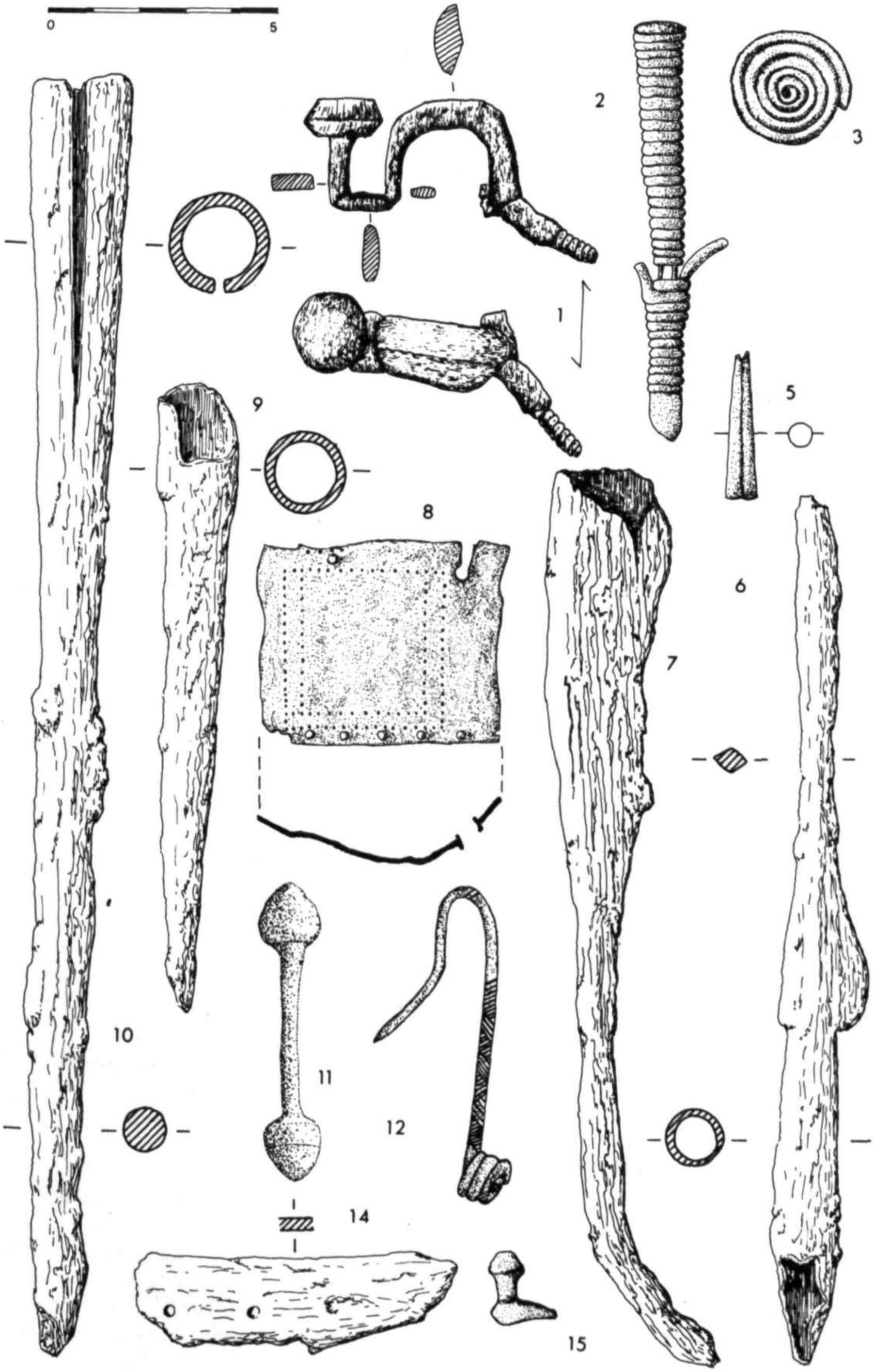


Fig. 5.—Diversos objetos de bronce y hierro aparecidos dispersos durante las excavaciones.

la cronología que se le otorga abarca del 600 al 450 a. de C., aunque debieron pervivir durante un período más amplio de tiempo. La que ahora nos ocupa pensamos que debe ser bastante tardía por el gran tamaño del botón terminal, que evolucionó de más pequeño a más grande y complejo, y por el hecho de estar fabricada en hierro, circunstancia que no suele aparecer en las primeras fases de estas necrópolis.

Las armas de hierro, que con bastante frecuencia aparecen en las necrópolis asociadas, en ocasiones, a los restos constructivos, no ofrecen una cronología demasiado rigurosa por falta de sistematización y únicamente confirman la progresiva generalización en el uso de este metal.

CERAMICA. Los tipos cerámicos aparecidos en esta última campaña de trabajos son los mismos ya conocidos anteriormente en Sigüenza y, en general, en todas estas necrópolis de la Meseta. Podemos distinguir básicamente dos grupos: la cerámica fabricada a mano y la cerámica fabricada a torno, que parece podrían corresponder a dos supuestas etapas sucesivas de utilización, ya que las del segundo grupo aparecieron, casi exclusivamente, en el nivel superficial del yacimiento.

Para evitar una exhaustiva descripción de cada uno de los fragmentos cerámicos, resumiremos brevemente los tipos aparecidos con mayor frecuencia. Entre la cerámica a mano podemos distinguir fragmentos de fondos, bordes, asas y paredes atípicas y las características generales del conjunto son (Fig. 6): el tipo de pared más frecuente es la fina (62,5 %), seguido de la pared media (21 %) y las gruesas (16,5 %). El *desgrasante* más utilizado es cuarzo (45,8 %), mica (22,5 %) y mixto (31,7 %). Los *colores* de las *pastas* son ocre-rojizo (10 %), ocre amarillento (14,5 %), rojo-negruzco (39,5 %) y negro (36 %). El acabado de las *superficies* es alisado fino (6 %), alisado (16,5 %), alisado tosco (31,7 %) y tosco (45,8 %). El *fuego* empleado es oxidante (7,5 %), reductor (80 %) y algunas piezas presentan nervio de cocción (12,5 %). En cuanto a los fragmentos de *bordes*, se observa que sus formas predominantes eran redondeadas (44,5 %), apuntadas (26 %), semiplanas (11 %), planas (15 %) y estranguladas (3,5 %) y que su *dirección* era recta (48 %), entrante (22 %) y saliente (30 %).

Aunque la cerámica a torno apareció en menor proporción y en muchas ocasiones revuelta en superficie, también es interesante constatar sus características más importantes (Fig. 7). Se conservan, igualmente, fragmentos de bordes, fondos y, sobre todo, paredes atípicas, siendo sus características generales las siguientes: el *tipo de pared* que domina es fina (70 %) seguido de paredes medias (30 %). El *desgrasante* que se empleó fue mica (75 %) y mixto (25 %). Los colores predominantes de los recipientes son naranja fuerte (58 %), naranja claro (33 %) y gris (9 %) y el tratamiento de la *superficie* que predomina es alisado (37,5 %) alisado tosco (50 %) y tosco (12,5 %).

Respecto a los fragmentos de *bordes* se observa que las *formas* que predominan son: apuntadas (50 %), redondeadas (43 %) y semiplanas (7 %). Y la *dirección:* saliente (81 %), entrante (12 %) y recto (7 %).

Estas cerámicas confirman los hallazgos realizados en las campañas anteriores (4) donde ya apuntábamos que las formas del grupo de cerámica a mano representaban la tradición de los campos de urnas, quizá con algunas características particulares, y confirmaban su carácter arcaico que podemos remontar, al menos, a comienzos del siglo VI a. de C.

---

(4) Cerdeño, M.ª L.: *Op. cit.*, pág. 68.

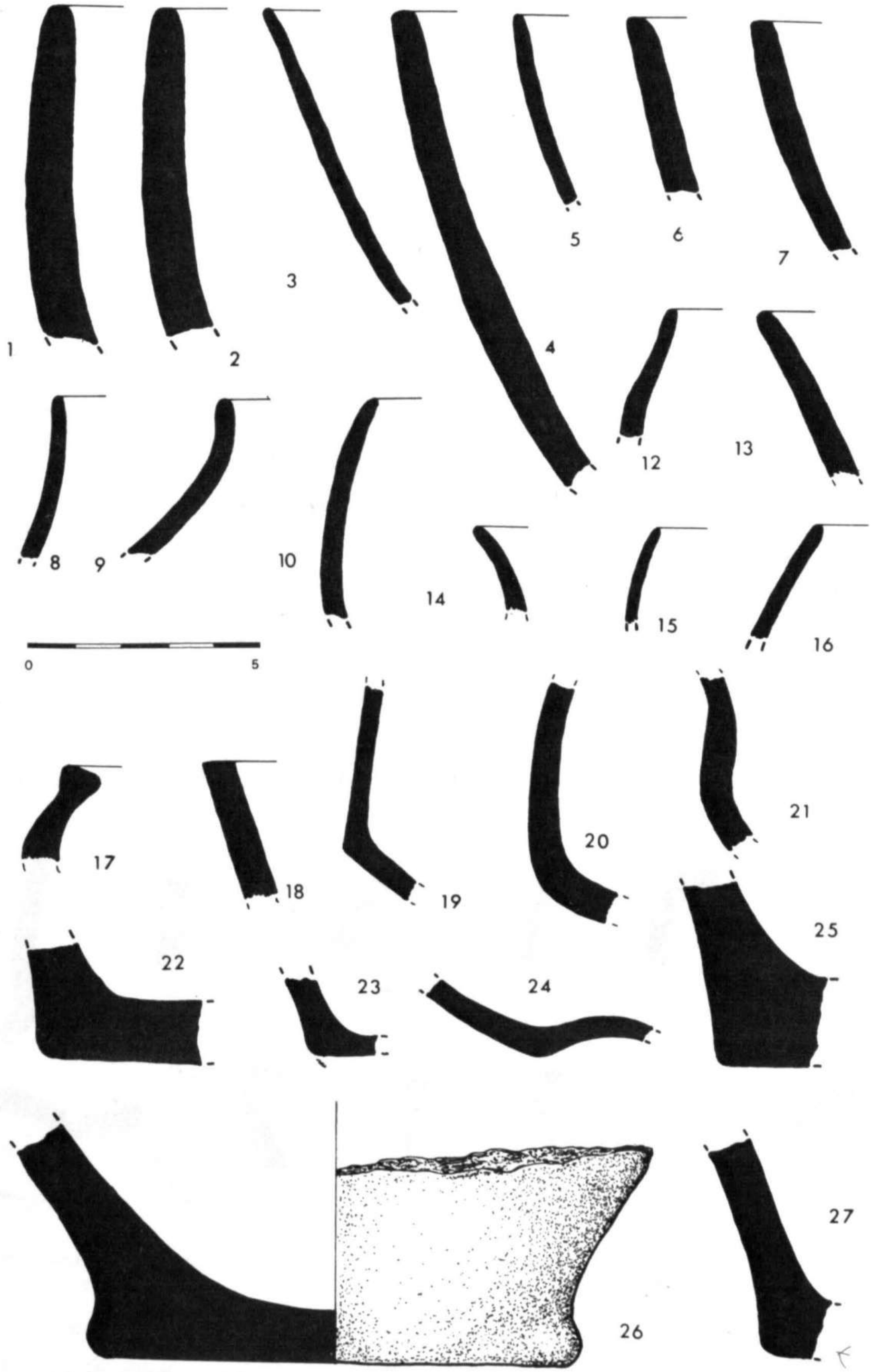


Fig. 6.—Fragmentos de cerámica fabricada a mano, aparecidos entre los restos constructivos.

Igualmente ocurre con la cerámica a torno, documentada también en las campañas anteriores, donde la definíamos como la típica cerámica celtibérica, presente en toda esta región, pudiendo citar como paralelos más próximos las conocidas formas de la necrópolis de Luzaga (Guadalajara) fechadas a partir del siglo IV (5) o las aparecidas últimamente en Aguilar de Anguita, situadas en las mismas fechas (6). Son, por tanto, unas cerámicas más tardías a las fabricadas a mano, que nos indican las últimas fases de utilización de la necrópolis.

PARALELOS Y CONCLUSIONES

El estudio de las piezas que componen los distintos ajuares hemos visto que no ofrece demasiada dificultad y que constituye una valiosa ayuda a la hora de encuadrar cultural y cronológicamente el yacimiento, e incluso ha proporcionado datos suficientes para poder elevar ligeramente las fechas que tradicionalmente se asignaban al desarrollo de estas necrópolis del noreste de la Meseta.

Por el contrario, la identificación de los restos de las construcciones ofrece mayores dificultades ya que no existen en la zona enterramientos semejantes, pues en las necrópolis de la Edad del Hierro del norte de la provincia de Guadalajara, y del sur de Soria no se conocen enterramientos tumulares o no se han conservado documentos que lo atestigüen. Unicamente podemos mencionar un pavimento que podría guardar relación con ellos, aparecido durante las prospecciones realizadas junto a la necrópolis de Valdenovillos (Alcolea de las Peñas, Guadalajara) hace ya algunos años. Se trataba de un cerro, distante unos 2 km del lugar de emplazamiento de la necrópolis, en el que aparecían en superficie numerosos fragmentos cerámicos, todos ellos a torno, de pastas rojizas y, en algunos casos, con pintura roja de bandas. Los sondeos allí realizados demostraron, por la casi total ausencia de

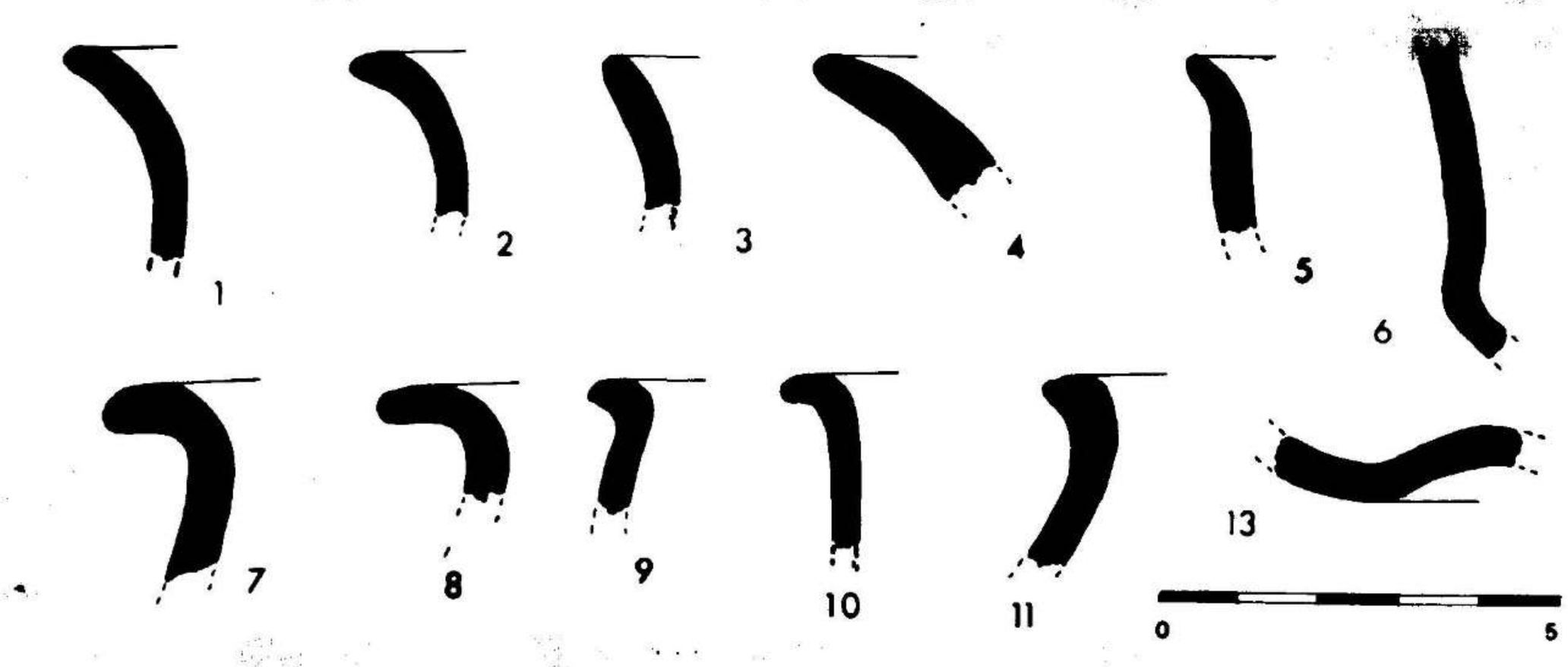


Fig. 7.—Algunos fragmentos de cerámica fabricada a torno, aparecidos en el transcurso de la excavación.

(5) Díaz Díaz, A.: *La cerámica de la necrópolis de Luzaga (Guadalajara), conservada en el Museo Arqueológico Nacional.* Rv. A.B.M., tomo LXXIX, núm. 2, 1976, págs. 397 y ss.

(6) Argente, J. L.: *La necrópolis celtibérica de El Altillo, en Aguilar de Anguita.* Wad-Al-Hayara, 4, 1977, pág. 39.

material, que de haber existido yacimiento arqueológico estaba agotado o destruido, aunque a poca profundidad apareció un «pavimento» formado por lajas de unos 30 cm de longitud que adoptaban forma rectangular, redondeada en uno de los lados menores y que debía tratarse de algún resto constructivo, quizá un suelo, aunque no puede hablarse de construcciones tumulares por la escasez de documentos arqueológicos que existen (Lám. III, 2).

Por este motivo debemos buscar los paralelos más próximos en otras regiones peninsulares y una de las zonas relativamente cercana a la nuestra es la Meseta suroriental, donde han aparecido algunos yacimientos con enterramientos tumulares, entre los que merece destacar el de Pajaroncillo (Cuenca) por su número, su conservación y sus características constructivas (7). Los túmulos habían sido construidos, generalmente, aprovechando las formaciones naturales del terreno y con lajas de un tamaño no superior a los 50 cm; son circulares o ligeramente ovales con cista o cámara central y no debían sobrepasar el metro de altura. Los ajuares que contenían no han sido muy abundantes, debido a las expoliaciones sufridas a lo largo de los años, pero han proporcionado algunos objetos de oro, plata, bronce y algo de cerámica en los que pueden encontrarse raíces culturales de origen centroeuropeo, del Bronce Final y del Hallstatt C, aunque la cronología no puede precisarse con exactitud por las pervivencias que tuvieron (8).

También en la Meseta occidental existen construcciones tumulares en la necrópolis de La Osera, donde se observan enterramientos de incineración de campos de urnas, más o menos tardíos, bajo estas construcciones que podrían definirse como túmulos degenerados, con una cronología posiblemente no anterior al siglo VI a. de C. Es posible que los enterramientos de Sigüenza tengan cierto paralelismo con los de La Osera, en donde los túmulos tenían planta cuadrangular, ovoide o circular, con un nivel de piedras a modo de adoquinado sobre el cual se depositaban algunos de los enterramientos (9). En La Osera hubo varias formas de realizar los enterramientos, pues, aparte de los que estaban cubiertos por túmulos, también existían otros fuera de los empedrados, al parecer colocados en simples hoyos de tierra, incluso sin urna cerámica en algunos casos (10). Estas descripciones nos recuerdan, claramente, los restos constructivos y las distintas formas de sepulturas encontradas en nuestro yacimiento y hacen pensar en una dispersión de ritos funerarios semejantes a lo largo de la Meseta norte.

Pero quizá la región más próxima a Guadalajara donde existen numerosos campos de túmulos sea la región del Bajo Aragón. Cabe mencionar el yacimiento de Azaila (Teruel), estudiado nuevamente en los últimos años, que muestra claramente la presencia de una necrópolis hallstáttica con incineraciones depositadas, en la mayoría de los casos, en un hoyo en el suelo y sobre las que se erigieron las construcciones tumulares que ofrecen una variada tipología, siendo las de tipo de empedrado las que pudieran guardar mayor similitud con las de Sigüenza. Tanto las construcciones tumulares como los ajuares muestran que se trata de un campo de urnas, transformado por las influencias bajoaragonesas, cuyas primeras etapas de poblamiento quedarían fechadas desde 650 a 600 a. de C. (11).

---

(7) Almagro Gorbea, M.: *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca)*. E.A.E., 83, 1973.

(8) Almagro Gorbea, M.: *Op. cit.*, pág. 120.

(9) Cabre Aguilo, J.: *La necrópolis de La Osera*. Soc. Esp. Antropología, Etnología y Prehistoria, tomo XI, 1.º, 1932, pág. 48.

(10) Cabre Aguilo, J. y otros: *El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. A.A.H., IV, 1950, pág. 64.

(11) Beltrán Lloris, M.: *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Monografías Arqueológicas, XIX. Zaragoza, 1976, pág. 94.

Igualmente son importantes algunas de las necrópolis de la provincia de Lérida, que demuestran la importancia de la práctica de incineración tumular paralela a los campos de urnas en buena parte de la Península Ibérica. Por ejemplo, podemos citar la necrópolis de Roques de San Formatge, en Serós, con numerosos túmulos circulares u ovales bajo los que descansan urnas de incineración, típicas de los campos de urnas del nordeste, con evidentes rasgos de arcaismo, al igual que el ajuar metálico, exclusivamente de bronce, que lleva a los autores de la excavación a fechar el momento de auge del yacimiento en el período II de Vilaseca, en el siglo VIII a. de C. (12). También hay que citar la necrópolis de Pedrós, con variadas estructuras tumulares y urnas de incineración en su interior, considerada como representativa de la oleada más antigua de campos de urnas y fechada a partir del siglo VIII a. de C. (13).

Aunque no hemos citado más que algunos de los numerosos ejemplos existentes, son importantes las formas de enterramiento tumular en toda la región ilerdense, a través de la cual llegaron estas características culturales al valle del Ebro, por lo cual es fácil pensar que desde allí estas características se hicieran extensivas a la Meseta. Sin embargo, hasta el momento, se considera que el límite meridional de este núcleo ilerdense se encuentra en la línea del Ebro, con Azaila, y en las necrópolis del Bajo Aragón (14), límite que quizá haya que ampliar ante los datos, ya mencionados de la Meseta norte, pues no es de extrañar que algunos de los numerosos grupos de campos de urnas asentados en el sur de la provincia de Soria y norte de Guadalajara hayan asimilado muchos influjos del Bajo Aragón y hayan quedado reflejados en algunas de sus manifestaciones culturales.

Fuera de la Península Ibérica, en zonas próximas a los Pirineos, existen también enterramientos tumulares en ambiente de campos de urnas, y concretamente en la zona del suroeste y del Prineo francés los ajuares funerarios encontrados bajo túmulos son muy parecidos a los ajuares comunes en las necrópolis de incineración. La necrópolis de Grand Bassin I es un buen exponente de yacimiento híbrido en el que aparecen campos de urnas bajo túmulo (15). Según Louis y Taffanel las gentes de los túmulos, ya portadores del hierro, se instalarían en el Languedoc a fines del segundo período de su clasificación, siglos VIII-VII, aunque no debieron modificar demasiado las civilizaciones vecinas, dando lugar a la fusión de dispares elementos culturales que desbordarían a otras zonas, penetrando también en España (16).

Hemos visto la cronología que ofrecen muchas de las necrópolis tumulares de las regiones más al norte de la Meseta no sólo las francesas, sino también catalanas y aragonesas, algunas de las cuales sitúan sus comienzos en el siglo VIII y su fin se ha supuesto que coincidiría con la formación del mundo ilergete, poco después de la introducción del hierro, en torno al siglo VI a. de C. (17). Por todo esto, sí parece factible que los restos tumulares aparecidos en la provincia de Guadalajara puedan fecharse a comienzos del siglo VI o fines del VII a. de C., es decir, en momentos algo más recientes, ya que, según hemos apuntado antes, estas características cultura-

---

(12) Pita, R., y Díez-Coronel, L.: *La necrópolis de Roques de San Formatge, en Serós (Lérida)*. E.A.E., 59, 1968.

(13) Maya, J. L.; Díez-Coronel, L., y Pujol, A.: *La necrópolis tumular de incineración de Pedrós, en Serós (Lérida)*. XIII C.N.A. Huelva, 1973, pág. 620.

(14) Maya, J. L.: *Las necrópolis tumulares ilerdenses*. 2 Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá, 1976, pág. 92.

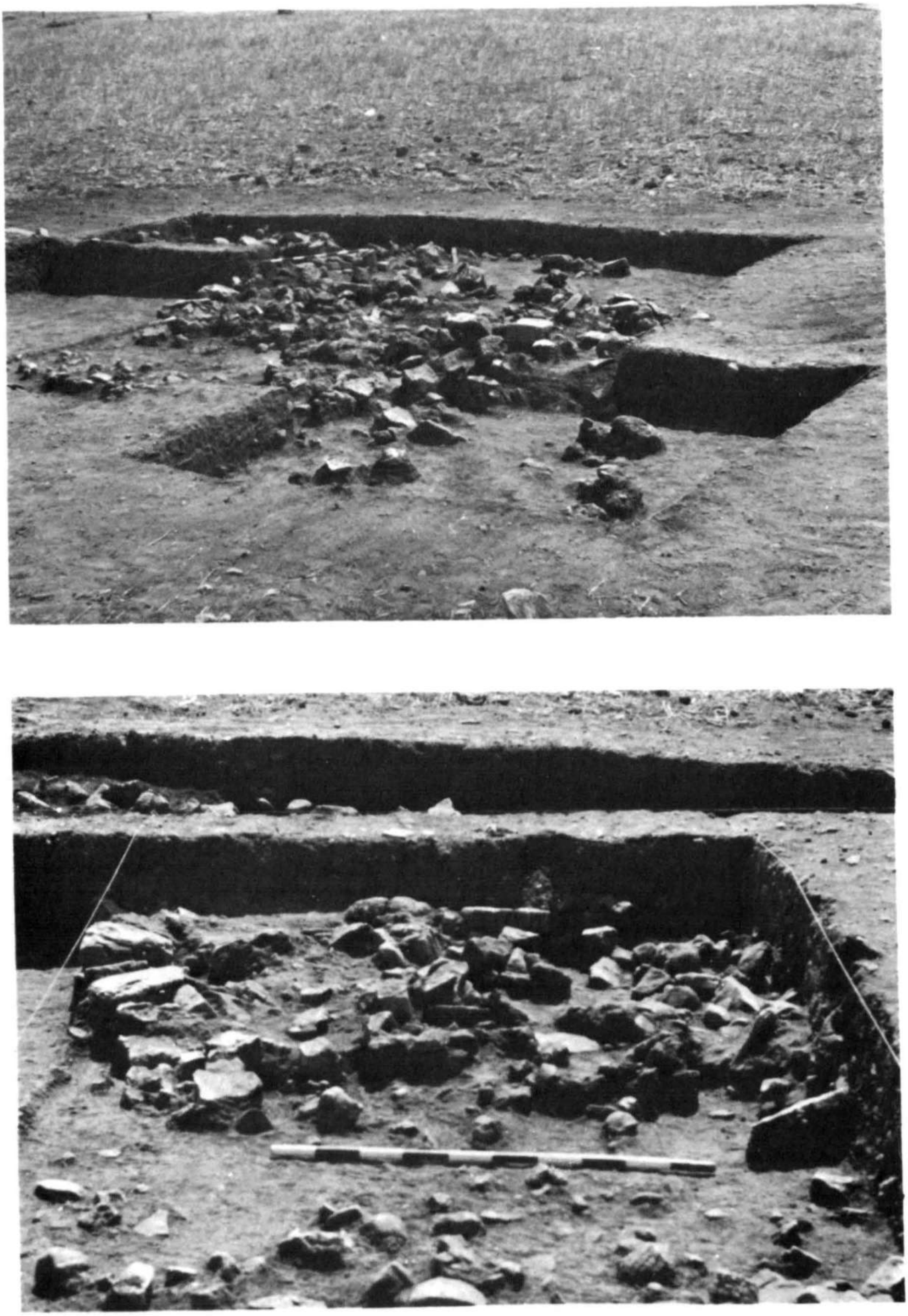
(15) Louis, M. y Taffanel, J. y O.: *Le premier âge du Fer Languedocien. 3.ª partie. Les Tumulus*. Bordighera, 1960, págs. 391 y ss.

(16) *Ibídem*, págs. 392 y ss.

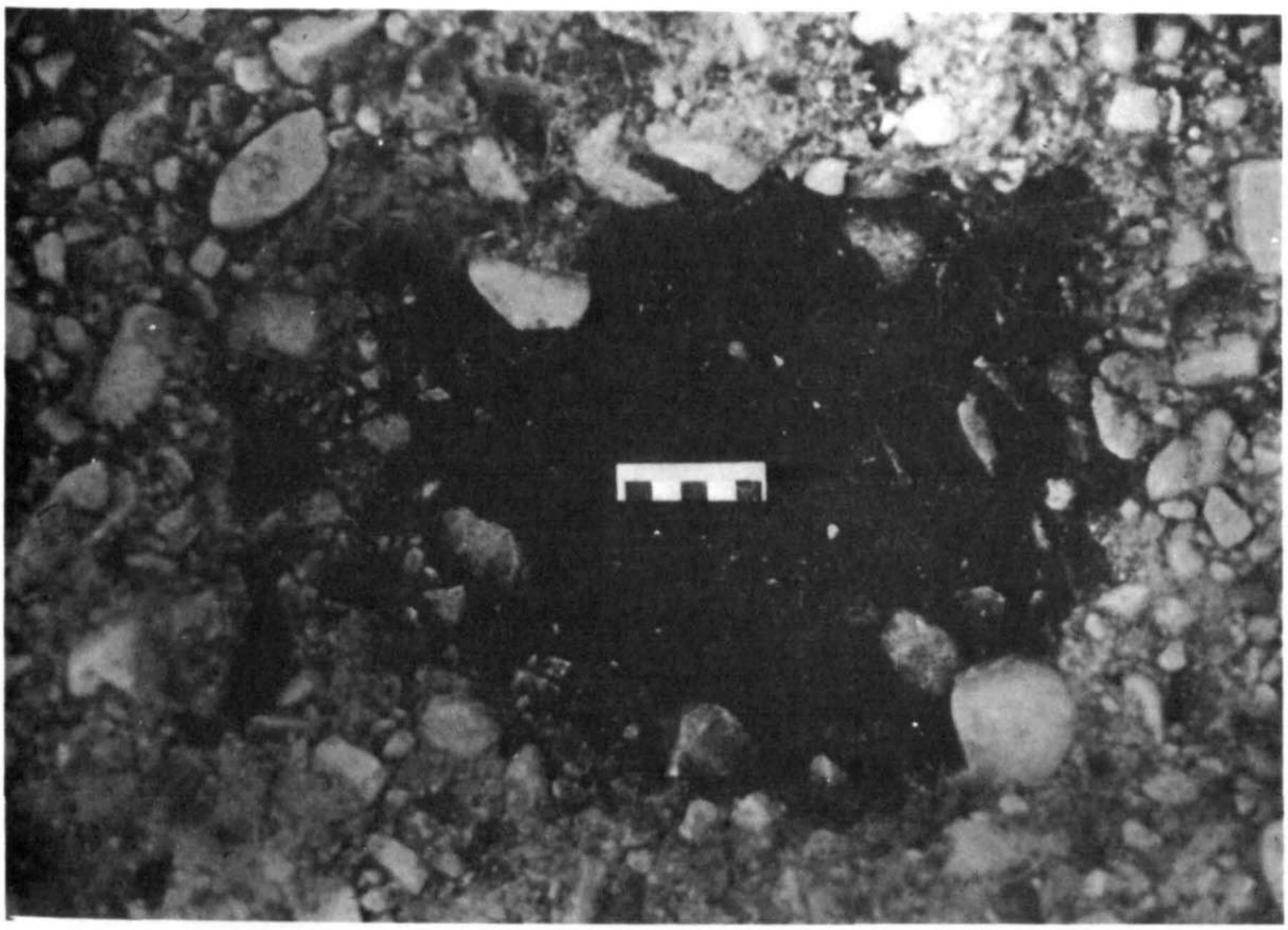
(17) Maya, J. L.: *Op. cit.*, pág. 96.

les llegaron aquí a través del valle del Ebro. Esta cronología queda, además, confirmada por la mayor parte del material arqueológico aparecido, que anteriormente hemos estudiado, y, asimismo, estas fechas coinciden básicamente con las escasas necrópolis tumulares de la Meseta ya mencionadas como La Osera, en la zona occidental, o Pajaroncillo, en la provincia de Cuenca.

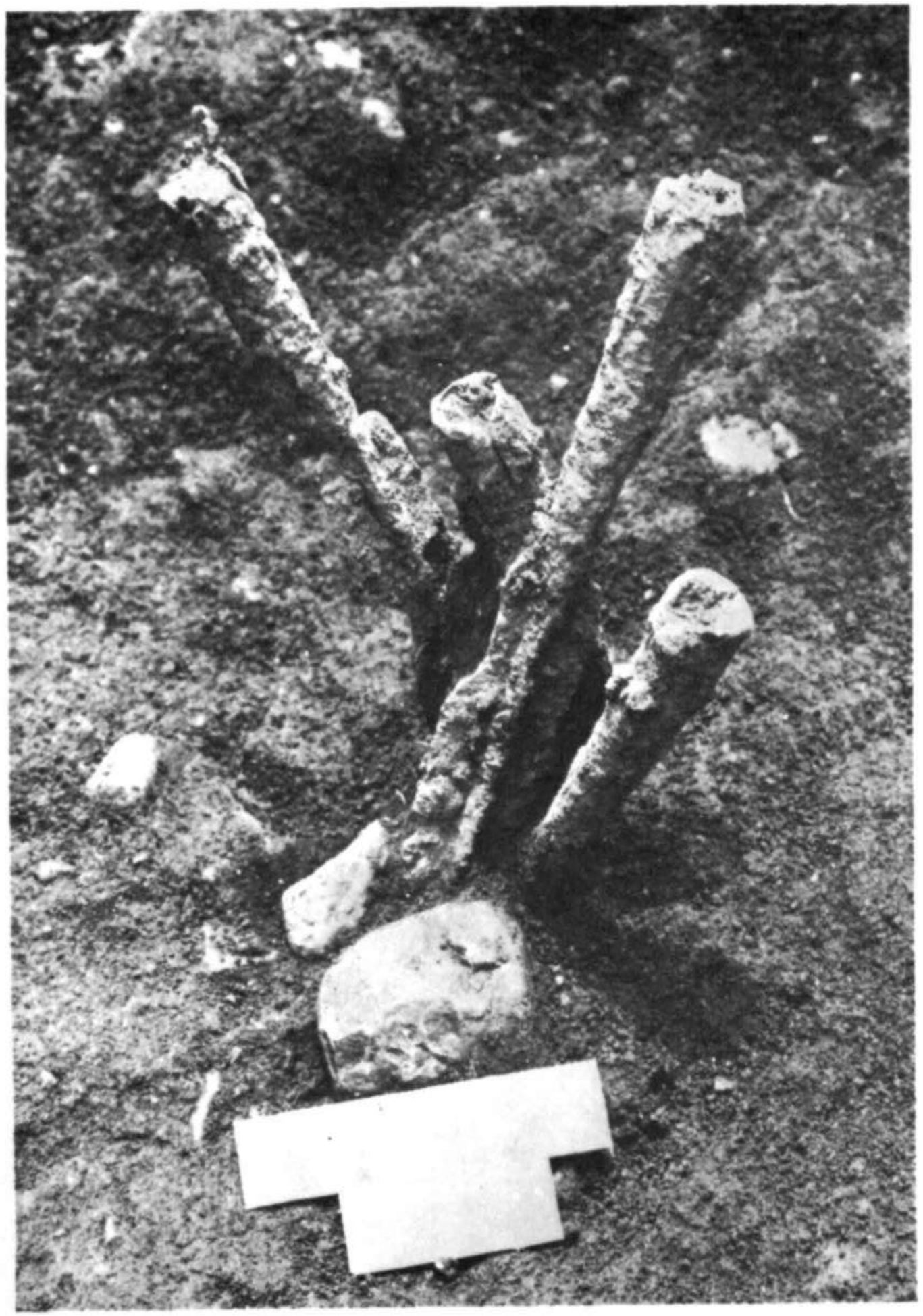
En Sigüenza, creemos que el momento inicial coincidiría con estas fechas y posiblemente fue entonces cuando se construyeron las estructuras tumulares, aunque la presencia del hierro nos hace pensar en fechas algo más tardías, a lo largo del siglo VI a. de C. Las dos sepulturas intactas que hemos descrito demuestran, efectivamente, que en el momento en que se efectuaron los enterramientos el uso de las armas de hierro estaba ampliamente generalizado, aunque esto no descarta la existencia de enterramientos anteriores en los que no había vestigios de dicho metal y en los que las características de las urnas cerámicas indican una fase arcaica, a fines del siglo VII a. de C. Parece que la utilización de la necrópolis se prolongó, al menos, hasta el siglo V, como indican algunas de las fíbulas anulares y la cerámica a torno, sin que pueda probarse que esta última estuviera asociada a las estructuras de piedra y debe representar una segunda fase de utilización del yacimiento.



Lám. I.—1. Aspecto de los primeros hallazgos aparecidos en la campaña de 1976. 2. Detalle de una de las zonas excavadas.



Lám. II.—1. Pequeño hoyo de enterramiento donde se depositaron los restos óseos y el ajuar. 2. Aspecto de los primeros restos aparecidos en la campaña de 1978.



Lám. III.—1. Detalle del ajuar de la sepultura 2. 2. Restos de pavimento encontrado en el yacimiento de Valdenovillos (Alcolea de las Peñas, Guadalara).

FUENTE DE LA MOTA
(Barchín del Hoyo - Cuenca)

M. Sierra Delage

INTRODUCCION

Recoge esta Memoria de Excavaciones los trabajos realizados en las campañas de 1975, 1976 y 1977, en el cerro «Plaza de Moros», de la «Fuente de la Mota», del término municipal de Barchín del Hoyo, en la provincia de Cuenca.

Conocido el lugar por la riqueza de cerámica en superficie, comunicado por el entonces maestro del lugar al Museo Provincial de Cuenca, nos pusimos en contacto con su director, M. Osuna, y visitamos el lugar, decidiéndose solicitar el permiso oficial que nos fue concedido a través de la Subdirección de Excavaciones Arqueológicas de la Dirección General del Patrimonio Artístico, entonces Dirección General de Bellas Artes.

Nuestro fin era averiguar la existencia de yacimiento en este lugar de la submeseta Sur, que aportará con el estudio de los restos materiales una vía de apertura a las escasas investigaciones en que hasta el momento era deficitaria la meseta.

Los resultados fueron positivos, encontrándonos un poblado de gran interés que fue declarado de utilidad pública por Real Decreto 1204/1977, de 15 de abril, y comprado posteriormente por el Estado.

La gran cantidad de materiales cerámicos, de los cuales son prueba fotografías y dibujos, superaron con mucho cualquier previsión, al igual que la aparente conflictividad de la estructura del lugar, no nos da motivo a dilucidar todavía sus distintas dependencias hasta que esté todo excavado, en base a la función para la que servían.

La presentación de estos trabajos responde, pues, a la idea de ir dando a conocer el resultado de nuestras investigaciones, que aportan factores nuevos a la protohistoria de la meseta Sur, aunque no podamos emitir por el momento conclusiones definitivas por las razones arriba apuntadas, a las que habría que añadir otro tipo de dificultades de diferente carácter.

No queremos dejar de destacar en estas líneas la eficaz colaboración que en las labores de campo nos han prestado doña Paz Cabello, doña Concha García y doña Ana Laborde, así como la de nuestros más antiguos trabajadores en la excavación, Demetrio Cerrillo y Basilio Redondo, que en todo momento han estado dispuestos a prestarnos su ayuda.

El estudio de los materiales, dada la diversidad de los mismos, fue encomendado a los distintos especialistas del grupo de trabajo interdisciplinario que formamos y al que pertenecemos. Son estos: don Fernán Alonso, don Carlos Barba, doña

Carmen Bonet, doña Pilar López, don Antonio Madroñero, don Arturo Morales y doña Marta Sierra, con los cuales se mantuvo entrevistas individuales y de grupo, a fin de coordinar y mantener la línea de trabajo que nos llevara a unos resultados finales, para lo cual celebramos una reunión definitiva a finales de noviembre para cerrar esta primera fase y establecer los puntos a seguir en las investigaciones futuras; siendo la redacción de la Memoria y dirección de los trabajos de campo efectuada por M. Sierra Delage.

Especial mención merece nuestra dibujante Inmaculada Ruiz Jiménez por su valiosa colaboración. Los gráficos, tratamiento de los metales son de Ana Laborde, de la Escuela de Artes Aplicadas a la Restauración; así como también deseamos reseñar la cooperación que siempre ha estado dispuesto a darnos el Departamento de Arqueología del Instituto Central de Restauración, en la conservación de los distintos materiales que ha tratado, como la de su químico don Andrés Escalera, que efectuó el estudio de las maderas.

Destacamos finalmente la ayuda prestada para esas pequeñas cosas, tan ingratas, pero imprescindibles en todo trabajo de investigación, de nuestros compañeros M.ª Sol García Quintero, Francisco de Santos y Eduardo Sierra.

Los diferentes análisis y estudios han sido realizados en:

— Centro de Estudios y Experimentación del Laboratorio Central de Estructuras y Materiales del M.O.P.U., por el doctor Barba y equipo (arcillas).

— Laboratorio de Microscopia del INTA, por el doctor Madroñero (metales).

— D.º de Zoología de la F. de Ciencias de la U. Autónoma de Madrid, por el doctor Morales (huesos).

— Instituto Español de Prehistoria, por la doctora López (cereal).

— D.º de Geocronología del I. Rocasolano del C.S.I.C., por el doctor Alonso (C14).

A todos, gracias por su colaboración.

SITUACION GEOGRAFICA

Sito el yacimiento de Barchín del Hoyo a 2 km del enclave actual del pueblo en la provincia de Cuenca, en la Sierra del Monje, en el lugar conocido como «Fuente de la Mota», en el cerro «Plaza de Moros», ocupa toda la meseta del mismo, dominando una de las riberas del Júcar, al lado del pantano de Alarcón, como enclave de paso hacia la Meseta, desde las altiplanicies de la Mancha, a las cuales se abre por su situación geográfica, de coordenadas 39º 39′ 18″ latitud Norte y 2º 03′ latitud Oeste, determinando un paso natural a través de los ríos hacia la alta Andalucía desde las últimas estribaciones de la serranía conquense.

El paisaje geográfico es un lugar de monte bajo, a cuyo pie existen olivos, algunas vides y madera de pino.

GEOLOGIA E HISTORIA GEOLOGICA DE LA ZONA

Carmen Bonet

Barchín del Hoyo se encuentra enclavado en terrenos de Edad Cretácica, en la denominada Sierra del Monje.

Las formaciones del Cretácico Inferior, representadas por las capas de Utrillas, no están muy desarrolladas en esta zona, y en general están formadas por areniscas y arenas más o menos arcillosas que constituyen el nivel de base del Cretácico de la región. El Cretácico Superior está formado por calizas y margas alternantes con calizas margosas en la parte inferior, y calizas y calizas margosas en su parte superior.

Los materiales encontrados en la zona de la excavación corresponden, en general, a calizas variadas de grano fino color crema o blanco, en bancos de 0,20 a 0,50 m de espesor, y calizas margosas en capas de 0,50 m de espesor. Se encuentran, en general, muy diaclasadas. El espesor total de la formación oscila de 50 a 200 m.

Los materiales de la formación Cretácica se encuentran plegados y su dirección principal es NO-SE, concordante, en general, con las directrices tectónicas del Sistema Ibérico. Forma parte de la prolongación de la Serranía de Cuenca en su enlace con la Cordillera Ibérica.

El trazado de los ejes de los pliegues es muy sinuoso y las estructuras son amplias y suaves con una acusada continuidad longitudinal.

La estructura consiste en varias unidades levantadas de tipo anticlinorio, entre las cuales se extienden los depósitos terciarios generalmente postectónicos, que rellenan depresiones intermedias correspondientes a otras tantas estructuras en sinclinorio (Fig. 1).

Historia Geológica de la Zona

El substratum de toda esta zona está constituido por sedimentos paleozoicos, que sólo aparecen en pequeños afloramientos. Estos depósitos fueron sometidos a una intensa orogenia y posteriormente a un largo período de emersión y denudación, que provocó una nivelación general de la superficie, dando lugar a una penillanura.

Sobre el basamento paleozoico se deposita el Triásico que aflora, asimismo, en algunos puntos.

La trasgresión liásica abarca toda la zona y la deposición de sedimentos prosiguió a lo largo del Jurásico en mares someros.

Durante el Jurásico se inició un levantamiento de todo el país, culminando con una emersión general a finales de dicho período, existiendo una laguna estratigráfica que abarca casi todo el Cretácico Inferior.

Con la trasgresión Cenomanense comienza la sedimentación en áreas epicontinentales extensas, siendo frecuentes los rápidos avances y retrocesos del mar.

A finales del Senonense comenzó una nueva regresión y se produjeron emersiones con erosiones locales.

Durante el Paleógeno continúa la sedimentación continental iniciada a fines del Cretácico, produciéndose al mismo tiempo una serie de deformaciones indiferenciables que culminan con el plegamiento a fines del Paleógeno.

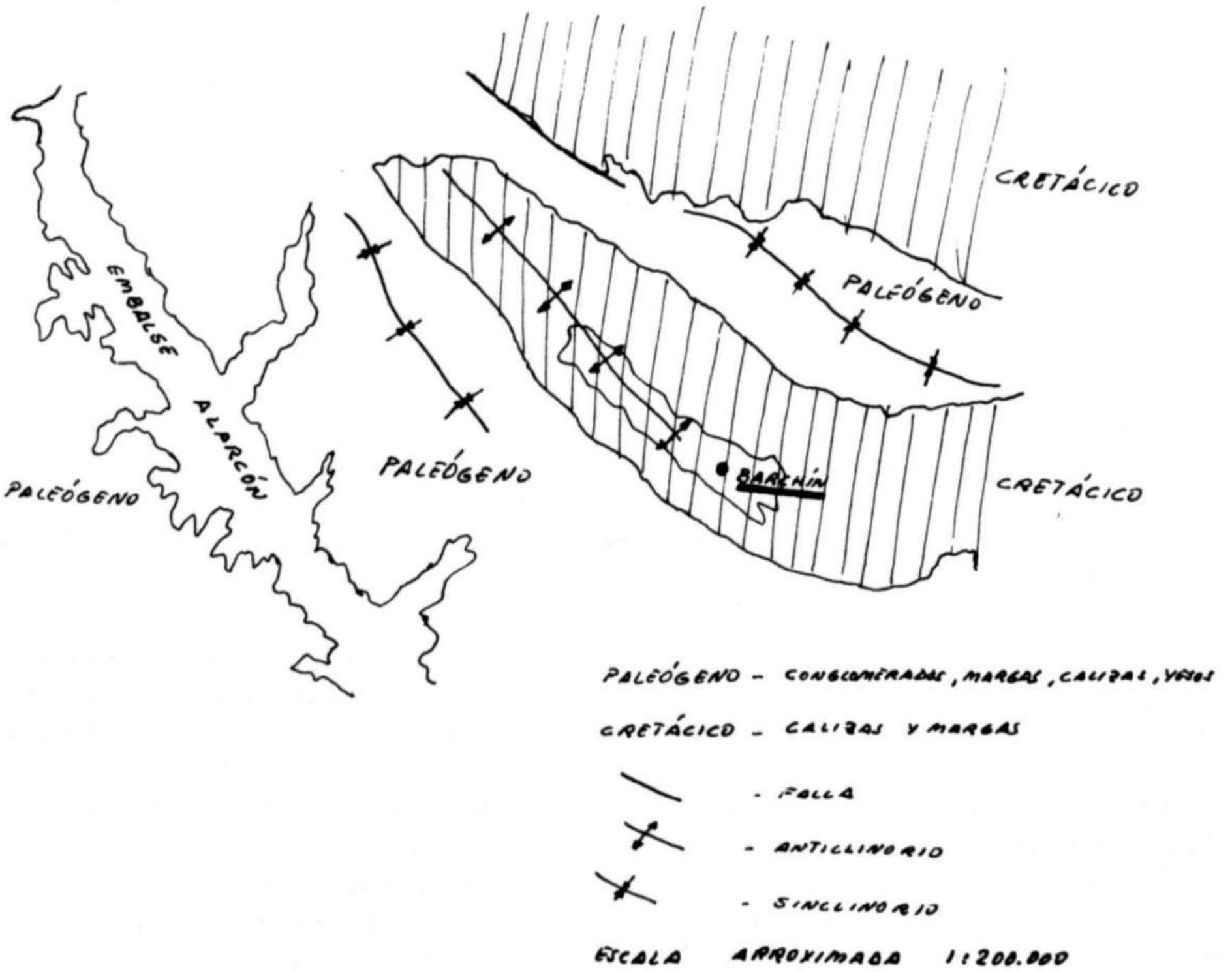


Fig. 1.—Mapa geológico esquemático de la zona.

Los materiales Miocénicos se encuentran depositados subhorizontalmente, por lo cual la fase de plegamiento debió ser premiocénica, correspondiente probablemente a movimientos mesoalpinos.

La sedimentación posmiocénica se localizó preferentemente en zonas elevadas por el plegamiento, iniciándose a finales del Plioceno la instalación de la red fluvial cuaternaria, con la consiguiente disección del relieve, al tiempo que se producía una vasculación hacia el SO en las áreas correspondientes a la depresión tectónica del Tajo.

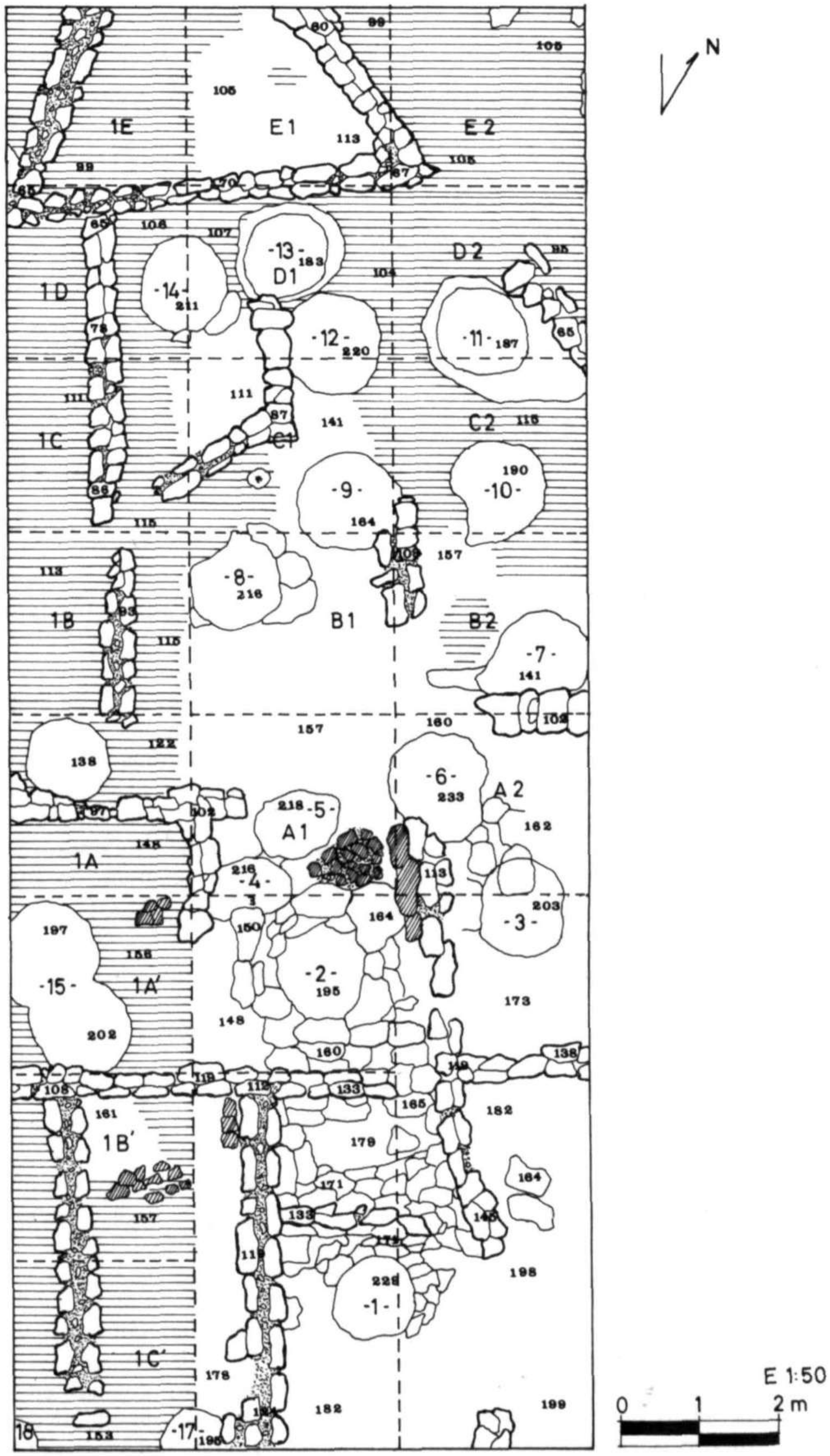
METODOLOGIA

Marta Sierra

Hemos considerado tres aspectos en nuestra metodología: el trabajo de campo, la labor de gabinete y la investigación en el laboratorio.

Trabajo de campo

Situados en el terreno, decidimos abrir una zanja al pie de los restos de la muralla, al acabar la falda del cerro, dirección NE con objeto de encontrar el posible



BARCHIN DEL HOYO
POBLADO. ZONA A

Fig. 2.—Plano del yacimiento.

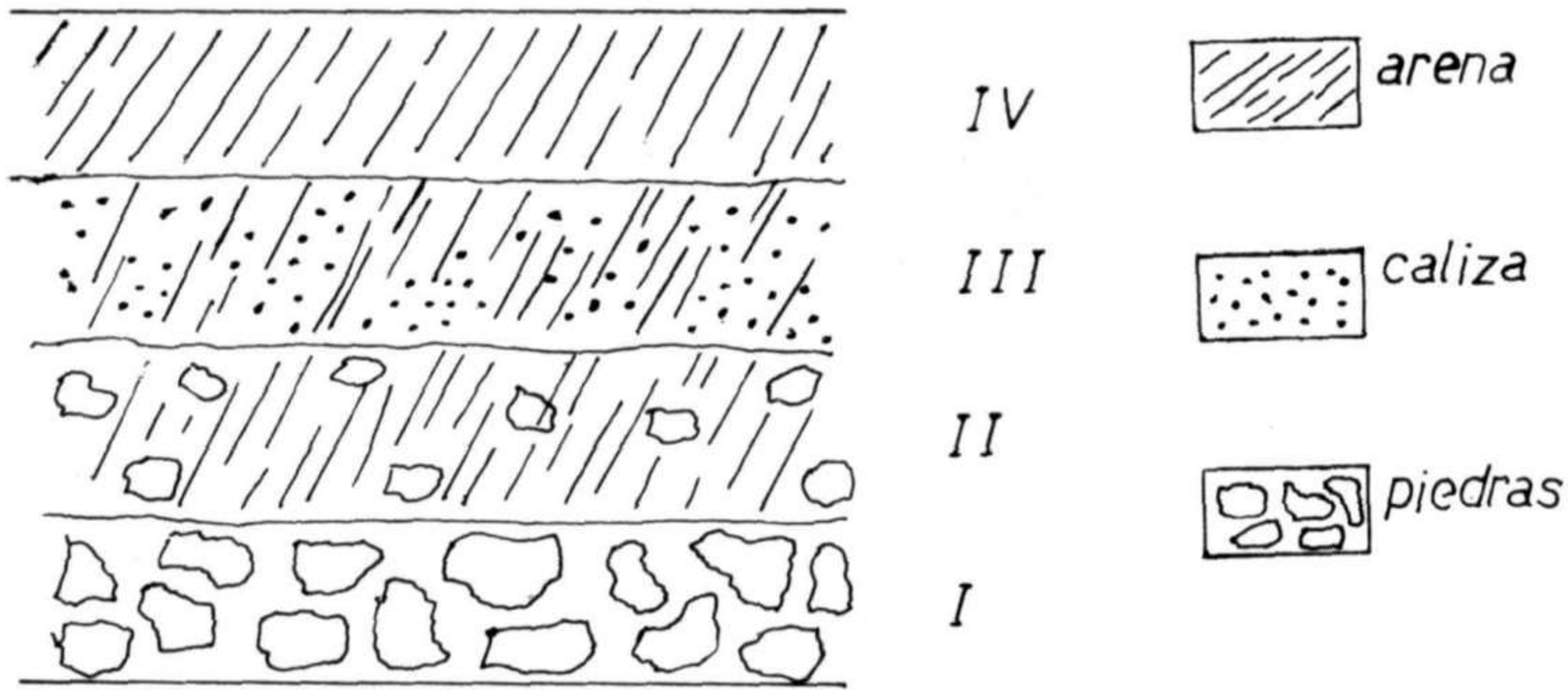


Fig. 3.—Niveles del posible basurero.

basurero que nos indicara la estratigrafía del hábitat (fotografía 1), para lo cual delimitamos un rectángulo de 5,50 × 1,50 m que procedimos a limpiar, reduciendo posteriormente a 2,20 m el lado mayor del mismo por resultar más equilibrado con respecto al menor y dejar así dos frentes más continuos. Se empezó a bajar en capas horizontales de 16 cm, no apareciendo más que material de relleno de arena y piedras calizas muy abundantes en esta zona, continuándose hasta los 2,10 m, siendo a partir de los 1,60 m tal la cantidad de piedras irregulares que bien pueden ser caídas de la muralla que los más viejos del lugar recuerdan como de medio metro y que la acción del tiempo ha reducido a pequeños tocones.

Resultaron, en resumen, cuatro capas de acumulación (Fig. 3):

— N I capa de piedras con algún resto de cerámica junto a la roca madre con una potencia de 50 cm (2,10/1,60 m).

— N II capa de piedras más dispersas con adición de arena de 40 cm de potencia (1,60/1,20 m).

— N III piedras de tipo calizo más pequeñas y arena de 60 cm (1,20/0,80 m).

— N IV acumulación de arenas de 80 a 0 cm de potencia y ningún horizonte cultural, ya que los 2,10 m alcanzan la roca madre.

A la vez se procedió (en un cerrete próximo, «La Corbetera», al que se une en suave vaguada en su parte derecha, según subimos de frente, y al que denominamos zona «B») a limpiar un aljibe, cuya construcción, de ladrillo moldurado y cal en su parte cementante, se apoya en sus dos lados en la roca, que no dio cerámica que se le pudiera fechar, sino únicamente restos atípicos, de 4,80 × 2,72 m, con esquinas redondeadas por pequeñas pilastras adosadas (Lám. I-2).

Ante los resultados negativos nos situamos en la meseta del cerro que se conoce como «Plaza de Moros», de 1 Ha de superficie, con idea de realizar una cata, aproximadamente en su mitad, lo que hicimos en un rectángulo de 5 × 2 m (dirección NO), con bajadas horizontales de 15 cm, dejando en vertical como testigo la mitad del rectángulo que se completó posteriormente. Los resultados esta vez fueron positivos, surgiendo a 50 cm de profundidad el basamento de un muro en dirección N, de piedras irregularmente labradas, y en los cortes de las paredes cerámica en profusión, en tierra oscura como quemada, por lo que ampliamos hacia

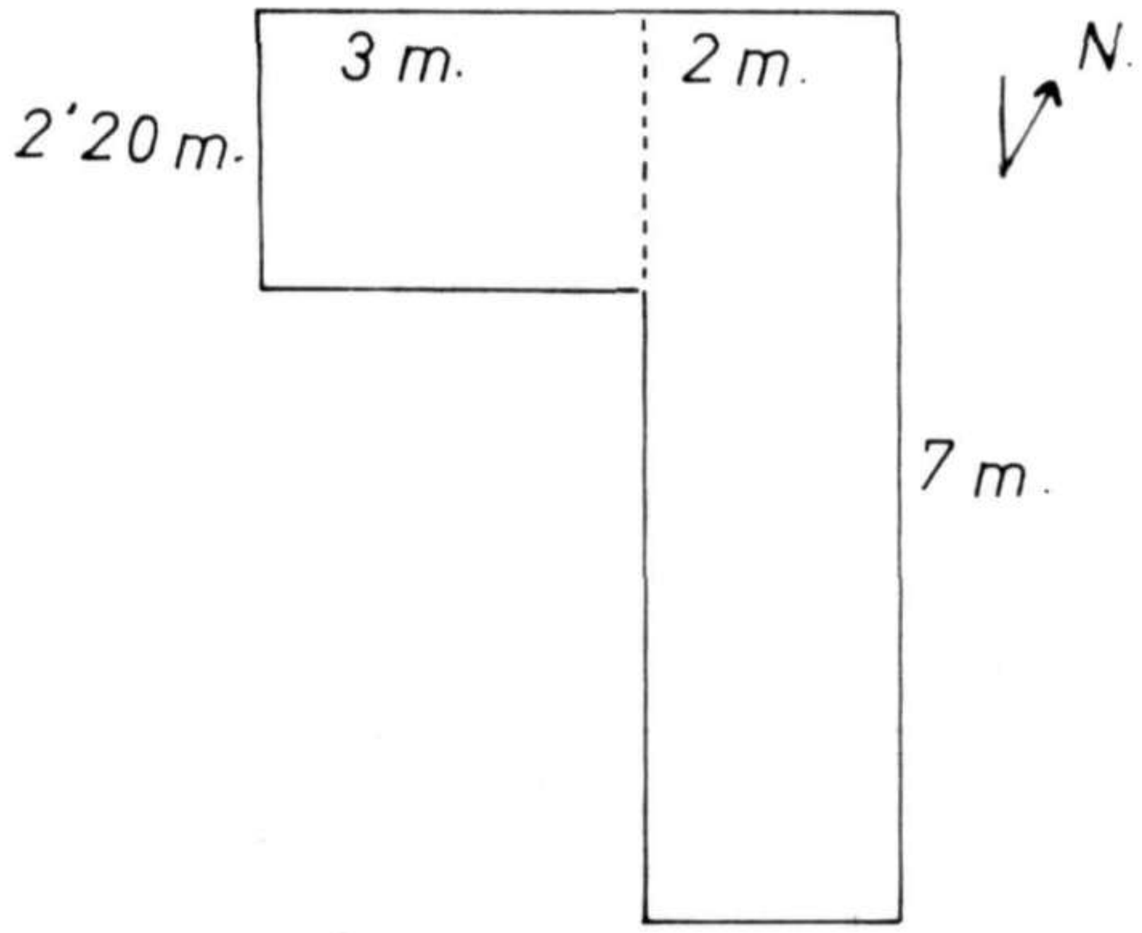


Fig. 4.—Esquema de la cata en «Plaza de Moros».

el N, 2 y 3 m hacia el O (lado menor del rectángulo), tomando del lado mayor —oeste— sólo 2,20 m, con lo que resultaría una «L» invertida (Fig. 4) para comprobar si seguían restos o no, conservando los 2 m primitivos en la parte sur, y surgiendo un muro transversal dirección este-oeste, al mismo tiempo que se comprobaba a todo lo largo de la zona excavada que la cerámica aparecía junto con la tierra sobre un estrato de cenizas, directamente sobre lo que es suelo del yacimiento, es decir, que el conjunto se presenta cerrado como una unidad con un único nivel de habitación en todo lo que llevamos excavado, por lo que el material pertenece al mismo momento cultural.

Se completó la «L» a la forma rectangular, prosiguiéndose, dadas las características, a continuar con unidades iguales de excavación, para lo que se cuadriculó el terreno mediante un sistema de eje de coordenadas, en ordenadas y abcisas, tomando como punto 0 el ángulo superior izquierdo (NO) de lo efectuado, dando a las cuadrículas 2,23 m de lado y numerando su parte superior derecha a todo lo largo del eje de abcisas (XX'), en su intersección con el de ordenadas (YY'), con letras y un subíndice numérico, en tanto que a la izquierda se le daban números con un subíndice de letras, mientras que la parte inferior queda a la derecha igualmente con letras con un número de subíndice, añadiéndoles como índice una «prima», lo que también se efectúa en el lado izquierdo (Fig. 5):

La parte rayada oblicuamente es de la primera cata en «L», de la campaña del 75, correspondería a las cuadrículas A_1', A_2', B_2', C_2'; y la punteada a las B_1' y C_1' del inicio del 76, que completarían la «L». Se continuó bajando en capas horizontales, siempre dejando testigos entre las cuadrículas de unos 15 cm de anchura (Fig. 2).

Labor de Gabinete

Recogidos los materiales se procedió a su ordenación, numeración y clasificación. Los cerámicos, dadas las condiciones del terreno de tipo calizo, aparecen recubiertos con una capa de carbonatos uniforme, aparte de la ceniza y tierra que muestran, lo que hace imposible su estudio sin un tratamiento previo.

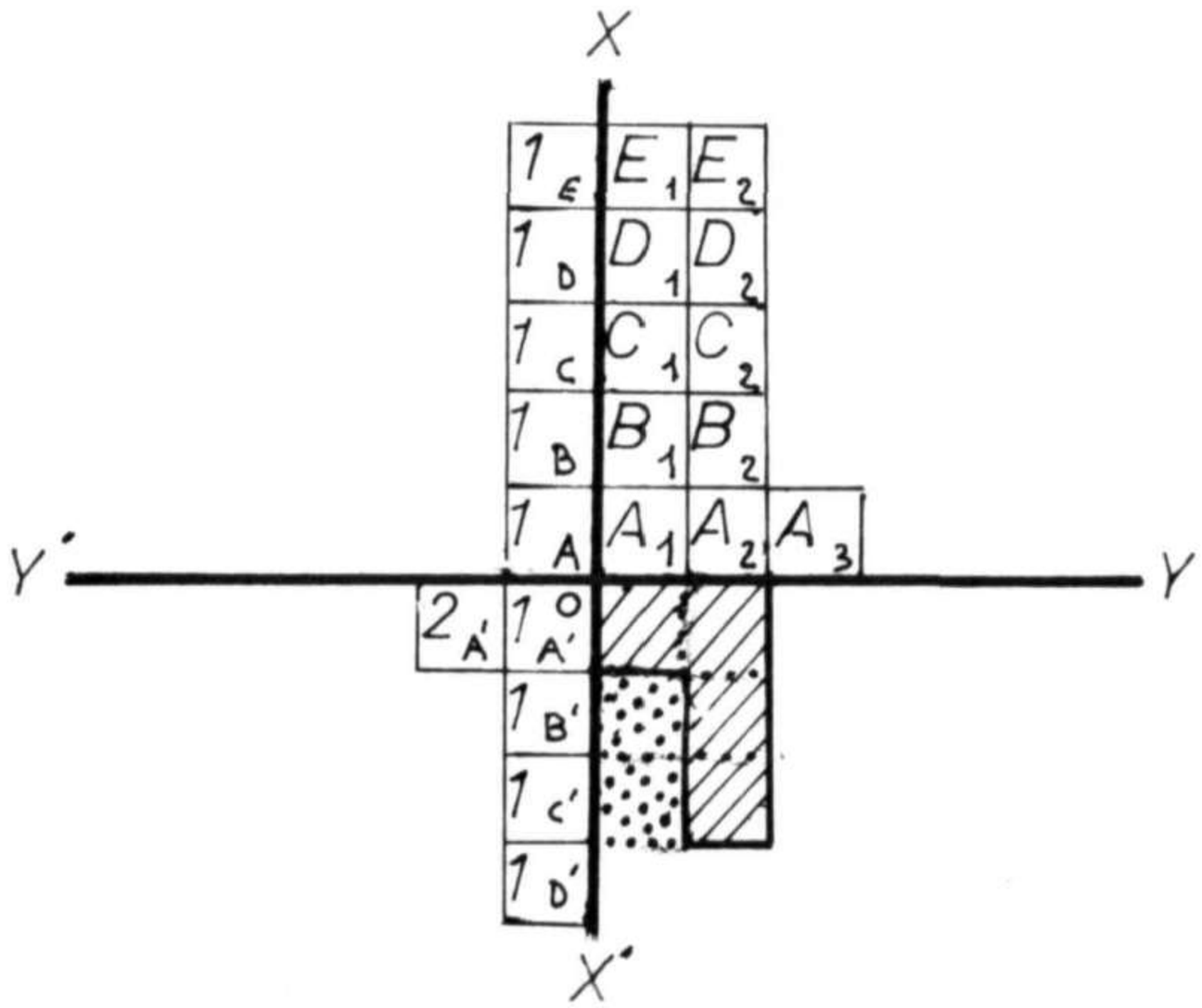


Fig. 5.—Metodología de la excavación, según un sistema de ejes de coordenadas.

Se metieron primeramente en agua durante un día para que soltaran la tierra, pasándolos después a aplicar un baño por inmersión de ácido nítrico rebajado al 20 % en agua, tras efectuarse diversas pruebas, dejando las piezas totalmente cubiertas el tiempo que necesita justamente el ácido para producir la subida en su reacción efervescente, comprobándose los resultados. En algunos casos hay que repetir la inmersión algunos segundos más, reduciéndose en la mayoría de las piezas, los pequeños focos de carbonatos que quedan, cuando son obstáculo para el estudio de la misma, con toques locales aplicados directamente con un pincel, procedimiento que se aplica también en las que sólo presentan zonas afectadas. La cerámica denominada por nosotros tipo «c» precisa un tiempo más corto de inmersión o una concentración menor que varía según la cantidad de carbonatos que presenta, o bien aplicaciones con pincel.

Una vez eliminadas las sales, hubo que neutralizar la acción del ácido mediante baños en agua destilada que se renovaban cada veinticuatro horas, realizando el correspondiente *test* de identificación de sales solubles (ácido nítrico al 10 % y nitrato de plata al 3 %). Las sales solubles se eliminaron mediante baños en agua destilada, realizando también el correspondiente *test* de identificación.

A las cerámicas con pintura no les afecta el tratamiento con nítrico, si acaso algunas del tipo «B», barro rojo, pueden perder algo de color al meterlas posteriormente en agua para desalarlas y pasarlas ligeramente un cepillo, lo que se evita dejándolas simplemente en agua. Posteriormente se secan a la estufa o bien al aire y se les da Primal AC (emulsión acrílica) con un pincel, diluido al 5 %, para consolidar ésta.

Una vez así preparadas, se trata de unir los fragmentos con pegamento Imedio, banda azul, lo que resulta francamente titánico, ya que al número incalculable de

éstos, lo que exige un mayor tiempo, se suma el estado en que aparecen, irreconocibles algunos, totalmente machacados y en tan pequeños trozos que hace casi imposible su reconstrucción a parte de la amalgamación en que se hallan; son metros de cerámica con una media de 20 cm de altura aplastada (fotografía n.º), por lo que el conseguir el perfil entero de una pieza es ya poder decir que se ha logrado un triunfo.

Hecho esto, se numeran por cuadrículas con un número de orden, más el de la campaña, pasando luego a su clasificación por tipos de pasta, decoración y forma, seleccionando de ellas las que se dibujarán, ya que hay formas tipo y el resto son variantes, restaurándose completamente de ellas las que por su estado son recuperables.

Los restantes materiales como huesos se limpiaron simplemente de tierra y se ordenaron por cuadrículas, pasándose a su estudio, en tanto que los bronces y hierros hubo que tratarlos, tras su clasificación de modo general que se hizo específico en el caso de las campanas.

En cuanto al *bocado de caballo* de hierro con nielado de plata y a la *fíbula de bronce*, tratadas en el Instituto de Restauración, se les dio un procedimiento mecánico de limpieza.

ESTUDIO DEL CEREAL PROCEDENTE DEL YACIMIENTO DEL CERRO «PLAZA DE LOS MOROS»

Pilar López García

El material que vamos a estudiar es procedente de las excavaciones realizadas en 1976-1977 por Marta Sierra, que es quien nos ha proporcionado el cereal. La muestra es bastante escasa, estando muy mezclada con tierra y restos de carbones. La mayoría de los granos estudiados están muy fragmentados, por lo que en muchos casos es imposible determinar exactamente a qué clase de trigo pertenecen. En estos casos debemos decir que se trata de *Triticum sp.*

Como ya hemos indicado, tenemos cereal procedente de dos campañas distintas. De la primera de ellas, la de 1976, hemos podido efectuar las mediciones completas en 60 granos siendo casi en su totalidad trigo, pudiéndose apuntar la presencia de algún grano dudoso de cebada, sin que con ello queramos hablar de la existencia de mezcla.

Las mediciones de estos 60 granos nos han proporcionado una media y unos índices que indicamos a continuación:

Medias: (4-5,15) 4,69 × (1,8-2,8) 2,34 × (1,25-2,25) 1,86.
Indices: L/a = 2.
L/e = 2,52.
a/e = 1,25.

Estos índices, y siguiendo los establecidos por Erroux (J. Erroux, 1976) nos llevan a señalar que se trata de *Triticum dicoccum.*

Esta especie, procedente de su antecesor silvestre, el *Triticum dicoccoides*, pertenece al grupo denominado tetraploide, es decir tiene 14 pares de cromosomas, y es clasificado como trigo duro. Se encuentra entre los primeros cereales cultivados en Próximo Oriente, así como en los primeros yacimientos neolíticos europeos donde se constató la presencia de cereales.

De la segunda de las campañas, es decir de la de 1977, conservamos también escasas muestras. Tenemos en primer lugar unos granos procedentes del interior de una vasija.

En total son 45 granos enteros, más algunos que están muy partidos y en los que no hemos podido efectuar ningún tipo de medición.

De los granos medidos, hemos obtenido, como en el caso anterior, una serie de índices y de medias:

Medias: (4,45-5,7) 5,17 × (2,4-2,85) 2,6 × (1,75-2,3) 2.
Indices: L/a = 1,99.
L/e = 2,58.
a/e = 1,3.

Teniendo en cuenta estos datos, debemos concluir, como en el caso anterior, que se trata de una muestra de *Triticum dicoccum*.

Finalmente disponemos de otra muestra, de la misma campaña, pero procedente de una cuadrícula diferente, la denominada por su excavador, 1 A'. Se trata de una muestra de 64 granos enteros en los que hemos podido realizar las mediciones completas. Junto a éstos, y como hemos indicado anteriormente, hay una gran cantidad de granos partidos que no podemos identificar.

Media: (3,85-5,70) 4,64 × (2,7-3,7) 2,97 × (2,2-3) 2,53.
Indices: L/a = 1,56.
L/e = 1,83.
a/e = 1,17.

Teniendo en cuenta los índices proporcionados por esta muestra creemos que se trata de *Triticum aestivum-compactum*. Este grupo, compuesto por *T. aestivum* y *T. compactum* corresponde al grupo de los trigos hexaploides, es decir tienen 21 pares de cromosomas, y pertenecen a los denominados trigos tiernos. Es quizá el tipo de trigo más cultivado en Europa en las primeras fases agrícolas, y lo vamos a encontrar desde las primeras fases de Próximo Oriente, así como por todo el Mediterráneo.

Este tipo de trigo es difícil de distinguir de *T. dicoccum*, pudiéndose diferenciar en los índices que proporcionan sus medidas y en la anchura de los granos. El *T. aestivum* es más largo que el *T. compactum*, siendo ésta la única diferencia entre ambos, de ahí que se haya adoptado el denominar a estos dos grupos como si se tratara de uno solo.

Para finalizar con el análisis del cereal, vamos a indicar lo que significan las letras empleadas en los índices.

L = largura máxima del grano.
a = anchura máxima, generalmente situada en la parte central.
e = espesor máximo.

Tenemos que señalar que junto a estos granos de cereal, y procedente de la cuadrícula señalada, es decir la 1 A' hemos encontrado granos de leguminosas. En primer lugar tenemos que señalar la presencia de yeros, *Vicia ervilia*. Se trata de una planta leguminosa de forma angular-redondeada, con un plano transversal triangular, donde se forma un pequeño hilum oval. Aparece ya cultivada en los yacimientos neolíticos de Próximo Oriente y Asia Menor.

Actualmente se cultiva como alimento del ganado en el Sur de Europa, Norte de Africa, Asia Menor, Este de Irán, India y Afganistán. (Helbaek, 1961.)

Genéticamente tenemos que señalar que se trata de una especie diploide, con 14 cromosomas. Es una planta que aparece en condiciones frías, pero en climas más templados, crece como un grano de invierno.

Junto a estas semillas, hemos localizado otras de muy parecidas características, diferenciándose por una forma ligeramente diferente, y sobre todo, por su mayor diámetro. Se trata de semillas de chícharos, *Lathyrus sativus L.* Esta planta, también leguminosa, aparece junto con los yeros y otras plantas de este tipo mezcladas entre los cultivos de cereales. Se conoce en Próximo Oriente desde el 7.º milenio a. de C. Aparece asimismo en yacimientos neolíticos en Europa, como por ejemplo, en la cueva de Aggtele en Hungría y en Suiza. En Italia es frecuente en los yacimientos de la Edad del Hierro.

Estos datos son los que hemos podido obtener de las muestras recogidas. Es de esperar que con excavaciones próximas pueda completarse este estudio, sobre todo porque no aparece solamente un tipo de cultivo, sino que hay diferentes variedades de cereales y leguminosas que sería muy interesante poder completar.

BIBLIOGRAFIA

VAVILOV, N. (1926): *Studies on the origins of cultivated plants*. Bull. of Applied Botany and Plant-Breading 16.

RENFREW, J. M. (1973): *Palaeothnobotany*. The prehistoric foods plants of the Near East Europe.

ERROUX, J. (1976): *Les débuts de l'agriculture en France: Les céreals*. Prehistoire Française. Tomo II. Págs. 186-190.

HELBAEK, H. (1961): *Late Bronze age and Byzantine crops at Beycesultan in Anatolia*. Anatolian Studies, col. XI. Pág. 81.

ESTUDIO DE UNA PIEZA DE LA BRIDA DE UN CABALLO Y DE UN CLAVO ENCONTRADOS EN EL YACIMIENTO EN CURSO DE EXCAVACION

Antonio Madroñero

I. Introducción

Se trata de dos piezas de distinta estructura aparecidas en la excavación durante las campañas de 1975 y 1976, a las que hemos estudiado metalográficamente, tratando de establecer su estructura y naturaleza con vistas a obtener una información que en su día sirva para establecer su proceso de fabricación y datación.

II. Pieza de la brida del caballo

Bajo esta denominación designaremos de ahora en adelante a la pieza reproducida en la lámina 4. Se trata de dos argollas en forma de escudo ensartadas en un anillo de 1 cm de diámetro, aproximadamente. En este anillo quedaban restos de una tercera argolla desaparecida. Los escudos de las argollas aparecían parcialmente recubiertas de una capa metálica blanca brillante, que a primera vista podría ser plata.

El objetivo del estudio efectuado con esta pieza era doble. Pretendíamos:

1. Determinar si este recubrimiento era plata u otro material metálico de aspecto similar (aleación base estaño tipo peltre, por ejemplo) y el procedimiento por el que había sido adherido a la pieza, si ello fuese posible.
2. Determinar la estructura del hierro que constituía la pieza con vistas a establecer su proceso de fabricación, si ello fuese posible.

II.1. ESTUDIO DEL RECUBRIMIENTO

Dado que no podíamos destruirlo para no estropear el valor de la pieza, nos hubimos de conformar con extraer una pequeña esquirla similar a una lenteja de medio milímetro de diámetro y proceder a su estudio en el microscopio electrónico de barrido y en la microsonda. No pudimos (dado el minúsculo tamaño de la muestra) efectuar en el microscopio óptico un estudio metalográfico de la misma.

Con el fin de proceder a un montaje de la muestra, apto para manejarla en el microscopio electrónico de barrido, hubimos de valernos de la siguiente técnica. Procedimos como sigue:

Hicimos una mezcla con colodión (solución viscosa de un plástico en un líquido orgánico similar a los pegamentos habituales domésticos, tipo IMEDIO, etc.) y polvo fino de grafito. Una gota de esta preparación fue colocada sobre una barra de grafito (conductor eléctrico); antes de que la gota hubiese secado, se colocó la pequeña esquirla encima de la gota. Al secar quedó adherida y asomando como la mina de un lapicero.

Con este simple montaje podíamos manejar fácilmente la minúscula esquirla e introducirla en el microscopio de barrido y microsonda, quedando condenados únicamente a no analizar el contenido en carbono (que podría en su caso, provenir del grafito del montaje).

Una fotografía de la esquirla se muestra en la lámina 5 a, realizada en el microscopio electrónico de barrido, con electrones de emisión secundaria.

Se procedió a continuación a analizarla en la microsonda obteniéndose los siguientes resultados:

METAL	CONTENIDO APROX. EN %
Plata	81.4
Magnesio	0.4
Siliceo	1.5
Azufre	0.1
Cloro	2.00
Calcio	3.6
Hierro	10.6
Cobre	0.6

De estos resultados lo significativo parece ser:

a) Se trata de una plata de pureza comercial.

b) El hierro probablemente fue arrancado de la pieza al extraer la esquirla, quedando adherido a ella, pues las minas argentíferas no suelen contener esta proporción de hierro.

c) El contenido en cloro sugiere un proceso de amalgamación para efectuar el recubrimiento, pero de esto hablaremos más adelante.

En la lámina III b mostramos la identificación del pico de la plata conseguida en la microsonda.

II.2. ESTUDIO DEL HIERRO

Nuevamente nos encontramos aquí con la dificultad de tomar sólo una pequeña cantidad de metal para efectuar la observación metalográfica, ya que no podíamos destruir la pieza. Nos conformamos con extraer un pedacito de la zona (Lám. IV) correspondiente a los restos de la tercera argolla; tomamos un pedacito de unos 3 mm que montamos en baquelita como es habitual, para poderla pulir.

La estructura aparecida puede contemplarse en la lámina III c. Está compuesta por fase ferrítica (ausencia de perlita, cementita o mantensita) con restos de escoria que, casi seguro, eran de magnetita. Se trata, pues, no de acero, sino de hierro muy puro, aunque con restos de escoria (hierro sucio). La forma de los granos muestran una estructura recristalizada, lo que induce a suponer un recocido posterior a la forja.

III. Estructura del clavo

Fue encontrado un clavo de hierro compuesto de hierro y escoria de magnetita casi pura; tan mala era su calidad que al golpearlo fuertemente se quebraba, libe-

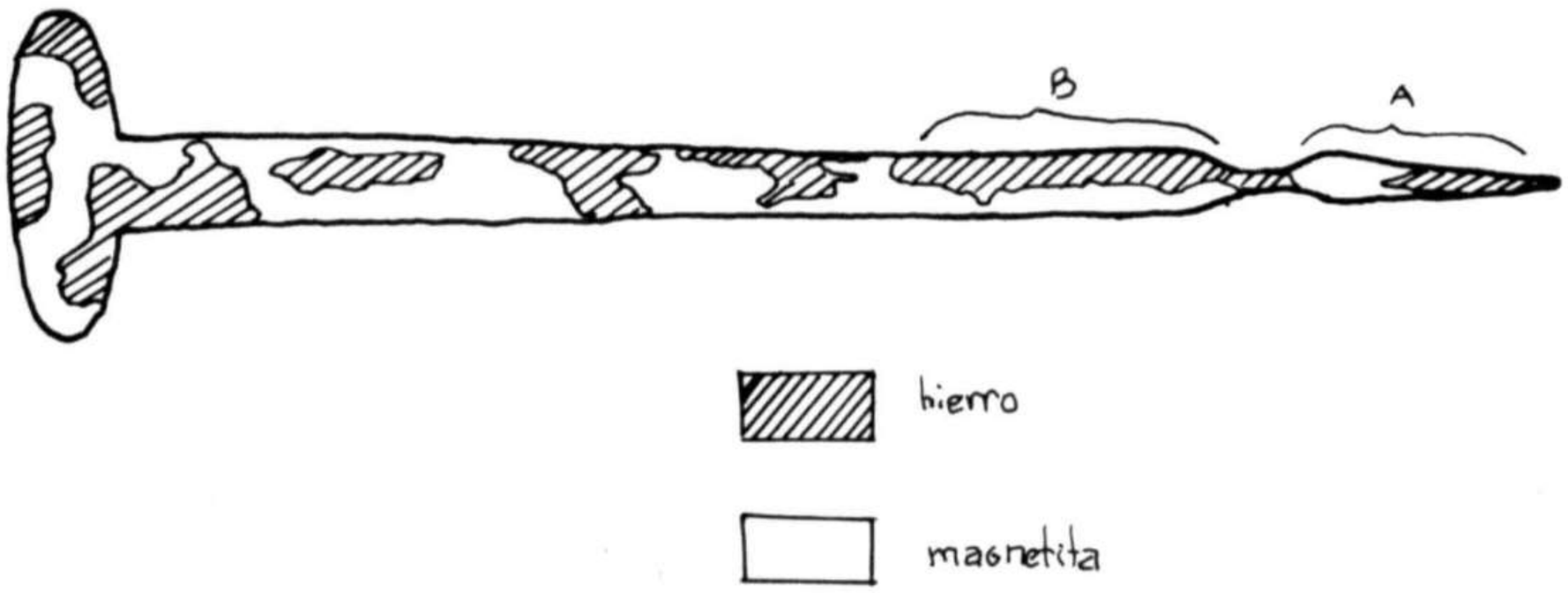


Fig. 6.—Estructura del clavo de hierro.

rando los trozos de hierro que contenía. El extremo de la punta estaba separado del resto y lo supusimos de la misma pieza porque encajaban bien. Por ello tomamos dos probetas, señaladas como A y B en la figura 6, que denominaremos de ahora en adelante «trozo pequeño» y «trozo grande».

III.1. ESTUDIO DEL TROZO PEQUEÑO

Se montó en pasta y se pulió en sección transversal para su examen metalográfico, siendo observadas las estructuras que aparecen reflejadas en la lámina 6.

Lo primero que salta a la vista es la aparatosa inhomogeneidad que se observa según el punto de la probeta que sometamos a examen (lo que no sucedía en el hierro de la lámina III c).

En la lámina IV a puede observarse ya a 100 aumentos la existencia de fases metalúrgicas distintas de la ferrita en su seno y manchas que parecen sulfuros, lo cual resulta extraño, ya que los hierros antiguos están exentos de azufre (el azufre de los hierros actuales proviene del carbón mineral que empleamos en su beneficio y elaboración; los antiguos utilizaban sólo carbón vegetal).

Pasando a más aumentos (Lám. IV b) se ve que el azufre del hierro procede de la escoria donde se encuentran islotes sulfurosos en el seno de la magnetita. En la lámina IV c puede verse la estructura fina (forjada) de un acero hipoeutectoide con precipitados cementíticos formados por recocido. Por efecto del pulido se han corrido las manchas sulfurosas nacidas en algunas inclusiones ricas en azufre.

III.2. ESTUDIO DEL TROZO GRANDE

El centro de la pieza aparecía como ferrita limpia (Lám. V a) pero, superficialmente (en puntos próximos a la superficie) aparecían estructuras (Láms. V b y V c) similares en las que se observan en aceros del tipo 0,35 % C y 0,7 % Mn cuando se les calienta hasta unos 760º C (ligeramente inferior a Ac_3) por lo que después del enfriamiento se obtiene ferrita con perlita sorbítica (estructura de Windsmastaten). Si hubiesen subido un poco más la temperatura y hubiesen enfriado en agua habrían conseguido una estructura mantesítica (templada).

Es decir, estos trozos de hierro estaban acerados superficialmente debido sin duda a que a algo más de 700º C la atmósfera que rodeaba al carbón vegetal incandescente era carburizante (rica en CO).

IV. Comentario general

A la vista de los resultados expuestos en los apartados II y III vamos a discutir lo que puede deducirse de los mismos.

IV.1. RECUBRIMIENTO DE LA BRIDA

Los recubrimientos de oro de estatuillas según los tratados de metalurgia antigua se hacían del siguiente modo (tanto en la metalurgia oriental mediterránea de la época prerromana como en la metalurgia prehispánica de los incas):

Se ponía oro machacado y triturado en contacto con mercurio, formándose la amalgama oro-mercurio, de una gran blandura, que se reducía fácilmente a polvo grueso. Con un paño se frotaba la estatuilla a dorar similarmente a como hoy en día se limpia, frotando bicarbonato con un paño contra un objeto de plata; de este modo el bicarbonato, actuando como abrasivo, destruye la pátina de óxido sin rayar la superficie de la pieza de plata, que queda brillante.

Como la amalgama era blanda se adhería bien a la superficie del objeto. No había sino calentar después moderadamente para que el mercurio fuese expulsado de la amalgama, quedando el objeto recubierto finalmente de una fina y continua capa de oro.

El proceso de la amalgamación se empleó después en la metalurgia extractiva. Imaginemos una masa de cuarzo con minúsculas vetas de oro nativo. Para separarlo se trituraba el conjunto y se ponía en contacto con mercurio, que no atacaba al cuarzo pulvurulento, pero que al oro lo captaba amalgamándolo. Separando los polvos cuarcíferos y de amalgama (facilísimo dado su diferente densidad y tamaño); no había sino calentar la amalgama para recuperar el mercurio, quedando libre el oro.

Este proceso al aplicarlo a la plata daba un rendimiento muy bajo, dado que la formación de la amalgama mercurio-plata por contacto directo no es tan fácil. El problema fue resuelto brillantemente por los metalurgistas españoles de nuestro Siglo de Oro que escribieron en América una brillante página de la metalurgia extractiva de los metales preciosos.

El método conocido como «de Medina» en honor de su inventor o «del patio» consistía en machacar el mineral, mezclarlo con una cierta cantidad de sal común (cloruro sódico) y humedecerlo. Se extendía cubriendo el suelo de un patio (de ahí su nombre); unos bueyes pisoteaban el producto de modo que al homogeneizar favorecían la formación del cloruro de plata, que puesto después en contacto con el mercurio formaba la amalgama fácilmente (el mercurio desplaza al cloro de la molécula de cloruro de plata).

Mezclando ambas técnicas es fácil imaginar cómo se pudo efectuar el plateado de la brida, quedando una capa de plata con un marcado contenido en cloro que, de otro modo, resultaría inexplicable.

Así pues, parece razonable suponer que el plateado se hizo por amalgamación vía cloruro de plata.

IV.2. HIERRO DE LA BRIDA

Su estructura mostrada en la lámina III c es por más inequívoca. Se trata de hierro en fase α o ferrita que contiene, por tanto (al carecer de perlita o cementita), una proporción de carbono inferior a 0,035 %, es decir, hierro dulce.

La forma alargada de los restos de escoria nos dice que se trata de *hierro pudelado*, es decir, en perfecto acuerdo con lo que nos dice la Historia de la Metalurgia acerca de la obtención del hierro en las épocas antiguas. Consistía en producir una mezcla de mineral de hierro (maquetita o limonita, generalmente) y carbón vegetal que se calentaba en un fuego abrigado de corrientes de aire, produciéndose una atmósfera de monóxido de carbono que reducía al mineral transformándolo en hierro pastoso (no fundido). El amasijo de hierro pastoso y escoria (restos de mineral) era machacado después para expulsar la escoria, quedando muchas inclusiones alargadas de la misma incluidas en el cuerpo del hierro, que recibe el nombre de hierro pudelado. No se trata de acero templable, pero sí de un metal maleable y conformable muy apto para utensilios como el que nos ocupa.

El hecho de que los granos de ferrita no sean alargados e incluso algunos adquieran un tamaño apreciable, nos indica que después de la forja para conformarlo hubo una recristalización (recocido).

Así pues, la brida está constituida por hierro pudelado, conformado y recocido. No es acero.

IV.3. HIERRO DEL CLAVO

Lo primero que llama la atención es la tremenda cantidad de magnetita que el clavo contiene (Fig. 6) hasta el punto que el clavo está constituido macroscópicamente por una mezcla de hierro y magnetita (en la pieza de la brida el hierro formaba inclusiones solamente). Son piezas, por tanto, de una calidad metalúrgica muy deficiente, ya que un solo fuerte golpe puede desmoronar la pieza.

Pero lo más interesante se deduce estableciendo las diferencias y similitudes entre las láminas IV y V. La lámina V muestra zonas ferríticas (hierro) y zonas de auténtico acero, calentado a temperaturas considerables y enfriado rápidamente. La lámina VI también nos muestra fases cementíticas (menos carbono en la lámina V), pero, sobre todo, nos muestra la presencia de azufre bastante abundante y proveniente de la magnetita. Ello nos hace pensar que existen dos hipótesis:

1.ª Las probetas A y B (Fig. 4) pertenecen cada una a un clavo distinto, siendo la probeta A perteneciente a un clavo obtenido a partir de una mena en la que existía el azufre (posiblemente bajo forma de sulfuro de hierro).

2.ª Ambas probetas pertenecen a un solo clavo que fue fabricado a partir de una mena absolutamente homogénea y que contenía azufre.

Nos inclinamos por la hipótesis primera. Lo que es evidente es que el clavo, después de ser obtenido, fue recocido en atmósfera de CO (de ahí su carburación) y enfriado rápidamente. Si su estructura no es de temple se debe a que en el calentamiento no se sobrepasó holgadamente la temperatura de transformación austenística Ac_3.

Esto no quiere decir que el herrero que lo fabricó no conocía la correcta práctica del temple, sino que en *este clavo* no calentó lo suficiente.

* * *

V. Resumen de conclusiones

Estamos indudablemente ante dos materiales ferrosos marcadamente distintos. Uno es el hierro pudelado sin problemas que constituye la pieza de la brida y que se ajusta perfectamente a lo que entendemos por metalurgia antigua (mena de óxido de

hierro puro, carbón vegetal como combustible y machacado del changote); su plateado es fácil de explicar. El otro material, de muy inferior calidad, alberga algunas incógnitas, sobre todo la presencia del azufre, proveniente probablemente de la mena. Será necesario estudiar más piezas metálicas del yacimiento para llegar a comprenderlo, sobre todo teniendo en cuenta que dado el primitivo conocimiento de la Metalurgia y los procesos metalúrgicos, la producción de cualquier ferrería de entonces entrañaba una producción extraordinariamente heterogénea.

PRIMER INFORME SOBRE LA FAUNA DE BARCHIN

Arturo Morales (*)

I. Introducción

Los restos óseos analizados en el presente informe proceden de tres campañas sucesivas de excavación, realizadas durante los años de 1975, 1976 y 1977. Todas las piezas recuperadas pertenecen a un mismo evento cronológico, datado con C14, situado en el siglo IV a. de C. y destruido posiblemente en fechas históricas (M. Sierra, comm. pers.). Esto hace que la reducida representación de osamentas animales vea también reducidos sus efectivos en cuanto al número mínimo de individuos (NMI) se refiere, ya que es posible aumentar de esta manera el número de piezas asignadas a un posible mismo individuo, es decir, a incrementar la relación número de piezas/individuo. El cuadro general de recuperaciones (NR) y de NMI, así como de sus respectivos porcentajes, queda reflejado en la tabla 1. La tabla 2 muestra la distribución general de piezas identificadas dentro de las diferentes especies. La elevada fragmentación de la muestra (fenómeno frecuente, por otra parte, en yacimientos humanos) queda bien patente en el gran número de diminutos fragmentos no identificados (40 % del total del NR).

(*) Trabajo parcialmente realizado con ayuda de una beca del PFPI del MEC.

TABLA 1. CUADRO FAUNISTICO GENERAL DE «BARCHIN DEL HOYO» (AÑOS 75, 76 y 77)

ESPECIE	NR		%		NMI		%	
a) *Mamíferos «domésticos»*								
1. Caballo	7		8,3		2		8,3	
2. Asno	1		1,1		1		4,1	
3. Vaca (s. l.)	7		8,3		2		8,3	
4. Oveja	12	71	14,2	84,5 %	4	16	16,6	66,3 %
5. Ovicaprinos (s. l.)	34		40,4		4		16,6	
6. Cerdo (s. s.)	9		10,7		2		8,3	
7. Perro	1		1,1		1		4,1	
b) *Mamíferos silvestres*								
8. Ciervo	5		5,9		1		4,1	
9. Zorro	2		2,3		1		4,1	
10. Conejo	1	10	1,1	11,5 %	1	5	4,1	20,5 %
11. Liebre	1		1,1		1		4,1	
12. Erizo	1		1,1		1		4,1	
c) *Aves*								
13. Gallina	1		1,1		1		4,1	
14. Perdiz común	1	3	1,1	3,3 %	1	3	4,1	3,3 %
15. Sin identificar (passeres)	1		1,1		1		4,1	
TOTAL IDENTIFICADOS	84		100 %		24		100 %	
Sin identificar	57							
TOTAL ANALIZADO	141							

TABLA 2. DISTRIBUCION DE LAS PIEZAS OSEAS RECUPERADAS POR ESPECIES

RESTO	EQUIDOS	VACA	OVEJA	OVICAPRINOS	CERDO	CIERVO
1. Asta/cuerno	—	—	—	—	—	1
2. Neurocráneo	3	—	2	1	—	—
3. Diente superior	—	—	—	5	—	—
4. Mandíbula	—	—	—	2	1	—
5. Diente inferior	—	1	—	1	2	—
6. V. cervical	—	1	—	—	—	—
7. V. lumbar	—	—	—	—	—	1
8. Escápula	—	—	1	—	—	—
9. Húmero	—	—	—	6	1	—
10. Radio	1	1	—	2	—	—
11. Metacarpiano	1	—	1	1	1	—
12. Costilla	—	1	—	7	1	—
13. Pelvis	1	—	—	—	—	—
14. Fémur	1	2	—	2	1	—
15. Tibia	—	—	—	7	—	—
16. Fíbula	—	—	—	—	2	—
17. Astrágalo	—	1	1	—	—	—
18. Calcáneo	—	—	1	—	—	1
19. Metatarsiano	—	—	5	—	—	2
20. Primera falange	1	—	1	—	—	—
TOTALES	8	7	12	34	9	5

II. Descriptiva

1. CABALLO. EQUUS CABALLUS L., 1758

Más común de lo que en un principio se pensó, la especie suele ser, no obstante, poco frecuente normalmente en la mayoría de los yacimientos protohistóricos hasta la fecha estudiados, factor éste que añade valor a los siete restos recuperados en Barchín. Tenemos dos individuos de diferente edad, un juvenil, representado por un fémur, un neurocráneo (tres fragmentos) y un radio [epífisis distal (–) y Ad de 67 mm], más un adulto representado por un fragmento de pelvis derecha (acetábulo con un diámetro transversal de 66 mm) (♂?) y una F1 con los siguientes valores (todas las abreviaturas osteométricas derivan de las recopiladas en Morales, 1976, 1977):

Lm	72,5 mm.
Ap	43,5 mm.
Amd	28,0 mm.
Ad	39,5 mm.

De donde deducimos que entra plenamente dentro de la variabilidad morfológica descrita originalmente por Boessneck (1971), para caballos domésticos ibéricos.

2. ASNO. EQUUS ASINUS L., 1758

Si escasos son los restos de caballos en nuestro suelo mucho más aún lo son los de asnos. Hasta tiempos históricos, apenas tenemos citas fidedignas que delaten la presencia de esta especie (Boessneck, *op. cit.*, y 1972). Por otra parte, ello es un reflejo de la incertidumbre que todavía hoy persiste en torno a la domesticación del asno a nivel mundial, y por ello, no estaría de más hacer un breve repaso de las investigaciones hasta el momento realizadas. Para empezar, tenemos que decir que tanto en Iberia como en las áreas de distribución de los agriotipos la genealogía o filogenia de las formas domésticas se ha visto oscurecida por los estudios de ciertos paleontólogos, especialmente Stehlin & Graciosi (1935), relativas a la supervivencia de un équido silvestre denominado *Equus hydruntinus Reg.*, por diversas zonas de Europa (incluyendo las penínsulas mediterráneas) hasta bien entrado el Holoceno. A este problema de índole general hay que añadir dos específicos en relación con la Península Ibérica: 1. Las pinturas rupestres, supuestamente neolíticas, de Alacon (Teruel), que según Zeuner (1963) parecen representar asnos indudablemente domésticos (?), y 2. los datos aportados por Da Cuhna (1960), quien en el Castro eneolítico de Vila Nova de Sao Pedro (Portugal) menciona restos de «asnos» sin detallar ni medir pieza alguna. En algunos casos, incluso (Fernández Galiano, 1957, 1958), se han utilizado documentos históricos (fueros, códigos, etc.), así como interpretaciones etimológicas de ciertas voces (p. e., «encebro»), para constatar la presencia de asnos salvajes en ciertas zonas de la Península (Teruel) hasta el final de la Edad Media.

Lo que resulta claro, independientemente de todo lo antedicho, es que, como destaca Boessneck (1953), el asno se domestica en Egipto hacia el segundo milenio a. de C., a partir del *E. asinus* local (el asno del Norte de Africa y hoy extinguido como subespecie *E. asinus asinus)* y que desde allí pasa al resto del mundo.

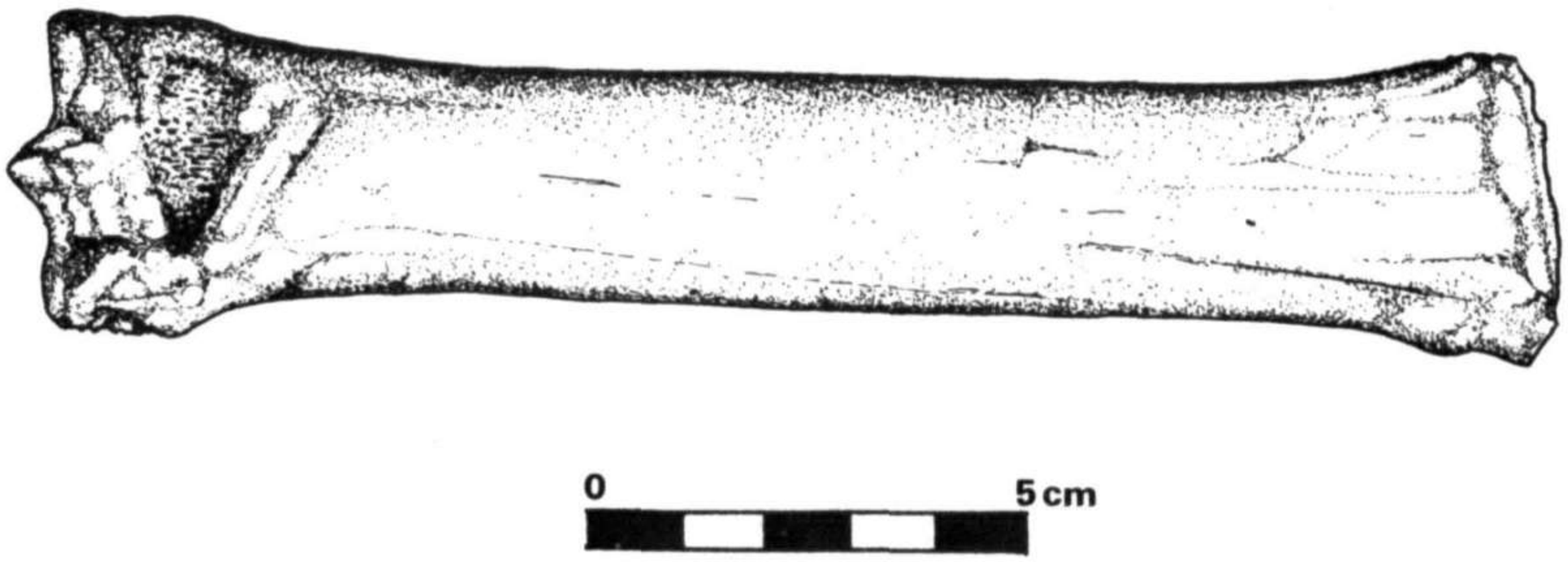


Fig. 7a.—Metacarpiano III derecho de asno, *Equus asinus*, 1758, en norma dorsal.

Zeuner *(op. cit.)* y Bökönyi (1974) intentan, por su parte, aclarar la dispersión de la forma doméstica en el viejo continente y así, mientras el primero mantiene que la «migración» se realiza vía Palestina a Grecia y de allí a Roma, siendo los romanos los encargados de dispersarlo por el resto del Imperio, el segundo autor, sin negar esta posibilidad, apunta una segunda vía de dispersión, «marítima», desde el Próximo Oriente hasta la Península Ibérica. Bökönyi parece haber dado en el clavo, aunque por razones equivocadas, ya que la evidencia que lo induce a postular esta segunda ruta de dispersión no es otra que la aportada por las pinturas rupestres de Alacon y los asnos de Da Cuhna *(op. cit.)*, la cual, en caso de confirmarse la cronología, sería anterior a las primeras fechas de domesticación de la especie. Esto resulta más extraño aún si consideramos que no existe evidencia alguna que demuestre la presencia de la forma agriotípica en Iberia.

Los datos arqueozoológicos al respecto son mucho más claros y podríamos resumirlos del siguiente modo:

1. Queda definitivamente confirmada la presencia de un équido con huesos apendiculares (= falanges) de tipo onagro y, por tanto, de un posible *E. hydruntinus* en yacimientos neolíticos (Terrera Ventura, Almería) y del bronce (Cerro de la Virgen, Granada) peninsular [Von den Driesch & Morales (1978)] (1).

2. Restos de asnos domésticos han aparecido en Botijas [Cáceres: ibérico-romano, ¡pero mezclado! (Morales, 1976)], Toscanos (2), y Cerro de la Tortuga (Málaga: *púnico,* Uerpmann & Uerpmann, 1973), Adra (Almería: *púnico*, Morales, 1976), El Cigarralejo (Murcia: *ibérico*, sin publicar) y Cabezo San Pedro (Huelva): según Von den Driesch (púnico) *(op. cit.)*.

3. La restante evidencia no ósea debe tomarse con mucha precaución.

Von den Driesch opina que son los fenicios los posibles introductores de la especie en el Levante español, y dentro de este contexto tenemos que interpretar el hallazgo del metacarpiano derecho de un asno doméstico adulto en Barchín del Hoyo. Las medidas de esta pieza fueron (Lám. 8 a):

Lm	177,5 mm.
Ap	36,2 mm.
Amd	25,5 mm.
Ad	35 mm.

(1) Ver Uerpmann (1976).
(2) Ver también Soergel (1968).

Lo que nos confronta con una forma de talla reducida y aspecto muy grácil, parecida a los asnos dolicocéfalos marroquíes, cuya alzada oscila entre 1-1,20 m y son sensiblemente inferiores de talla a los asnos domésticos españoles, donde la alzada media se sitúa en torno al 1,30 m y en donde, en ciertos casos, como, por ejemplo, los garañones de las razas catalana y mallorquina, se superan los 150 cm de altura en la cruz (Aparicio, 1960). Aplicando los índices biométricos de Kiesewalter (1888) (con factor de corrección parcial incluido), nuestro ejemplar poseía 1.137 mm en la cruz y esto concuerda plenamente:

1. Con una raza primitiva.
2. Con una raza de origen africano «directo».

El único metacarpiano mensurable de la protohistoria peninsular es, de hecho, plenamente histórico, ya que data de época árabe (estrato III/IV de Cerro de la Virgen) y su longitud máxima fue de 188 mm (alzada = 1.205 mm).

Sobre los pormenores de la primera fecha de introducción, lugar y vías de dispersión, así como el grupo étnico que la realiza, resulta obvio que con los escasísimos datos aquí expuestos es superfluo el intentar definirse en la actualidad.

3. VACA. BOS TAURUS L., 1758

De las siete piezas recuperadas sólo un astrágalo (derecho) resultó mensurable. Sus valores fueron:

Lm	56 mm.
Lmm	51,5 mm.
Al	31,5 mm.
Am	32,5 mm.

El molar inferior (M2) presentaba un desgaste (++), indicando, como en el caso del astrágalo, que se trataba de un ejemplar adulto.

4. OVEJA. OVIS ARIES L., 1758 Y OVICAPRINOS (s. l.)

De los 46 restos óseos asignados a este grupo un 30 % aproximadamente (12) son de oveja. De estos últimos sólo podemos decir que existía: a) bien un dimorfismo sexual, b) bien un dimorfismo intrapopulacional dado que de los dos fragmentos de neurocráneo, un frontal poseía cornamenta mientras que el otro era de un individuo mocho. Todos los restos pertenecen a ejemplares adultos y, en principio, podríamos pensar que el ejemplar mocho fuese una hembra que es donde primero y con más frecuencia se manifiesta esta mutación. Los valores de las pocas piezas mensurables fueron los siguientes:

1. Metacarpo: Ap .... 22,5 mm.
   Amd .. 11 mm.
3. Metatarso: Amd .. 10,8 mm. (calcinado!)
4. Escápula: Ap .... 29 mm.
   Aa .... 18 mm.
   Amc .. 17,5 mm.
   D/S ... D

2. Primera falange: Lm ... 33,5 mm.
   Ap ....(11,5)mm.
   Amd .. 8,5 mm.
   Ad .... 10 mm.

Los 34 restos adicionales, por su naturaleza (tabla 2) y por el grado de fragmentación, son de difícil asignación. En cualquier caso, atendiendo a los criterios de Payne sobre diferenciación dentaria entre oveja y cabra, la ausencia de cúspides supranumerarias en los seis molares recuperados, parecen indicar la presencia de ovejas solamente (S. Payne, comm. verb.). Este dato resulta curioso, ya que la cabra suele ser muy común en los yacimientos de la Iberia mediterránea. De todas formas, existiría siempre la posibilidad de que una muestra tan reducida como la que manejamos pueda prestarse a este tipo de parcialidades.

Todos los individuos parecen ser adultos. Unicamente resultó mensurable una diáfisis de radio dentro de esta «submuestra» (Amd, 17 mm).

5. CERDO. SUS DOMESTICUS L., 1758

Los nueve restos de este género pueden con mucha seguridad asignarse a la forma doméstica. Existen al menos dos individuos en la muestra y ambos son juveniles. En efecto, salvo un húmero derecho de un posible neonato, los restantes huesos pueden atribuirse al ejemplar cuyo M_1 se encuentra en proceso de emergencia y aún sin desgastar (menor de veintiún meses). Lógicamente no se tomó medida alguna.

6. PERRO. CANIS FAMILIARIS L., 1758

Unicamente recuperamos una diáfisis humeral (derecha) de un adulto (?) que pertenece a una raza mesomorfa. La pieza no resultó mensurable.

7. CIERVO. CERVUS ELAPHUS L., 1758

Las 5 piezas pueden pertenecer a un mismo individuo, el macho adulto cuya asta se recuperó. Esta, como la vértebra lumbar y un metatarsiano, estaban cortados y calcinados. Los valores de las restantes piezas fueron:

1. Calcáneo	*2. Metatarso*
Am .....(34) mm	Ap .....33,5 mm
D/S ..... S	D/S ..... S

Estos valores no aportan dato alguno sobre la talla de su poseedor.

8. ZORRO. VULPES VULPES L., 1758

Recuperamos dos porciones de pelvis (derecha e izquierda) de un mismo ejemplar. Las LA (11,5 y 11 mm, respectivamente) nos sitúan este ejemplar dentro de la variabilidad de talla de los *Vulpes* ibéricos actuales.

9. CONEJO. ORYCTOLAGUS CUNICULUS L., 1758

Común como suele ser en todos los yacimientos peninsulares, sólo recuperamos una ulna derecha (con el olécranon fusionado) y la diáfisis seccionada. La Aa fue de 5 mm y la Apa de 7 mm.

10. LIEBRE. LEPUS GRANATENSIS ROSENHAUER, 1856

Con la taxonomía de las liebres en fase de reorganización (Palacios en prensa y

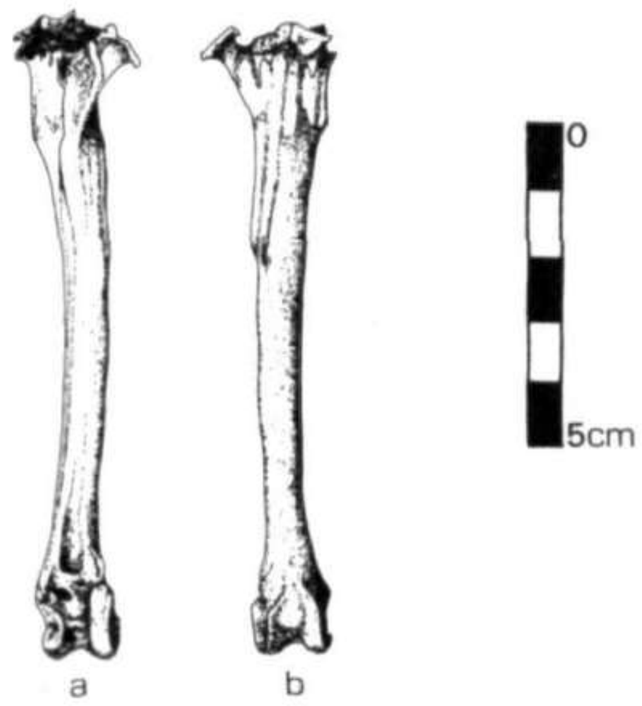


Fig. 7b.—Tibiotarso derecho de gallina, *Gallus domesticus*, *L.*, 1758, en norma dorsal (a) y plantar (b).

comm. pers.), hemos asignado tentativamente el fragmento de tibia izquierdo recuperado a la especie originalmente descrita por Rosenhauer. La anchura distal fue de 13,5 mm, lo que, efectivamente parece indicar que se trata de una forma más pequeña que las *L. europaeus* continentales.

11. ERIZO, ERINACEUS EUROPAEUS L., 1758

Recuperamos una hemimandíbula derecha (rama horizontal), seccionada diagonalmente tras el M_2 y calcinada. Con todo ello podemos decir que el ejemplar era adulto y posiblemente fue utilizado como alimento, costumbre que aún persiste en numerosas zonas de nuestra geografía (por ejemplo, Extremadura).

12. GALLINA, GALLUS GALLUS L., 1758

Domesticada en el tercer milenio a. de C. en la India (Conrad, 1966), los restos centroeuropeos más antiguos son Hallstáticos (Boessneck, 1965) y los ibéricos púnicos (Toscanos: Málaga, Soergel, 1968), a pesar de que Martín-Roldán (1959) dice poseer un tarsometatarso en El Carambolo (Bronce Final-Inicios del Hierro) dentro de una cronoestratigrafía insegura. Nuestro hallazgo confirma los datos de este último autor por una parte, al tiempo que demuestra una sincronización con las fechas europeas que puede perfectamente interpretarse como resultado de un rápido evento de introducción y dispersión del ave en el continente europeo. Los valores de nuestro tibiotarso derecho (Lám. 8 b) han sido los siguientes:

Lm	(109,5)	mm.
Ap	19	mm.
Amd	6	mm.
Ad	10	mm.

El hueso se encontraba parcialmente dañado proximalmente (zona apical o superior de la cresta tibial), pero ello no impide el demostrar que se trata de una raza primitiva por su talla reducida, ya que las longitudes de los tibiotarsos de razas actuales de gallinas oscilan entre 120-130 mm.

13. PERDIZ COMUN, ALECTORIS RUFA L., 1758

Como único resto de esta especie tenemos una diáfisis femoral con una Amd de 7 mm.

14. PASSERIFORMES SIN ESPECIFICAR

Un fragmento de diáfisis ulnar de Barchín nos indica claramente por su morfología que se trata de un ave de este amplio orden, pero la fragmentación del hueso impiden afinar la identificación por debajo del nivel ordinal.

15. FRAGMENTOS SIN IDENTIFICAR

Posiblemente la totalidad de los 57 fragmentos SI (con un peso de 160 gr) pertenezcan todos ellos a mamíferos domésticos mesomorfos, y más concretamente a diáfisis de huesos apendiculares. Ello, sin embargo, es imposible de constatar dado el grado de fragmentación que exhiben.

III. Conclusiones

A pesar de la reducida muestra de restos óseos recuperados en Barchín del Hoyo en estas tres campañas de excavación, queda claro que la asociación faunística puede encuadrarse como «doméstica» por cuanto estas especies son mayoritarias en cuanto a su representación si tomamos como referencia el NR (84 %) y la biomasa (82 %) (tabla 3) y en donde las especies de carne dominan según el NR (73 %) mientras que según el análisis de la biomasa (36 %) se equilibran bastante con las especies de carga (équidos en s. s.) (41 %).

TABLA 3. RELACION DE LOS PESOS EN GRAMOS DE LOS ANIMALES DEL YACIMIENTO SEGUN TIPO DE APROVECHAMIENTO (GRUPO «A» = DOMESTICOS, GRUPO «B» = CINETICOS POTENCIALMENTE COMESTIBLES, GRUPO «C» = CINEGETICOS NO COMESTIBLES)

ESPECIE	PESO		PORCENTAJE	
Grupo «A»				
1. Caballo	257		22,4	
2. Asno	225		19,6	
3. Vaca (s. l.)	153		13,3	
4. Oveja	85	936	7,4	81,8 %
5. Ovicaprinos (s. l.)	69		6	
6. Cerdo (s. s.)	102		8,9	
7. Perro	27		2,3	
8. Gallina	18		1,5	
Grupo «B»				
9. Ciervo	98		8,5	
10. Erizo	18		1,5	
11. Conejo	7		0,6	
12. Liebre	15	142	1,3	12,25 %
13. Perdiz	4		0,3	
14. Ave (passerif.)	2		0,1	
Grupo «C»				
15. Zorro	68		5,9 %	
PESOS IDENTIFICADOS	1.146 gr		100 %	
SIN IDENTIFICAR	160 gr			

Dentro de las especies que podríamos denominar «cárnicas» (aunque todas lo son hasta cierto punto), los bóvidos (especies estabuladas y nunca en régimen trashumante o de libre pastoreo) representan una fracción reducida del total (8,3 %, según NR y 13,3 % atendiendo a la biomasa), mientras que la mayor fracción entrarían como especies de libre pastoreo (ovicaprinos con el 54 % según el NR y 13,5 % según biomasa) o régimen mixto (porcinos con el 10,7 % según NR y 8,9 % según biomasa).

Las especies silvestres en bloque (15 % según NR y 18 % según biomasa) representan una fracción reducida del total y todas pueden considerarse como especies de interés cinegético, por lo que en ningún caso dispondríamos de evidencia inequívoca de la tanatocenosis local. Todas las especies identificadas son ubiquistas en la actualidad, dependiendo su corología en ciertos casos (cérvidos) de la densidad de población humana que se traduce en un aumento de las presiones cinegéticas.

La presencia de asnos y gallinas en Barchín del Hoyo, tanto por la cronología como por la localización, son datos que abogan en favor de fuertes conexiones culturales con núcleos de población meridionales o costeros (si por ello entendemos mediterráneos), aunque a la vista de la asociación faunística es muy difícil concluir por dónde exactamente se importan los animales.

IV. Resumen

La asociación faunística de Barchín del Hoyo, yacimiento del siglo IV a. de C., representa una comunidad antropógena con una minoritaria representación de especies silvestres y escasa posibilidad de que ninguna de ellas perteneciese a la tanatocenosis local, dado sus implicaciones cinegéticas. La cabaña doméstica, variada, está representada tanto por especies de consumo (inclinándose dentro de éstas la balanza a favor de aquéllas con regímenes de semilibertad o pastoreo libre como los ovicaprinos y porcinos) como por especies de carga. Destaca (por constituir la primera cita fidedigna de la especie en la prehistoria ibérica) entre las primeras, la gallina, y dentro del segundo grupo, el asno, ambos indicativos, por otra parte, de nexos culturales con otras regiones peninsulares.

V. Summary

The faunal analysis of the IVth century B. C. settlement of Barchín del Hoyo uncovers a mainly anthropogenous (i. e. domesticated) animal community with a minimum percentage of wild species, all of these probably products of a scarce hunting activity and thus none evidence of the local tanatocenotic assemblage.

Most of the domesticated species belong to the «edible» group (and within this group, free-roamers like pigs and sheep predominate) but species used for labor are also present. In the first group domestic fowl are present, constituting thus far the earliest reliable record for spanish prehistory and in the second group noteworthy is the presence of the ass. Both species are clear evidence of cultural connections with other population centers in the iberian peninsula.

VI. BIBLIOGRAFIA

APARICIO, G. (1960): *Zootecnia especial*. Córdoba.

BOESSNECK, J. (1953): *Die Haustiere in Altägypten*. Veröff. Zool. Staatsamml. München, 3: 1-50.

BOESSNECK, J. (1965): *Zu den Tierknochenfunde aus Wallerfangen (Hallstaat C. D.)*. Beitr. zur Arch. und Kunstgeschichte: 35-37.

BOESSNECK (1971): *Was weiss man von den alluvial vorgeschichstlichen Equiden der Iberischen Halbinsel?* Inst. Symp., Budapest: 277-284.

BÖKÖNYI, S. (1974): *A History of domesticated animals in Central and Eastern Europe*. Budapest.

CONRAD, R. (1968): *Die Haustierre in der frühen Kulturen Indiens*. Tesis. München.

CUHNA, A. X. da (1960): *Sobre a occorrencia do Castor (Castor fiber l.) na fauna mamológica do Castro de Vila Nova de Sao Pedro*. Mem. e Estud. do Mus. Zool. da Univ. de Coimbra, 270: 5-7.

DRIESCH, A. VON DEN (1972): *Die Tierknochen aus El Cerro de la Virgen (Granada)*. Stüdien über früh. Tierknochenf. aus der Iberische Halbinsel, 3, München.

DRIESCH, A. VON DEN & A. MORALES (1978): *Los restos animales del yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)*. Cuad. de preh. y Arq., U.A.M., vol. 4: 15-35.

FERNANDEZ-GALIANO, D. (1957): *El encebro o asno salvaje en el Teruel Medieval y consideraciones sobre su extinción*. Teruel 17/18: 127-141.

FERNANDEZ-GALIANO, D. (1958): *Sobre el encebro o asno salvaje en los Montes Universales*. Pub. Inst. Biol. Aplic. XXVII: 165-170.

KIESEWALTER, H. (1888): *Skelettmässungen am Pferden als beitrag zu theoretischen grundlage der heurteiligung lehres des Pferdes*. Tesis, Leipzig.

MARTIN-ROLDAN, R. (1959): *Estudio anatómico de los restos óseos procedentes de las excavaciones arqueológicas en el Cerro de «El Carambolo» (Sevilla)*. Anales de la Universidad Hispalense 19: 11-47.

MORALES, A. (1976): *Contribución al estudio de las faunas mastozoológicas asociadas a yacimientos prehistóricos españoles*. Tesis, Madrid.

MORALES, A. (1977): *Análisis faunístico del yacimiento de Verdelpino (Cuenca)*. Trab. de Preh., vol. 34: 69-81.

SOERGEL, H. (1968): *Die Tierknochen aus der altpunischen Faktorei von Toscanos*. Madrid. Mitt., 9: 111-115.

STEHLIN, H. G. & GRACIOSI, P. (1935): *Richerche sugli asinidi fossili d'Europa*. Men. de la Soc. Paléont. Suisse, LVI: 1-68.

UERPMANN, H. P. & UERPMANN, M. (1973): *Stüdien über frühe Tierknochenfunde aus der Iberische Halbinsel*. Vol. 4, München.

ZEUNER, F. E. (1963): *A History of Domesticated animals*. London.

ANALISIS Y ESTUDIO DE LOS BARROS Y PASTAS

Marta Sierra

Dada la gran abundancia de cerámica que aparece en el yacimiento, determinamos el estudiar la posibilidad de que dichos materiales fueran elaborados «in situ» (recordemos, por otro lado, la tradición alfarera de la zona, que ha persistido hasta nosotros) para lo cual había que comprobar:

1.a) la existencia de arcilla en cantidad y calidad suficiente para una producción de tal magnitud;

b) Una vez hallada, analizar sus componentes;
c) proceder de igual manera con los elementos integrantes en la pasta de las cerámicas, eligiendo para ello cuatro tipos que son el compendio y resumen de la muestra total, y
d) comparar los análisis efectuados para determinar si la cerámica estaba o no hecha de estos barros.

2. Elegir los métodos de aplicación más idóneos para su estudio.

En cuanto al primer concepto se comprobó su existencia en las inmediaciones, justamente en el valle del cerro donde se ubica el poblado, en el lugar conocido como «Rincón de San Miguel» —dirección NE—, así como también en la denominada cuesta de «Valverdejo», un poco más alejada hacia el E. Se tomaron muestras de los barros, analizándolos, al igual que se hizo con las pastas de las cerámicas elegidas, procediéndose posteriormente a su comparación.

Respecto al punto dos, se determinó aplicar a su estudio:

ANALISIS POR DIFRACCION DE RAYOS «X»

Es un método que identifica las especies químicas o mineralógicas, basándose en la reflexiones, captadas por un detector adecuado, que experimentan estas ondas electromagnéticas en los planos cristalográficos y que son características de cada especie química o mineralógica.

Se suele decir que un difractograma es equivalente a las huellas digitales de una especie química o mineralógica.

MICROSCOPIO ELECTRONICO DE BARRIDO

Es un aparato que nos da la morfología, basándose en los principios de óptica electrónica que se utilizan en la TV convencional, si bien la señal se obtiene modulando un haz de electrones, mediante un sistema de lentes electromagnéticas que barre la zona de la muestra de la cual se desea obtener la imagen. La interacción entre el haz de electrones y la superficie del material es la señal que se detecta.

MICROSCOPIO ELECTRONICO DE TRANSMISION

Se basa en la óptica de rayos tradicional, que se utiliza en microscopia óptica de transmisión. En este aparato la fuente luminosa se sustituye por un haz de electrones y las lentes de vidrio por otras electromagnéticas.

Como en el caso del microscopio de barrido se utiliza para determinar la morfología de los materiales arcillosos, si bien en este último tiene que estar en forma de partículas más o menos transparentes al haz de electrones, en tanto que en el otro lo que se ha determinado era la superficie de partículas o trozos de material.

ANALISIS POR ENERGIA DISPERSIVA

Se basa en el hecho de que al bombardear una muestra con un haz de electrones se producen una serie de fenómenos entre los que se encuentran la emisión de una

radiación fluorescente característica de los elementos químicos que componen la superficie sobre la que incide el haz. Esta energía electromagnética característica se recoge en un detector que la transmite a su vez a un analizador que separa los fotones según su frecuencia. Cada elemento es identificado por su serie de frecuencias características que se recogen en la memoria y se registran en forma de imagen en un tubo de rayos catódicos.

ANALISIS DE LOS BARROS

1. Barro gris

Tomado del «Rincón de San Miguel», se presenta como un barro de grano muy fino, suelto, fluido y de gran suavidad al tacto, de un color claro.

Según el difractograma (Lám. 6) aparece coalín y cuarzo mayoritariamente, lo que da la base de una arcilla de características cerámicas muy buenas, ya que no contiene otras impurezas importantes que el cuarzo. Su gran plasticidad viene contrarrestada por la escasez de elementos fundentes que no aparecen en cantidad apreciable.

Las microfotografías 1, 2 y 3 (Lám. 6) muestran la masa de arcilla a diferentes aumentos, apreciándose los cristales de caolinitas en forma de típicas tablas hexagonales que se reúnen en formación característica de acordeón. En las 4 y 5 vemos los cristales de cuarzo (hexágono perfecto), las tablas de coalinitas y algunos feldespatos y productos micáceos.

Su análisis químico:

Al_2O_3	18,88
SiO_2	74,01
K_2O	0,96
CaO	2,24
TiO	1,33
FeO	2,58

2. Barro rojo

Del mismo lugar, el grano se presenta más grueso y en masas ligeramente apelotonadas, apreciándose a simple vista el color rojo determinante de su contenido en hierro.

En el difractograma (Lám. 7) se aprecia menor cantidad en cuarzo, que en el barro gris, siendo la caolinita aproximadamente igual, identificándose algunos de los picos como hematites (óxido férrico) sesquióxido, Fe F_2O_3.

En las microfotografías (2 y 3, Lám. 7) observamos las caolinitas, aunque no en forma tan característica como en el barro gris, lo que determina unas masas arcillosas más porosas y menos compactas; y una mayor proporción en geles, presentando la parte cristalina granulometría laminar.

Análisis químico:

Al_2O_3	11,96
SiO_2	73,50
K_2O	1,68
CaO	1,96
TiO	1,86
FeO	9,04

3. *Medio greda*

Tomado el barro de la cuesta de Valverdejo, es de un color más claro, amarillento, presentando una masa más compacta que la roja y con mayor untuosidad al tacto.

Según el difractograma (Lám. 7-4) existe bastante cuarzo y caolinita, acercándose más a la gris.

En las microfotografías (5 y 6, Lám. 7) se nota un aspecto más compacto que en el barro rojo, consecuencia de una buena distribución granulométrica. Las fotos muestran asimismo la presencia de estructuras geliformes de gran desarrollo superficial y aspecto característico. Estos geles por su aspecto y coloración (amarillenta) deben ser óxidos e hidróxidos férricos.

En la foto a mayores aumentos se ven cristales de caolinita con su aspecto característico:

Su análisis químico:

Al_2O_3	22,23
SiO_2	59,50
K_2O	3,21
CaO	5,99
TiO	3,55
FeO	5,52

da una arcilla rica en SiO_2 de buena plasticidad, con un 8 % en CaO, que de acuerdo con el diafractograma está en forma de carbonatos. Los minerales se presentan como óxidos e hidróxidos férricos, con predominio de estos últimos dada la coloración de la arcilla.

4. *Sangre de toro*

Tomada igualmente en la «cuesta de Valverdejo», aparece en forma de terrones compactos, apreciándose a simple vista el color rojizo propio del mineral de hierro.

Según el diafractograma (Lám. 6) posee caolinita en menor cantidad que las anteriores, calcita y hematites.

En las microfotografías (5 y 6, Lám. 6) se nota una masa compacta, poco porosa, con una subestructura geliforme característica de los óxidos e hidróxidos de hierro.

El análisis químico:

MgO	187
AlO_3	20,15
SiO_2	49,85
CaO	8,84
TiO	1,95
FeO	15,65

comprueba su morfología, con un aumento del % en hierro en forma de óxidos e hidróxidos geliformes. Por la coloración en este caso el predominio es de óxidos férricos (hematites).

MUESTRAS DE CERAMICA

CERAMICA GRIS

Se trata de un trozo de panza de un ánfora que presenta, según el diafractograma (Lám. 8), cuarzo en cantidad apreciable y pequeñas cantidades de CO_3Ca en forma de calcita.

El estudio microscópico se va a realizar en la parte exterior de la vasija y en la zona de fractura.

En las microfotografías (4 y 5, Lám. 8), que corresponden a la cara exterior del fragmento, se observa una buena proporción de fase vítrea correspondiente a los fundentes, lo cual indica que la temperatura de cocción fue bastante alta, 1.200º aproximadamente, no obstante quedar restos cristalinos de los minerales arcillosos.

Análisis:

MgO	3,07
Al_2O_3	19,50
SiO_2	51,35
K_2O	5,72
CaO	10,83
TiO	1,93
FeO	7,60

Las microfotografías (2 y 3, Lám. 8) corresponden a la zona de fractura, observándose una masa bien fundida, sin apenas porosidad, y la existencia de un mineral de Fe que no ha alcanzado su máximo grado de oxidación, debiéndose el tono gris a que los *óxidos de hierro* no están en su máximo grado de oxidación, es decir, que si se produjera un tono rojizo en esta pasta sería debida única y exclusivamente a la *atmósfera del horno*. Mirándola en la lupa estereoscópica se ve, al igual que en el difractograma, bastante cuarzo y algunos minerales oscuros que se pueden identificar como óxidos de hierro por su composición química.

Análisis:

MgO	2,69
Al_2O_3	16,21
SiO_2	41,44
K_2O	6,62
CaO	11,58
TiO	3,67
FeO	17,79

el 23 % en Fe no es significativo, se debe a ser más rica en este mineral la zona elegida.

MUESTRA 583-76-i GRIS-ROJA

Se trata de un fragmento de panza hallado en la zona A del poblado —campaña 76—, que se presenta en el mismo como muy característica y abundante. Su cara interior es uniformemente gris, recubriéndose al exterior con una capa homogénea rojo-anaranjada, que parece una funda y de tal espesor que no se la puede considerar bajo ningún concepto barniz o engobe.

El aspecto de esta cerámica nos resultó conflictivo, ya que se diferenciaban en ella perfectamente las zonas, de igual grosor, y no se encontraba una explicación plausible. El análisis por difracción de rayos X, aplicándole (Lám. 9), vimos: cristales de cuarzo y abundancia de fase vítrea que se manifiesta por una elevación del fondo del mismo, debido a la radiación fluorescente de esta fase, lo que indica que la pasta está bien fundida.

Examinamos después:

1.º Zona exterior rojo-anaranjada

En la microfotografía 2 (Lám. 9) se ve una masa compacta, aunque no bien homogeneizada, de una gran resistencia.

Análisis:

MgO	2,84
Al_2O_3	18,17
SiO_2	62,42
K_2O	3,85
CaO	3,29
TiO	1,92
FeO	7,51

2.º Zona interior gris

La microfotografía 3 (Lám. 9) muestra una masa fundida con un aspecto mucho menos vítreo que las anteriores, en la que se distinguen los fundentes en forma de masas vítreas y restos de los minerales arcillosos de las pastas crudas.

Análisis:

Al_2O_3	20,36
SiO_2	47,84

K_2O	6,64
CaO	7,34
TiO	4,22
FeO	13,60

3.º Zona de fractura de las dos capas

Análisis:

MgO	2,23
Al_2O_3	19,05
SiO_2	50,76
K_2O	8,55
CaO	9,22
TiO	1,70
FeO	8,49

De composición similar a las anteriores, se nota en la microfotografía 4 (lámina 9) una buena estructura compacta.

En resumen, tenemos ante nosotros una pieza de muy buena calidad técnica, con dos capas: interior gris, recubierta de una roja muy uniforme, lo que nos indica una cocción alta en una atmósfera oxidante.

Si comparamos la capa gris con la cerámica anterior totalmente gris, vemos que ambas zonas grises tienen un aspecto idéntico. En cuanto a la roja presenta al microscopio la zona exterior, alterada por la meteorización, más clara, una zona media más roja y una interna en que el color cambia con transición suave de tonalidades y sin frontera del rojo al gris, lo que nos lleva a concluir:

— Que la capa rojiza se debe a oxidación de los minerales de hierro a causa de la atmósfera del horno.

— Que el horno posee igual temperatura, unos 1.200º, debiéndose solamente cambiar la atmósfera del mismo para obtener un color u otro.

— Que los cacharros se colocaron boca arriba en el horno, lo que permitió obtener las dos capas, exterior roja e interior gris.

Tenemos que incluir aquí las cerámicas de pasta tipo sandwich, rojo-gris-rojo, que en mucha menor proporción se dan en el poblado, y que no son sino una variedad, lo cual se puede explicar por su colocación boca abajo en el horno, de tal manera que la atmósfera oxidante actuase en ambas caras, exterior e interior de la vasija. El tono rojo se debe a un fenómeno de oxidación en que los minerales de hierro de las pastas que están en forma reducida (como su coloración indica) pasan a formas oxidadas (Fe_2O_3) que serían las responsables de este tono.

La foto «5» nos muestra la comparación del análisis químico de ambas zonas, en la que se aprecia que la coincidencia de ambos análisis es, prácticamente, total, lo cual corrobora que sea la acción de la atmósfera del horno, con la consecuente transformación de óxidos de hierro, la causante de las distintas tonalidades.

Se trata de un fragmento de borde exvasado de pasta roja, compacta, textura fina, con decoración de un barniz rojo en franjas, tanto exterior como interior, tomado en el poblado A/1976.

Apreciamos en el difractograma (Lám. 10) una forma de campana muy abierta que indica gran proporción de formas fundidas, así como se detecta la existencia de cristales de cuarzo sin fundir y pequeñas cantidades de otros minerales arcillosos que no se identifican, a la vez que por no tener la cristalización adecuada no aparece hierro, pero sí calcita, lo que daría lugar a que la temperatura alcance los 1.000º/ 1.100º, un poco más baja que en las cerámicas grises. Estudiamos esta cerámica en dos partes: la pasta y el barniz.

Pasta

En las microfotografías 12 y 13 (Lám. 10) a diferentes aumentos, zona exterior, se ve una estructura vítrea con escasa porosidad, apareciendo como un vidrio escoriforme compacto.

Análisis:

MgO	3,86
Al_2O_3	18,40
SiO_2	54,70
K_2O	5,04
CaO	6,61
TiO	2,50
FeO	8,99

Las microfotografías 14 y 15 (Lám. 10) tomadas en la superficie de fractura (es decir, en el corte del borde), al estar éstas realizadas en la pasta, individualizan una pequeña proporción de arcillas, debido a que la temperatura del interior es algo menor o bien a que aunque alta no se ha mantenido durante el tiempo preciso para que se verifique la fusión.

Análisis:

MgO	6,34
Al_2O_3	15,00
SiO_2	38,02
K_2O	2,65
CaO	25,70
TiO	2,06
FeO	10,23

sensiblemente parecida al de la gris, recordando su estructura morfológica de la gris, quizá por mantenerse en ambas una temperatura y unas condiciones de cocción similares.

Barniz rojo

Al mirar al microscopio se nota en el interior del borde, sobre la pintura, que se ha trabajado con una herramienta, en cuyo final el extremo para trabajar sería un

sistema de púas muy finas, dando un rayado (microfotografía 14) paralelo. El barniz indica una temperatura de cocción igual a la de la primera cochura del cacharro, o quizá un poco más baja.

Interior de las rayas

Se ve la estructura del barniz totalmente fundido y la herramienta que presenta una irregularidad en la punta, lo que hace se formen relieves en los bordes de las rayas, sólo perceptibles por el microscopio (microfotografía 17).

Cresta de las rayas

Hay restos de caolinita sin fundir (microfotografía 18), lo cual nos lleva a pensar que el tiempo de cocción fue corto en esta segunda vez y la temperatura no muy alta, lo que ratifica la microfotografía 16 (Lám. 10).

Análisis:

MgO	4,76
Al_2O_3	16,16
SiO_2	48,89
K_2O	5,06
CaO	5,56
TiO	3,01
FeO	16,56

En cuanto al material empleado en este barniz rojo sería:

— un hematites más una arcilla rica en feldespatos;
— o una arcilla rica en hematites;

punto que nos parece más lógico existiendo arcillas de estas características en la cercanía.

CERAMICA BASTA

Fragmento de pared para analizar de una pasta con desgrasante de cuarzo y calcita, elementos que el difractograma comprueba (Lám. 11).

Las microfotografías 23 y 24 muestran los cristales de calcita perfectamente diferenciados y cristalizados en ambas, en tanto que en la 25 éstos se incrustan en la masa, llegándose a confundir con la misma en la 26 (Lám. 11).

En el análisis químico:

MgO	1,72
Al_2O_3	7,93
SiO_2	23,76
K_2O	2,53
CaO	59,27
TiO	1,38
FeO	3,41

el tanto por ciento tan elevado en CaO se debe a la elección de una zona en la que existe un cristal de CO_3Ca.

En el análisis de las zonas:

MgO	3,31
Al_2O_3	12,33
SiO_2	59,18
K_2O	4,85
CaO	9,83
TiO	2,65
FeO	7,85

en que predominan los minerales fundidos existe también porosidad y ausencia de cristales de calcita, observándose una disminución de contenido en CaO y un aumento en la proporción de SiO_2 con respecto al anterior análisis.

En este último se observa que la composición de la arcilla no es muy diferente en la proporción de sus elementos de las anteriores utilizadas para fabricar los otros tipos de cerámicas halladas en el yacimiento.

El análisis de zona que contiene cristales de calcita sí es muy distinto al de las arcillas utilizadas para fabricar las otras cerámicas. Su gran proporción en caliza le confiere mucha estabilidad de forma en la fase de secado, en tanto que impide que la temperatura de cocción suba por encima de los 600°, pues si esto ocurriera se descompondría la calcita. Por otra parte, los fundentes, mayoritariamente feldespatos, necesitan temperaturas más altas para empezar a vitrificarse y trabar las partículas de la pasta, transformándose así en material cerámico. La fabricación de esta cerámica es, por tanto, un proceso difícil por las razones siguientes:

1.º Por su plasticidad mínima (ausencia de caolinita), lo que implica exigencias de tipo mecánico grande al emplear el torno.

2.º Control de la temperatura de cocción, para no llegar a temperaturas altas en que se desharía, dejando tiros muy grandes a la entrada y salida para que el calor salga.

3.º Tiempos de cocción críticos.

Conclusiones

Una vez analizados los barros y las pastas, al compararlos observamos que la posibilidad, que establecíamos, de que las cerámicas estuviesen hechas de las arcillas tomadas de la proximidad del cerro, es una cuestión que no necesita dilucidarse, puesto que:

1. La composición de la arcilla del barro gris es igual a las de las cerámicas en que el gris interviene como núcleo de la pasta.

2. Debido a las condiciones de cocción, de la resistencia mecánica de la pieza, del grado de compactividad, de fusión y escasa porosidad, cualidades de las cerámicas que se observan en el barro gris, inferimos que las piezas grises, gris-roja y roja-gris-roja, están realizadas con este barro y no con otro, siendo las zonas grises en todas exactamente iguales, debiéndose el color *únicamente* a la oxidación de los óxidos de hierro que en la zona roja aparecen en su máximo grado. La escasez de elementos fundentes vendría compensada por una mezcla con el barro rojo (no con la media greda), en proporción menor de éste, con objeto de facilitar la labor de ligazón y darse en él, además, el hierro en forma de hematites, características que no se acusan en la media greda.

3. La obtención del gris interior/rojo exterior y el sandwich dependería de la colocación del cacharro, poniéndose el primero boca arriba, con lo que la máxima oxidación se produciría tan solo en la parte exterior, ya que el aire debe entrar de abajo arriba, en tanto que el otro se pondría boca abajo, con lo que el aire entra también en el interior, quedando las dos capas rojas y la intermedia gris. De lo cual podría decirse que, dada la gran cantidad de piezas con la pasta roja-gris y el número mínimo de las tipo sandwich, colocarían boca arriba las ánforas en el horno y rellenarían los huecos con otras boca abajo o tumbadas, lo que explicaría el que fueran minoritarias.

4. La posibilidad de obtener por moldeo sucesivo las cerámicas con capas de diferente coloración; ha sido considerado, pero, sin embargo, por la gran dificultad técnica que esto implica se ha desechado esta hipótesis.

5. Del barro rojo se hace toda la cerámica de pasta de color totalmente rojo, que posee un grado menor de resistencia que la gris y en la que en algunas piezas se observan matices del rojo, resultando mejoradas con relación a la arcilla del barro, lo que implicaría una corrección con otro barro que por sus cualidades sería la medio greda, con efecto de que la pasta no se abriría, dándose en proporción de unos 3/l rojo/medio greda y determinándose además el color por la cantidad de hierro que alcanza un 13 %, 11 % es el límite del hierro a partir del cual se producen las cerámicas rojas, lo que hace que en la quema se produzca este tono vivo, o sea, que aquí el color vendría determinado por la *quema* del alto contenido en mineral de hierro, aparte de estar en una atmósfera oxidante en grado máximo.

6. El barniz se hace con el barro sangre de toro, ambas con un contenido rico en hematites y bien compacto y homogéneo en sus respectivos análisis. Se daría con un pincel en una segunda cochura a unos 1.000°.

7. La cerámica denominada basta, rica en cuarzo, falta de caolinitas, sería una mezcla de la medio greda con geodas de cuerpo calizo y cristalizaciones de cuarzo, que se encuentran en cantidad suficiente para su utilización en la falda del cerro, que se daría en una proporción de mayor cantidad de geodas, debido al predominio de sus elementos en la pasta, en especial la caliza. Machacadas y mezcladas se someterían al horno con gran cuidado y posteriormente con un fuego mínimo, todo lo cual implica un alto conocimiento de la industria cerámica y una aplicación muy específica de esta cerámica tan frágil que sólo admite función de contenedor, ya que es imposible su colocación al fuego, pues se desharía al descomponerse la calcita en CO_2 y CaO. El CO_2 (anhídrido carbónico), ejercería grandes presiones de forma que resquebrajaría la cerámica para escapar a la atmósfera y al CaO (Cal), al no aparecer en forma de material fundido no ayudaría a mantener la cohesión de la pasta.

UNIDADES DE EXCAVACION Y ESTUDIOS DE MATERIALES

Consideramos en este epígrafe las características propias de cada una de las unidades de excavación y los materiales en ella aparecidos. En cuanto a la cerámica, en cada fragmento descrito indicamos su tipo de pasta con la denominación:

Tipo «A»: barro gris como base;
" «B»: barro rojo como base;
" «C»: barro media greda+geoda.

presentando prácticamente todas un fino engobe siena en ambas caras, dado antes de meter la pieza en el horno, al igual que las pintadas. La descripción de las formas las hemos agrupado en las cerámicas de tipo A y B. en:

TIPO A y B

De cuerpo globular
o
paredes casi rectas

a las de gran tamaño, cuyas medidas, una media aproximada, son de:

boca de borde vuelto,
sin cuello ..... 20 cm de diámetro
panza, altura ..... 38 cm
panza diámetro ..... 44 cm (tenemos alguna pieza de 80 cm)
fondo, convexo con depresión
central ..... 5 cm de diámetro.

VASIJAS

De tamaño mediano a pequeño, entre 4 y 15 cm de altura, calciformes, con:

— labio excavado, redondeado convexo, curvatura abierta de unión en cuello, cuerpo carenado, base con pie anular, borde perimetral convexo, unión curvada abierta y fondo recto,

— o sin pie ligeramente convexo,

— por lo que indicaremos simplemente en su descripción: ánfora o vasija, con o sin pie.

PLATOS

Todos con pie anular y borde perimetral convexo y fondo plano, en tanto que el borde presenta dos tipos de labio:

— redondeado convexo, exvasado;
— redondeado convexo, ligeramente entrante.

TAPADERAS

Con pivote anular y unión curvada al cuerpo.

TIPO C

Para la cerámica con pasta de tipo «C» se dan tamaños medianos y nunca ánfofas grandes, sí vasijas y algún plato que describiremos individualmente con grosores que van desde 1 a 0,2 cm.

Se observa buena textura, decantadas las «A» y «B» y con desgrasantes calizos la «C».

Están todas trabajadas a torno lento en la «C», presentando decoración pintada de tipo geométrico en tono vino las de pasta «A» y «B», e incisa, estampillada y plásticas en general.

Incluimos además en cada unidad de excavación un número de fragmentos, panzas, bordes, fondos, clasificados según su pasta, decoración y forma que no se han dibujado por no revestir ningún aspecto significativo dada la selección a que se les sometió para evitar una repetición innecesaria. Se debe también tener en cuenta que siempre los bordes y fondos pertenecen a diferentes elementos y lógicamente aparecen en número menor que las panzas, ya que los trozos que no casaban se han considerado distintos, puesto que es difícil aseverar, hay casos en que sí, su pertenencia al mismo cacharro a pesar de la igualdad de la pasta.

CAMPAÑA 1975

Comprende como vemos en el plano el espacio que sería de las cuadrículas A1'-A2'-B2'-C2' con una media de 50 cm de altura al suelo vegetal. El tipo de muro, en esta zona se construye con piedras irregulares a seco, rellenos los huecos con barro y piedras pequeñas. En el suelo piso de losas irregulares, planas, aprovechando el material calizo del terreno que se asienta sobre una capa de 20 cm de altura compuesta de guijarros mezclados con tierra que forman una masa bien trabada. Sobre las losas, en una capa de tierra quemada, se encuentra el material, y se delimitan los pozos 2 y 3 que en la siguiente campaña se descubrieron.

CERAMICA. Hemos contabilizado en fragmentos de ánforas:

Tipo A:	gris/roja	80. de 0.4 a 1.0 cm de grosor.
	sandwich	37. ligeramente inferiores.
	gris	8. de 0.9 cm de media.
Tipo B:	roja decorada	18 de 0.7 cm de media.
	roja sin decorar	26. "
Tipo C:	«basta»	3.

Estos grosores son válidos para las cerámicas de las otras cuadrículas, por lo que no lo indicaremos.

CERAMICA INVENTARIADA SELECCIONADA

Inv. 1. Anfora de gran tamaño, tipo A gris/roja con engobe y decorada con motivos geométricos pintados de círculos concéntricos y ondas, entre bandas paralelas, diámetro aproximado de la circunferencia de la panza 80 cm. Al limpiarla se encontraron pequeños fragmentos de cáscara de huevo.

Inv. 19. Tapadera tipo B de borde de labio redondeado convexo que se encontró en la superficie del pozo y que se muestra ligeramente deformada (Fig. 14).

METAL

Algunos fragmentos de hierro y un bocado de caballo de igual material con nielado de plata del cual se han realizado análisis. (véase foto e informe.) (Fig. 8 y Lám. II.)

HUESOS

Se han identificado en este área conejo, liebre, paseriforme, erizo, caballo y asno. De gran interés este último por ser la primera vez que se documenta dentro de un contexto arqueológico fechado en la Península. (Véase dibujo Fig. 7a.)

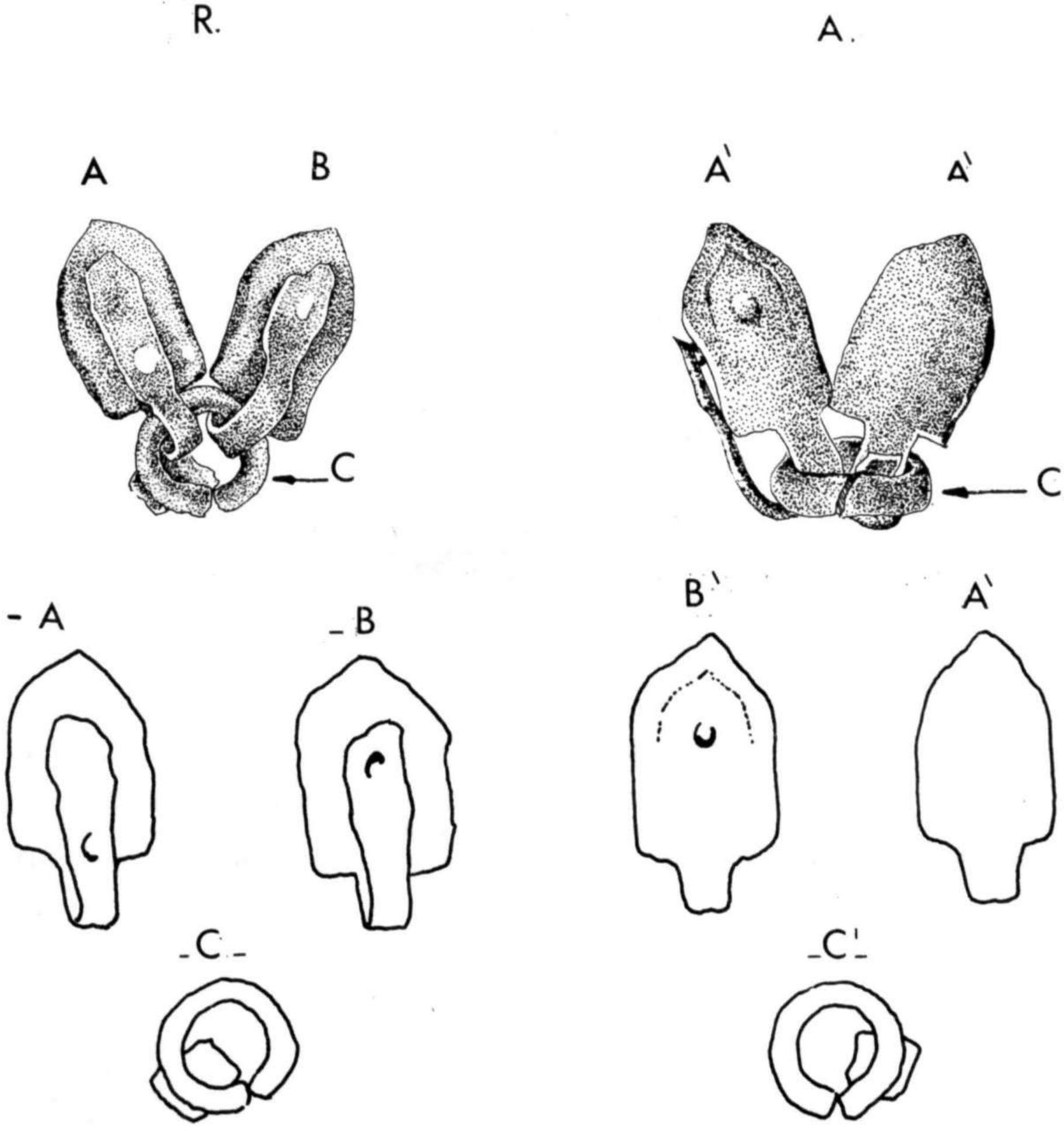


Fig. 8.—Bocado de caballo en hierro con nielado de plata y puente de fíbula en bronce.

CAMPAÑA 1976

Poblado Zona A

Corresponde a las cuadrículas B1'-C1'. De unos 50 cm de profundidad, el muro que apunta dirección norte, presenta una técnica de construcción diferente, por lo que le denominamos «nuevo». Las piedras forman un paramento paralelo que se rellena con guijarros pequeños y barro. Al igual que en la zona anterior, losas calizas que forman el brocal del pozo 1 excavado en la misma roca del suelo rompiendo sus

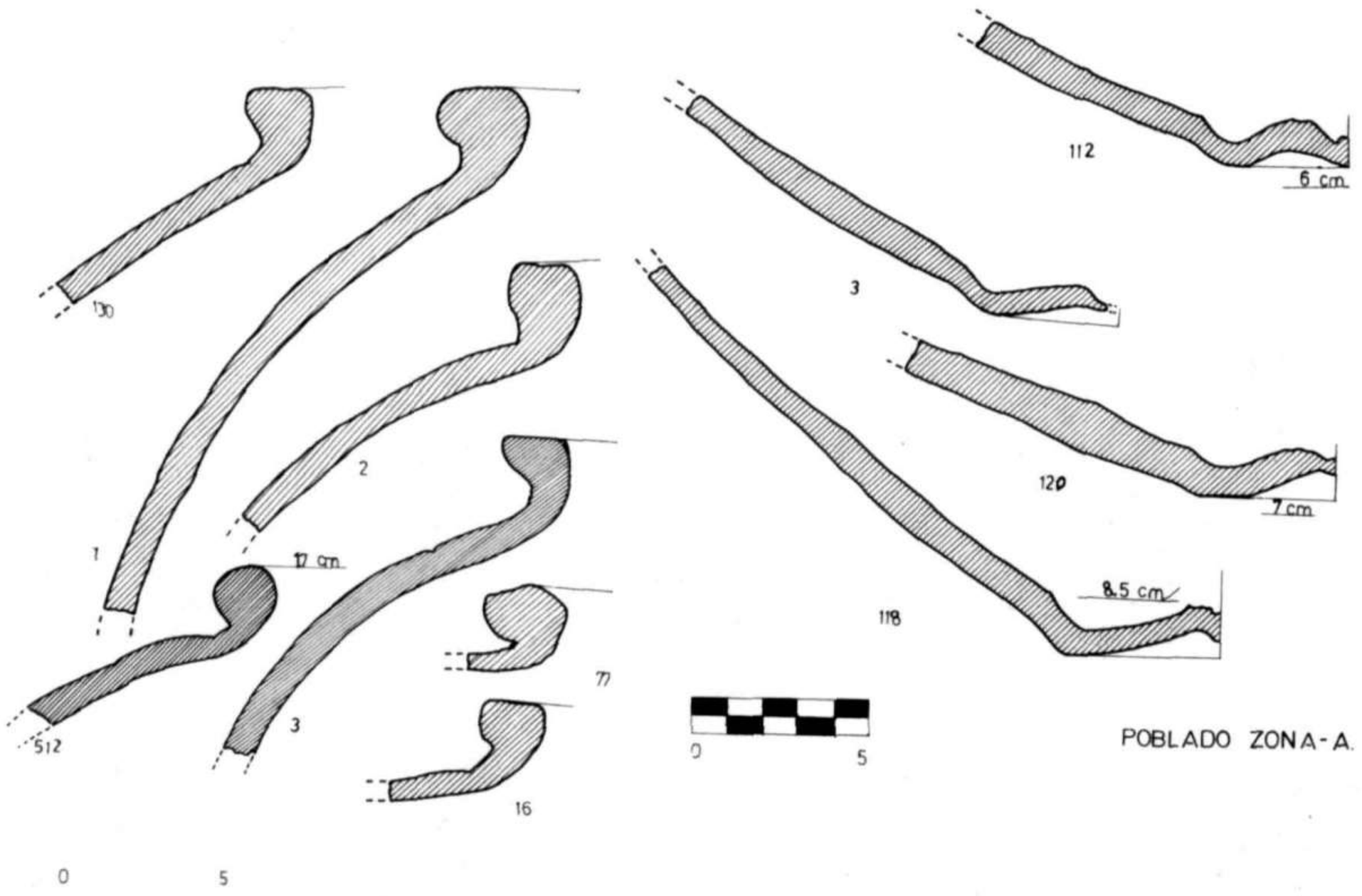


Fig. 9.—Bordes y fondos, ánfora del P. A.

niveles, hasta dar con una capa más dura caliza que es el fondo del mismo. En él no se encuentran materiales al igual que en los restantes. Un muro oeste-este le separa de una pequeña habitación enlosada. Hay que señalar que en la parte SO aparece madera carbonizada a todo lo largo del muro.

CERAMICA. Hemos contabilizado:

	ANFORAS		VASIJAS	
	«A»	«B»	«A»	«B»
Bordes	1	—	1	1
Panzas	5	2	11	3
Fondos	5	2	2	—

Un borde de plato del tipo A.

CER. INV. SELECCIONADA

Anforas

Bordes: tipo A, números 1, 2, 3, 16, 17, 130 y 512 (Fig. 9).

Panzas: tipo B, número 11, presenta la superficie decorada con círculos concéntricos pintados en rojo, donde se advierte el punto en que se apoyaba el «compás» para su trazado (Fig. 11).

Fondos: tipo A, números 88, 112 y 120. Tipo B, número 118 (Fig. 9).

Vasijas

Bordes: tipo A, números 1 y 233. Tipo B, números 7, 9, 10, 123 y 137 (Fig. 11).

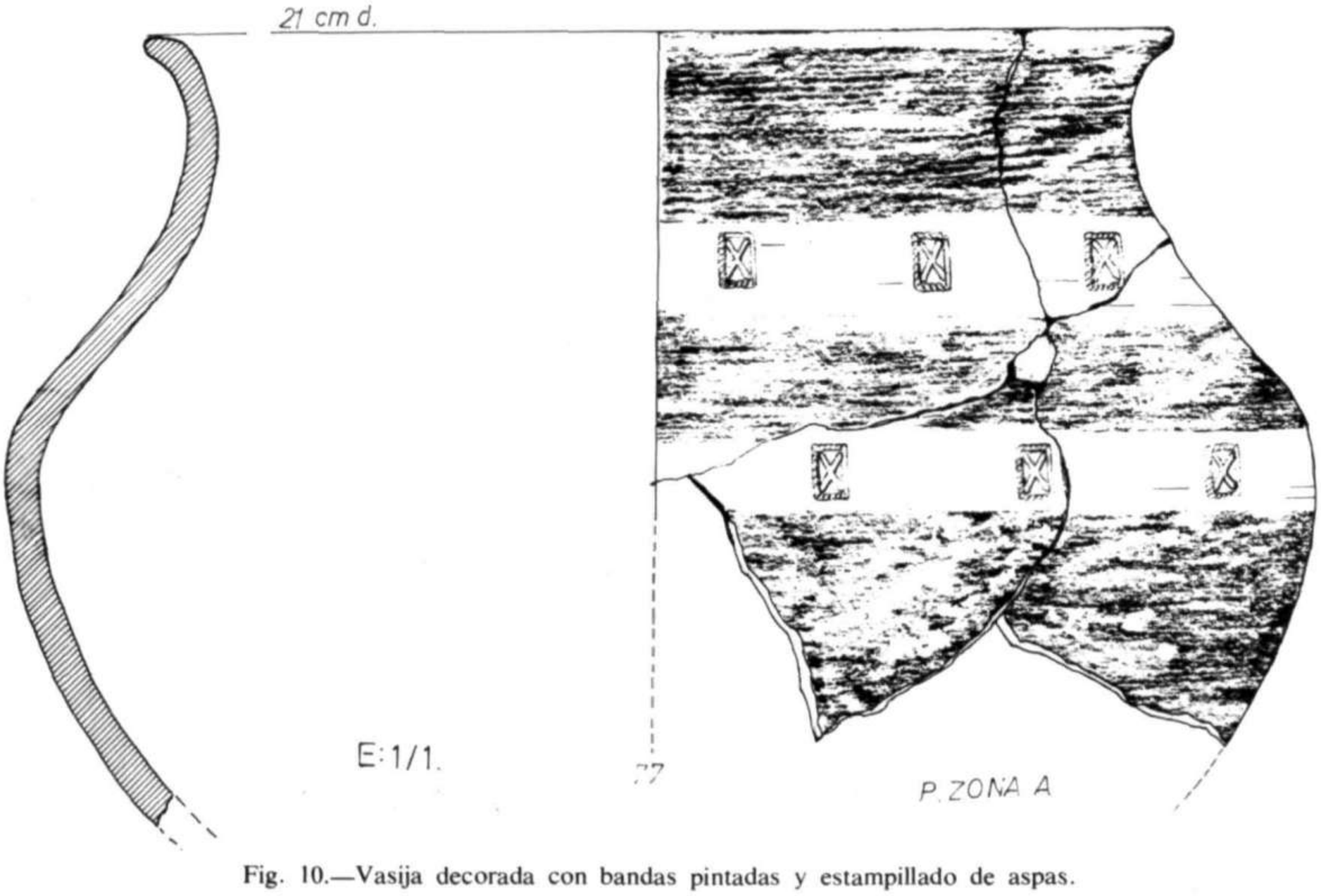


Fig. 10.—Vasija decorada con bandas pintadas y estampillado de aspas.

Inv. 77. Del tipo B, se encuentra decorada en toda su superficie prácticamente con pintura roja en anchas franjas, flanqueada la del inicio de la panza por una decoración estampillada de sellos con una especie de aspa, que se repite en la zona inferior.

	BORDES		FONDOS	
	A	B	A	B
Platos	5	96	6	—
	—	—	8	—
	—	—	190	—
	—	—	272	—

Inv. 2-241. Tapadera en dos fragmentos: borde y pivote, de tipo A (Fig. 11).
Inv. 49. Asa tipo A, de sección rectangular, de esquinas redondeadas y depresión central (Fig. 11).
Inv. 2/22. Bordes del tipo C, el primero de ellos con inicio de asa (Fig. 11).
Inv. 84. Fondo y pared de tipo C (Fig. 11).

Inv. A. Vasija de tipo caliciforme, de borde exvasado, fondo cóncavo y decoración pintada de bandas paralelas rojas. Tipo B. Altura, 10 cm. Diámetro de la boca, 12.5 cm; del fondo, 4,5 cm (Fig. 12).

Inv. B. Vasija de labio exvasado, cuello abierto y fondo convexo. Tipo B. Lleva una «E» incisa en la parte inferior de la panza. Altura, 9 cm. Diámetro de la boca, 11 cm. Diámetro del fondo, 4,5 cm (Fig. 12).

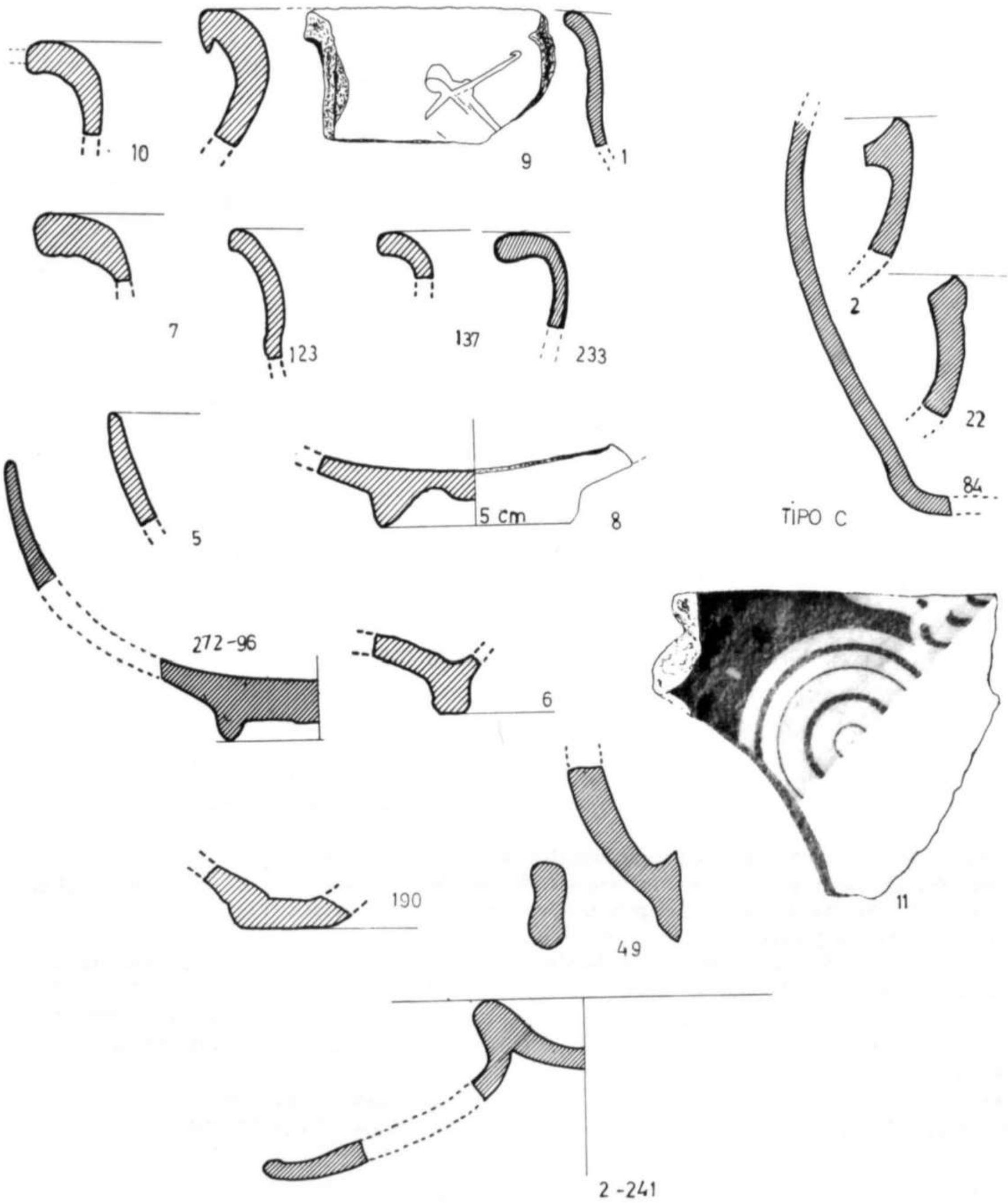
Inv. C. Vasija de labio redondeado, ligeramente exvasado, fondo convexo, decoración de bandas pintadas de color rojo. Altura, 14,8 cm. Diámetro de la boca, 15 cm; del fondo, 7,5 cm (Fig. 15).

METAL

— Pedazo de escoria.
— Clavo en forma de «T», de sección aplastada, en hierro (Fig. 40).
— Pieza en forma de ocho tumbado, de hierro (Fig. 40).

HUESOS

De vacuno, cerdo y caballo.



POBLADO ZONA-A.

E:1/1.

Fig. 11.—Bordes de vasija, platos... En el fragmento 11 se observa el punto donde se apoyaba el compás para trazar los círculos. P. A.

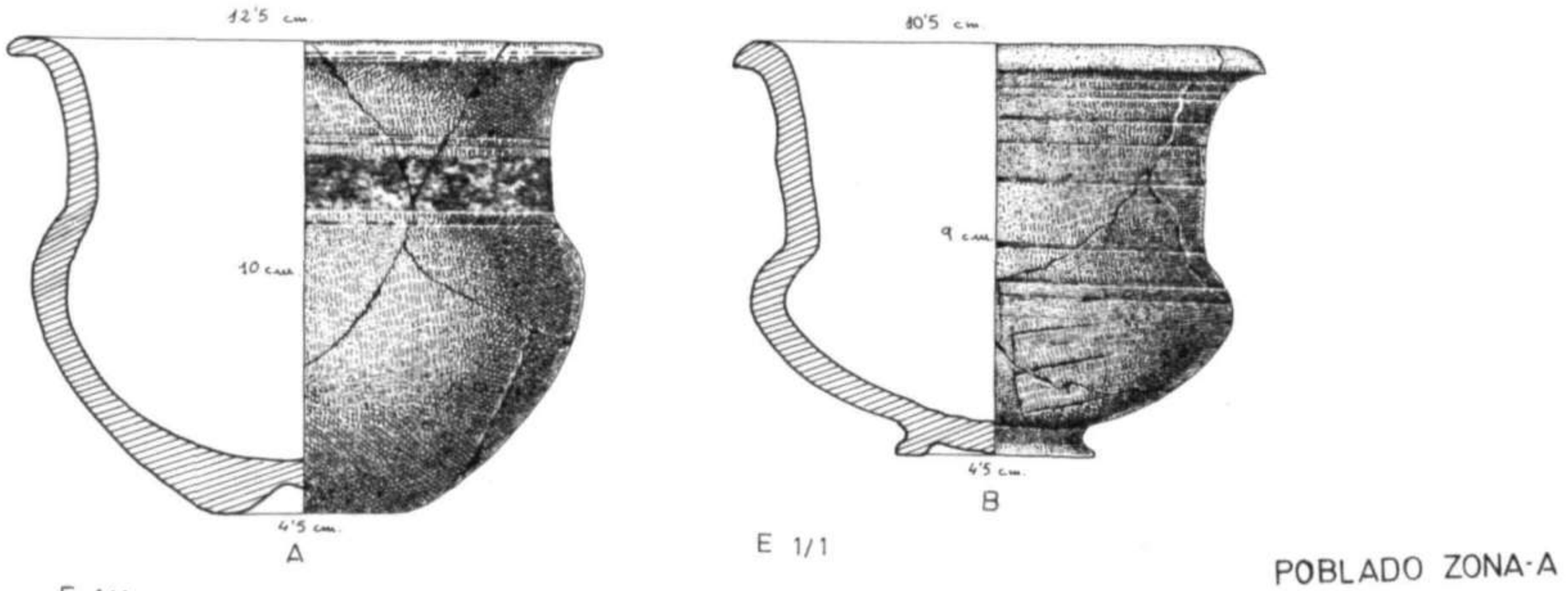
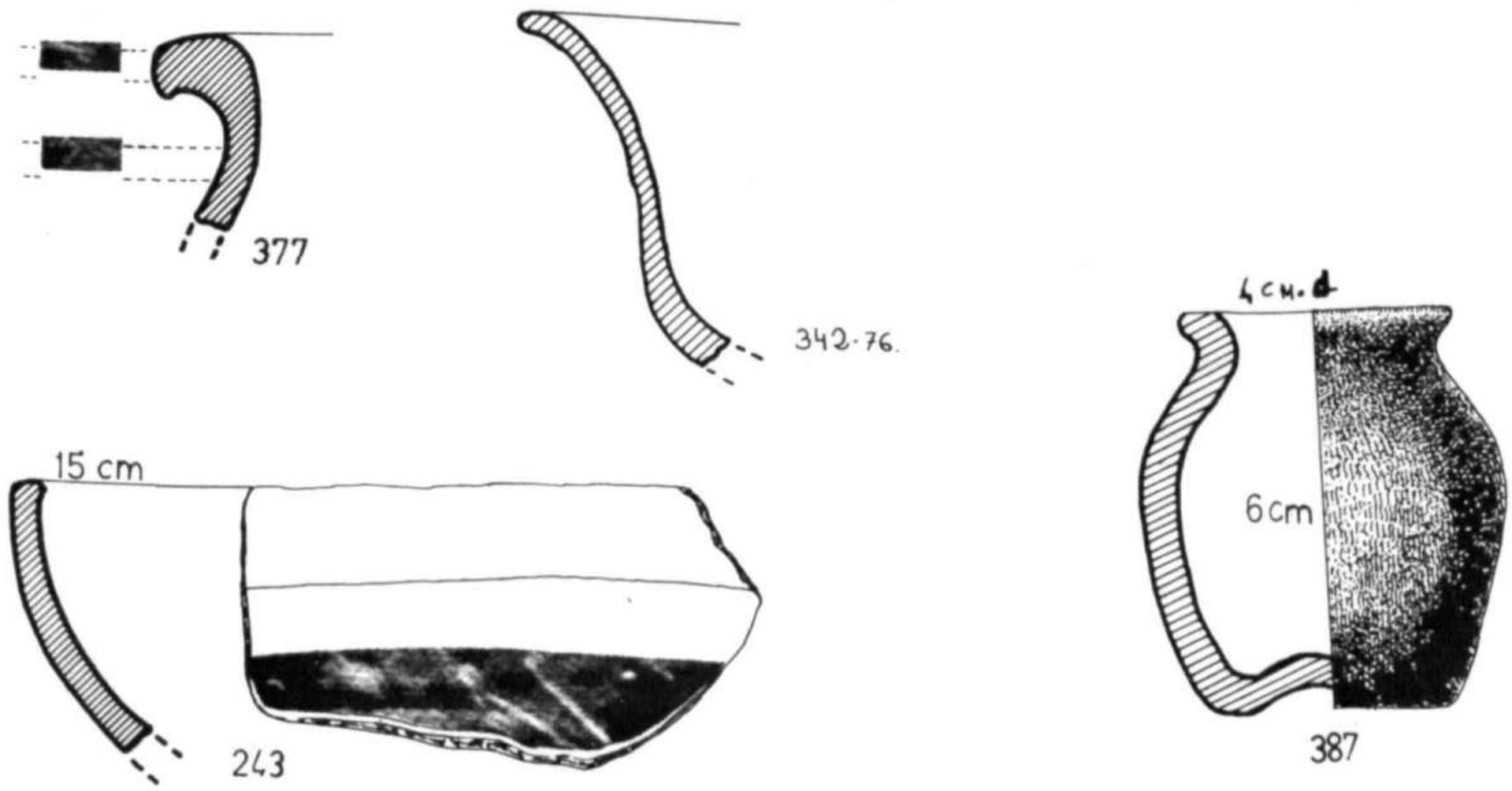


Fig. 12.—Vasijas decoradas del Poblado, zona A.



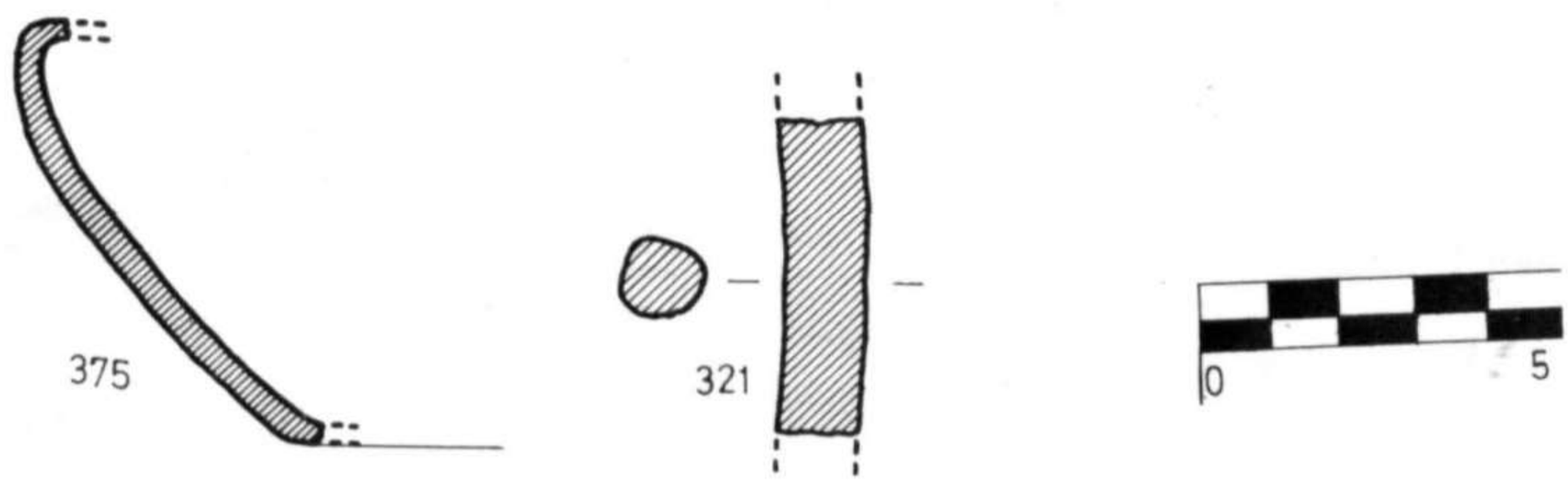
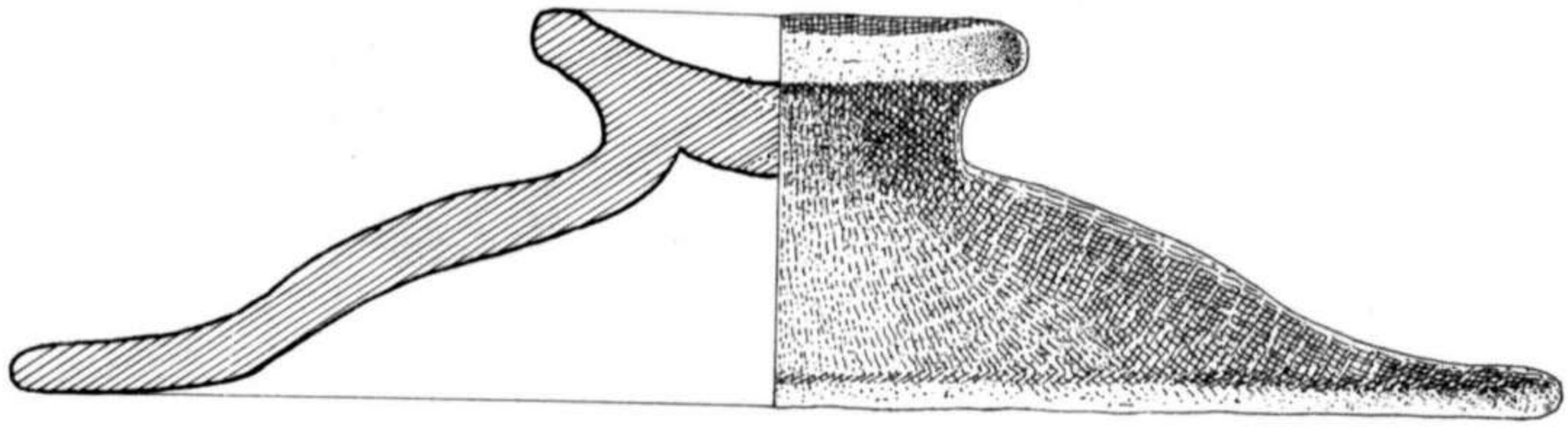
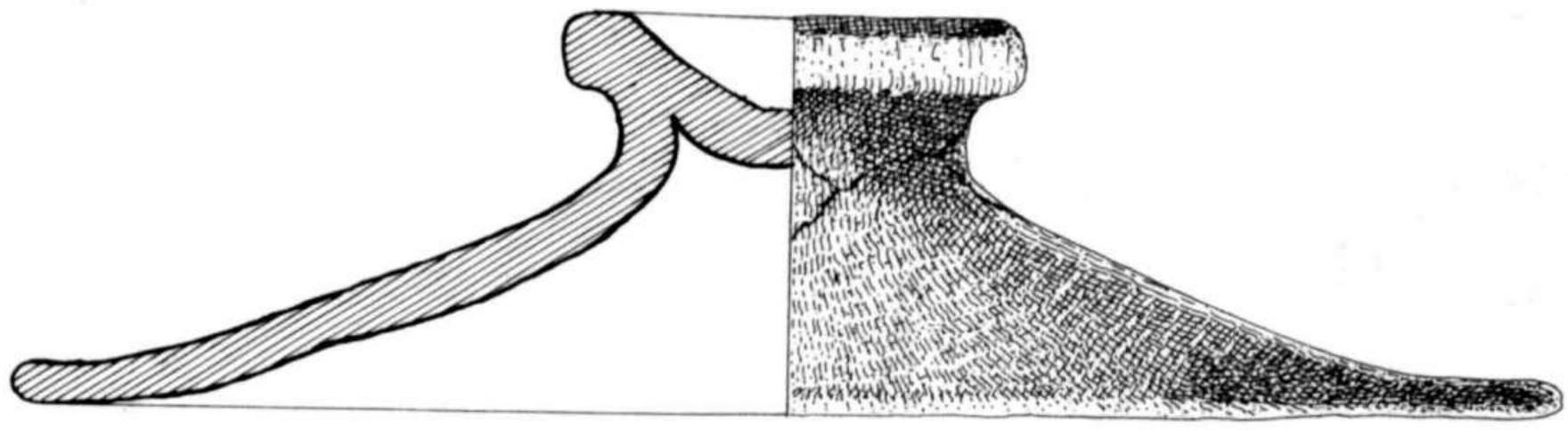


Fig. 13.—Cuadrícula B1/B2. El núm. 387 es una anforita del tipo C de 6 cm de altura.



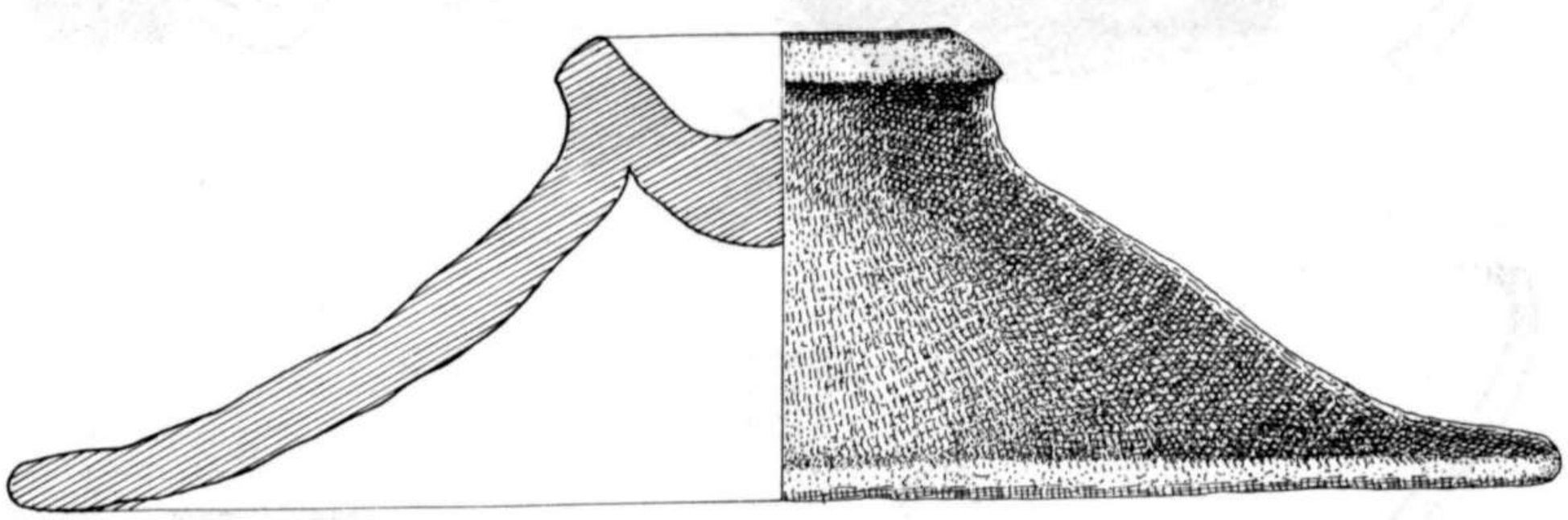
263



202

E: 1/1

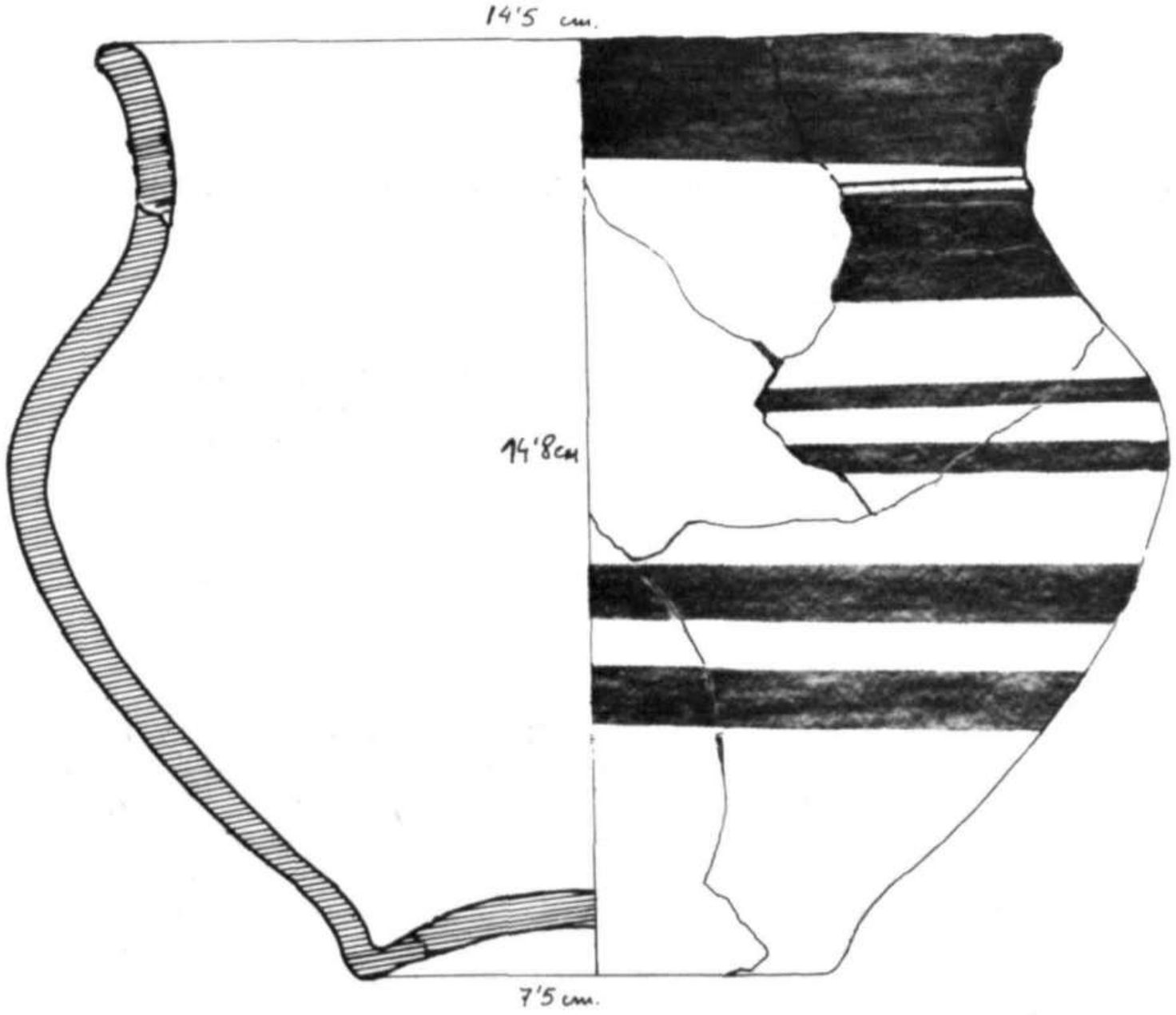
A_1 / A_2



E: 1/1

1975

Fig. 14.—Tapaderas.



E 1/1

POBLADO ZONA-A.

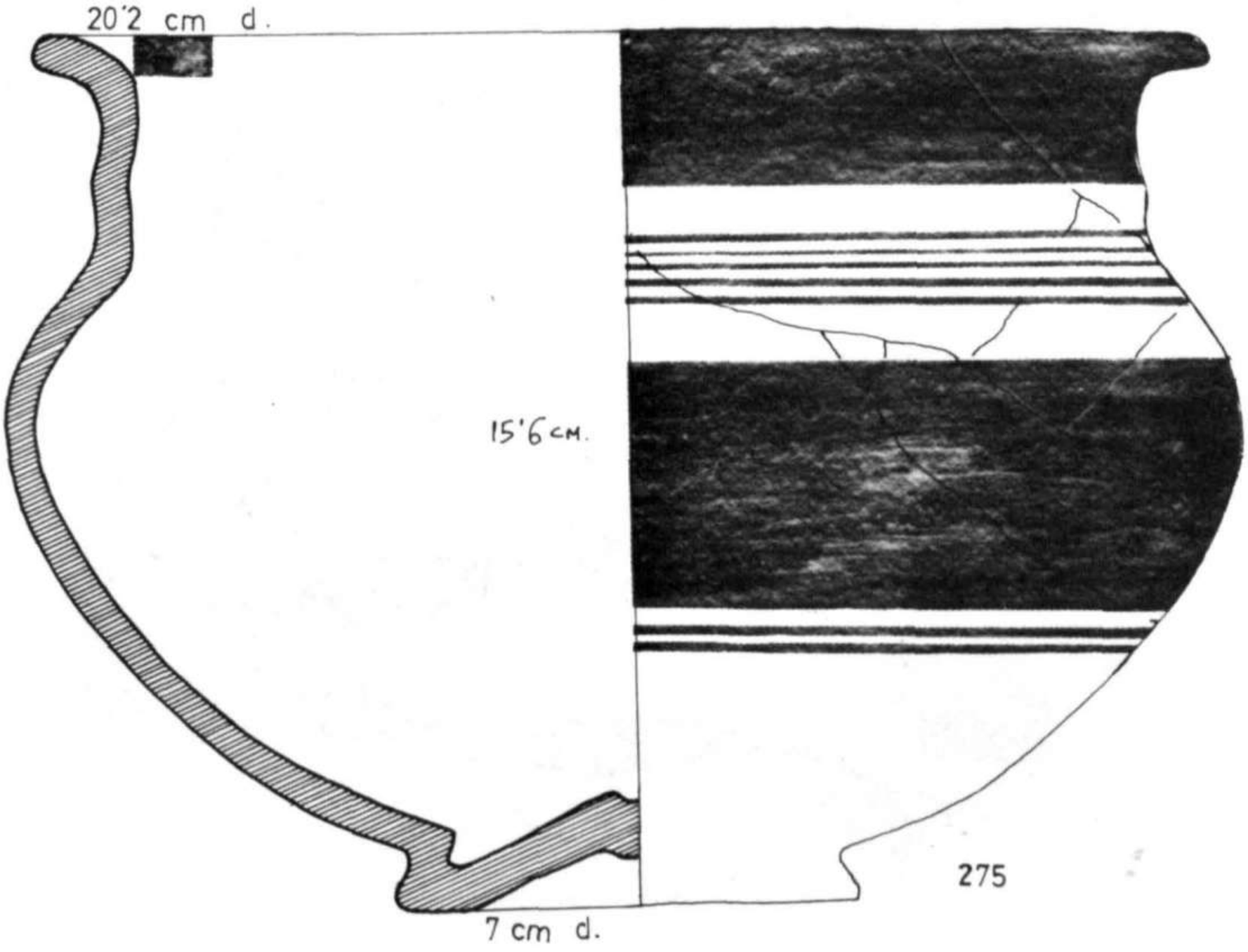


Fig. 15.—Vasijas con bandas pintadas.

Cuadrículas A1/A2

Los pozos 5 y 6 no contienen ningún material, como tampoco el 4, que se descubrió en parte en la campaña anterior.

CERAMICA. Hemos contabilizado:

	ANFORAS		VASIJAS	
	A	B	A	B
Bordes	2	—	10	—
Panzas	9	—	—	—
Panzas decoradas.....	—	—	9	
Fondos	—	—	4	4

CERAMICA INV. SELECCIONADA

	BORDES		PANZAS		FONDOS	
	A	B	A	B	A	B
Anforas	253	145	—	—	—	—
Anforas decoradas.....	11	—	—	—	—	—
Vasijas	236	194	—	—	—	—
Vasijas decoradas	147	243	242	245	—	—
	—	—	247	—	—	—
	—	—	244	—	—	—
Platos	4	5	—	—	205	—

Inv. 202 y 263. Tapaderas de tipo B de 18 cm de diámetro (Fig. 14).

Inv. 3 y 220. Asas de tipo A, de sección circular (Fig. 17).

Inv. 171. Borde de vasija de labio exvasado, de tipo C.

Inv. 22. Panza de una vasija de tipo B, decorada con pintura de anchas bandas que casi cubre la superficie, en la que se alterna en franjas paralelas decoración incisa de líneas oblicuas paralelas en distinta dirección, continuando en una de ellas la decoración de tipo romboidal (Fig. 17).

Inv. 275. Vasija decorada con bandas paralelas pintadas en color rojo, de una anchura de 4,4 cm una de ellas. Diámetro de la boca, 20,2 cm. Diámetro de la base, 7 cm. Altura, 15,5 cm. Tipo B (Fig. 15).

METAL

— Abrazadera y diversos fragmentos de clavos de hierro (Fig. 37).

— Puente de una fíbula en bronce con decoración geométrica incisa de líneas que termina en una especie de cabeza de ave (Fig. 16).

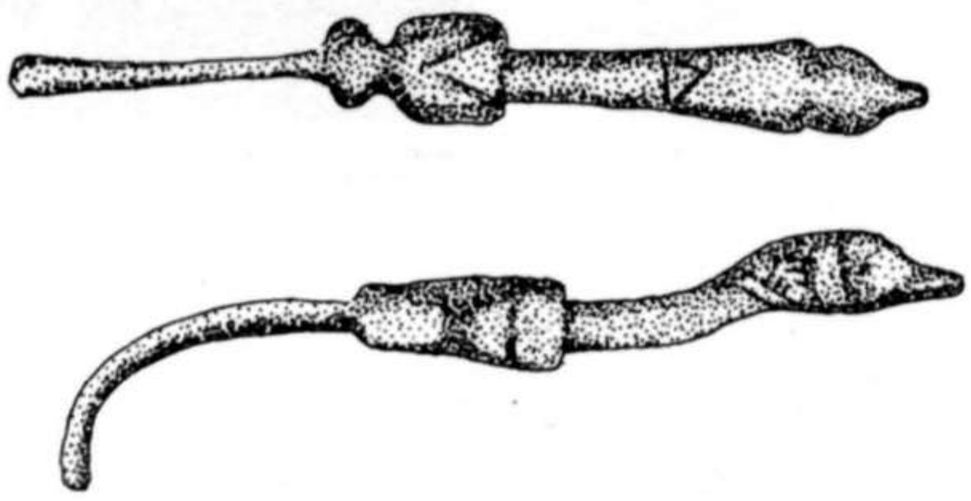


Fig. 16.—Puente de fíbula en bronce.

HUESOS

De oveja.

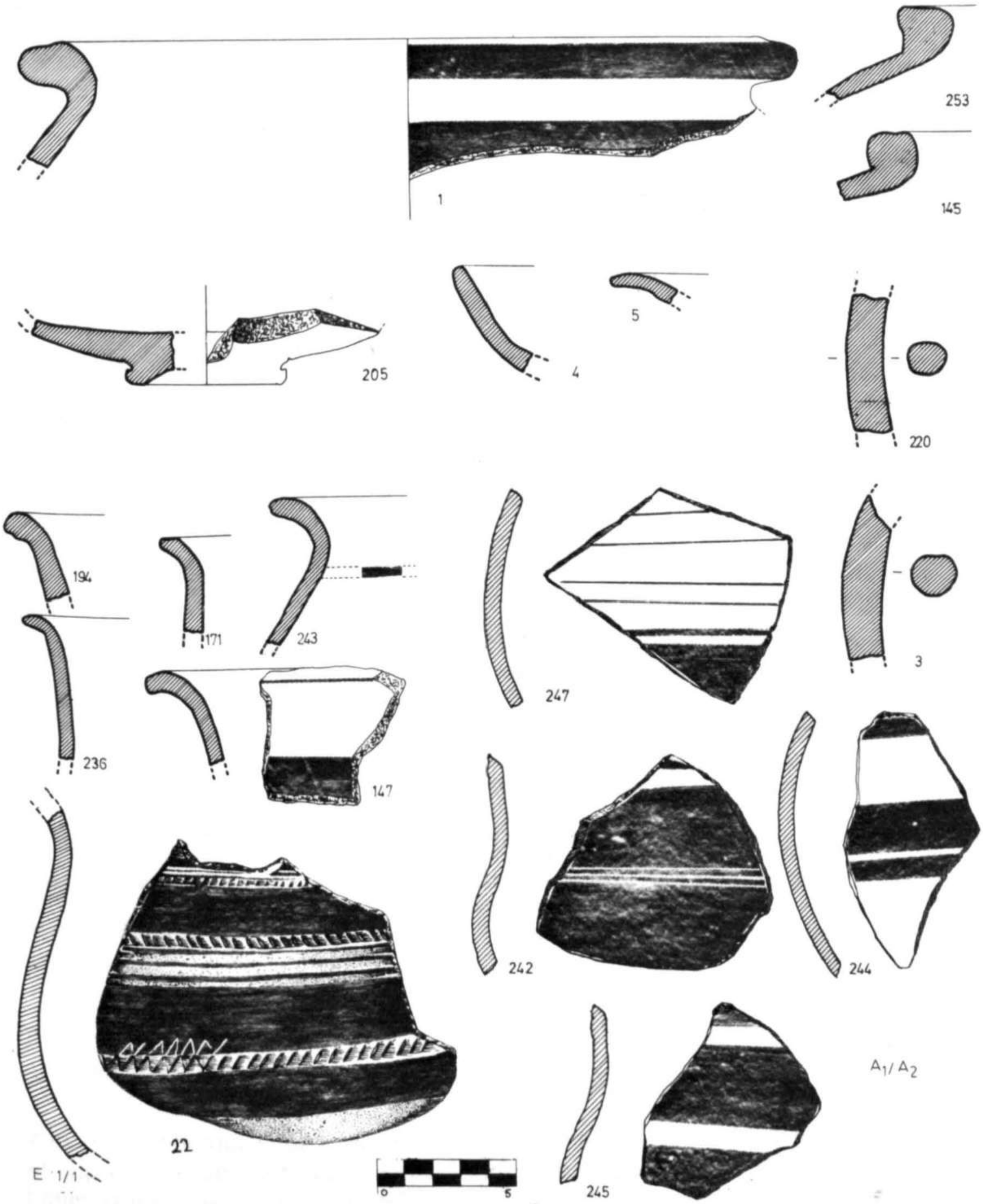


Fig. 17.—Cerámica, en su mayoría decorada, de la cuadrícula A1/A2.

Cuadrículas B1/B2

Aparece gran cantidad de cerámica desde los 15 hasta los 40 cm, en especial en la B2, en la cual en su tercera parte superior derecha empieza a estar pavimentada a base de arcilla trabajada cuidadosamente, en lugar del enlosado de las otras cuadrículas.

CERAMICA. Se contabilizan:

	ANFORAS		VASIJAS			
			B1		B2	
	A	B	A	B	A	B
Bordes	7	2	4	3	7	4
Panzas	3	2	—	1	4	—
Fondos	—	—	2	1	1	4

Asa: tipo B: 1.

CERAMICA INV. SELECCIONADA

	BORDES			PANZAS		FONDOS	
	A		B	A	B	A	B
Anforas (Fig. 19).....	1	12	354	270			
	2	14	355	288	—	—	3
	5	234	357				4
	6	287	358				331
	7	317	360				334
	8	325	361				362
	9	324	363				425
	10	335	364				
	11	336	365				
		354	366				
		355	367				
		357	374				
		358	428				

Inv. 322. Borde con banda pintada de color rojo (Fig. 18).

Inv. 324. Borde en el que en el inicio de la panza aparece decoración estampillada. Son dos sellos juntos, cuyo motivo semeja una «palmeta» evolucionada (Fig. 18).

Vasijas	342		377/375 pintadas
Platos	243	—	

Asa: n.º 321 del tipo A (Fig. 13).

Inv. 387. Anforita del tipo C, de 6 cm de altura (Fig. 13).

PONDUS

De caras trapezoidales de 10 cm de altura, cuyas bases son cuadrados de 9 cm y 7 cm de lado, la inferior y la superior, respectivamente. Presenta un orificio que le atraviesa de parte a parte a 3 cm de h de la base superior, que se sitúa en la mitad de su anchura de 2 cm de diámetro. Tiene señales de haber estado al fuego.

HUESOS

Pequeño cuerno de oveja macho.

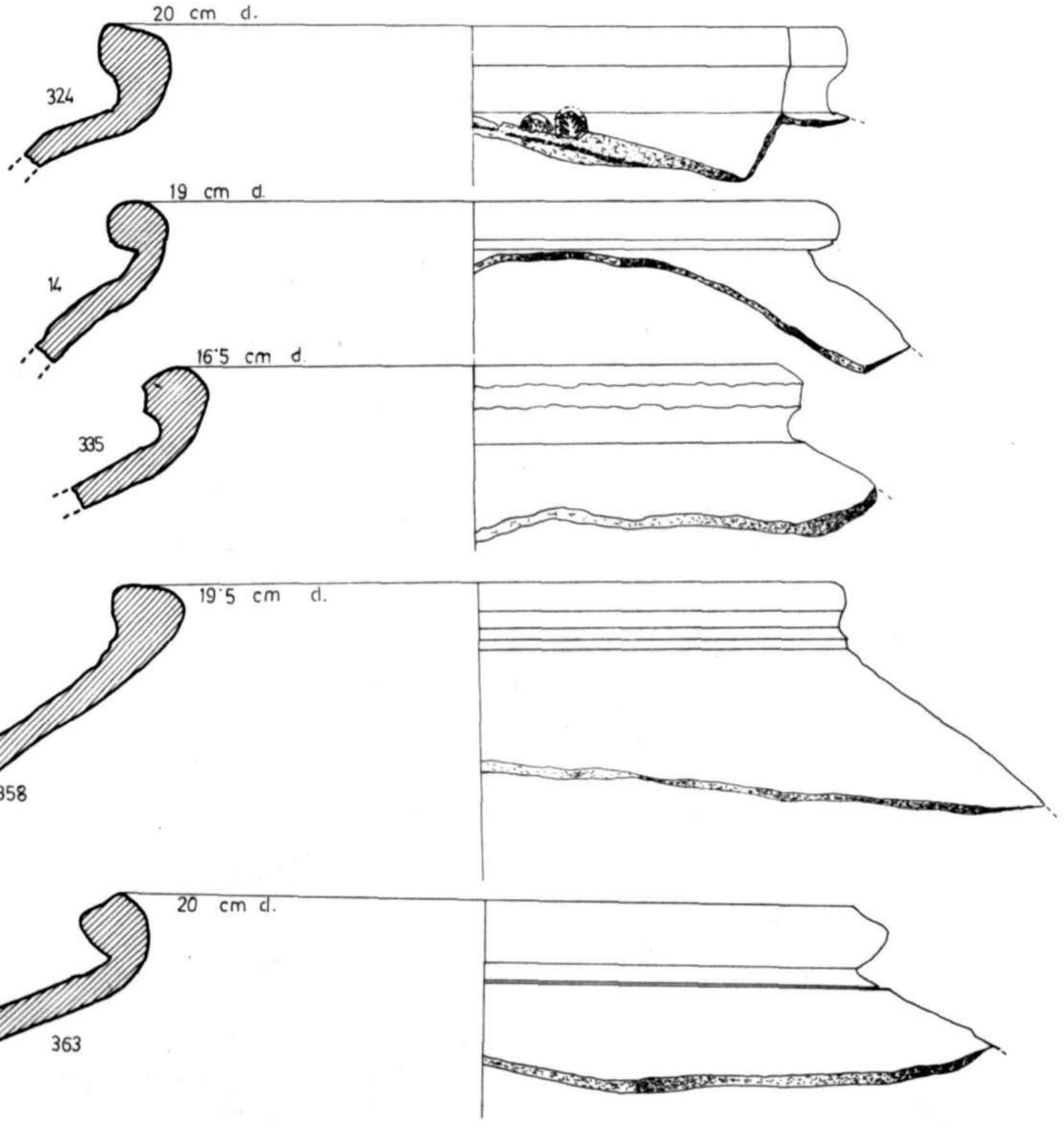


Fig. 18.—Bordes de ánfora de la B2. El núm. 324 con estampillado de «palmetas».

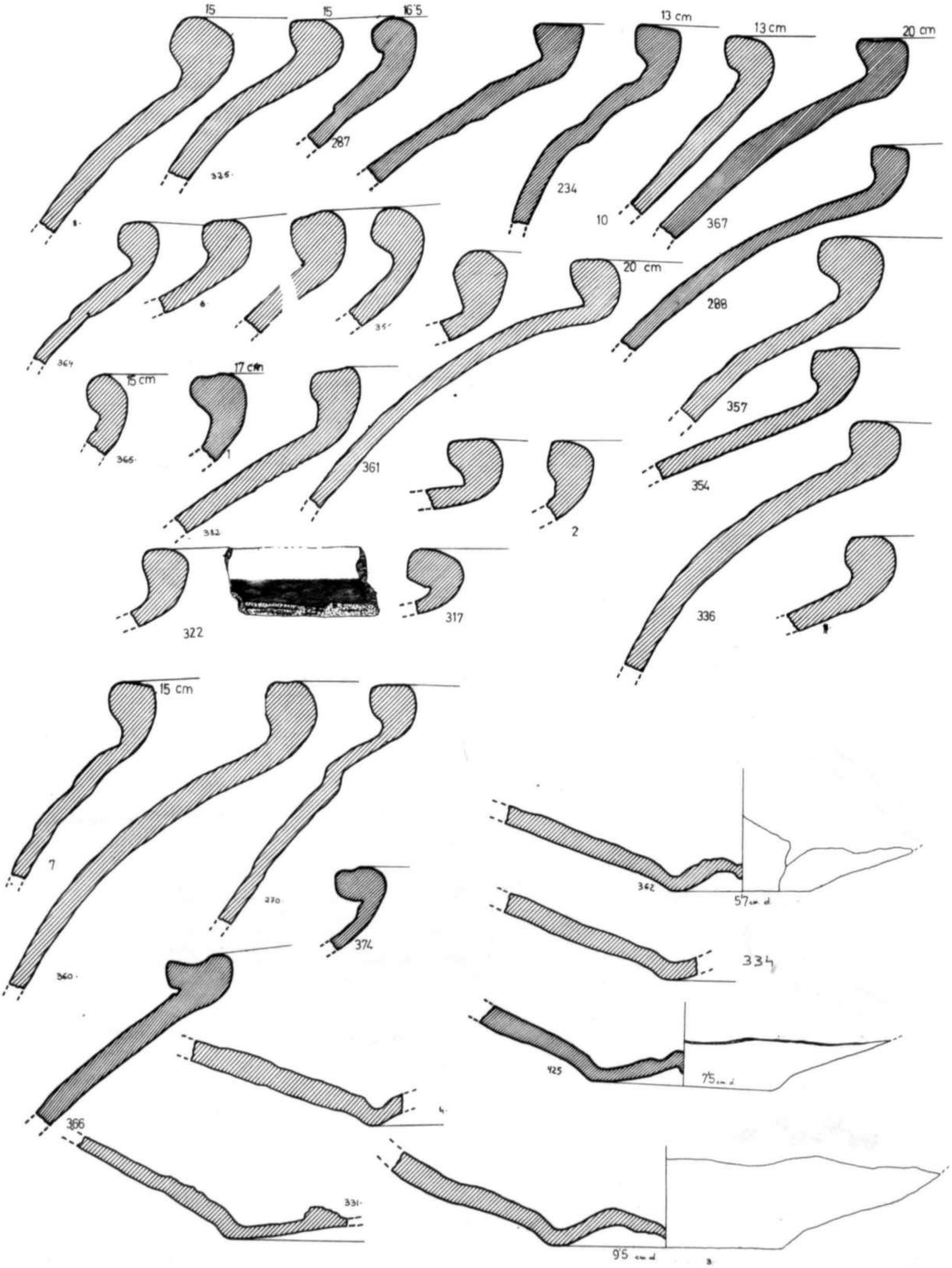


Fig. 19.—Bordes y fondos de ánfora de la cuadrícula B1/B2.

Cuadrículas C1/C2

A partir de los 30 cm aparece cerámica en gran cantidad, señalándose los pozos 9 y 10.

Continúa el pavimento con una altura de 30 cm, dándose también madera quemada y el primer grafito que aparece en el borde de un plato en la cuadrícula C1, que se indica con una crucecita en el plano.

CERAMICA. Se contabilizan:

	ANFORAS		VASIJAS	
	A	B	A	B
Bordes	2	1	1	—
Fondos	4	—	—	—

	POZO 9	POZO 10
Tipo A. gris con engobe siena	4	9
Tipo A. gris/roja	9	3
Tipo B. roja	2	2

CERAMICA INV. SELECCIONADA

	BORDES				
	A				B
ANFORAS (Fig. 24)	1	13	82	481	15
	3	15	105	496	—
	4	52	465	553	—
	5	57	460	563	—
	6	62	476	619	—
	8	66	479	621 *	—
	11	78	480	—	—

Núm. 564. Está decorada con bandas pintadas (Fig. 23).

Núm. 485. Presenta en la parte superior de la panza, un friso con decoración estampillada de sellos, en los que se alternan motivos de enrejado y espigas (Fig. 20).

FONDOS		PANZAS
Del *tipo A* n.º		Tenemos de medida de la circunferencia de la panza, tomada en diferentes fragmentos:
2	501	44 cm
10	516	42 cm
16	546	44 cm
17	548	42 cm
Del *tipo B* n.º: 470, 545		y una altura de 38 cm aproximadamente.

	BORDES		PANZAS	
	A	B	A	B
VASIJAS (Fig. 22)	487	500	14	
	decorados			

Asas: (Fig. 22).

Inv. 489. De tipo B y sección ovalada.

Inv. 507. De tipo A y sección rectangular redondeada con depresión central.

(*) Figura 22.

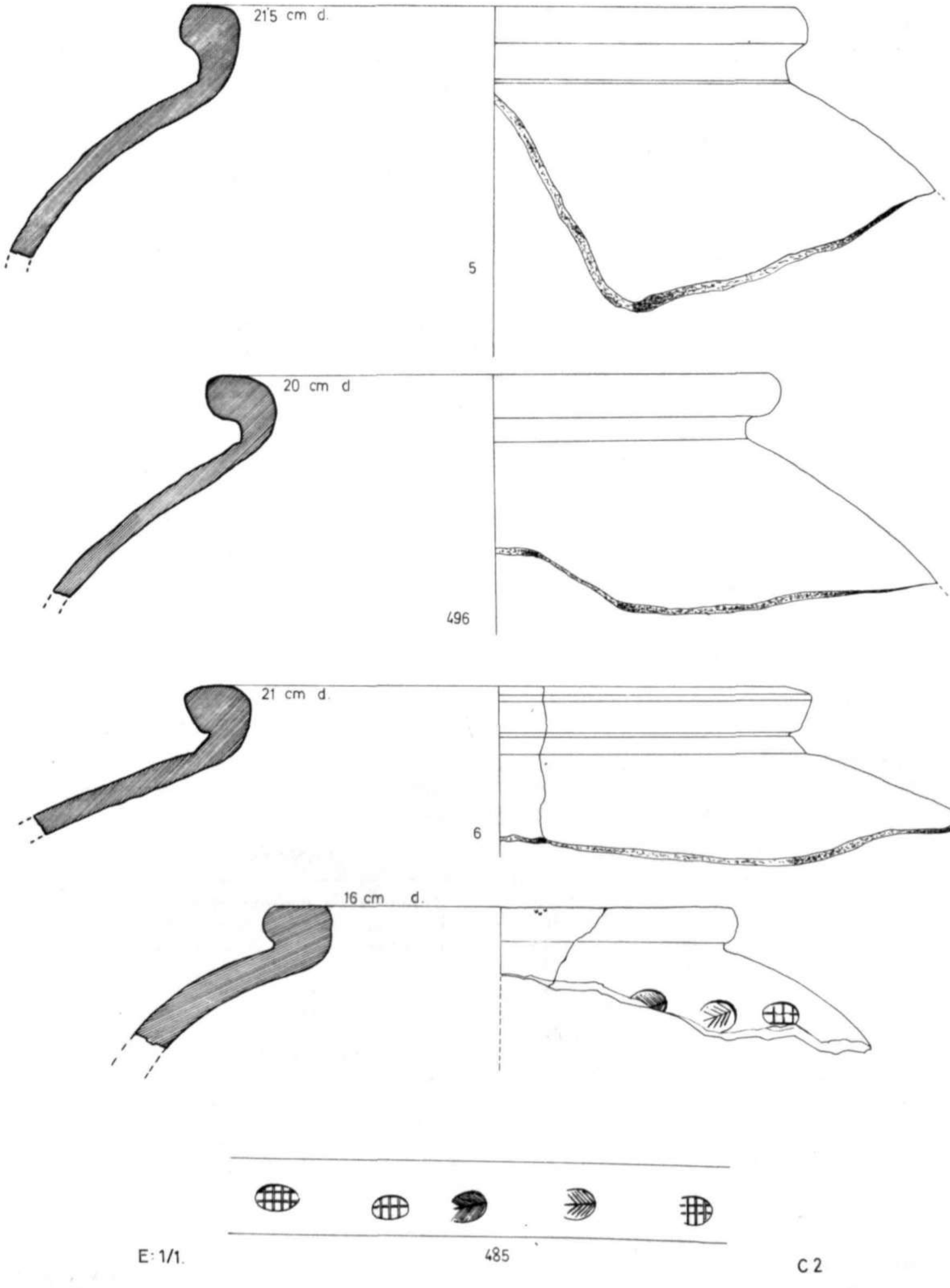


Fig. 20.—Bordes de ánfora de la C. C1/C2. La núm. 485, con estampillado de enrejado y espigas.

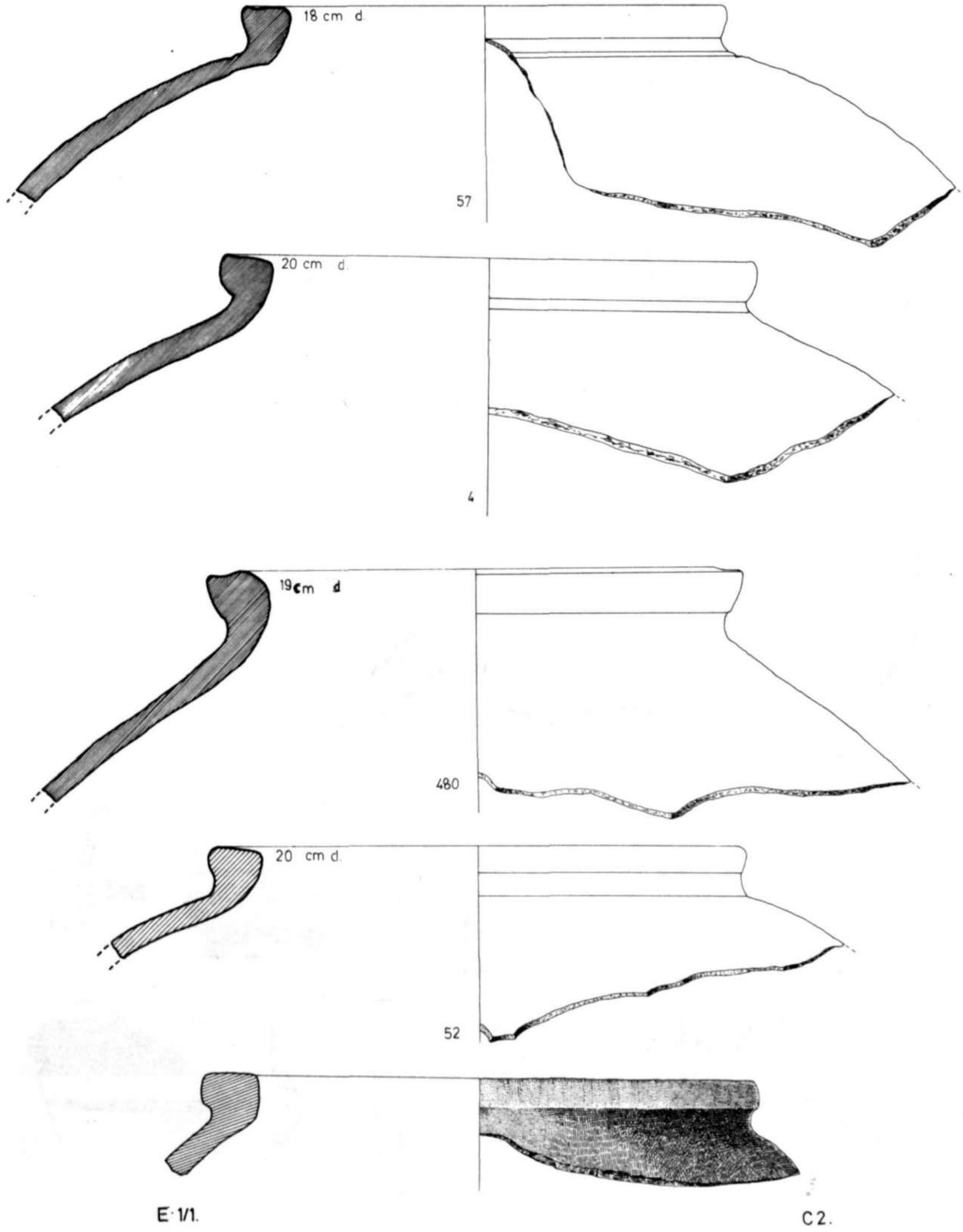


Fig. 21.—Bordes de ánfora de la C. C1/C2.

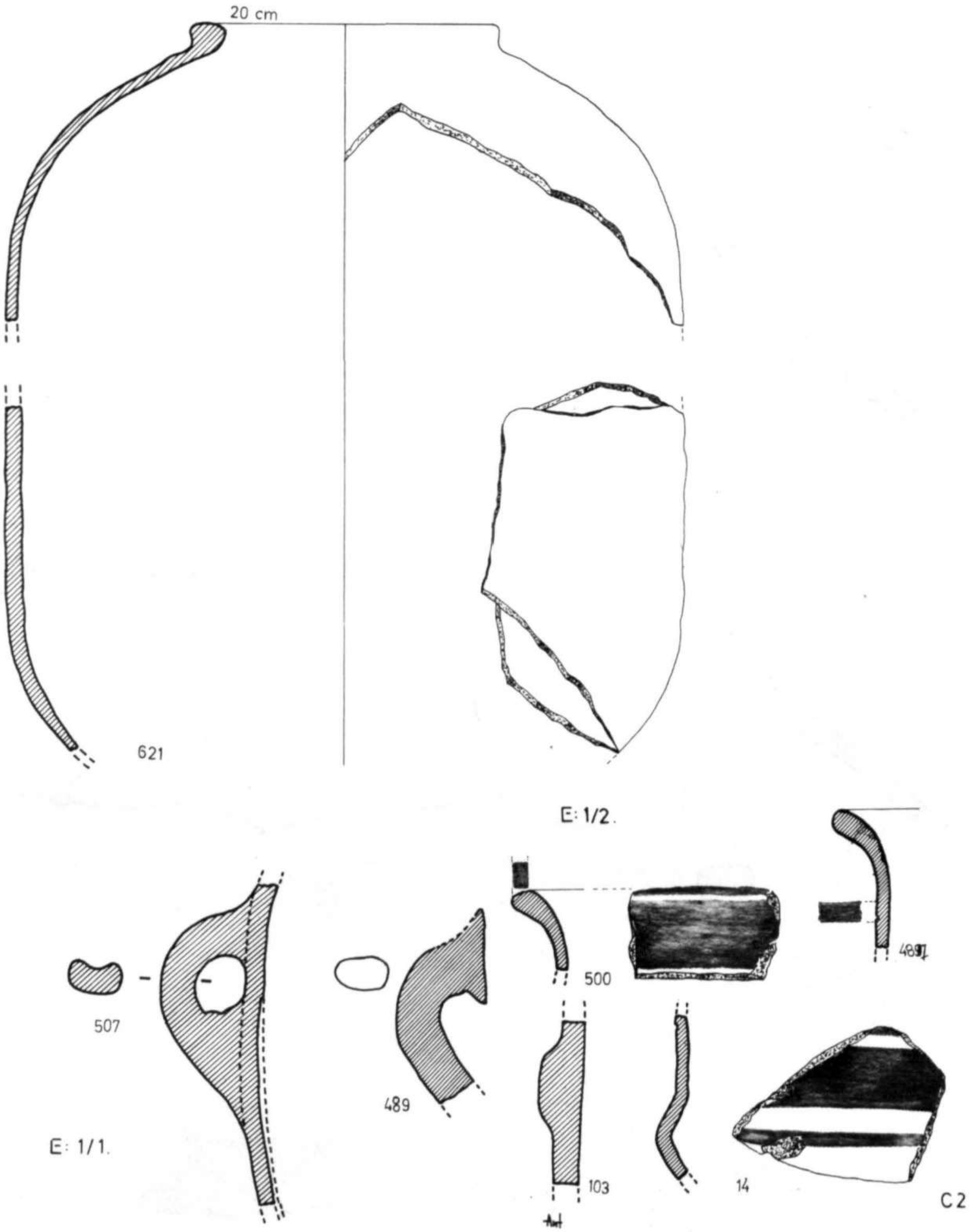


Fig. 22.—Cerámica diversa de la C. C1/C2.

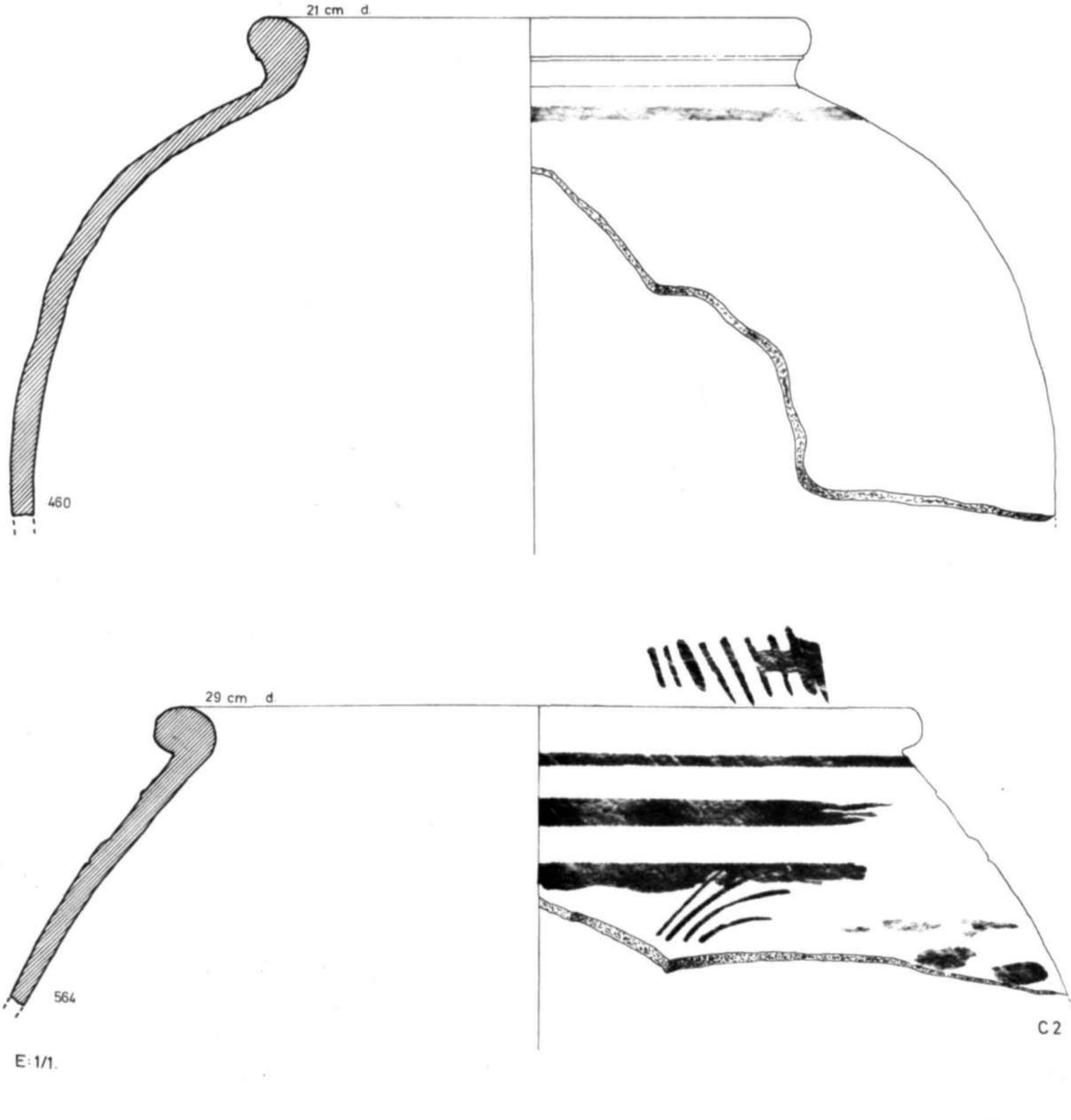


Fig. 23.—Bordes de ánfora con pintura de bandas y otros motivos geométricos. C1/C2.

El plato con el grafito, de la figura 25, es de tipo B, de forma similar a los que aparecen comúnmente en el yacimiento, labio redondeado, galbo convexo y fondo anular, ligeramente cóncavo de 48 cm de d., en tanto que el del borde es de 15 cm, y la anchura del mismo de 2 cm. Presenta restos de decoración de bandas.

La inscripción consta de cuatro signos que pertenecen al mundo prerromano con un sistema de alfabeto semisilábico, que hemos transcrito: $\underset{1}{\wedge}\ \underset{2}{\dashv}\ \underset{3}{|}\ \underset{4}{\mathrm{M}}$ (véase dibujo).

1 consonante continua «l»
3 oclusiva ..... «b»
4 consonante continua «n»

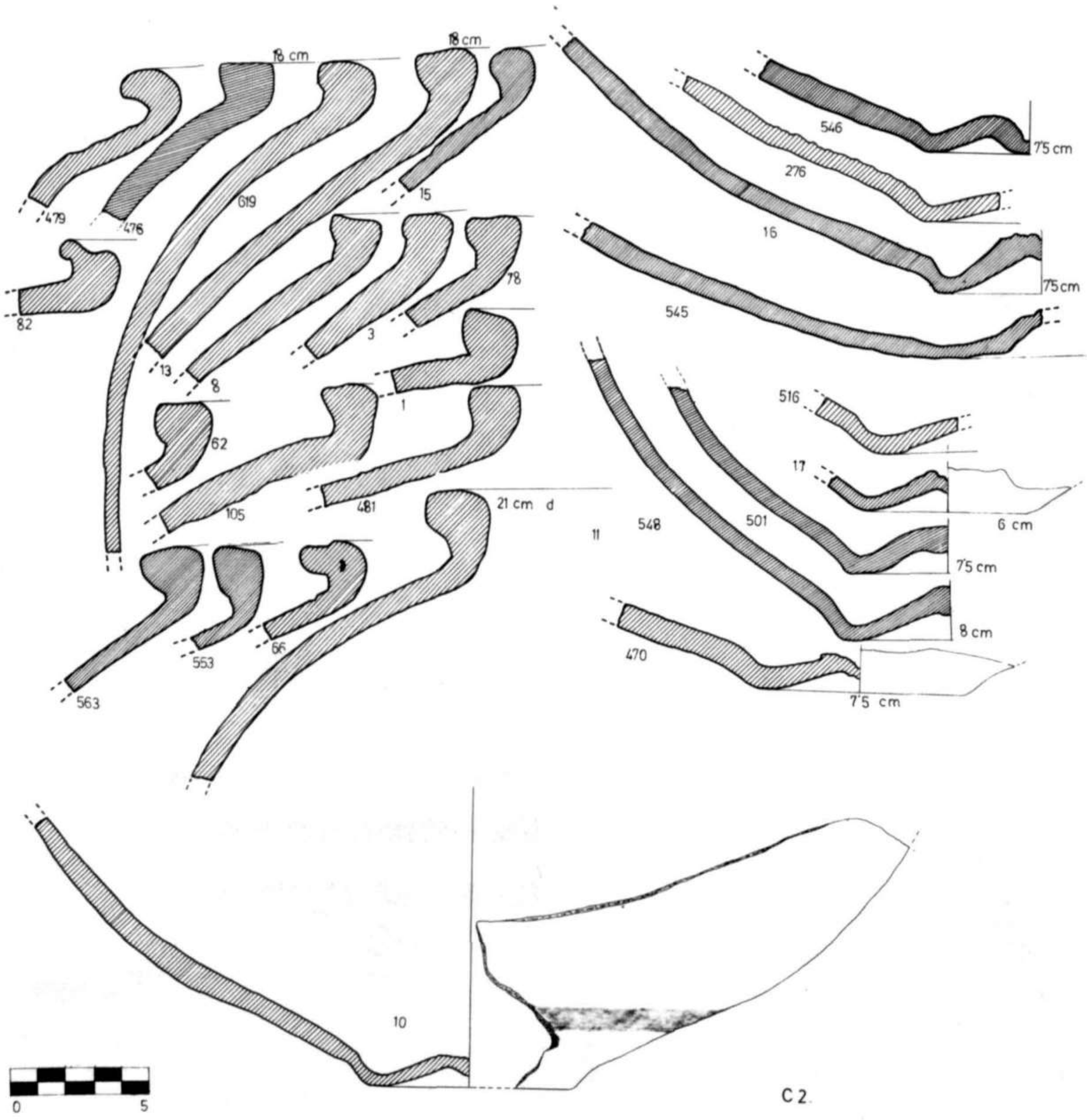


Fig. 24.—Bordes y fondos de ánfora de la cuadrícula C1/C2.

En cuanto al signo 2[1] lo hemos interpretado como una «e» por asimilación a la épsilon griega, que en ibérico está invertida y cuyos rasgos se orientan bien a un lado u otro en el siglo III a. de C., con lo que leeríamos *leban*, y dado que Lobetum es Lebetion en griego, que viene de λεβης λεβγτος y que antiguamente se empleaba la forma acusativa λεβγη, traduciéndose como caldera para calentar el agua o cuenco, podríamos interpretarlo en este sentido: *cuenco*.

(1) Nos remitimos a nuestra comunicación en el Simposio sobre la Baja Epoca Ibérica, mayo 1979.

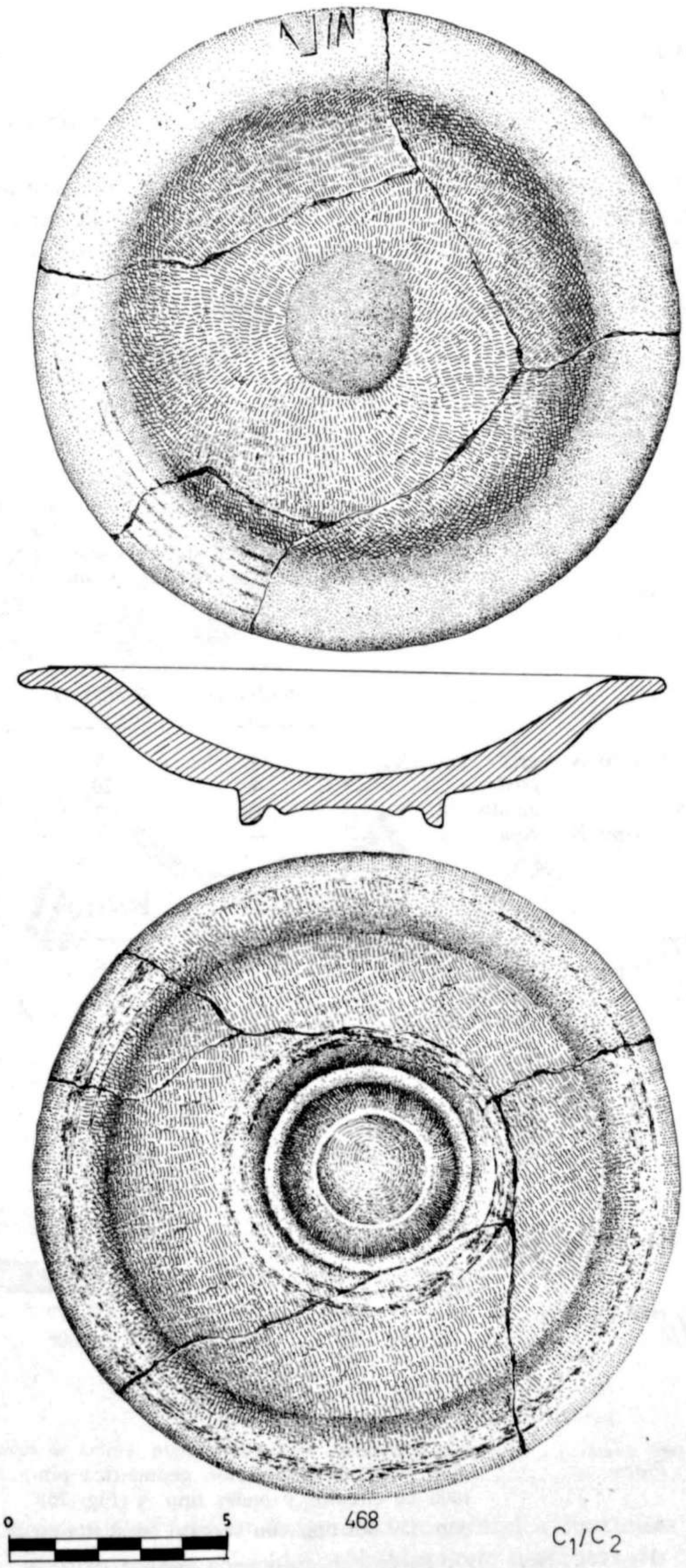


Fig. 25.—Plato con restos de decoración y grafito en el borde.

Cuadrículas D1/D2

Continúa el pavimento en estas cuadrículas, surgiendo los pozos 11, 12, 13, y el 14, que entra en la 1D.

Recogimos trigo contenido en unas vasijas que sobre unos adobes se apoyaban en el ángulo inferior izquierdo de la D1, en tanto que en la otra surge un muro dirección NO/NE del primer tipo de técnica de la campaña de 1975.

CERAMICA. Hemos contabilizado:

	ANFORAS		VASIJAS	
	A	B	A	B
Bordes	13	2	—	1
Panzas	1	2	—	—
Fondos	8	—	—	—

Tipo C: Un borde, dos panzas, una de ellas con incisión de líneas paralelas oblicuas y un fondo.

		POZO 11	POZO 12
Tipo A:	gris	1	5
	gris/roja	4	20
	sandwich	—	3
Tipo B:	roja	—	1

		POZO 13	POZO 14
Tipo A:	gris	1	5
	gris/roja	9	70
	sandwich	—	2
Tipo B:	roja	—	8

CERAMICA INV. SELECCIONADA

	BORDES			FONDOS	
	A		B	A	B
Anforas (Fig. 26) ..	53	575	507	51	577
	54	580	625	579	606
	59	588		605	
	509	622			

Plato .....núm. 150 con decoración geométrica pintada de círculos y ondas tipo A (Fig. 26).

Asa .....núm. 50 del tipo con sección circular tipo B (Fig. 26).

Tipo C (Fig. 26): Núm. 397. Borde con decoración plástica trenzada.
Núm. 44. Fondo y panza. Aquél plano.
Núm. 632. Asa con depresión central.

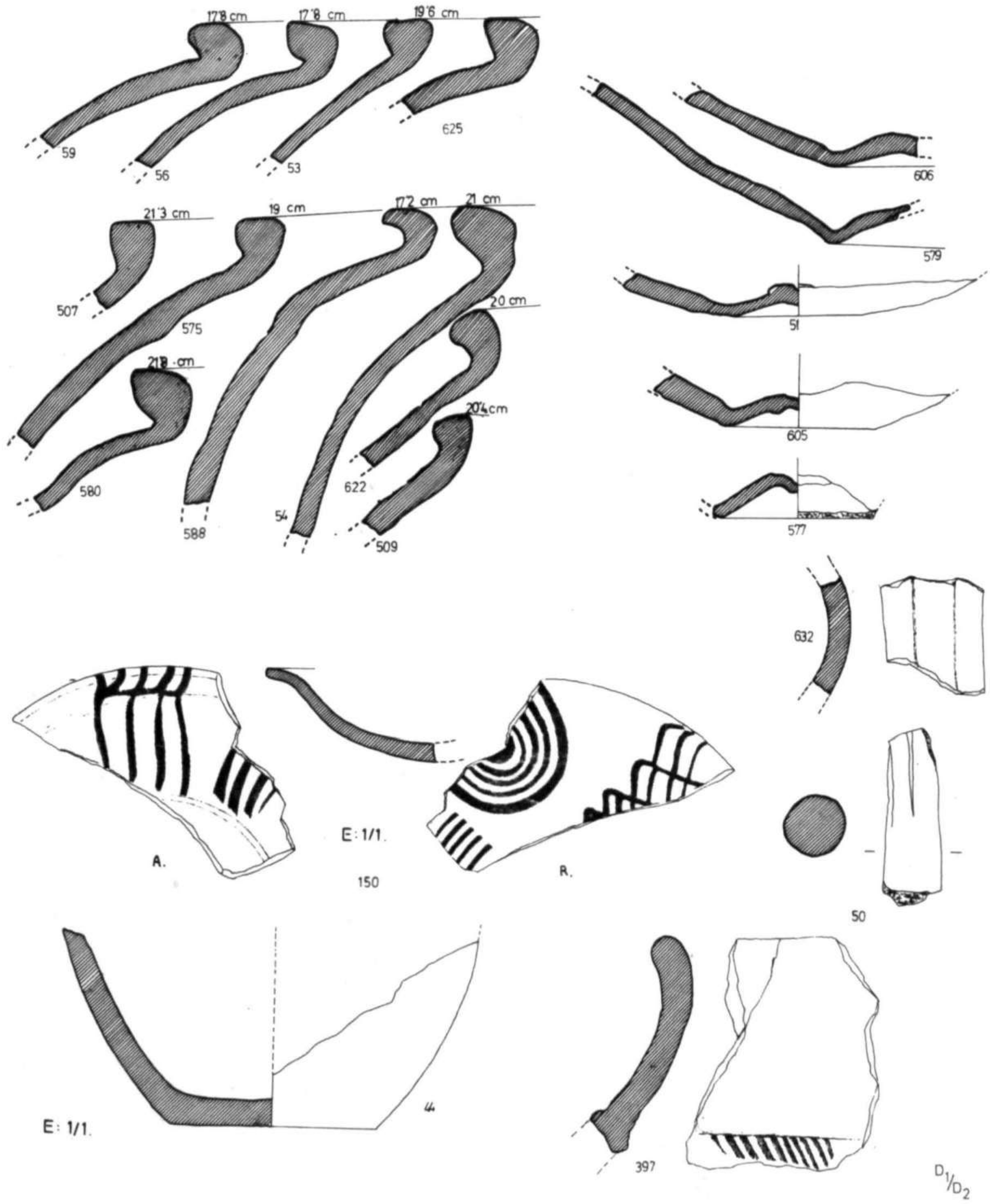


Fig. 26.—Bordes, fondos de ánfora, plato pintado con decoración geométrica y cerámica tipo C: núms. 44, 397 y 632 de la D1/D2.

Hemos recogido en este área un fragmento de cerámica cuarteada y con pompas que presenta estructura laminar, debido probablemente a efectos de cocción a temperatura muy alta en el horno, lo que sería una prueba más de la existencia de éstos, que la constatación de los barros con las pastas cerámicas nos confirma.

— Pondus, con agujero central y redondeada, es la única de esta forma que aparece en el yacimiento.

METAL. Dos clavos de hierro de cabeza gruesa (Fig. 40).

HUESOS. Algunos fragmentos sin identificar de O/C.

CAMPAÑA 1977

Cuadrículas 1E/E1/E2

Se agrupa en estas tres cuadrículas un recinto con planta de tendencia triangular construido por muros de técnica similar a la de 1975 en el que aparece cantidad de cerámica en los 55 cm excavados, en tanto que ésta es escasa en la E2.

CERAMICA. Se contabilizan:

	ANFORAS		VASIJAS	
	A	B	A	B
Bordes	16	3	23	8
	decorados		decorados	
Bordes	5		2	1
Panzas	43		31	15
	decoradas		decoradas	
Panzas	1		14	
Fondos	—		7	2

Tipo C: 64 fragmentos de panzas, 3 fondos y 3 bordes.

CERAMICA INV. SELECCIONADA

	BORDES		PANZAS		FONDOS	
	A	B	A	B	A	B
Anforas	2/16		11		23	24
	3/21					
	4/4					
	5					
Vasijas, dec.		6				
		12				

Asas: N.º inv. 16 de tipo A.
N.º inv. 17 de tipo B.

Inv. 54. Anfora de 21 cm de diámetro en la boca, tipo A, con decoración geométrica pintada en rojo, de bandas paralelas (Fig. 27).

Inv. 26. Fragmento de borde de ánfora, tipo A, con decoración geométrica pintada de banda de 2 cm de ancho, bajo la cual hay motivo de rayas paralelas oblicuas (Fig. 27).

Inv. 25. Borde de ánfora con decoración geométrica, pintada de rojo, de líneas onduladas paralelas en un friso, debajo del cual en otro el motivo recoge líneas curvadas, cuya exacta disposición no puede determinarse. Tipo A (Fig. 27).

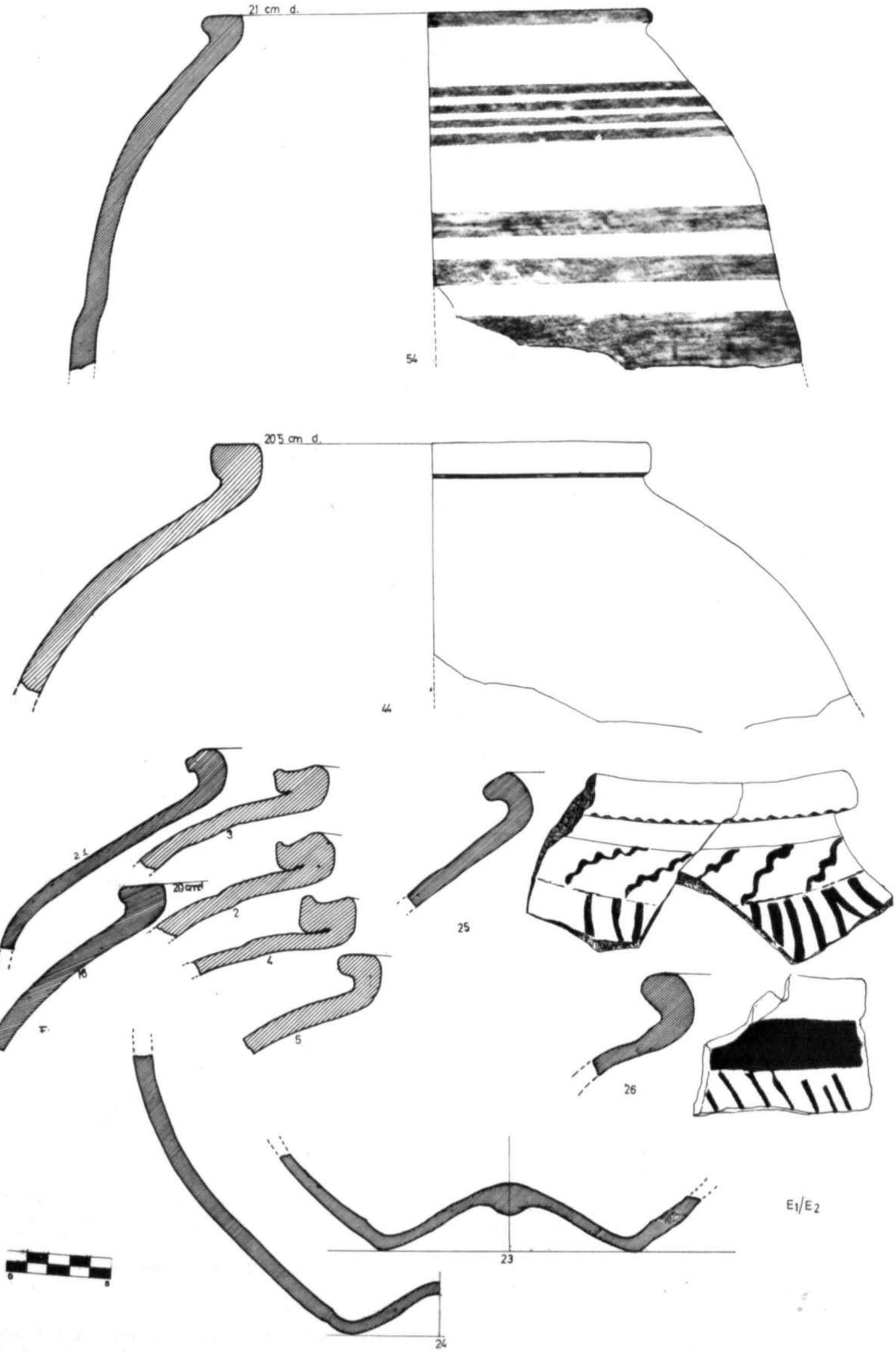
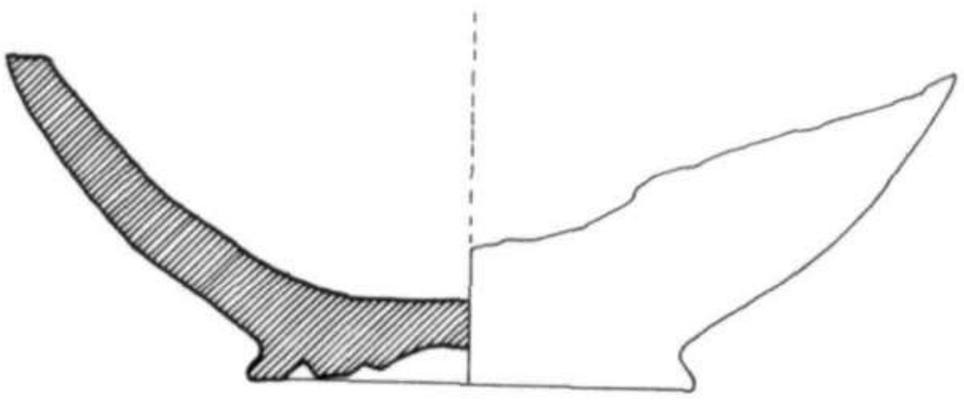
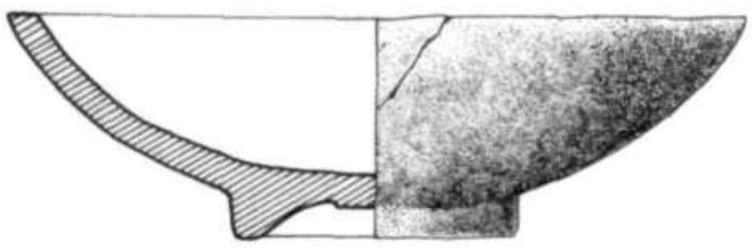
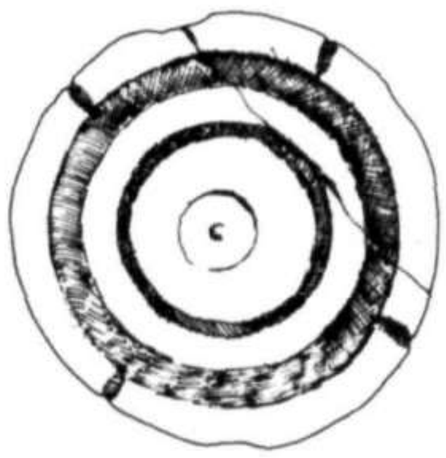


Fig. 27.—Bordes y fondos de la E1/E2.

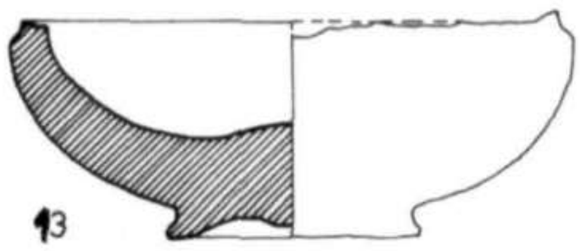




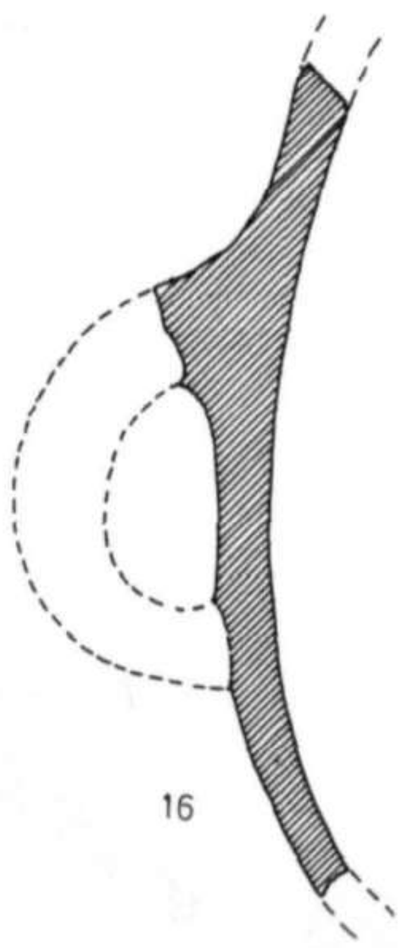
18



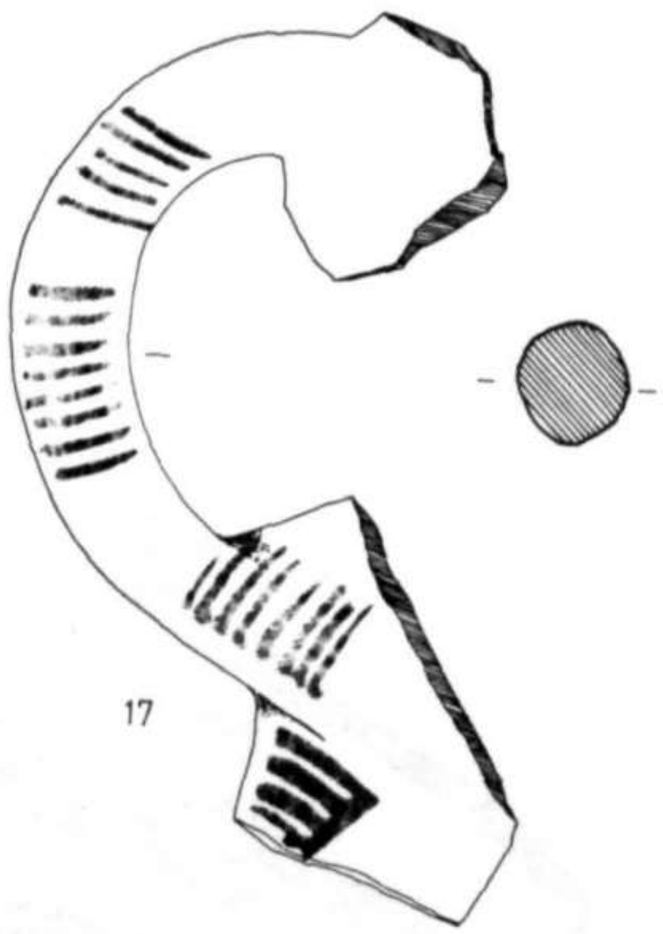
80



13



16



17

E: 1/1.

E_1/E_2

Fig. 28.—Platos, uno de cuyos fondos presenta cuatro muescas, y asas de la E1/E2.

Inv. 1. Vasija tipo A, de 22 cm de diámetro de boca, 14,5 cm de altura, y fondo de 8,5 cm de diámetro. El tipo es el mismo de las vasijas que aquí aparecen, con igual decoración de bandas pintadas (Fig. 29).

Inv. 13. Pequeño platito o cuenco de casi 3,5 cm de altura, tipo A, de borde redondeado entrante, fondo cóncavo, con abultamiento central (Fig. 28).

Inv. 18. Plato de tipo B, del tipo de labio redondeado (Fig. 28).

Inv. 80. Plato al que le falta el borde de tipo B, en cuyo fondo moldurado, en el reborde exterior, cuatro incisiones que podrían corresponder a haber estado apoyado el plato en separadores durante el tiempo de la cocción (Fig. 28).

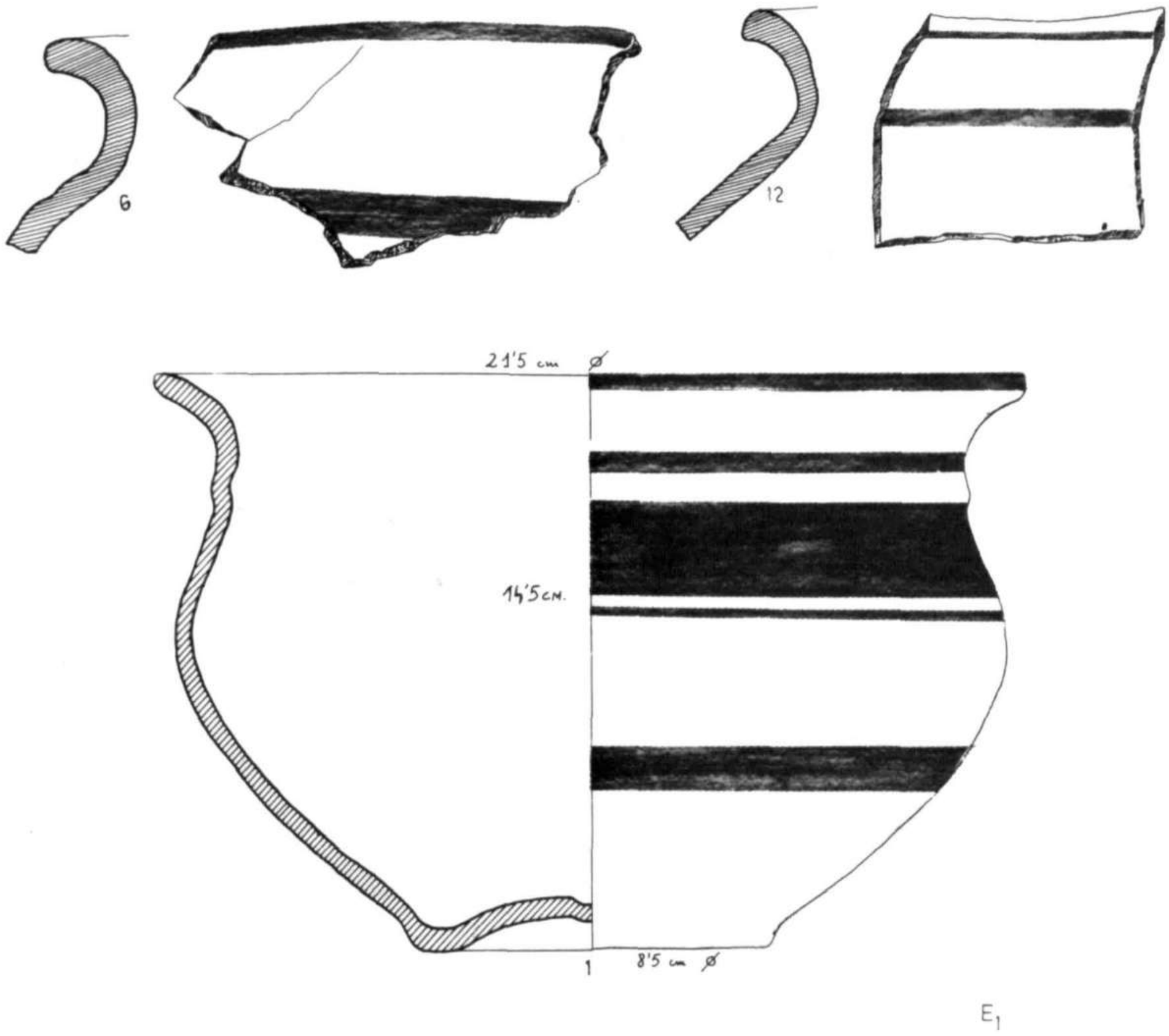


Fig. 29.—Bordes y vasija decorados con bandas pintadas de la E1/E2.

METAL

Aparecen fragmentos de clavos de hierro y una campana del mismo material bajo una olla de cerámica a 55 cm de profundidad en la E1.

— La campana que aparece fragmentada lleva el badajo adosado a la pared interior, que colgaría de una barra horizontal colocada en la parte superior, donde en la parte final una perforación redondeada, de 1,5 cm de diámetro, sería para introducir una cuerda con que sujetarla al animal. Altura de la campana, 9 cm y diámetro inferior, 6,5 cm.

— Campana en *bronce*, a 28 cm de profundidad en la E1, junto al muro y a 80 cm en línea recta de la cuadrícula E2. Presenta también badajo, aunque parece no ser bronce, suspendido de una barra horizontal que remata en la parte exterior por unos remaches, con una perforación circular de 2 mm de diámetro en la parte superior. Altura, 3,3 cm. Diámetro de la base, 2 cm.

HUESOS

Restos de O/C y de un caballo joven.

Cuadrícula 1A'

Adobes enlucidos y alguna vasija del tipo C que contienen granos de trigo y yeros (Lám. II, 1 y 2), además de una gran variedad de formas cerámicas, la mayoría decoradas, nos ofrece esta cuadrícula, en la que el «pozo» 15, de estructura distinta a los otros, que aquí resulta geminadas, es decir, no doble, sino dos partes de un total, presente un solo nivel excavado en la capa caliza, y en cuyo derredor se ha recogido madera quemada en cantidad apreciable.

CERAMICA. Se contabilizaron:

	ANFORAS		VASIJAS	
	A	B	A	B
Bordes	17	—	3	21
Bordes decorados	—	—	22	—
Panzas	203	23	—	12
Panzas decoradas	31	—	34	3
Fondos	34	2	—	10
Fondos de pasta gris	14	—	—	—

	A	B
Platos:		
— Sin decoración de labio redondeado	25	12
— Decorados, con el labio redondeado	1	—
— Fondos	5	1
Asas:	8	2

CERAMICA INV. SELECCIONADA

		BORDES		PANZAS		FONDOS	
		A	B	A	B	A	B
Anfors s/d (Fig. 30)		2/15/ 25	—	—	—	104	139
		3/17/ 28	—	—	—	133	—
		8/18/316	—	—	—	137	141
		11/22/324	—	—	—	140	—
		12/23	—	—	—	143	—
		13/24	—	—	—		
Anforas decoradas (Fig. 30)		14/31					
		16/88					
		20/100					
		19/312					
		25/326					
		26					

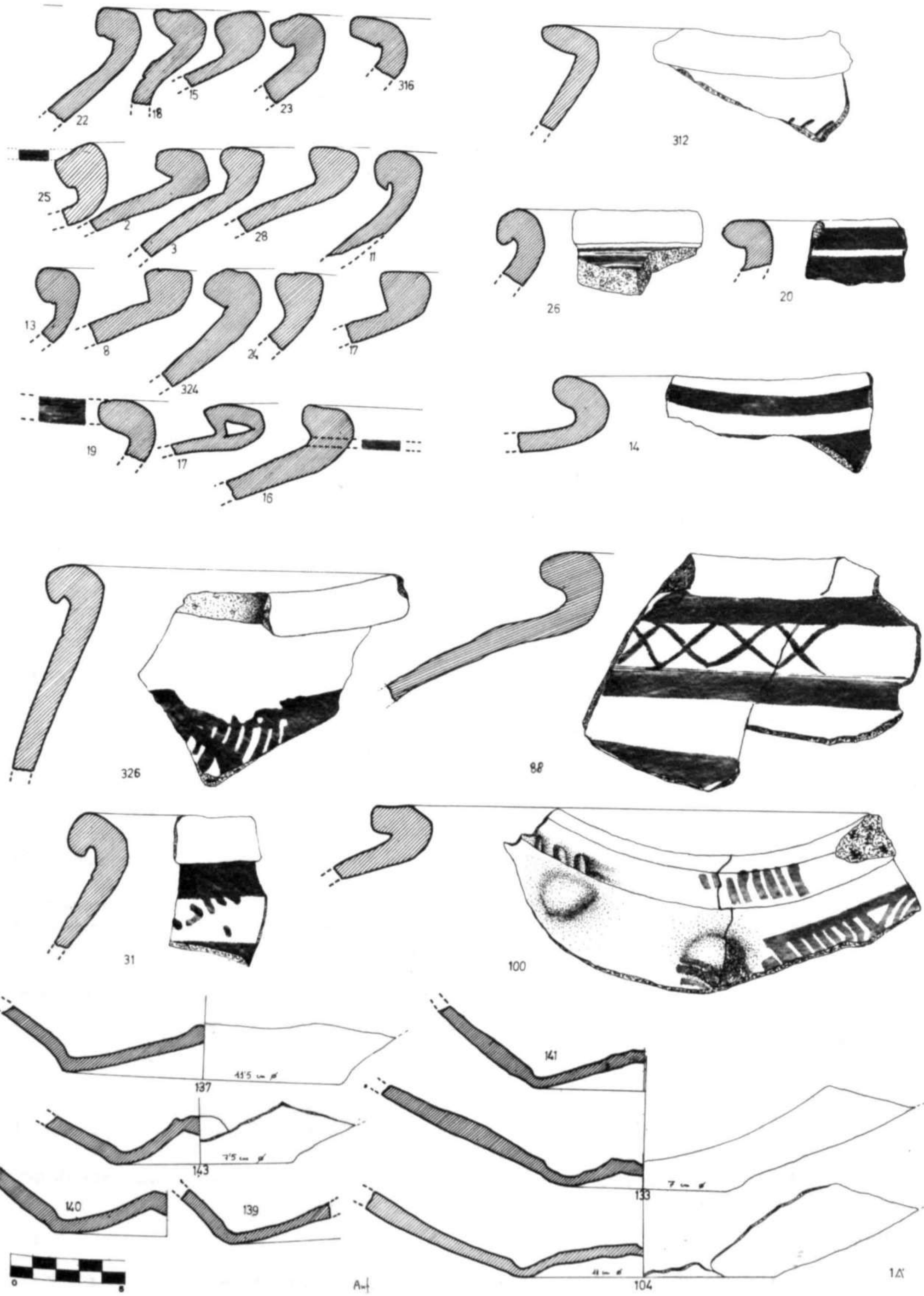


Fig. 30.—Bordes y fondos de ánforas. La núm. 100 presenta decoración pintada de motivos geométricos, tres muescas en el borde y unas protuberancias en la panza. 1A'.

	BORDES			PANZAS		FONDOS	
	A		B	A	B	A	B
Vasijas: — s/d.....	38	45	4	138	125	127	102
	40	49	21	—	—	134	115
	41	109	311	—	—	135	131
	42	114	—	—	—	—	138
	43	—	—		—	—	—
— decoradas	9	51	10	111	125	110	—
(Figs. 31, 32 y 33)	35	106	32	126	133	124	—
	44	117	50	138	—	—	—
	46	123	107	—	—	—	—
	48	—	113	—	—	—	—
	—	—	142	—	—	—	—

	A	B
Platos:		
— s/decoración, de labio redondeado (Fig. 36)	—	2- 5 -27
— con decoración (Fig. 34)	57	54-56-58
Asas (Fig. 36).....	25-27	26
Oinochoes (Fig. 35):		
— n.º 111 A	1	
— n.º E —gris—	1 pintada	
— n.º B		1 pintada
— n.º C		1 pintada con incisiones
— n.º D		1 d. incisa

Anforas del tipo A:

Inv. 88. La decoración en «X» pintada es un motivo nuevo en el poblado que hasta ahora sólo aparecía incisa (Fig. 30).

Inv. 100. La pieza es realmente interesante, junto a los restos de decoración pintada geométrica, se notan tres pequeñas huellas en el borde, que semejan muescas realizadas en el barro antes de la cocción. Como es posible sea debido a efectos del horno los dos abultamientos de la cerámica, producidos por un mayor grado de temperatura en el horno (Fig. 30).

Inv. 17. Es un borde que se ha hecho hueco, doblándolo sobre sí mismo, pero dejando un espacio vacío (Fig. 30).

Inv. 312. Presenta decoración incisa de tipo ungulado.

Vasijas

Inv. 123. Lleva esta vasija en el reverso del labio una «X» incisa, cuyas aspas se cruzan no en el centro, sino en uno de los extremos. Tipo A (Fig. 33).

Inv. 128. Del tipo A esta pequeña vasija, de unos 11 cm de altura, tiene una decoración pintada que semeja manchas (Fig. 32).

Platos

Inv. 56. Presenta en ambas caras, en toda la superficie, decoración pintada de motivos geométricos que se entrecruzan. Ancho del borde: 2 cm. Tipo A (Fig. 34).

Inv. 58. El reverso del plato tiene acanaladuras paralelas que resaltan la superficie que queda entre ellas, en tanto que en zonas del labio en el anverso se pintan pequeñas manchas alargadas. Anchura del borde: 2 cm. Tipo A (Fig. 34).

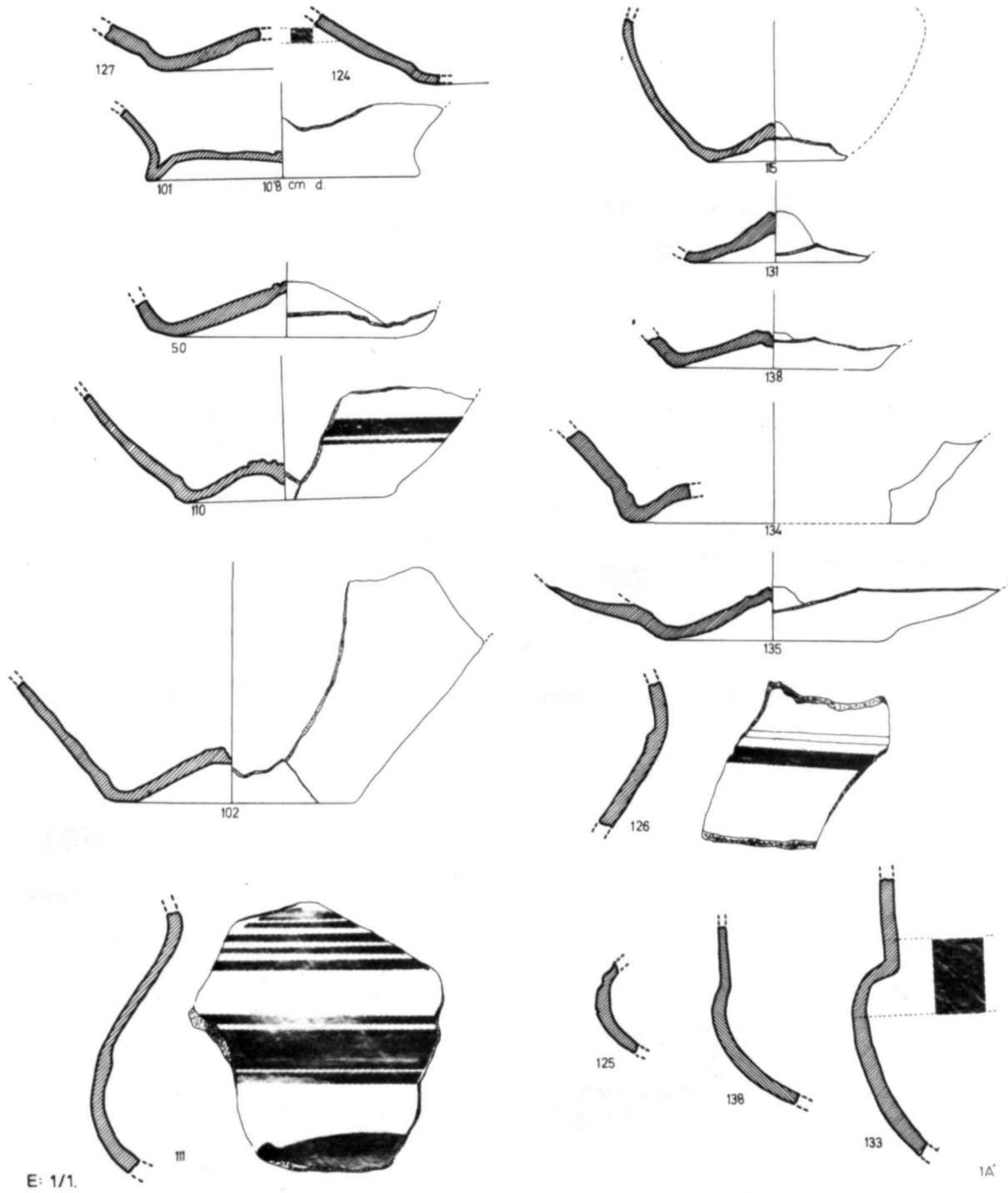


Fig. 31.—Fondos y panzas de vasijas de la 1A'.

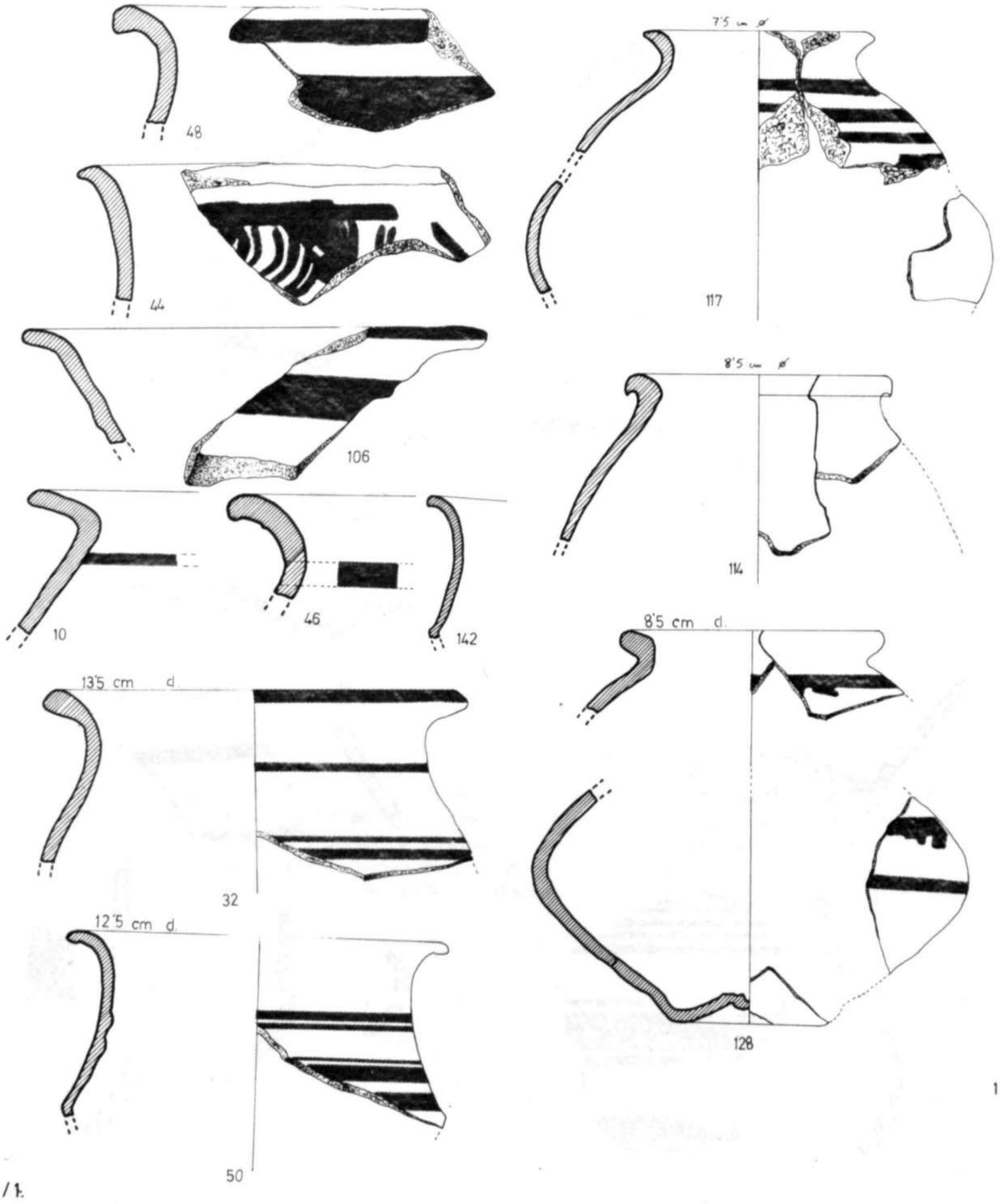


Fig. 32.—Bordes de vasijas de la 1A'.

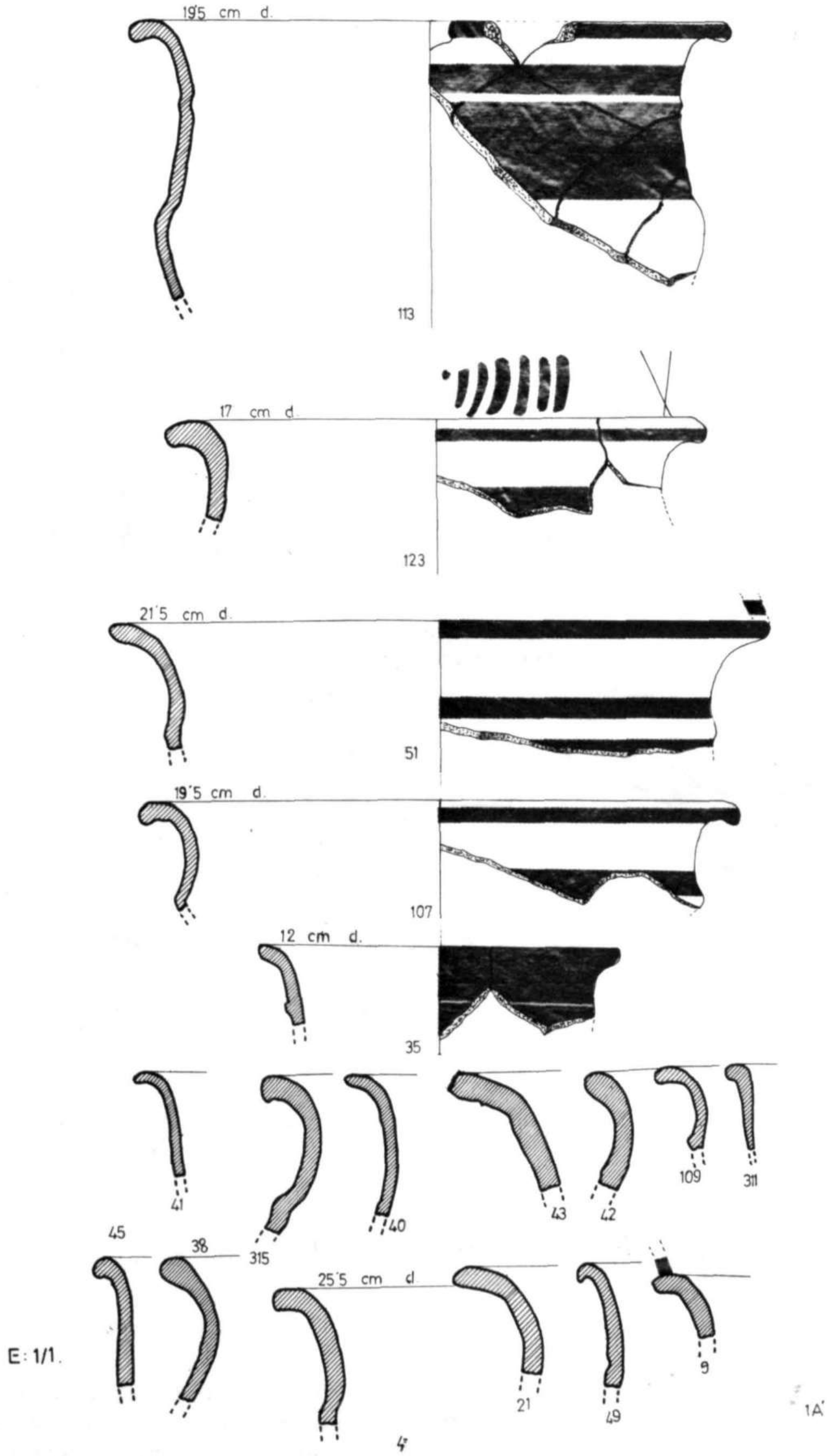


Fig. 33.—Vasijas de la 1A'.

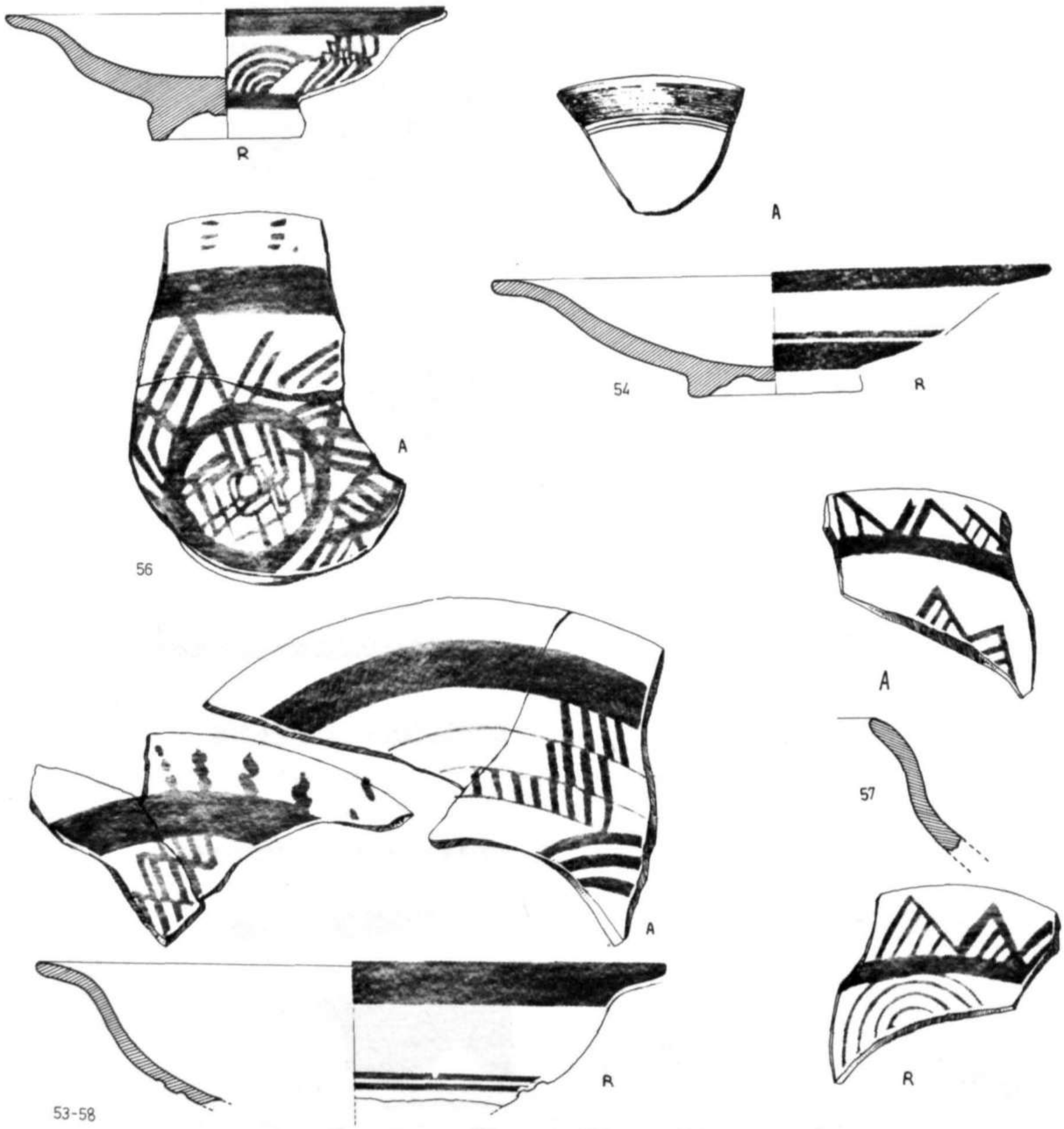


Fig. 34.—Platos de labio excavado con decoración pintada geométrica de la 1A'.

Tapadera

Tapadera pequeña tipo A, que encajaría dentro del cuerpo de la pieza de la que formaría parte (Fig. 37).

Separador

Elemento de tres brazos con agujero central, del tipo B, en el cuerpo de unión de los mismos, de acabado alisado, que entendemos es un separador de las vasijas u otras piezas cerámicas cuando éstas se colocan en el horno, lo que hemos comprobado existen en alfares.

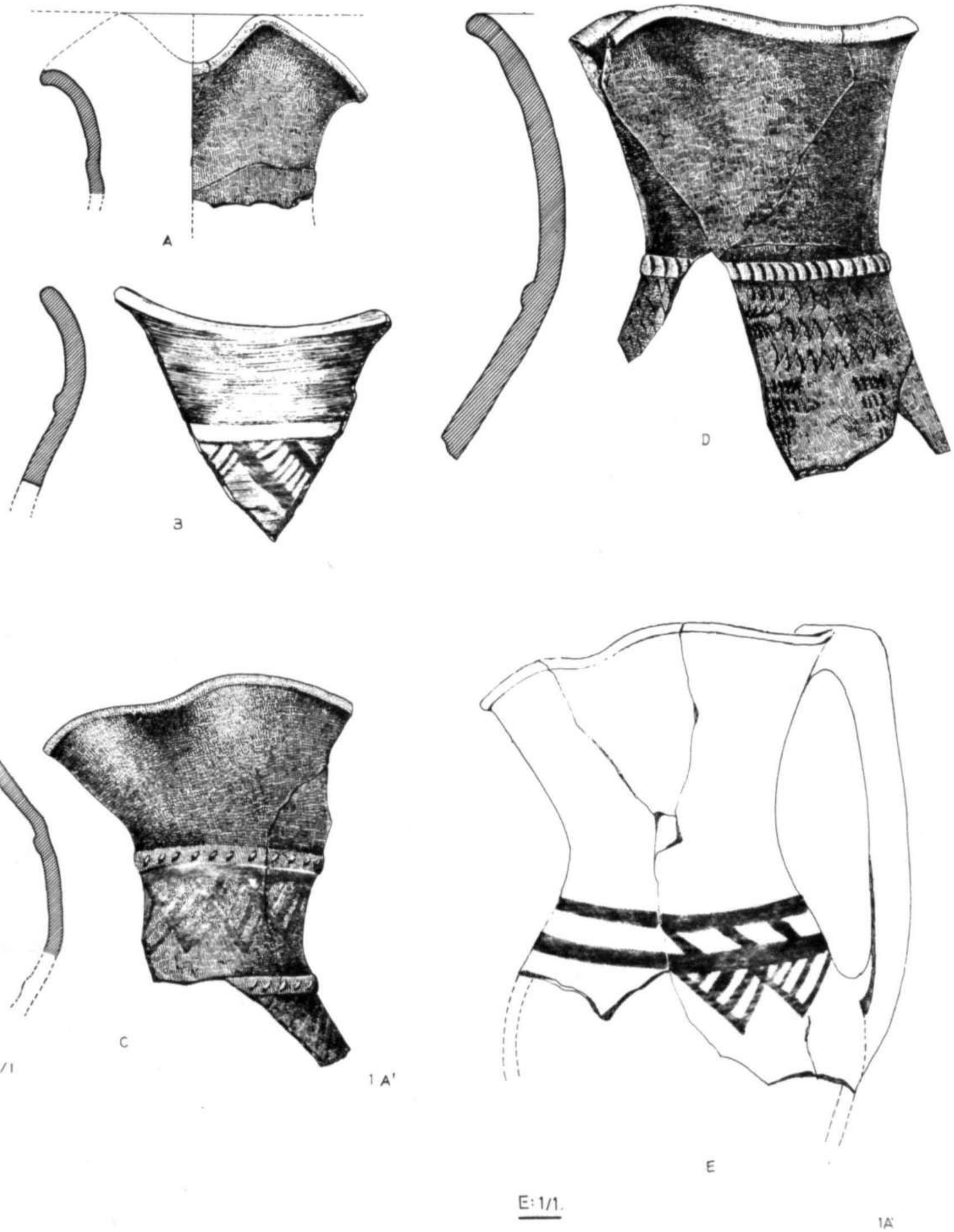
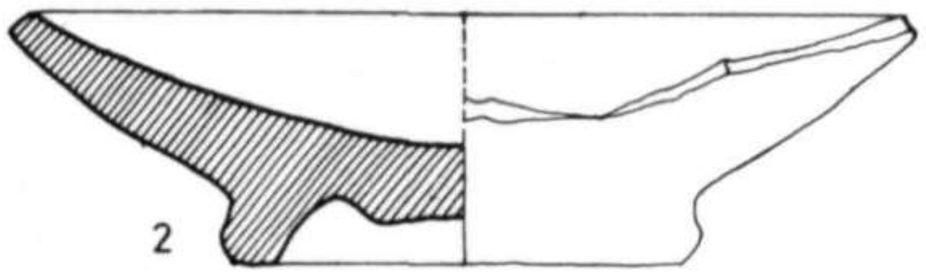


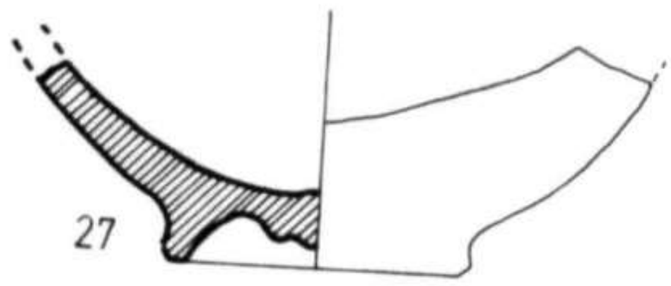
Fig. 35.—Oinochoes con decoración pintada e incisa.

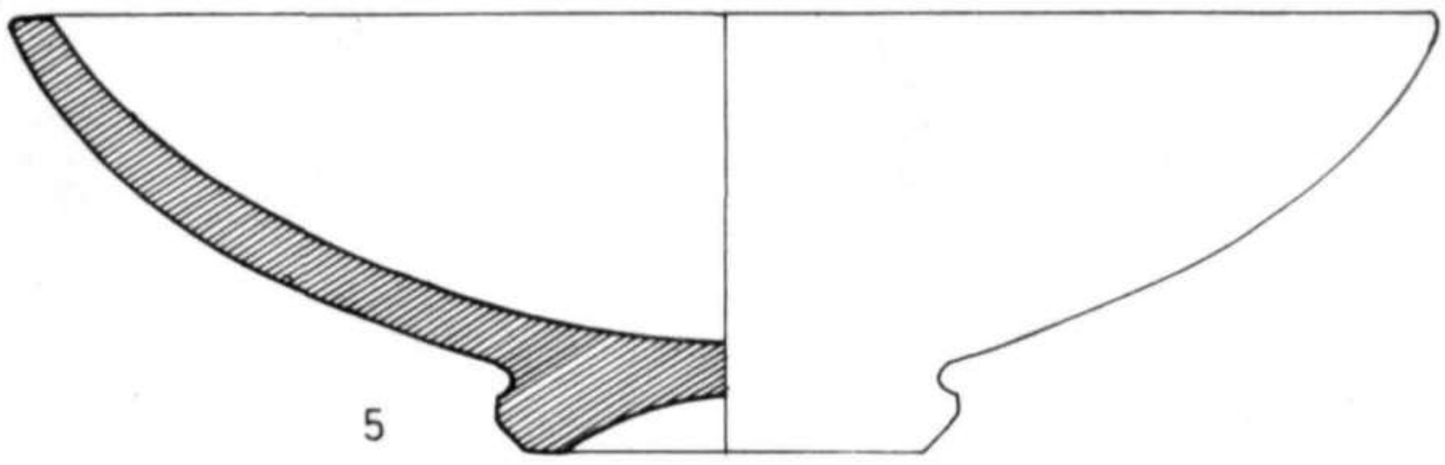
Oinochoes

Son sus características: boca trilobulada en tres puntos de apoyo, asa doble que arranca del labio y termina hacia la mitad de la panza, y decoración pintada de motivos geométricos, incisa, o bien se alternan ambas en la misma pieza en frisos (Fig. 35).

Bordes de vasijas y plato, del tipo C.







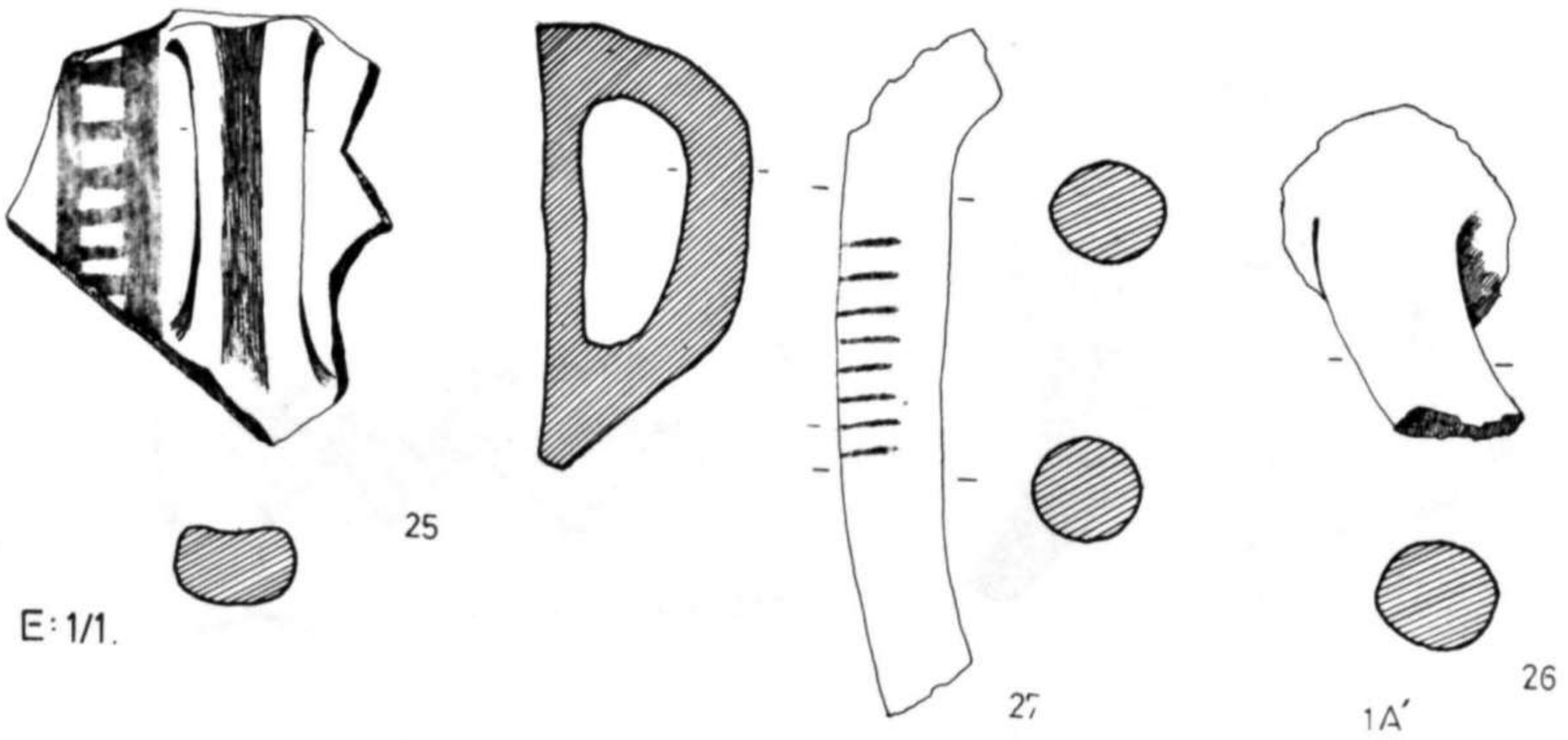


Fig. 36.—Platos de labio redondeado y asas.

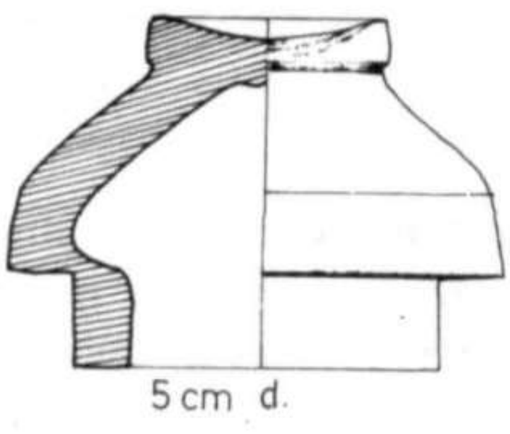


Fig. 37.—Tapadera de 5 cm de circunferencia de la cuadrícula 1A'.

HIERRO

— Placa de superficie rectangular, con forma triangular —casi un isósceles— truncada en la punta, cuyo eje longitudinal mide 12 cm (Fig. 40).

HUESOS

— De *Gallus gallus domesticus*, perteneciente a un ave de tamaño más pequeño que las actuales, lo que indicaría un carácter más primitivo, concordando esto con el también primitivo tipo de *asinus*. Junto a esto los restos de cáscara de huevo, en muy pequeños fragmentos de la cuadrícula adyacente de la que no le separa ningún muro, es un testimonio de la dieta alimenticia e indicativo del tipo de economía doméstica (Fig. 7b).

Cuadrículas 1B'/1C'

Situadas en el lado SO forman una unidad en la que se incluye el muro «nuevo», piso y adobes enlucidos, en los cuales la agrupación de pondus, fusaiolas y la cantidad de madera quemada podrían ser el bastidor de un telar.

CERAMICA. Se contabilizó:

	ANFORAS			
	1B'		1C'	
	A	B	A	B
Bordes	5	—	—	—
Panzas (gris/roja)	30	7	49	6
Panzas (gris)	4	—	—	—
Panzas decoradas	3	2	—	—
Fondos	2	—	1	—

CERAMICA INV. SELECCIONADA

Anforas

Inv. 2. De tipo A (gris/roja) con engobe presenta decoración de círculos concéntricos y ondas en frisos que flaquean bandas rojas. La boca mide 26 cm de diámetro (Fig. 41).

Inv. 3. De tipo B, este ánfora es distinta a las demás en su borde, que es de labio redondeado entrante, cuello vertical abierto que termina en una moldura, donde la panza de paredes rectas empieza teniendo una decoración pintada de bandas rojas paralelas (Fig. 41).

Altura aproximada, 36 cm.

Vasijas

Inv. 4. Borde y fondo de vasija del tipo B con decoración geométrica pintada con motivos de cuartos de círculos.

Inv. 1. Pequeña vasijita de 3,5 cm de altura que aparece quemada, por lo que es difícil decir el tipo de pasta que, no obstante, por los indicios que se vislumbran, puede ser A o quizá B. Lleva en la panza en su parte media una raya incisa que cubre la mitad de la vasija en sentido horizontal (Fig. 38).

MINISTERIO DE CULTURA

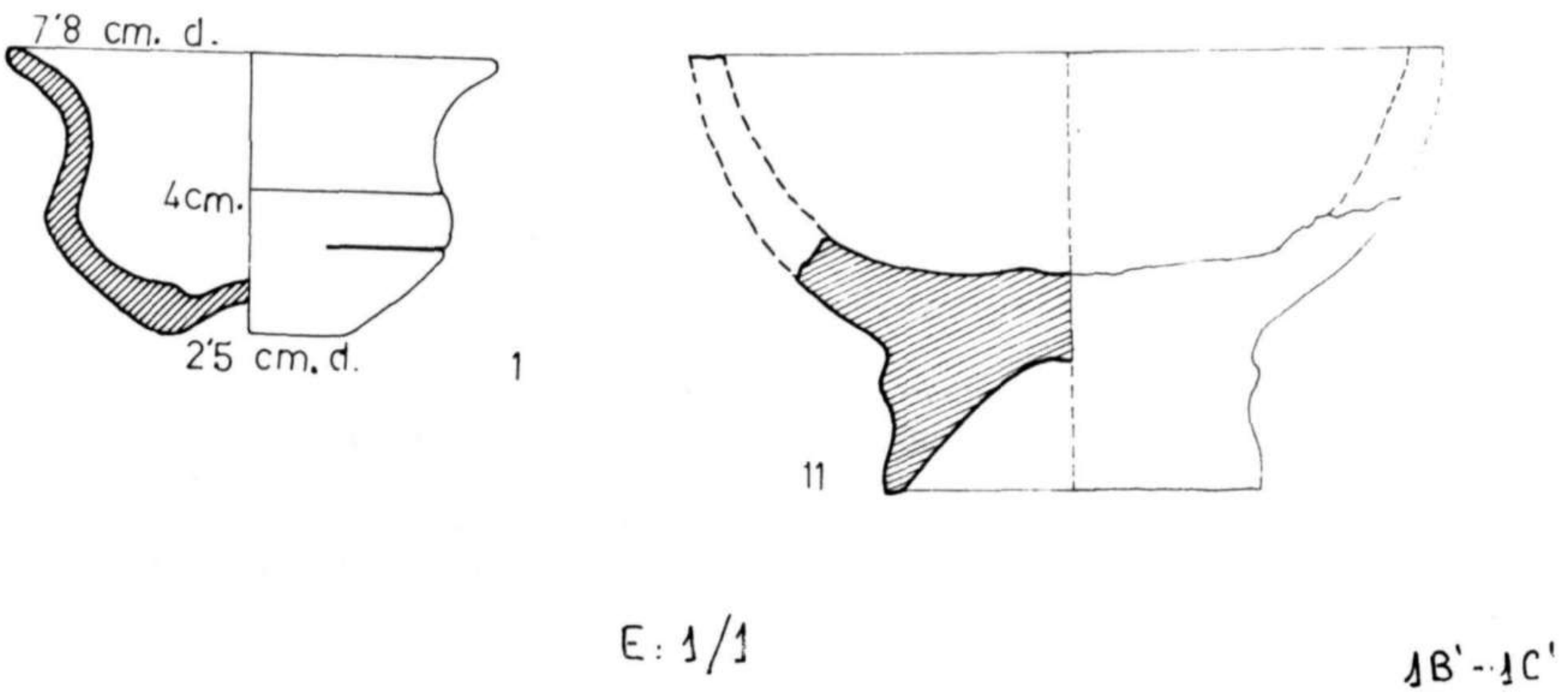


Fig. 38.—Vasijitas de 4 y 6 cm de altura, respectivamente, de la cuadrícula 1B'/1C'.

Cuenco

Inv. 11. Pequeño cuenco que tendría una altura aproximada de 6 cm del tipo A, con pie de perfil convexo-cóncavo y fondo cóncavo (Fig. 38).

PESAS

a) De forma prismática con cuatro caras trapezoidales y una altura de 12 cm, la medida de las bases es:

Superior	7 × 9,5 cm.
Inferior	9,5 × 9,5 cm.

con un orificio a 7 cm de altura de la base inferior, de 2 cm de diámetro, que la atraviesa y una «X» incisa en la base superior. Pesa 1,5 kg. El barro está sin cocer, como en todas.

b) De iguales características que la anterior, las medidas de su base son:

Superior	6 × 9,5 cm.
Inferior	6 × 9,5 cm.

en tanto que las caras son rectángulos. Aparece en parte quemada. Pesa 1 kg.

c) Prismática tetragonal de 10 cm de altura, las medidas de la base son:

Superior	6 × 9,5 cm.
Inferior	6 × 9,5 cm.

con el orificio a 5 cm de altura de la base inferior y 2 cm de diámetro. Está algo incompleta y pesa 1 kg.

Fusaiolas

Son piezas bitronco-cónicas de 2 a 4 cm de altura con decoración, como vemos en el dibujo, incisa de líneas paralelas formando triángulos que se conjugan en

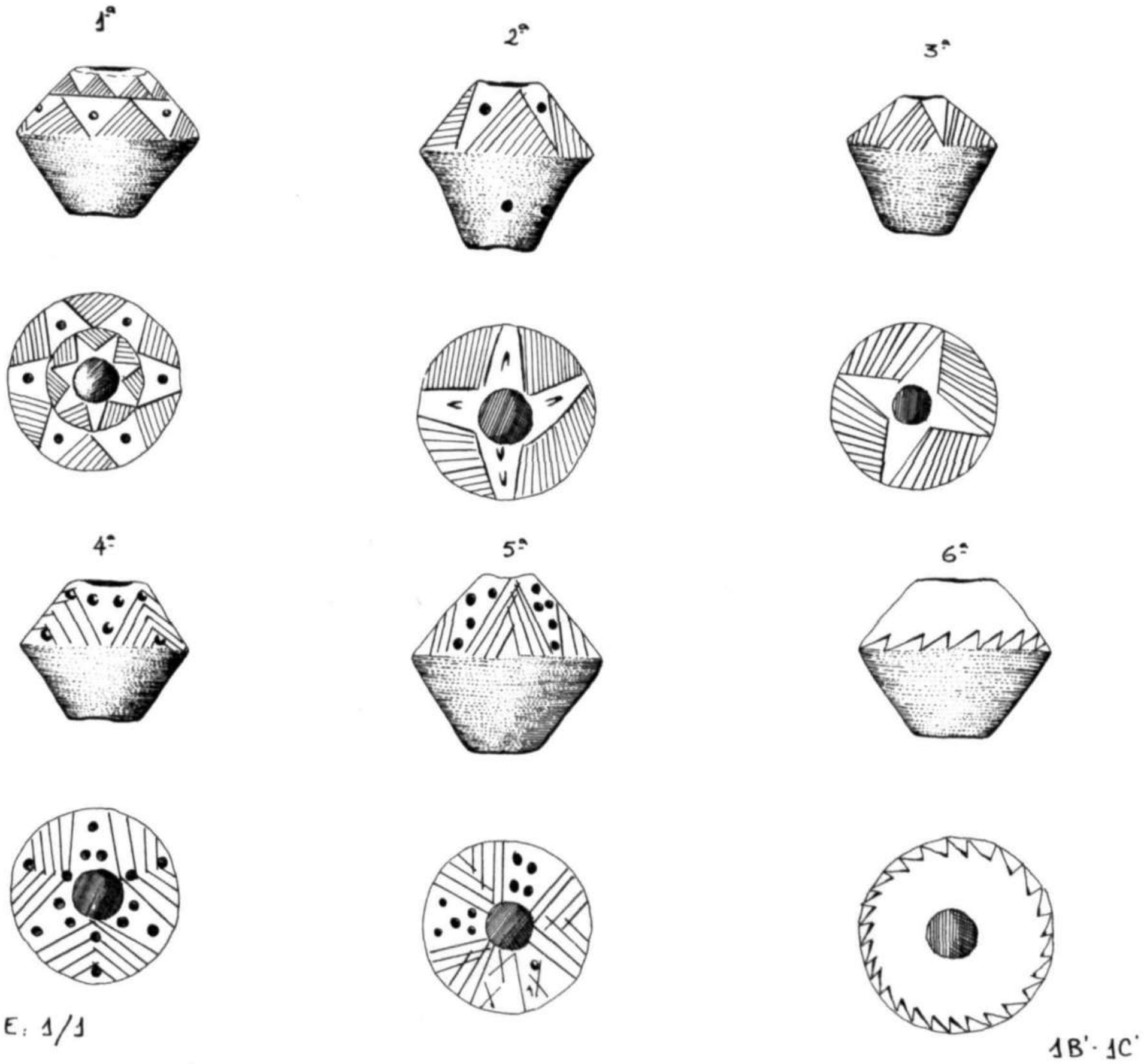


Fig. 39.—Fusaiolas decoradas con incisiones de la 1C'.

distintos motivos, a los que se añaden puntos rehundidos al quitar la pasta. Una de ellas decora su circunferencia con dientes de sierra. Seis piezas.

Tres unidades más sin decorar, apreciándose en una de ellas ligeros restos de incisiones (Fig. 39).

METAL

Tres clavos de cabeza grande de hierro (Fig. 40).

HUESOS

Fragmentos sin identificar y restos de «cervus».

Cuadrículas 1D/1C/1B/1A

Estas cuadrículas se extienden hasta el muro que divide a la 1A, denominadas «almacén» por las iguales características de sus materiales, en un espacio perfecta-

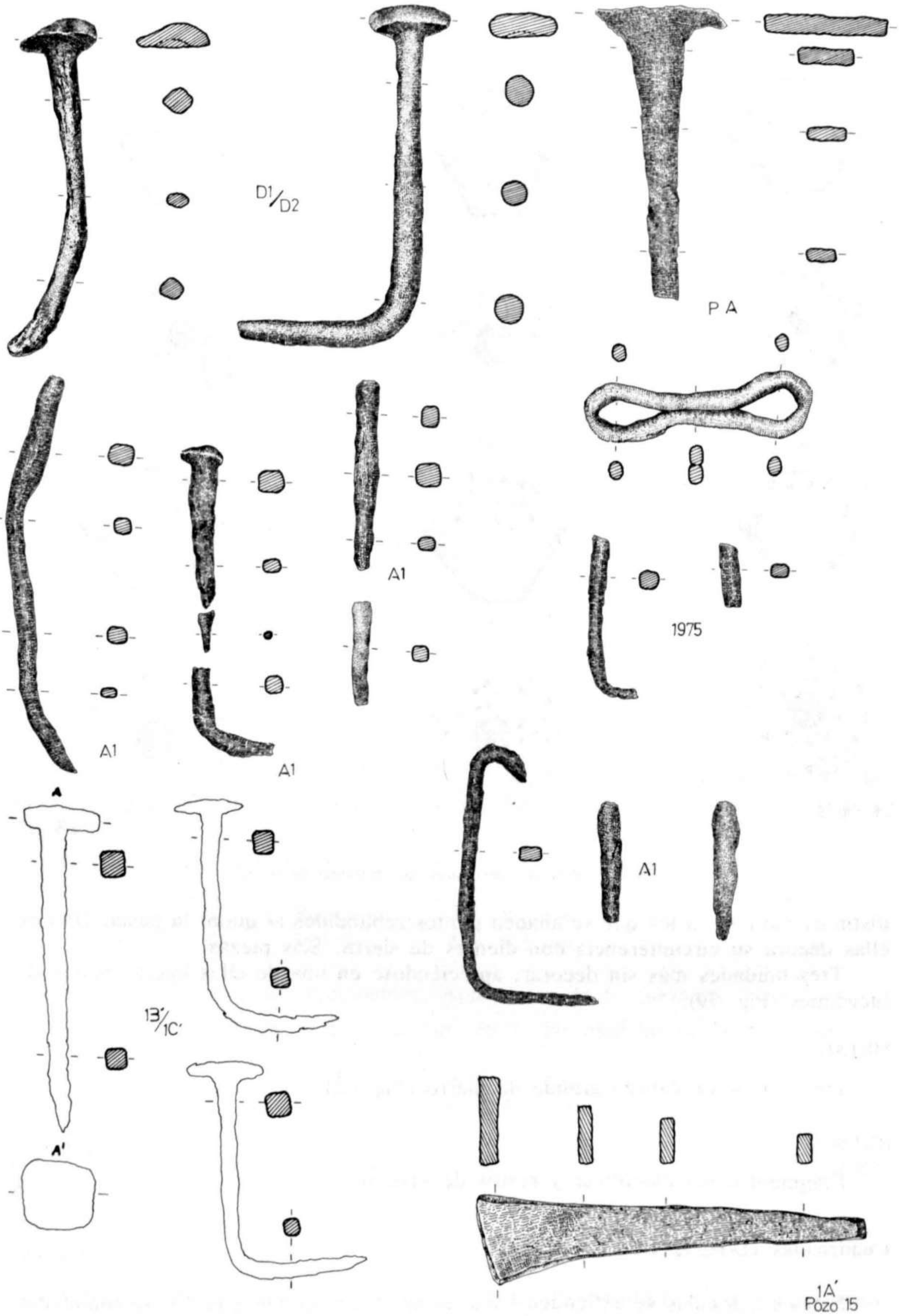
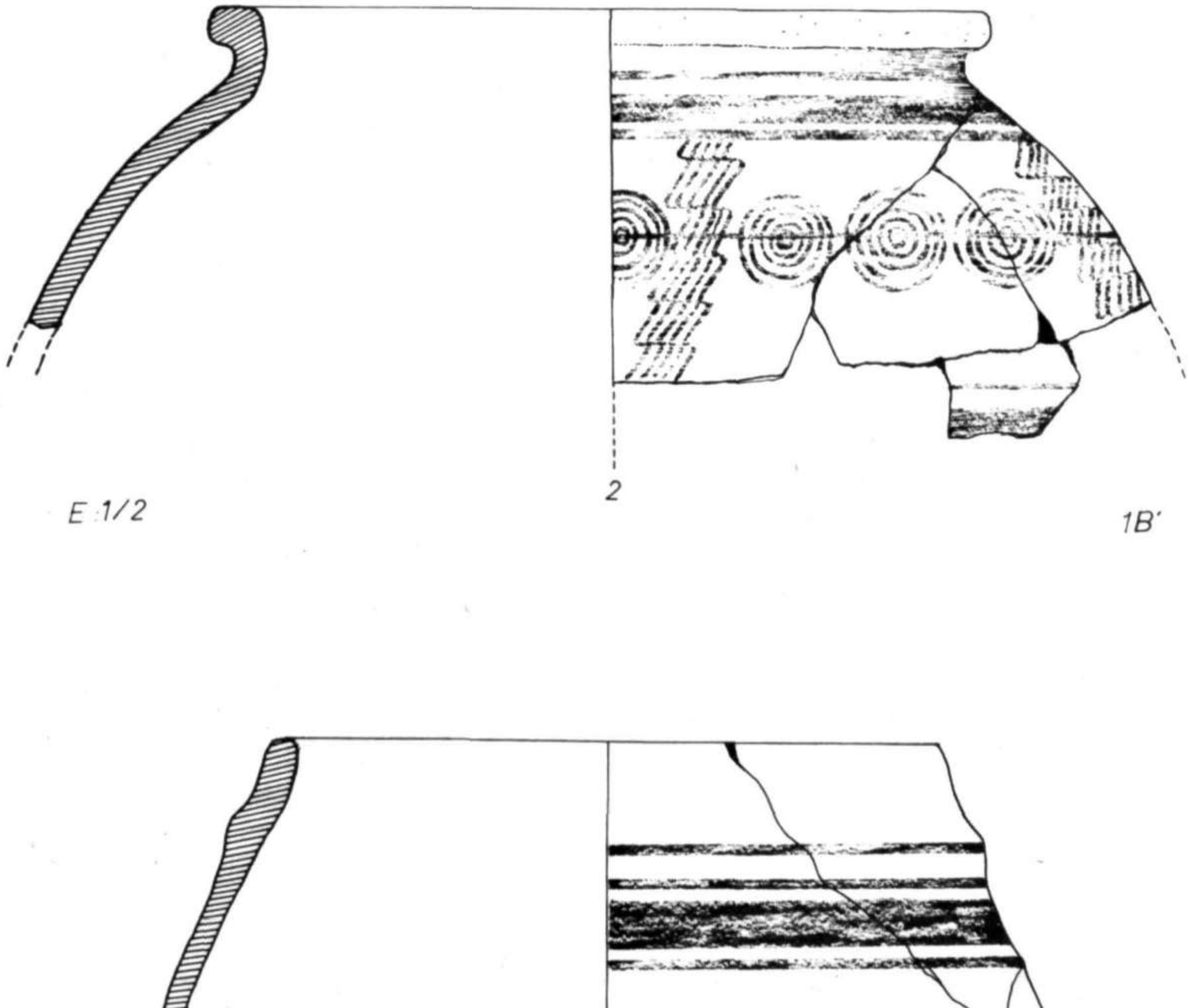


Fig. 40.—Material de hierro.



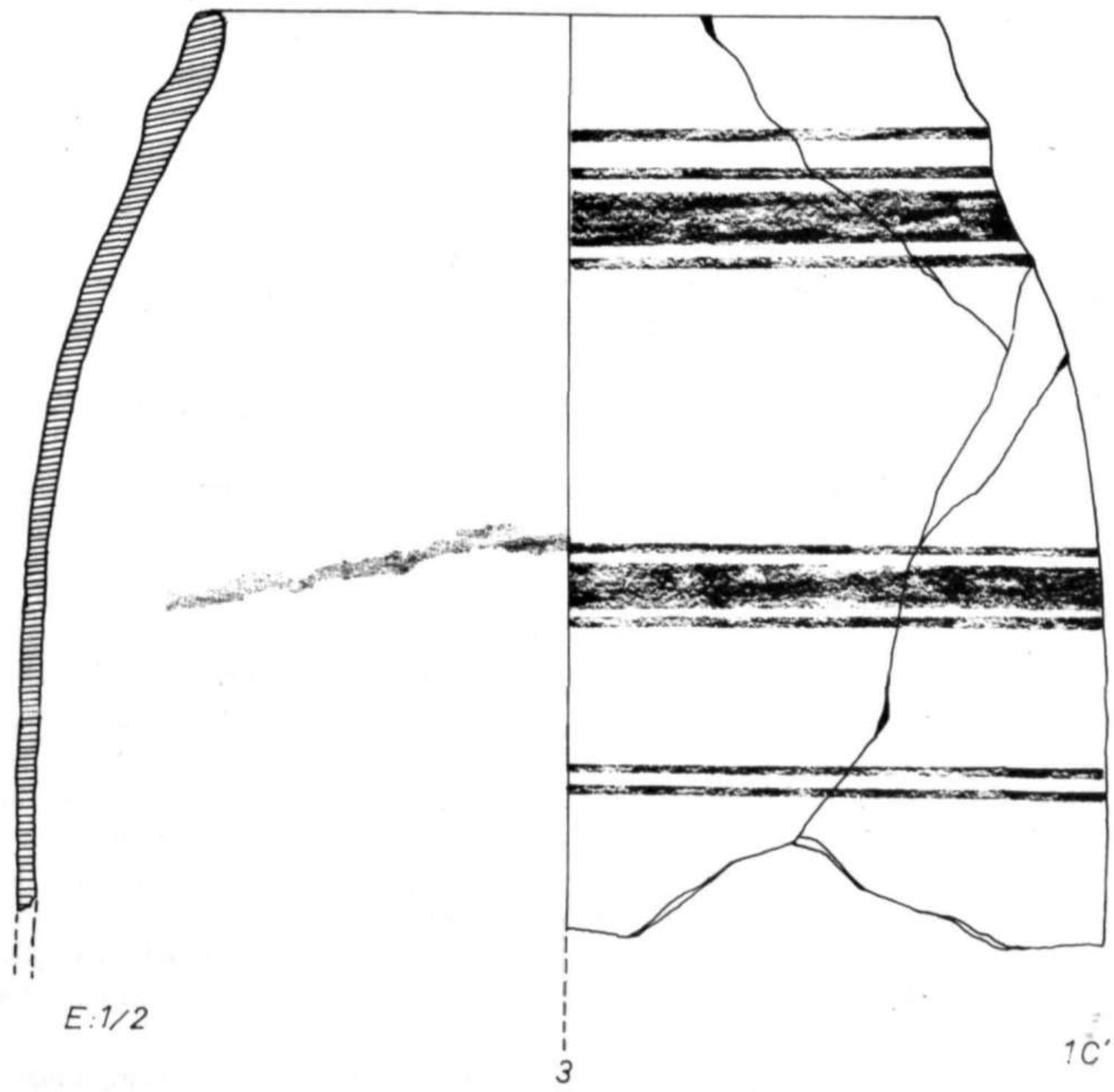


Fig. 41.

mente delimitado, que se encuentran a lo largo y ancho de ellas, de unos 15 cm de espesor, se prolongan hacia el oeste, como vemos en el corte, razón por la que hemos decidido el estudio conjunto con sus adyacentes, aparte de que el amontonamiento de los fragmentos y el estado en que se hallan hacen, prácticamente, imposible su reconstrucción, no obstante se intentará, en la medida de lo posible, el común planteamiento con las próximas a excavar.

RESULTADOS

Los resultados obtenidos en estas tres primeras campañas no nos permiten emitir hechos concluyentes, sino afirmaciones en relación con el material aparecido y los análisis efectuados, sí ciertas, pero que abren un paréntesis de espera atendiendo al descubrimiento total del yacimiento de una superficie de 1 ha, de la que se han excavado unos 116 m².

En ellos tenemos que considerar:

A) El aspecto constructivo.
B) Lo que implican los restos materiales de su cultura.

De la conjunción de ambos puntos podremos deducir el tipo de vida de estas gentes hasta donde nos sea dado.

A) Observamos diferentes puntos:

1. De los 18 m S/N la superficie de 9 × 4,50 m, es decir, hasta las cuadrículas B_1 y B_2 presentan enlosado de piedras calizas, en tanto que el resto está pavimentado con arcilla colocada uniformemente.

En los muros existen dos técnicas constructivas, las de piedras irregulares trabadas en seco y rellenas con barro y el denominado «nuevo».

2. En cuanto a la disposición del trazado general, delimitamos diversas zonas:

a) Zona central de pozos comprendida entre:

al sur, el muro de las cuadrículas 1B′ hasta la A_2′;
al norte, por el muro de las cuadrículas de las E_1, E_2 y 1E;
al oeste, por el muro que cierra longitudinalmente el espacio de las cuadrículas 1D-1C-1B-1A, donde un muro transversal deja abierta una comunicación a este recinto central que también se abre desde la D_2, quedando la 1A′ y parte inferior de la 1A desplazadas, tanto por el tipo de material que aparece como por la forma del único pozo que aquí se muestra geminado.

b) La zona queda bajo el muro sur, en la que observamos dos partes: la de la derecha, con un único pozo, y la de la izquierda, desde el muro «nuevo», con otro paralelo de igual técnica, en cuyo espacio aparecen adobes con enlucido rojo que también incluyen las cuadrículas 1B' y 1C', como también los hay en la 1A'.

c) La zona norte de la 1E-E1-E2 comprende un material más fino, como en la 1A′, con un recinto que tiende a planta triangular.

d) Al lado oeste las tres cuadrículas de la ID hasta el muro en la 1A forman

otro recinto, donde apareció la acumulación de cerámicas y que continúa al otro lado, lo que se comprueba en el corte, por lo que hemos denominado a esta parte «almacén».

Hay en definitiva un tipo de construcción que implica conocimiento de los materiales y su empleo, aprovechando los elementos que tienen a mano: caliza, arcilla y la ductilidad de los propios del terreno al construir pozos excavados hasta encontrar un nivel menos alterado de la roca, más constante y duro que los niveles anteriores, del cual no se puede pasar. Trabajan en un estrato geológico en el que existen diferentes niveles (diferencia de la composición —litológica— apreciadas en los sucesivos cortes), hecho por el que distinguimos en el perfil de los pozos capas alternantes, las resaltantes, las de los materiales más duros, más calizos, mientras que las entrantes son las de los más blandos, más arcillosos, que son los materiales más alterables, al igual que las margas.

Los niveles existentes de los pozos contando a ras del suelo natural son:

1. Losa caliza gruesa.
2. Calizas y arcillas alternantes.
2'. Nivel más grueso entre los otros finos.
3. Arcillas-margas que van desde el blanco amarillento al rosado.
3'. Restos de ceniza con arcilla.
4. Restos de ceniza.
5. Nivel más fino entre los gruesos.
6. Fondo calizo del pozo.
6'. Fondo calizo del pozo más duro.

Sobre éste, una acumulación regular de pequeñas piedras y tierra, en la que descansan distintas capas de arcilla bien trabajadas que forman el piso.

Como existe también un sentido que escapa de lo meramente utilitario, al pintar sus adobes con una capa roja en sus dos caras mayores, en tanto que no las muestran los que se utilizan como cubrición de los pozos. Si éstos no contienen grano, el cual aparece en vasijas, ni tampoco huesos, ni material cerámico, no podemos llamarles silos y si no lo son ¿qué son? Parece bastante claro que su función queda reducida a la de horno y ésto es posible ya que, si constatamos que la cerámica se efectúa en el poblado, necesita de un lugar en que realizarse y éstos poseen la forma adecuada para serlo, «cámara de fuego» la parte baja, levantándose a ras de suelo la «cámara de cocción» de forma cupular con adobes, con una abertura para aireación, o bien hornos horizontales en que la cámara de fuego está lateralmente colocada. No se puede decir mucho todavía hasta que no se descubra más de su estructura, pero lo que no se puede negar es que sirven de hornos, aunque no sepamos exactamente su estructura, en los que el material, cuando en ellos aparece, es única y exclusivamente de relleno, caído, junto con la tierra que los cegaba.

B) Enlazamos en este punto con su producción cerámica. No está sólo la cantidad, su calidad es insuperable: resistencia mecánica alta, buena pasta, conseguida en proporción exacta de la mezcla para lo que se va a destinar, con un tratamiento de la arcilla desde la elección del barro hasta la decantación, que indica conocimiento de un oficio y que les capacita para ser centro local alfarero.

Tenemos, pues, un poblado de base industrial en que los restos de alimentos, en razón de su cantidad, sirven para consumo, tanto de las personas como para los

animales, en el caso de los yeros, siendo éstos utilizados tanto los de carne como los cinegéticos para idéntico uso en la dieta alimenticia, mientras que se aprovecha la lana de las ovejas para «industria» textil y los de carga, como su nombre indica, para acarreo.

El conjunto homogéneo de este hábitat sito en la meseta del cerro, con un único nivel de habitación, destruido súbitamente, obligando a sus moradores a dejar sus enseres, que quedan sobre el pavimento en el horizonte del incendio, lo fechamos dentro del siglo IV a. de C., de acuerdo con los materiales aparecidos, con las comparaciones establecidas con otros lugares arqueológicos, como asimismo nos basamos en las referencias escritas, lo que vino a confirmar los análisis de C14.

Estos, en dos grupos, Barchín 1 de cereal y Barchín 2 y 3 en madera quemada, determinan una permanencia aproximada de un siglo de vida del poblado. La primera tomada a 55 cm de profundidad, nos da la fecha del 210 a. de C., de la cual deducimos su destrucción a finales del siglo III, ya que su determinación a través de cereal contenido en una vasija es altamente fiable por estar éste en estado de aprovechamiento un tiempo límite, lo que adecúa el análisis al suceso arqueológico muy seguramente, aparte de que el mismo hecho de la escasa cantidad de cereal del poblado hasta ahora, implica el tener éste para su consumo, lo cual daría lugar a que su permanencia para su aprovechamiento fuera un tiempo límite.

En cuanto a Barchín 2: 300 a. de C., y Barchín 3: 320 a. de C., tomadas a 27 cm de profundidad al N y 45 cm al S, respectivamente, nos ofrecen por su coincidencia un mayor grado de fiabilidad que se traduce por la cotaneidad de la fecha de C14 con el momento arqueológico en la formación de una población que según promedio de habitantes en la antigüedad sería de 250 personas para un tiempo que hemos fijado en el último tercio del siglo IV a. de C., un poco posterior al apogeo de este siglo para los pueblos del Sur de la Península, hecho lógico, ya que se tardaría algo en penetrar hacia el interior dada la mayor dificultad de comunicación.

El abandono del lugar dejando el ajuar doméstico destrozado, entre adobes del alzado de las edificaciones y madera quemada, la cual se encuentra en mayor profusión a ambos lados del muro «nuevo» conduce a suponer un ataque fuerte. Pensar en un poblado vecino no nos parece aceptable, dado que serían fuerzas equiparables y además existe el factor sorpresa, ya que estamos ante un poblado bien fortificado desde el que se domina todo el valle, por lo que una «razzia» donde se deja cereal, leguminosa y a los animales no tiene sentido. Sí para alguien más potente, con evidente falta de interés por el botín que allí queda, despreciable para quien es más rico y posee otros objetivos.

Según los textos, en estas fechas Aníbal realiza incursiones en la Meseta para dejar libre el camino en su paso hacia el valle del Ebro. En una primera campaña salió de Cartago Nova a Iniesta dando comienzo con la sumisión de Olcadia; en la segunda toma Salmantica en el 220 y su regreso por la Carpetania, por tierras de Toledo y de La Mancha, un ejército de vacceos, olcades y carpetanos se le opone, a los que Aníbal, que había atravesado el Tajo, derrota con un ardiz. Estos olcades desaparecen como grupo tribal, asimilándose a otros grupos más potentes. Cortés nos indica en su Diccionario que el camino a Iniesta era frecuentado por los cartagineses, e Iniesta no está lejos de Barchín. Esto nos parece mucho más razonable que en una de estas incursiones aplastara este reducto y que los habitantes del pequeño lugar huyeran ante la devastadora fuerza que les acomete, en donde piedras globulares aparecidas podrían ser posibles proyectiles.

Sería también posible que fuera destruido por los romanos de Escipión tras su

desembarco en el 218 en Tarragona, o en las luchas del 209, o bien en el 210, cuando C. Claudio Nerón desembarca en Tarragona y avanza hacia el Ebro; ahora bien, estos datos al respecto, nos parecen de menor consistencia, aunque evidentemente nos movemos en un término hipotético, pero, sin embargo, tanto la fecha que poseemos como los datos materiales e históricos nos inclinan a apoyarnos en la destrucción del poblado por Aníbal, el cual dejó un rastro de incendios como Castellvell, Tivisa... en el camino hacia el Ebro, donde el poblado de Barchín estaría dentro de la ruta de sus actividades que, desde Cartagena y para subir al Ebro a través de Iniesta, le quedaba a un lado, o bien fue desvastado en sus incursiones a la Meseta. Por otro lado el auge económico de la Alta Andalucía, su florecimiento cultural que se extiende durante el siglo IV en áreas más alejadas, como es la de nuestro poblado, da lugar a una misma área cultural donde los materiales de Peal, Tutugi, Castellanos... poseen iguales características que las de Barchín, salvando las peculiaridades que cada poblado por su paso arqueológico posea.

Estas relaciones materiales han tenido gran desarrollo, debido a la ubicación del poblado que se abre hacia la zona de la Alta Andalucía, cuyo centro sería Cástulo, desde donde son conocidas las vías de comunicación con el Valle del Guadalquivir por este río, al Mediterráneo a través del Guadiana menor por Baza, y en cuanto a las posibles con la Submeseta sur la vía de penetración sería a través de los ríos desde el Júcar por el Balazote, siguiendo por el Guadalmena hasta el Guadalimar (1), en cuya proximidad Cástulo y un alfar del siglo IV a. de C., así como otro de idéntica fecha en Galera, serían junto al de Barchín u otros, focos de irradiación local que explicarían esta igualdad cultural en un área geográfica cercana, jalonada de yacimientos que los animales de tiro o carga aproximarían. Cultura ésta en que los pueblos colonizadores tienen una fuerte influencia, y de la que son elementos comunes:

1. Vasijas de tradición fenicia que tienen decoración de bandas y motivos geométricos que se encuentran principalmente en la Alta Andalucía y en los yacimientos más antiguos de Levante, siendo, según Fletcher, este tipo de decoración la que se daría solamente en los poblados destruidos por Aníbal o Escipión en el momento de su llegada.
2. Cerámica estampillada con bandas que conectaría con la de los alfares de Guadalimar, propia de la zona meridional del IV al II a. de C.
3. Decoración plástica e incisa que se encuentra también en los hornos de Tutugi.
4. Grandes ánforas funcionales decoradas en gran parte o con motivos de bandas y geométricos pintados que se vinculan al transporte de líquidos.
5. Barniz rojo del tipo ibérico que señala Tarradell en su primera fase de pintura roja, prototipo de las primeras vasijas con bandas; Cuadrado señala un nuevo grupo de cerámica de barniz rojo desde el IV al III a. de C., en el Alto Guadalquivir que pasa a la Meseta en este último.
6. El grafito del plato que apunta a la zona meridional nos conduce a pensar en el enclave lebetano. Al respecto, indica Estrabón que era en la Turdetania donde se hablaba el idioma de los antiguos iberos traído por Tubal, esto es, el hebreo no escrito con sus caracteres, sino con los propios inventados por los turdetanos.
7. La presencia de «asinus», de pequeña alzada, primitivo y con origen del norte de Africa, es un elemento que corrobora la acción fenicia en el área económica

(1) Revista *Cuenca*.

de la colonización en la Península, que persiste hasta la romanización, como supone Tarradell, y que según él mismo «... no puede separarse del norte de Africa, en especial de su extremo occidental» (2).

Tenemos, pues, un pueblo del siglo IV a. de C. cuya base es la industria cerámica, con conexión cultural con la Alta Andalucía, con vía de penetración a través de los ríos, con ubicación en un cerro próximo a una de las márgenes del Júcar desde donde se divisa en otro alto en la otra margen, otro yacimiento con igual material del poblado (Tebar), que persistiría hasta el siglo III, confirmado por el C14 y cuyos elementos materiales concuerdan con estratigrafías en:

— El corte «F» del cerro Macareno en Sevilla, en cuyo estrato cuarto (siglos VI-IV) aparece cerámica griega con ibérica de bandas y círculos, datando a su vez a los yacimientos de los Quemados, Bastida de los Alcuses, Carmona, Asta Regia.

En el estrato tercero continúa la cerámica ibérica de bandas, datada del siglo IV al II.

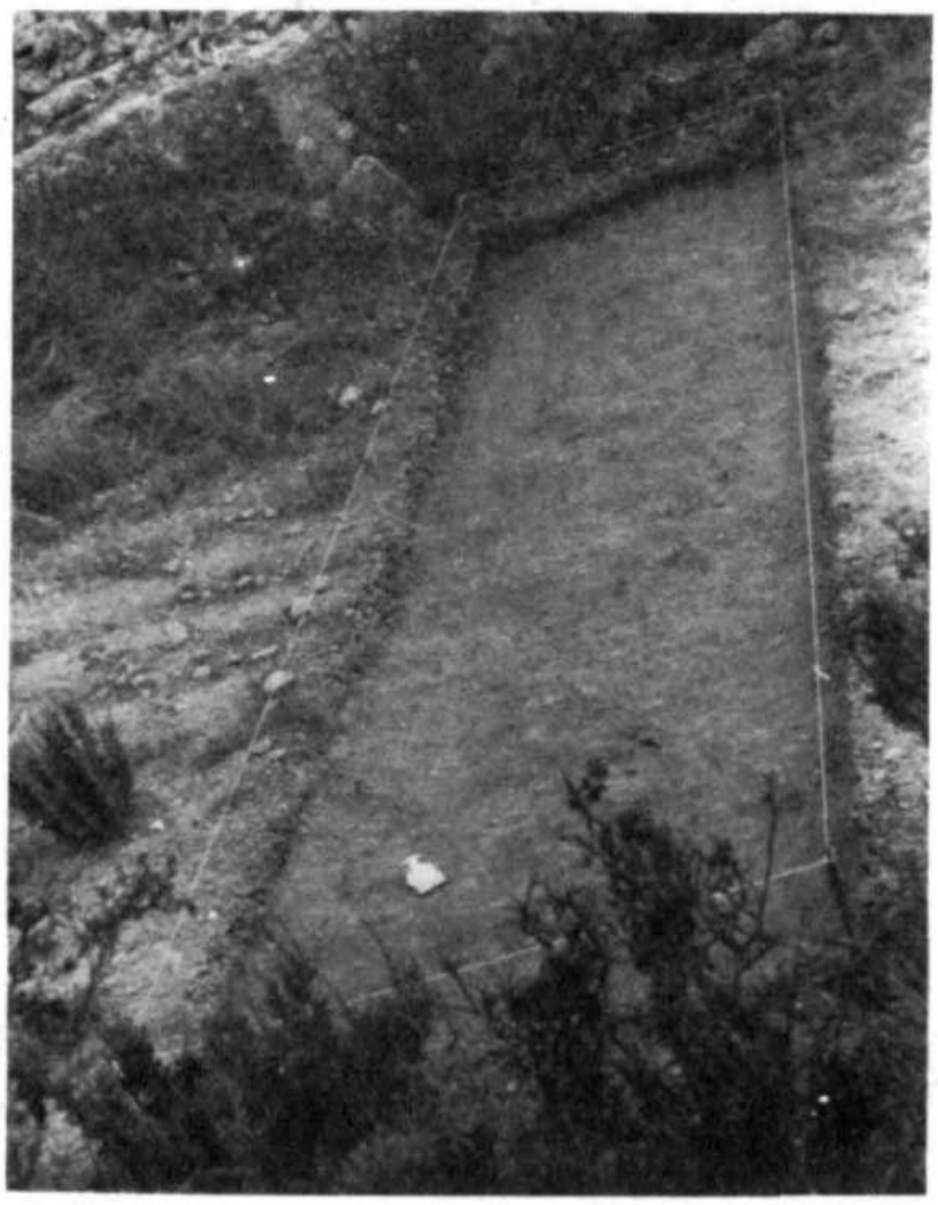
— En el Cabezo de San Pedro, en Huelva, en el corte número 1 hay en diferentes niveles cerámica griega del siglo IV asociada con bordes decorados en platos y cerámicas a torno sin decorar (nivel VII), bordes decorados en platos en el nivel VIII, donde la cerámica griega es básica, la cual aparece en menor cantidad en el nivel siguiente, junto a materiales parecidos al del anterior y vasos globulares de borde vuelto.

De un solo nivel de habitación y sito en la Submeseta sur, de un horizonte cultural del hierro, con un nivel técnico y de vida alto, resulta de gran interés su descubrimiento para la prehistoria de la Meseta sur, ya que nos permitiría fechar otros yacimientos y confirmar arqueológicamente aspectos históricos transmitidos por los textos escritos.

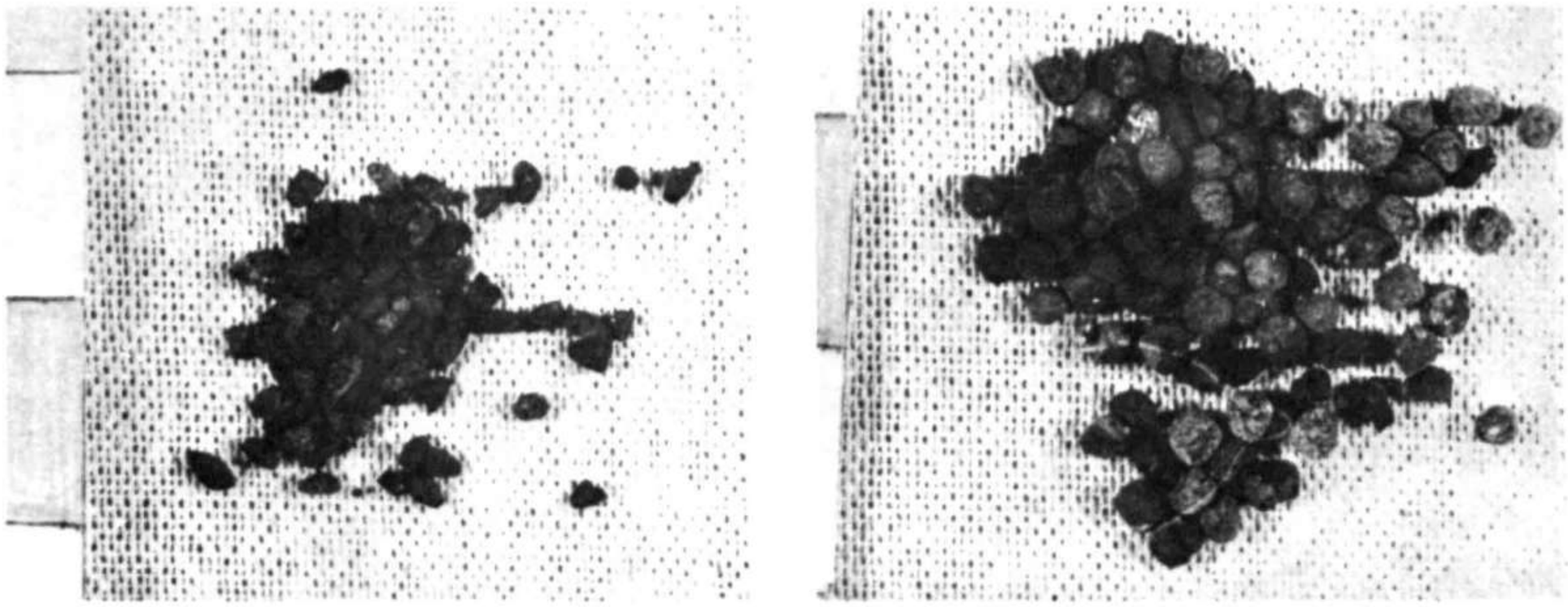
BIBLIOGRAFIA

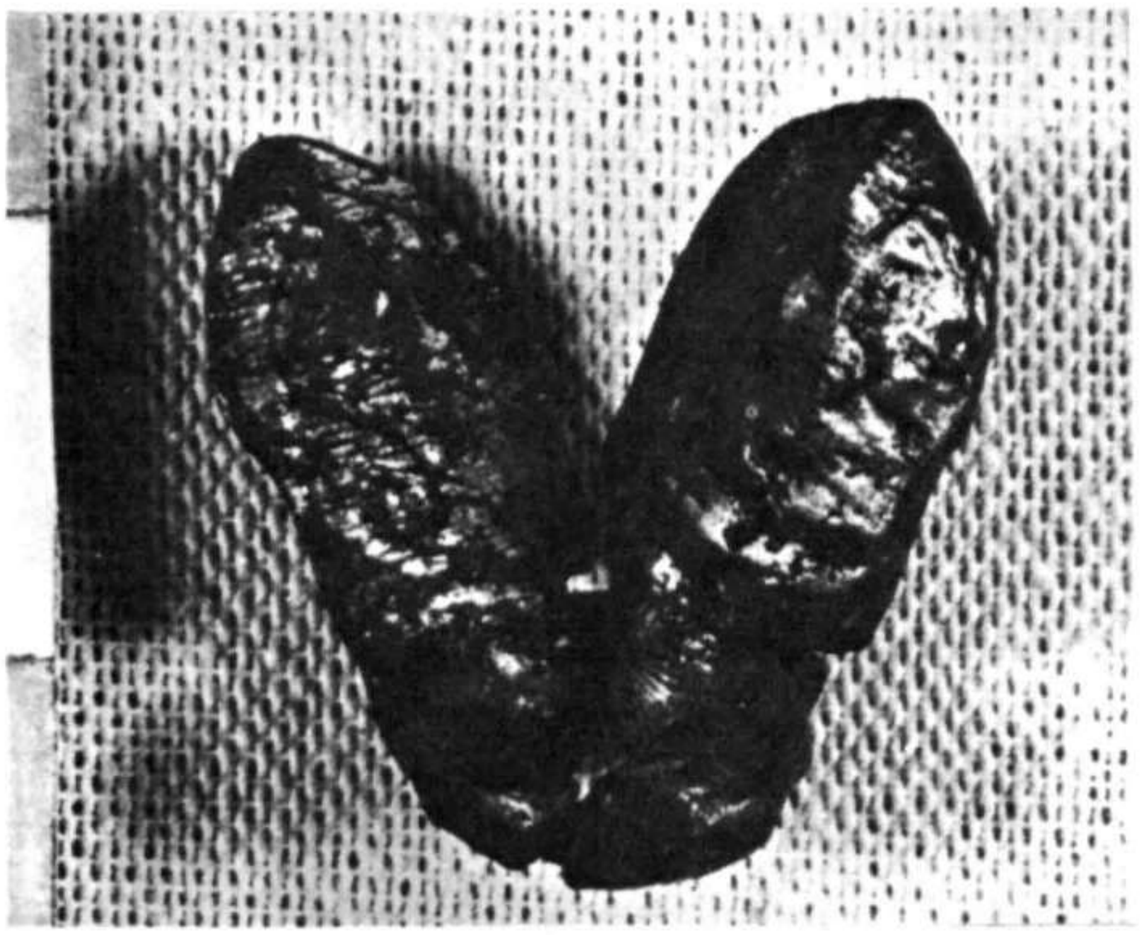
SIERRA, M.: Comunicación presentada al Congreso de Niza, septiembre 1976. «Alfarería en Barchín del Hoyo», *Rev. Cuenca* núm. 13, primer semestre. Fechas de C14, en el simposio para la «Datación de C14 de la prehistoria de la Península Ibérica, en la Fundación Juan March», mayo 1978. Comunicación al simposio sobre «Baja época ibérica», mayo 1979.

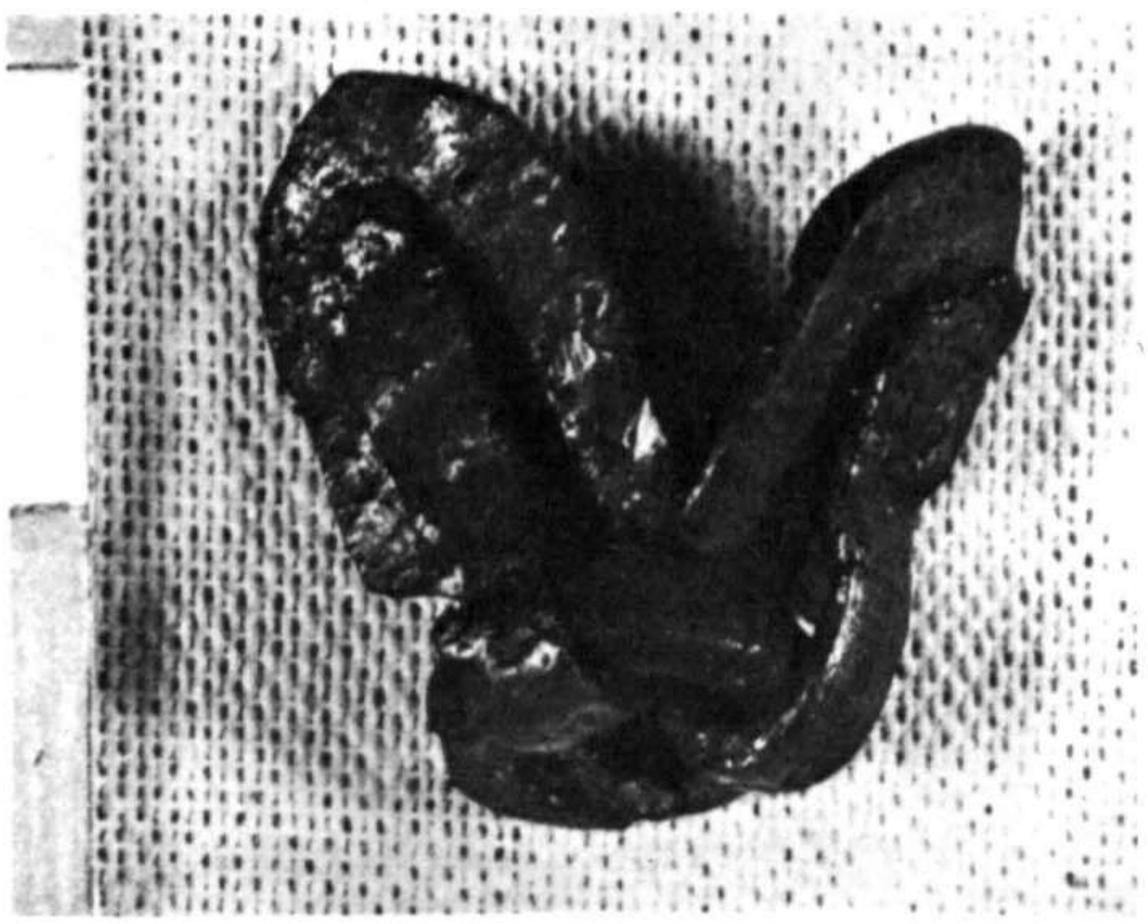
(2) *Historia de España*, de Vicens Vives, pág. 48.



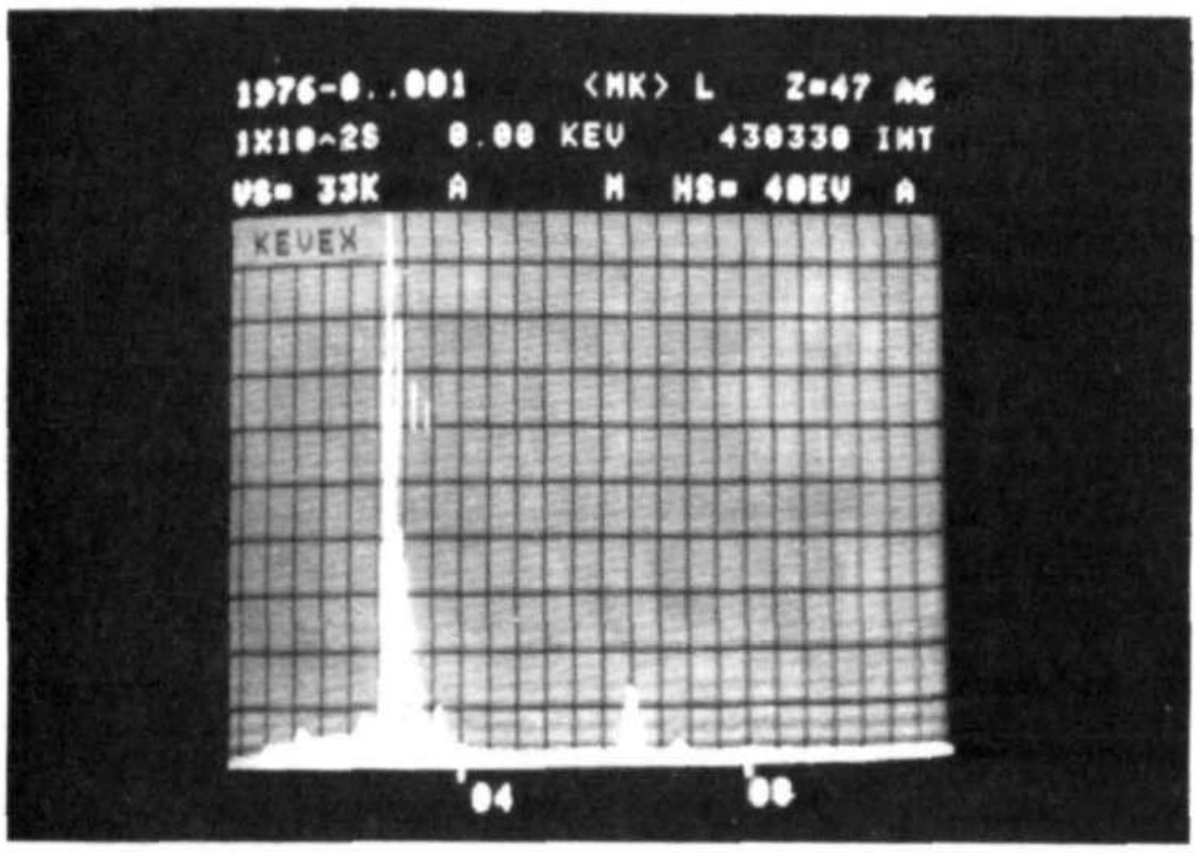
Lám. I.—1. Vista aérea del yacimiento. 2. Restos de aljibe en el cerro de «La Cobertera».

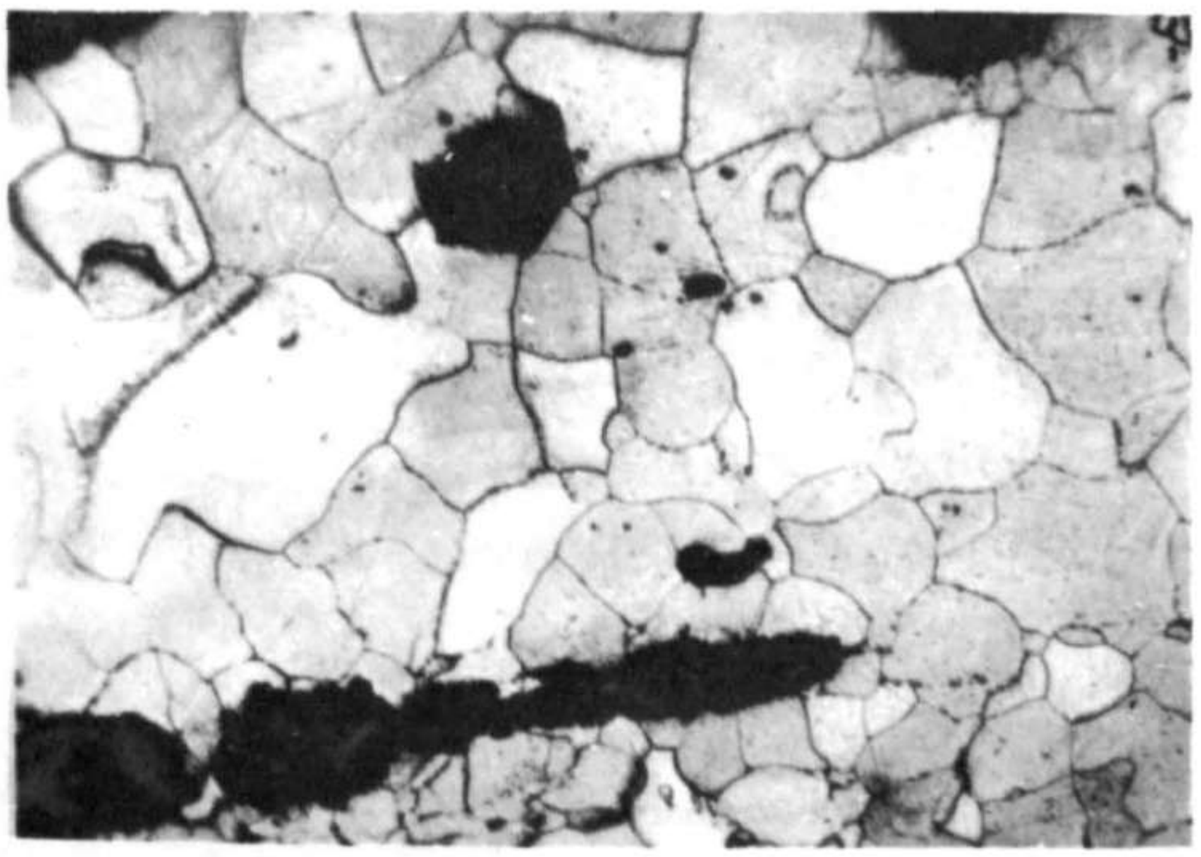




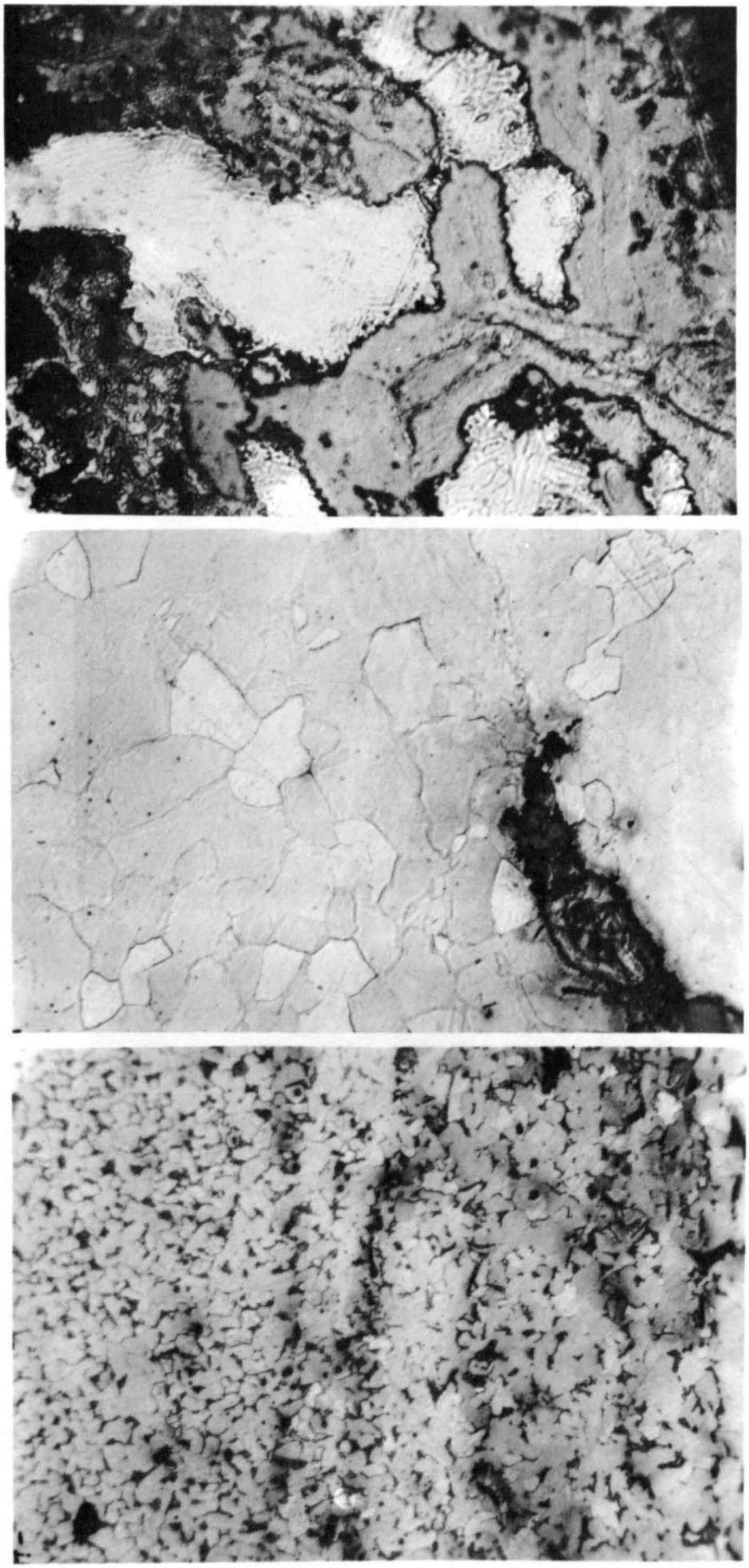


Lám. II.—1, 2, Trigo y yeros. 3, 4, Bocado de caballo, anverso y reverso, con nielado de plata.

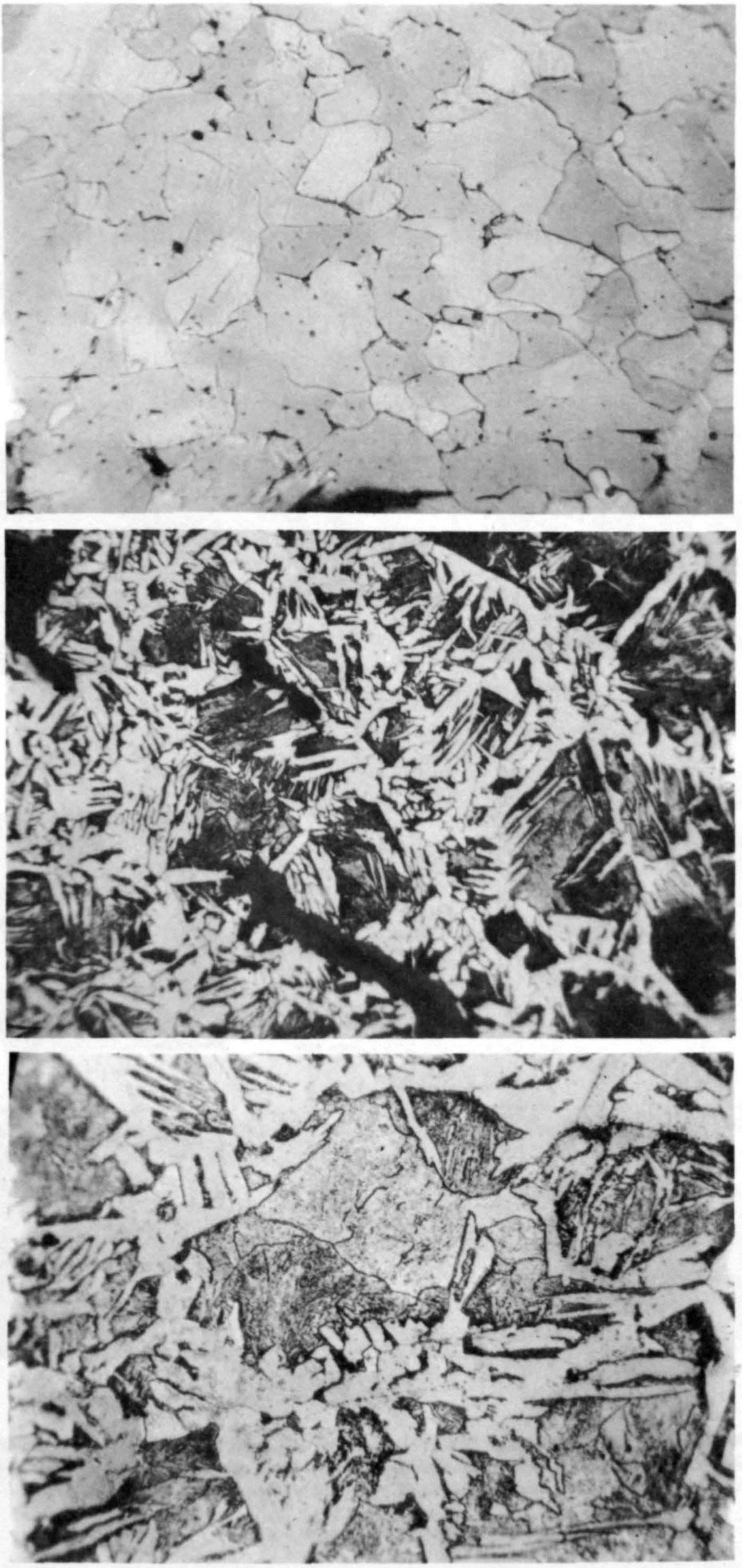




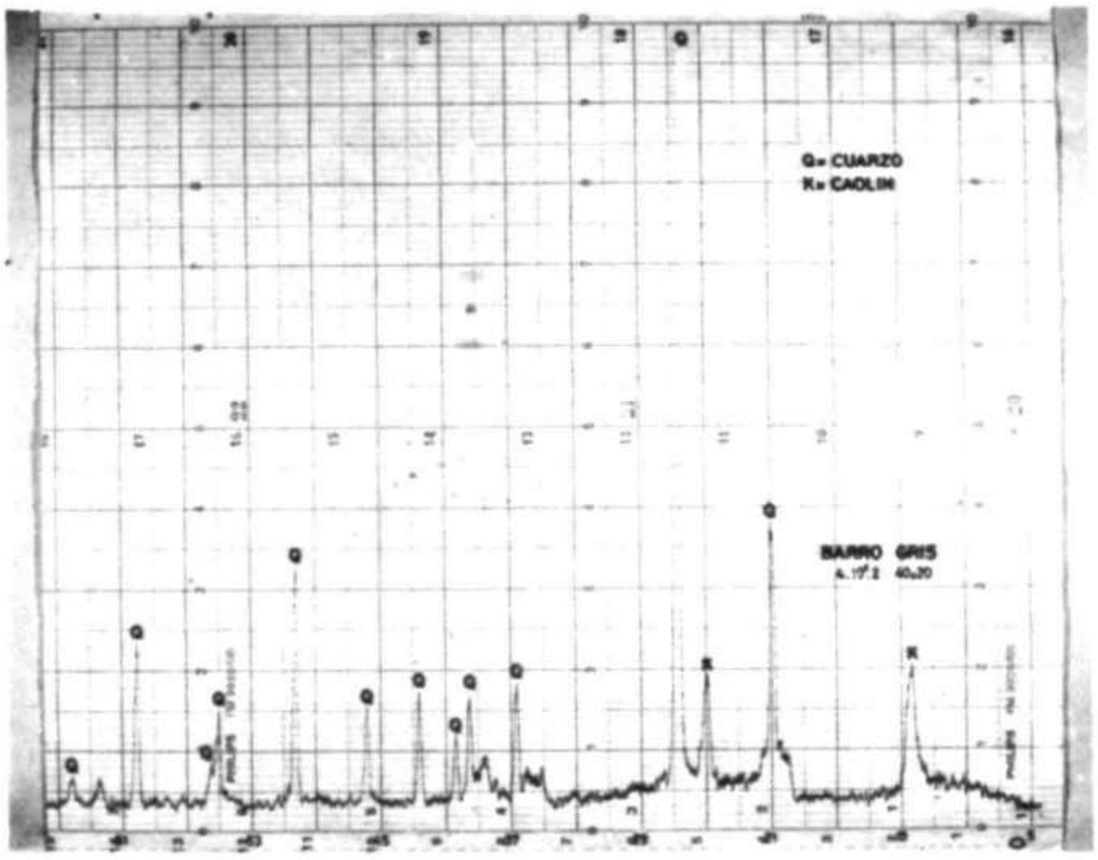
Lám. III.—A) Fotografía en el microscopio electrónico de barrido de la esquirla del plateado. B) Pico de la plata obtenido al analizar en la microsonda la esquirla del plateado. C) Estructura del hierro de la brida a 250 aumentos observada en el microscopio metalográfico.

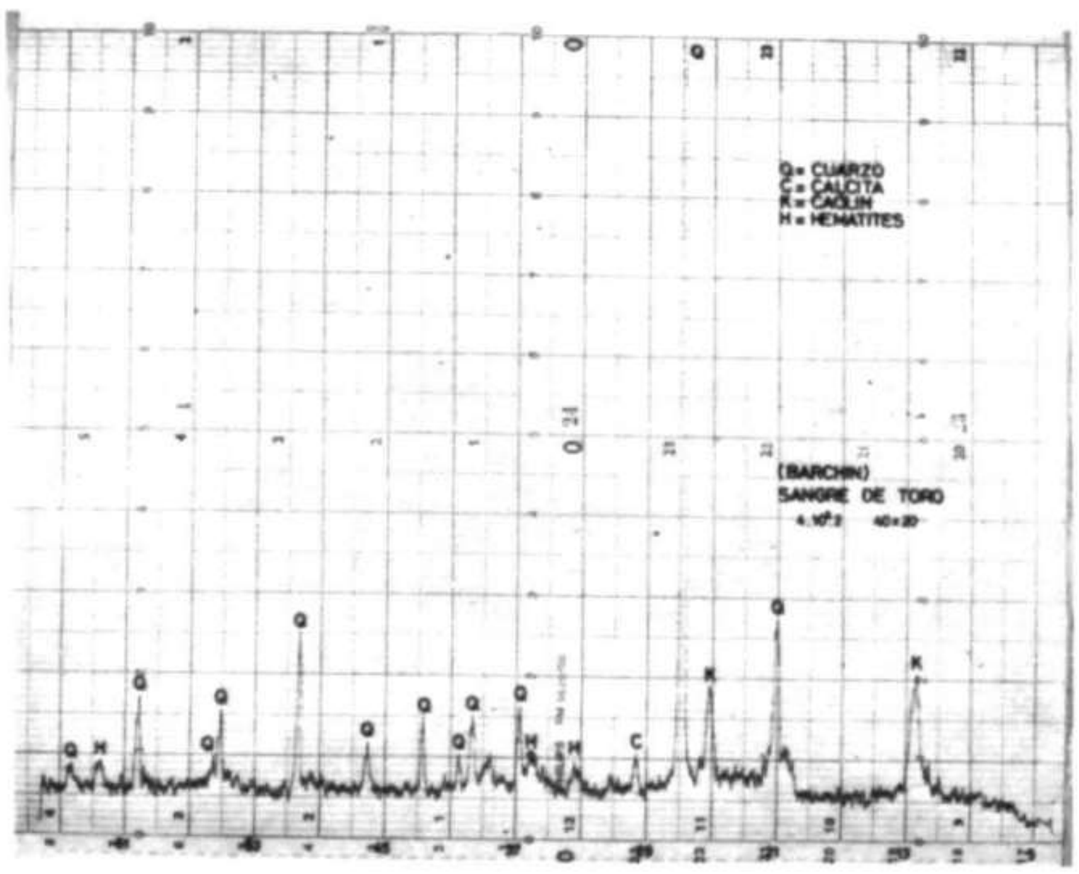


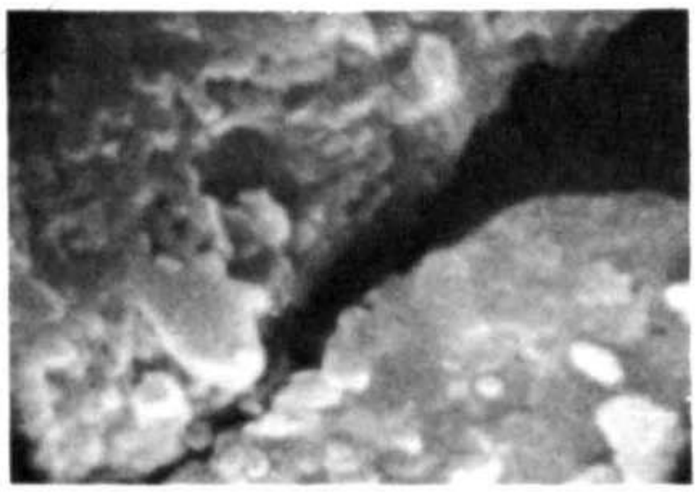
Lám. IV.—Estructura del trozo pequeño.

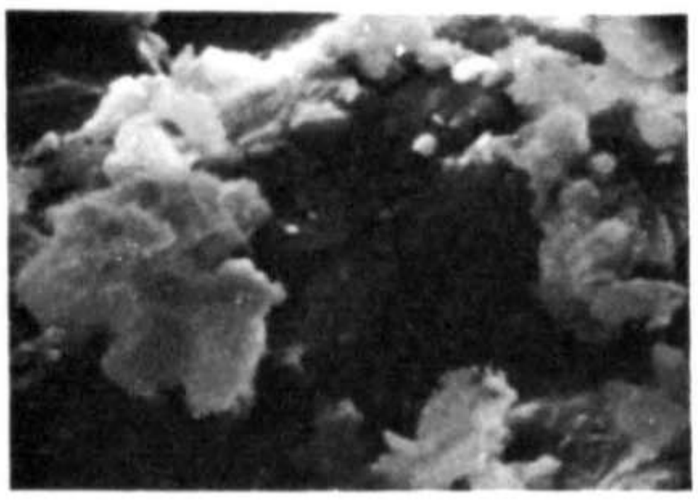


Lám. V.—Estructura del trozo grande (clavo).

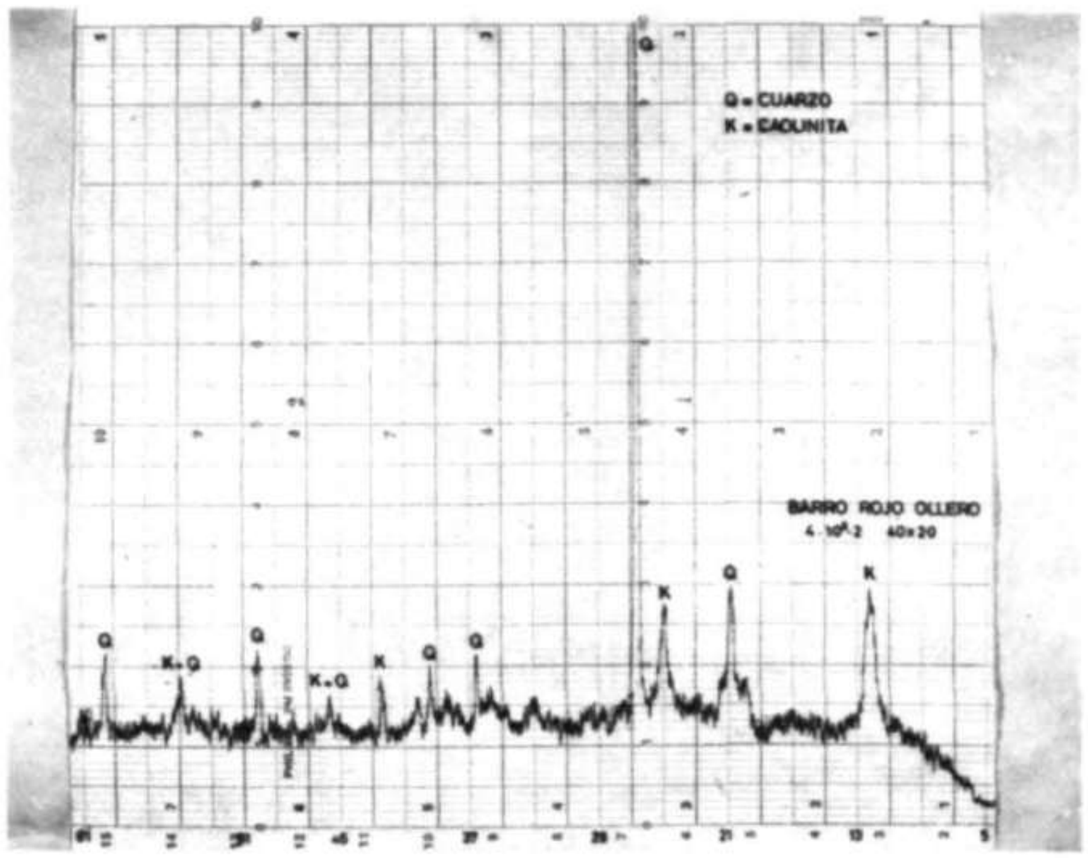


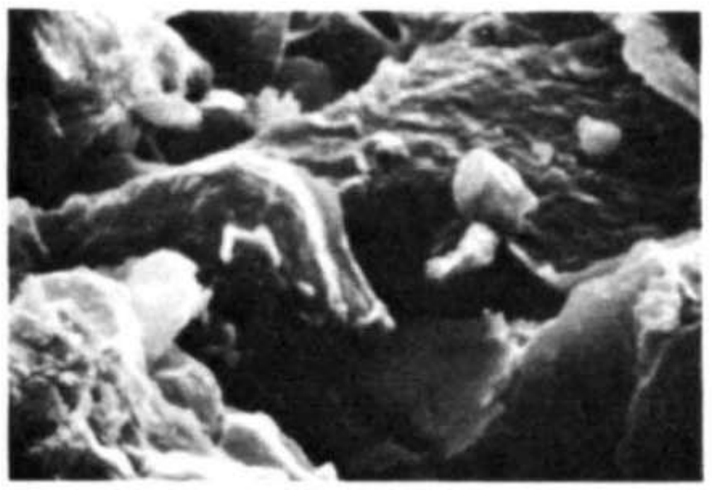


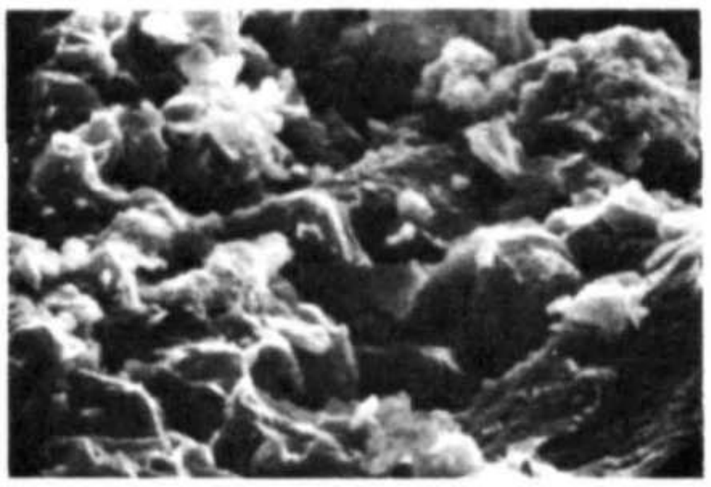


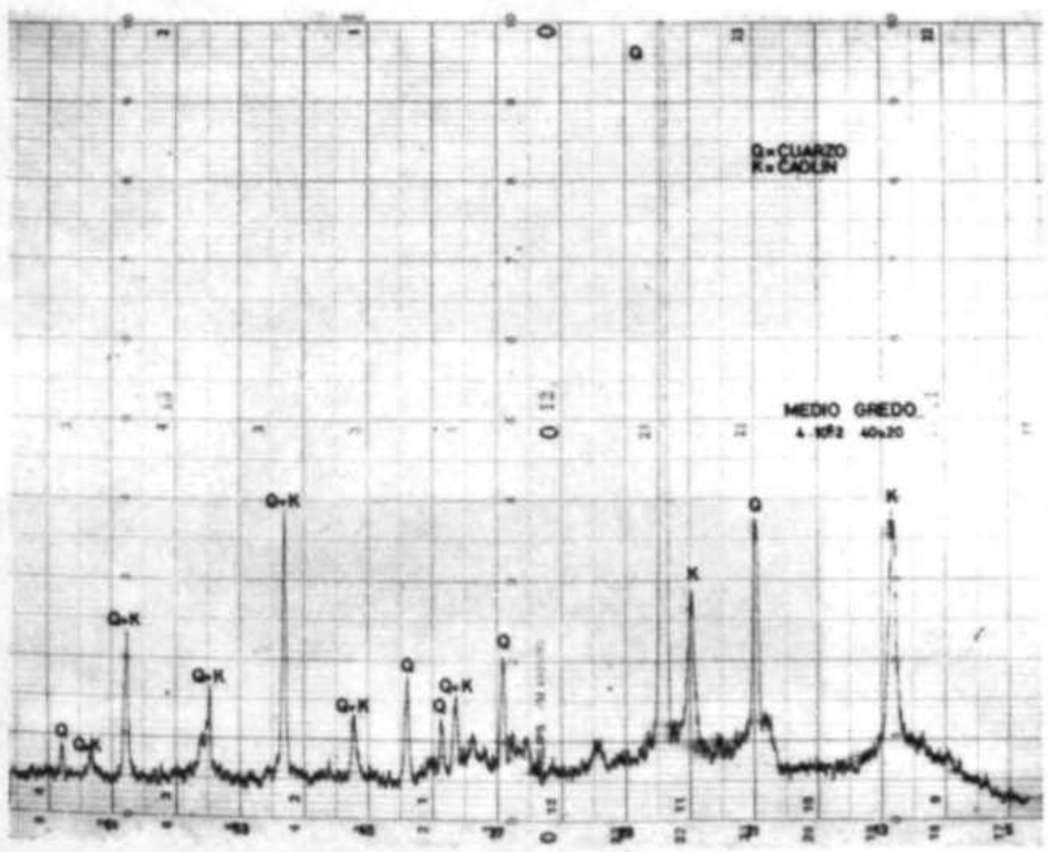


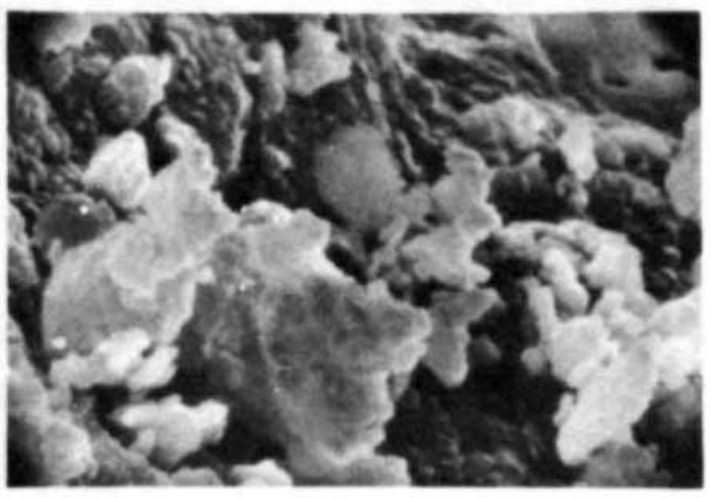
Lám. VI.—Difractograma barro gris (Rincón de San Miguel). 2 y 3. Microfotografías mostrando cristales de caolinitas del barro gris (14.800X, 900X). 4. Difractograma Sangre de Toro masa compacta y poco porosa con subestructura propia de óxidos e hidróxidos de hierro. 5 y 6. Microfotografías (13.600X. 2.720X) (R. 1/2).

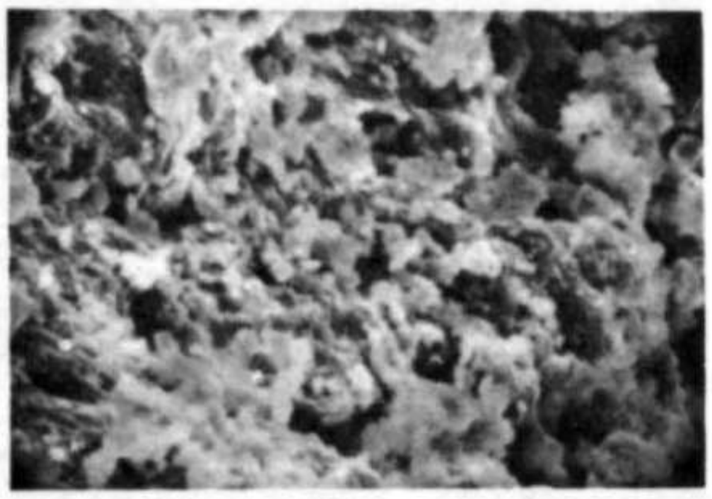




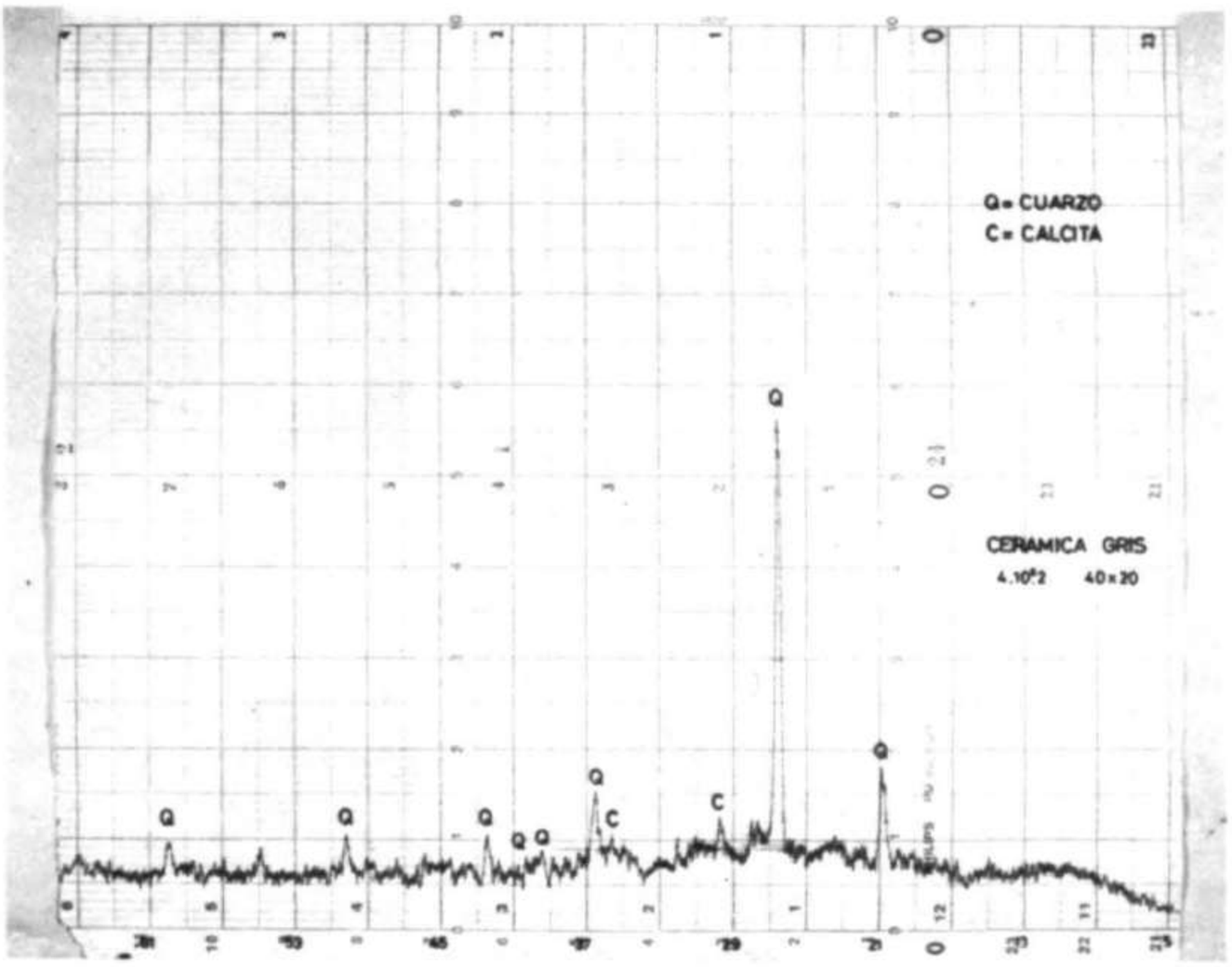


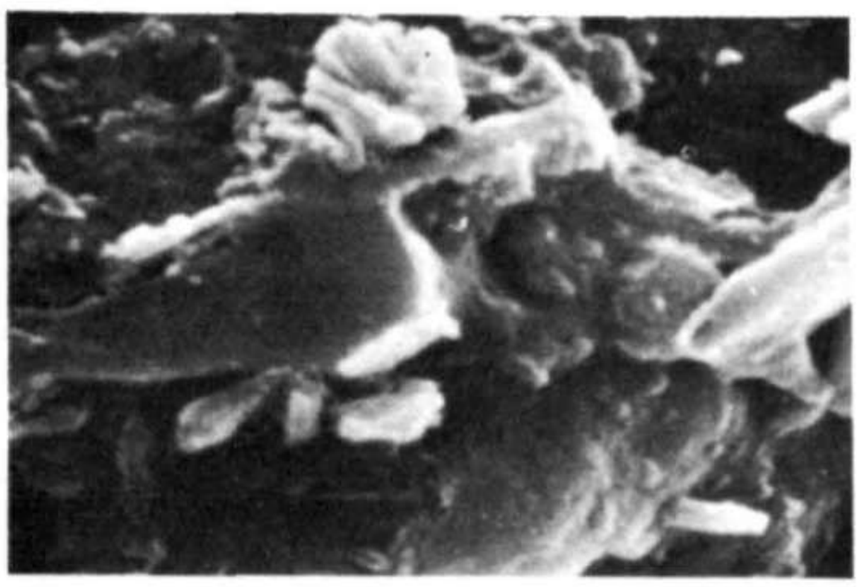


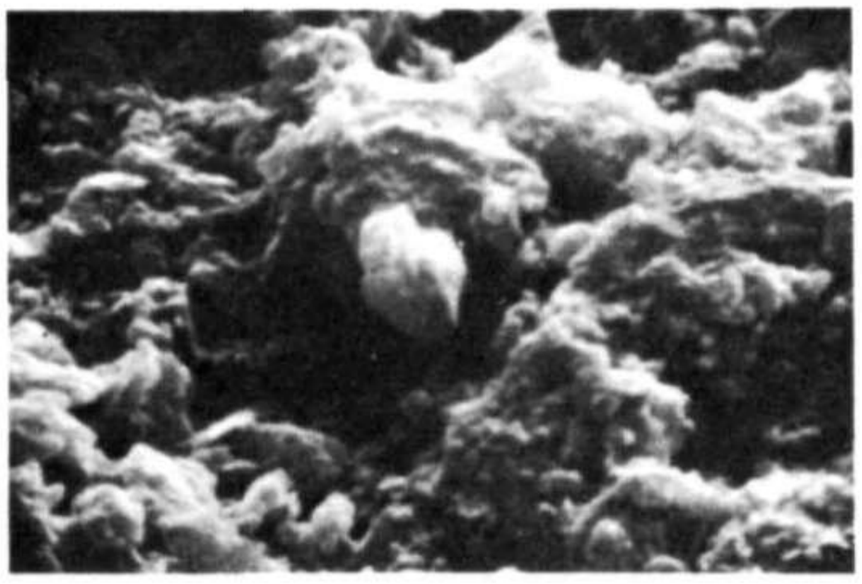


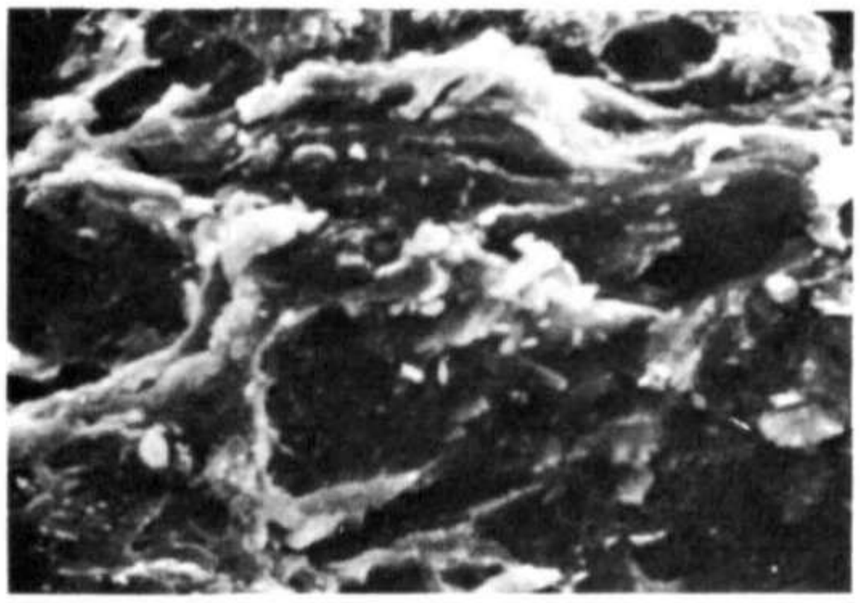


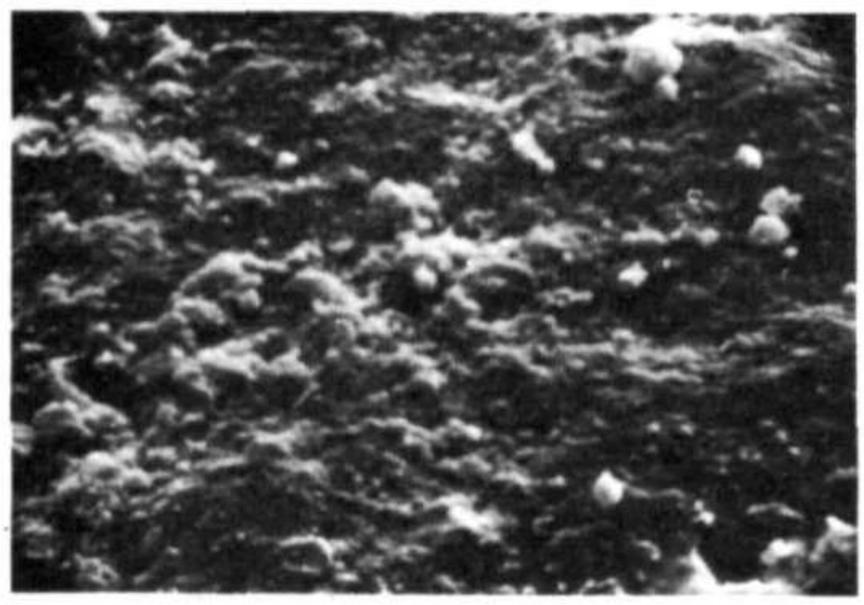
Lám. VII.—1. Difractograma barro rojo. 2 y 3. Microfotografía (4.900X, 2.100X) del barro rojo mostrando caolinitas en masa arcillosa más porosa. 4. Difractograma barro medio grado. 5 y 6. Microfotografía (3.500X, 700X) (R. 1/2).



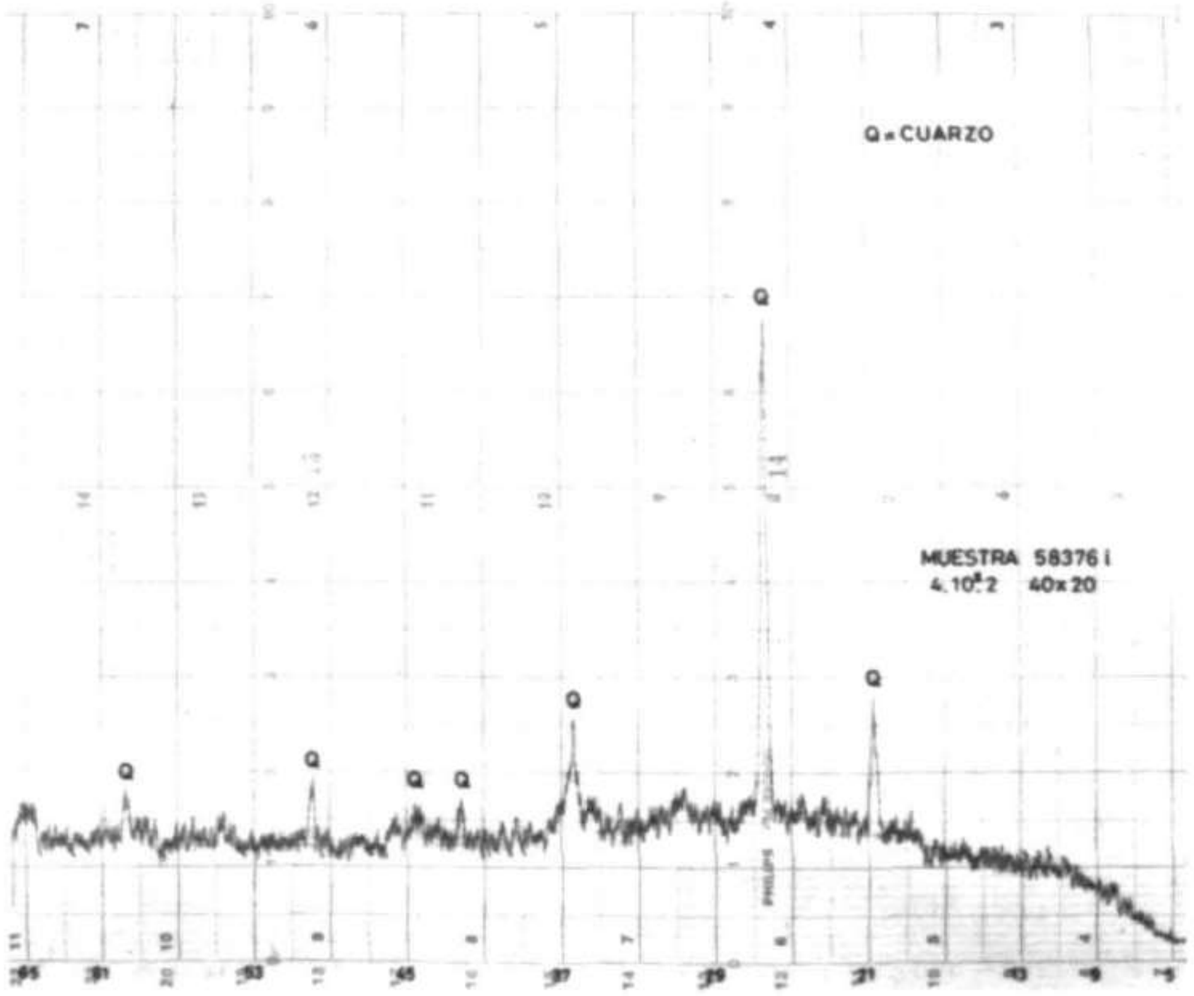


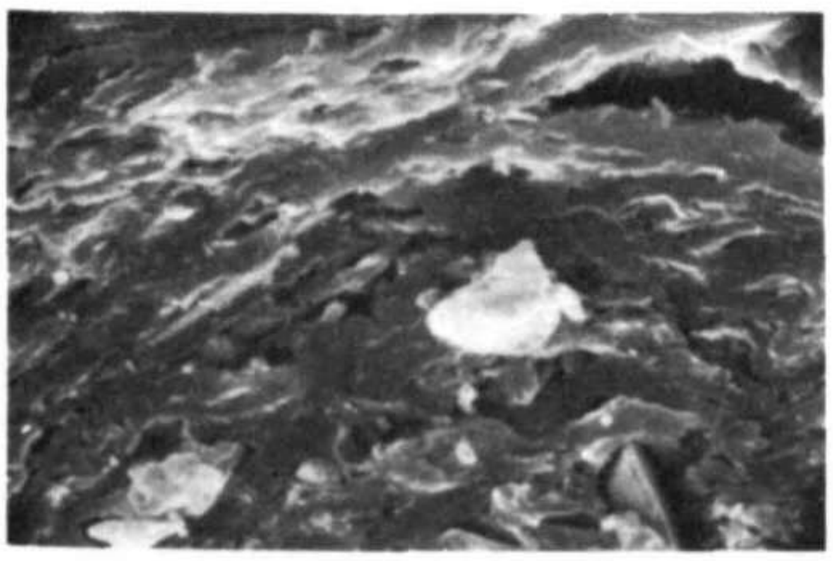


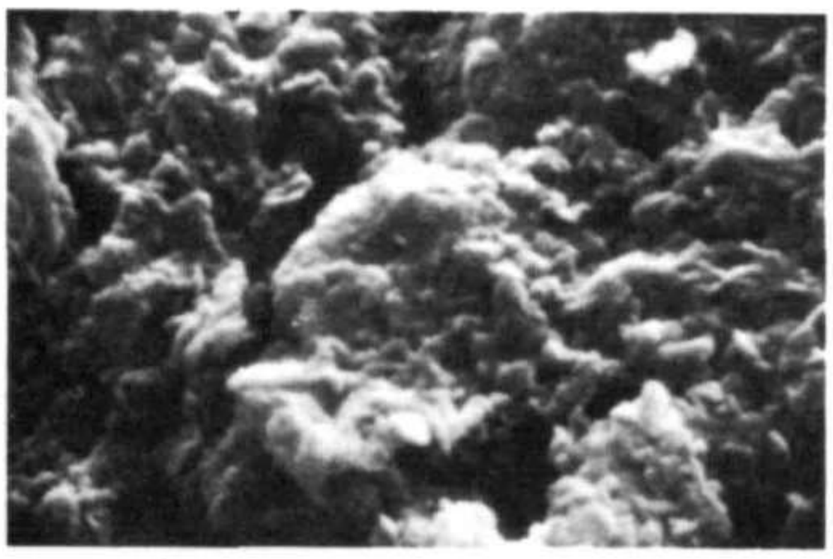


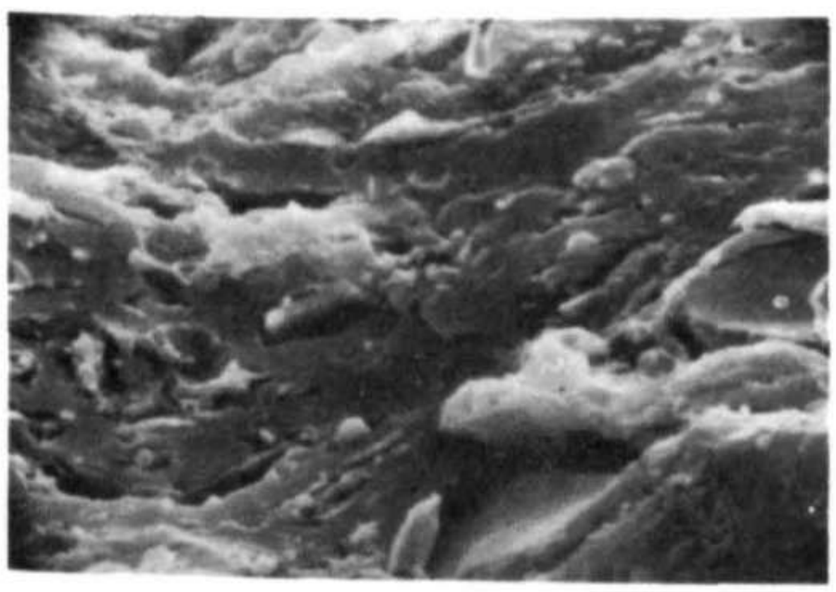


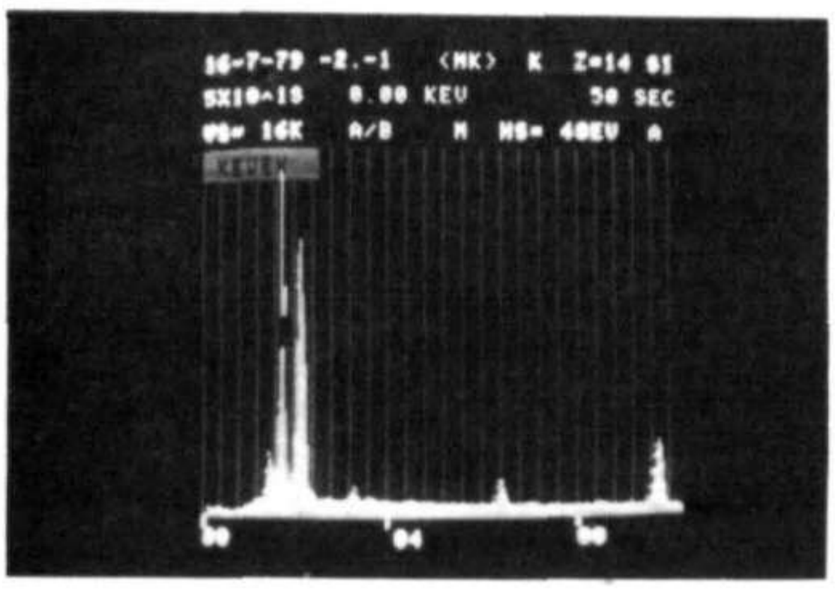
Lám. VIII.—Difractograma cerámica gris. 2 y 3. Zona de fractura de la cerámica gris viéndose la masa bien fundida (6.800X), (1.360X). 4 y 5. Zona exterior con abundante fase vítrea (7.000X), (1.400X) (R. 1/2).



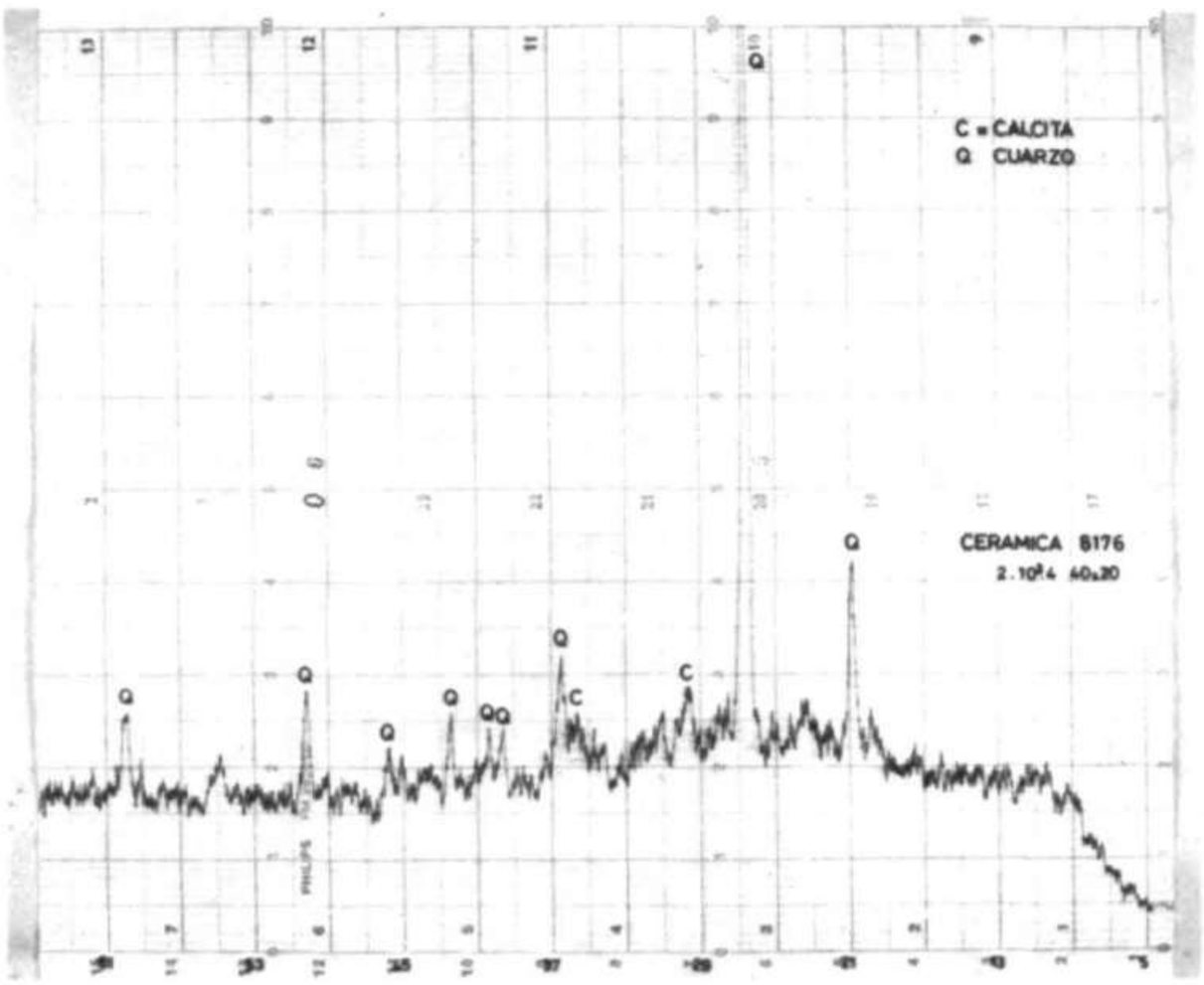


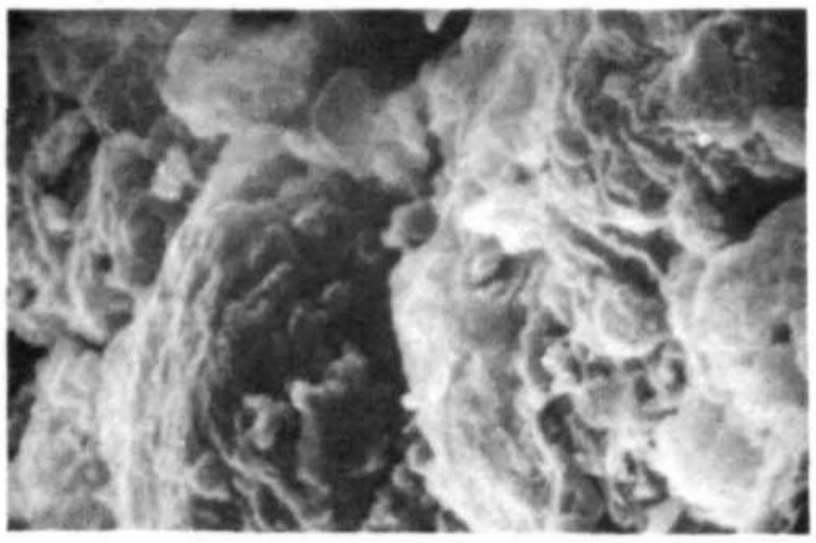


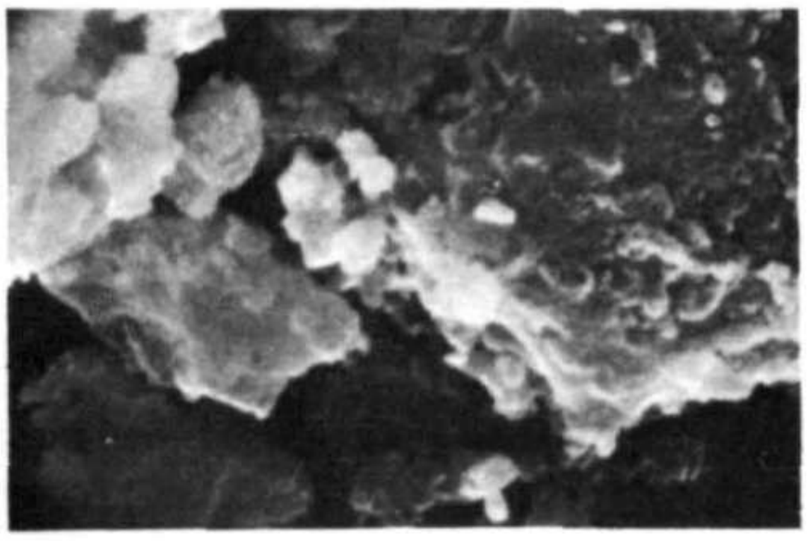


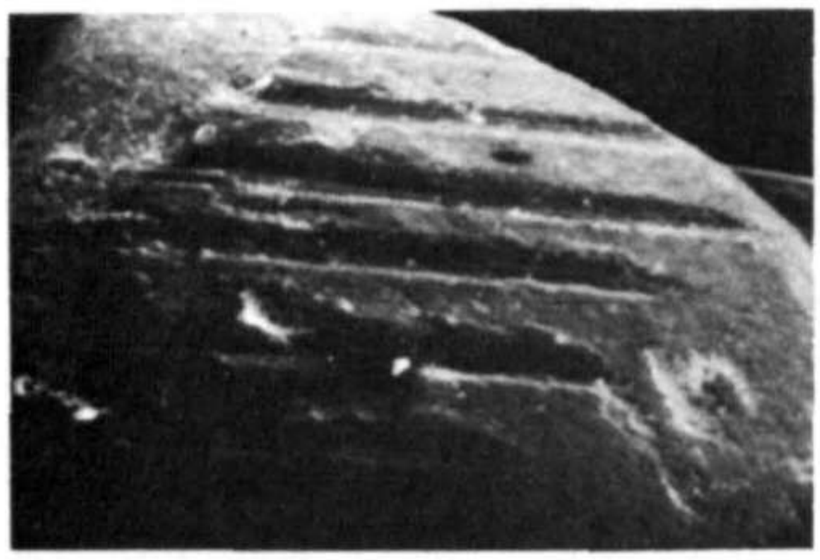


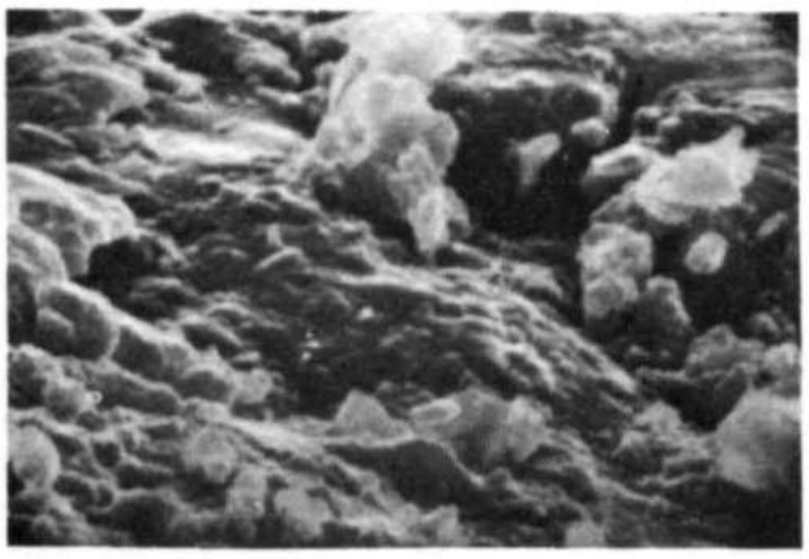
Lám. IX.—Difractograma cerámica gris/roja. 2. Zona exterior. 3. Zona interior. 4. Zona de las dos capas con buena estructura compacta. 5. Comparación de análisis químico de ambas zonas en que la coincidencia de ambas es casi total (R. 1/2).



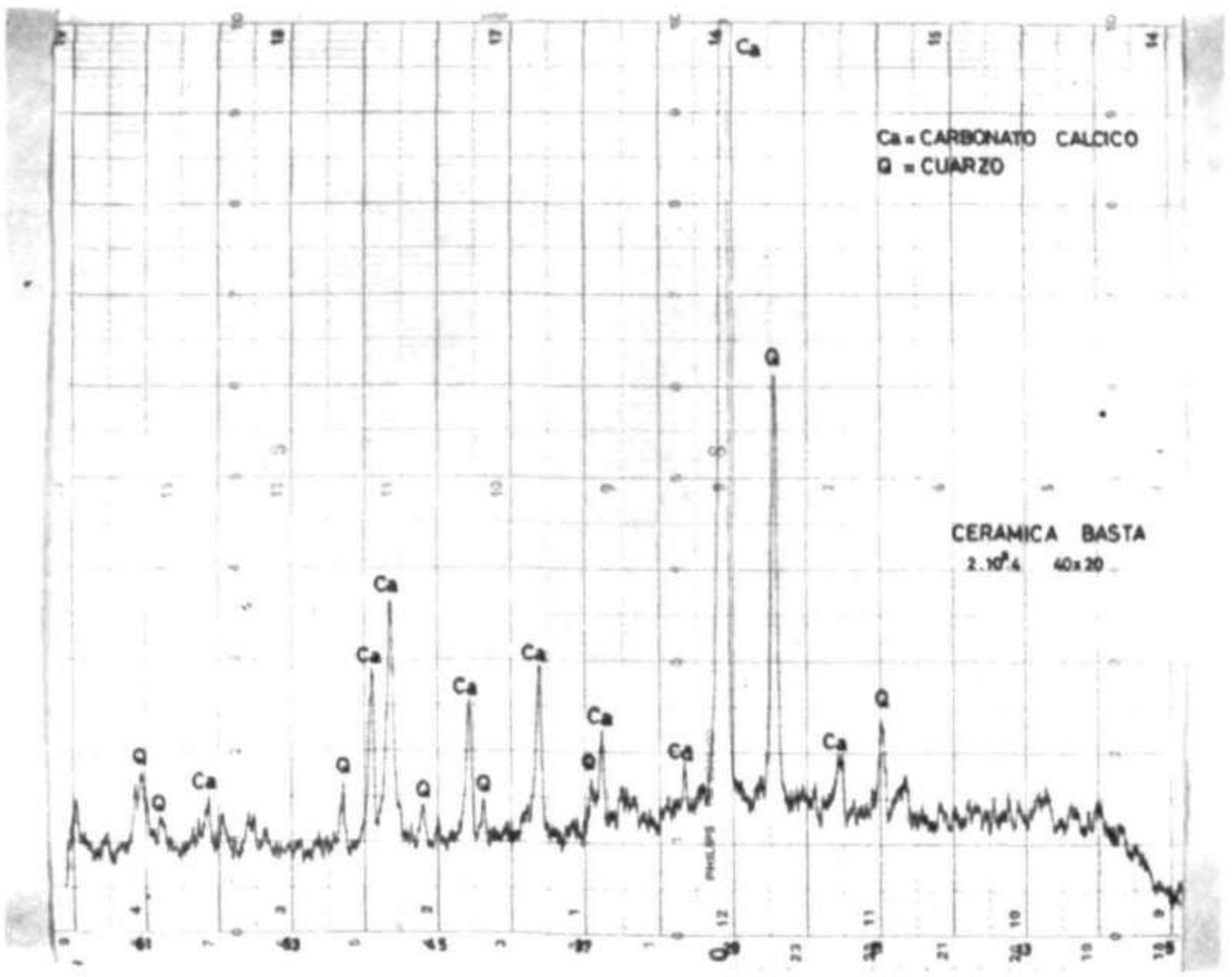


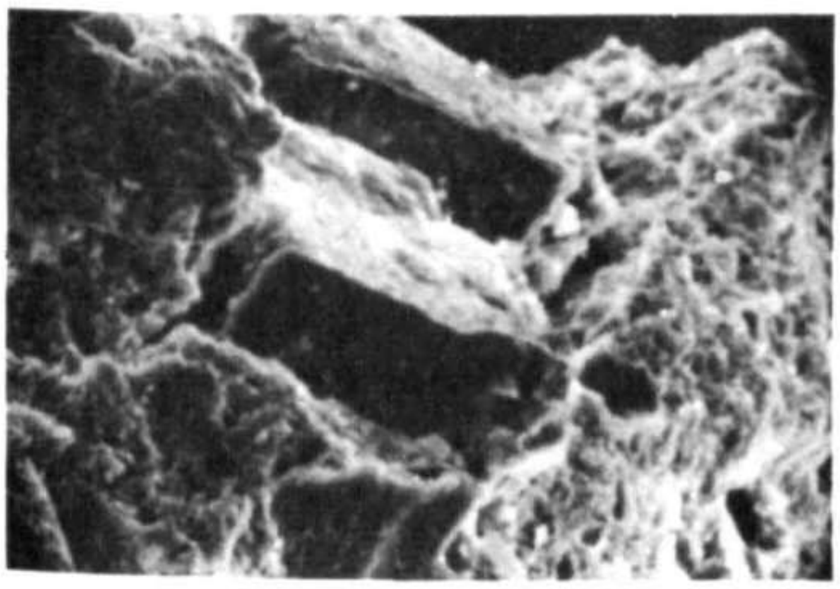


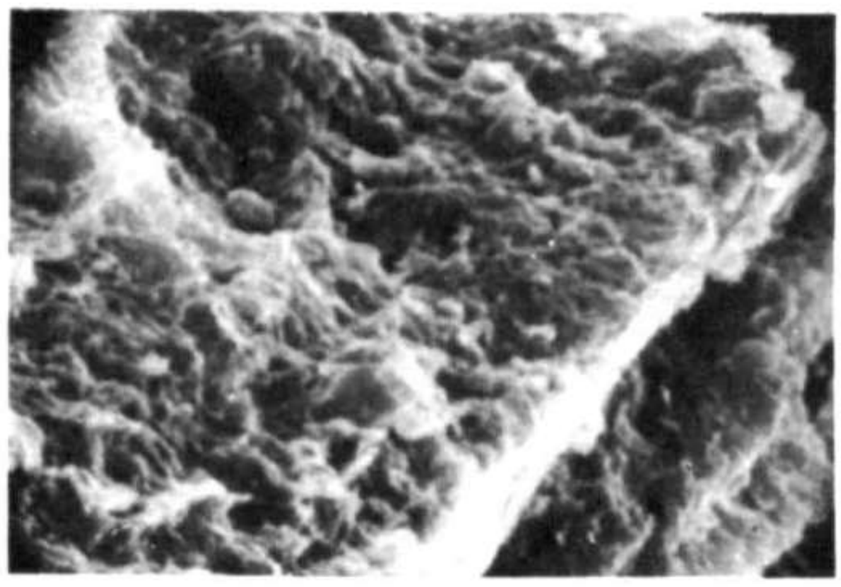


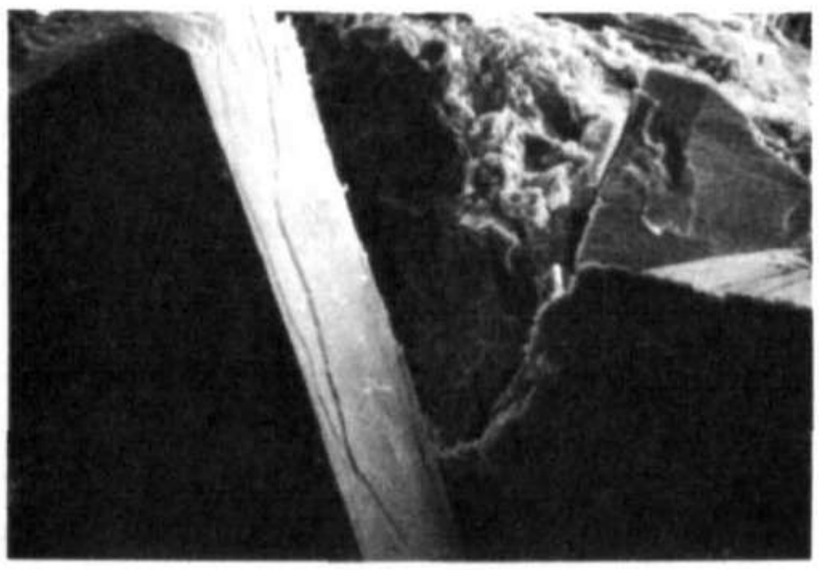


Lám. X.—Difractograma cerámica pasta roja con barniz rojo. 2. Zona exterior de la pasta, estructura con escasa porosidad (7.000X). 3. Microfotografía del corte del borde mostrando algunas arcillas sin fundir 4. Barniz con interior de las rayas y crestas (24,6X, 7.000X) (R. 1/2).

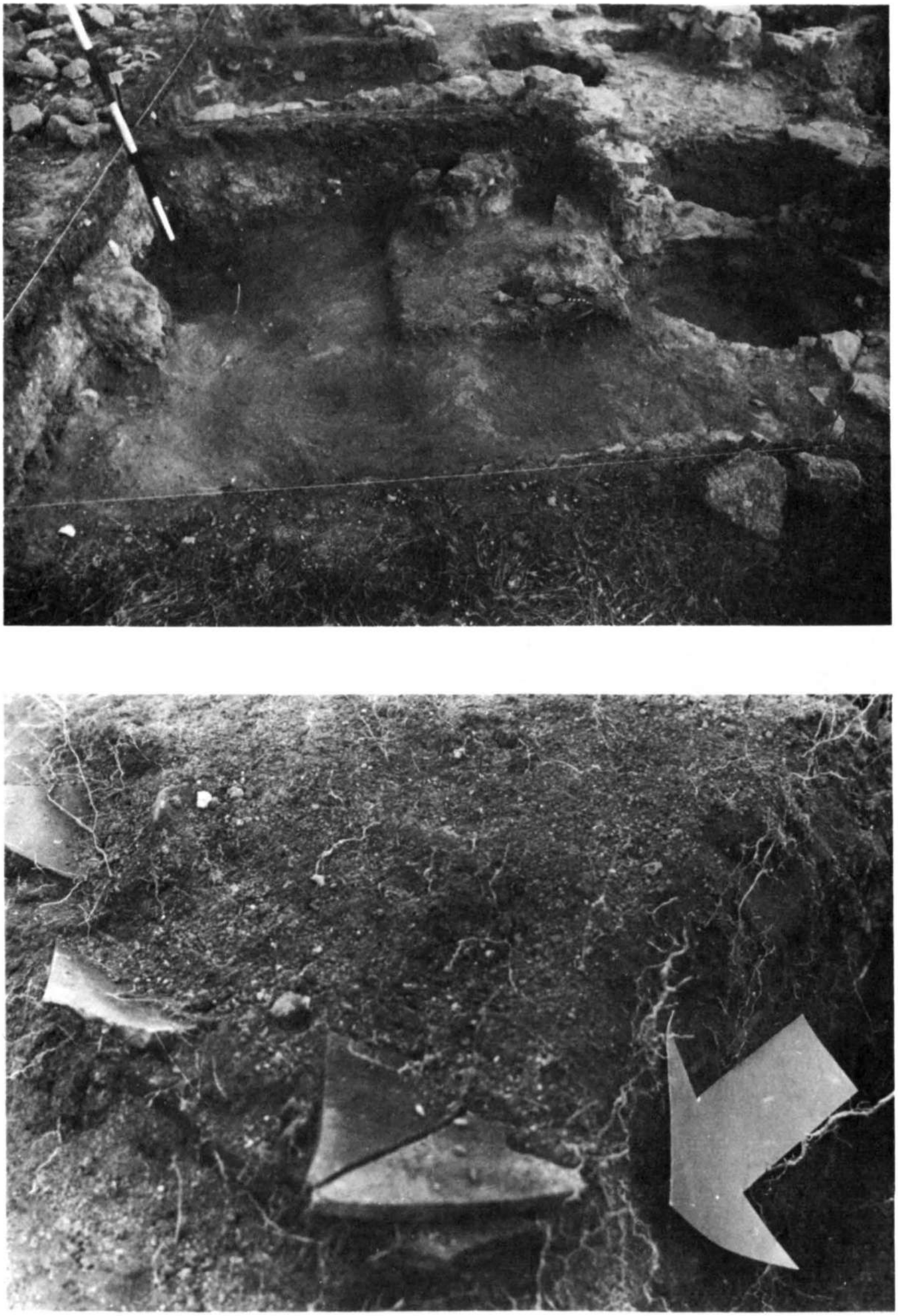




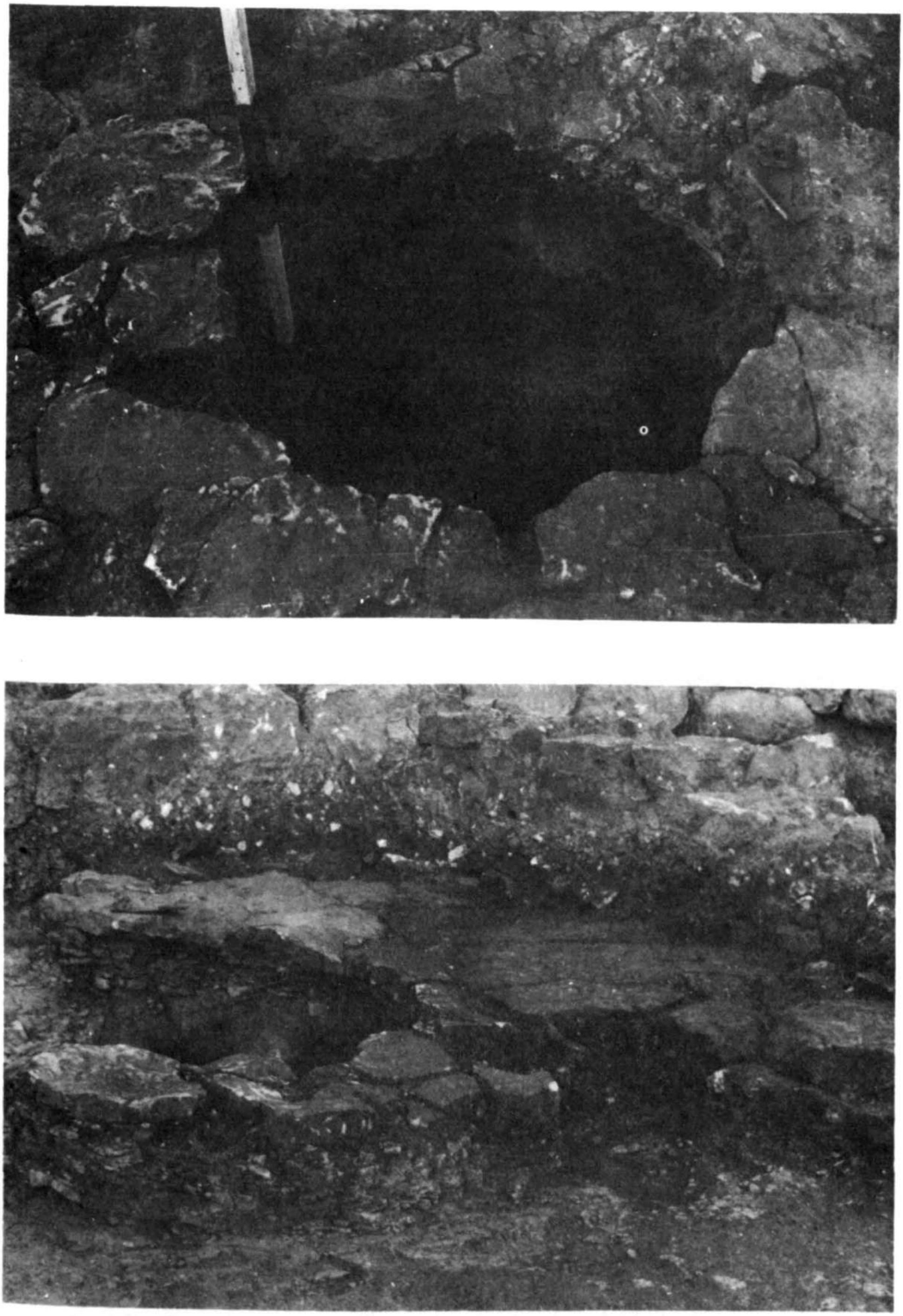




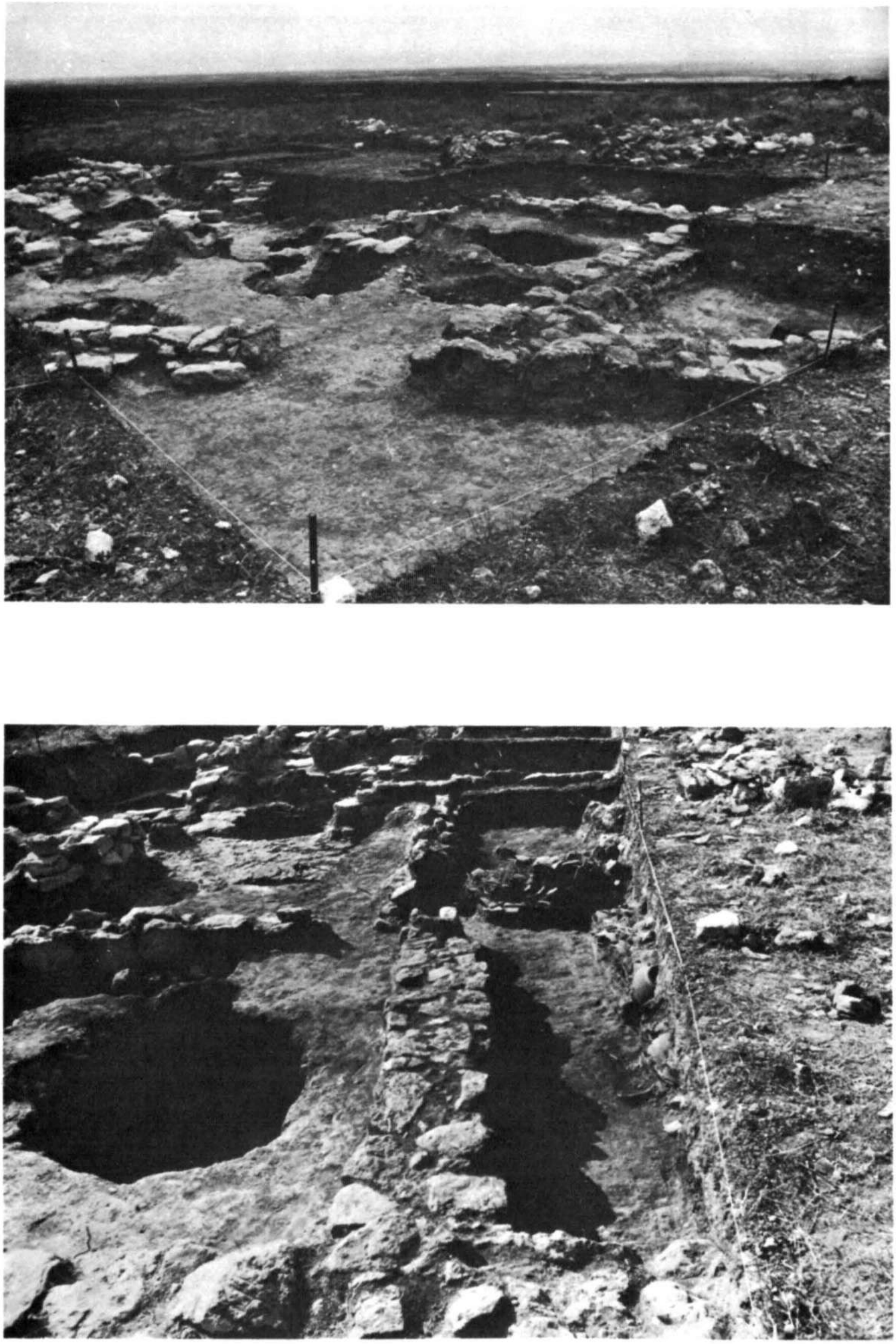
Lám. XI.—Difractograma cerámica basta. 2 y 3. Los cristales de calcita van incrustándose en la masa arriba llegando a confundirse abajo (490X, 1.480X). 4. Cristales de calcita bien diferenciados (156X) (R. 1/2).



Lám. XII.—Cuadrícula 1A', desde el sur, en cuyo rodal, en la foto a la derecha, se encontró trigo y yeros en una vasija del tipo C. Abajo, trigo hallado en curso de excavación de la cuadrícula D1/D2.



Lám. XIII.—Pozo 1: en la zona Sur. Abajo se aprecia el enlosado sobre piedras y tierra.



Lám. XIV.—Cuadrículas E1-E2 desde NE con entrada por la D2 al recinto de los pozos. Abajo zona del almacén desde el N.

II. LOS ALFARES ROMANOS DE LOS VILLARES DE ANDUJAR

(Jaén, campaña 1978-1979)

M. Sotomayor
M. Roca
N. Sotomayor
R. Atienza

CAMPAÑA 1978

Se ha realizado una nueva campaña de excavaciones arqueológicas en el alfar romano de Los Villares de Andújar (Jaén), que tuvo comienzo el día 28 de julio de 1978 y terminó el 26 de agosto del mismo año.

Los fines principales que se perseguían esta vez eran los siguientes: 1. Tratar de localizar la zona del alfar dedicada especialmente a la producción de lucernas. Don Pablo Alcalde y su hijo Miguel, vecinos de Andújar, que ya habían denunciado hace años la existencia de todo el alfar, nos habían indicado que en la parte alta de la parcela 219e2 (1) se podían recoger en superficie abundantes fragmentos de lucernas y algunas enteras o casi enteras, mientras que apenas se veían fragmentos de sigillata o de cualquier otra producción cerámica (2); 2. En segundo lugar, se trataba de completar el conocimiento del vertedero ya explorado en los cortes 12, 14 y 15 de los años anteriores, realizados en la parcela 219a (3). Por lo que respecta a este segundo propósito, un nuevo corte (corte 16) ha servido para confirmarnos en las mismas conclusiones ya obtenidas de los cortes anteriores y expuestas en la memoria correspondiente a ellos, que al redactar estas líneas estaba en espera de su publicación en el Noticiario. Por este motivo en la presente Memoria nos limitaremos a la exposición de algunos temas nuevos o que pueden considerarse como complementarios de los ya tratados en anteriores publicaciones.

I. LAS LUCERNAS

Dado que los fragmentos visibles en superficie se extendían en una zona muy determinada de la parte alta de la citada parcela 219e2, pero sin que apareciese en ninguna parte ceniza, escoria, ni otros síntomas claros de vertedero, decidimos realizar pequeñas catas superficiales hasta localizar el probable vertedero. Después de realizar catorce pequeñas catas de diversas dimensiones (cf. Fig. 1) pudimos comprobar que el vertedero de lucernas existió efectivamente, pero había sido

---

(1) Cf. NotArqHisp. Arqueol. I, Madrid, 1972, pág. 265, fig. 2.

(2) Para poder realizar esta campaña no tuvimos más remedio que doblegarnos a las desorbitadas exigencias económicas del propietario de la parcela.

(3) Cf. NotArqHisp., l.c. Hemos de agradecer al propietario de esta parcela, don José María Alvarez Pérez las facilidades que nos prestó durante las campañas realizadas en su parcela durante los años 1974, 1975, 1977 y 1978.

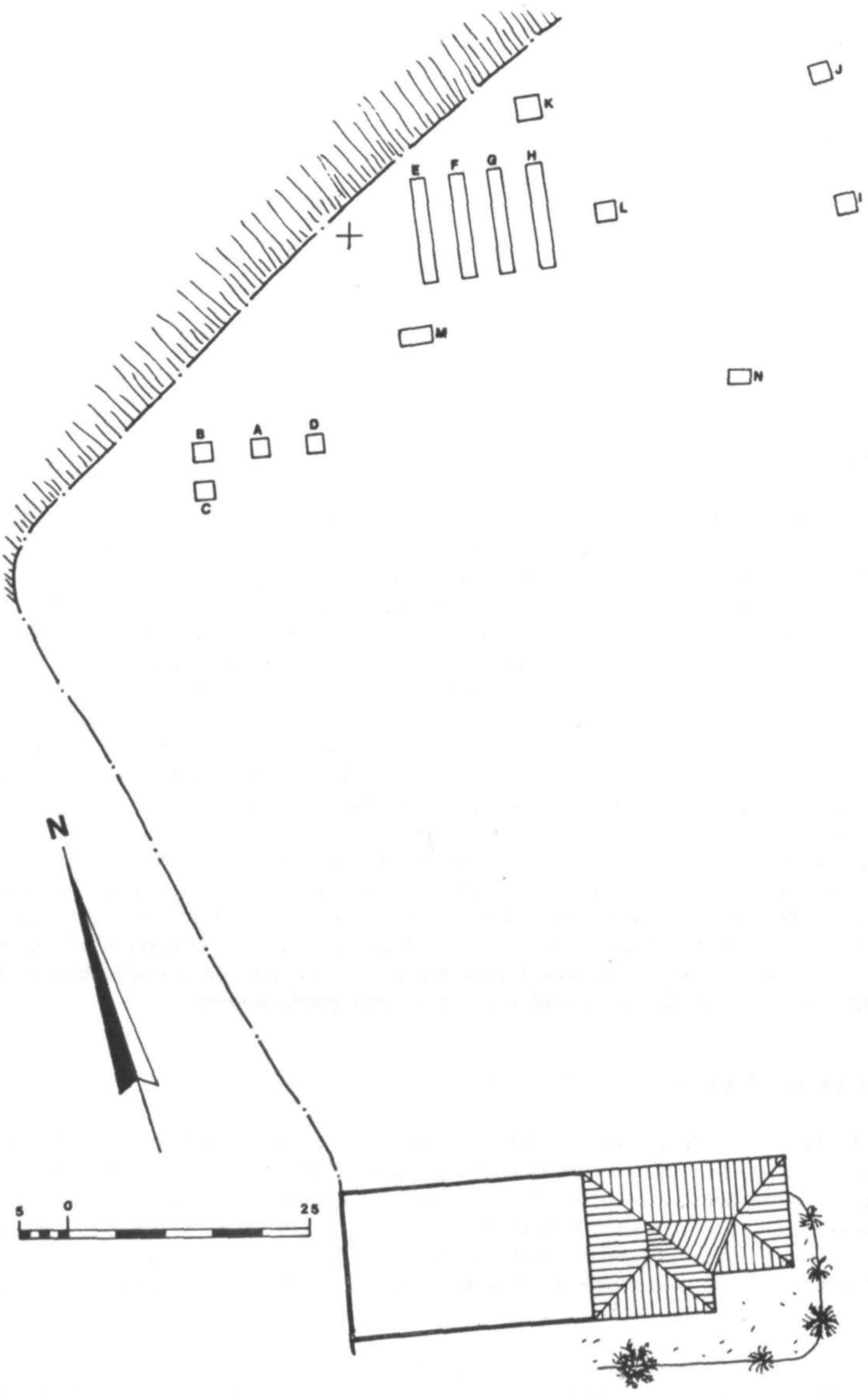


Fig. 1.—Planta general de las catas realizadas en la parte superior de la parcela 219 e2 de Los Villares de Andújar.

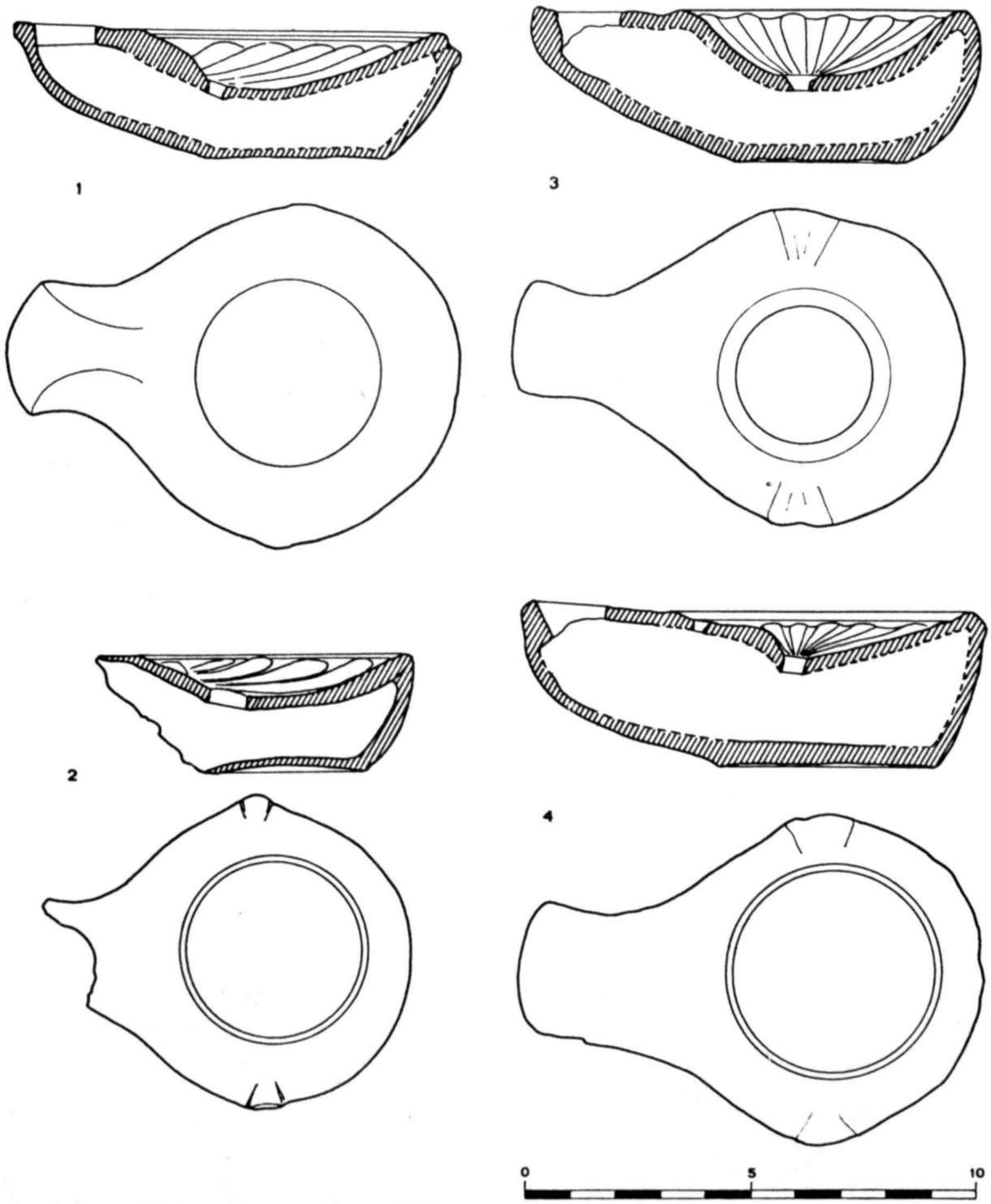


Fig. 2.—Números 1 y 2: Lucernas del grupo A-1. Números 3 y 4: Lucernas del grupo A-2.

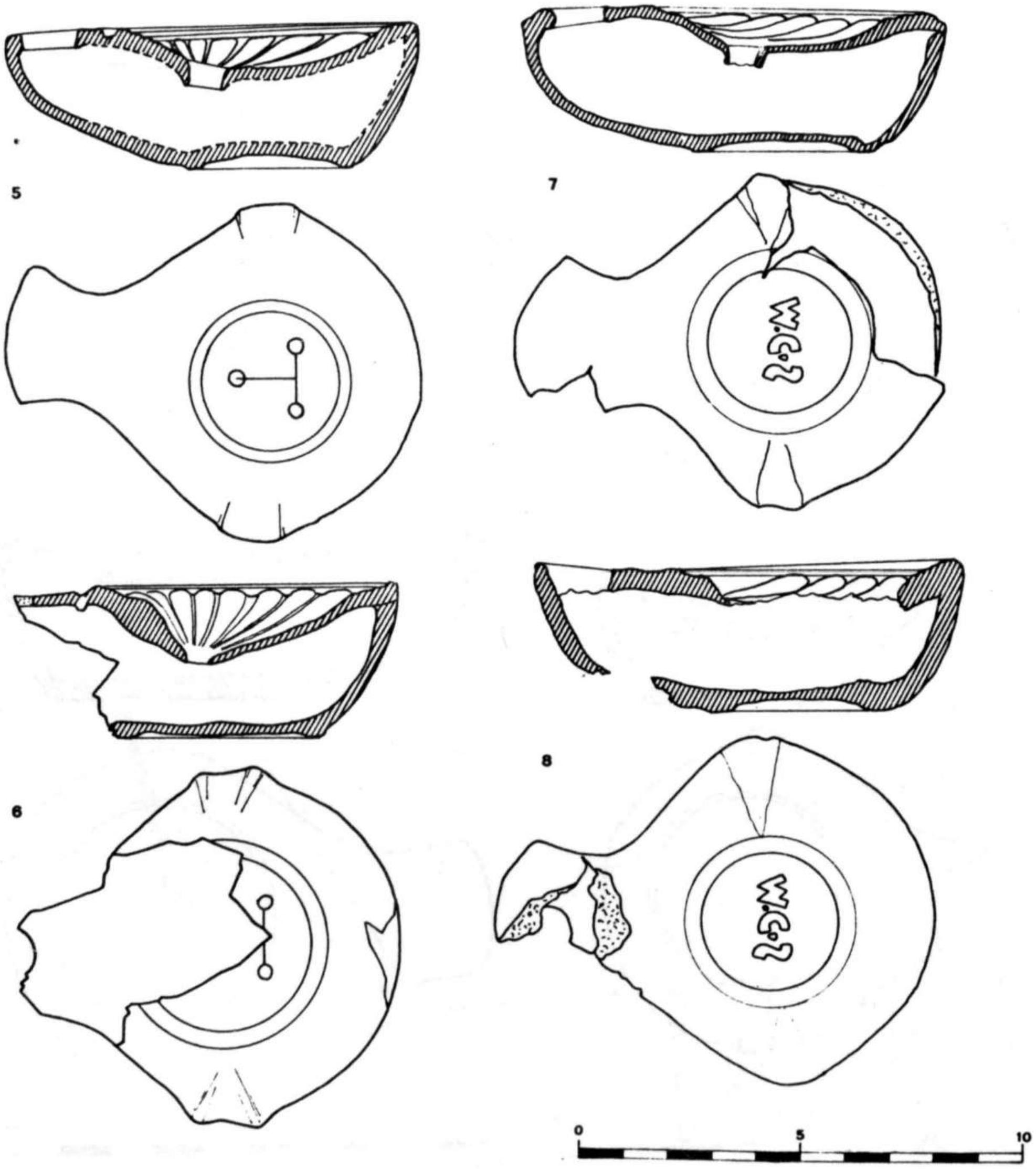


Fig. 3.—Números 5 y 6: Lucernas del grupo B. Números 7 y 8: Lucernas del grupo C.

arrasado en su mayor parte cuando se niveló el terreno para su explotación agrícola, quedando solamente pequeños restos de su zona inferior, aunque bastante esparcidos. Es, por tanto, imposible en la actualidad una exploración sistemática del vertedero, pero los casi 500 fragmentos de lucernas y aun lucernas enteras recogidas en las catas han servido para confirmar los datos ya proporcionados por la presencia de lucernas en los vertederos de sigillata estudiados en las campañas anteriores y que probaba que también en aquellos hornos se habían producido estas mismas lucernas.

Hoy día contamos ya con elementos suficientes para dar una visión de conjunto de las pocas variantes de los tipos de lucernas fabricadas en Andújar (4). (Cf. Lám. I.)

Se trata de lucernas sin asa, con pequeñas aletas o protuberancias laterales, pico entre rectangular y triangular, sin volutas o con volutas incipientes y disco cóncavo decorado con venera o motivo inspirado en ella. Las hay con fondo plano y sin marca o con resalte circular de diverso espesor y diámetro, con o sin marca. Dentro de estas características comunes pueden distinguirse cuatro grupos o variedades que denominamos A, B, C, D.

A-1: Lámparas con pico de yunque o cola de golondrina, sin volutas, sin asa, con una leve insinuación de aletas o protuberancias a los lados y disco decorado con dos molduras consistentes en incisiones concéntricas casi en el mismo borde del depósito y venera formada por gallones cóncavos que confluyen todos en la charnela, situada siempre en la parte del disco más próxima al pico. El orificio de alimentación se sitúa debajo de la charnela, pero sin posición fija. El fondo es plano con leve resalte circular. No tienen marca. El perfil corresponde siempre al tipo II A de Ponsich (5), pero sin volutas (Fig. 2).

1. Long.: 9,9 cm: alt.: 2,7 cm: diám. depós. 7 cm. Pasta color carne 2 (1b) (6). Procede del corte 14 (1975). Inv. Aj.-7552.

2. Long. aprox.: 8,4 cm: alt. 2,5 cm: diám. depós. 6,1 cm. Pasta como la anterior, pero tonc grisáceo. Paredes muy finas: 1 mm en el fondo. Procede de la cata F (1978). Inv. Aj. 10009.

A-2: Su descripción corresponde a las anteriores en todo menos en la decoración del disco, consistente en motivo inspirado en la venera, pero sin charnela, cor gallones convexos que confluyen radialmente en el orificio de alimentación:

3. Long.: 10 cm: alt.: 3 cm: diám. depós. 6,7 cm. Color carne 2 (1b). Procede de la cata M (1978). Inv. Aj. 10056.

4. Long.: 10,2 cm: alt.: 3,3 cm: diám. depós. 6,8 cm. Color ídem. Procede del corte 14 (1975). Inv. Aj. 7153. Hay otros varios fragmentos.

B: Como las del grupo A-2, con las siguientes diferencias: el fondo tiene resalte circular más marcado, de diferentes espesores y en el interior del círculo, la marca en T, rematada por círculos pequeños en los tres extremos. Las aletas o protuberancias son más marcadas y tienen unas incisiones paralelas en su parte superior. En el pico, entre el disco y el orificio de luz, hay cuatro pequeños círculos incisos y entre ellos el orificio de respiración (Fig. 3):

---

(4) De manera todavía no sistematizada como aquí, nos hemos ocupado ya de las lucernas de Andújar en las anteriores Memorias, donde se citan los paralelos oportunos.

(5) M. Ponsich, Les lampes romaines en terre cuite de la Mauritanie Tingitane, Rabat, 1961, figs. 7 y 8.

(6) Con esta última sigla nos referimos al catálogo de colores de R. Steiger, Tafel zur Farbbezeichnung römischer Keramik, Basel, 1971.

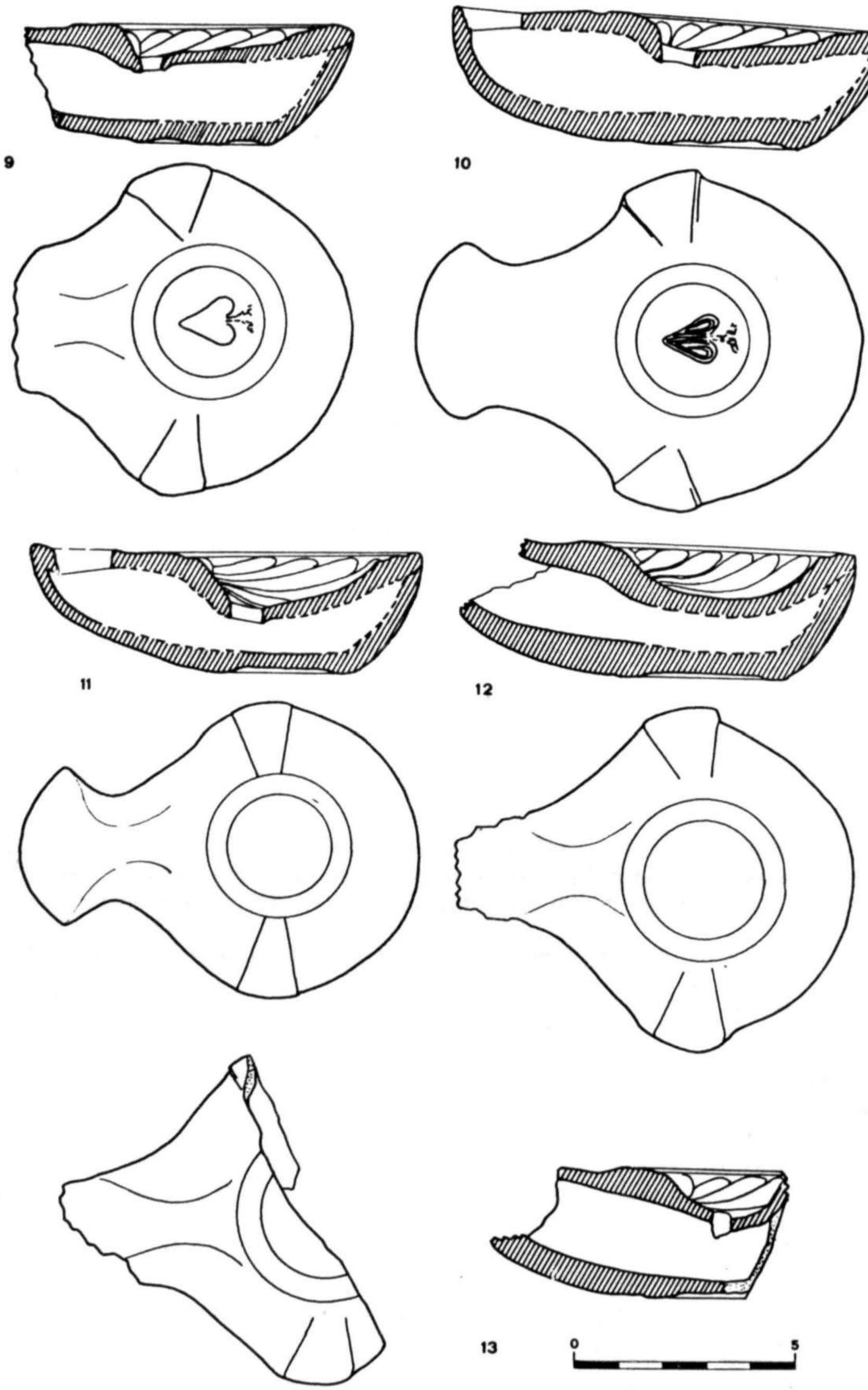


Fig. 4.—Números 9 y 10: Lucernas del grupo D-1. Números 11, 12 y 13: Lucernas del grupo D-3. La número 13 es de Sigillata.

5. Long.: 9.4 cm: alt.: 3,2 cm; diám. depós. 6,6 cm. Pasta color ocre de Roma (9b). Procede de la cata M (1978). Inv. Aj. 10055.

6. Long. aprox.: 9,8 cm: alt.: 3,7 cm; diám. depós. 7,1 cm. Color carne 2 (1b). Procede de la cata F (1978). Inv. Aj. 10008.

C: Lámparas con pico triangular y volutas insinuadas en rehundido sin asas, con aletas o protuberancias triangulares, cuyo vértice alcanza el fondo. Fondo rehundido y con la marca: M.C.S. (retro). El perfil es el mismo de las anteriores. La decoración del disco es siempre de venera, como la descrita en el grupo A-1. Pueden tener o no tener orificio de respiración. Todas son del corte 14 (1975). Pero en 1978 ha salido un fragmento con la misma marca:

7. Long.: 9,7 cm: alt.: 3,1 cm: diám. depós. 6,7 cm. Color carne 2 (1b) algo verdoso. Inv. Aj. 7237.

8. Medidas muy semejantes a las anteriores. Color ocre de Roma (9b). Inv. Aj. 7186.

D-1: Lámparas con pico triangular y volutas insinuadas en relieve, que arrancan desde las aletas o protuberancias. Estas últimas son trapezoidales y están adornadas en su parte superior con incisiones en aspa. El fondo tiene resalte circular ancho y en el interior del círculo, como marca, una hoja bifoliácea acorazonada, con pedúnculo, punzón propio de la sigillata producida en este alfar. El perfil es el mismo de las anteriores. La decoración del disco es siempre de venera, como en los grupos A-1 y C (Fig. 4):

9. Long. aprox.: 9,8 cm: alt.: 2,6 cm: diám. depós. 6,7 cm. Pasada la cocción, color verdoso. Procede del corte 1 (1972). Inv. Aj. 177. En 1978 han salido dos fragmentos con esta misma marca.

10. Long.: 10 cm: alt.: 3 cm; diám. depós. 6,4 cm. Color carne 2 (1b). Procede de Brácana (Granada) y se halla en el Museo Arqueológico Provincial de esta misma ciudad (Inv. 4352).

D-2: Como la anterior, pero la marca consiste en tres botones y dos trazos en forma de cruz latina (7).

D-3: El mismo tipo que las anteriores, pero sin marca:

11. Long.: 8,9 cm: alt.: 2,8 cm; diám. depós. 6 cm. Color carne 2 (1b), con alguna zona verdosa. Procede de la cata F (1978). Inv. Aj. 10007.

En este grupo incluímos dos lucernas que parecen proceder ambas del mismo molde:

12. Long. aprox.: 9,8 cm; alt.: 2,9 cm; diám. depós. 6,4 cm. Color carne 2 (1b). En el arranque de la piquera, restos de decoración consistente en creciente y botoncitos. Procede de la cata F (1978). Inv. Aj. 10001a.

13. Fragmento con idénticas características a la anterior. El creciente y los botoncitos que adornan el arranque del pico son aquí perfectamente perceptibles. Este fragmento reviste especial interés porque *pertenece a una lucerna de sigillata*, con pasta y barniz propios de la producción de sigillata de este alfar. Procede del corte 16 (1978). Inv. Aj. 9127.

Por el hecho de ser lucernas con volutas incipientes o todavía sin volutas, el pico triangular o incluso rectangular en algunas variantes, carecer de asa, tener como única decoración del disco la venera o una estilización de la misma, poseer dos pequeñas protuberancias laterales y un perfil que coincide siempre con el de las lucernas imperiales más antiguas, no parece aventurado afirmar que cronológica-

(7) Cf. M. Sotomayor, A. Pérez Casas, M. Roca, Los alfares romanos de Andújar (Jaén). Dos nuevas campañas: NotArqHisp. Arqueol. IV, Madrid, 1976, pág. 133, fig. 10, 1.

mente no es fácil situarlas en un momento demasiado avanzado del siglo I. Es verdad que las imitaciones provinciales no siempre coinciden en su cronología con los prototipos romanos o itálicos, pero es un dato significativo el hecho de la exclusividad casi absoluta de este solo tipo. Sería extraño que en una época en que circulasen corrientemente por el comercio otros tipos más modernos, no se imitasen éstos, sobre todo si se tiene en cuenta que son varios los productores de Andújar, y con diversos moldes.

Las lucernas de Andújar, por otra parte, aparecen en los vertederos juntamente con la primera producción local de sigillata y, por tanto, van indisolublemente unidas a ésta en su cronología. Esto es indiscutible. No sólo por su clara situación común en el vertedero, sino porque una de las marcas usadas en las lucernas del grupo D está obtenida con un punzón que es característico de la sigillata de estos hornos. Y por si esto no bastase, en el corte 16 ha aparecido una lucerna, también del grupo D, de sigillata (cf. Fig. 4, 13, Lám. I, D3).

II. TESTIMONIOS DE UN ASENTAMIENTO DE EPOCA PRE O PROTOIBERICA

La cata I, abierta como todas las demás para intentar localizar la extensión del supuesto vertedero de lucernas, decidimos continuarla hasta tierra virgen, para conocer la estratigrafía del lugar. En alguna de las otras catas aparecieron materiales de diversa cronología mezclados con las lucernas, de los que damos una muestra en nuestra figura 5 y que pasamos a describir sucintamente antes de ocuparnos de la cata I:

14. Plato de pasta gris. Cata G. Inv. Aj. 10014c.

15. Cuenco de pasta color gris pálido (27b); superficie color carne 2 (1a) que adquiere tonalidad amarillo de Nápoles (3b) en la parte cercana al borde. Cata G. Inv. Aj. 10014a.

16. Fragmento de urna con borde vuelto. Pasta color ocre carne (6b) con barniz rojo en el hombro. Cata G. Inv. Aj. 10014i.

17. Fragmento de plato de pasta color gris verdoso claro. Cata G. Inv. Aj. 10014b.

18. Fragmento de borde: labio de reborde ligeramente incurvado, muy parecido a ciertos bordes de aretina. Pasta color gris oscuro: superficie pulimentada. Cata G. Inv. Aj. 10014e.

19. Fragmento de cuenco con borde exvasado: pasta color ocre carne (6b) con bandas estrechas vinosas en el interior del labio y dos paralelas en el exterior de la pared. Cata G. Inv. Aj. 10014h.

20. Fragmento de copa: pasta color carne 2 (1a) recubierta con engobe color rojo inglés (18b). Cata G. Inv. Aj. 10014 f.

21. Fragmento de pequeñísimo cuenco de pasta color ocre carne (6b). Cata G. Inv. Aj. 10014 d.

22. Borde de urna. Pasta color tierra de siena tostada (11) con bandas vinosas en el borde y en el cuello. Cata I. Inv. Aj. 10022.

23. Borde de plato: pasta color carne 4 (2a) y restos de barniz rojo en la superficie tanto interna como externa. Cata G. Inv. Aj. 10014 g.

Con este material aparecieron también mezclados en la cata G fragmentos de sigillata itálica (Inv. Aj. 10013), de 15/17 sudgálica (Inv. Aj. 10013) y sigillata hispánica de Andújar (Inv. Aj. 10013).

La cata I se sitúa en el principio de la pendiente del cerro que se eleva hacia el este.

Estrato I

A una profundidad aproximada de 2,50 m de la superficie actual (a + 4, 24 m con respecto al punto 0 de todas las campañas) aparece un suelo nivelado de piedra

arenisca (8). Sobre este suelo existe un primer estrato de 1 m aproximado de potencia, en el que se distinguen dos capas de diferente color que reflejan dos fases: la inferior de tierra color marrón rojizo (cuadriculado en los perfiles de las Figs. 6 y 7) y la superior de color ocre (rayado vertical en los citados perfiles). En la parte superior de este estrato se insertan los cimientos de un muro de piedra desigual (algunos cantos rodados) de 60 cm de ancho que corre en dirección norte-sur. No quedan restos visibles de la zanja de cimentación, pero la presencia de este muro hace suponer una tercera fase que no ha quedado reflejada en la estratificación seguramente por haber sido barrida al formarse la bolsa del estrato superior. En el primer estrato se ha excavado una bolsa rellena con tierra, ceniza y material, procedente del estrato superior, que se aprecia en el tercio sur de la cata y se refleja en sus perfiles sur y oeste (perfiles D-C y C-A, Fig. 7).

Materiales

El material cerámico recogido en este estrato es uniforme en las dos capas citadas, por lo que lo consideramos como un solo estrato arqueológico. Presentamos una selección del material, ordenando los fragmentos por orden de profundidad de menos a más, en las figuras 7 a 11. Hemos preferido este sistema de agrupación. dado el carácter de primera noticia que tiene este trabajo, pensando que de esta manera quedan más a la vista los diferentes materiales que proceden juntamente de las mismas profundidades dentro del estrato:

24. Fragmento de borde y galbo de olla a mano. pasta oscura de textura harinosa. superficie exterior gris clara con restos de engobe en el interior. Fuego oxidante. Inv. Aj. 10025.

25. Fragmento de borde y parte superior del cuerpo de olla de borde vertical. a mano; pasta oscura. harinosa: superficie negra. bruñida. Fuego reductor. Inv. Aj. 10033 a.

26. Fragmento de borde de olla a mano; pasta clara. harinosa; superficie parda. Fuego reductor. Inv. Aj. 10033 b.

27. Pequeño fragmento de fondo a torno; pasta no oscura; superficie gris oscura. Fuego reductor. Inv. Aj. 10033 c.

28. Fragmento de fondo a mano; pasta clara y harinosa; superficie gris clara. Fuego reductor. Inv. Aj. 10033 d.

29. Fragmento de borde de vasija a torno. Pasta color tierra de siena tostada clara (11b) con pequeñas partículas de cuarzo y algunas de cal; superficie externa de color ocre dorado claro; en el interior del labio banda pintada color carmín. Inv. Aj. 10033 e.

30. Fragmento de borde de cuenco de borde reforzado por el interior. a mano; pasta media. textura harinosa; superficie negra. Fuego reductor. Inv. Aj. 10032 a.

31. Idem. Pasta clara. textura harinosa; superficie gris oscura. Fuego reductor. Inv. Aj. 10032 b.

32. Fragmento de borde y galbo de olla a mano. Pasta orcura harinosa; superficie externa negra bruñida. decorada con digitaciones; superficie interna parda. Fuego reductor. Inv. Aj. 10034 a.

33. Fragmento a torno. Pasta color carne 4 (2a) con partículas de cuarzo y mica; superficie exterior color ocre carne claro (6b); decoración pintada color carmín y gris parduzco. Inv. Aj. 10034 b.

34. Borde de olla a mano; pasta oscura de textura harinosa; superficie de color gris oscuro. alisada. Fuego reductor. Inv. Aj. 10034 c.

35. Soporte de carrete a mano. Pasta oscura. harinosa; superficie gris oscura, parda en la parte superior. alisada. Fuego reductor. Inv. Aj. 10035.

36. Fragmento de cuello y asa de vasija a torno; pasta color ocre carne (6b) con núcleo gris en el interior; porosa, con partículas de cuarzo y de cal; superficie externa color carne 4 (2a) con banda ancha color carmín en el interior de la boca. Inv. Aj. 10043.

37. Fragmento de borde y galbo de vasija a torno. Pasta como la del número anterior. En el interior de la boca, banda ancha desde el labio, de color carmín, a la que siguen dos bandas estrechas paralelas de color gris parduzco; por el exterior tres bandas estrechas paralelas, color carmín dos de ellas y gris parduzco la de enmedio. Inv. Aj. 10043 b. Hay otro fragmento grande del mismo vaso, Inv. Aj. 10032.

(8) Se profundizó en este suelo virgen más de 20 cm para mayor seguridad.

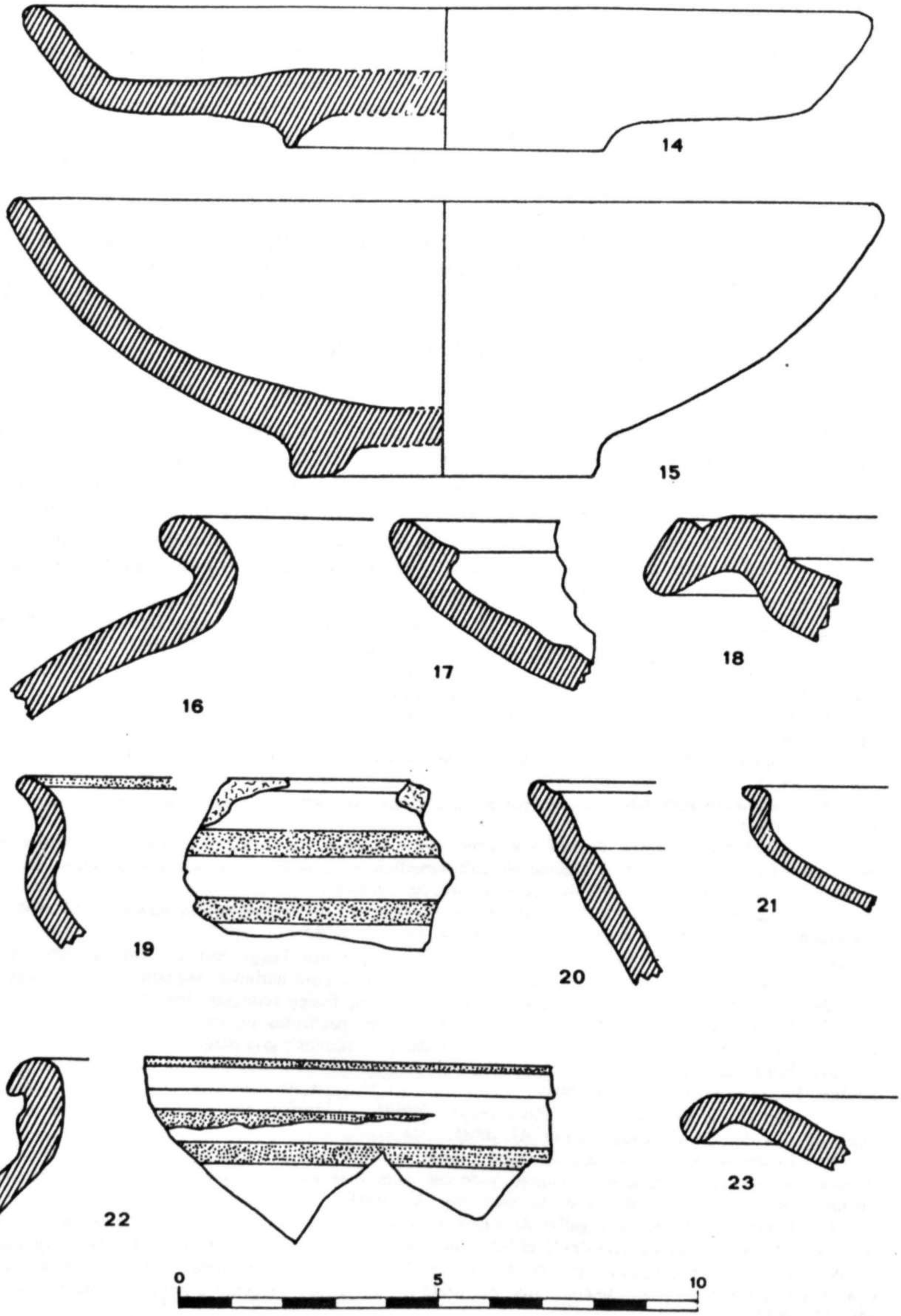


Fig. 5.—Materiales diversos recogidos en zona removida.

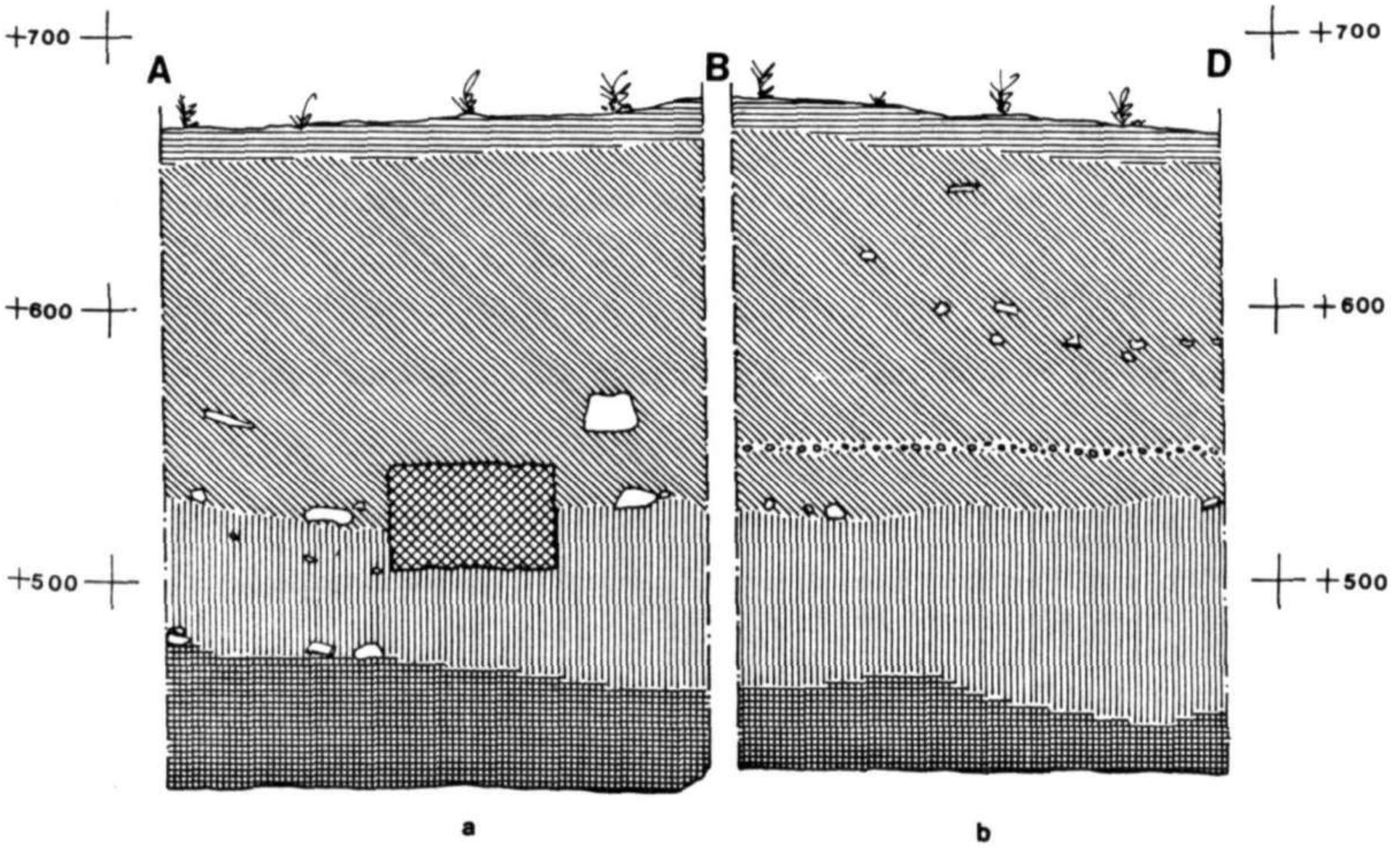


Fig. 6.—Cata I. Perfiles A-B y B-D (Norte y Este).

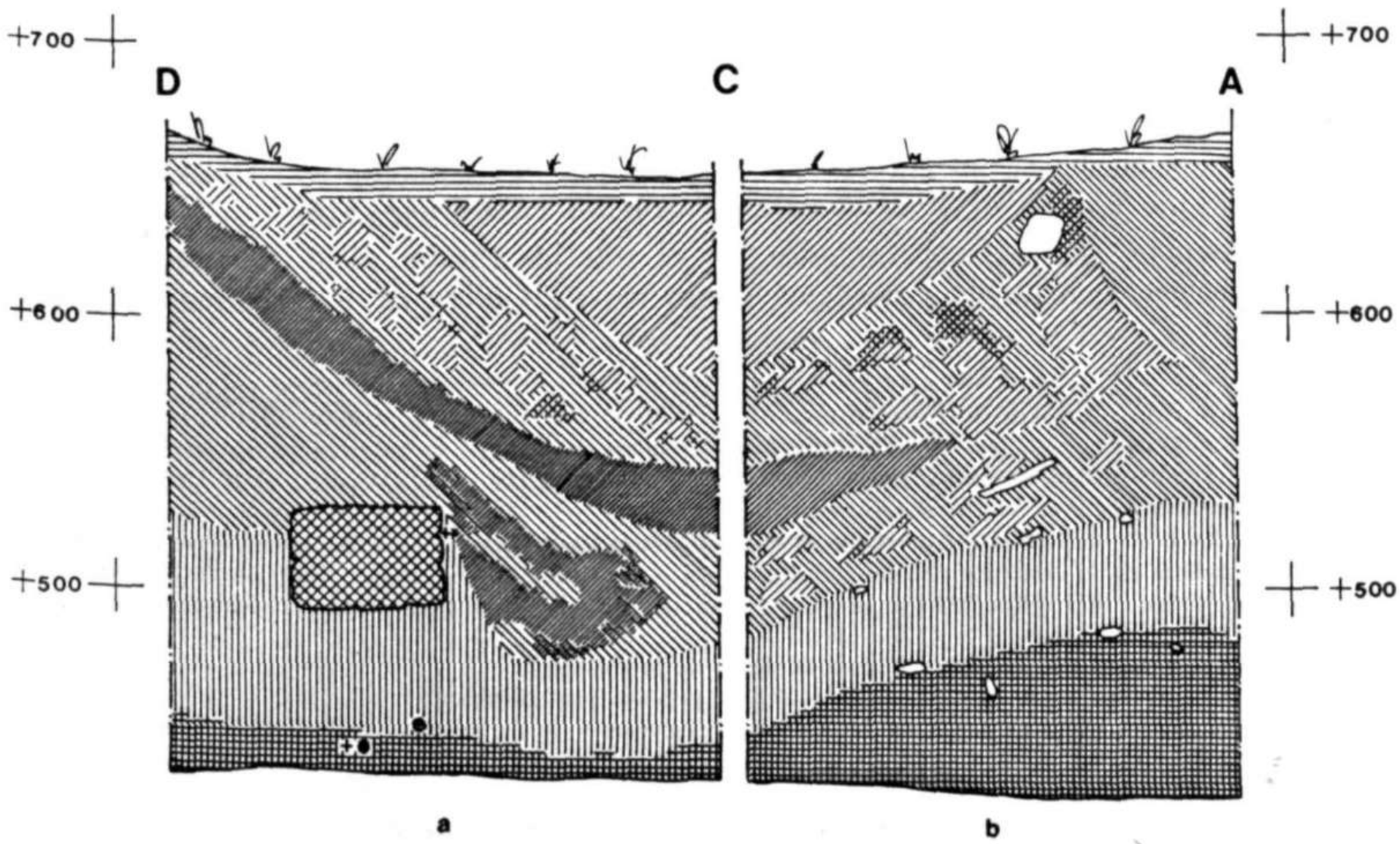


Fig. 7.—Cata I. Perfiles D-C y C-A (Sur y Oeste).

38. Borde de olla a mano; grosero; pasta oscura, harinosa; superficie gris oscura; fuego reductor. Inv. Aj. 10044 a.

39. Borde a mano de fuente carenada de borde vuelto; pasta oscura, compacta; superficie negra, bruñida. Fuego reductor. Inv. Aj. 10044 b.

40. Borde a mano. Idem. Pasta media en la parte externa, oscura en la mitad interna, harinosa; superficie parda. Fuego oxidante. Inv. Aj. 10045 a.

41. Fragmento de fondo a torno. Pasta color carne 4 oscuro (2a), compacta, con pequeñas partículas de cuarzo y cal; superficie externa cubierta de engobe ocre claro (7b) y banda color carmín. Inv. Aj. 10045.

42. Fragmento de borde a mano, grosero; pasta clara, harinosa; superficie parda, peinada. Fuego oxidante. Inv. Aj. 10047.

43. Fragmento de borde de cuenco carenado; pasta oscura, harinosa; superficie gris oscura, bruñida. Fuego reductor. Inv. Aj. 10058 a.

44. Borde y galbo de olla a mano, grosero. Pasta media, harinosa; superficie gris oscura, con digitaciones. Fuego reductor. Inv. Aj. 10049.

45. Borde y galbo de olla a mano. Pasta oscura, harinosa; superficie negra, bruñida. Fuego reductor. Inv. Aj. 10058 b.

46. Borde a torno. Pasta color tierra de sombra tostada (13b) con partículas pequeñas de cuarzo y algunas de cal; núcleo gris. Inv. Aj. 10059.

Agradecemos a Oswaldo Arteaga que haya tenido la amabilidad de examinar el material y la cata I, redactando para nuestro presente trabajo las siguientes líneas:

La cerámica a mano encontrada en Andújar constituye un complejo representativo del período más avanzado del Hierro Antiguo, equiparándose de manera sorprendente con otras cerámicas contemporáneas conocidas en poblados y necrópolis de la Baja Andalucía.

Queda patente la presencia en el yacimiento de dos grupos cerámicos, de acuerdo con su calidad superficial, bien sea ésta cuidada o grosera.

Dentro del primer grupo destacan:

1. El soporte de carrete, cuyos paralelos más ajustados aparecen en Andalucía y Sudeste (núm. 35) (9).

2. Los cuencos carenados de borde corto, decorados interiormente con la llamada «retícula bruñida» (ej. núm. 43) (10).

3. Ollas de borde corto y vertical (núm. 25), conocidas en Mesas de Asta (Jerez) (11), Lebrija (12), Carambolo (13), Setefilla (14), Los Saladares (Alicante) (15) y en otros tantos yacimientos de la misma relación cronológica (16).

4. Cuencos de borde reforzado por el interior (núms. 30 y 31) que pueden hallarse hechos a mano en complejos como los de Colina de los Quemados (Cór-

---

(9) Un estudio detenido de los soportes de carrete aparecidos en distintos yacimientos peninsulares se encuentra por hacer. Tenemos noticias de que el mismo acaba de ser emprendido por J. Gasull, de la Universidad de Barcelona, hallándose inéditos sus resultados.

(10) Para los problemas generales de la actualmente denominada «decoración bruñida» puede verse entre otros: H. Schubart, Acerca de la cerámica del Bronce Tardio en el Sur y Oeste peninsular: Trabajos de Prehistoria 28 (Nueva Serie), Madrid, 1971, págs. 153-182; id., Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel: Madrid. Forsch. 9, 1974.

(11) Materiales en el Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera.

(12) Piezas procedentes de prospección en zona de poblado protohistórico.

(13) Aparte de lo publicado en J. de M. Carriazo, Tartesos y el Carambolo, Madrid, 1973, conocemos un fragmento de vasija de este tipo, procedente de prospección en la ladera media del «Tiro de Pichón» en zona próxima al llamado Carambolo Bajo.

(14) Excavaciones en el poblado, actualmente inéditas.

(15) Materiales aparecidos en estratos del siglo VII a. de C., próximamente dados a conocer.

(16) En realidad se trata de una forma bastante corriente en la cerámica a mano de la primera mitad del último milenio.

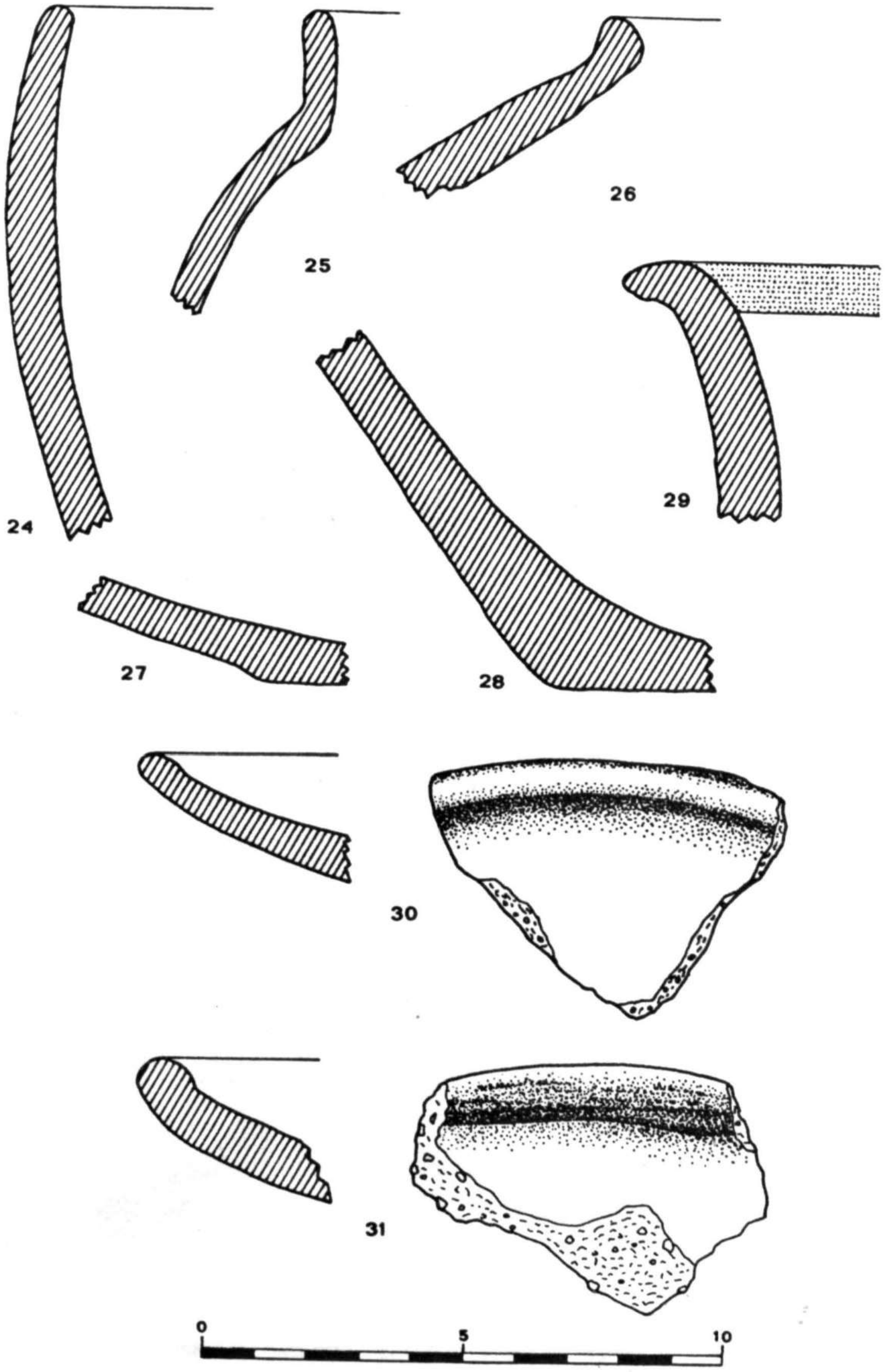
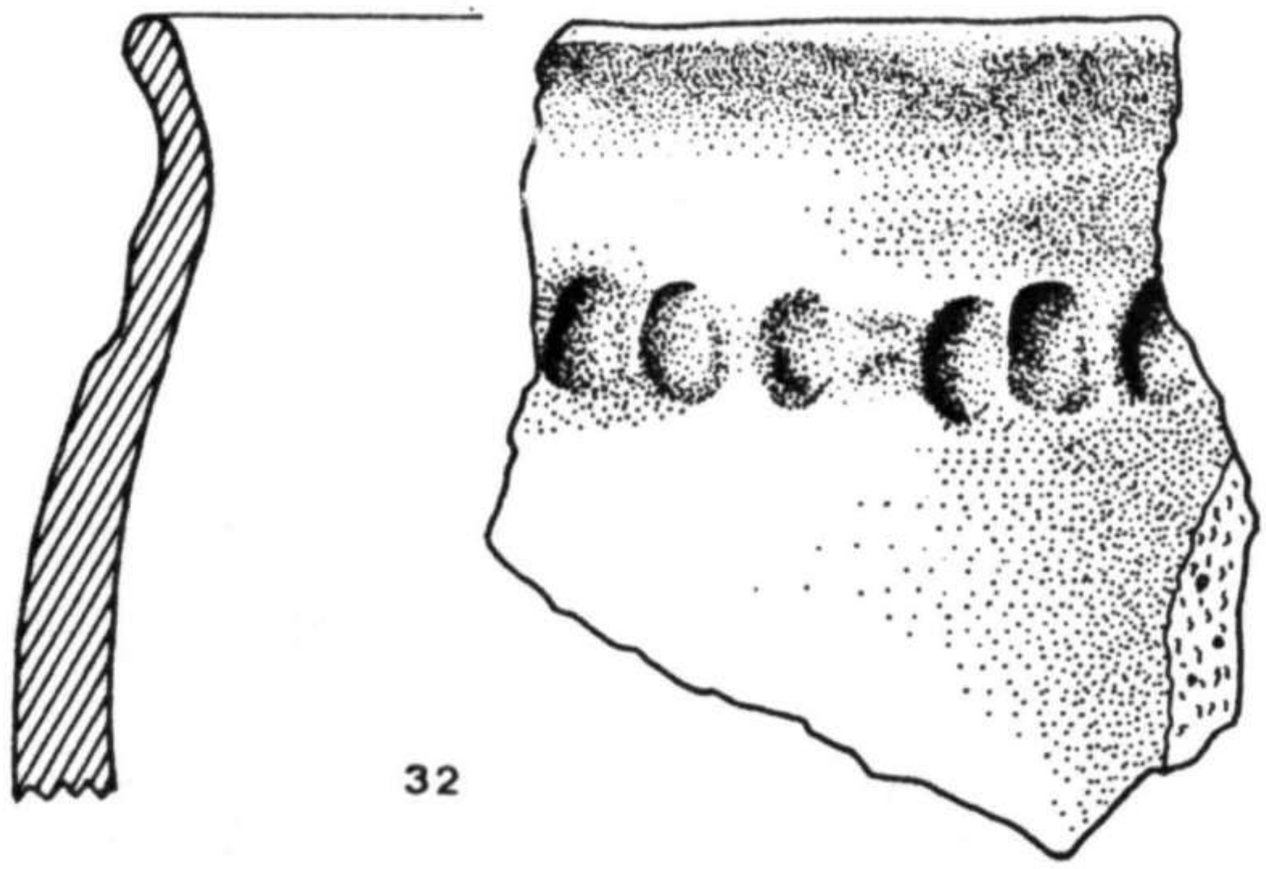
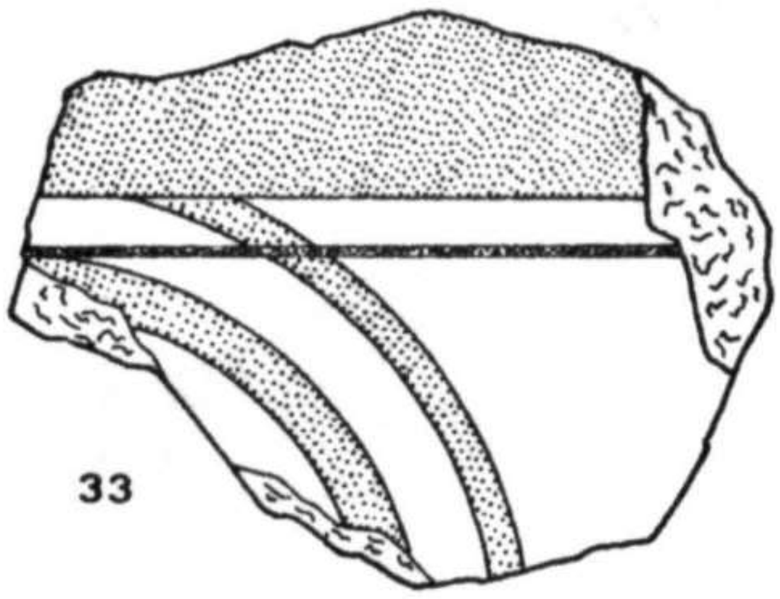
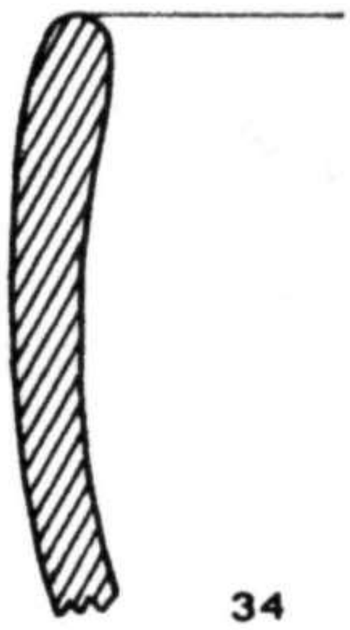


Fig. 8.—Cata I. Fragmentos del estrato 1.







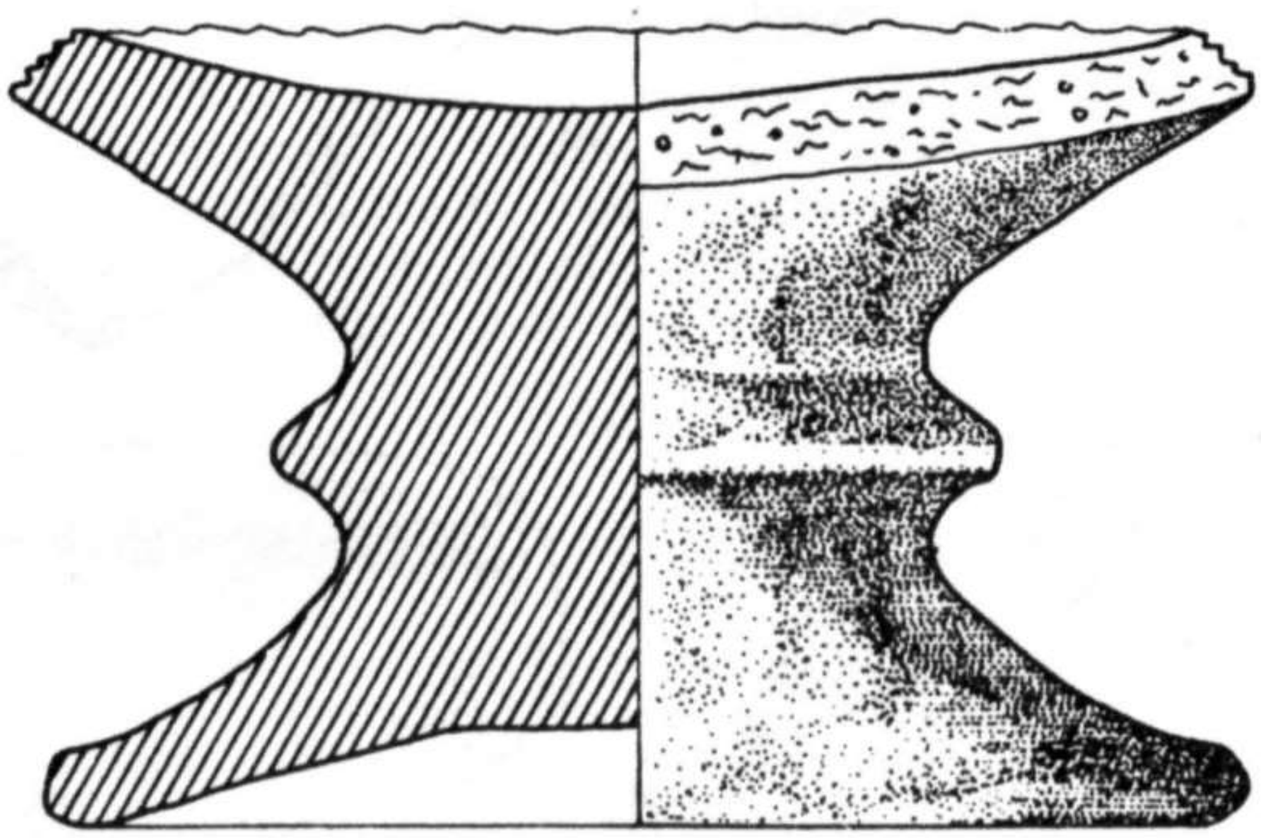


Fig. 9.—Cata I. Fragmentos del estrato 1.

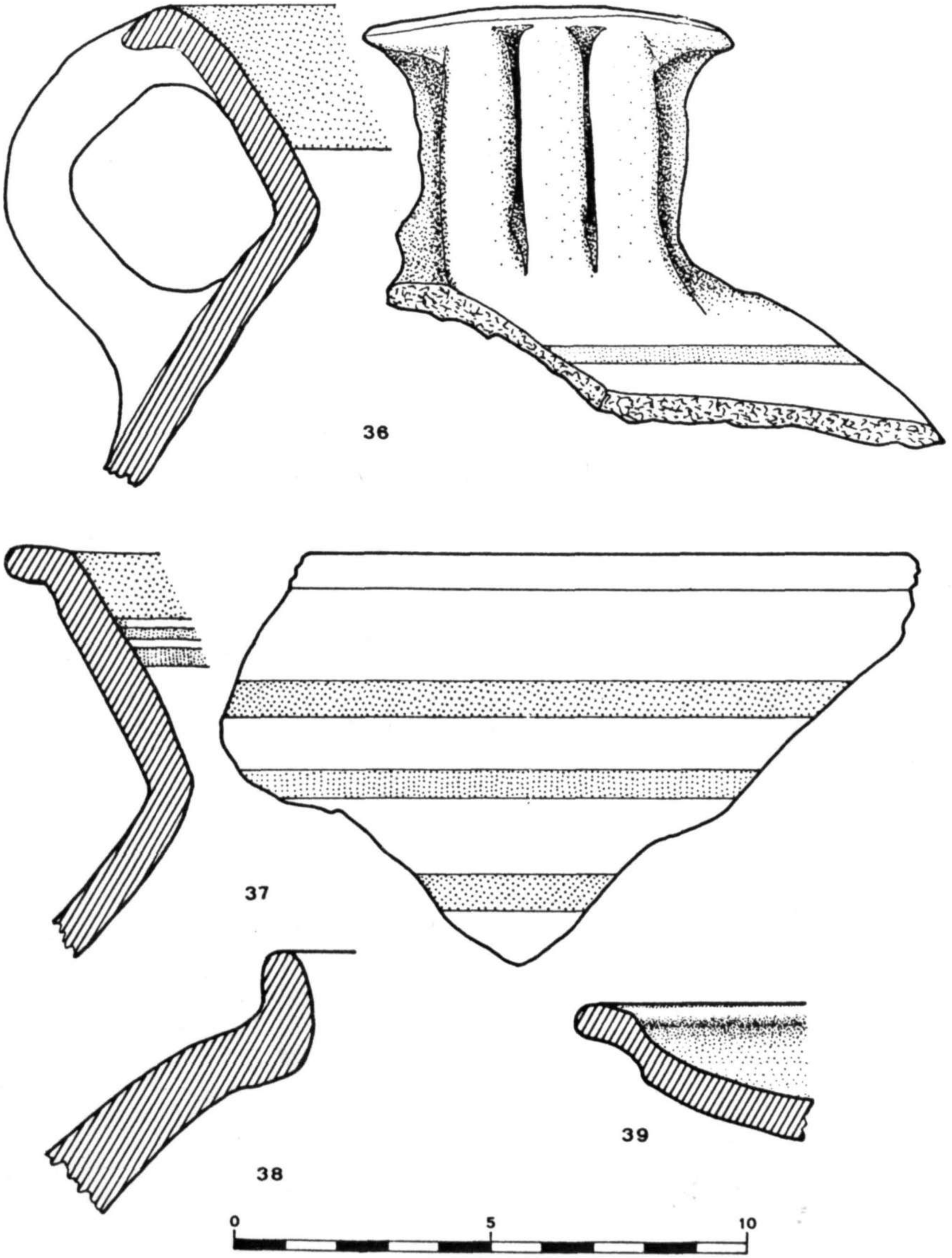


Fig. 10.—Cata I. Fragmentos del estrato I.

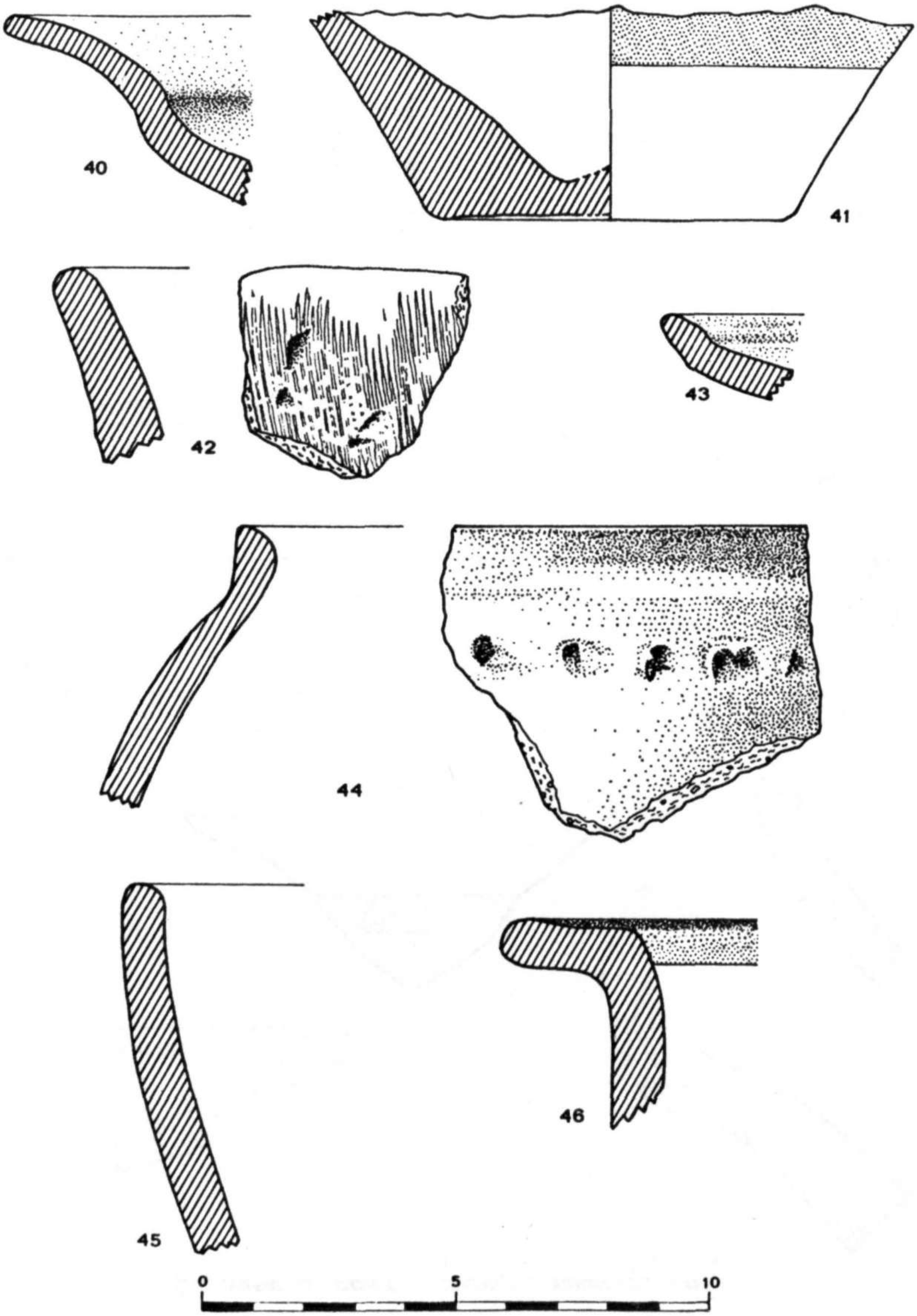


Fig. 11.—Cata I. Fragmentos del Estrato 1.

doba) (17), Setefilla (Lora del Río) (18), Carmona (19), Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) (20), Carambolo (21), Mesas de Asta (Jerez) (22), Arcos de la Frontera (Cádiz) (23), Cabezo de San Pedro (Huelva) (24), etc., así como también en ejemplares a torno, como los estratificados en las factorías fenicias de la costa meridional [Guadalhorce (25), Toscanos (26), Mezquitilla (27), etc.] y en los mismos yacimientos del hinterland andaluz (28) y otros del Sudeste (29).

5. Vasijas carenadas, en forma de fuente, con borde vuelto y relativamente alargado (núm. 40), cuyas variantes, a veces con decoración pintada bícroma, pueden observarse con mayor frecuencia hasta el presente en la Alta Andalucía, siendo dignos de mención los ejemplares de Cástulo (necrópolis de Los Patos) (30), Monachil (Granada) (31), Cerro del Real (Galera, Granada) (32), Macalón (Nerpio, Albacete) (33), etc.

Dentro del grupo de las cerámicas cuidadas, hechas a mano, destaca también una vasija en forma de cuenco, con base aplanada y mamelones alargados, colocados verticalmente cerca del borde, que presenta la particularidad de hallarse pintada de rojo vinoso, tanto por el interior como por el exterior (núm. 47).

El mismo caso parece ser el de la vasija número 24, aunque los restos del engobe se observan solamente por el interior, siendo casi imperceptibles por la cara externa. Ejemplos parecidos no faltan en Andalucía y Sudeste, aunque la bibliografía no dé buena cuenta de ello. Pueden citarse, sin embargo, cerámicas «indígenas» a mano, tratadas con engobe rojo en Setefilla (34), Cástulo (35), Monachil (36), Galera (37), Los Saladares (38), etc.

---

(17) J. M. Luzón y D. Ruiz Mata, Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados, Córdoba, 1973.

(18) Excavaciones en el poblado todavía inéditas. Materiales de este tipo han sido presentados en el Simposio de Córdoba (octubre de 1976).

(19) Sobre este importante yacimiento, sin agotar sus posibilidades, solamente se conoce lo publicado en J. M. Carriazo y K. Raddatz, Primicias de un corte estratigráfico en Carmona: Arch. Hisp. 103-104 (1960); id., Ergebnise einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona: MadrMitt.2 (1962).

(20) Excavaciones presentadas por M. Pellicer y M. Bendala en el Simposio de Córdoba (octubre de 1976).

(21) *Op. cit.* en la nota 13.

(22) Materiales conservados en el Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera.

(23) Materiales inéditos.

(24) Acerca de los materiales procedentes de este importante yacimiento puede verse lo dicho en J. M. Blázquez y otros, Las cerámicas del Cabezo de San Pedro: Huelva Arqueológica, Madrid, 1970. Formas parecidas a la que aquí citamos han sido recogidas en prospecciones personales.

(25) A. Arriba y O. Arteaga, *La factoria fenicia de la desembocadura del rio Guadalhorce* (Málaga): Cuad. Preh., Universidad de Granada, Supl. 1, Granada, 1975. Id., Guadalhorce, Eine phöniko-punische Niederlassung bei Malaga: MadrMitt.17 (1975).

(26) H. Schubart, H. G. Niemeyer y M. Pellicer, Toscanos: Exc. Arq. Esp. 66, Madrid, 1969.

(27) Sobre todo en materiales aparecidos en la campaña realizada en 1976. Un avance preliminar de estos trabajos ha sido ofrecido por H. Schubart en: MadrMitt.18 (1977).

(28) Sobre todo en yacimientos conectados en el Golfo de Cádiz y con el Bajo Guadalquivir.

(29) Conocemos ejemplares en distintos yacimientos del Sudeste, no dando idea la bibliografía existente de la importancia alcanzada por estas cerámicas, más que nada alrededor de la segunda mitad del siglo VII a. de C. Ver algunas referencias a las mismas en: O. Arteaga y M. R. Serna, Los Saladares-71: NotArqHisp. Arqueol.3 (Madrid, 1975).

(30) Hallazgos procedentes del relleno protohistórico estratificado antes de la construcción de los enterramientos del siglo IV a. de C. son seguramente los que se presentan en J. M. Blázquez-F. Molina Fajardo, *La necrópolis de Los Patos en la ciudad de Cástulo* (Linares, Jaén), en las Actas del CongrNacArq. de Jaén 1971, Zaragoza, 1973.

(31) A. Arribas y otros, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce*, «Cerro de la Encina», Monachil (Granada). El corte estratigráfico 3: ExcArqEsp.81, Madrid, 1974.

(32) M. Pellicer y W. Schule, *El cerro del Real* (Galera, Granada): ExcArqEsp.12 y 52, Madrid, 1962, 1966.

(33) M. A. García Guinea y J. A. San Miguel Ruiz, *Poblado Ibérico de El Macalón* (Albacete): ExcArqEsp. 25, Madrid, 1964.

(34) Materiales procedentes del corte estratigráfico excavado en el poblado de la Mesa, todavía inédito.

(35) Fragmentos superficiales recogidos en prospección.

(36) Fragmento de borde encontrado en el Corte 3.

Las cerámicas groseras presentan, por ahora, las típicas variantes en forma de olla con el cuello corto indicado, decoradas mediante digitaciones dispuestas horizontalmente sobre el hombro (núms. 32 y 44), cuyos paralelos son abundantes en el Hierro de la Península Ibérica, si bien ha de atenderse en el caso de Andújar a la orientación cultural que reflejan los materiales a los cuales aparecen asociadas, mostrando una polarización indudable hacia los contextos meridionales y sobre todo hacia aquellos que se documentan en la Baja Andalucía.

En un término intermedio, entre las cerámicas cuidadas y groseras, tienen que situarse las vasijas con «superficie rugosa» (núm. 42). Estas vasijas suelen presentar un cuerpo panzudo con la base aplanada y el cuello indicado, cuando no algo acampanado, mientras que las rugosidades obtenidas mediante una escobilla, si no con una especie de peine, pueden cubrir toda la superficie exterior o dejar sin tratar desde el hombro hasta el borde, quedando esta parte del cuerpo alisada o bruñida. Sus paralelos más cercanos quedan eslabonados entre las actuales provincias de Córdoba (39), Sevilla (40) y Jaén (41), conociéndose también hacia la cuenca del Genil (42), llegando por ahora hasta la Vega de Granada (43). Es decir: mostrando una acumulación destacada en la Andalucía Occidental.

Por todo lo dicho, las cerámicas a mano encontradas en Andújar ofrecen una estrecha relación con el llamado «mundo tartésico», al cual habría que adscribir la manifestación cultural que representan de una manera provisional hasta que las futuras investigaciones permitan detallar con mayor profundidad sus particularismos y conocer el grado y sentido de su polarización «bajo-andaluza».

Cabe, asimismo, hacer mención de la cerámica hecha a torno, que aparece asociada a los complejos anteriores, de los cuales debe considerarse contemporánea.

Se trata, por el momento, de una producción bastante particular, tanto por su número reducido de formas como por las características intrínsecas de su fabricación. Desde el punto de vista de la cocción puede dividirse en dos grupos, bien sean los fragmentos de pasta clara (beige, beige amarillento, naranja) bien sean de pasta gris.

Los fragmentos claros pertenecen mayormente a vasijas panzudas, con el cuello indicado, que presentan asas geminadas y hasta de tres nervios, entre la parte del labio y la del hombro (núm. 36). Siendo las más destacadas del yacimiento, hay que recordar sus paralelos en los prototipos ofrecidos por la cerámica fenicia documentada en las excavaciones de la costa meridional (44), aunque con mayor precisión deban asimilarse a las producciones indígenas que desde la segunda mitad del siglo VII a. de C. funcionaban en la Baja Andalucía (45). Esto puede apoyarse fácilmente viendo los motivos pintados que presentan (núms. 29, 33, 36, 37, etc.), logrados a base de «bandas estrechas» de color rojo carmín oscuro, diferente del

---

(37) Vasijas conservadas en los almacenes de Huéscar.

(38) Fragmentos procedentes de estratos del «Hierro Antiguo».

(39) Acaso puedan verse los hallazgos cordobeses como una prueba más de relación con el Bajo Guadalquivir.

(40) Estas cerámicas resultan típicamente «tartéssicas», siendo abundantes en yacimientos como los del Carambolo, Cerro Macareno y Setefilla.

(41) Conocemos fragmentos procedentes de Los Alcores de Porcuna, recogidos en superficie.

(42) La cuenca del Genil servía sin duda para el establecimiento de fáciles relaciones con la cuenca del Guadalquivir, como venía ocurriendo desde tiempos anteriores.

(43) Se conocen fragmentos procedentes de Pinos Puente, pertenecientes a vasijas de este grupo.

(44) Se trata, como puede verse, de una forma abundante en los yacimientos fenicios en general.

(45) Como otras formas cuyos prototipos proceden del mundo fenicio, estas vasijas eran sin duda producidas en alfares indígenas. Dada la relativa antigüedad en que nos movemos, parece probable comprender que los alfares de la Baja Andalucía funcionaban con antelación a otros del hinterland y casi con seguridad primero que los del Sudeste-Levante.

«rojo fenicio», más comúnmente conocido. Estas bandas alternan con otras de color gris parduzco (núm. 37) que, al destacar sobre la superficie anaranjada, completan una cierta «policromía».

Cerámicas similares, asociadas igualmente a complejos hechos a mano, aparecen estratificadas en los poblados de Setefilla (Lora del Río) (46) y del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) (47), donde pueden tomarse como probatorias de la existencia de alfares occidentales, funcionando paralelamente a los propiamente fenicios, cuando menos en esta parte avanzada del siglo VII a. de C.

La cerámica gris que aparece en Andújar tampoco desdice esta apreciación, resultando abundante en los yacimientos anteriormente citados, siendo tipológicamente equiparable a la del estrato III de Carmona (48), así como también con el horizonte cronológico de Guadalhorce II (49).

En conclusión puede afirmarse, de una manera provisional, que los complejos de Andújar, tanto en lo que respecta a la cerámica hecha a mano, como en lo referente a la cerámica hecha a torno, comportan una asociación material comparable a grandes rasgos con las que se aprecian en la Baja Andalucía, en los momentos que marcan la transición entre «lo tartésico» y «lo ibérico» propiamente dicho. Por tanto, las comparaciones futuras deberán tomar muy en cuenta la existencia de esta manifestación cultural, en virtud de su ubicación bastante avanzada hacia la cuenca alta del Guadalquivir (50), así como también en razón de la panorámica peninsular que de cara a los estudios pre y protoibéricos se viene despejando en Extremadura (51), en Andalucía Occidental (52), al Este de la Sierra Nevada (53), en el Sudeste (54), en el país valenciano (55), en Cataluña (56) y Sur de Francia (57).

Siendo así, el marco apropiado para establecer nuestros parangones más inmediatos parece ser el mismo en que quedan correlacionados algunos hallazgos como los de los túmulos de Acebuchal y Entremalo (58), la Cruz del Negro (59), estratos III y IV de Carmona (60), poblado bajo del Carambolo (61), fase 4 del Cabezo de San Pedro (62), Cerro Macareno (63) y Setefilla (64).

---

(46) Muchas de las cerámicas hechas a torno de Setefilla nos permiten comprender la existencia de alfares regionales, no propiamente fenicios, sino «tartéssicos».

(47) Cerámicas aparecidas en el corte estratigráfico realizado por el profesor M. Pellicer, todavía inéditas.

(48) Un estudio comparativo entre las cerámicas grises aparecidas en estratos de finales del siglo VII a. de C. y principios del VI a. de C. se encuentra aún por hacer.

(49) *Op. cit.* en nuestra nota 25.

(50) Una vez más nos encontramos con la posibilidad de comprender la polarización cultural de estas tierras situadas en torno al límite actual de las provincias de Córdoba y Jaén, en función del contacto natural establecido entre las distintas comunidades que habitaban la cuenca del río.

(51) Investigaciones llevadas a cabo con éxito por el profesor Martín Almagro Gorbea.

(52) Obras citadas en este trabajo, referidas a diversos yacimientos, existiendo abundante bibliografía no tratada, aunque no por ello menos importante.

(53) Excavaciones en el Cerro del Real, principalmente realizadas por los profesores Pellicer y Schüle.

(54) Excavaciones en El Malcón, Los Saladares (Orihuela, Alicante) y otras de próxima publicación.

(55) Las estratificaciones del poblado de Vinarragell (Burriana, Castellón) y del «Abric de les Cinc» (Almenara), por citar un ejemplo. N. Mesado, Vinarragell: Serie Trabajos Varios del SIP núm. 46, Valencia, 1974; E. Junyent, Observaciones a unas cerámicas pintadas de Almenara (Castellón de la Plana): CuadPrehArqCastell.3 (1976).

(56) Sobre todo la estratigrafía lograda en Illa d'en Reixach (Ullastret) por A. Martín y E. Sanmartí, en unión de otros especialistas.

(57) Los últimos puntos de vista han sido resumidos en el Simposio sobre iberización celebrado en Barcelona bajo la dirección del profesor E. Ripoll Perelló, de próxima publicación.

(58) Materiales en el Museo de Mairena de Alcor.

(59) Materiales en el Museo de Mairena de Alcor.

(60) Obras citadas supra, nota 19.

(61) *Op. cit.* supra, nota 13.

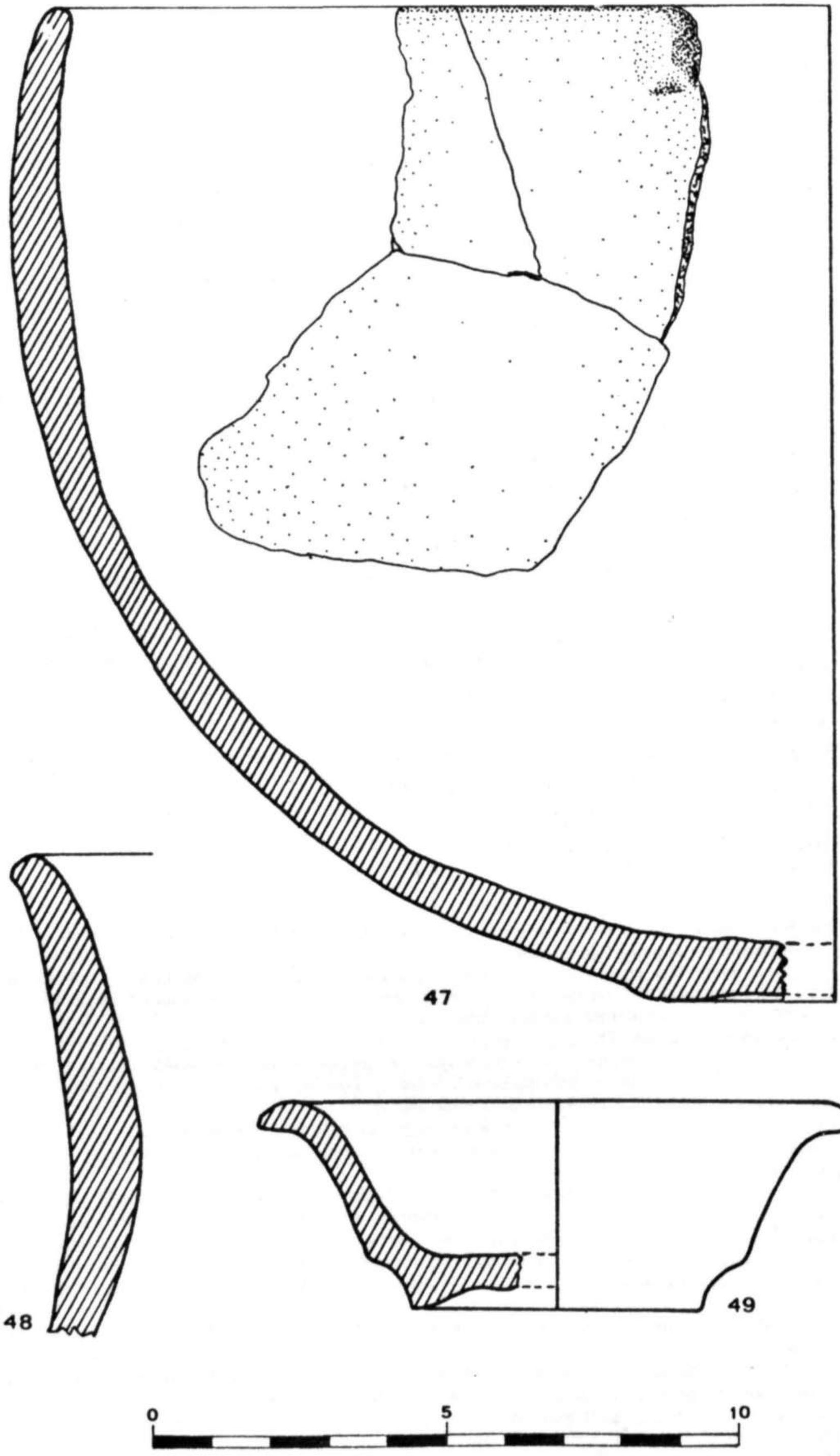


Fig. 12.—Cata I. Fragmentos del Estrato 1.

En suma, apuntando hacia una cronología que, aproximadamente, puede hacerse girar entre finales del siglo VII a. de C. y parte del VI a. de C., a la espera de mayores precisiones.

Estrato II

Sobre el estrato I hay un segundo estrato de una potencia media de 1,25 m, compuesto de tierra de color marrón (líneas oblicuas de izquierda a derecha en los perfiles de las figuras 6 y 7) con capas de ceniza en la zona S de la cata, que a veces se mezcla con la tierra (Fig. 7), la ceniza se señala con líneas oblicuas de derecha a izquierda); la zona con ceniza es parte, sin duda, de un vertedero que pasa por encima del muro ya citado. Cuando el segundo estrato comenzó a formarse existía ya el muro: el perfil Sur (Fig. 7 a) permite apreciar que, para verter cenizas y materiales sobre el muro, se ha excavado una bolsa en el estrato I. Sin embargo, el estrato I, a pesar de la bolsa, se conserva íntegro junto al muro, hasta el filo superior de la parte conservada de éste y precisamente en este extremo superior existe en el perfil un fragmento de cerámica a mano que corresponde ciertamente al mismo estrato. El fragmento queda señalado con una cruz en el perfil de la figura 7 a.

Materiales

Todo el material recogido en este estrato es romano: la cantidad de fragmentos no corresponde a la abundancia de ceniza que suele ir acompañada en los vertederos de hornos con abundantes desechos de fábrica; esta escasez de materiales es aquí comprensible por tratarse de las estribaciones de las últimas capas de un vertedero que, como puede verse en los perfiles dibujados (Fig. 6, a y b) ya había sido destruido en toda su parte superior.

Entre los escasos materiales recogidos pueden citarse algunos fragmentos de tégulas y ladrillos y varios de lucernas, producción esta última que suponemos con fundamento fue la principal en esta zona.

Aunque esta cata es la única que continuamos hasta tierra virgen para poder establecer una estratigrafía completa, en alguna de las otras catas realizadas con el solo fin de identificar el emplazamiento del vertedero de lucernas, se han recogido también fragmentos de cerámica que concuerdan cronológicamente con los del primer estrato de la cata I, pero no aparecen en una estratigrafía clara por hallarse allí el terreno removido. En la figura 12 reproducimos los perfiles de tres piezas pertenecientes a la cata G:

47. Fragmento de vasijas a mano, con mamelón y base aplanada con fondo circular señalado. Pasta media, oscura en el centro, harinosa; superficie pintada de rojo vinoso; fuego oxidante. Inv. Aj. 10027.

48. Borde a mano, grosero; interior alisado; pasta clara compacta con piedras y micas. Superficie parda. Fuego oxidante. Inv. Aj. 10026a.

49. Taza a torno de pasta gris, compacta, con partículas blancas muy pequeñas; superficie interna alisada. Inv. Aj. 10026b.

Al principio de esta segunda parte nos hemos referido al material que en la misma cata G aparecía removido y mezclado con las lucernas (Fig. 5) y entre cuyos fragmentos pueden encontrarse algunos que supongan un cierto puente en el gran hiato manifiesto entre los estratos I y II de la cata I.

---

(62) *Op. cit.* supra, nota 24.

(63) Excavación del profesor M. Pellicer.

(64) Excavación presentada por M. Aubet en el Simposio de Córdoba, 1976.

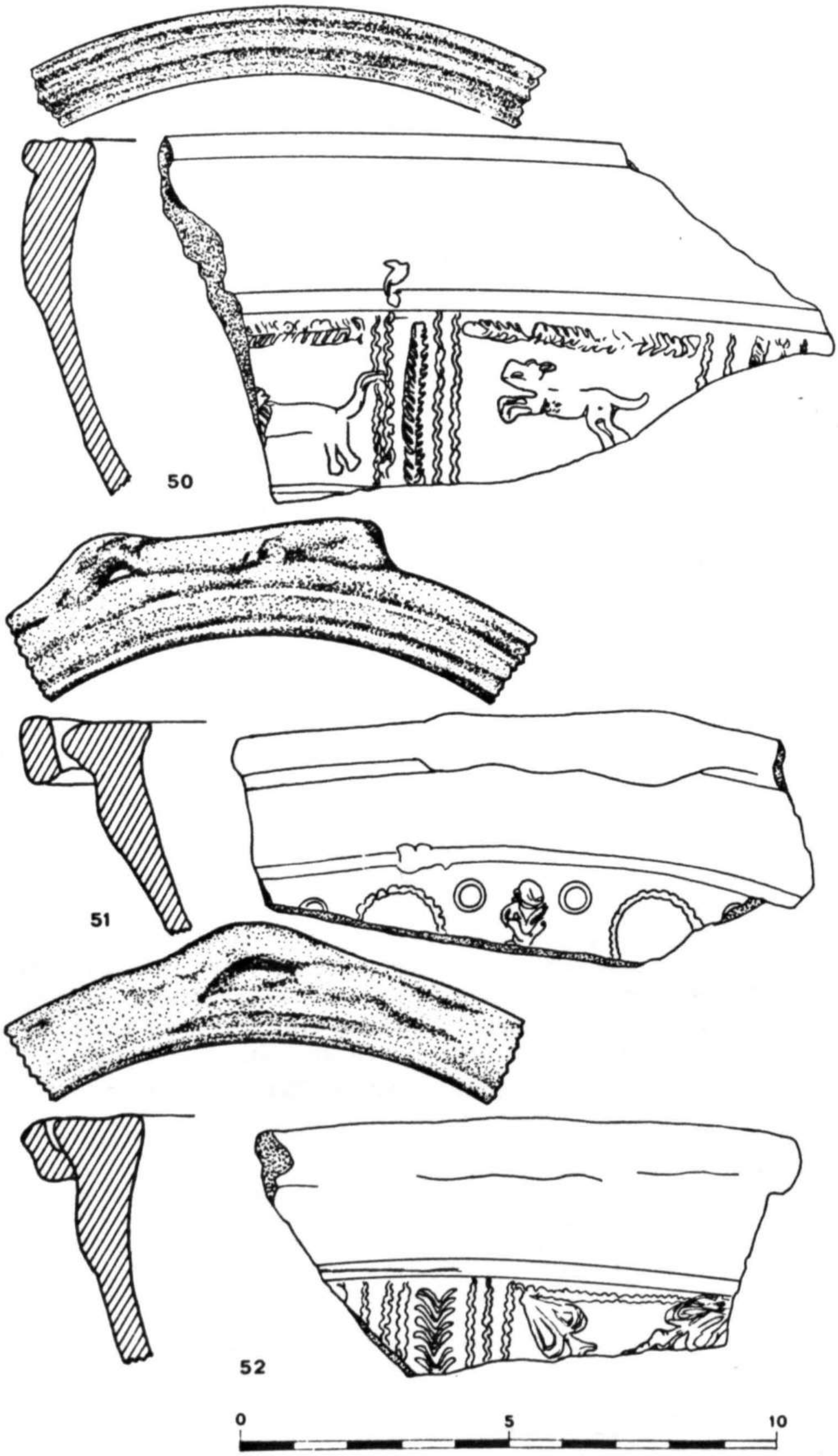


Fig. 13.—Fragmentos de la forma Hispánica 40.

III. ALGUNAS NOTAS COMPLEMENTARIAS SOBRE LA SIGILLATA DE ANDUJAR

Los numerosos fragmentos de sigillata recogidos en el corte 16 nos permiten completar la visión de algunos temas ya tratados en anteriores publicaciones (65).

FORMA HISPANICA 40 (66)

La producción de esta forma 40 en Andújar ha sido ya estudiada por M. Roca que publica el dibujo de un fragmento bastante grande procedente del corte 8 (1973) y describe otros dos pequeños fragmentos (67). M. Sotomayor publicó también fotografía y perfil de otro fragmento de la misma forma (68). En la presente Memoria presentamos los dibujos de otros 13 nuevos fragmentos, todos con diferente decoración. En cuanto a la forma misma no se han constatado variantes, como tampoco en los datos cronológicos:

50. Diám. 19 cm; pasta tierra Siena tostada (11b); fractura irregular; algunas vacuolas; no muchas partículas blancas o amarillentes. Barniz rojo inglés claro (18a) algo anaranjado, brillante. Procede del corte 16. Inv. Aj. 9020a.

51. Diám. 16 cm. Pasta como la anterior, con más partículas amarillentas. El mismo barniz. Procede del mismo corte 16. Inv. Aj. 9020b.

52. Diám. 16 cm. Pasta como la del núm. 51. Barniz rojo inglés (18a) mate o muy poco brillante. Procede del mismo corte 16. Inv. Aj. 9020c.

53. Diám. 16.5 cm. Pasta como la del núm. 50. Barniz idem, pero menos brillante. Del corte 16. Inv. Aj. 9083.

54. Diám. 17 cm. Pasta y barniz como el número anterior. Este fragmento conserva el arranque del pico para verter y forma parte de un vaso del que se conserva otro fragmento mayor, con parte de una de las asas. En los festones se suceden distintos animales (conejo, ave, perro). Del corte 16. Inv. Aj. 9031.

55. Diám. 15 cm. Pasta color amarillo de Nápoles rosáceo (3b) no muy dura. Barniz rojo inglés mate, caedizo. Procede del corte 14 (1975). Inv. Aj. 7429.

56. Diám. 15 cm. Pasta tierra de Siena tostada (11a) con bastantes partículas amarillentas. Barniz color rojo inglés claro (18a) algo brillante. Procede del corte 14 (1975). Inv. Aj. 7051.

57. Diám. 15 cm. Pasta color ocre de carne (6b) con no muchas partículas amarillentas; fractura recta. Barniz rojo inglés claro (18a) algo anaranjado, mate, caedizo. Recogido fuera de excavaciones.

58. Diám. 17 cm. Pasta y barniz como las del núm. 50. Procede del corte 16. Inv. Aj. 9006. Hay otros dos fragmentos de un mismo vaso (Inv. Aj. 9031) con decoración semejante: la diferencia consiste en que bajo los arcos se repite siempre un león; las mismas palmetas coronan una serie vertical de angulitos en vez de los pequeños estrígiles. Pasta y barniz idénticos. Del corte 16.

59. Diám. 17 cm. Pasta color ocre carne (6b), con partículas amarillentas; fractura no muy irregular. Barniz rojo inglés claro (18a) mate, algo caedizo. Del corte 16. Inv. Aj. 9116.

60. Diám. 17 cm. Pasta y barniz como el núm. 50. Del corte 16. Inv. Aj. 9116.

60 bis. Diám. 15.5 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b) con vacuolas y partículas amarillentas. Barniz rojo inglés claro (18a) algo anaranjado, caedizo. Corte 16. Inv. Aj. 9261.

Entre los fragmentos de la forma hispánica 40 hay que contar el 67, decorado con festones, que describiremos en su lugar.

---

(65) Nos referimos a las obras de M. Roca, Sigillata hispánica producida en Andújar, Jaén, 1976, y M. Sotomayor, Marcas y estilos en las sigillata decorada de Andújar, Jaén, 1977.

(66) Mantenemos esta denominación introducida por Ma. A. Mezquíriz, por motivos prácticos, aunque no ignoremos que esta forma no es exclusiva de los talleres hispánicos. Cf. J. R. Terrisse, Les céramiques sigillées gallo-romaines de Martres-de-Veyre (Puy-de-Dôme). Suppl. a Gallia XIX, París, 1968, págs. 18 y 62, fig. 25.

(67) Cf. *Op. cit.*, págs. 70-71, y núms. 250-252.

(68) Cf. *Op. cit.*, núm. 313.

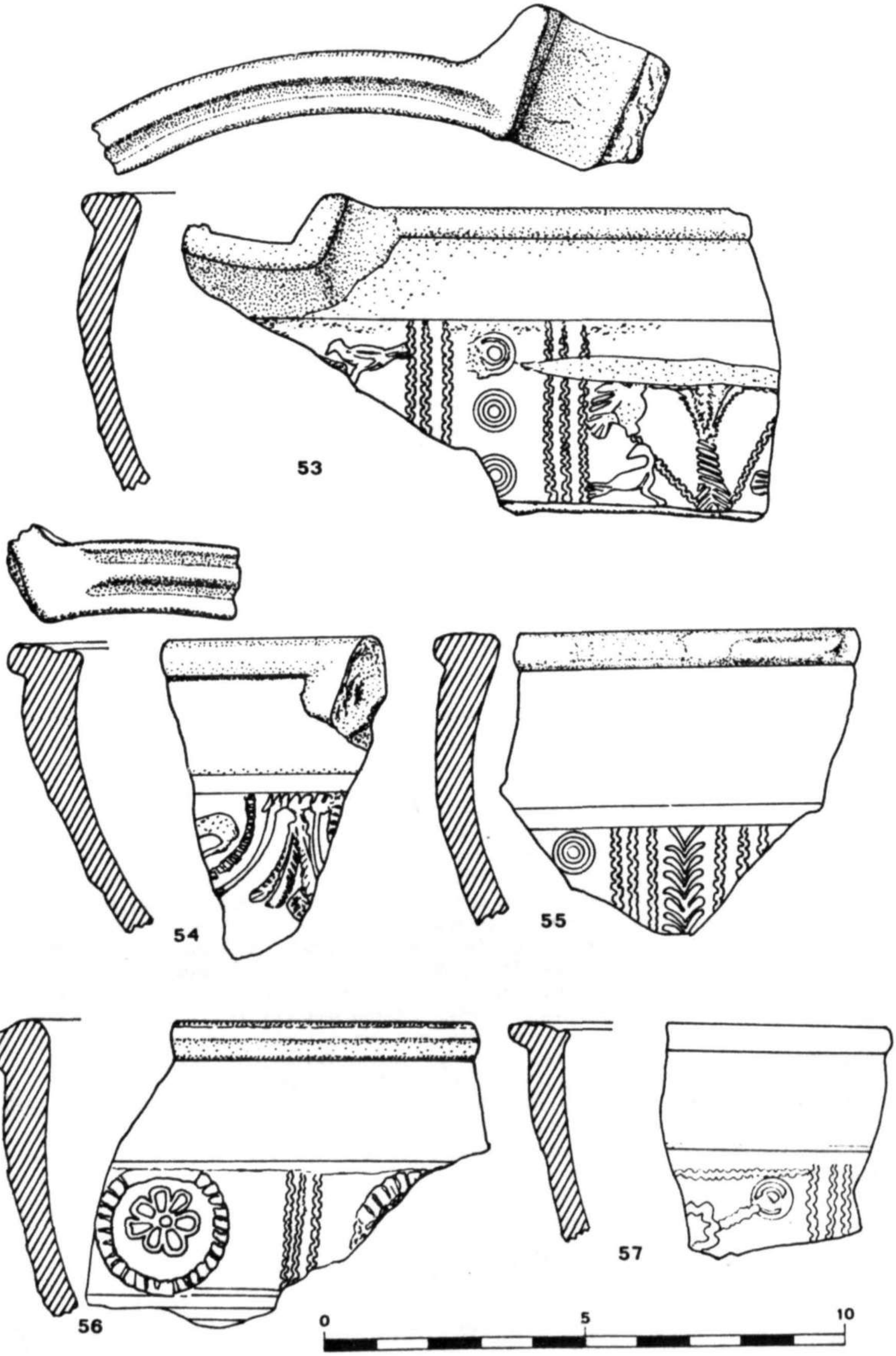


Fig. 14.—Fragmentos de la forma Hispánica 40.

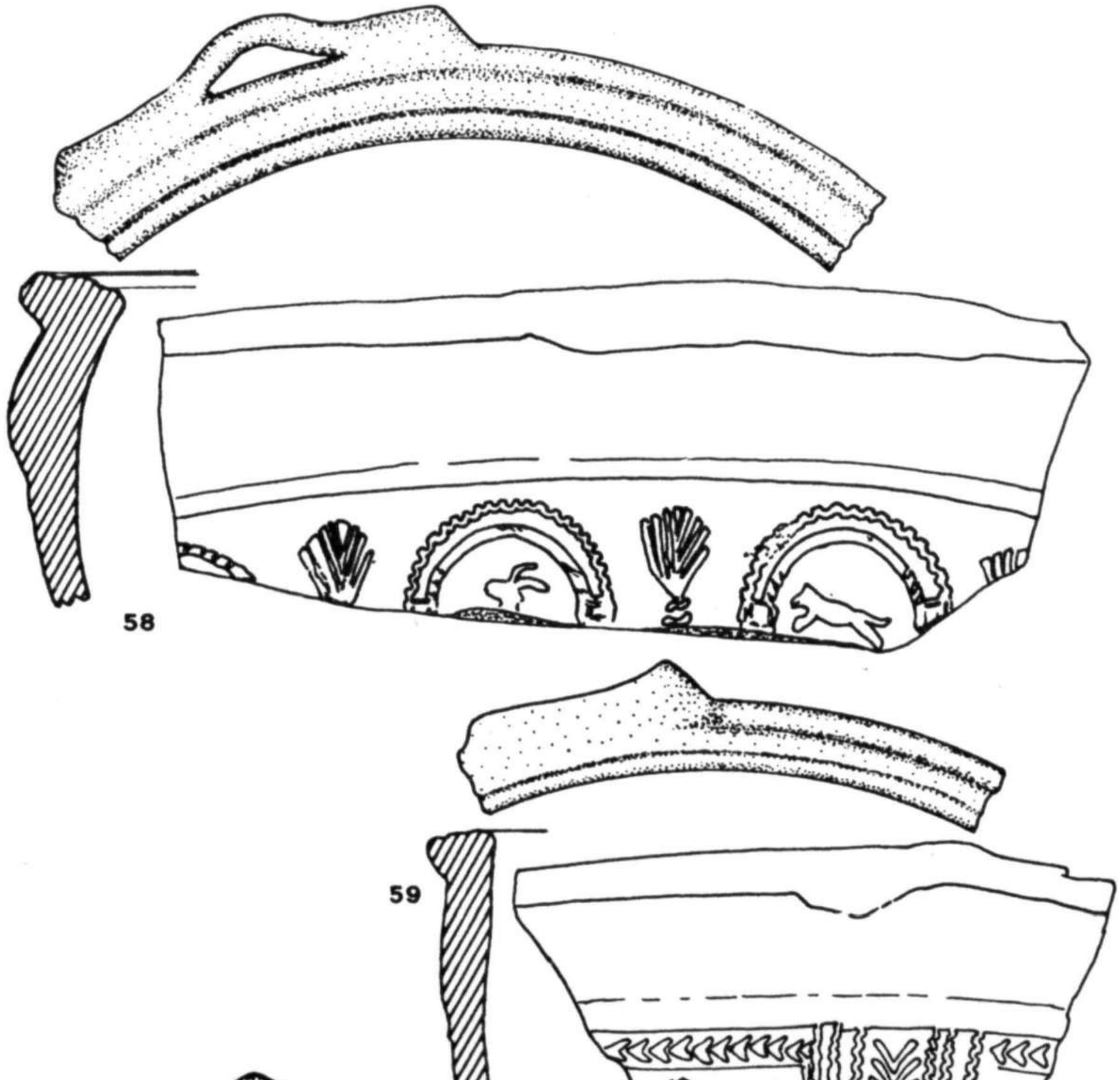


Fig. 15.—Fragmentos de la forma Hispánica 40.

EL TEMA DE FESTONES

Publicados ya 17 fragmentos con decoración de festones y descritas sus características (69), consideramos de interés añadir ahora como complemento otros fragmentos también decorados con festones, que suponen nuevas variantes, a excepción de los núms. 61, 76 y 77, que repiten los mismos festones de otros tres fragmentos ya publicados (70), pero con algunas novedades.

Entre los fragmentos que a continuación vamos a enumerar hay un grupo en que los festones aparecen invertidos, lo cual constituye por sí solo una novedad en el tema.

61. Fragmento de forma 29. Diám. 21 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b), dura, fractura irregular. Barniz color rojo inglés (18a) brillante. Hay otros dos grandes fragmentos del mismo vaso. Corte 16. Inv. Aj. 9088 y 9015. Es la misma decoración en las dos zonas del fragmento 346 de M. Sotomayor en la obra citada. Se han recogido tres grandes fragmentos de este mismo vaso que queda así completo. aunque sin pie.

62. Dos fragmentos de un mismo molde. Diám. 18 cm. Pasta color amarillo de Nápoles rosáceo (3b). Corte 16. Inv. Aj. 9128 y 9106.

63. Fragmento de molde. Diám. 21 cm. Pasta y barniz como el 61. Corte 16. Inv. Aj. 9080.

64. Fragmento de molde. Diám. 20,5 cm. Pasta color gris claro. De este molde puede proceder el fragmento anterior. Corte 16. Inv. Aj. 9085.

65. Fragmento de fondo y pared de forma 29. Pasta y barniz como el 61. El barniz casi mate. Procede del corte 16. Inv. Aj. 8141.

66. Fragmento de forma 37 (?). Diám. 18,5 cm. Pasta como el 61. Barniz rojo inglés claro (18a) algo anaranjado. mate. Procede del corte 15. Inv. Aj. 8110.

67. Fragmento de forma hispánica 40. Diám. 17 cm. Pasta y barniz como el 61, pero el barniz casi mate. Corte 16. Inv. Aj. 9083.

68. Fragmento de forma 37. Diám. 20 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b). Barniz color rojo inglés claro (18a) algo anaranjado. algo brillante. Procede del corte 12 (1974). Inv. Aj. 4527.

69. Fragmento de forma 29 ó 29/37. Diám. 18 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b). Barniz rojo inglés claro (18a). muy poco brillante y algo caedizo. Corte 16. Inv. Aj. 9023.

70. Fragmento de forma asimilable a la 37. Diám. 14 cm. Sometida a fuego reductor. su pasta presenta color carne 2 (1b) y su barniz de tierra de Sombra tostada (13b). Por su estilo parece pertenecer a la firma de QVARTIO. Corte 16. Inv. Aj. 9162.

71. Fragmento de forma 29 ó 29/37. Diám. 21,5 cm. Pasta color ocre de oro (15b), algo más clara. con vacuolas y partículas amarillentas. Sometido a fuego reductor. el barniz es como el del número anterior. En su decoración es digna de notarse la combinación del festón normal con el festón invertido. Parece pertenecer también a QVARTIO (cf. núm. 91). Corte 16. Inv. Aj. 9016.

72. Fragmento de forma 29. Diám. aprox. 13 cm (?). Pasta color tierra de Siena tostada (11b) con muy pocas partículas amarillentas. Barniz color rojo inglés claro (18aO). anaranjado. mate y muy caedizo. Corte 16. Inv. Aj. 9041.

73. Fragmento sin borde.. posible forma 37. Pasta color tierra de Siena tostada (11b). Barniz rojo inglés claro (18a). mate. Corte 16. Inv. Aj. 9029.

74. Fragmento de la zona inferior. Pasta y barniz como el número anterior. pero el barniz brillante. Corte 16. Inv. Aj. 9016.

75. Fragmento de la zona inferior. Pasta y barniz como el número anterior. Corte 16. Inv. Aj. 9029.

76. Fragmento de forma 29. De falta el borde. Diám. aprox. 15 cm. Pasta color ocre de carne (6b) con vacuolas y no muchas partículas amarillentas. Barniz como siempre. aunque algo avinado. mate y caedizo en los relieves. Corte 16. Inv. Aj. 9124. El 360 de la obra citada de M. Sotomayor puede pertenecer al mismo vaso que este fragmento. pero en aquél solamente era posible conocer la decoración de la zona superior.

77. Fragmento sin borde de forma 37. Pasta y barniz habituales. Corte 16. Inv. Aj. 9162. Este fragmento puede pertenecer al mismo vaso que el fragmento 358 de la citada obra de M. Sotomayor. pero éste es mayor y da una idea más completa de su decoración.

78. Fragmentos de la zona inferior. Pasta ocre carne (6b) con no pocas partículas amarillentas. Barniz habitual no muy brillante. Corte 16. Inv. Aj. 9004.

---

(69) Cf. M. Roca. *Op. cit.*, pág. 91. lám. 35; M. Sotomayor. *Op. cit.*, págs. 34-35. láms. 43. 44 y 48.

(70) Cf. M. Sotomayor. *Op. cit.*, núms. 346. 360 y 358.

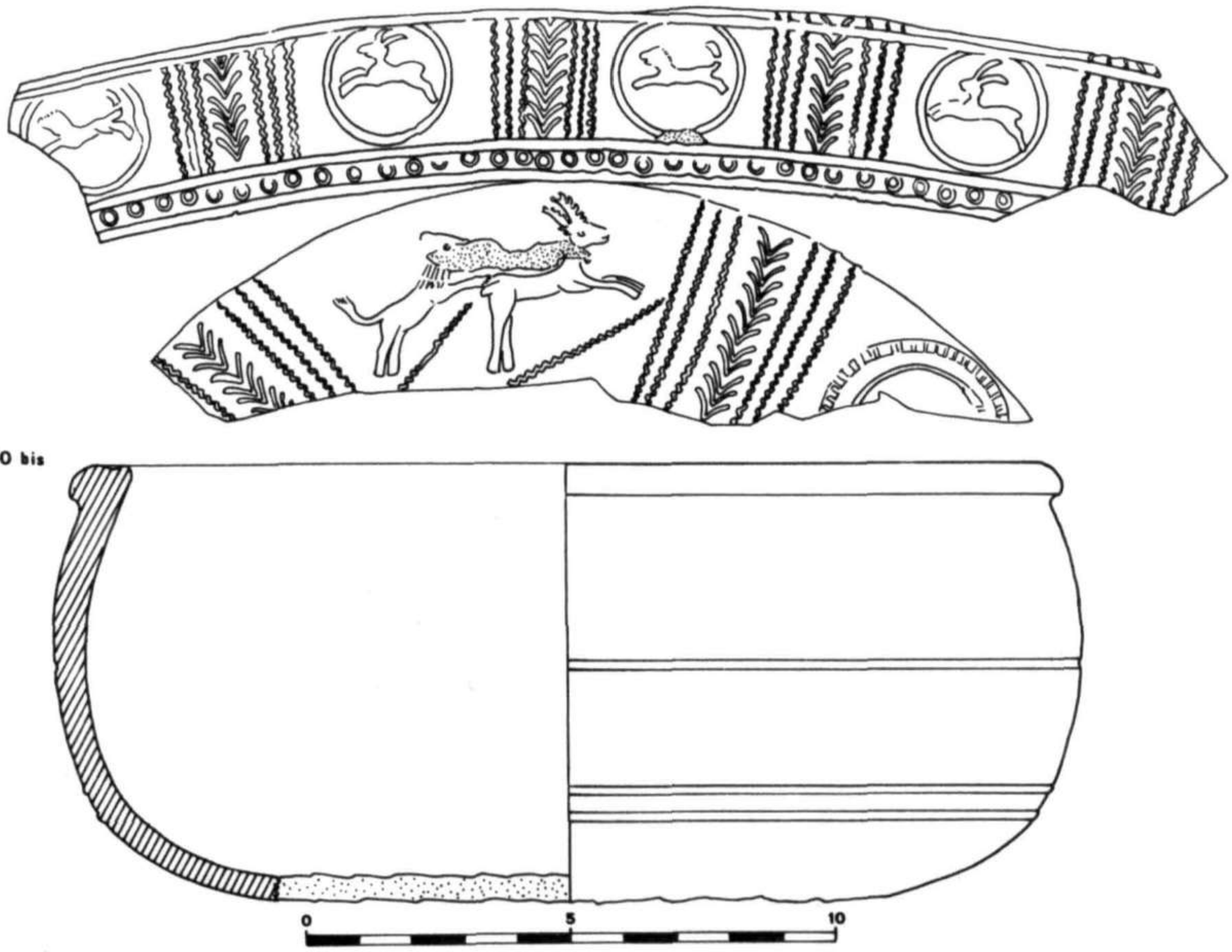


Fig. 16.—Vaso de la forma Hispánica 40.

79. Fragmento de forma 29 ó 29/37. Diám. 16 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b) con algunas vacuolas y bastantes partículas amarillentas. Barniz rojo inglés mate. Corte 16. Inv. Aj. 9070. Festones invertidos.

80. Fragmento de forma asimilable a la 37. Diám. 12 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b) y barniz rojo inglés. poco brillante. Corte 16. Inv. Aj. 9148. Festones invertidos.

81. Fragmentos de forma asimilable a la 37. Diám. aprox. 13 cm. Pasta y barniz como el número anterior. Corte 16. Inv. Aj. 9125. Festones invertidos. Muy posiblemente de QVARTIO.

82. Fragmento amorfo. Pasta y barniz como el número anterior. El barniz algo anaranjado. Corte 16. Inv. Aj. 9021. Festones invertidos.

83. Fragmentos de molde. Diám. 16 cm. Pasta color amarillo de Nápoles rosáceo (3b). Corte 14. Inv. Aj. 7469. Festones normales.

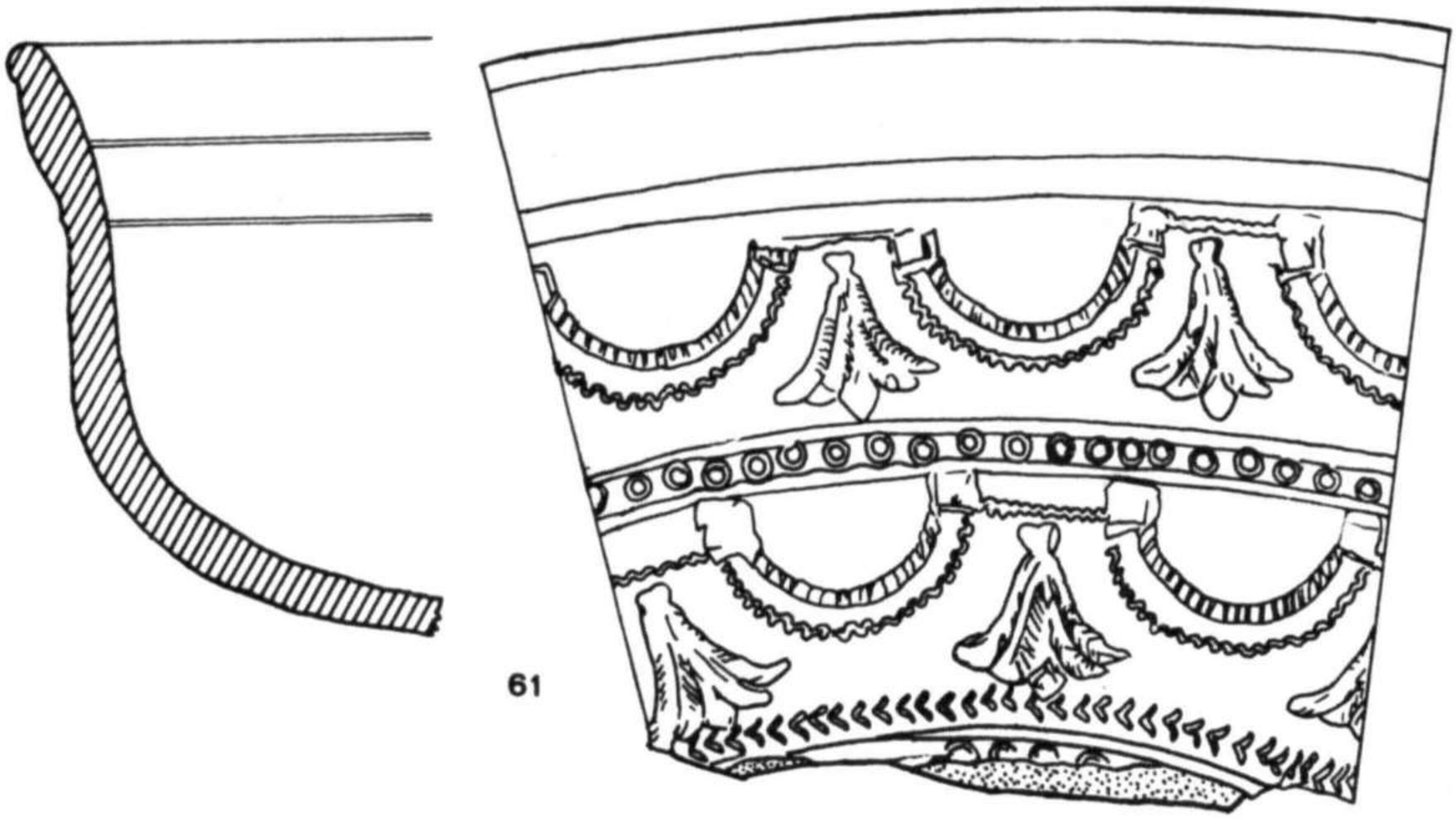
84. Fragmentos de molde de forma asimilable a la 37. Diám. 16 cm. Pasta color carne 2 (1a). Corte 12 (1974). Inv. Aj. 4588.

EL TEMA DE LAS GUIRNALDAS

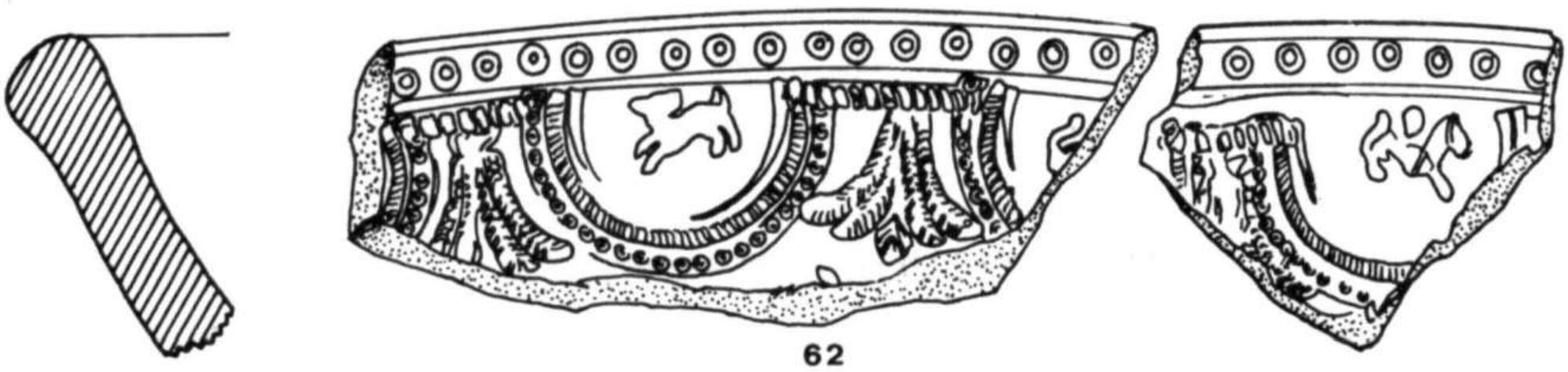
También se trata de un tema decorativo de Andújar, tratado con una cierta detención anteriormente (71). Los tres fragmentos que publicamos ahora son todos ellos nuevos en el repertorio:

85. Fragmento de forma asimilable a la 37. Diám. 16,5 cm. Pasta color tierra de Siena tostada (11b), con vacuolas y bastantes partículas amarillentas. Barniz color rojo inglés claro (18a), algo brillante. Corte 15 (1977). Inv. Aj. 8146.

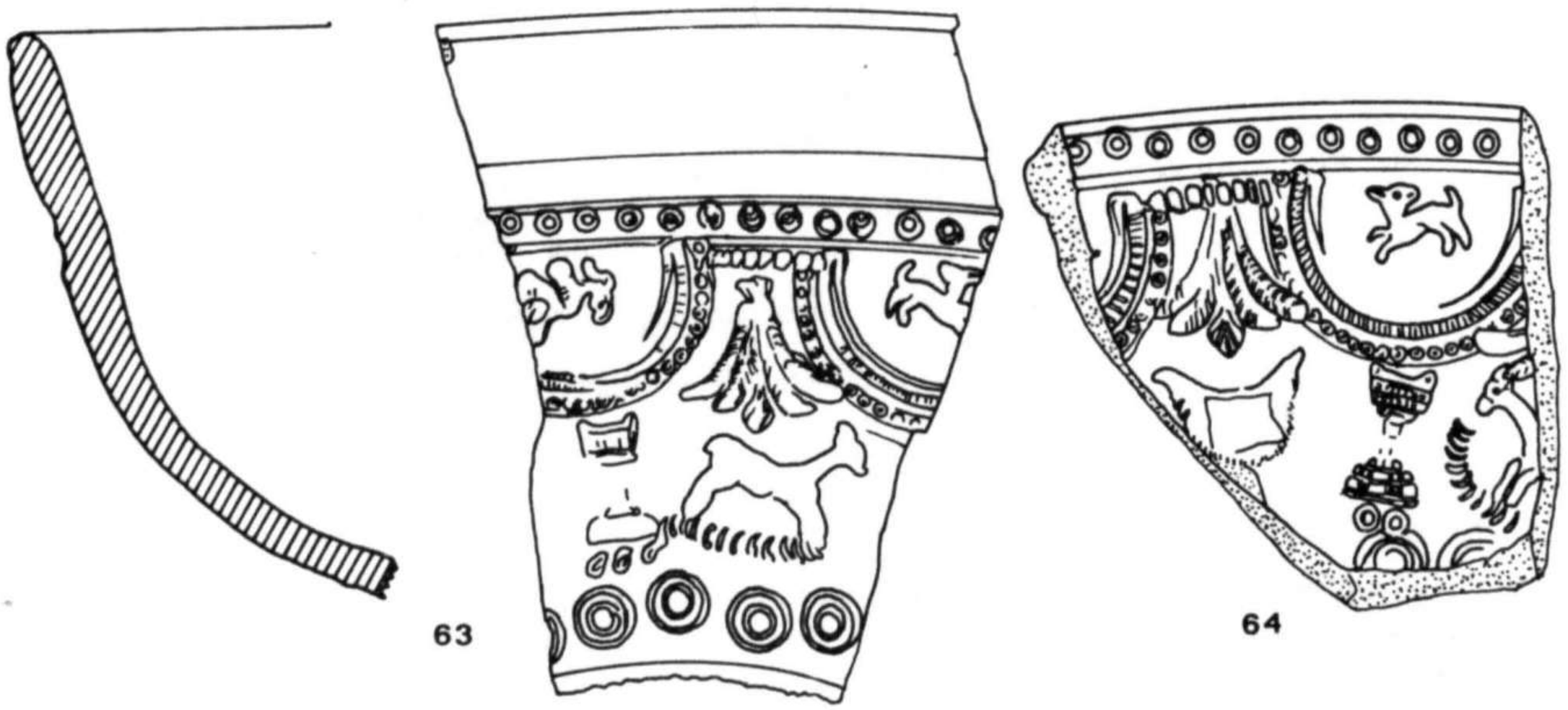
(71) Cf. M. Sotomayor, *Op. cit.*, págs. 26-29, láms. 42, 46 y 47. Otros fragmentos de Andújar con decoración de guirnaldas los publicó M. Roca, *Op. cit.*, pág. 91, lám. 25, núm. 49; lám. 35, 2 3 y 12.



61



62



63

64

0 5 10

Fig. 17.—Fragmentos de sigillata con decoración de festones.

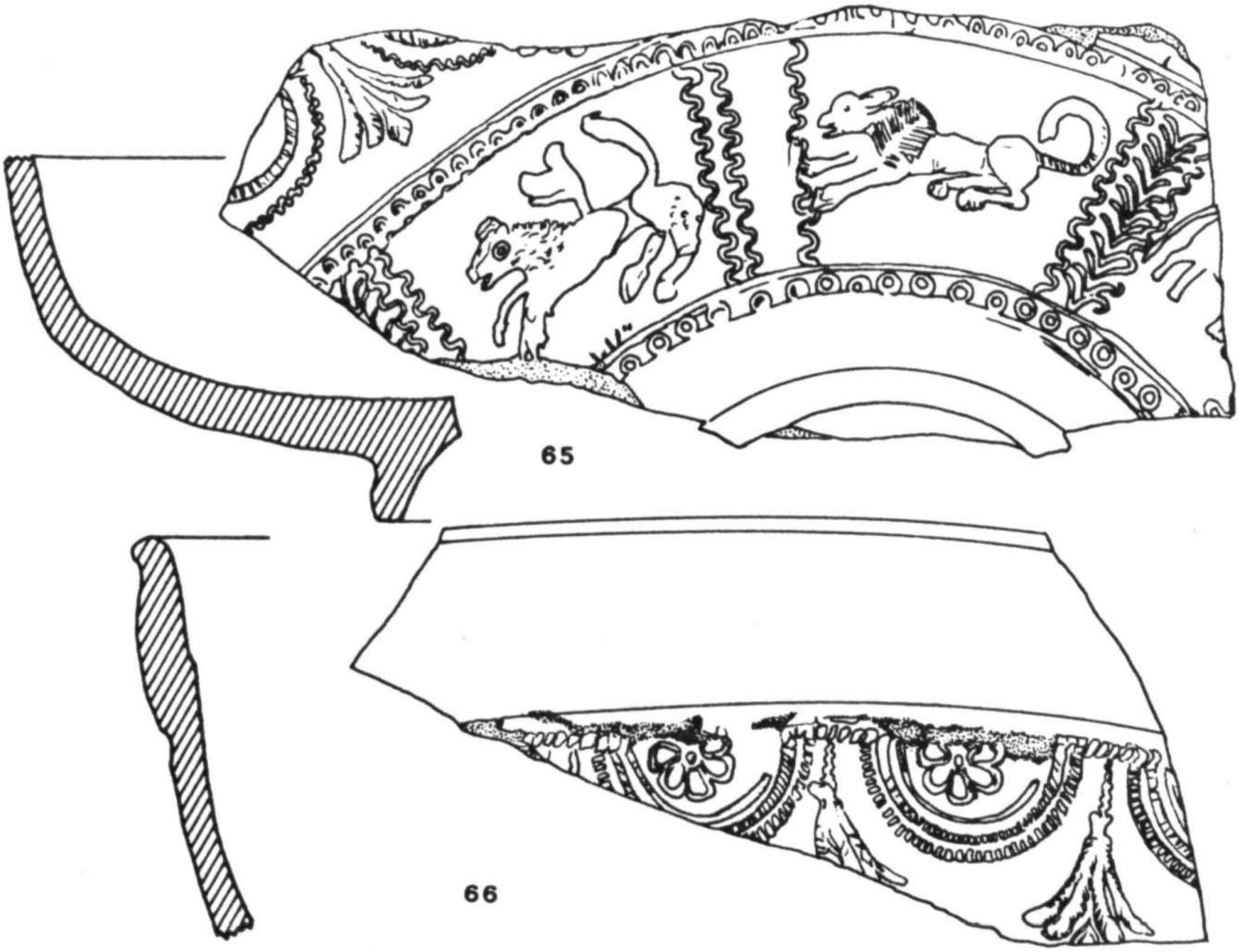


Fig. 18.—Fragmentos de sigillata con decoración de festones.

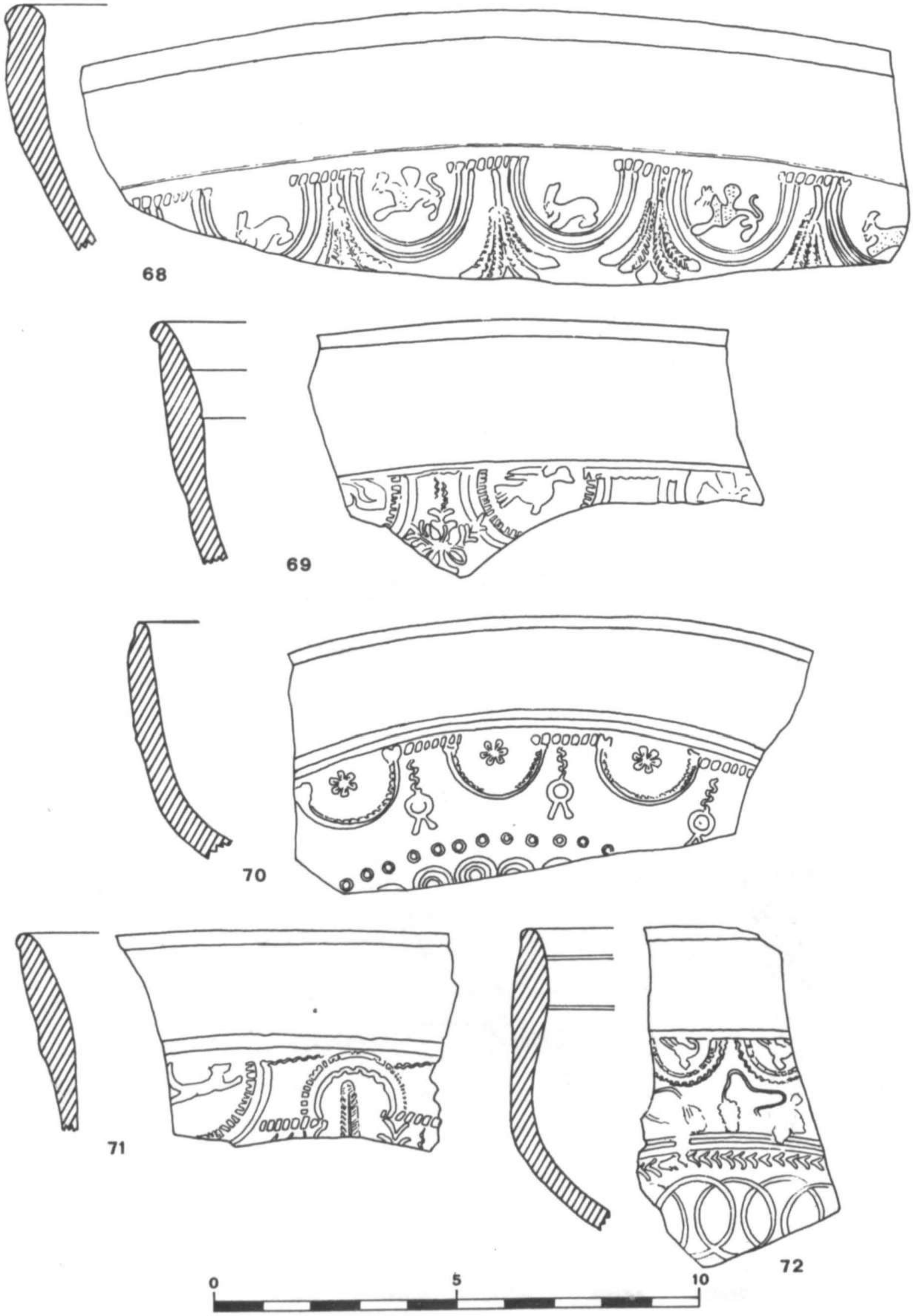
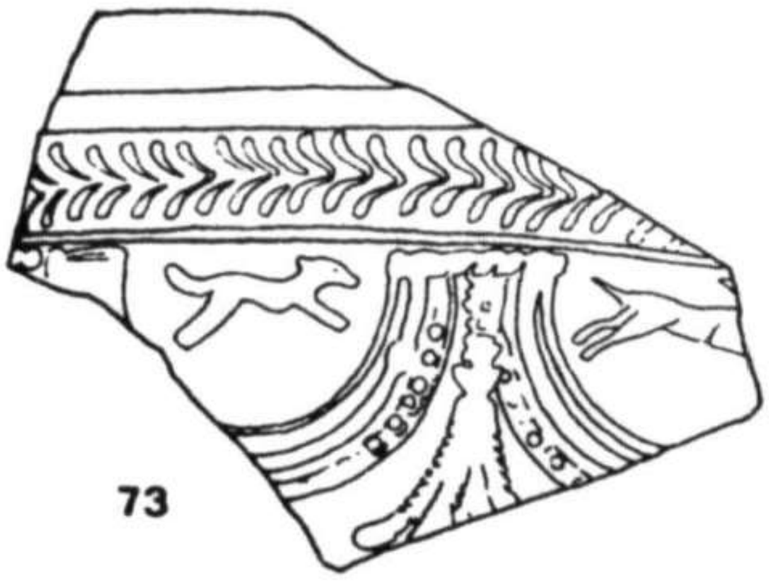
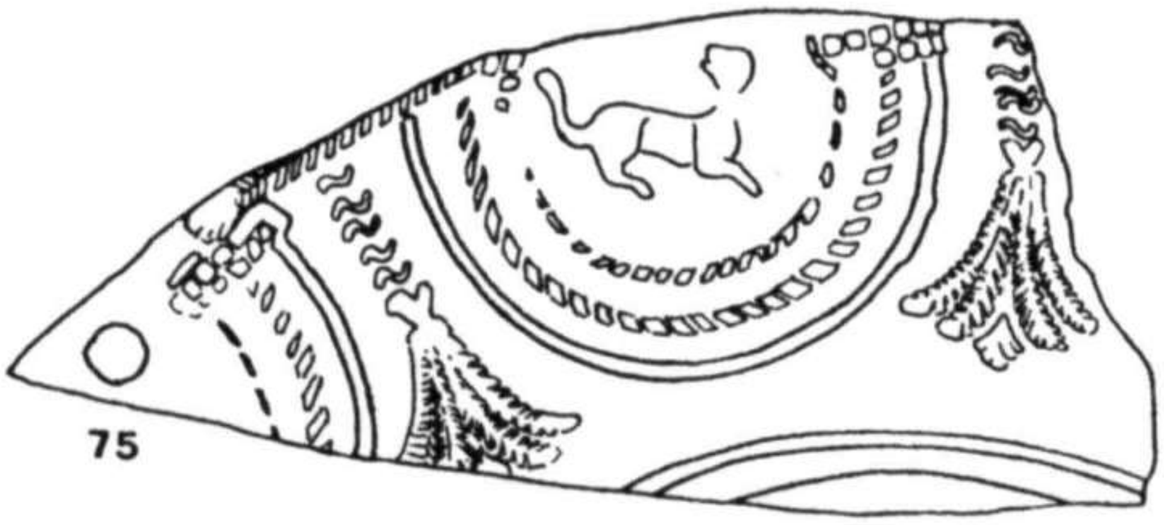
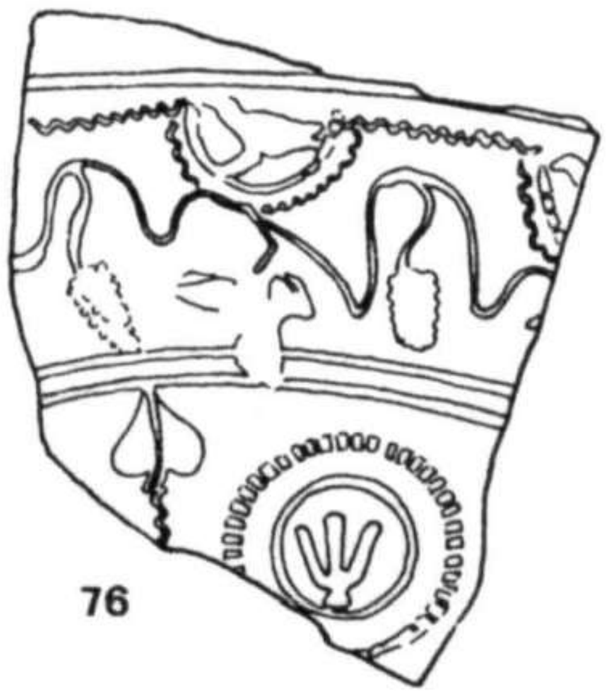
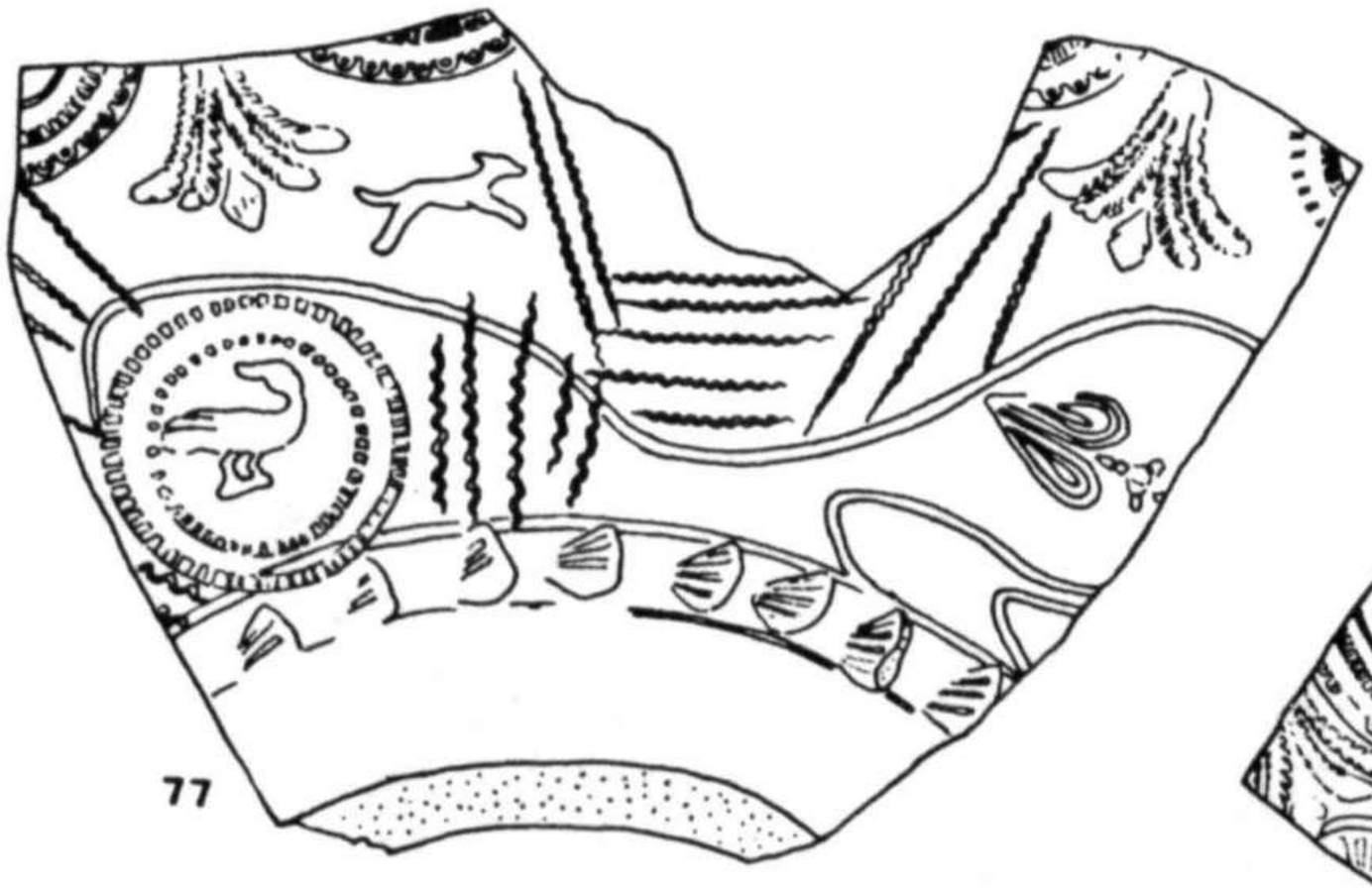


Fig. 19.—Fragmentos de sigillata con decoración de festones.









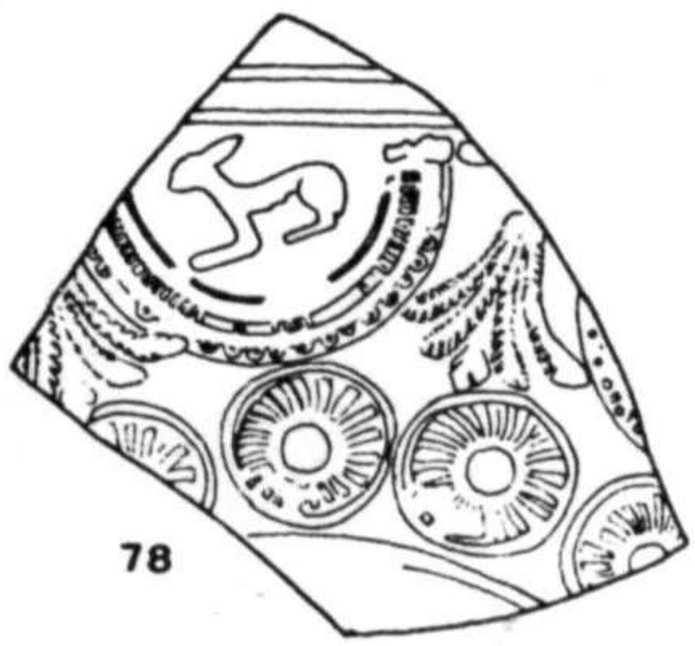


Fig. 20.—Fragmentos de sigillata con decoración de festones.

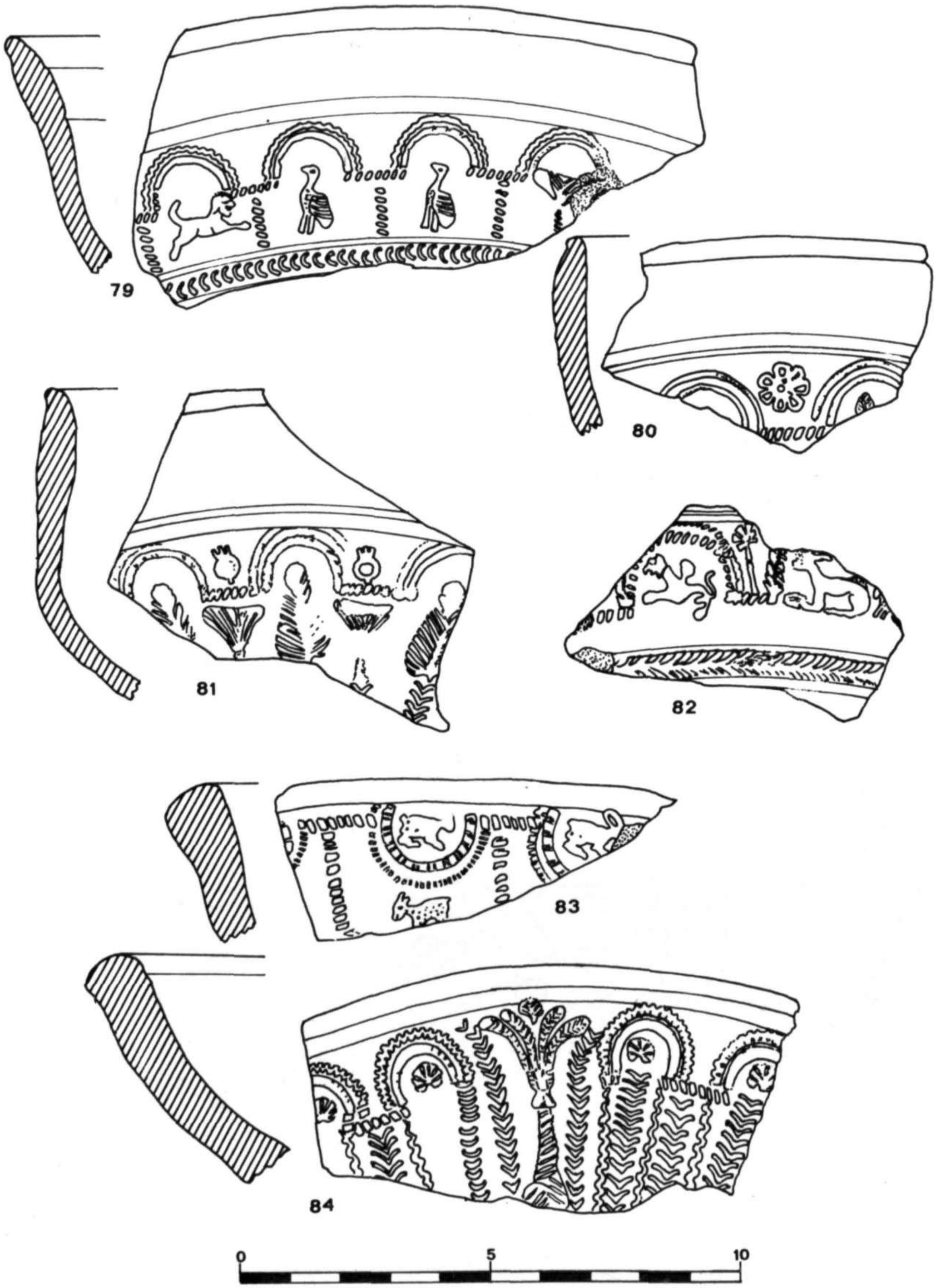


Fig. 21.—Fragmentos de sigillata con decoración de festones.

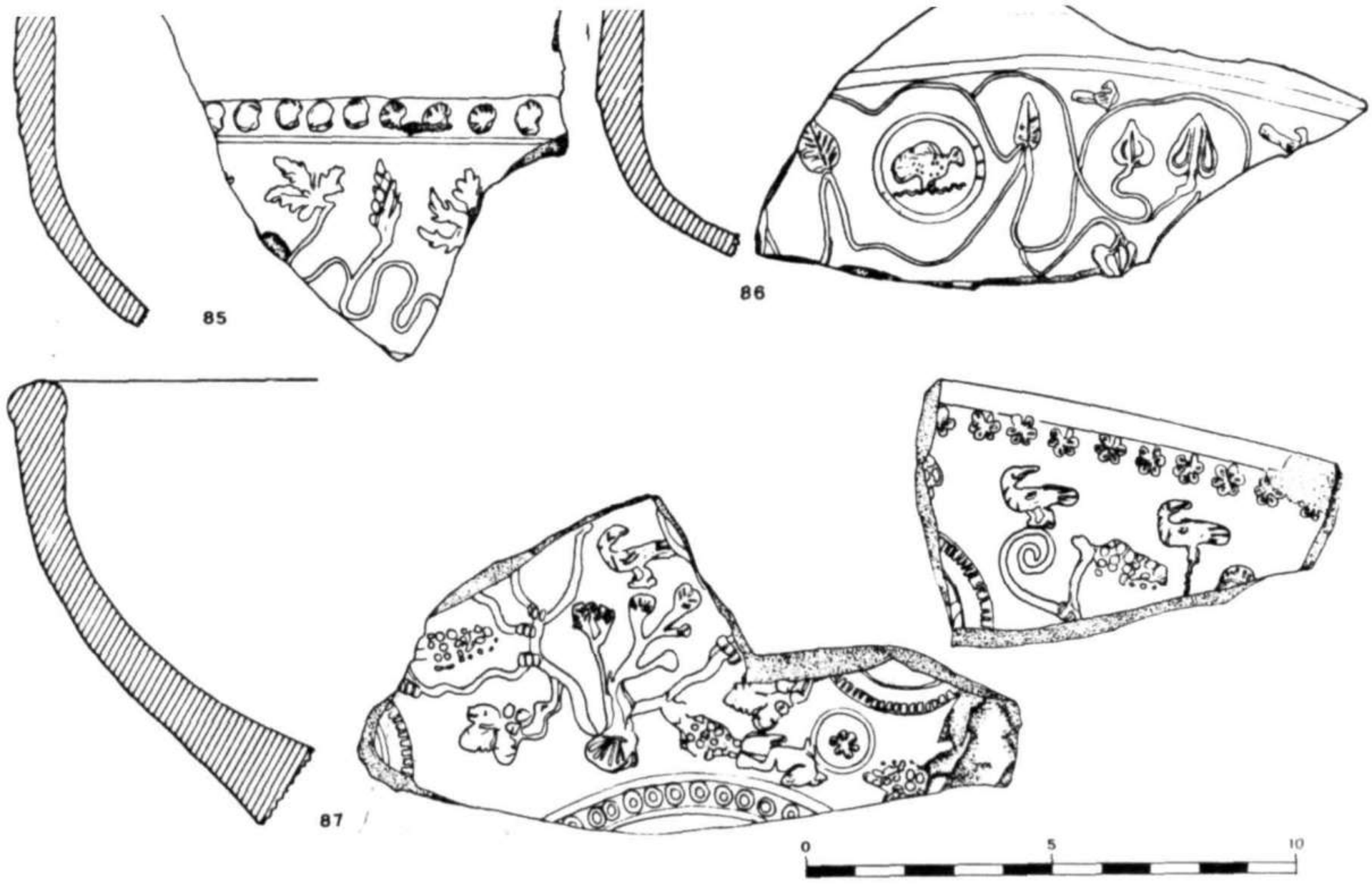


Fig. 22.—Fragmentos de sigillata con decoración de guirnaldas.

86. Fragmento de forma asimilable a la 37, sin borde. Diám. aprox. 14,5 cm. Pasta y barniz como la anterior. Corte 16. Inv. Aj. 9261.

87. Dos fragmentos de un mismo molde de forma 37. Diám. 18 cm. Pasta color grisáceo en la zona interior y rosáceo en las cercanas a la superficie. Corte 16. Inv. Aj. 9152.

MARCAS DE QVARTIO

88. Fragmento de fondo. Pasta color tierra de Siena tostada (11b) con algunas vacuolas y con partículas amarillentas. Barniz rojo inglés claro (18a) ligeramente anaranjado, brillante. Marca QVARTIO. Corte 16. Inv. Aj. 900.

89. Fragmento de forma asimilable a la 37. Pasta color tierra de Siena tostada (11b), con vacuolas y partículas amarillentas. Barniz como el del número anterior. Marca QVARTIO. Corte 16. Inv. Aj. 9180.

90. Fragmento de forma asimilable a la 37. Pasta color amarillo de Nápoles rosáceo (3b) con vacuolas. Barniz rojo inglés claro (18a) algo avinado, mate y caedizo en los relieves. La marca QVARTIO está colocada en sentido vertical, retro. Corte 16. Inv. Aj. 9125.

91. Fragmento de forma 37. Pasta como en el número anterior, más oscura. Barniz color rojo inglés claro (18a), algo brillante. Los relieves mal impresos. Marca QVARTIO. Corte 15 (1977). Inv. Aj. 8131.

NUEVOS TIPOS DE MARCAS DE M.S.M.

92. Marca M.S.M., la S invertida, rodeada de círculo inciso de 44 mm de diámetro, en fragmento de forma 15/17. Pasta y barniz habituales. Corte 16. Inv. Aj. 9055.

93. Marca M.S.M. en el interior igualmente de un círculo de 40 mm de diámetro, en fondo de 15/17. Pasta y barniz ídem. Corte 16. Inv. Aj. 9064.

94. Marca M.S.F. (la S invertida), en el interior de un círculo de 40 mm de diámetro. Pasta y barniz ídem, en fondo de probable forma 27. Corte 16. Inv. Aj. 9089.

95. Fragmento de molde de forma asimilable a la 37. Diám. 15 cm. Pasta color carne 4 (2a). Marca M.S.M. Corte 16. Inv. Aj. 9011 (dos...

NUEVA MARCA

96. Marca OF. OPTATI en cartela ansata, en el interior de un círculo de 54 mm de diámetro, en fondo de forma 15/17. Pasta color stil de grano bruno (16a), con bastantes partículas amarillentas y algunas vacuolas. Barniz color rojo inglés claro (18a), poco brillante. Corte 16. Inv. Aj. 9095 bis.

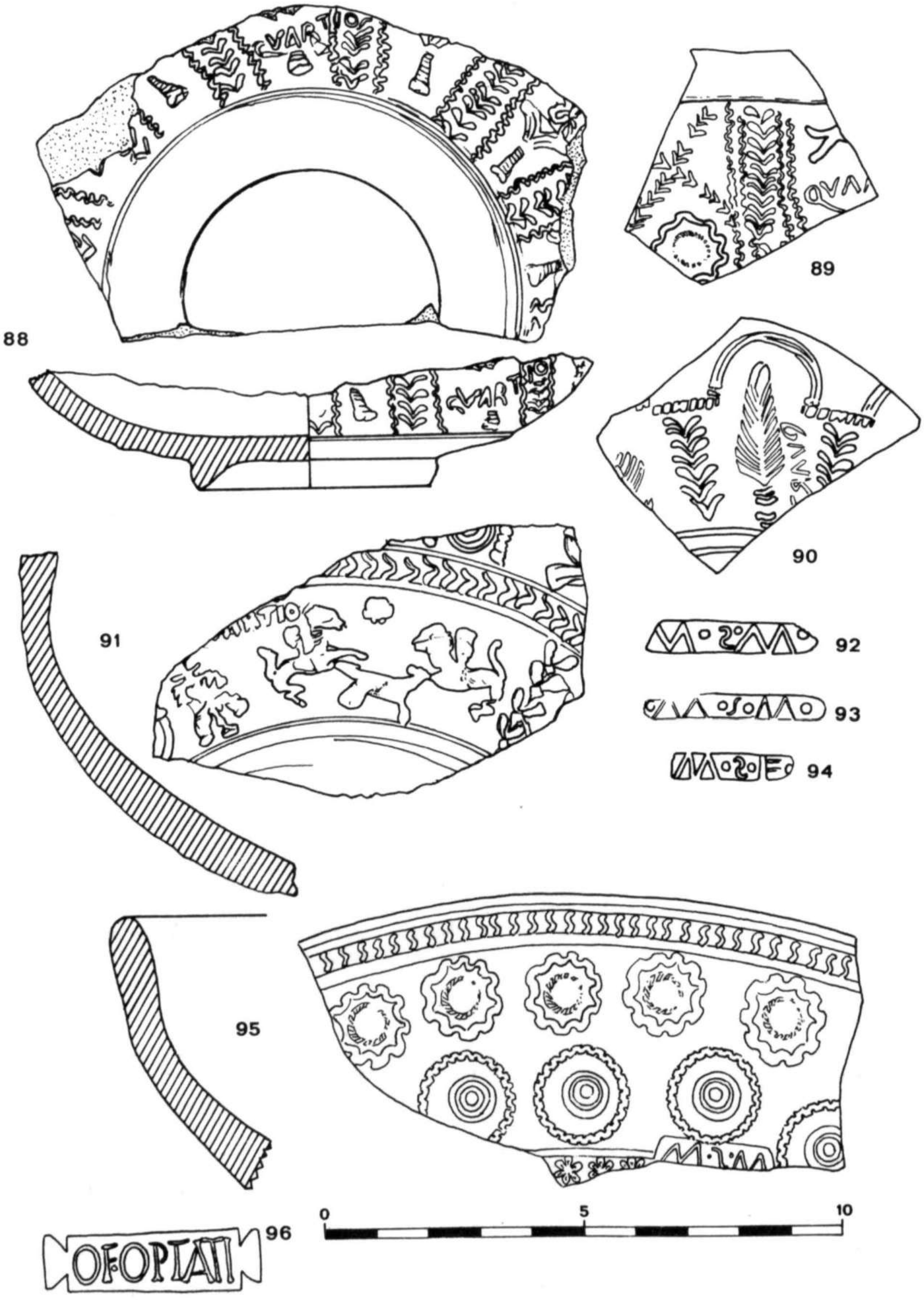


Fig. 23.—Fragmentos de sigillata con marcas.

CAMPAÑA 1979

Del 9 de julio al 14 de agosto se ha realizado la octava campaña de excavaciones arqueológicas en Los Villares de Andújar. Esta vez, la exploración ha tenido lugar en la parcela 219 d (véase el croquis general publicado en otras Memorias), propiedad de don Manuel Lázaro Criado. En este año 1979, el fin perseguido era el estudio de los vertederos que podían apreciarse a simple vista en superficie por amplias zonas de la parcela.

Hemos contado además con la colaboración de María José Cuesta, Lourdes Muñoz, Paloma Gallardo y Mariluz Entrala.

Se han realizado cuatro cortes: 17, 18, 19 y 20 (Fig. 24).

Cortes 17-19

El corte 17 se situó sobre los restos de un vertedero que ofrecía en superficie abundantísimos fragmentos de cerámica, mezclados con ceniza, grandes bloques de escoria y ladrillos fragmentados. Sin embargo, la potencia de este vertedero no sobrepasó los 0,60 m de profundidad, constriñéndose al sector norte de la cuadrícula, y siendo sustituido en el resto de la misma por una tierra semicompacta de tonalidad ocre, que ofrecía escaso material cerámico.

En cuanto a las piezas más representativas catalogadas destacan en proporción las formas 37 muy bastas, 27, 24/25, Hisp. 4, 46/49 y 15/17; en menor número se documentan vasos de formas hispánicas semejantes a la Knorr 78, formas 35/36, algunos fragmentos de Hermet 13, de paredes finas y sólo dos amorfos de cerámica ibérica pintada.

Las marcas aparecidas son: una EX OF CAA (en fondo de 15/17; Inv. Aj. 17/13); una EX OF CA (probable 27; Inv. Aj. 17/8); dos EX OF AA (probable 27; Inv. Aj. 17/82); cinco EX O AA (en 27; Inv. Aj. 17/14 y Aj. 17/18); una EX OF MS (forma 27; Inv. Aj. 17/12); dos EX OF PT (una en forma 27, la otra en 27 probable; Inv. Aj. 17/18 y Aj. 17/13); una EX OF LCA (en forma 15/17; Aj. 17/18); una OF LIA (en forma 27; Inv. Aj. 17/18); una EX OF PT (en forma 27; Inv. Aj. 17/13); una GIC (probable 27; Inv. Aj. 17/1); tres... PT (27 probable; Inv. Aj. 17/15 y 17/1).

Se han hallado también bastantes fragmentos de moldes.

En cuanto a la tierra color ocre que rodeaba al vertedero ofrecía, fundamentalmente, cerámica común en escasa proporción.

Por otra parte, en el sector sur del corte, junto al ángulo D y a – 0,47 m de profundidad, apareció un muro (muro a), de sillarejos y piedras más o menos regulares, que, con dirección Noreste-Suroeste, cortaba en ángulo el corte (Fig. 25, mitad superior). En su parte central aparecía ya, a una profundidad de –0,64 m, interrumpiéndose casi allí, persistiendo sólo las hiladas inferiores, para formar quizá el hueco de una puerta (Fig. 29), uniéndose después en ángulo recto con otro muro de características semejantes, que se apreciaba en el ángulo C del corte, a –0,33 m de profundidad.

La longitud total recorrida por el muro, de 0,60 m de ancho, es de 4,40 m, interrumpiéndose a los 2,70 m a partir del perfil E y formando entonces un umbral de 1,70 m. Formando ángulo recto con el muro en su cara norte, y en el sector del umbral, aparece sin limitación lateral alguna a –1,04 m de profundidad un pavi-

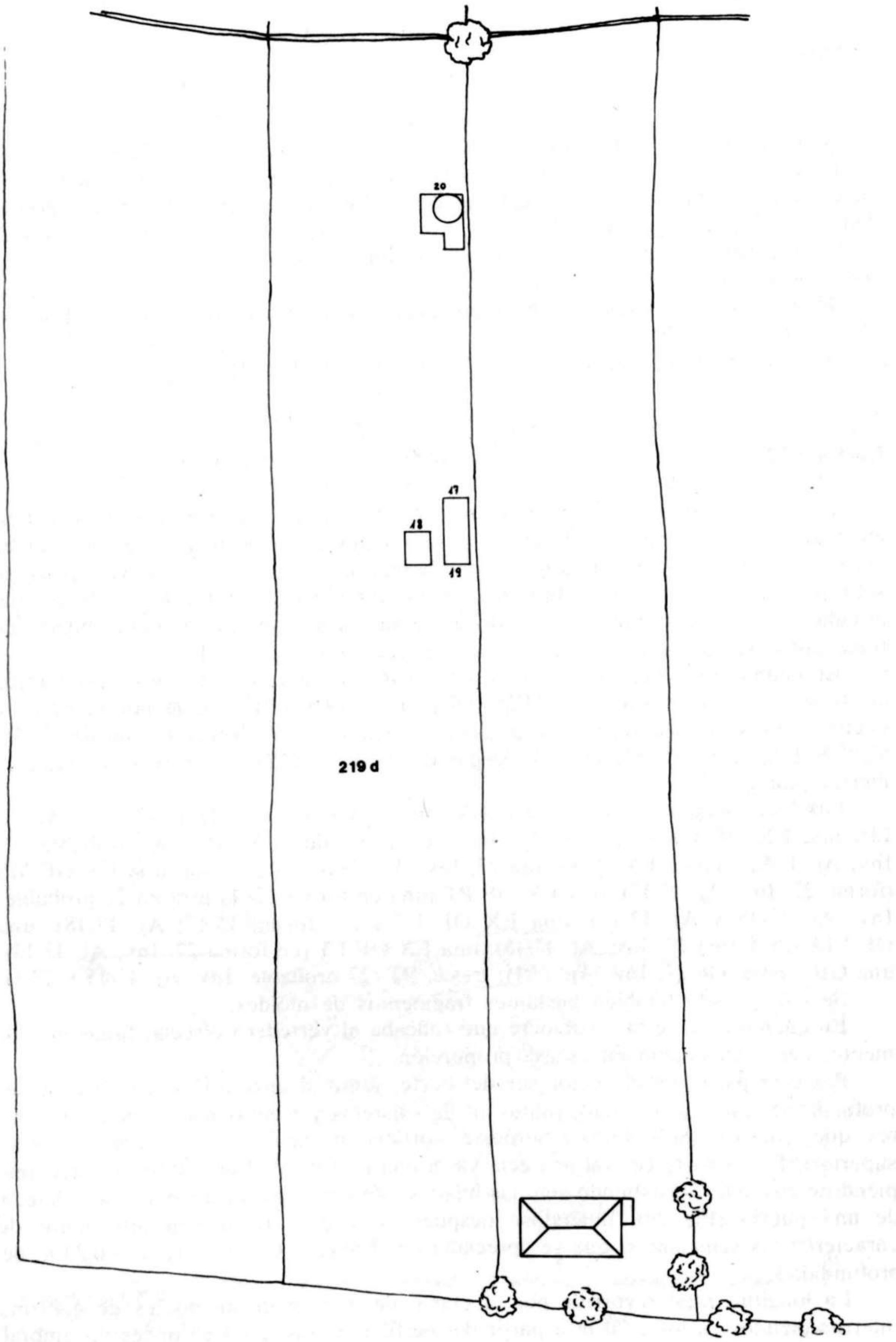


Fig. 24.—Situación de los cortes de la campaña de 1979.

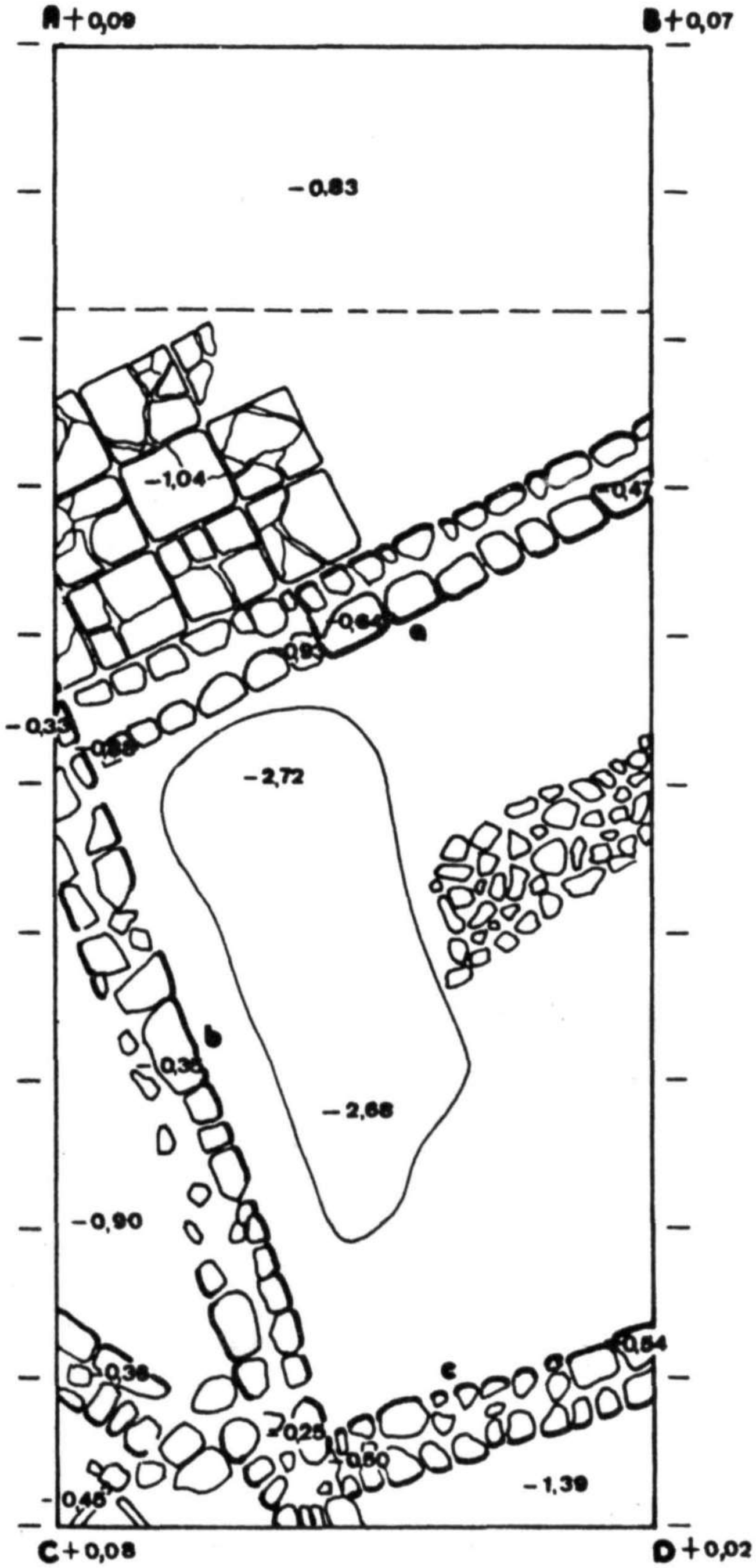


Fig. 25.—Planta de los cortes 17-19 unidos.

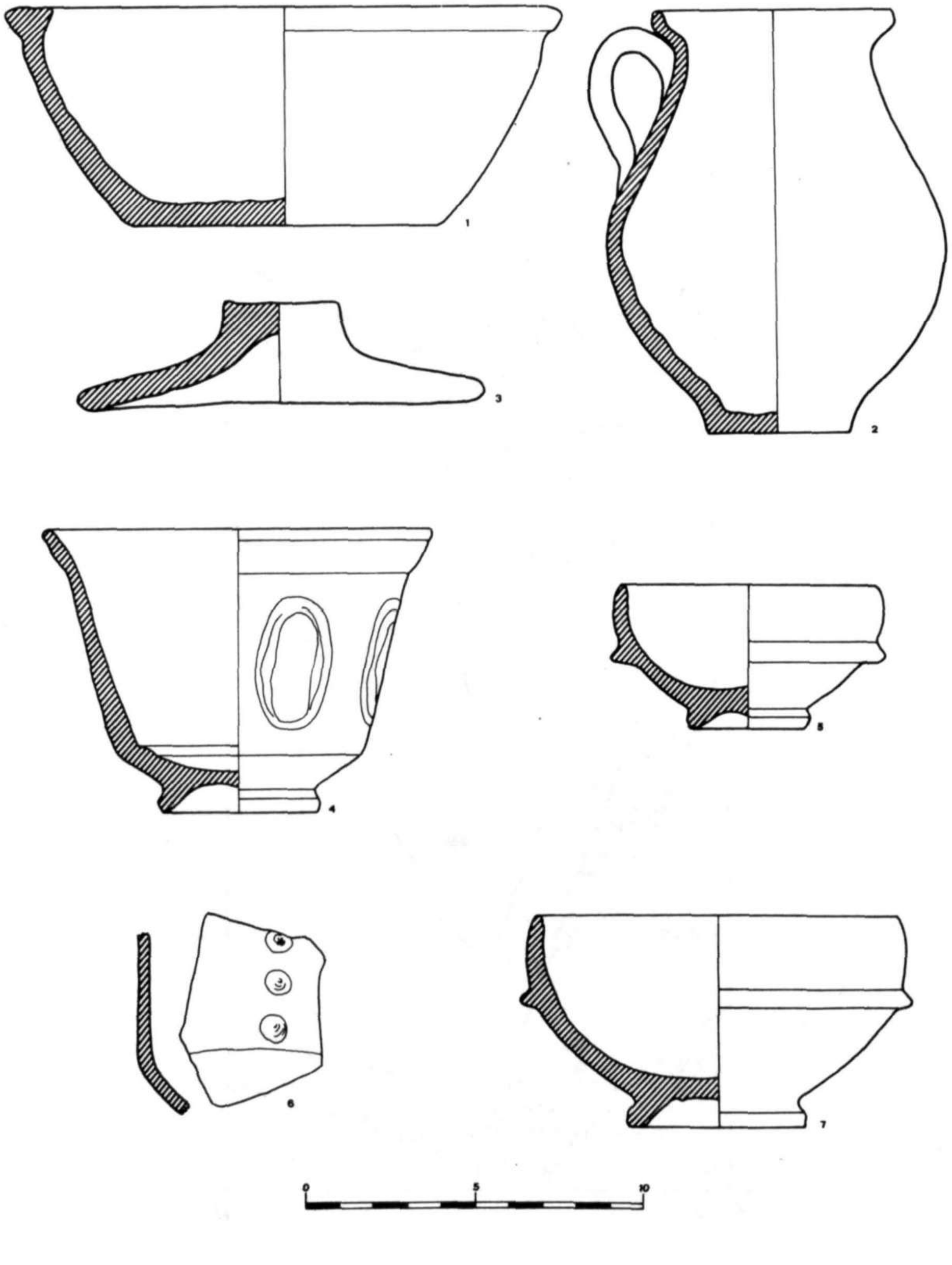


Fig. 26.—Números 1, 2 y 3: Cerámica común del corte 17. Números 4, 5, 6 y 7: Sigillata del corte 17-19.

mento de grandes losas de barro de 0,62 × 0,57 × 0,55 m, dispuestas en tres hiladas longitudinales e internándose en el perfil A-C hacia el Oeste (Fig. 25).

En sus inmediaciones y rebasado ya totalmente el vertedero, cuya extensión y profundidad se hacían visibles en los perfiles A-B y B-D, el material cerámico es francamente escaso, apareciendo algunos fragmentos de común y de pintada.

AL SUR DEL MURO A

Empiezan a aparecer en el ángulo D, al Sur del muro *a*, a partir de los 0,70 m de profundidad, nunerosos fragmentos de cerámica común, destacando dos cazuelas completas y tapaderas (Fig. 26, 1 y 3). La tierra adquiere una tonalidad rojiza y a los 0,75 m, se mezcla con cenizas y fragmentos de carbón. El material aparecido es fundamentalmente cerámica común: cazuelas, orzas, jarras (Fig. 26, 2), cantimploras, soportillos, tapaderas, etc.Mezcladas con ella aparecen vasijas de paredes finas, algunos fragmentos de cerámica pintada ibérica y tierra sigillata, destacando las formas 15/17, 27, 24/25 (Fig. 26, 5) y 37 de escasa calidad.

La misma tónica persiste hasta los 0,85 m de profundidad, coincidiendo con la superficie superior del umbral de la puerta. Destaca la presencia de un vaso de forma hispánica, asimilable a la Knorr 78, decorado con barbotina (Fig. 26, 4) y fragmento de forma hispánica con decoración mamilada, al parecer imitación de formas de paredes finas (Fig. 26, 6).

El corte 17 se profundiza al Sur del muro *a*, hasta −1,20 m, aumentando incluso el porcentaje de vasos de cerámica común, varios de ellos completos y la misma mezcla que observábamos más arriba, apareciendo también alguna lucerna de tipo similar a las ya estudiadas en la Memoria de la séptima campaña (1978).

Llegados a esta profundidad, se vio la necesidad de ampliar el corte hacia el Sur, por lo que, una vez dibujado el perfil D-C (Fig. 27), se planteó el corte 19, a

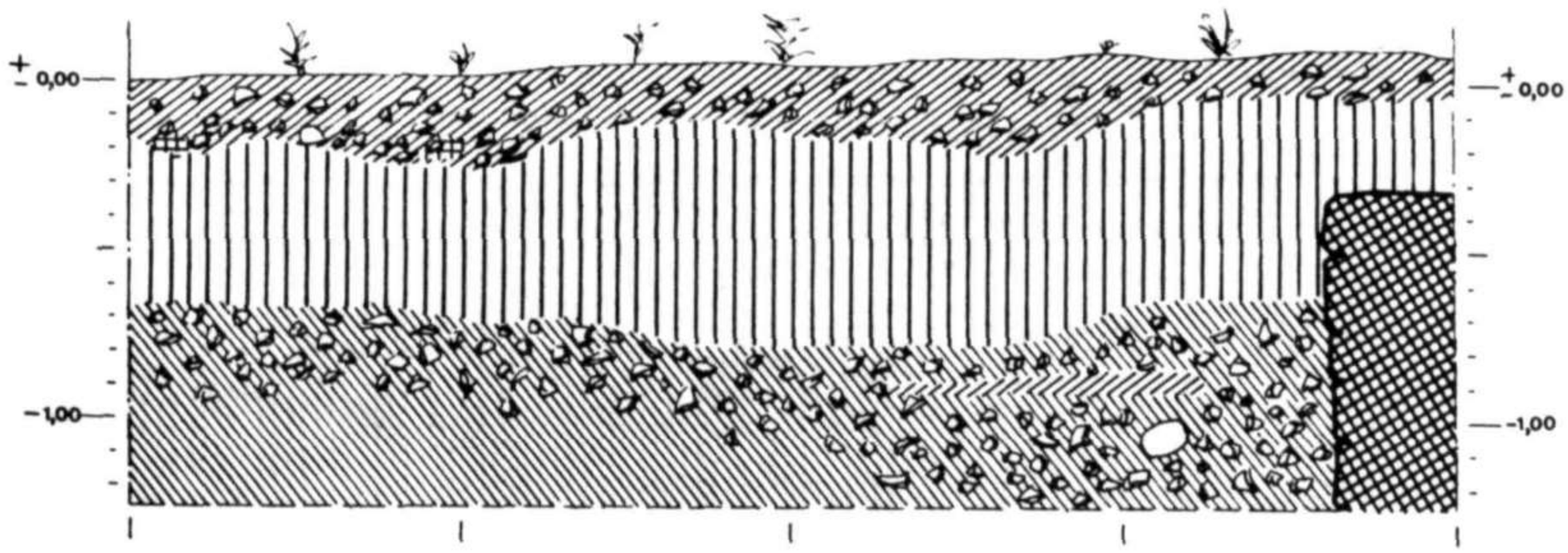


Fig. 27.—Perfil sur (C-D) del corte 17. En el puede apreciarse el vertedero superficial.

continuación del que nos ocupa, en una extensión también de 5 × 4 m y sin dejar testigo intermedio (Fig. 25).

El nivel superficial aparecía ocupado por restos del mismo vertedero tardío del corte 17 y con idénticas características de arrasamiento y profundidad. Esta llega a los 0,40 m aproximadamente, siendo sustituido el vertedero por aquella tierra color ocre, presente en el corte vecino. La cerámica también coincide en tipos y porcentajes.

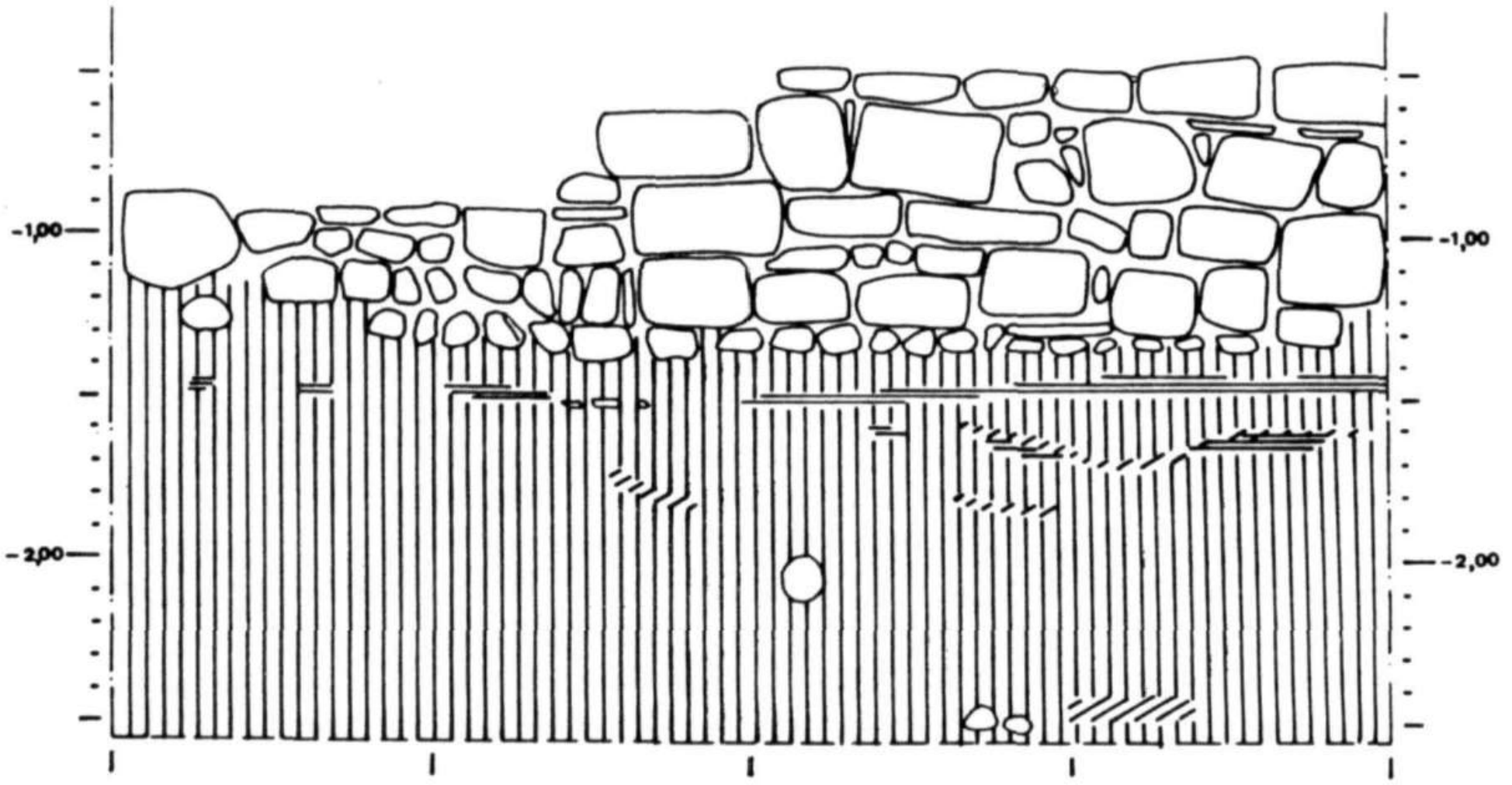


Fig. 28.—Perfil en el corte 19, bajo el muro a.

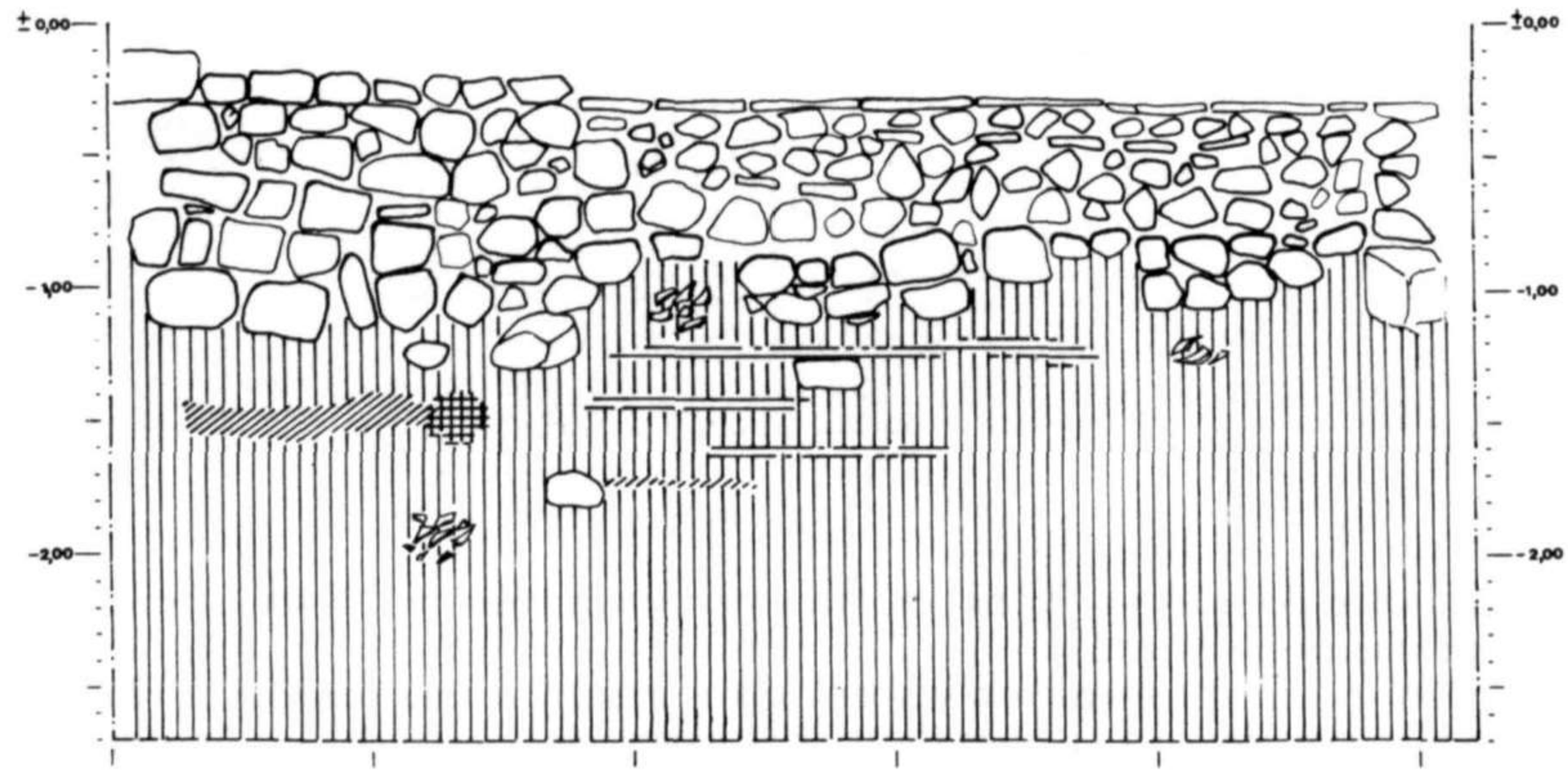


Fig. 29.—Perfil en el corte 19, bajo el muro b.

En cuanto a las marcas recogidas son: dos EX OF LCA (en 15/17 y en 27; Inv. Aj. 19/11 y 19/1); uno EX OF CV (en forma 27; Inv. Aj. 19/1); uno EX OF PF (forma 27; Inv. Aj. 19/2); dos EX OF PT (una en forma 27 y otra en 27 probable; Inv. Aj. 19/6): uno EX OF T... (27 probable; Inv. Aj. 19/11); dos... PT (ambas en forma 27; Inv. Aj. 19/1); una... AA (en 15/17; Inv. Aj. 19/1).

Ya a – 0,35 m empieza a delimitarse el muro *b* (Figs. 25 y 29) que se une en ángulo recto con el muro *a*, y parte del cual habíamos ya visto en el ángulo C del corte 17 (Fig. 25). Su longitud total descubierta es de 6 m, con dirección Noroeste-Sudeste y su grosor medio es de 0,60 m. Lo forman piedras irregulares de tamaño medio, alcanzando una profundidad máxima de 1,20 m. El límite superior de su base de cimentación puede establecerse a los –0,80 m. En buena parte de su sector Norte aparece rematado por fragmentos de ladrillos y tégulas, ofreciendo una superficie lisa y nivelada; en esta parte se aprecia claramente la reparación de una rotura anterior del muro.

En su sector Sur, el muro *b* aflora a –0,25 m, y allí, a 4,70 m de la intersección con el muro *a*, y prácticamente paralelo a él, aflora el muro *c* (Fig. 25) a –0,50 m de profundidad. También de 0,60 m de grosor medio lo forman piedras irregulares y algunos pequeños sillares mal escuadrados. Su base de cimentación se sitúa – 1,48 m. Las piedras forman hiladas irregulares. A – 0,90 y a – 1,10 m se dispone una hilada de emparejamiento, formada por ladrillos y pequeñas piedras de base más o menos planas.

Este muro separa el ambiente formado por los muros *a*, *b* y *c*, de otro ambiente que aparece apenas en el ángulo D (Fig. 25). En el ángulo C, a los – 0,36 m de profundidad, es visible parte de un muro que, con dirección Noroeste-Sureste une su extremo Sur con la intersección de los muros *b* y *c*, internándose en el perfil A-C por el Noroeste (Fig. 25).

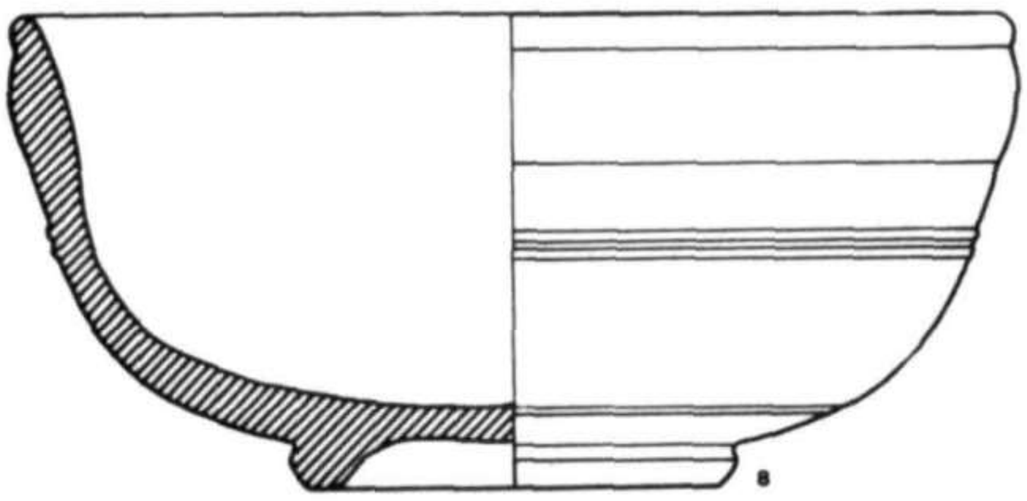
Una vez rebasado el nivel último del vertedero, a – 0,40 m de profundidad, que se sitúa, fundamentalmente, en el sector Norte del corte, empieza la tierra color ocre, y junto al muro *b*, a – 0,45 m, empiezan a aparecer tégulas e ímbrices, hasta una profundidad de – 0,70 m, coincidiendo, aproximadamente, con la superficie superior del umbral del muro *a* y con la base de cimientos del muro *b*.

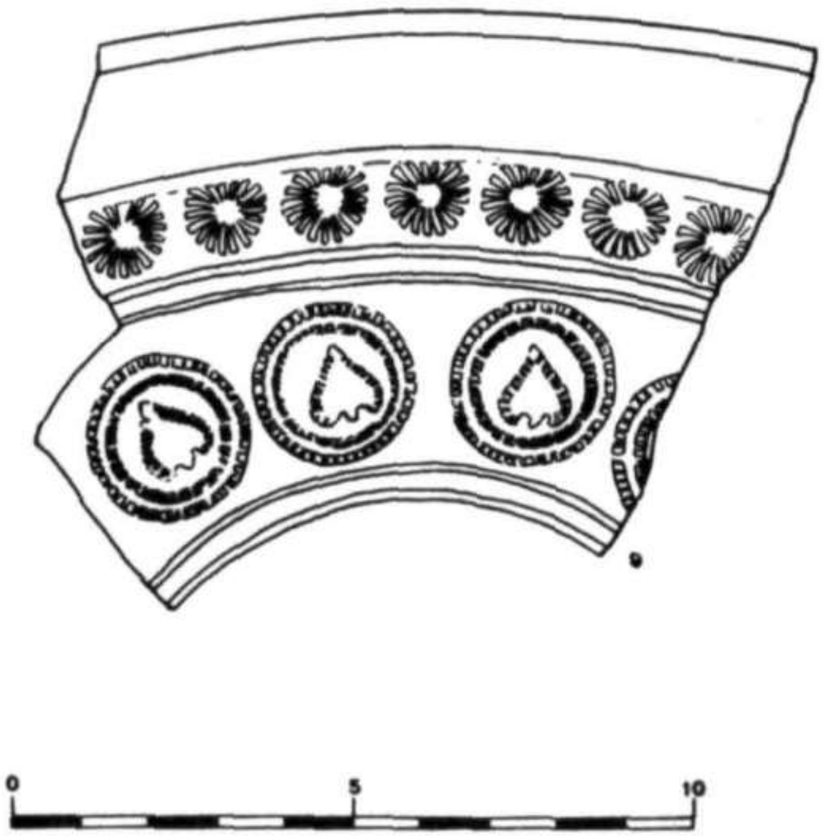
Este nivel de destrucción que no se hacía bien visible en el sector Sur del corte 17, apoyaba sobre un amontonamiento de cerámicas apiladas contra los muros *a*, *b* y *c*. De ahí, hacia abajo, todo muestra una gran uniformidad hasta los – 1,29 m de profundidad, donde la tierra de idéntica tonalidad ocre parece apisonada, formando una pavimento. Sobre él se apoyaba una ánfora completa (Lám. II) y, junto a ella, al mismo nivel, una lucerna como las ya catalogadas, vasos de paredes finas y cerámica común.

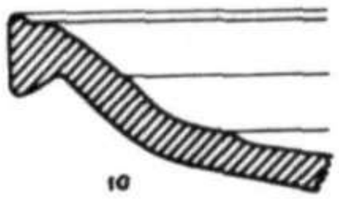
El apilamiento se compone fundamentalmente de cerámica común, destacando los jarros, bocales, lebrillos, morteros, ollitas, cantimploras, jarros de boca trilobada (boca de chivo), etc. Mezclados con ella aparecen lucernas, tazas de paredes finas (Fig. 31, 20), soportillos, sigillata, sobre todo 15/17, 24/25 (Fig. 26, 7) y cerámica pintada, destacando las ollas de bordes verticales ligeramente exvasados.

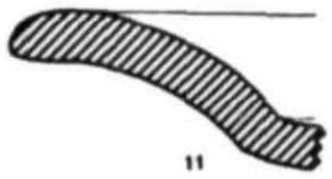
Inmediatamente después del pavimento reaparece el apilamiento de cerámicas, sólo que ahora no se sitúa en la vertical de los muros, sino que se separa de ellos de 0,15 a 0,40 m, situándose además en la mitad Oeste del recinto y ocupando de él los dos tercios de Norte a Sur.

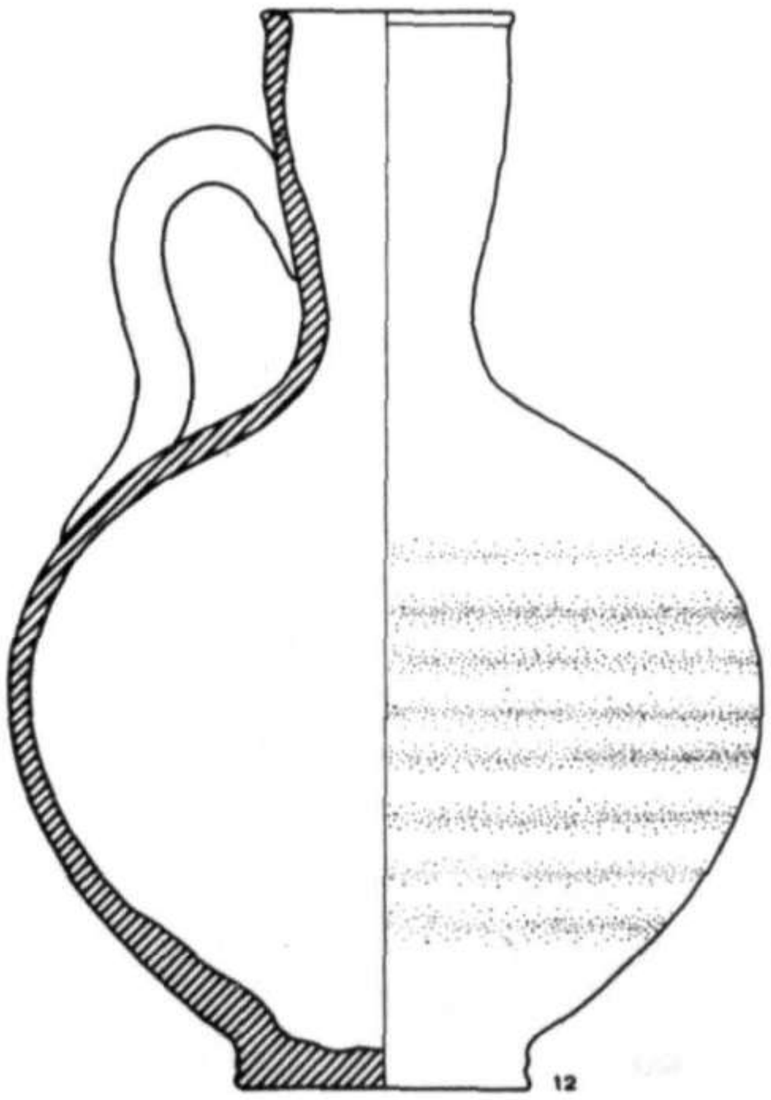
El material apilado es exactamente el mismo que el que apoyaba sobre el pavimento, alcanzando una profundidad de – 2,68 a – 2,72 m. La tierra sigue siendo

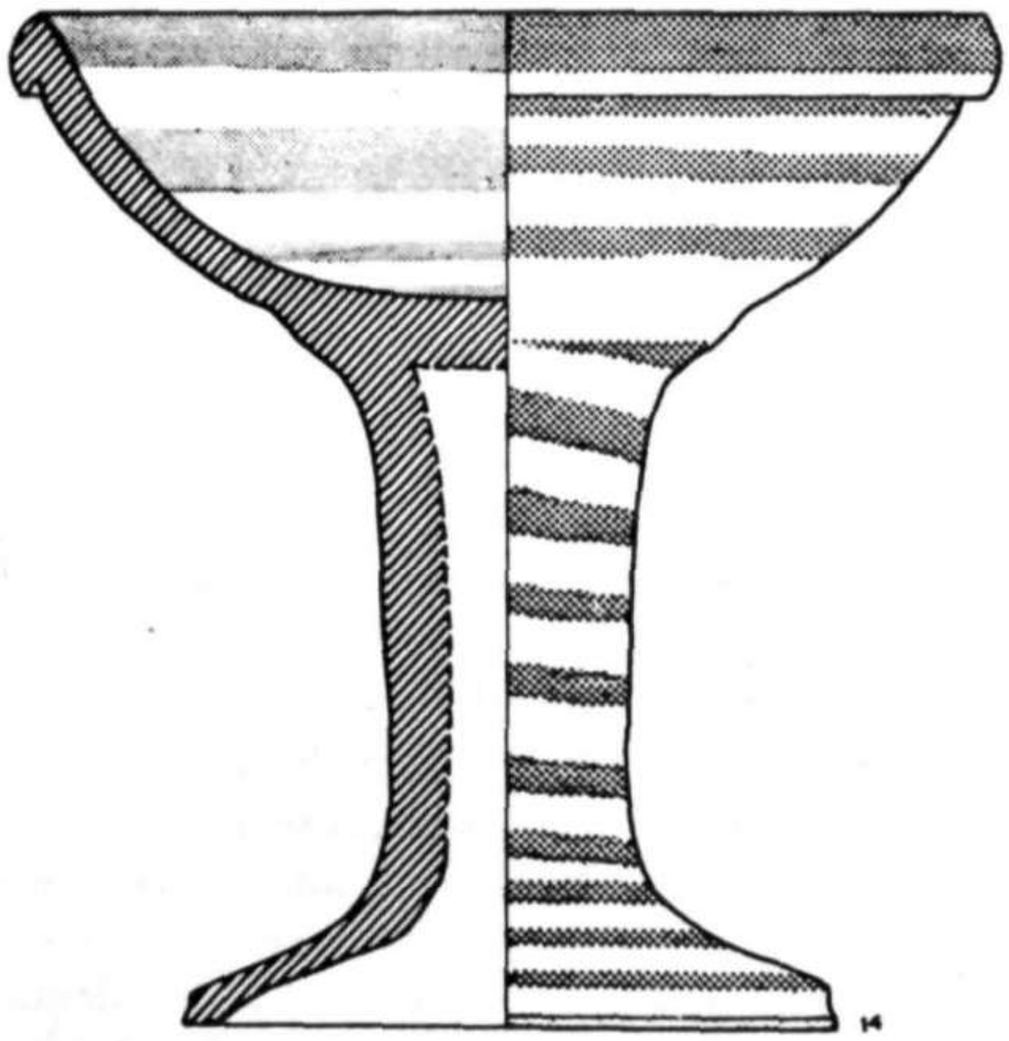


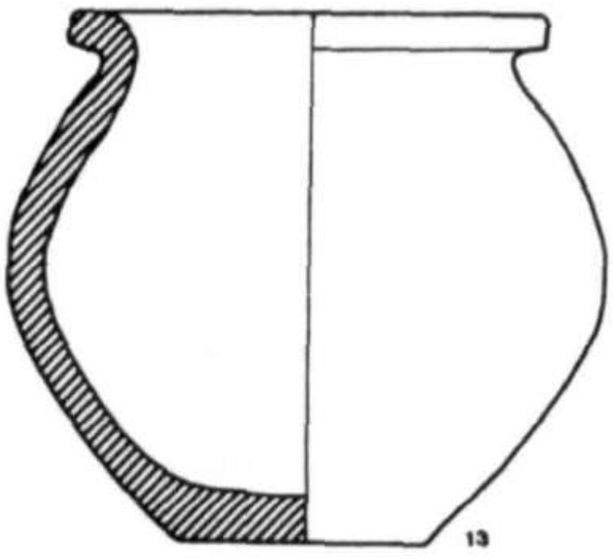












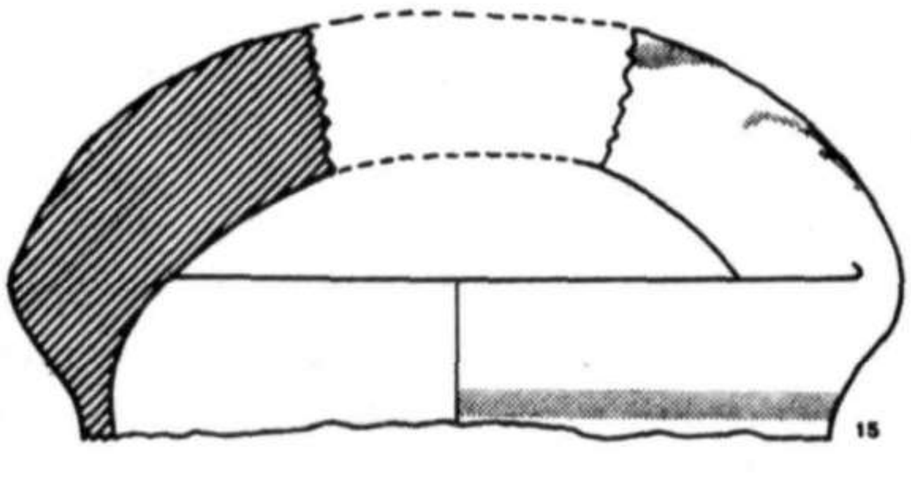


Fig. 30.—Cerámica del corte 19.

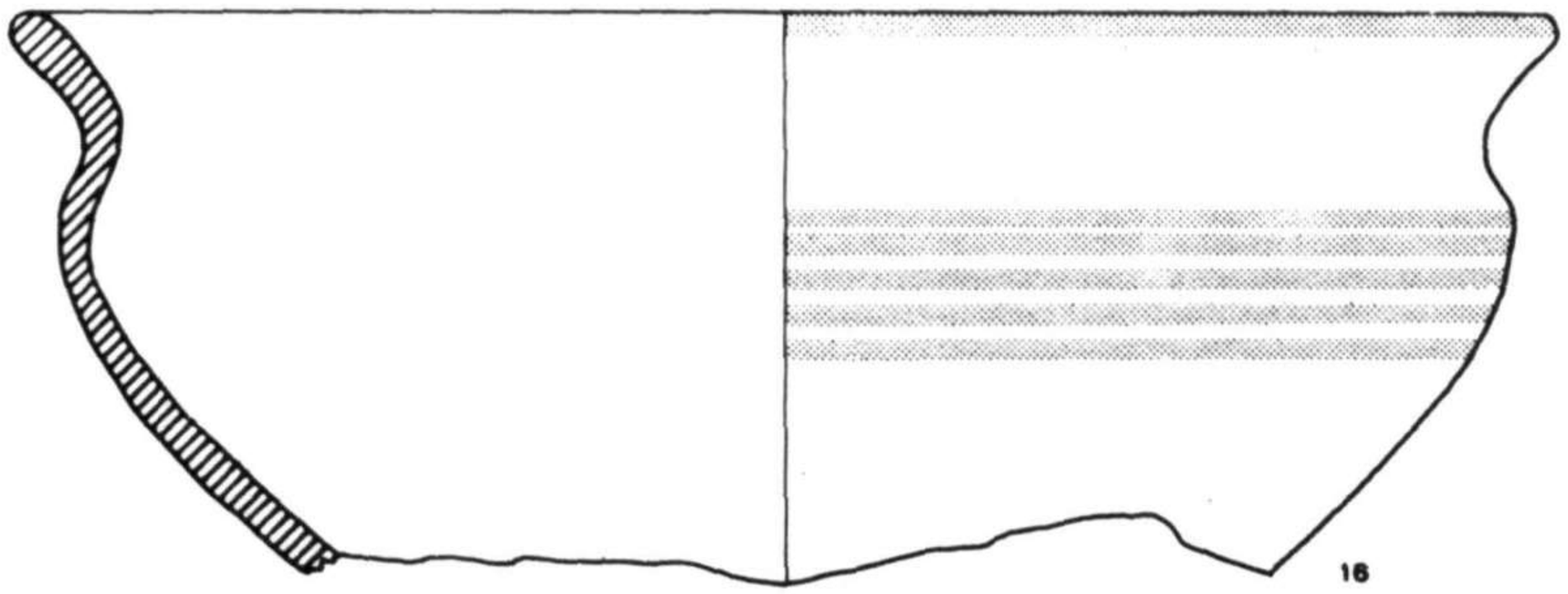


Fig. 31.—Cerámica del corte 19.

de color ocre, con algunas bolsadas rojizas. La presencia de la sigillata es constante, hasta el límite inferior del apilamiento, aunque en escaso número, predominando también las formas 15/17, 24/25 y 37 (Fig. 30, 8 y 9). Destacan un braserillo de cerámica (Inv. Aj. 19/41) y una cabeza femenina en terracota (Inv. Aj. 19/55; Lám. III), copas de pie alto ibéricas pintadas (V. g.: Aj. 19/80 y 19/142) (Fig. 30, 14). Los tipos de cerámica pintada vuelven a ser las susodichas ollas, copas, cuenquecillos, sítulas (Fig. 30, 15). Hay lucernas, tazas de paredes finas y, en cuanto a la común, predominan las jarras de boca trilobada (boca de chivo), las tapaderas, embudos, cantimploras, jarros (Fig. 30, 12), bocales, morteros, cazoletas y, sobre todo, ollas de diverso tamaño (Fig. 30, 13). Aparecen también cerámicas negras o grisáceo-negruzcas, destacando los lebrillos y los platos con reborde inferior.

A partir de – 1,50 m de profundidad, se advierte un cambio de tonalidad en la tierra del sector Este de la cuadrícula, sobre todo en el ángulo B, donde se vuelve gris verdoso, más compacta y con escaso material cerámico. Este es, sobre todo, ibérico pintado (Fig. 31, 16 y 19) y de barniz rojo. Destacan algunos fragmentos de soportes de tubos, un lebrillo con asa plana y horizontal, un borde de plato de barniz rojo (Fig. 30, 11), un cuenquecillo de barniz rojo (Fig. 31, 17) y fragmentos de borde de olla de barniz rojo (Fig. 31, 18), cerámica gris-negra, punzones de hueso (Inv. Aj. 19/167), etc.

Del perfil B-D, a 1,55 m del muro *a*, prácticamente paralelo a él, sale un amontonamiento de piedras sin orden aparente, con una anchura de 0,80 m como máximo y a – 2,34 m de profundidad (Fig. 25). Su extremo Oeste, a 1,65 m del perfil B-D aparece a –2,25 m de profundidad.

El sector Norte de este amontonamiento, limitando por el Oeste con la zona del almacén, se rebajó hasta los – 3,85 m. Presiste el mismo tipo de material cerámico, aunque al final salen cerámicas a mano.

Es notable en todo el sector de tierra gris verdosa la total ausencia de materiales romanos.

CONCLUSIONES

1. El vertedero que se aprecia en superficie pertenece a la última época de producción del alfar, y por ello se encuentra prácticamente arrasado, conservándose sólo su parte inferior, con una potencia máxima de 0,60 m bajo la superficie actual.

Se ha recogido, como señalábamos en su momento, una serie de marcas ya conocidas y catalogadas en otras campañas.

2. Bajo este vertedero se aprecia una interrupción de la actividad que se manifiesta en un nivel de tierra casi estéril.

3. En un nivel inferior encontramos un almacén, bajo cuya techumbre hundida se apilan numerosos vasos de cerámica muy destruidos en la parte central y con numerosas piezas bien conservadas, entre las que se amparaban junto a los muros.

La importancia principal de este hallazgo quizá consista en el dato cronológico que aporta el almacenamiento contemporáneo de piezas ibéricas pintadas con otras de cerámica común, así como de paredes finas de sigillata y lucernas. También aparece en este mismo nivel un fragmento de sigillata aretina del Servicio I (Fig. 30, 10).

Las piezas de paredes finas pertenecen a la forma 42 de Marabini o 28 de Mayet, formas que están datadas en la época de Tiberio-Claudio. Las lucernas son

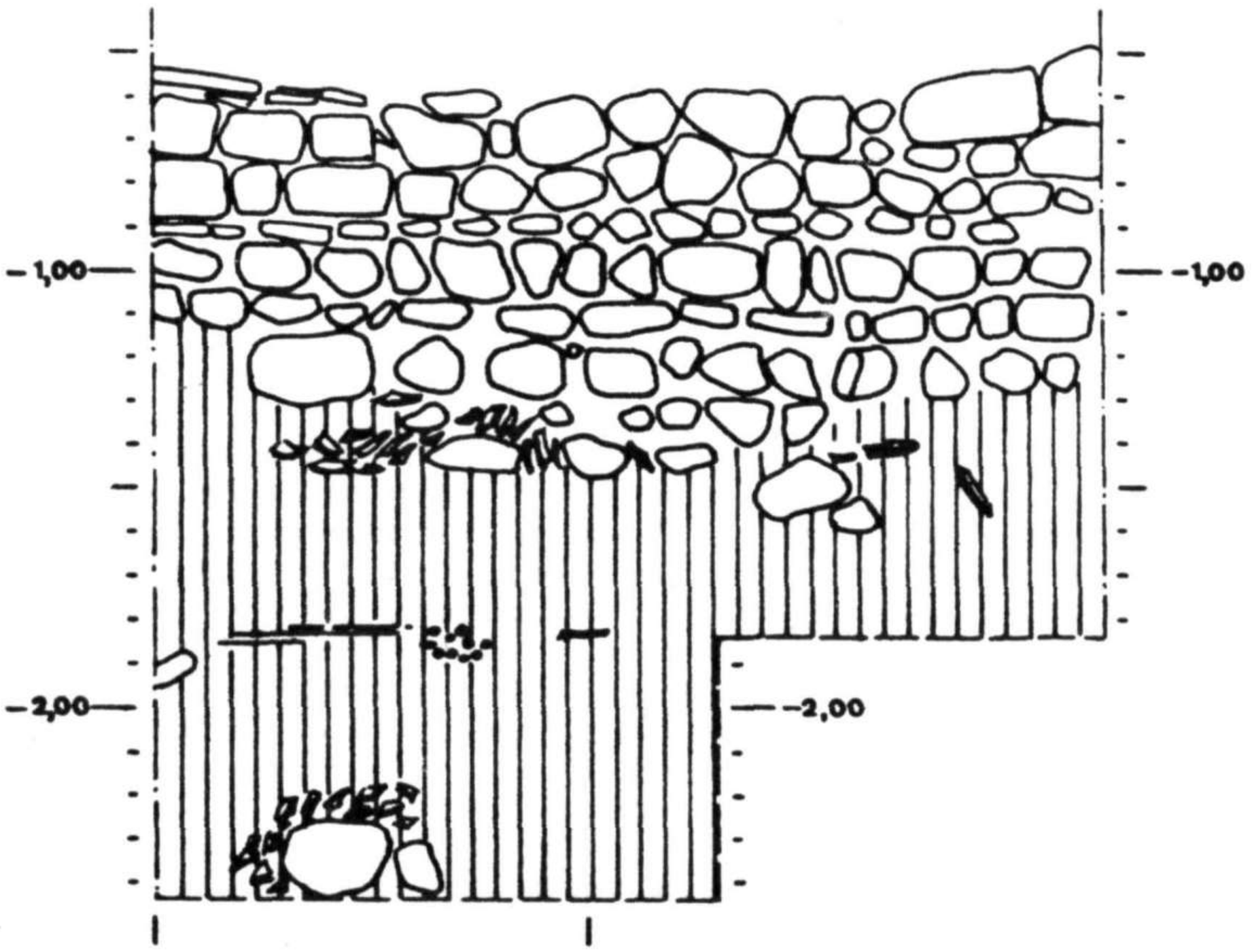


Fig. 32.—Perfil en el corte 19, bajo el muro c.

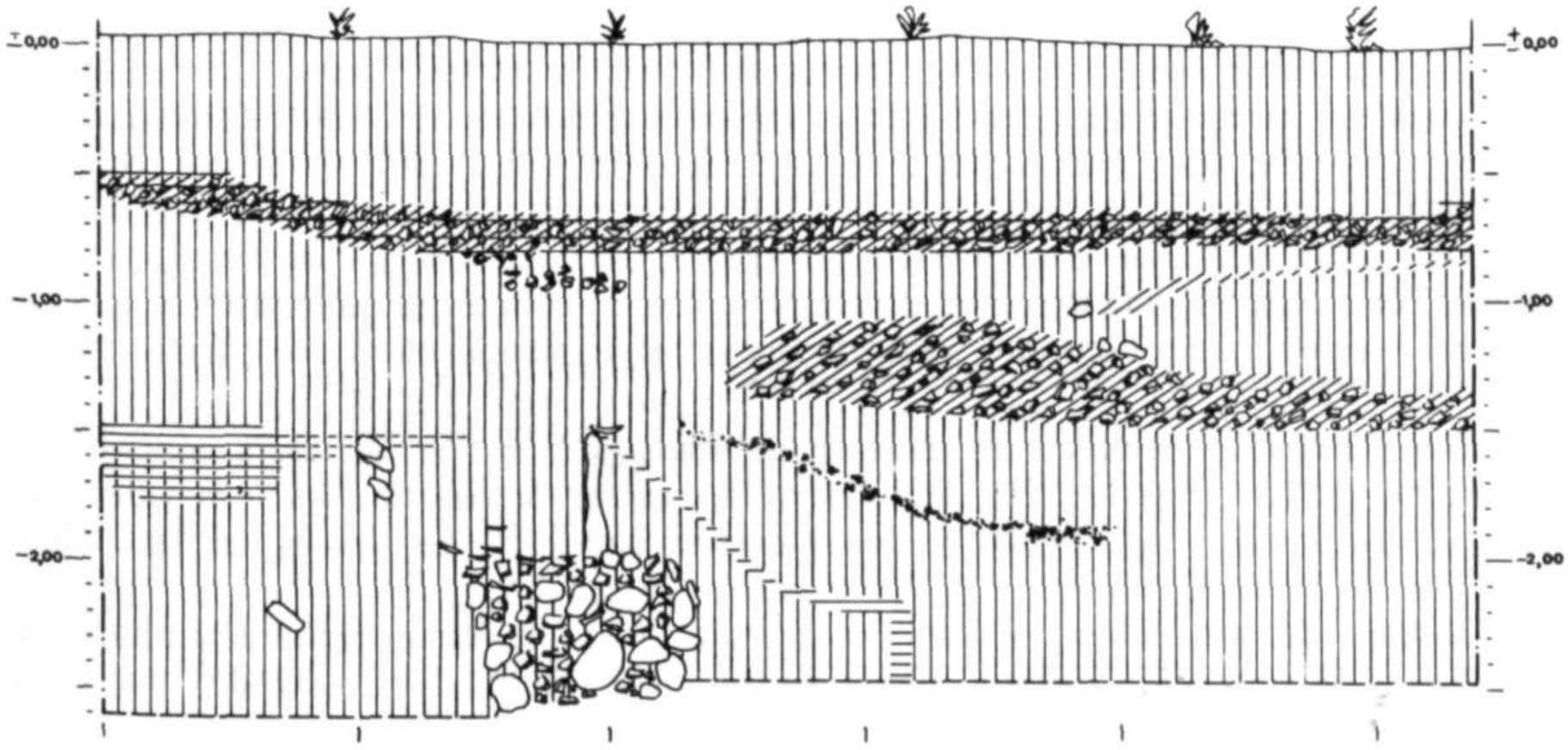


Fig. 33.—Perfil Este del corte 19.

las ya estudiadas por nosotros en Memorias anteriores y su cronología difícilmente puede rebajarse con respecto a la de las paredes finas ya citadas.

Así, pues, a todo el material, tanto pintado como común, debe atribuírsele idéntica cronología. Por esta razón preferimos designar toda la cerámica común presente en el almacén como cerámica ibero-romana.

4. El almacén descrito no es sino una ampliación de otro simplemente excavado en la tierra y que contenía idéntico material. Este almacén primitivo se excavó en tierra en general gris verdosa, que sólo contiene material ibérico (Fig. 33).

Corte 18

El corte, de 5 × 4 m, se planteó sobre los restos del mismo vertedero de los cortes 17-19. También aquí aparece arrasado. Se compone de tégulas, escorias, ladrillos, cenizas y mucha cerámica. El resto de la tierra es color ocre.

El vertedero alcanza una profundidad máxima de – 0,51 m, y cubre estructuras romanas anteriores. Estas se manifiestan en un pavimento situado en el sector C del corte (Fig. 34). Lo forman losas de barro de 0,24 × 0,24 × 0,035 m, unidas con mortero pobre y que cruza en diagonal, internándose en los perfiles C-D y A-C. En este último, su límite Norte está a los 1,70 m; en el C-D a los 2,50 m hacia el Este. Hay siete hiladas de losas desde el ángulo C en el sentido Suroeste-Nordeste y se conserva un máximo de 11 desde el perfil C-D hasta el A-C.

Por otra parte, en el ángulo B y también como la solería, a –0,51 m de profundidad aparece la esquina de un muro de piedras y sillares de 0,40 m de grosor medio (Fig. 34). El límite Oeste, en el perfil A-B se sitúa a 1 m del punto B; el Sur, en el perfil B-D, a 1,94 m del mismo punto.

El material cerámico recogido se compone de cerámica común y sigillata, destacando las formas 15/17, 27, 24/25, 37, hisp. 4, etc. Destaca también una lucerna con asa alta y ampliamente perforada (Lám. III), a la que falta la piquera.

Las marcas halladas son las siguientes: dos ... PT (una en 15/17 y otra 27 probable; Inv. Aj. 18/15); una ... PF (forma 15/17; Inv. Aj. 18/20); una EX OF M... (en forma 27; Inv. Aj. 18/29); una EX O AA (en forma 27; Inv. Aj. 18/32); una EX OC C... (probable 27; Inv. Aj. 18/30). Aparecen también fondos con entalles: una de 15/17 con quadriga (Aj. 18/25); seis probablemente de 46/49: con quadriga (Inv. Aj. 18/18), otro igualmente con quadriga (Inv. Aj. 18/1); otro con cabeza barbada, a la derecha (Inv. Aj. 18/12); otro, con Victoria, a la izquierda (Inv. Aj. 18/5); otro, con cinco detalles en cruz y circunscritos por un círculo, todos iguales, con victoria, a la derecha; otro fondo, con cinco marcas en círculo, más otra central, todas con el mismo entalle (quadriga) mencionado en forma 15/17 (Inv. Aj. 18/20).

Son reseñables también un mortero de sigillata (Fig. 35, 23), un fragmento de fuente de sigillata (Fig. 35, 22), una vasija de sigillata de la forma 29/37 con decoración de ruedecilla (Fig. 35, 21) y dos lucernas como las ya típicas en este alfar (Inv. Aj. 18/27 y Aj. 18/31).

Debajo del vertedero, o sea, a partir de –0,51 m de profundidad apareció exclusivamente material ibérico. Estos niveles no pudieron ser excavados por falta de tiempo.

Sólo en el interior del recinto del ángulo B se profundizó hasta – 1,10 m, extrayéndose sigillata, cerámica común y una lucerna como las ya estudiadas (Aj. 18/31).

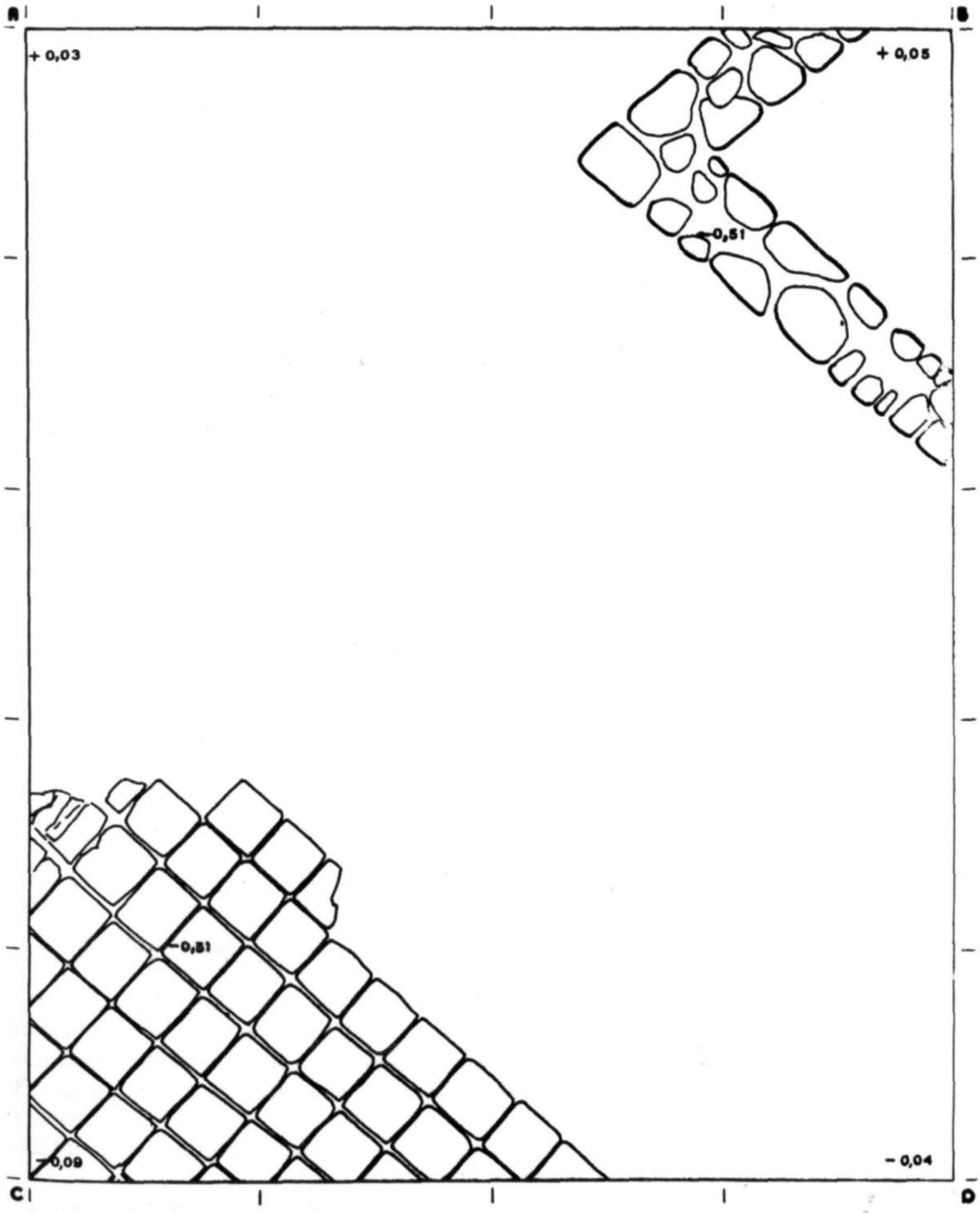


Fig. 34.—Planta del corte 18.

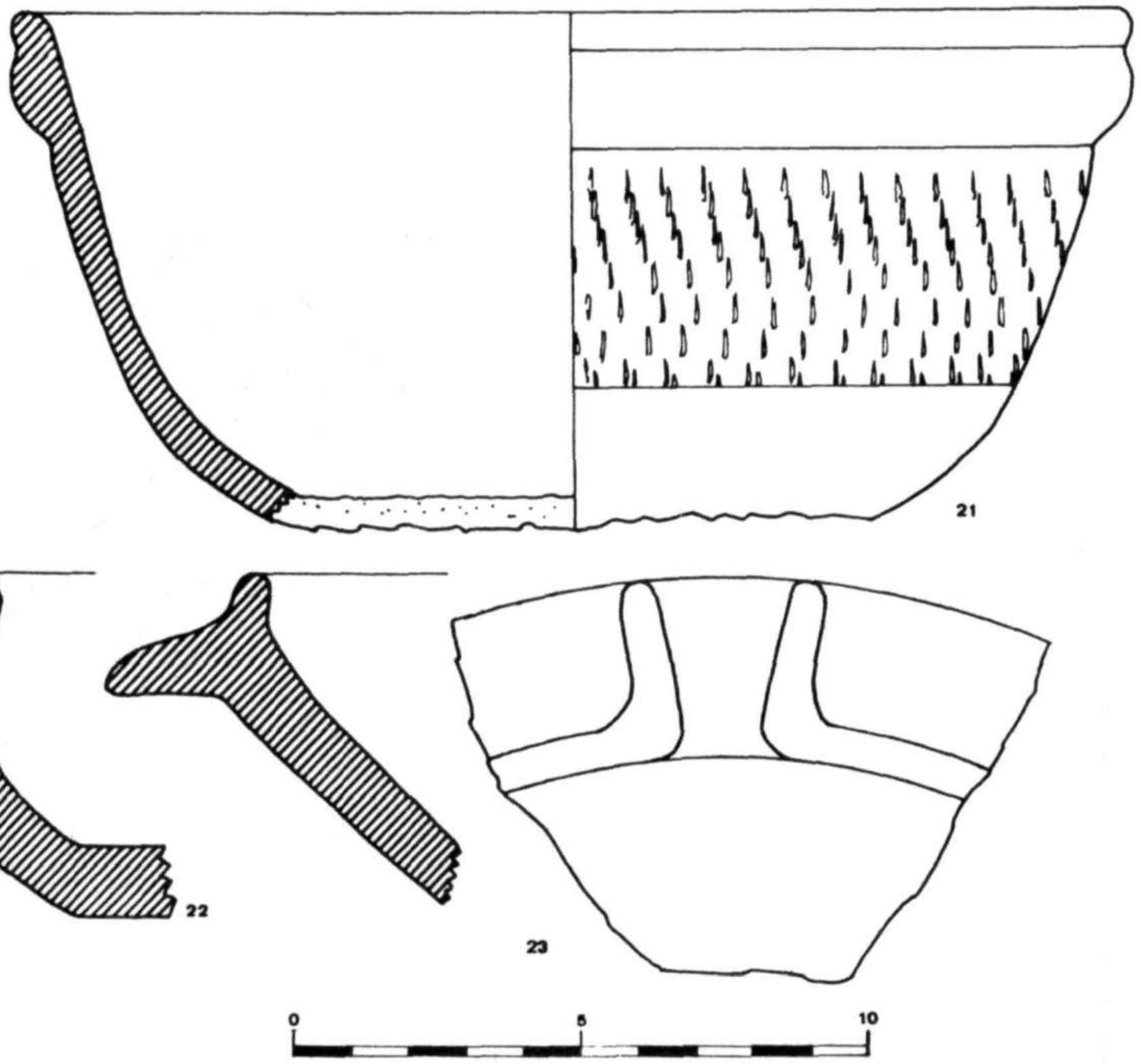


Fig. 35.—Cerámica del corte 18.

Corte 20

El corte 20 se planteó sobre otro vertedero visible en superficie y sus puntos A y B se situaron a + 1,64 m del punto 0; y los C y D, a + 1,25 m.

El vertedero, arrasado en su parte superior, se extiende por todo el corte, concentrándose en su sector Norte. Allí, en el ángulo A, a + 0,68 m, aparece un trozo de pared de adobes correspondiente a un horno. Por encima, adobes fragmentados, tégulas, etc., mezclados con los materiales del vertedero. Este se compone de cenizas, escorias, restos de ladrillos, etc., y numerosísimos fragmentos de cerámica. De ésta destaca en proporción la común, seguida de la sigillata: 15/17, 24/25, decoradas, sobre todo 37, 27 y formas hispánicas.

A + 0,69 m de profundidad, en el sector Sur, y uniendo los puntos C y D, aparece un muro que recorre los 3 m del perfil, pegado a él. Lo componen piedras irregulares de tamaño medio, y presenta 0,60 m de anchura; alcanza una profundidad máxima en su base de cimentación de + 0,20 m.

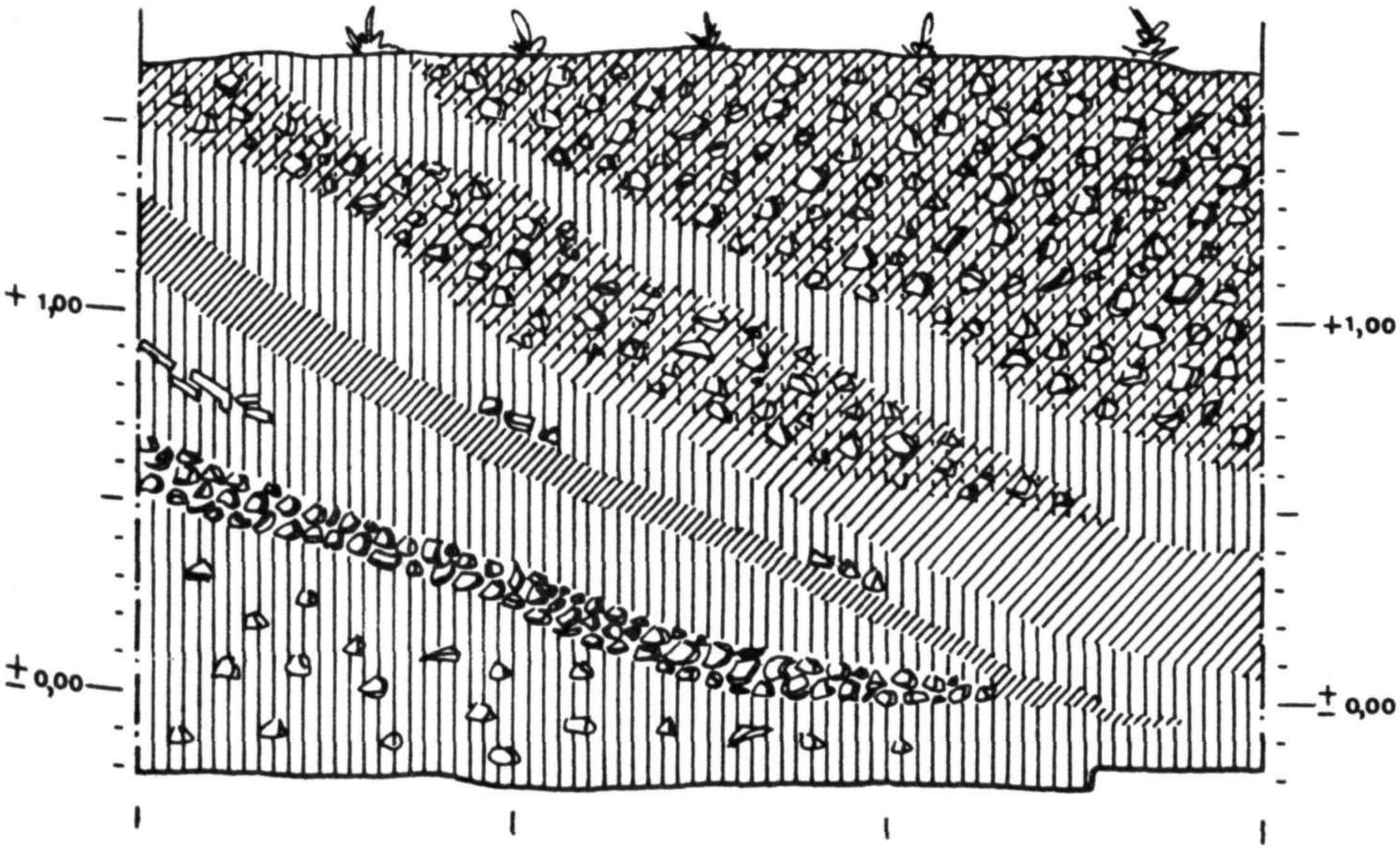


Fig. 36.—Perfil Norte del corte 20 antes de su ampliación.

Comprobada la existencia del horno, se vio la necesidad de ampliar el corte hacia el Norte y hacia el Oeste. Así, a partir de los 2,60 m del perfil C-D se tomaron 6 m hacia el Norte y 6,50 hacia el Oeste. En la parte Norte de esta ampliación, y a + 1,57 m, apareció la superficie superior del muro circular de la cámara de cocción del horno. A partir de ese momento, se excavó sólo su interior, en el sector ampliado del corte.

El horno (Lám. IV. Figs. 37 y 38)

Presenta sus paredes de adobes de 0,45 × 0,20 × 0,09 m. Su altura máxima conservada es de 3,98 m, situándose la parrilla, de 0,30 m de grueso, a – 0,21 m de profundidad. De ella, hasta la parte más alta de la cámara de cocción, hay 1,78 m. En la pared circular de esta última quedan restos apreciables del enlucido que cubría los adobes. La parrilla está sostenida por una columna central de 1,30 m de diámetro medio, muy corroída por el fuego. De ella sale, a 1 m del suelo del hogar, una bóveda que apoya en el muro anular, a 1,20 m del suelo.

El *praefurnium* se sitúa en el sector Este del horno, y su boca mide 0,80 m de ancho y 0,62 m de alto. No se pudo investigar el *praefurnium* por su estado ruinoso. En esa parte correspondiente al *praefurnium* se aprecian en la bóveda arcos de adobes de 0,28 m de ancho, separados por un espacio de 0,30 m. En el resto del

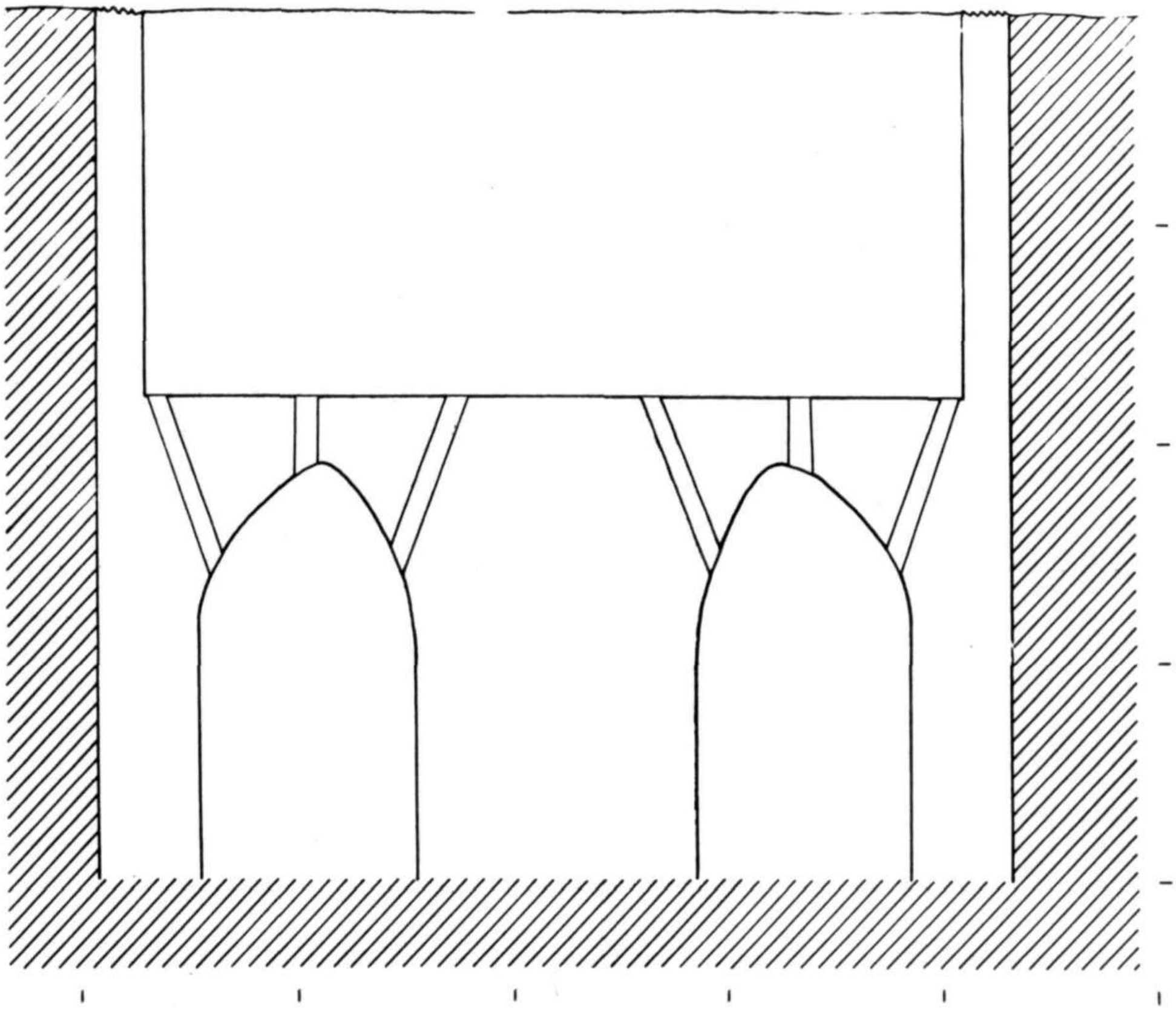


Fig. 37.—Sección del horno del corte 20.

hogar no fue posible comprobar si persistía la estructura de arcos revestidos de barro, o si, como parece más probable, se trataba de una bóveda compacta. La altura máxima de esa bóveda es de 1,90 m.

En cuanto a la parrila, presenta hasta 55 perforaciones circulares, que la atraviesan hasta el hogar. Esos orificios se pueden considerar distribuidos, aunque muy irregularmente, en varios círculos concéntricos. Así se disponen claramente en el círculo exterior, adosado a los muros del laboratorio; y no tanto los restantes, dispuestos en mayor desorden.

El grosor medio de la pared exterior del horno es de 0,20 m, pero hay que tener en cuenta que esta pared circular quedaba, al menos en la parte conservada, adosada al corte realizado en la tierra. El diámetro interior de la parrilla es de 3,80 m.

El interior de la cámara de cocción, ya destruida, hasta la parrilla, fue utilizado como vertedero, vaciándose los cascotes, cenizas, escorias, etc., desde su parte superior, hecho que puede comprobarse en el dibujo del perfil Norte del corte 20 antes de su ampliación (Fig. 36). La parrilla, pues, queda como límite inferior del vertedero en la zona Norte del corte, mientras en el resto, ese límite queda sensiblemente más elevado, estableciéndose en el Sur del corte, a + 0,50 m de profundi-

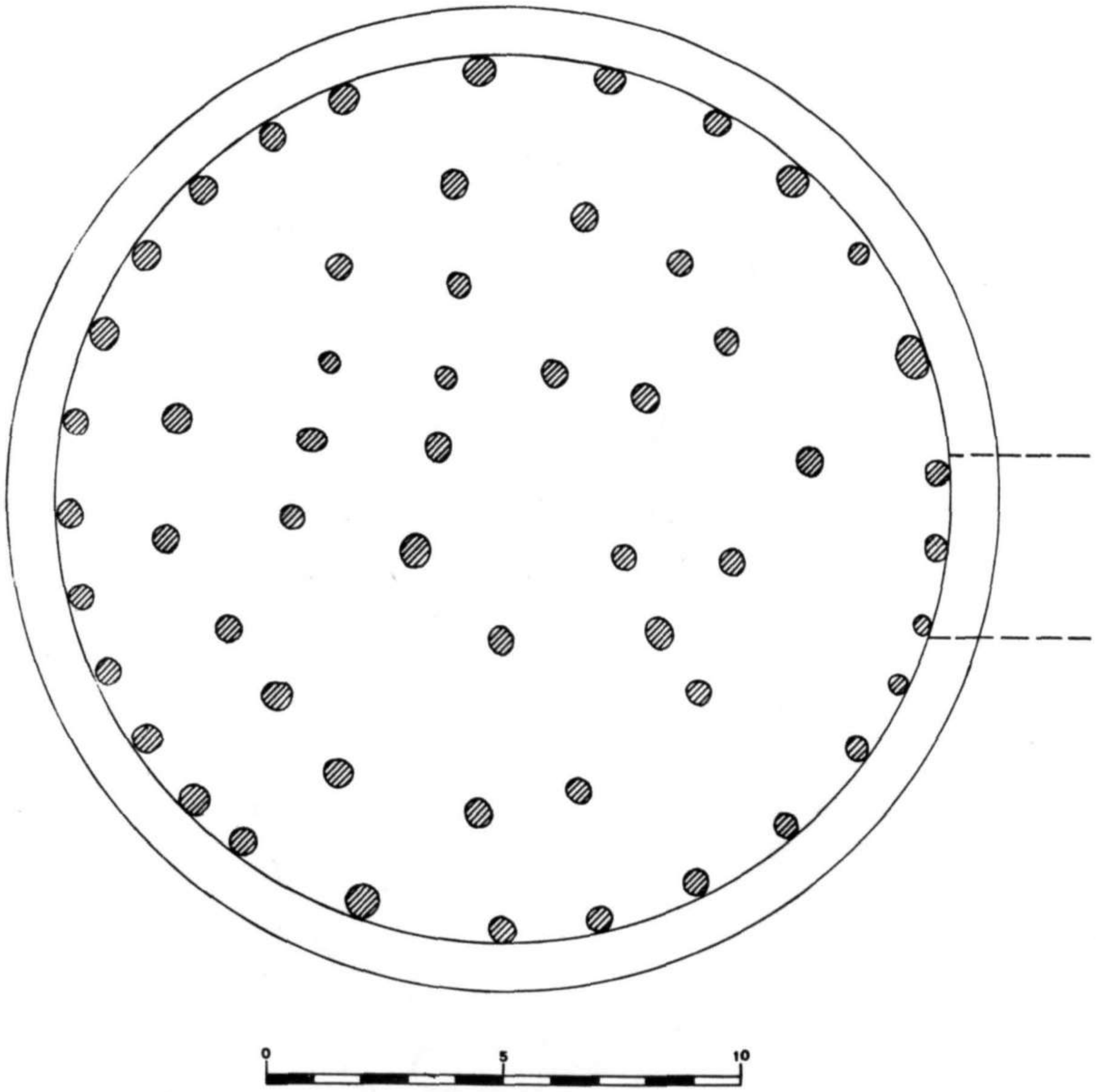


Fig. 38.—Planta del horno del corte 20.

dad aproximadamente, algo por debajo de la parte superior del muro, que aparecía pegado al perfil C-D.

Todo el vertedero muestra características homogéneas en cuanto al material recogido se refiere. Los porcentajes aproximados del mismo son: cerámica común: 36,10 %.

15/17:	20,24 %
24/25:	13,17 %
decorada:	8,69 %
hispánicas:	2,48 %
27:	2,17 %
paredes finas:	1,65 %

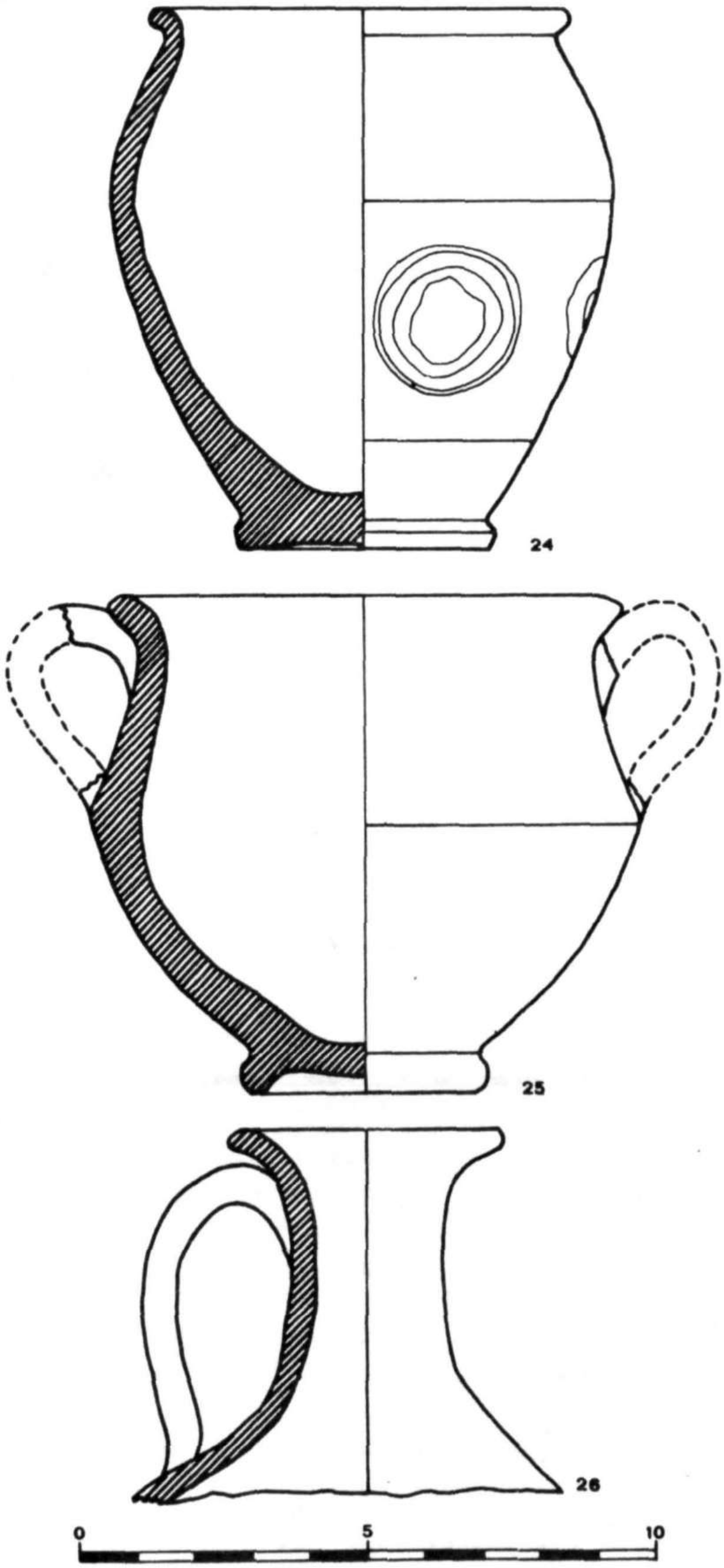


Fig. 39.—Sigillata del vertedero que cubre el horno del corte 20.

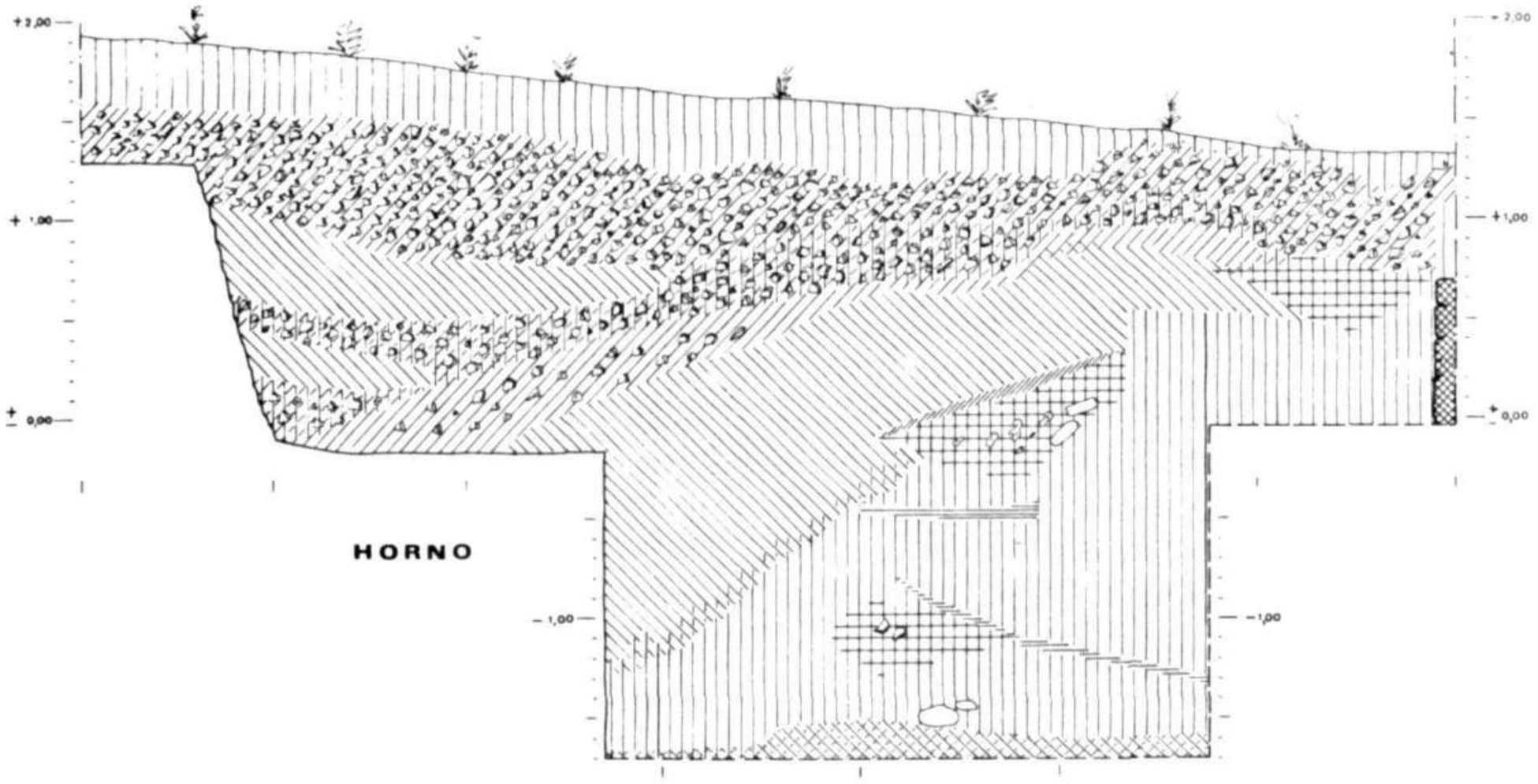


Fig. 40.—Perfil Este del corte 20 ampliado.

Hay porcentajes progresivamente menores de cerámicas pintadas, lucernas, Hermet 13, etc.

Entre esos materiales destacan una marca EX OF CA (en forma 27; Inv. Aj. 20/1); 41 fragmentos de moldes. Se observa una mayor concentración de los mismos en el interior del laboratorio del horno. Uno de ellos muestra un grafito LCA (Inv. Aj. 20/48), que se corresponde con una marca de sigillata ya conocida en estos alfares.

Dos lucernas: una con la marca de la hoja acorazonada bifoliácea (Inv. Aj. 20-11) característica de este alfar (Lám. III); otra de volutas y con la representación de una quadriga en el disco (Inv. Aj. 20/63) (Lám. III).

Hay también cantimploras, lebrillos de borde horizontal y dos asas, tapaderas, jarros con boca trilobada (boca de pato) y común ibero-romana. Destaca un pie de copa ibérica pintada (Inv. Aj. 20/123), como las aparecidas en los cortes 17-19.

Son destacables también una ollita de sigillata, forma hispánica 2, decorada con barbotina (Fig. 39, 24), una taza de sigillata, forma hispánica 1 (Fig. 39, 25) y una boca de jarro de la forma hispánica 20 (Fig. 39, 26).

Todo esto, por lo que se refiere al vertedero. Ya se ha señalado, sin embargo, que en toda la zona Sur del horno, hasta el perfil C-D, éste alcanza una profundidad progresivamente menor, hasta + 0,50 m. De ahí hacia abajo, la tierra es gris amarillenta, más compacta y con menor concentración de material (Fig. 40).

A − 0,20 m de profundidad, y a una distancia de 0,90 m a partir de los extremos del muro pegado al perfil C-D, se rebaja una cata, comprobándose la misma textura de la tierra y la casi total ausencia de materiales romanos, que han sido sustituidos por los ibéricos pintados.

En el perfil A-C, junto al límite Sur de la cata, aparece un muro a − 0,39 m de profundidad. A − 0,99 m, muchos fragmentos de dos ánforas ibéricas grandes; junto a la pintada sale también cerámica gris y negra.

Solamente a − 1 m de profundidad en el perfil B-D son visibles algunos fragmentos de sigillata, que rompen la uniformidad que se establece en todo este sector del corte. Esa uniformidad parece sugerir que la tierra fue cortada para excavar el hueco del horno.

Esta tónica se mantiene en la cata, hasta una profundidad de – 1,62 m. A partir de ahí la tierra cambia de coloración, volviéndose gris marrón. En ella aparecen cerámicas grises-negras, de barniz rojo, pintadas y otras hechas a mano.

En cuanto al material de este último nivel se refiere, destacan una olla grande de cerámica negra (Inv. Aj. 20/125), dos ánforas ibéricas (Inv. Aj. 20/126), un cuenco ibérico (Inv. Aj. 20/129), una urna de fondo rectangular y forma trapezoidal, a mano, con restos de asa lateral (Lám. V); el ancho de la base es de 11 cm; el ancho de la boca, de 15,5 cm; la altura de las aristas, 13 cm; presenta superficie grosera y pasta harinosa (Inv. Aj. 20/131). Además, un borde de cerámica a mano, con digitaciones en el hombro y otro fragmento, también a mano, con cuello muy indicado y borde abierto, con decoración de una banda de ángulos incisos en el hombro. La pasta de estos dos últimos fragmentos es harinosa, oscura y la superficie alisada o grosera (Lám. V) (Inv. Aj. 20/132). También un cuenco de barniz rojo, una boca pintada ibérica y un soporte (Inv. Aj. 20/134) más diversos fragmentos de cerámica a mano (Inv. Aj. 20/135).

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES

1. Cazuela con borde horizontal engrosado. Diám. ext. boca: 16,5 cm. Barro rojizo. Inv. Aj. 17/24 (1).

2. Bocal o urcéolo (M. Vega, tipo 44,5). Borde cóncavo por su parte interna, probablemente con la finalidad de facilitar la labor de sacar líquido de otro recipiente mayor. Barro color carne 2 (Steiger 2b). Diám. ext. boca: 7,2 cm. Inv. Aj. 17/60.

3. Tapadera (M. Vega, tipo 17,5). Diám.: 12 cm. Barro color carne 4 (Steiger 2a). Inv. Aj. 17/24 (2).

4. Copa de sigillata hispánica (forma semejante a Knorr 78), con decoración de óvalos en barbotina. Pasta color tierra de Siena tostada (Steiger 11). Barniz rojo inglés (Steiger 18a). Diám. ext. boca: 11,5 cm. Inv. Aj. 17/32.

5. Sigillata forma 24/25. Diám. ext. boca: 7,8 cm. Pasta color ocre carne (Steiger 6b). Inv. Aj. 17/23.

6. Fragmento de una vasija de sigillata hispánica con decoración mamilar en barbotina. Probable imitación de vasos de paredes finas. Pasta color tierra de Siena tostada (Steiger 11). Barniz rojo inglés (Steiger 18a). Inv. Aj. 17/32.

7. Sigillata forma 24/25. Diám. ext. boca: 11 cm. Pasta color rojo de Venecia (Steiger 20b), barniz de color semejante, pero oscuro (Steiger 20a), algo brillante y homogéneo. Inv. Aj. 19/196.

8. Sigillata forma 37. Diám. ext. boca: 14,6 cm. Pasta color ocre carne (Steiger 6b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a). Decoración en dos zonas: la superior, muy estrecha, con rosetas de 18 pétalos; la inferior, con círculos concéntricos segmentados que circunscriben una hoja acorazonada con bordes dentados. Las dos zonas están separadas por doble baquetón, igualmente, el límite inferior. Inv. Aj. 19/93.

9. Detalle de la decoración de la misma pieza del número 8.

10. Fragmento de plato de sigillata aretina, Servicio I. Inv. Aj. 19/11.

11. Fragmento de borde de un plato de cerámica de barniz rojo. El barniz es color castaño y rojo-violáceo; de buena calidad. Diám.: 20 cm. Inv. Aj. 19/100 (1).

12. Jarrito con cuello largo y un asa. Cuello algo estrangulado. Borde horizontal con ligero reborde. Diám. ext. boca: 3,7 cm. Barro color carne 4 (Steiger 2a). Inv. Aj. 19/12.

13. Ollita con borde vuelto hacia fuera, horizontal. Diám. ext. boca: 7 cm. Barro rojizo-pardo, mal depurado. Inv. Aj. 19/59.

14. Copa ibérica de pie alto (thymiaterion?), pintada por el exterior y por el interior. Sobre fondo color carne 4 (Steiger 2a), espirales en la parte vertical del pie y en el interior de la copa; círculos concéntricos en la parte baja del pie y en el exterior de la copa; todo ello en color rojo indio (Steiger 21b). Inv. Aj. 19/207.

15. Fragmento de asa y boca de una sítula ibérica. Inv. Aj. 19/100 (2).

16. Fragmento de vasija ibérica con borde exvasado. Engobe blanco en el interior y exterior. En el labio, banda color rojo indio (Steiger 21b); cinco bandas paralelas del mismo color en la pared externa. Diám.: 18 cm. Inv. Aj. 19/195.

17. Fragmento de vasija de barniz rojo con borde pequeño exvasado. Barniz rojo inglés (Steiger 19b) por todo el exterior. En el interior, solamente engobe blanco. Inv. Aj. 19/164.

18. Fragmento de borde de olla de cerámica de barniz rojo. Sobre el fondo color carne de la misma pasta, bandas rojo indio (Steiger 21b); una banda cubre el labio hasta la mitad del borde por el interior y exterior; a continuación, por el exterior, una banda estrecha en el cuello y otra ancha en el hombro. Diám. boca: 15 cm. Inv. Aj. 19/212 (1).

19. Fragmento amorfo de cerámica pintada. Sobre engobe blanco, bandas y puntos en negro y banda ancha color gris-verdoso. Inv. Aj. 19/212 (2).

20. Taza de paredes finas con dos asas y decoración de ruedecilla. M.ª T. Marabini, forma XLII (Tiberio-Claudio); F. Mayet, forma XXVIII (Tiberio). Barro color carne 4 (Steiger 2a) y engobe amarillo Nápoles rosáceo (Steiger 3b). Diám. ext. boca: 8,4 cm. Existen fragmentos de varios ejemplares semejantes. Existen también otros ejemplares de características parecidas, pero de mayor tamaño. Diám. ext. boca: 11,5 cm y altura de 10,2 cm. Inv. Aj. 19/120.

21. Vasija de sigillata asimilable a la forma 29/37, con borde y labio engrosados y decoración de ruedecilla. Pasta color tierra de Siena tostada (Steiger 11b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a), mate. Diám. ext. boca: 19,5 cm. Inv. Aj. 18/25.

22. Fragmentos de fuente de sigillata de 36,5 cm de diámetro (catinus palmipedalis). Pasta color tierra de Siena tostada (Steiger 11b), con muchas partículas blanco-amarillentas y vacuolas. Barniz idem., oscuro (Steiger 11a), mate. Inv. Aj. 18/24.

23. Fragmentos de un mortero de sigillata, con vertedero en el labio y borde. Sin estrías, pero con desaparición del barniz en toda la parte central del cuenco. Diám. ext.: 30 cm. Pasta color carne (Steiger 6b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a) con algún brillo. Inv. Aj. 18/14.

24. Ollita de sigillata, forma Hispánica 2. Decorada con círculos irregulares de barbotina. Pasta color ocre carne (Steiger 6b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a). Diám. ext. boca: 7,4 cm. Inv. Aj. 20/111.

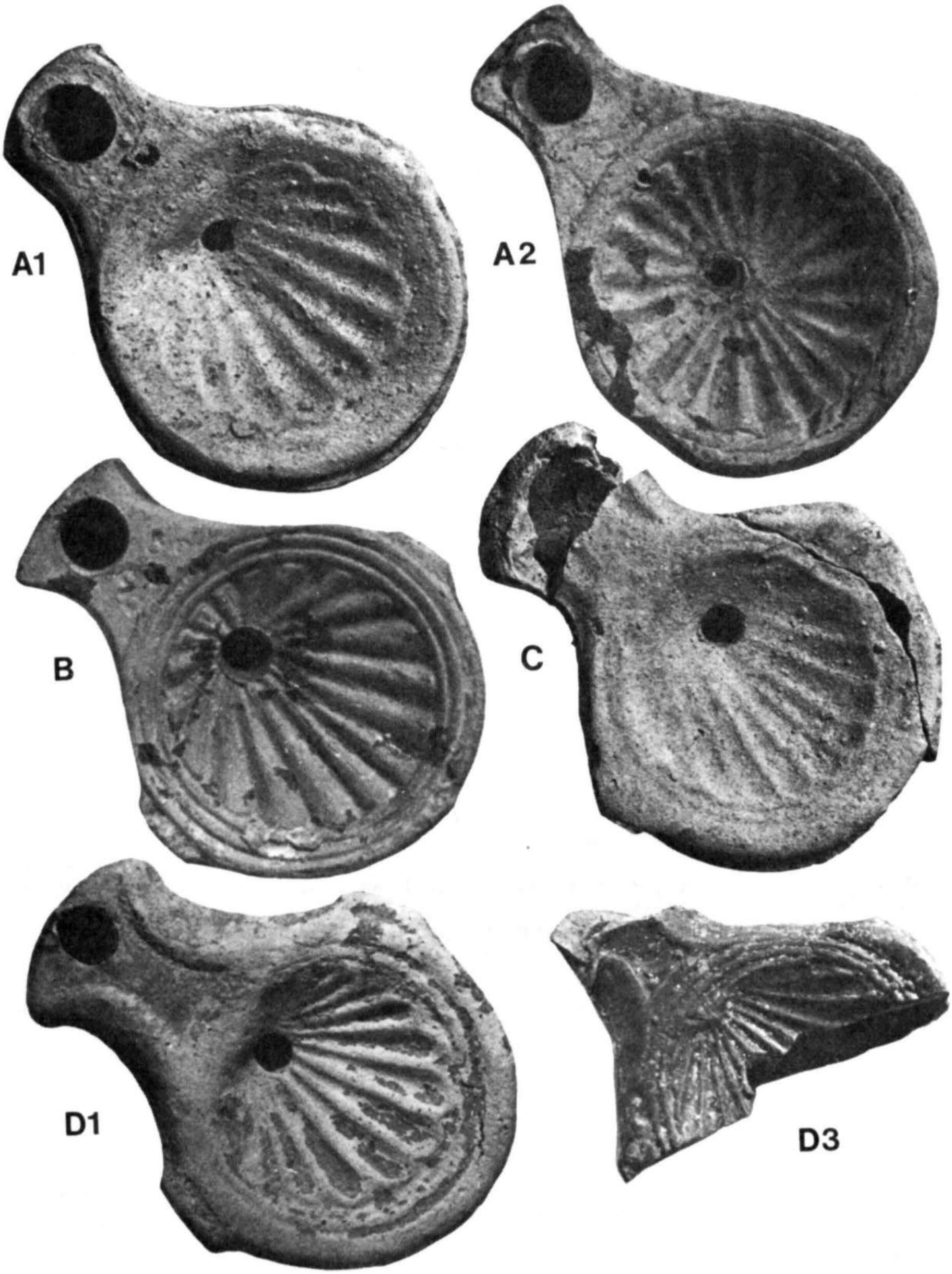
25. Taza de sigillata, forma Hispánica 1. Pasta color tierra de Siena tostada (Steiger 11b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a) con muy poco brillo. Homogéneo. Diám. ext. boca: 9 cm. Inv. Aj. 20/111.

26. Fragmento de boca con asa de un jarro de sigillata, una variante de la forma Hispánica 20. Pasta color ocre carne (Steiger 6b). Barniz rojo inglés (Steiger 18a), algo brillante, tenaz. Diám. ext. boca: 4.8 cm. Inv. Aj. 20/40 y 20/43.

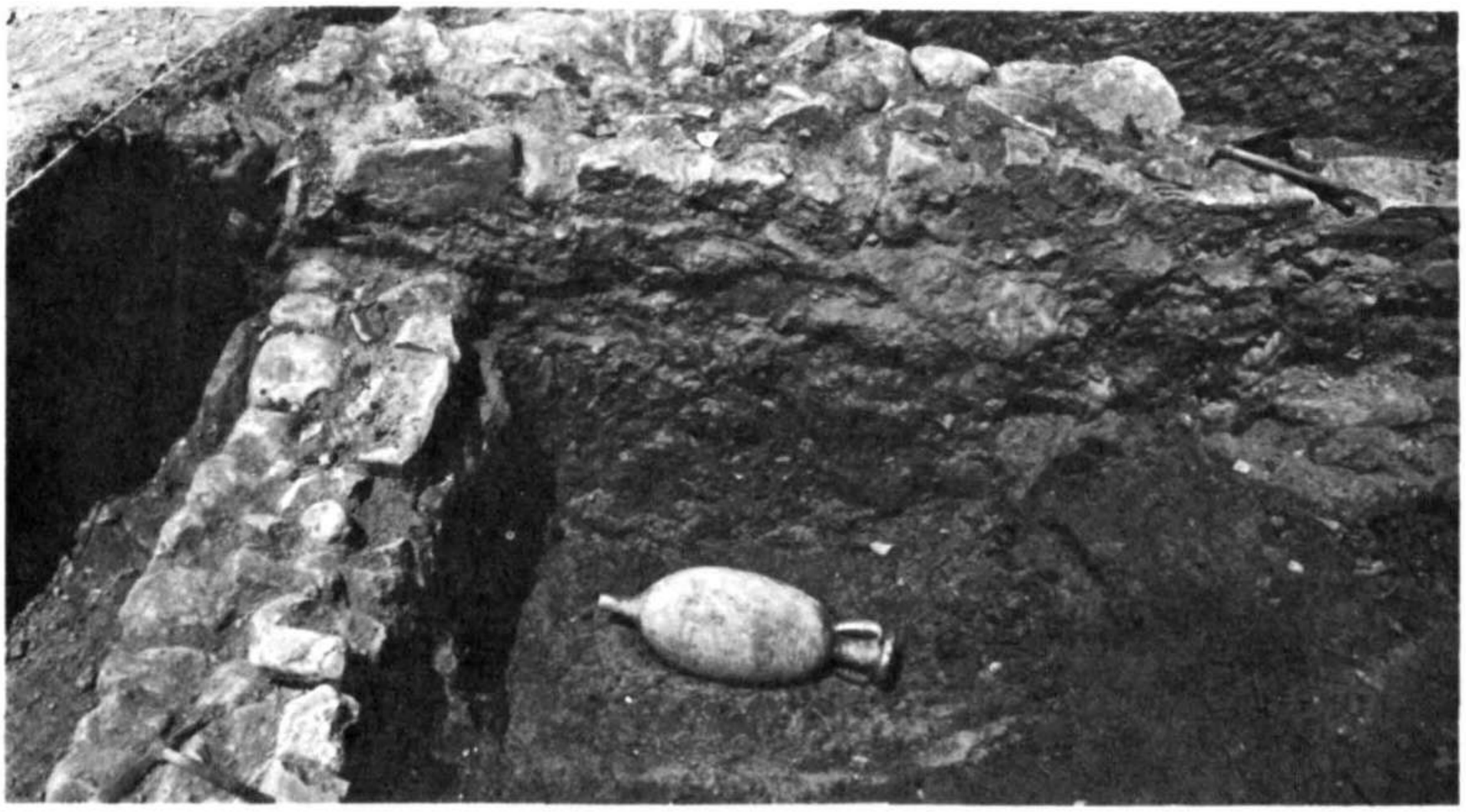
27. Lám. V: Urna trapezoidal, a mano. Ancho de la base: 11 cm; ancho superior: 15,5 cm. Altura de las aristas: 13 cm. Superficie basta. Pasta arenosa. Inv. Aj. 20/131.

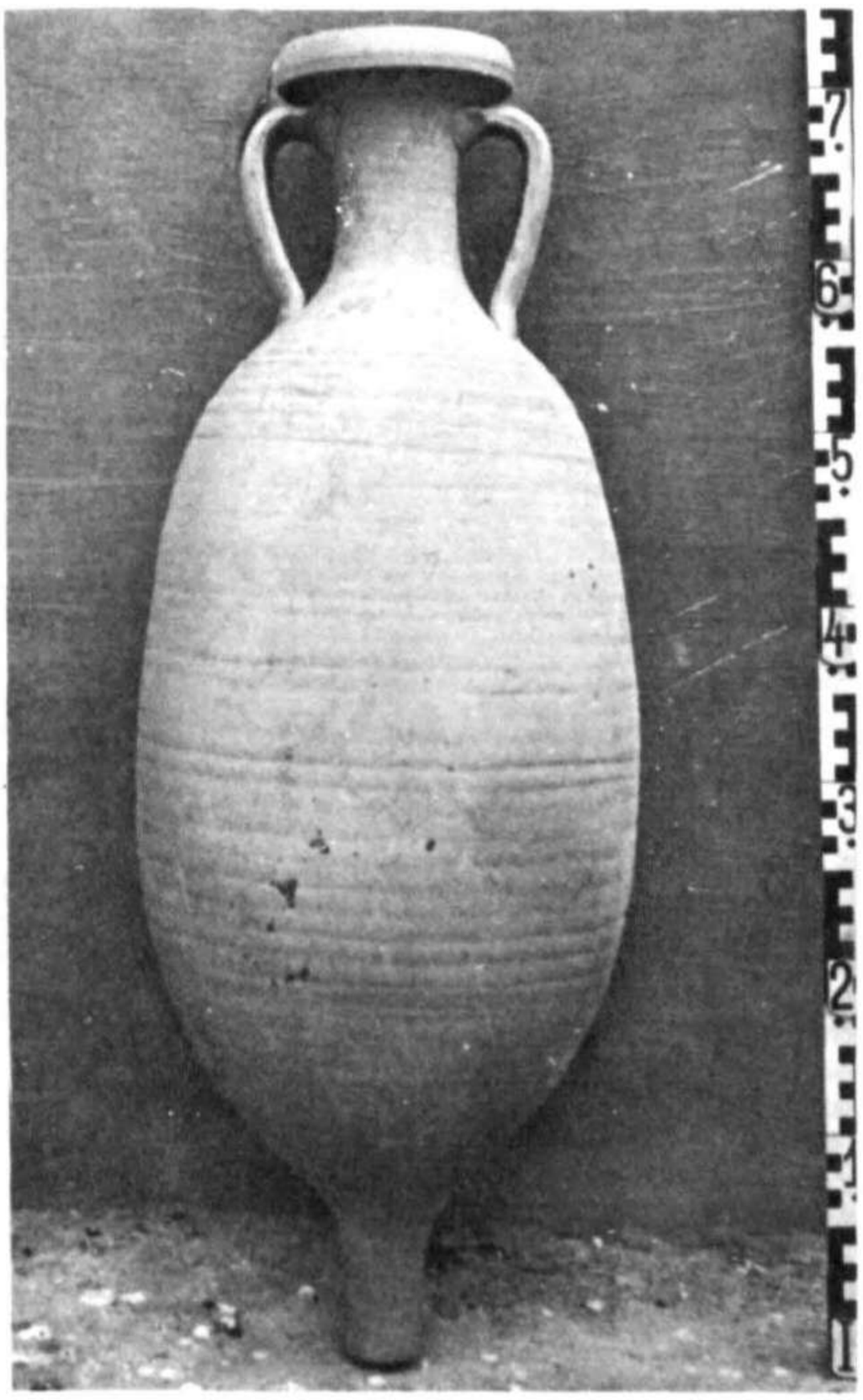
28. Lám. V: Fragmento de cerámica a mano con parte del galbo, cuello muy indicado y borde de una vasija globular. El hombro está decorado con una banda de ángulos incisos. Pasta oscura de textura harinosa, superficie alisada, parda, ennegrecida por la parte exterior del borde. Diám. aprox. de la boca: 25 cm. Inv. Aj. 20/132 (1).

29. Lám. VI B. Pequeño fragmento con parte de galbo y borde. Digitaciones en el hombro. Pasta oscura, harinosa; superficie grosera, negruzca. Inv. Aj. 20/132 (2).



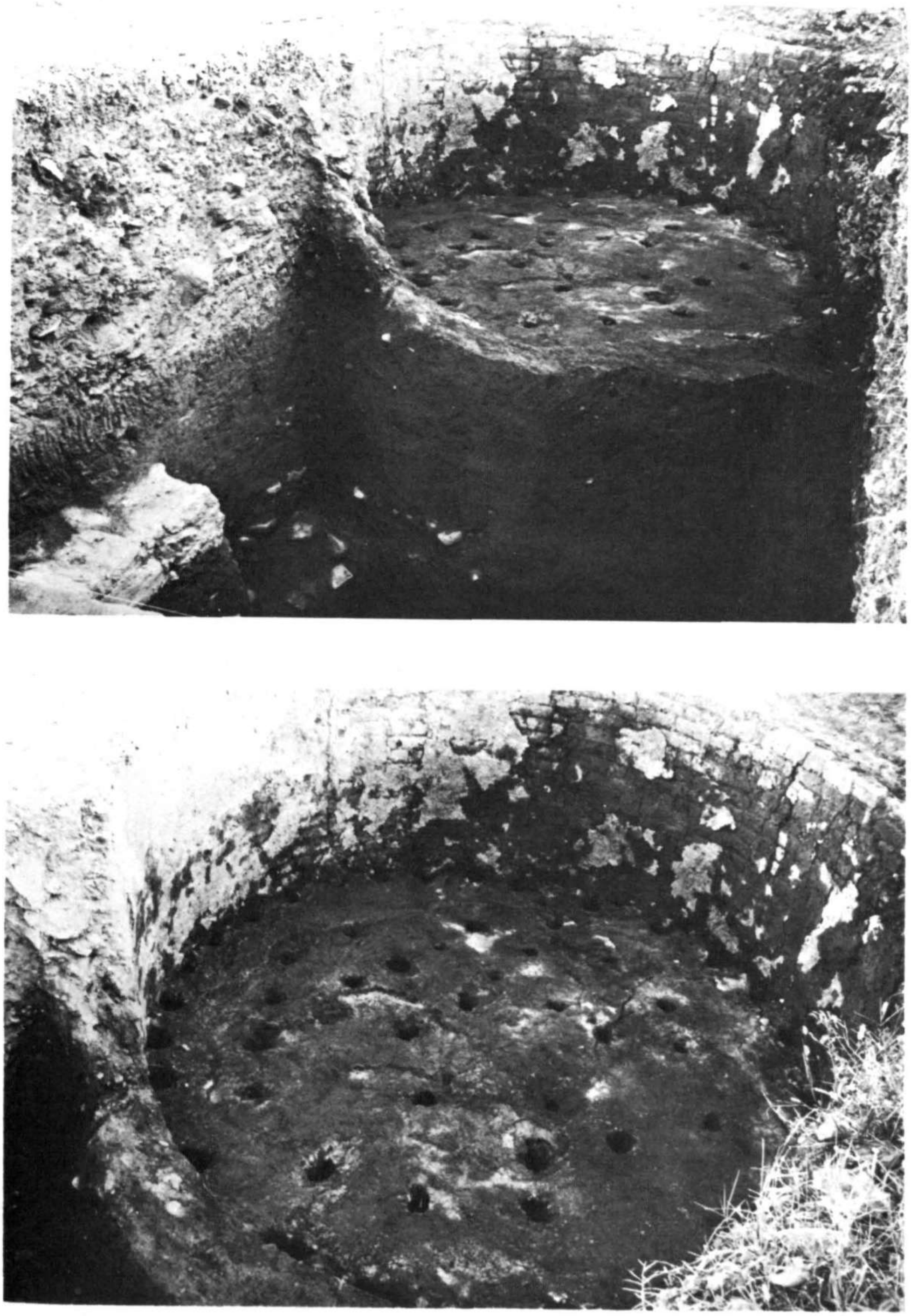
Lám. I.—Los cuatro grupos de las lucernas de Andújar.



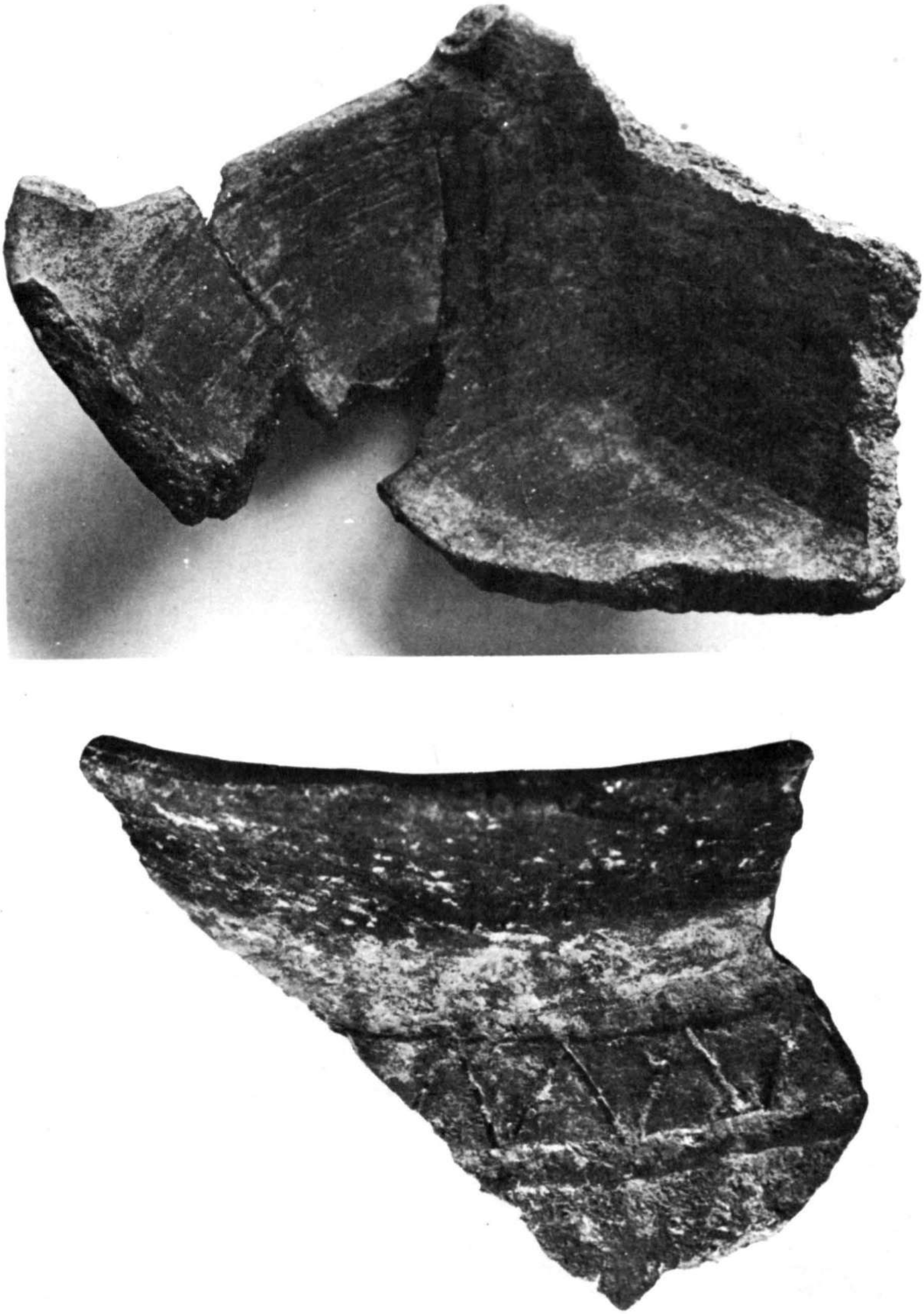


Lám. II.—Corte 19, ánfora «in situ» sobre el pavimento del almacén.

Lám. III.—Material cerámico de los cortes 18, 19 y 20.



Lám. IV.—Dos aspectos del horno del corte 20.



Lám. V.—Corte 20. Urna a mano de forma trapezoidal y fragmento de cerámica a mano del mismo corte.

MINISTERIO DE CULTURA

DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA

CATALOGO DE PUBLICACIONES

MEMORIAS DE LA JUNTA SUPERIOR DE EXCAVACIONES Y ANTIGÜEDADES

Serie publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades desde 1916 a 1935.

1. EXCAVACIONES DE NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1916. Precio, 300 ptas.
2. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1916.
3. EXCAVACIONES EN CLUNIA, por Ignacio Calvo. Agotado. Madrid, 1916.
4. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por Rodrigo Amador de los Ríos. Madrid, 1916. Precio, 350 ptas.
5. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Madrid, 1916. Precio, 200 ptas.
6. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO, por Antonio Blázquez. Agotado. Madrid, 1916.
7. MEMORIA DE SECRETARIA. Agotado. Madrid, 1916.
8. EXCAVACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1917.
9. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO Y CASTILLA LA NUEVA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1917.
10. EXPLORACIONES EN TOLEDO, por Rodrigo Amador de los Ríos. Madrid, 1917. Precio, 400 ptas.
11. EXCAVACIONES EN MERIDA: UNA CASA-BASILICA ROMANO-CRISTIANA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1917.
12. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA Y EN PUERTA DE TIERRA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Agotado. Madrid, 1917.
13. EXCAVACIONES EN EL DOLMEN DE LLANERA (SOLSONA), por Juan Serra. Madrid, 1917. Precio, 200 ptas.
14. MEMORIA DE SECRETARIA. Madrid, 1917. Precio, 300 ptas.
15. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: BRIVIESCA A PAMPLONA Y BRIVIESCA A ZARAGOZA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1918.
16. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1918.
17. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN BILBILIS, CERRO DE BAMBOLA (CALATAYUD), por Narciso Sentenach. Agotado. Madrid, 1918.
18. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1918. Precio, 200 ptas.
19. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
20. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN CALA D'HORT (IBIZA), por Carlos Román. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
21. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA DEL SEGRE, por Juan Serra. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.

22. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DE COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1919.
23. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1919.
24. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE BOTOA A MERIDA; MERIDA A SALAMANCA; ARRIACA A SIGÜENZA; ARRIACA A TITULCIA; SEGOVIA A TITULCIA Y ZARAGOZA A SEARNE, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1919.
25. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS IBERICA DE LA GALERA (GRANADA), por Juan Cabré y Federico Motes. Precio, 500 ptas.
26. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Precio, 200 ptas.
27. EXCAVACIONES EN CASTELLVALL (SOLSONA), por J. Serra. Precio, 200 ptas.
28. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
29. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE CARRION A ASTORGA Y DE MERIDA A TOLEDO. EXCAVACIONES EN LANCIA, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Agotado. Madrid, 1920.
30. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
31. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1920. Precio, 300 ptas.
32. EXCAVACIONES EN NERTOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
33. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por Paul Werner y José Pérez de Barradas. Agotado. Madrid, 1921.
34. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
35. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE ANSERESA (OLIUS), por Juan Serra. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
36. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1921. Precio, 400 ptas.
37. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
38. EXCAVACIONES EN MONTE-CILLAS, por Ricardo del Arco. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
39. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
40. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
41. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo Moltó. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
42. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
43. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
44. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE SAN MIGUEL DE SORBA, por Juan Serra y Vilaró. Madrid, 1922. Precio, 500 ptas.
45. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.

46. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
47. EXCAVACIONES EN SENA, por Vicente Bordaviú. Madrid, 1922. Precio, 300 pesetas.
48. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1923. Precio, 500 ptas.
49. EXCAVACIONES DE NUMANCIA, por Ramón Mélida y Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
50. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DE LOS VALLES DEL MANZANARES Y DEL JARAMA, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
51. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
52. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
53. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DEL REY, EN VILLANUEVA (SANTANDER), por Jesús Carballo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
54. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Ricardo Velázquez Bosco. Madrid, 1923. Precio, 600 ptas.
55. EXCAVACIONES EN UN MONUMENTO CRISTIANO BIZANTINO DE GABIA LA GRANDE (GRANADA), por Juan Cabré. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES EN EL MONTE «LA SERRETA», CERCA DE ALCOY, por Casimiro Visedo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Francisco Cervera. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
58. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
59. EXCAVACIONES EN VIAS ROMANAS: DE SEVILLA A CORDOBA, POR ANTEQUERA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EPORA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EL CARPIO; DE PUENTE LA HIGUERA A CARTAGENA, Y DE CARTAGENA A CASTULO, por Antonio Blázquez y Delgado Aguilera y Antonio Blázquez Jiménez. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
60. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
61. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida, Manuel Aníbal Alvarez, Santiago Gómez Santa Cruz y Blas Taracena. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
62. EXCAVACIONES EN EL MONTE «SANTA TECLA», EN GALICIA, por Ignacio Calvo y Sánchez. Madrid, 1924. Precio 300 ptas.
63. EXCAVACIONES EN UNA ESTACION IBERICA, TERMAS ROMANAS Y TALLER DE «TERRA SIGILLATA», EN SOLSONA (LERIDA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
64. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES (MADRID), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
65. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL BERRUECO, por P. César Morán. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
66. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL CUERVO, TERMINO DE ALCAÑIZ (TERUEL), por Pedro París y Vicente Bordaviú. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
67. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez, Rafael Castejón, Félix Hernández Jiménez, Ezequiel Ruiz Martínez y Joaquín María de Navascués. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.

68. EXCAVACIONES EN LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
69. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
70. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
71. EXCAVACIONES EN DIVERSOS SITIOS DE LAS PROVINCIAS DE SEGOVIA Y DE CORDOBA, por Manuel Aulló Costilla. Madrid, 1925. Precio, 400 ptas.
72. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE MERIDA, por José Ramón Mélida, Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
73. EXCAVACIONES EN ABELLA (SOLSONA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1925-1926. Precio, 400 ptas.
74. EXCAVACIONES EN LAS FORTIFICACIONES DE NUMANCIA, por González Simancas. Madrid, 1926. Precio, 400 ptas.
75. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
76. EXCAVACIONES EN LOS EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
77. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DE NTRA. SRA. DE LA LUZ, EN MURCIA, por Cayetano de Mergelina. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
78. EXCAVACIONES EN «MAS DE MENENTA» (ALCOY), por Fernando Ponsell. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
79. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Gatella. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
80. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
81. EXCAVACIONES EN ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
82. EXCAVACIONES EN OCILIS (MEDINACELI), por José Ramón Mélida. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
83. EXCAVACIONES EN SOLSONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
84. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
85. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez Amigo, Ezequiel Ruiz Martínez, Rafael Castejón y Félix Hernández Jiménez. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
86. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
87. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EL CERRO DEL CASTILLO DE SORIA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
88. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1927.
89. EXCAVACIONES EN LAS MESAS DE VILLARREAL, EL CHORRO (MALAGA), por C. de Mergelina. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
90. EXCAVACIONES EN MONTEALEBRE (DOMAYO), por Antonio Losada. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
91. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
92. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
93. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1928.

94. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Botella. Precio, 300 ptas.
95. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
96. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Manuel Castaños Montijano, Ismael del Pan Fernández, Pedro Román Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
97. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL TRIGO, TERMINO DE AYAMONTE (HUELVA), por Jorge Bonsor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
98. EXCAVACIONES DE MERIDA, por José Ramón Mélida y Maximiliano Macías. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
99. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1929. Precio, 300 ptas.
100. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Domínguez. Madrid, 1929. Precio, 350 ptas.
101. EXCAVACIONES EN EL ROQUIZAL DEL RULLO, TERMINO DE FABARA (ZARAGOZA), por Lorenzo Pérez Temprano. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
102. EXCAVACIONES EN CARTAGENA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1929. Precio, 300 ptas.
103. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
104. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1929.
105. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DEL ALTILLO DE CERROPOZO (ATIENZA, GUADALAJARA), por Juan Cabré, con la cooperación de Justo Juberías. Madrid, 1930. Precio, 500 ptas.
106. EXCAVACIONES EN LA COLONIA DE SAN PEDRO DE ALCANTARA (MALAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
107. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DEL MOLAR, por J. J. Sennent Ibáñez. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
108. EXCAVACIONES EN EL CAMINO DEL MESTE, PROXIMO AL PUENTE DEL ARROYO DE PEDROCHES (EXTRAMUROS DE CORDOBA), por Enrique Romero de Torres. Madrid, 1930. Precio, 350 ptas.
109. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Francisco de B. San Román, Ismael del Pan Fernández, Pedro Román Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1930. Precio, 300 ptas.
110. EXCAVACIONES EN LA COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1930.
111. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
112. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Domínguez. Madrid, 1931. Precio, 500 ptas.
113. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, por César Morán. Madrid, 1931. Precio, 600 ptas.
114. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE DAGANZO DE ARRIBA (MADRID), por Saturio Fernández Godín y José Pérez de Barradas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
115. EXCAVACIONES EN LA CITANIA DE TROÑA (PUENTEAREAS, PONTEVEDRA), por Luis Pericot García y Florentino López Cuevillas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
116. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1932. Precio, 1.000 ptas.
117. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1932. Precio, 500 ptas.
118. EXCAVACIONES EN EL TEATRO ROMANO DE MERIDA, por José

Ramón Mélida y Maximiliano Macías. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.

119. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena Aguirre, Madrid, 1932. Precio, 600 ptas.
120. EXCAVACIONES EN LAS COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguiló. Madrid, 1932. Precio, 1.500 ptas.
121. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE CASCARUJO, TERMINO DE ALCAÑIZ (TERUEL), por Adrián Bruhl. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.
122. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1933. Precio, 400 ptas.
123. EXCAVACIONES EN EL PENDO (SANTANDER), por Carballo y Larín. Madrid, 1933. Precio, 600 ptas.
124. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1933.
125. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE HERRERA DE PISUERGA, por Julio Martínez Santaolalla. Agotado. Madrid, 1933.
126. EXCAVACIONES EN LA ALBUFERA DE ALICANTE (ANTIGUA LUCENTUM), por José Lafuente Vidal. Madrid, 1934. Precio, 1.200 ptas.
127. EXCAVACIONES EN ITALICA, por Andrés Parladé. Madrid, 1934. Precio, 600 ptas.
128. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE VEGA DEL MAR (SAN PEDRO DE ALCANTARA, MALAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
129. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
130. EXCAVACIONES EN OCAÑA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
131. EXCAVACIONES EN POLLENTIA, por Juan Llabrés Sernal y Rafael Isasi Ransome. Madrid, 1934. Precio, 500 ptas.
132. EXCAVACIONES EN LA ISLA DEL CAMPELLO, por Francisco Figueras Pacheco. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
133. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1935. Precio, 1.000 ptas.
134. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
135. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, por César Morán. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
136. EXCAVACIONES EN LA CUEVA REMIGIA (CASTELLON), por Juan B. Pocar, Hugo Obermaier y Henri Breuil. Madrid, 1935. Precio, 1.500 ptas.

MINISTERIO DE CULTURA

INFORMES Y MEMORIAS DE LA COMISARIA GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

Serie publicada de 1942 a 1956.

1. MEMORIA SOBRE LA SITUACION ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE CADIZ EN 1940, por César Pemán. 1942. 2.ª edición. Precio, 300 ptas.
2. EL TESORO PREHISTORICO DE CALDAS DE REYES (PONTEVEDRA), por Fermín Boúza Brey. 1942. Precio, 300 ptas. Agotado.
3. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS POR LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE ALBACETE EN 1941, por Joaquín Sánchez Jiménez, 1943. Precio, 300 ptas.
4. LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN LOS BAÑALES DE SADABA (ZARAGOZA), por José Galia Sarañana. 1944. Precio, 300 ptas.
5. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN MONTE BERNORIO (PALENCIA). PRIMERA CAMPAÑA 1943, por Julián San Valero Aparisi. 1944. Precio, 250 ptas.
6. LA CAVERNA PREHISTORICA DE «EL CUETU», LLEDIAS (ASTURIAS), Y SUS PINTURAS RUPESTRES, por Juan Uría Riu. 1944. Precio, 250 ptas.
7. EL CASTRO DE YECLA, EN SANTO DOMINGO DE SILOS (BURGOS), por Saturio González Salas. 1945. Precio, 250 ptas.
8. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN MEDINA AZAHARA (CORDOBA), CAMPAÑA DE 1943, por Rafael Castellón y Martínez de Arizala. 1945. Precio, 300 ptas. Agotado.
9. EL TESORO PREIMPERIAL DE PLATA DE DRIVES (GUADALAJARA), por Julián San Valero Aparisi. 1945. Precio, 500 ptas.
10. EL TESORILLO VISIGODO DE TRIENTES DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1944-1945, EN ZORITA DE LOS CANES (GUADALAJARA), por Juan Cabré Aguiló. 1946. Precio, 500 ptas.
11. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN GRAN CANARIA DEL PLAN NACIONAL DE 1942, 1943 Y 1944, por Sebastián Jiménez Sánchez. 1946. Precio, 500 ptas.
12. MEMORIA ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE MALAGA HASTA 1946, por Simeón Jiménez Reina. 1946. Precio, 1.000 ptas.
13. PRIMERA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL TIO PIO (ARCHENA), por Julián San Valero Aparisi y Domingo Fletcher Valls. 1947. Precio, 500 ptas.
14. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN TENERIFE (CANARIAS), por Juan Alvarez Delgado y Luis Diego Cuscoy. 1947. Precio, 1.000 ptas.
15. EXCAVACIONES Y TRABAJOS ARQUEOLOGICOS EN LA PROVINCIA DE ALBACETE, DE 1942 A 1946, por Joaquín Sánchez Jiménez. 1947. Agotado.
16. EXCAVACIONES EN LA CIUDAD DEL BRONCE, II MEDITERRANEO DE LA BASTIDA, DE TOTANA (MURCIA), por Julio Martínez Santaolalla, Bernardo Sáez Martín, Carlos F. Ponsac, José A. Soprano Salto y Eduardo del Val Caturia. 1947. Precio, 1.000 ptas.
17. LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA CUEVA DEL POLVORIN (PUEBLO DE BENIFAZA, PROVINCIA DE CASTELLON), por Salvador Vilaseca. 1948. Precio, 500 ptas.
18. EXCAVACIONES EN SANTA MARIA DE EGARA (TARRASA), por José

de C. Serra-Rafols y Epifanio de Fortuny, Barón de Esponellá. 1949. Precio, 500 ptas.

19. SEGUNDA CAMPAÑA DEL PLAN NACIONAL EN DOS BANALES (ZARAGOZA), por José Galiay Sarañana. 1949. Precio, 250 ptas.
20. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN EL CASTELLET DE BAÑOLAS, DE TIVISA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca Anguera, José de C. Serra-Rafols y Luis Brull Cedo. 1949. Precio, 500 ptas.
21. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DEL CIGARRELEJO (MULA, MURCIA), por Emeterio Cuadrado Díaz. 1950. Precio, 1.000 ptas.
22. EXCAVACIONES DE ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), CAMPAÑA DE 1945-1946, por Manuel Esteve Guerrero. 1950. Agotado.
23. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL CASTRO Y SU NECROPOLIS DE MEIRAS (LA CORUÑA), por José María Luengo y Martínez. 1950. Precio, 600 ptas.
24. ACTAS DE LA I ASAMBLEA NACIONAL DE COMISARIOS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1950. 1951. Precio, 500 ptas.
25. LA NECROPOLIS DE VILLARICOS, por Mirian Astruc. 1951. Precio, 1.000 ptas. Agotado.
26. LOS SEPULCROS MEGALITICOS DE HUELVA. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DEL PLAN NACIONAL 1946, por Carlos Cerdán Márquez, Georg Leisner y Vera Leisner, 1952. Precio, 1.200 ptas.
27. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1942 A 1948, por Luis Pericot y García, con la colaboración de J. M. Corominas Planelles, M. Oliva Prat, etc. 1952. Precio, 1.200 ptas.
28. NUEVAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LAS CANARIAS OCCIDENTALES. YACIMIENTOS EN TENERIFE Y LA GOMERA (1947-1951), por Luis Diego Cuscoy, 1953. Precio, 1.200 ptas.
29. ACTAS DE LA II ASAMBLEA NACIONAL DE COMISARIOS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1951-1954. Agotado.
30. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1952-1953, por Miguel Oliva Prat. Precio, 500 ptas.
31. MEMORIA DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL REALIZADAS EN CORDOBA (1948-1950), por Samuel de los Santos Gener. 1955. Agotado.
32. VIII REUNION DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE BARCELONA, CELEBRADA EN BADALONA EL 23 DE OCTUBRE DE 1955. 1956. Agotado.

ACTA ARQUEOLOGICA HISPANICA

I.—EL POBLADO Y LA NECROPOLIS PREHISTORICOS DE LA MOLA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca. Precio, 1.000 ptas.

II.—EL SAHARA ESPAÑOL ANTEISLAMICO (ALGUNOS RESULTADOS DE LA PRIMERA EXPEDICION PALETNOLOGICA AL SAHARA. JULIO-SEPTIEMBRE 1943), por Julio Martínez Santaolalla. Precio, 2.000 ptas.

III.—EXCAVACIONES EN ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), por Manuel Esteve Guerrero. Campaña de 1942-1943. Precio, 2.000 ptas.

IV.—LA NECROPOLIS VISIGODA DE DURATON (SEGOVIA). EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1942 Y 1943, por Antonio Molinero Pérez. Precio, 2.500 ptas.

V.—EL CASTRO Y LAS NECROPOLIS DEL HIERRO CELTICO DE CHAMARTIN DE LA SIERRA (AVILA), por Juan Cabré Aguiló, Encarnación Cabré de Morán y Antonio Molinero Pérez. Precio, 3.500 ptas.

VI.—EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «EL BARRANQUETE» (ALMERIA), por María Josefa Almagro Gorbea. Precio, 2.000 ptas.

VII.—EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DE LA OLMEDA, por Pedro de Palol y Javier Cortés. Precio, 2.000 ptas.

VIII.—CASTULO I, por José María Blázquez, pág. 344. Lám. LXXXIII. Madrid, 1975. Precio, 2.000 ptas.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

1. LANCIA, por Francisco Jordá Cerdá. Precio, 200 ptas.
2. HERRERA DE PISUERGA, por A. García Bellido, A. Fernández de Avilés, Alberto Balil y Marcelo Vigil. Precio, 350 ptas.
3. MEGALITOS DE EXTREMADURA, por Martín Almagro Basch. Precio, 200 ptas.
4. MEGALITOS DE EXTREMADURA (II), por Martín Almagro Basch. Precio, 200 ptas.
5. TOSSAL DEL MORO, por Juan Maluquer de Motes. Precio, 200 ptas.
6. ATZBITARTE, por José Miguel de Barandiarán. Precio, 200 ptas.
7. SANTIMAMIÑE, por José Miguel de Barandiarán. Precio, 100 ptas.
8. LA ALCUDIA, por Alejandro Ramos Folques. Precio, 150 ptas.
9. AMPURIAS, por Martín Almagro Basch. Agotado.
10. TORRALBA, por F. C. Howel, W. Butzer y E. Aguirre. Precio, 100 ptas.
11. LA NECROPOLIS DE MERIDA, por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
12. CERRO DEL REAL (GALERA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle. Precio, 200 ptas.
13. LAS FORTIFICACIONES DEL MONTGO, CERCA DE DENIA (ALICANTE), por Hermanfrid Schubart, Domingo Fletcher Valls y José Oliver y de Cárdenas. Precio, 200 ptas.
14. NECROPOLIS Y CUEVAS ARTIFICIALES DE S'ON SUNYER (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
15. EXCAVACIONES EN «ES VINCLE VELL» (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
16. ESTRATIGRAFIA PREHISTORICA DE LA CUEVA DE NERJA, por Manuel Pellicer Catalán. Precio, 300 ptas.
17. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS PUNICA «LAURITA», DEL CERRO DE SAN CRISTOBAL (ALMUÑECAR, GRANADA), por Manuel Pellicer Catalán. Precio, 400 ptas.
18. INFORME PRELIMINAR SOBRE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN CENTCELLES, por Helmut Schlunk y Theodor Hauschild. Precio, 500 ptas.
19. LA VILLA Y EL MAUSOLEO ROMANOS DE SADABA, por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
20. EXCAVACIONES EN SEPULCROS MEGALITICOS DE VALDOSERA (QUEROL, TARRAGONA), por Juan Maluquer de Motes, P. Giro y J. M. Masachs. Precio, 150 ptas.
21. CUEVA DE LAS CHIMENEAS, por Joaquín González Echegaray. Precio, 400 ptas.
22. EL CASTELLAR (VILLAJIMENA, PALENCIA), por M. A. Guinea. P. Joaquín González Echegaray y Benito Madariaga de la Campa. Precio, 300 ptas.
23. UNA CUEVA SEPULCRAL DEL BARRANCO DEL AGUA DE DIOS, EN TEGUESTE (TENERIFE), por Luis Diego Cuscoy. Precio, 200 ptas.
24. LA NECROPOLIS DE «SON REAL» Y LA «ILLA DELS PORROS», por Miguel Tarradell. Precio, 200 ptas.
25. POBLADO IBERICO DE EL MACALON (ALBACETE), por M. A. García Guinea y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 250 ptas.
26. CUEVA DE LA CHORA (SANTANDER), por P. J. González Echegaray, doctor M. A. García Guinea, A. Begines Ramírez (Estudio Arqueológico); y B. Madariaga de la Campa (Estudio Paleontológico). Precio, 300 ptas.

27. EXCAVACIONES EN LA PALAIAPOLIS DE AMPURIAS, por Martín Almagro. Precio, 800 ptas.
28. POBLADO PRERROMANO DE SAN MIGUEL VALROMANES (MONTORNES, BARCELONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y L. Monreal Agustí. Precio, 200 ptas.
29. FUENTES TAMARICAS, VELILLA DEL RIO CARRION (PALENCIA), por Antonio García Bellido y Augusto Fernández de Avilés. Precio, 250 ptas.
30. EL POBLADO IBERICO DE ILDURO, por Mariano Ribas Bertrán. Precio, 200 ptas.
31. LAS GANDARAS DE BUDIÑO (PORRIÑO, PONTEVEDRA), por Emiliano Aguirre. Precio, 300 ptas.
32. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE SAN JUAN DE BAÑOS (PALENCIA), por Pedro de Palol. Precio, 350 ptas.
33. EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DEL «CERCADO DE SAN ISIDRO» (DUEÑAS, PALENCIA), por el Rvdo. D. Ramón Revilla Vielva, Ilmo. Sr. D. Pedro de Palol Salellas y D. Antonio Cuadros Salas. Precio, 350 ptas.
34. CAPARRA (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
35. EXCAVACIONES EN EL CONJUNTO TALAYOTICO DE SON OMS (PALMA DE MALLORCA, ISLA DE MALLORCA), por Guillermo Rosselló Bordoy. Precio, 300 ptas.
36. EL TESORO DE VILLENA, por José María Soler García. Precio, 600 ptas.
37. TRES CUEVAS SEPULCRALES GUANCHES (TENERIFE), por Luis Diego Cuscoy. Precio, 350 ptas.
38. LA CANTERA DE LOS ESQUELETOS (TORTUERO, GUADALAJARA), por Emeterio Cuadrado, Miguel Fusté y Ramón Justé, S. J. Precio, 200 ptas.
39. EL COMPLEJO ARQUEOLOGICO DE TAURO ALTO (EN MOGAN, ISLA DE GRAN CANARIA), por Sebastián Jiménez Sánchez. Precio, 200 ptas.
40. POBLADO DE PUIG CASTELLAR (SAN VICENTE DELS HORTE, BARCELONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y M. Llongueras. Precio, 200 ptas.
41. LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE LAS MADRIGUERAS (CARRASCOSA DEL CAMPO, CUENCA), por Martín Almagro Gorbea. Precio, 350 ptas.
42. LA ERETA DEL PEDREGAL (NAVARRES, VALENCIA), por Domingo Fletcher Valls, Enrique Pla Ballester y Enrique Llobregat Conesa. Precio, 200 ptas.
43. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por Elena Losada Gómez y Rosa Donoso Guerrero. Precio, 350 ptas.
44. MONTE BERNORIO (AGUILAR DE CAMPOO, PALENCIA), por Julián San Valero Aparisi. Precio, 250 ptas.
45. MERIDA: LA GRAN NECROPOLIS ROMANA DE LA SALIDA DEL PUENTE (Memoria segunda y última), por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
46. EL CERRO DE LA VIRGEN, por Wilhelm Schüle y Manuel Pellicer. Precio, 350 ptas.
47. LA VILLA ROMANA DE LA TORRE LLAUDER DE MATARO, por Mariano Ribas Beltrán. Precio, 300 ptas.
48. S'ILLOT, por Guillermo Rosselló Bordoy y Otto Hermann Frey. Precio, 300 ptas.
49. LAS CASAS ROMANAS DEL ANFITEATRO DE MERIDA, por Eugenio García Sandoval. Precio, 600 ptas.
50. MEMORIA DE LA EXCAVACION DE LA MEZQUITA MEDINAT AL-ZAHRA, por Basilio Pavón Maldonado. Precio, 750 ptas.

51. EXCAVACIONES EN EL CIRCULO FUNERARIO DE «SON BAULO DE DALT» (SANTA MARGARITA, ISLA DE MALLORCA), por Guillermo Rosselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
52. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL REAL (GALERA, GRANADA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle. Precio, 200 ptas.
53. CUEVA DEL OTERO, por P. J. González Echegaray, doctor M. A. García Guinea y A. Begines Ramírez. Precio, 350 ptas.
54. CAPARRA II (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
55. CERRO DE LOS SANTOS (MONTEALEGRE DEL CASTILLO, ALBACETE), por A. Fernández de Avilés. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN IBIZA, por María José Almagro Gorbea. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN NIEBLA (HUELVA), por Juan Pedro Garrido Roiz y Elena María Orta García. Precio, 300 ptas.
58. CARTEIA, por Daniel E. Woods, Francisco Collantes de Terán y Concepción Fernández Chicharro. Precio, 600 ptas.
59. LA NECROPOLIS DE «ROQUES DE SAN FORMATGE» (EN SEROS, LERIDA), por Rodrigo Pita Mercé y Luis Díez-Coronel y Montull. Precio, 350 ptas.
60. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE RIBAS DE SAELICES, por Emeterio Cuadrado. Precio, 350 ptas.
61. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA (OLLEROS DE PISUERGA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. González Echegaray y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 600 ptas.
62. OTRA CUEVA ARTIFICIAL EN LA NECROPOLIS «MARROQUIES ALTOS», DE JAEN (CUEVA IV), por M.ª Rosario Lucas Pellicer. Precio, 250 ptas.
63. EXCAVACIONES EN HUELVA, EL CABEZO DE LA ESPERANZA, por Juan Pedro Garrido Roiz. Precio, 250 ptas.
64. AVANCE AL ESTUDIO DE LAS CUEVAS PALEOLITICAS DE LA HOZ Y LOS CASARES (GUADALAJARA), por Antonio Beltrán Martínez e Ignacio Barandiarán Maestu. Precio, 300 ptas.
65. EXCAVACIONES EN LA «TORRE DE PILATOS» (TARRAGONA), por Alberto Balil. Precio, 400 ptas.
66. TOSCANOS, por Hermanfrid Schubert, Hans Georg Niemeyer y Manuel Pellicer Catalán. Precio, 900 ptas.
67. CAPRA III, por J. M. Blázquez. Precio, 400 ptas.
68. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES EN «EL CARAMBOLO», por J. de M. Carriazo. Precio, 500 ptas.
69. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES DE EBORA, por J. de M. Carriazo. Precio, 350 ptas.
70. ALCONETAR, EN LA VIA ROMANA DE LA PLATA. GARROVILLAS (CACERES), por L. Caballero Zoreda. Precio, 700 ptas.
71. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «LA JOYA», HUELVA, por J. P. Garrido Roiz. Precio, 600 ptas.
72. APORTACIONES DE LAS EXCAVACIONES Y HALLAZGOS CASUALES (1941-1959) AL MUSEO ARQUEOLOGICO DE SEGOVIA, por Antonio Molinero Pérez. Precio, 1.000 ptas.
73. EL POBLADO DE ALMALLUTX (ESCORCA, BALEARES), por Manuel Fernández Miranda, Bartolomé Enseñat y Catalina Enseñat. Precio, 500 ptas.
74. EXCAVACIONES ALTOMEDIEVALES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA, LOGROÑO Y BURGOS, por Alberto del Castillo. Precio, 500 ptas.
75. POLLENTIA: I. EXCAVACIONES EN SA PORTELLA, ALCUDIA (MALLORCA), por Antonio Arribas, Miguel Tarradell y Daniel E. Woods. Precio 750 ptas.

76. LA CUEVA DE LOS CASARES (EN RIBA DE SAELICES, GUADALAJARA), por Ignacio Barandiarán. Precio, 750 ptas.
77. SEGUNDA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN «LA CUEVA DE LOS MURCIELAGOS» (ZUHEROS, CORDOBA), por Ana María Vivent Zaragoza y Ana María Muñoz Amilibia. Precio, 750 ptas.
78. EXCAVACIONES EN ITALICA, ESTRATIGRAFIA EN EL PAJAR DE ARTILLO (Campaña 1970), por J. M. Luzón Nogué. Precio, 750 ptas.
79. EXCAVACIONES DE LA CASA DE VELAZQUEZ EN BELO (BOLONIA, CADIZ), CAMPAÑAS 1966 A 1971, por C. Domergue, G. Nicolini, D. Nony, A. Bourgeois, F. Mayet y J. C. Richard. Precio, 750 ptas.
80. LA NECROPOLIS TARDORROMANA DE FUENTESPREADAS (ZAMORA), UN ASENTAMIENTO EN EL VALLE DEL DUERO, por L. Caballero Zoreda, con un apéndice redactado por Tito Varela. Precio, 750 ptas.
81. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA EDAD DEL BRONCE «CERRO DE LA ENCINA», MONACHIL (GRANADA), por A. Arribas Palau. Precio, 750 ptas.
82. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA (OLLEROS DE PISUERGA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. M. Iglesias Gil y P. Caloca. Precio, 750 ptas.
83. LOS CAMPOS DE TUMULOS DE PAJARONCILLOS, POR M. Almagro Gorbea. Precio, 750 ptas.
84. LA NECROPOLIS HISPANO-VISIGODA DE SEGOBRIGA, SAELICES (CUENCA), por M. Almagro Basch. Precio, 750 ptas.
85. ABDERA. EXCAVACIONES EN EL CERRO DE MONTECRISTO (ADRA, ALMERIA), por M. Fernández-Miranda Fernández y L. Caballero Zoreda. Precio, 750 ptas.
86. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA CUESTA DEL NEGRO (PURULLENA, GRANADA), por F. Molina González y E. Pareja López. Precio, 750 ptas.
87. LA NECROPOLIS VISIGODA DEL LUGAR LA VARELLA-CASTELLAR (CODO, ZARAGOZA), por José Luis Argente Oliver. Precio, 400 ptas.
88. EXCAVACIONES EN EL POBLADO MEDIEVAL DE CAULERS (CALDES DE MALAVELLA, GERONA), por Manuel Riu. Precio, 400 ptas.
89. LA BASILICA PALEOCRISTIANA DE CASA HERRERA EN LAS CERCANIAS DE MERIDA (BADAJOZ), POR Luis Caballero Zoreda y Thilo Ulbert. Precio, 750 ptas.
90. TRAYAMAR (Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo), por Hermanfrid Schubart y Hans Georg Niemeyer. Precio, 1.200 ptas.
91. EXCAVACIONES EN LA ALCUDIA DE ELCHE, por Alejandro Ramos Folques y Rafael Ramos Fernández. Precio, 750 ptas.
92. EL YACIMIENTO IBERICO DEL ALTO CHACON, por Purificación Atrian Jordán. Precio, 750 ptas.
93. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON, TOMO I, por Claude Domerge y Pierre Silliere. Precio, 750 ptas.
94. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON, TOMO II, por Claude Domerge y Pierre Silliere. Precio, 750 ptas.
95. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE «EL PICACHO», por Francisca Hernández Hernández e Inés Dug Godoy. Precio, 750 ptas.
96. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «LA JOYA», HUELVA, por Juan Pedro Garrido Roiz y Elena María Orta García. Precio, 750 ptas.
97. HALLAZGOS ISLAMICOS EN BALAGUER Y LA ALJAFERIA DE ZARAGOZA, por Christian Ewert. Precio, 1.750 ptas.
98. POLLENTIA II, por A. Arribas, M. Tarradell y D. Woods. Precio, 1750 ptas.
99. EXCAVACIONES EN EL YACIMIENTO PROTOHISTORICO DE LA

PEÑA NEGRA, CREVILLENTE (ALICANTE), por Alfredo González Prats. Precio, 1.500 ptas.

100. LA VILLA TARDORROMANA DE BAÑOS DE VALVEARADOS (BURGOS), por José Luis Argente Oliver. Precio, 1.500 ptas.
101. CALES COVES, por Manuel Fernández-Miranda y María Belén. Precio, 1.500 pesetas.
102. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE SAN PEDRO (HUELVA), por J. M. Blázquez Martínez, D. Ruiz Matz, J. Remesal Rodríguez, J. L. Ramírez Sadaba y K. Claus. Precio, 1.500 ptas.
103. EL POBLADO IBERICO DE CASTILLEJO DE LA ROMANA (LA PUEBLA DE HIJAR, TERUEL), por Miguel Beltrán Lloris. Precio, 1.500 ptas.
104. LA NECROPOLIS SURESTE DE BAELO, por José Remesal Rodríguez. Precio, 1.500 ptas.
105. CASTULO II, por José M.ª Blázquez. Precio, 3.000 ptas.
106. EL YACIMIENTO ACHELENSE DE PINEDO (TOLEDO), por M.ª A. Queral, M. Aantonja. Precio, 1.500 ptas.
107. LA CUEVA DEL ASNO. LOS RABANOS (SORIA), por Jorge Juan Eiroa. Precio, 1.000 ptas.
108. CAESARAUGUSTA I, por Miguel Beltrán Lloris. Precio, 1.500 ptas.
109. SANTA MARIA DE MELQUE, por Luis Caballero. Precio, 5.000 ptas.
110. EL CAUREL, por José M.ª Luzón, Francisco Javier Sánchez-Palencia y otros. Precio, 1.000 ptas.
111. TIERMES I, por José Luis Argente y otros. Precio, 2.000 ptas.
112. EL PEÑON DE LA REINA (ALBOLODUY, ALMERIA), por Catalina Martínez y Miguel C. Botella. Precio, 2.000 ptas.
113. EL CERRO DE LA ENCANTADA (GRANATULA DE CALATRAVA. CIUDAD REAL), por Gratiniano Nieto y José Sánchez Meseguer. Precio, 1.000 ptas.
114. EL CERRO DOMINGUEZ (ORETO I) (GRANATULA DE CALATRAVA. CIUDAD REAL), por Gratiniano Nieto, José Sánchez Meseguer y Carmen Poyato. (En prensa.)
115. CUEVA DE LAS CALDAS (SAN JUAN DE PRIORIO. OVIEDO), por M.ª Soledad Corchón.
116. CUEVA DE LA PALOMA (SOTO DE LOS REQUEROS. ASTURIAS), por M. Hoyos, M.ª I. Martínez, T. Chapa, F. B. Sanchiz y P. Castaños.
117. CASTULO III, por J. M.ª Blázquez y J. Valiente.

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

TOMO I. 1953. Precio. 2.000 ptas.
TOMO II. 1955. Precio. 2.000 ptas.
TOMO III-IV. 1954-1955. Precio. 3.000 ptas.
TOMO V. 1956-1961. Precio. 1.000 ptas.
TOMO VI. 1962. Precio. 3.000 ptas.
TOMO VII. 1963. Precio. 1.500 ptas.
TOMO VIII-IX. 1964-1965. Precio. 2.000 ptas.
TOMO X-XI-XII. 1966-1968. Precio. 1.500 ptas.
TOMO XIII-XIV. 1969-1970. Precio. 2.000 ptas.
TOMO XV. 1971. Precio. 1.800 ptas.
TOMO XVI. 1971. Precio. 3.000 ptas.

NUEVA SERIE

TOMO 1. Prehistoria 1. 1972. Precio. 1.200 ptas.
TOMO 2. Prehistoria 2. 1973. Precio. 1.200 ptas.
TOMO 3. Prehistoria 3. 1975. Precio. 12.00 ptas.
TOMO 4. Prehistoria 4. 1975. Precio. 1.200 ptas.
TOMO 5. Prehistoria 5. 1976. Precio. 1.200 ptas.
TOMO 6. 1979. Precio. 2.000 ptas.
TOMO 7. 1979. Precio. 2.000 ptas.
TOMO 8. 1980. Precio. 2.000 ptas.
TOMO 9. 1980. Precio. 2.000 ptas.
TOMO 10. 1980. Precio. 2.000 ptas.
TOMO 11. 1981. Precio. 2.000 ptas.

Arqueología 1. 1972 Precio. 1.200 ptas.
Arqueología 2. 1973. Precio. 1.200 ptas.
Arqueología 3. 1975. Precio. 1.200 ptas.
Arqueología 4. 1976. Precio. 2.000 ptas.
Arqueología 5. 1977. Precio. 2.000 ptas.

ETNOGRAFIA ESPAÑOLA

TOMO 1. 1980.

MEMORIAS DE ACTIVIDADES

Arqueología 79. Precio. 1.500 ptas.

Pedidos: Administración de Publicaciones del Patronato Nacional de Museos.
C/. San Mateo, 13.
Madrid-14.

Museo Arqueológico Nacional
Serrano, 13
Madrid-1